



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

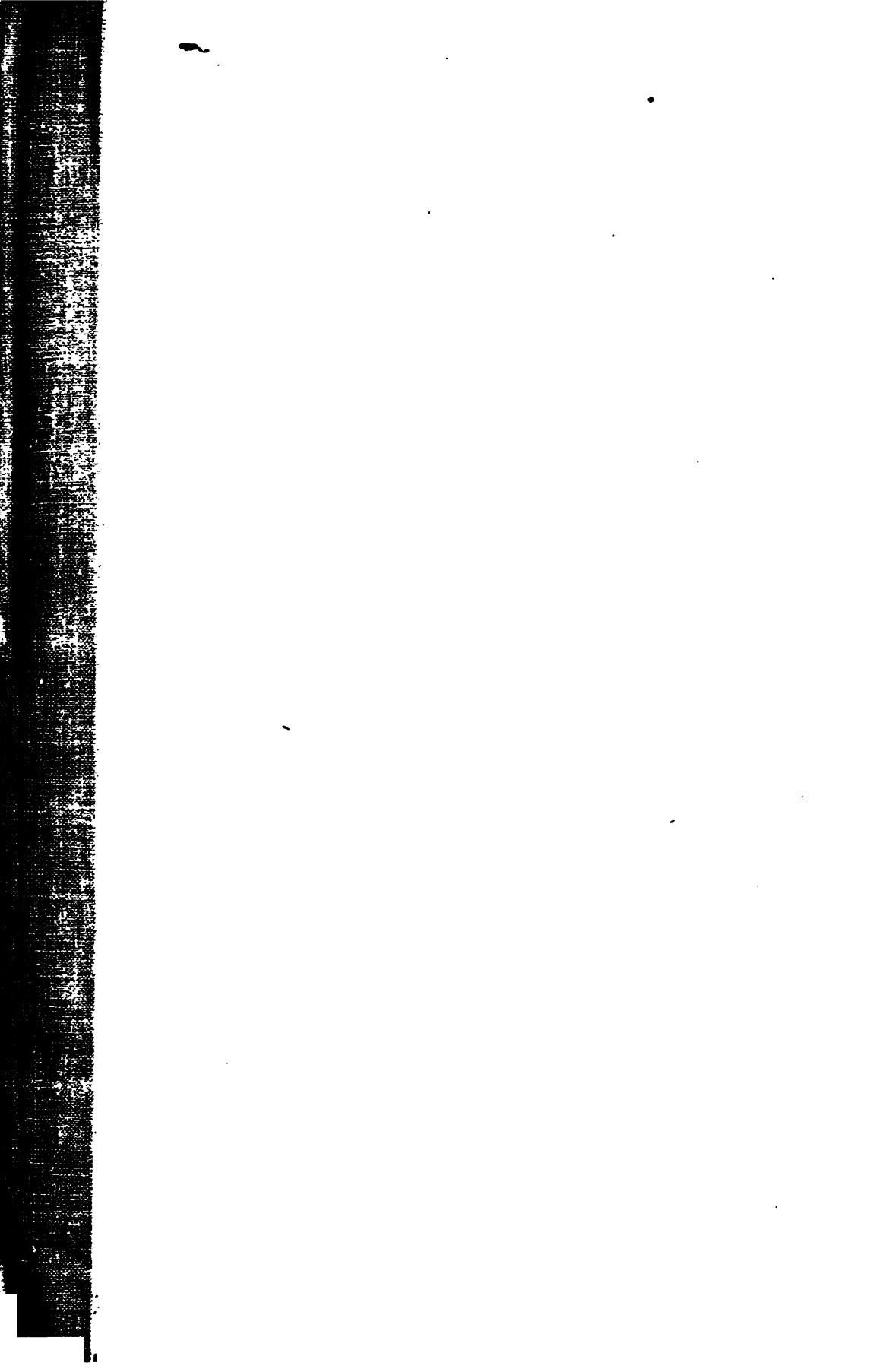
- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA.

Class





LA GUERRA A MUERTE.



LA GUERRA A MUERTE.

MEMORIA

SOBRE LAS ÚLTIMAS CAMPAÑAS

DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE,

1819—1824.

ESCRITA SOBRE DOCUMENTOS ENTERAMENTE INÉDITOS

LEIDA EN LA SESIÓN SOLEMNE CELEBRADA POR LA UNIVERSIDAD
DE CHILE EL 17 DE SETIEMBRE DE 1868,

POR

B. VICUÑA MACKENNA,

Miembro de la Facultad de Humanidades.



Santiago de Chile.

IMPRENTA NACIONAL, CALLE DE LA MONEDA, NUM. 46.

— 1868. —

F³/⁴
V₅

651

852-6-10-14

A LA MEMORIA DE MI AMADO HERMANO JUAN VICUÑA (1).



A tí, sombra del hermano, del amigo, del compañero en el dolor i en la ventura de la vida; a tí, cuya existencia fué toda virtud; a tí, en cuya alma austera tomó asiento todo deber; a tí, cuya moral inmaculada brilló como un precepto entre los tuyos; a tí, cuya abnegacion sublime fué la sávia escondida que en los días de aridez dió sombra i esperanzas al hogar; a tí, cuya ternura infantil, unida a la unción de todo lo santo, te asemejaban a los ángeles, en cuyo seno vivés; a tí, primer llamado ¡ai! tan temprano! al cielo de los buenos; a tí, que vivirás entre nosotros todos los días de gracia que Dios reserva a los que te amaron i a los que te lloran; a tí, que hasta la postrera hora combatistes el dolor con la dulce resignacion de los justos; a tí, mi alma en la que tu memoria vive pura, acariciada, bendecida, consagra estas páginas de la desventura ajena i ya pasada, como la primicia empapada en lágrimas de un pesar que no se extinguirá jamas, i que busca en el dolor mismo de los otros una compensacion al incurable de tu pérdida....

Tu hermano

BENJAMIN.

Santiago, julio de 1868.

(1) Fallecido en Santiago, a la edad de 33 años, el 7 de enero de 1868.





PRELIMINAR.

El presente trabajo histórico es el fruto de dos impulsos, o mas bien, de dos deberes.

Es el primero, no interrumpir por una culpable desidia la noble serie de obras de investigación que han ido echando durante los últimos veinte años las bases de nuestra historia nacional i cuyo honroso encargo pesaba sobre nosotros desde 1865.

Es el segundo, llenar una laguna que ocurria en la última, laguna de sangre i de tinieblas, a la que nuestros historiadores solo habian arrojado al pasar una mirada adusta o evasiva.

El interesante episodio titulado *Vicente Benavides*, primer ensayo de un escritor mas tarde distinguido, es el único cuerpo de narracion que haya visto la luz pública sobre esa edad tan oscura como terrible.

Por nuestra parte, hemos hecho lo que estaba a nuestros alcances para desenterrar la verdad, espuesta ya a quedar irremediablemente confundida con el polvo en el olvido; i a fin de ofrecer una prueba no recusable de la diligencia que hemos

puesto en aquel propósito, vamos a apuntar en seguida únicamente las fuentes donde hemos bebido nuestras informaciones.

Esto, mejor que toda la acostumbrada i ya anticuada pompa de los *prefacios*, dará una idea tanto del conjunto de la obra como de su rigurosa comprobacion, al mismo tiempo que nos permite ofrecer nuestras mas sinceras gracias a todos i a cada uno de los hombres de buena voluntad que por amor a la historia, por amistad, o por simple cortesía, nos han ofrecido su contingente de luces i de labor.

Previa esta declaracion, que es de estricto deber, pasamos a hacer la reseña de nuestros datos, sea de los obtenidos en los archivos públicos o particulares, sea de los que han venido hasta nosotros por la tradicion escrita u oral, sea, en fin, de los que se encuentran esparcidos en publicaciones estranjeras o nacionales, a saber:

1.º *Archivo del ministerio de la guerra.* Veinte i tantos volúmenes, que bajo diversos títulos se refieren a los seis años de operaciones militares que abraza esta memoria. El mas notable de aquellos es el que lleva por título *Vicente Benavides*, i se formó con los papeles que se encontraron en la cartera de este caudillo al tiempo de su captura (1822) i con los que, por esa misma época, envió desde Lóndres el ministro Iriarri, comprados, segun se dijo, por una fuerte suma a un capitán inglés, a quien los había confiado el jefe realista, a fines de 1820.

2.º *Un volumen con cuarenta i una cartas inéditas del jeneral Freire al director O'Higgins, i otro con cincuenta i ocho cartas, tambien inéditas i confidenciales, del jeneral Prieto al mismo, en su mayor parte relativas a las campañas en que esos jefes fueron protagonistas i rivales desde 1820 a 1823.*

3.º *Correspondencia cambiada en 1857 entre los jenerales don Benjamin Viel i don José María de la Cruz, con referencia especialmente a la desgraciada jornada del Pangal (1820).*

4.º *Relacion del comisario del ejército del sur don Juan Castellon, sobre las operaciones del jeneral Prieto en Chillan en 1821, cuyo documento fué escrito en 1833 a petición del jeneral Miller.*

5.º *Memorias inéditas del coronel don Jorge Beauchef, prin-*

cipalmente en todo lo que se refiere a las operaciones de este jefe en la provincia de Valdivia. Este interesante documento, así como los dos anteriores, existe en poder del señor Barros Arana, quien, con su acostumbrado desprendimiento, los ha puesto a nuestro servicio.

6.^o *El proceso de la matanza de los prisioneros de Maipo en San Luis*, del cual nos obsequió una copia íntegra i autorizada, a nuestro paso por Mendoza en 1855, el coronel chileno don José María Becerra, actor en aquella horrible tragedia.

7.^o *Memorias del capitán don José Verdugo*, soldado que tomó parte en muchos encuentros de aquella guerra, i cuyo trabajo, hecho en Lima en 1852, época en que falleció su autor, conservamos inédito en nuestro poder. Por su naturaleza, i la época tardía en que se escribió (únicamente por reminiscencias), este documento es solo de algun valor en cuanto se refiere a lances personales, i solo en tales casos lo citamos.

8.^o *Papeles de familia del coronel don Ramon Picarte*, que ha tenido la bondad de confiarlos su estimable hijo del mismo nombre.

9.^o *Correspondencia inédita i autógrafa de lord Cochrane con el director O'Higgins*, especialmente en lo relativo a la captura de Valdivia.

10.^o *Papeles de familia del comandante don Carlos María O'Carrol*, que conservan sus deudos en Santiago.

11.^o *Apuntes escritos expresamente para nuestro uso por el coronel don Manuel Zañartu*, cuya contribucion ha sido la mas valiosa de nuestra nomenclatura, como la de un testigo presencial i fidedigno.

12.^o *Papeles i apuntaciones sacadas del archivo de la tesorería de Valdivia*, o cedidos por el antiguo escribano de Osorno i actualmente de Ancud, don Rudecindo Morales, o recojidos de la tradicion oral en aquellos puntos en 1866.

13.^o *Correspondencia sobre varios episodios de la época comprendida en esta memoria*, sostenida con el ilustrísimo señor obispo don José Salas, principalmente sobre las peregrinaciones de las monjas Trinitarias en la Araucania (*Concepcion*). I sobre varios otros sucesos, con el jeneral don José Manuel Pinto (*Angol*); don Pedro Ruiz Aldca (*Anjeles*), el comandante don Do-

mingo Salvo (*Santa Bárbara*), don Manuel i don Gonzalo Gazmuri (*Chillan*), don Pedro Benavente (*Quirihue*) i don Bernardo Villagran (*Parral*). A todos estos dignos i empeñosos colaboradores en una obra que pertenece al público, renovamos nuestros mas eficaces agradecimientos, así como al señor comandante don José Antonio Varas, por el oportuno auxilio que nos ha prestado en el estudio del archivo del ministerio de la guerra; al señor coronel don Francisco Porras, que dictó para nosotros algunas reminiscencias personales, i al señor don Cornelio Saavedra, que nos ha suministrado tambien algunos papeles.

De los numerosos informantes de viva voz que hemos consultado, i que ademas de ser ya mui raros, no ocuparon un puesto de consideracion en una guerra de suyo oscura, con la excepcion del señor doctor don José Gabriel Palma, decano de la Corte Suprema i auditor de guerra en 1820, citaremos únicamente al teniente de Benavides don Rafael Saltarello, que reside ya mui anciano i en una condicion humilde en Santiago, i al comisario de aquel mismo caudillo don Pedro Belmar, que habita en Quillota, a donde hicimos expresamente viaje para consultarlos, en el último verano.

De las fuentes impresas que hemos tenido a la vista, nos parece conveniente citar solo las siguientes, mas o ménos desconocidas o poco consultadas por escritores nacionales.—Basil Hall, *Travels in Chile, Perú and Mexico*.—Stevenson, *Twenty years residence in South America*.—*Three years residence in Chile by an American*.—Smith, *The Araucanans*.—Pavie, *Les Pincheres*.—John Miers, *Travels in Chile and la Plata*, en cuyo segundo volumen se encuentra un curioso diario del cirujano don Tomas Leyghton, que acompañó al coronel Beauchef en sus expediciones al sur de la Araucanía.

Aunque en el curso de nuestras notas tendremos ocasión de dar noticia mas circunstanciada de algunos de los diversos trabajos inéditos o publicados que hemos mencionado en la anterior reseña, nos bastará lo que llevamos dicho para guiar a los estudiosos en ulteriores investigaciones, i dejar desde luego constancia de que por nuestra parte no hemos omitido me-

dio por desempeñar satisfactoriamente la honrosa comision universitaria a que damos cumplimiento.

No nos lisonjeamos por esto de haber evitado tocar mas de una vez en el escollo de ocultos errores. En una historia del carácter de la presente, múltiple i tenebrosa a la vez, el narrador se ve forzado con frecuencia a caminar a tientas o guiado por la vislumbre de inciertas noticias. Sea tan justo motivo razon de equidad para que el público ilustrado acoja este ensayo con toda su induljencia.



INTRODUCCION.

EXMO. SEÑOR PATRONO:

SEÑORES DE LA UNIVERSIDAD:

El presente ensayo de historia nacional es en gran manera diferente de los que, en ocasiones tan solemnes como la de hoy dia, lanzaron a la luz i al aplauso contemporáneos, hombres verdaderamente ilustres, aquellos especialmente cuya memoria ha consagrado la tumba con su solemne prestijio, de nadie ya envidiado.

Benavente, en efecto, fundador cronológico de esta serie de narraciones de la vida del pueblo chileno independiente, que ha hecho escuela entre nosotros, i a la que venimos, llegado nuestro turno, a añadir una humilde página, trazónos aquella admirable epopeya llamada de la *Patria vieja*, venerada por las edades, en qué Chile fué solo un campamento de heroicos reclutas. Despues de aquellas hazañas de una juventud bizoña i turbulenta, pero varonil i sublime, Sanfuentes, díjones con el reposo de su elevada conciencia cual había sido la vida i las proezas de los grandes capitanes. Garcia Reyes pintónos en seguida con rico

colorido la historia de los héroes lejendarios de la mar. I todavía condijonos a la cuna de la revolucion i al sepulcro de sus grandes próceres, una voz para muchos querida, cuyos vibrantes ecos de patriotismo i elocuencia no se han apagado todavía ni sobre la tierra ni sobre nuestros corazones....

La paz sea con ellos! I concédasenos a nosotros, que venimos reverentes en pos de su huella, descubrirnos delante de sus sombras con ese respeto del alma i de la conciencia que su espíritu vivificador supo inspirarnos hacia los grandes seres de otra edad, cuya alta fama ellos arrancaron a la ingratitud i al olvido!

Mas, emprendida i terminada de aquella manera i por tan brillantes maestros la historia de los caudillos i de los tribunos, de los capitanes de guerra i de los varones preclaros de la vida cívica, de las tumultuosas asambleas de la "era" nueva, abierta para una nacion aparecida, como por encanto, en medio de las plazas públicas, i de aquellas batallas inmortales que la redimieron en sus campos, ¿cuál tarea, digna de formar séquito a aquellas ha sido reservada al iniciado que llega en hora tardía a los umbrales del pasado, ya convertido en luz?

¡Ah! Tras de esa historia deslumbradora i a la vez profunda, que constituye el gran conjunto de la vida de las naciones, queda siempre olvidada, oculta en las sombras del misterio i del horror, una leyenda que no es ocioso recojer i presentar en forma de lección a las jeneraciones. Como en la cosecha de las meses van quedando desdeñados por la guadaña el grano empobrecido i el amargo abrojo, que el menesteroso rebuscador coje en seguida i confia a la sávia fecundante de la tierra que los devuelve en frutos; así los que lleganios tras los pasos de los grandes esploradores del pensamiento, hacemos el acopio de lo que pasó desapercibido a su mirada escrutadora, sea la flor humilde del campo, sea la espina desgarradora del zarzal.

Esa tradicion oscura, que se proyecta en la vida de todos los países i de todas las razas cual si fuera su propia sombra, es la historia del pueblo, del pueblo-soldado, del pueblo campesino, del pueblo-guerrillero, del pueblo, en fin, rudo, ignorante, grande, empero, en su unidad, en su vigor i en su

creencia, i que, si no es filósofo es héroe, que, si no es apóstol, es mártir.

Tal historia faltaba a nuestro país; i el presente libro es un ensayo de esa historia.

Por eso dijimos que su argumento, su desarrollo, su estilo, sus propósitos, sus figuras mas culminantes, sus defectos mismos, graves talvez pero inevitables, son, bajo todo concepto, diversos de las épocas i de las crisis, de las nombradías i de los sacudimientos que en esfera mas encumbrada nos han presentado los investigadores que nos precedieron.

Quién, en efecto, es el ponderado cuanto horrible protagonista de esta gran tragedia histórica? Un salteador criollo, hijo de un carcelero, que se adueña de la mitad de la República i amenaza conquistarla toda entera. Hemos nombrado a Vicente Benavides.

Quién es su segundo, su inspirador, el verdadero, el único caudillo, digno a la verdad de tal nombre, de aquellas hordas que luchan durante seis años sin soltar la lanza ni la brida? Un minero oscuro que ha descendido de las sierras del Huasco para proclamarse en las llanuras meridionales, en fuerza de hazañas memorables, el campeón del rey i del altar. Hemos nombrado a don Juan Manuel de Pico, para cuya noble, si bien siniestra memoria, no son estas páginas únicamente un registro de extraordinarios hechos, porque son su revindicación por la justicia i por la historia.

Quiénes fueron, por último, los más tempranos i los más obstinados de esos eternos combatientes de una causa que había ya perdido su nombre i su bandera, i que así, empero, prolongaron hasta cerca de nuestros días la guerra que habían comenzado nuestros abuelos? Cuatro guasos alzados en las montañas de Chillán, i que, haciendo de los Andes un palenque de horror i de heroísmo, descendieron a todos nuestros valles e hicieron divisar del humo de sus salvajes campamentos a los moradores atónitos de la misma culta metrópoli de la República. Hemos nombrado a los Pincheiras!

I todavía ¿quiénes fueron, en orden subalterno, los héroes de esas jornadas en que una lealtad infeliz i hasta aquí desconocida, luchó a muerte contra todo el poder de nuestras armas?

Llamábase uno José María Zapata, i era un arriero del Itata. Llamábase otro José Ignacio Neira, i era el hijo de un balseador del Biobio. Llamábase otro Juan Antonio Ferrebú, i era un cura de campaña. Llamábase otro Agustín Rojas, i había nacido en la choza de un artesano de aldea. Llamábanse los últimos de esta serie de bravos, muchos de los cuales la historia en su severa justicia no se roburizará de llamar héroes, Dionisio i Juan de Dios Seguel, dos hermanos que murieron en el mismo dia, si bien en diverso campo de batalla, como caudillos de la España; i ambos no eran sino humildes estancieros de nuestras fronteras, como lo fueron los Urrejola, Olate, Lantaño, Bocardo i la mayor parte de los campeones de Castilla en las comarcas de ultra-Maule. Otros tambien hubo que no tuvieron nombres i que no han pasado a la historia sino como un apodo popular, cual aquel *Négo*, el *Macheteado*, *Marchaga*, el *Terror*, soldados alternativamente del rei i de la patria, a quienes se verá aparecer i reaparecer incesantemente en esta crónica de sangre, en que cada página es una batalla, o una emboscada, o un suplicio.

Es por esta razon de hombres, de hechos i de filosofía positiva por lo que hemos dado a esta historia el título de *La guerra a muerte*.

Cierto fué que en la prosecucion de las ignotas campañas de que en este libro se da auténtica i minuciosa noticia no intervino la letra de una declaracion que consagrara oficialmente la guerra sin cuartel, como entre Morillo i Bolívar en la antigua Colombia. Pero la espada i el banco, la tea i la horca, fueron el decreto vivo de esa contienda atroz, cuya única lei era el esterminio en masa de los bandos, i en que el hambre i el plomo, el heroismo como la infamia, cubrían incesantemente de cadáveres nuestros campos del sur, del Maule al Imperial. El mas ilustre de nuestros jenerales que tuvo mando supremo en esa guerra, confesaba oficialmente que en la iniciativa de ella había ejecutado en el patíbulo trescientos enemigos, i uno solo de éstos, inmolado a su turno (el guerrillero realista José Peña), jactábase con satánica alegría de haber ultimado por sus propias manos ciento treinta i seis soldados de la Patria, i entre éstos nueve infelices que encontró enfermos en Yumbel...

En el solo espacio de noventa dias diéronse aquellas terribles huestes no ménos de seis batallas campales, i en cada una de ellas corrió mas abundante sangre que en aquellos pomposos hechos de armas de la primera guerra que nuestra impericia i el entusiasmo de nuestros reclutas engrandeció con el nombre de batallas. En el *Pangal*, en *Tarpellanca*, en *Cocharcas*, en las *Vegas de Talcahuano*, en la *Alameda de Concepcion*, en el *Rio Chillan*, combates todos de los tres últimos meses del horrendo año veinte, perecieron, sin disputa, mas soldados que en todas las campañas que se prolongaron desde *Yeras Buenas* a *Rancagua*: fuera de que, a la par con aquellas, hubo un sitio memorable, sostenido por hombres tan denodados como los que rompieron a sablazos el cerco de la última. Tal era a la verdad la prisa, la obstinacion, la fiebre de la matanza, que en un mismo dia, a una misma hora, se trababan combates campales a la orilla de nuestros ríos, en las faldas de nuestras montañas, en las calles de nuestras ciudades. Tales fueron las del *Quilmo* i *Curamilahue* en 1819 i las de la *Alameda de Concepcion* i la *Capilla de Cocharcas* en el año subsiguiente.

I como ni ántes ni despues de esos encuentros se diera cuartel a los rendidos (si es que alguna vez los hubo)! la lucha fué desde el primer momento hasta su último desenlace la *guerra a muerte*. Benavides la inició de hecho degollando un parlamentario i diez i seis de sus soldados, despues de un banquete. Ce rróla el brazo de Lorenzo Coronado rebanando con su cuchillo la cabeza del *último jefe español en Arauco*, en medio de su campo.

Un dia, aquel último terrible esterminador ordenó en el mismo sitio de su milagrosa victoria del *Pangal*, fuesen pasados por las armas todos sus prisioneros, sin perdonar siquiera la juventud i el heroismo del infeliz O'Carrol, el paladin vencido, que trajeron a su presencia atado con un *lazo*; i horas mas tarde, Benavides, envidioso de aquella carnicería cuya sangre él no viera correr delante de sus ojos, hacia descuartizar a lanzasos al ilustre Alcázar i veinte de nuestros mas bravos oficiales, capitulados en *Tarpellanca*. Pero Freire, a su turno, amarró diez i nueve bancos en la plaza de armas de *Concepcion*, al dia siguiente de la victoria en que volvió a reconquistarla, i allí perecieron con muerte vil hasta las madres de los inmoladores;

al paso que los segundos del coronel Prieto presentábanle, por los mismos días, como el trofeo de una gran retaliacion, el cadáver mutilado, pero palpitable todavía con los alientos de la vida, de un bravo capitán, el Aquiles del enemigo, a quien un gaucho había arrastrado con su lazo, a todo el correr del caballo.... "Ya no había brazos para tanto sablear!" exclama con el cansancio del horror uno de los soldados que peleó en esas matanzas. Por ésto el lazo indígena reemplazaba al sable...

I aquellos hombres que así morían, iban tan alegres al pabellón como al combate, segun el testimonio de sus propios émulos, que eran, a la vez, sus implacables jueces. Al grito de *viva el Rei!* todo el sur estaba de pie. La *Patria* no era *Chile*, era Santiago. Por ésto, solo cuando se pacificó completamente el Medio-día (1824), la nación toda tomó oficialmente, i por especial decreto, el nombre que hasta hoy ha sustentado con orgullo.

Desde esa época, en verdad, data únicamente la grande evolución de nuestra unificación política, que inició la espada i el cañón i que hoy completa la locomotora i el alambre, el crisol i la guadaña, no menos que la prensa i la palabra, palancas titánicas del mundo de la inercia.

Otra faz de aquella guerra, que hasta aquí no había tenido nombre, fué el hambre, flajelo mas terrible que la muerte por el acero i por el fuego, i que, para aumento de horror, era común a los defensores del Rei i de la Patria.

En las batallas de cada día, de cada hora, perecían por miles los varones. Pero el hambre se cebaba de preferencia en los hogares, huérfanos del amparo de los fuertes, i los cubría de espanto. Madre hubo que estrelló contra el pavimento al hijo hambriento que estrujaba sin fruto su escuálido seno. Los soldados, mas felices, tenían por ración en los hospitales un puñado de trigo. En los cuarteles no tenían ración alguna. Unos de sus jefes nos ha dejado en sus despachos esta frase melancólica i terrible. "Me esconde de mis soldados porque me da vergüenza su absoluta desnudez." Otro de aquellos jefes escribia al gobierno de la capital esta palabra no menos lugubre. "Es preciso robar al vecindario para dar de comer a las tropas." I por los mismos días, el ministro de hacienda de la nación, aseguraba por un manifiesto público que

no habia en la caja del tesoro una moneda de cinco duros para enjugar el llanto de las viudas... Por ultimo, allá, en un lejano confin de la República, el hambre produjo cierto dia un vértigo de sangre, i los heroicos soldados que nos habian dado a Valdivia por un prodijo de audacia, convertidos en caníbales, degollaron a su jefe, junto con sus oficiales, i arrojaron en las corrientes de un rio sus despojos palpitantes...

Fué a la verdad, de antiguo tema de la justa admiracion de cronistas i poetas, la ruina de aquellas *siete ciudades* de la conquista que resistieron a los bárbaros con esforzado tesón durante un lustro, i cayeron al fin bajo el peso de sus hordas eternamente renovadas. Pero en esta última guerra, cuya lápida nos esforzamos hoy por levantar en nuestros hombros, durante una semana escasa, los lugar-tenientes del caudillo que representaba la postrera dominacion del castellano, quemaron *once pueblos* fronterizos desde San Pedro a Chillan....

En cuál época de nuestra existencia, como colonia i como pueblo, hubo jamas mayor horror?

A muerte fué, pues, esa guerra, i de tal suerte, que cuando el prolígio estadista haya de agrupar las cifras de sus atroces carnicerías, habrá de maravillarse la conciencia pública, así de la insólita magnitud de aquellas, como de cuan aprisa olvidanse los pueblos aun de esas pruebas de insondable desventura en cuyas aras, jeneraciones que solo ayer nos preocedían, estuvieron pagando por años el tributo de su sangre o de sus lágrimas...

Salvada ya esta cuestión, que no es simplemente de carátula, sino de lógica i de comprobación histórica, quedan todavía en pie graves cuestiones de filosofía i de análisis que pertenecen de derecho a aquella misma era.

I, entrando desde luego en el dominio absoluto de las ideas, delante de las que los hombres i sus pasiones son sólo lo que el combustible es a la luz, nos preguntamos ¿cómo la España, que no envió a nuestras costas sino tres batallones peninsulares, uno en 1814, otro en 1817, otro, a deshoras, en 1818, pudo prolongar la contienda de sus prerrogativas seculares, en tan dilatado espacio de tiempo i en un país que contaba cerca de un millón de pobladores? Cómo Sánchez, que no fué sino un simple capitán de fronteras, mantuvo la bandera

de Castilla enarbolada en la plaza de Chillan durante 1813, i como logró hacerla triunfar en Rancagua, un año mas tarde, un jeneral obeso i devoto que rezaba el rosario miéntras peleaban sus soldados? Cómo, a la mañana que siguió a Chacabuco, Ordoñez, encerrado en un palmo de nuestra playa, supo hacer impotentes contra sus muros improvisados las armas unidas del Plata i de Chile? Cómo, en seguida, los vencedores de Maipo tardaron uu año en llegar al Biobio? I cómo, por ultimo, una vez fijadas sus tiendas en aquellas márjenes, encendióse con su presencia una guerra de desolacion que duró un lustro cabal?

Era esto, sin disputa, porque la España estaba para nosotros mas allá del mar solo como territorio. Como poder político i como constitucion social, como denuedo personificado, en sus soldados; i como fanatismo, encarnado en su clero; como ignorancia adueñada de las masas i como barbarie misma, atada a las lanzas fronterizas, la Península entre nosotros era el Sur. Eran las fronteras i sus plazas fuertes; era Valdivia i su *real situado*; era, en fin, el archipiélago, apéndice inmediato de la corona del reino del Perú.

Allí, en efecto, estaban sus adustos capitanes i sus abolengos militares; allí su clero rudo pero varonil; allí sus *frailes de la propaganda* i sus misioneros de indijenas, apóstoles de la doctrina de un rei que equiparaban a Dios; allí sus lenguaraces i sus caciques asalariados por el real erario; allí, por fin, las tradiciones, los gustos, los absurdos, las necesidades seculares de la colonia, i todo eso a la par con un ínclito heroismo que, a virtud de una eterna rebelion, había creado a nuestro Medio-dia una existencia escepcional en Chile i aun en todas las Indias de que fué señora la conquista ibérica.

El *Reino de Chile*, hallábase ciertamente dividido al acometer la empresa de su independencia, i por las influencias combinadas de la política i de la milicia, de la sociabilidad i de la historia, en dos reinos diferentes, apartados, casi hostiles. Uno de esos reinos era *Chile*, el nombre tradicional de las comarcas del Maipo al Aconcagua, i se estendia desde Maule al Paposo. El otro reino era el *fuerte Penco*, el reino de la espada, como Santiago lo era de la toga i la cogulla. I tan cierto era esto que los altivos pobladores de la raya fronteriza, como se observará

en todos los documentos oficiales del presente libro, llamaron siempre *Chile* únicamente al primero de aquellos territorios; i así continúanlo llamando las jentes de aquellas comarcas que obedecen, sin apercibirse de ello, a una tradicion inevitable. El reino de *Abajo* i el reino de *Arriba*, son todavía las denominaciones populares de esa honda subdivision jeográfica i militar, eslesiástica i política de la Colonia i de la República.

Ahora bien. La revolucion de la independencia, cuyo primer escrutinio hízose, hará mañana cincuenta i ocho años, en la sala misma que es todavía el anfiteatro de todas nuestras grandes luchas cívicas, fué, si la frase nos es permitida, una revolucion esencialmente *santiaguina*, porque fué esencialmente aristocrática. El nombre de un conde que tenia su casa solariega en un ángulo de nuestra plaza pública, fué el primero que salió de la urna del 18 de setiembre del año diez. Obispos i mayorazgos mecieron en sus rodillas al gigante recien nacido. Marquesas tituladas velaron su sueño i su cuna. La aristocracia de sangre i de caudal, de intelijencia i de amor innato por el suelo, que era en Santiago, como en Caracas, en Méjico, en Bogotá, en todas partes, el elemento *criollo*, es decir, *independiente*, levantábase ardiente, jeneroso, convencido i, mas que todo, indignado contra el altanero advencedizo, contra el ucio *chapeton*, que era el nombre vil dado a la raza dominante.

I de aquí vino que Santiago no sucumbió nunca a su destino. De aquí vino que cuando sus propios hijos al fin le postraron momentáneamente por el suelo, sus tiranos, venidos de afuera, pusieron sobre su histórica colina un castillo destinado a demoler hasta sus piedras, infiltradas, segun el lenguaje de esos dias, de un espíritu incurable de rebelion i de alzamiento. De aquí vino que Santiago se salvó así mismo en 1818, cuando su ejército había perecido en la vecindad del Maule. De aquí vino, en fin, que Santiago, cuyo territorio políticamente corria de Talca a Copiapó, sostuvo con su sola sávia, en hombres, en dinero, en heroismo, esa guerra de diez años (1813—1823) contra los ejércitos, las guerrillas i las bandas de puñal que brotaban por do quiera mas allá de aquel río, histórico tambien, que fué limítrofe contra el Imperio del Sol, contra Castilla, contra Santiago mismo. En 1812 Carrera

i Rozas se habian encontrado en sus orillas a la cabeza de dos ejércitos, como los caudillos de dos paises vecinos pero diversos. De esos dos ejércitos, uno era de *santiaguinos*. El otro de *penquistas*.

I e^m mayor abundamiento, apénas aparece Parejaⁿ en 1813 con un puñado de chilotas que pisan descalzos los senderos, cuando Concepcion, la orgullosa metrópolis de las fronteras, que se honró con la primera Real Audiencia i con la morada habitual de todos los capitanes generales de la Colonia, ábrele gozosa sus brazos. Se ha dicho vulgarmente que ésta fué una traicion; i pudo haberla en un hombre o en un funcionario. Pero delante de la filosofía de la historia no habia en aquel acto sino la confirmacion inevitable de una lealtad indestructible, si bien mal concebida. I es esta lealtad ruda pero de eterna admiracion para los que la estudian a la vez en sus violencias i en sus sacrificios, no en odios effimeros ya estinguidos, la que sostiene al sur contra los Carreras, hijos de Santiago; es ella la que hace que miéntras San-Martin ocupa victorioso los pueblos i los valles del centro de la República, Ordóñez sea dueño de Talcahuano i las fronteras; es ella, en fin, la que consiente que un soldado que se escapa del patíbulo, despues de la mas grande i decisiva de nuestras victorias, recója las hilachas del pabellon allí arrollado a culatazos, i revolcándolo en sangre, lo sustente, con sangre tambien, durante largos años en ambas riberas del gran río fronterizo.

Un viajero que visitó a Concepcion, la capital de las fronteras, a mediados de 1820, cuando las furias desencadenadas de la guerra se ajitaban con vertijinoso frenesí, compárala a las ruinas de Palmira. Los soldados de aquende el Maule que la habian conquistado acampaban en sus calles i dentro de los muros de sus incendiados caserios. Pero ¿dónde estaban sus lejítimos i antiguos moradores? Unos pocos (apénas cuatro mil en toda la provincia) habian seguido al jeneral O'Higgin en su retirada de 1818; pero la totalidad habia huido a las montañas, a las cordilleras, a las tolderías de los jentiles. El empecinamiento de la fidelidad improvisó ciudades en el centro de los bosques i levantó cláustros en medio de las reducciones de bárbaros idólatras. Cuando el jóven capitán Búlnes pe-

netró en Quilapalo en 1822, rescató cuatro mil cristianos que allí vivían asilados desde 1818. El coronel Picarte ocurrió a una estratagemma, a fines de aquel mismo año, para restituir a sus celdas de Concepción las monjas Trinitarias, que por acatamiento al rei i a la virgen habían vivido cinco años en las selvas araucanas....

De aquellos centros de población, especie de volcanes humanos solevantados de súbito en el fondo de los valles i de las sierras, del seno de aquellos *emigrados* que no habían llevado de sus lares invadidos sino sus armas i su sangre, salían pues, unos en pos de los otros, los padres, los hijos, los hermanos, a combatir por el rei, contra el insurjente, contra el hermano, contra el chileno. I de esta suerte, i solo así, podrá explicarse el desarrollo i prolongación de la lucha a que asistimos. Crefanla los capitanes i los estadistas estinguida para siempre después de cada batalla, i sucedía que de la sangre de los que habían caído, parecían brotar sus vengadores. Balcarce dió la guerra por terminada en enero de 1819 con un lejano cañoneo, Biobio de por medio; i aquella no hacia sino iniciarse múltiple i pujante: un mes después Benavides atacaba a Santa Juana i la tomaba a fuego i a puñal. Dióle en seguida batalla Freire a aquel en Curalí, en mayo de ese año, destruyendo sus huestes por completo, i no se había cumplido todavía su primer aniversario (mayo de 1820) cuando el gran saltador de las fronteras penetraba en Talcahuano i lo saqueaba. Días después de la derrota decisiva de Concepción, los dispersos del bandido, rehechos en un nuevo ejército i con un nuevo jefe, van a dar otra batalla campal a Prieto a orillas del Chillán.

Era Benavides el que hacia estos milagros militares? Nō: era la adhesión incontrastable, la constancia desinteresada, el heroísmo bárbaro pero sublime de aquellos pueblos que habían vivido tres siglos santiguándose al pronunciar el nombre del Rei, i para cuyo orgullo político i militar, Santiago no era sino un convento de grandes claustros i de grandes aunque opulentos poltronas. Ese orgullo i ese predominio fueron, por esto, una herencia de la República. La *dinastía penquista* que nos dió cuatro presidentes, solo vino a extinguirse con su quinto candi-

dato a orillas del estero de Purapel, cuando la revolucion contaba cerca de medio siglo de existencia.

Tales son los cimientos de granito sobre los que los artifices del ingenio humano edificarán un dia los muros imprecederos de la era en que comenzamos a ser grandes porque comenzamos a ser libres. Pero del fondo de esta misma humilde historia, que no es sino uno de sus mas lugubres episodios, de lo mas denso de sus sombras, de sus entrañas encharcadas en sangre, de sus osamentas apiladas por el verdugo en los recintos donde se hacia la tremenda justicia de las iras humanas, levántase serena, impasible, adusta en su ceño, pero iluminada con la aureola de los martirios, la imájen de una enseñanza suprema.

Esa enseñanza es la lei del eterno equilibrio del bien por el bien, fuente de toda harmonía i única razon de ser de todos los pueblos para consigo mismos i para con los otros, porque es la razon de lo único que es superior al ser humano i a la humanidad misma. La JUSTICIA, *hija del cielo!* (1)

El sacudimiento del año diez rompió ciertamente la coyunda de ignominia moral i la ligadura bruta que nos ceñía a la España, pero no rompió el equilibrio antiguo, i si bien enfermizo i dolorido, endémico ya i consuetudinario de nuestra existencia, con relacion a nosotros mismos i a la metrópoli que había saturado la sangre i el alma de nuestros mayores con su secular contagio, vivo todavia. Fué aquella, en esa virtud, una gran revolucion, lejítima, grande, acatada de estraños, mirada con respetuoso estupor por los mismos que la asaltaron en su cuna a título de sacrilegio despojo. Pero el desnivel moral, es decir, la injusticia en la lei, el crimen en los individuos, que fué su consecuencia inevitable, abrió pronto brecha i hondo cauce a las pasiones impacientes, que de esta suerte, trocadas en horribles furias, desbordaron toda valla e inundaron de sangre la República.

La guerra a muerte no nació por esto en el Biobio. Brotó en una aldea de las Pampas arjentinas, bajo la planta de un ser sombrío, aterrador, verdadero espectro fatídico de la re-

volucion americana, que en una mañana de febrero en 1819, hizo descuartizar en San Luis por el plomo i el puñal cuarenta de los mas prestijiosos soldados peninsulares que rindieron sus espadas en la tarde de Maipo....

El eco de esa matanza fué Tarpellanca!

Alcázar i sus compañeros no fueron solo las víctimas de un vampiro que nunca se sació de sangre. Fueron el holocausto espiatorio ofrecido a los manes de Ordóñez i los suyos.

No es, pues, Vicente Benavides el autor verdadero de la guerra a muerte. Fuélo don Bernardo Monteagudo, el inhumano esterminador de la raza que había sido señora de la América, i que, por donde quiera que encontró a su paso pueblos de españoles dejó solo cementerios....

Entre tanto, este libro ha sido escrito con la paz de la conciencia en medio de la vorájine devoradora que en olas enrojeciéndolas ha estado pasando incessantemente delante de nuestros ojos. Por nadie hemos sentido odio. Por ningun malvado hemos tenido compasion. A ningun poderoso ni a ningun afortunado hemos rendido párias. Nô. No es la historia oficio de cortesanos, ni nacieron para reverenciar sus bronces los que tuvieron miedo a la conciencia, ni los que ocultaron su rostro con cobardes manos delante de la verdad. No son tampoco, por lo mismo, dignos de su amparo augusto los que por vil motivo desarman medrosos la envidia de sus iras i a la maledicencia de su fétido veneno. Nô. El historiador es juez. Pero para que su sentencia sea valedera i acatada por los mismos a quienes hiere, hâcse preciso que la encomiende aquel al fallo definitivo del tribunal que a su vez ha de juzgarlo,—a la posteridad! I acorazada así la conciencia, pasa incólume por las pruebas de ira o vilipendio que en su tránsito le decreta el vulgo prevenido, hasta que alguna vez recibe, acaso mas allá de la vida, pero siempre en hora indeclinable, el homenaje de los buenos.

El gran principio que ha presidido a la compajinacion de este trabajo queda, pues, de esta manera, definitivamente colocado al alcance de todos los ojos i de todas las conciencias. Como las rústicas cruces que marcan en los senderos el sitio del peligro i la acechanza, así el poste de espiacion en que la

República fué flajelada, escarnecida, desgarrada con sangrienta-
saña por sus propios hijos, está ya fijo en medio de la ruta
que todos a la par vamos prosiguiendo, sin que sea dado a na-
die el detenerse.

Esta ha sido la tarea moral i filosófica perseguida, tal vez
sin éxito pero con tesón evidente, en este libro de suyo propio
vario i preñado de episodios. Esa es, en consecuencia, su uni-
dad, su base, su propósito, su alma.

Recoja, pues, el porvenir en sus cofres de oro esa enseñanza,
comprada tan caro, i, a la par, tan cruel, tan aterradora i des-
usada. Una sola contienda como la que describen estos anales
es sobrado para un siglo de escarmiento. Despues de otro siglo,
ese género de guerras parecerá ya una especie de leyenda mi-
tológica perdida entre las tradiciones en que los pueblos con-
signan su orígenes, apénas deslindados del caos inicial por una
centella de luz; por una aspiracion vaga aunque infinita
de los seres.

Verdad! Tú eres esa centella. Justicia! Tú eres esa aspiracion.
La historia, a su vez, no es sino la arca santa en que vosotras,
al traves del diluvio del horror i la barbarie, habeis llegado
incólumes i benditas hasta nosotros!

Por esto, el pueblo que os estudie en su propia vida, que os
ame en sus hogares, que os cultive en sus instituciones i que,
por último, os esculpa, como los emblemas indelebles del deber
en la portada de su existencia de Nación i en presencia del Uni-
verso, habrá encendido el faro de eterna salvacion, que, como la
columna de fuego del Testamento antiguo, ha de guiarle, sin
peligro de naufragios, a sus inmortales destinos, de poder por la
razon, de grandeza por el trabajo, de libertad por el derecho,
de democracia, en fin, por la igualdad ante Dios, la PATRIA.
i la LEY!

CAPITULO I.

Error del gobierno de Chile en no perseguir activamente a los realistas despues de la batalla de Maipo.—El coronel Zapiola en Talca.—Los realistas toman la iniciativa de las hostilidades ocupando el Parral.—Nombramiento desacertado del general Balcarce para jeneral en Jefe del ejército de operaciones.—Estraña organizacion de la oficialidad de éste.—Retirada de Sánchez a Valdivia.—Oficiales españoles que lo abandonan.—Simulacro de campaña hecho por Balcarce.—Notable carta del jeneral Freire al director O'Higgins sobre el verdadero estado de las fronteras i sobre el plan de campaña que debió ejecutarse.

Despues de la batalla de Maipo, los chilenos cometieron el mismo error que habian padecido despues de Chacabuco, i lo agravaron. Deslumbrados por el brillo i la magnitud de victorias campales obtenidas a las puertas de una capital opulenta que no habia sentido sino a lo lejos el fragor de las armas, olvidaron que el sur de Chile habia sido siempre el campo de batalla de la República, i que en sus villas i comarcas habian nacido los mejores soldados de la *Patria* i del *Rei*. Fruto de esa inconcebible negligencia, fué en 1817 la inesperada resistencia de Ordóñez en Talcahuano, que abrió la puerta al desastre de Cancha-Rayada; i en 1818 esa guerra horrenda i oscura de degüellados, de incendios, de asesinatos i de desolacion que comenzó con el bárbaro sacrificio del parlamentario Torres i sus desventurados compañeros en la márgen izquierda del Biobio i que

solo uino a terminar a orillas del río de las Damas, por el holocausto de Letelier i sus subalternos, despedazados por sus propios soldados, enfurecidos por el hambre i la desnudez.

Háse alegado por escusa de aquella grave falta respecto de la última época (pues la del año 17 ya ha sido juzgada) la proximidad del invierno, el completo agotamiento del tesoro nacional, que llegó en esos días hasta la carencia de papel para cartuchos en la maestranza misma de Santiago, como de dinero para comprarlo; i lo que era mas importante que todo eso, los proyectos de la campaña libertadora del Perú que absorvieron desde la mañana siguiente de Maipo la mente i el corazón de los caudillos de la revolución chilena.

Mas esas graves consideraciones no alcanzan a justificar el olvido de aquellos preceptos militares que a fuerza de ser obvios habrían bastado para alumbrar a los gobernantes de Chile, si no hubieran tenido a la vista el ejemplo i los desastres de la tardanza que se puso en perseguir a los vencidos en la cuesta de Chacabuco el 12 de febrero de 1817, que fueron en seguida los vencedores de Talcahuano el 6 de diciembre de ese mismo año.

Envióse, en efecto, en abril de 1818 tras los pasos del fujitivo Ossorio, al coronel argentino don Matías Zapiola con la misma lentitud i la misma falta de recursos con que se ha despachado al coronel Las Heras contra Ordóñez en febrero de 1817.

Verdad es que Zapiola había llegado a Talca dos semanas después de la batalla de Maipo (abril 18); pero solo llevaba consigo la mitad de su regimiento de granaderos a caballo, i en tal estado de inamovilidad, que hubo de permanecer en aquel cantón cerca de seis meses casi en completa paralización. Aun cuando ya había pasado completamente el invierno i lucía la primavera, época favorecida para los movimientos militares en Chile, porque el suelo se enjuta i brotan pastos para las caballerías, escribia al cuartel jeneral de Santiago estas palabras, propias de su situación i del estado de su ánimo. “Viva US. seguro de que no haré un solo movimiento que no lo caractérice la reflexión i la prudencia” (1).

(1) Comunicación del coronel Zapiola al jeneral Balcarce. Talca, setiembre 39
1818.—(Archivo del Ministerio de la Guerra).

¿Qué sucedia entre tanto ultra-Maule? Lo que allí acontecia era en estremo grave i alarmante. Ciento es que ya no se encontraba en sus trincheras de Talcahuano el valeroso Ordóñez, el mejor, el único jeneral que tuvieron los realistas en Chile; verdad es que Ossorio, tímido i confundido todavia con su terrible fracaso, solo pensaba en salvar las reliquias de Maipo llevándoselas al virei Pezuela, quien lejos de enviar auxilios los pedia. Pero por lo mismo que iba a faltar al elemento hostil a la independencia un jefe caracterizado i una organizacion responsable, todo el sur de la República presentaria en breve el aspecto de un caos de sangre i de desolacion en el que iremos viendo aparecer sucesivamente una serie de nombres siniestros desde Vicente Benavides hasta Antonio Santos i Pablo Pincheira.

Ossorio se habia encerrado, en efecto, con su vergüenza en Talcahuano casi el mismo dia que Zapiola entraba a Talca con sus granaderos. Pero gobernaba en Chillan el activo Lantaño que conocia todos los senderos de Chile que llevan a las guardias de los Andes, cuna i baluarte de montoneros, miéntras que en los Anjeles, siempre la llave maestra de las fronteras, se mantenía todavia impasible el gallego Sánchez, que ostentó en Chile toda la porfia junto con toda la imbecilidad que se atribuye a su raza.

Vista la inaccion de los patriotas, Sánchez comenzó a disciplinar dia i noche los reclutas que se juntaban en toda la linea del Biobio i aun mandó amansar potradas salvajes para sus jinetes (1). Por su parte, Lantaño, mas diligente todavia i mas atrevido, mandó al capitán Búlnes (padre del despues ilustre jeneral de este nombre, niño el ultimo que militaba a la sazon contra su sangre i en pro del suelo patrio) a recuperar la villa del Parral i amagar a Zapiola en su propio canton de aquende el Maule (2), objetos ámbos que aquel jefe consiguió sin serias dificultades. Esto sucedia el 21 de mayo de 1818, cuarenta i seis dias despues de la gran victoria de Maipo.

(1) Comunicacion del coronel Merino.—Cauquónes 1.^o de julio de 1818.—(*Archivo del Ministerio de la Guerra*).

(2) Segun la comunicacion citada del coronel Merino, Ossorio, o mas bien Sánchez i Lantaño, se proponian atacar a Talca en el rigor del invierno para evitar asi el que los patriotas hiciesen una vigorosa campana ultra-Maule en la primavera. Con aquel objeto cada soldado realista tenia en julio de 1818 dos caballos listos para emprender operaciones.

Verdad es que aquella posicion se volvió a recobrar una semana mas tarde (mayo 27) por el valiente Cajaravilla i sus granaderos; mas los mismos soldados allí vencedores fueron a estrellarse contra Lantaño en las calles de la siempre realista Chillan (julio 31).

Entre tanto, la primavera se acercaba, i en *cinco meses* los vencedores de Maipo aun no habian pasado el Ñuble! Los abatidos realistas levantaban por todas partes la cabeza i comenzaban a abrigar esperanzas de socorro. Pezuela habia enviado a su yerno Ossorio la noticia de que la expedicion llamada de Cantabria habia salido de Cádiz convoyada por la *Maria Isabel* en mayo anterior.

Solo entonces llegó a comprenderse en los consejos militares de Santiago, en los que hacia inmensa falta a la sazon el jeneral San-Martin ausente en Buenos-Aires, la gravedad de la situacion, i se preocuparon los ánimos en ponerle remedio. Organizóse, en consecuencia, apresuradamente un ejército de operaciones, compuesto de cuatro batallones (núms. 1 i 3 de Chile, cazadores de los Andes i de Coquimbo); dos regimientos de caballería (granaderos i cazadores) i ocho cañones, cuyas fuerzas repartidas en las cien leguas que corren desde Santiago al Parral, ascendian a tres mil trescientos ochenta i cinco hombres.

Elijióse para jeneral en jefe de aquel ejército, al que lo era del ejército de los Andes, el brigadier arjentino don Antonio González Balcarce; i al mismo tiempo se nombró para intendente de Concepcion, con facultades casi puramente políticas, al coronel don Ramon Freire.

Habia en esta elección un doble error, porque si bien Balcarce era un buen jefe de fila i habia mandado ántes de San-Martin el ejército del Alto-Perú, no conocia, como su hermano el jeneral don Márcos, la topografia del sur de Chile ni el carácter de sus habitantes, entre los que iba a presentarse como un estraño, casi como un intruso. Por otra parte, su salud mortificada por una cruel aneurisma a la que sucumbió en pocos meses (1) apagaba sus brios; i él ademas habia sido quien aconsejara retardar las operaciones, indicando que durante el invier-

(1) Baleunce murió repentinamente en Buenos Aires el 5 de agosto de 1819.

no debian mantenerse únicamente mil quinientos hombres escalonados entre Santiago i el Maule para defender la linea del último, cuando el enemigo la amagase (1).

Freire, al contrario, era hijo del sur i mas que hijo, era su ídolo militar. Joven, gallardo, atrevido como nadie, llegaba, no sable en mano como debia llegar, sino con los brazos atados por la subordinacion a un jefe que no conocia. No puede ocultarse a la historia que el influjo arjentino no solo impuso a Chile dolorosas humillaciones sino que dió causa a gravísimos desaciertos.

Organizadas, empero, las cosas de esta suerte, solo en enero de 1819 llegó Balcarce a Chillan. La tardanza no podia ser mayor ni mas funesta.

Felizmente, como para brindar al jeneral recien llegado una aparente gloria, Ossorio, llamado por Pezuela, se habia hecho a la vela cuatro meses ántes (setiembre 8 de 1818) llevándose desahogados en siete buques los restos de la expedicion que trajo estrecha en doble número. En su lugar habia quedado Sánchez con los restos de aquellos batallones criollos que se hicieron famosos por su obstinacion en las campañas de 1813 i 14.

Ossorio se habia llevado seiscientos ochenta i nueve soldados peninsulares i dejado a Sánchez mil seiscientos diez i ocho chilenos, pero de éstos solo cuatrocientos ocho estaban armados de fusiles i ciento catorce de lanzas (2). Luego, sin embargo, se aumentó el número de los últimos con seiscientos buenos soldados de la expedicion de Cantabria que escaparon del ardid con que el joven almirante Blanco apresó a la mayor parte en la isla de Santa Maria.

Con este refuerzo, Sánchez habria podido presentar un ejército capaz de haber tenido el campo contra Balcarce, sobre todo auxiliado como se hallaba por las tribus araucanas, que, por una anomalía propia de su barbarie, sostenian ahora la causa contra la que habian lidiado doscientos cincuenta años. Pero mal aconsejado, resentido por el poco aprecio que se había hecho de sus anteriores servicios, viendo siempre llegar en

(1) Archivo del Ministerio de la Guerra.

(2) Tomamos todas estas cifras numéricas i las fechas de la *Historia jeneral del señor Barros Arana* como de la fuente mas vasta i mas exacta en que beberán sus datos los futuros historiadores de Chile.

su reemplazo a jenerales de fuera como Gaínza, como Ordoñez i como el mismo Ossorio, tomó la extraña resolucion de desobedecer las órdenes del último, i las del virei Pezuela, quiea castigó su insubordinacion o su error despedazando los despachos de brigadier, que ya habia firmado en su obsequio. Sánchez desairado atravesó con increibles penalidades toda la Araucanía, i se encerró en la plaza fortificada de Valdivia. La razon mas ostensible de este movimiento era la evidente disposicion que mostraban a desertarse las tropas peninsulares recien llegadas; pero esa misma propension nacia de aquel movimiento retrógrado al corazon del territorio de los bárbaros (1).

Sánchez habia comenzado a ejecutar su retirada mucho ántes que Balcarce se presentase en Chillan. El 14 de noviembre de 1818 evacuó a Concepcion arrastrando consigo hasta las monjas de aquella infeliz ciudad, i dirijíose a los Anjeles para estar mas al habla con Lantaño, que aun ocupaba a Chillan. Por manera que cuando Balcarce emprendió el movimiento sobre el Biobío con el grueso de sus fuerzas, el jeneral español continuó su empezada retirada atravesando el rio fronterizo el mismo dia que Balcarce llegaba a su orilla (febrero 19 de 1819).

Hubo en aquella conyuntura un cañoneo de ribera a ribera entre patriotas i realistas, en que solo pereció partido por una bala de cañon un hijo del almirante Bruix, digno de su padre.—Mas Balcarce atribuyó a aquel encuentro la importancia de un decenlace, i creyó sinceramente que el cañón de la indepen-

(1) El 3 de marzo se presentaron al coronel Freire el capitán de ingenieros don Santiago Ballarna i el paisano don Victorino Garrido, tan conocidos uno i otro despues en Chile. El ultimo iba de oficial mayor de la tesorería de Huancavélica. Ambos abandonaron a Sánchez en su marcha de Angol a Tucapel por la cordillera de Nahuelbuta (*Archivo del Ministerio de la Guerra*).

Ya ántes se había presentado el teniente coronel de cazadores don Ambrosio Acosta i los tenientes del Cantábrico don Manuel Valledor, don José Méndez de Llano i don Antonio Martínez, solicitando servir en Chile "porque la España, decían en su memorial, es el patrimonio de un rei déspota i porque no pueden servir bajo la Bandera de un tirano; pues ni éste ni sus siervos tienen patria." El director O'Higgins los incorporó en el ejército de Chile concediéndoles un grado sobre el que tenian. En el decreto de su admision se encuentran estas notables palabras, que rara vez volverán a leerse en esta memoria: "Los hombres libres de todas las naciones son nuestros *conciudadanos naturales*. Peleamos, no contra el pueblo español, sino contra el gobierno estúpido que lo tiraniza."—(*Gaceta ministerial de Chile* del 28 de noviembre de 1818).

Por esta misma época tomó servicio en Chile el teniente del Cantábrico don Tomás Ovejero, que siete años mas tarde era ministro de la guerra del jeneral Pinto, i varios otros oficiales como Arias, Salavá i Cruz a quienes nombra Torrenle, i algunos de los que han dejado familia entre nosotros.—(TORENTÉ, *Revolución hispano-americana*, tomo II, páj. 505).

dencia había tronado por la última vez en los límites de Chile.—Su error fué grande i fatal; pero no lo juzgamos ni hijo de la indiferencia ni de la presunción. Era el resultado lógico del absurdo que se había cometido en Santiago designándole para jefe de una expedición, en la que iba enfermo i como incógnito. I a la verdad que no podía ser mas curiosa la organización militar superior de aquellas fuerzas destinadas a una empresa tan especial como era el poner término a una guerra nacional. Su jefe, como se ve, era un argentino; su segundo un colombiano (el jefe de estado mayor Paz del Castillo); el comandante que llevaba la vanguardia era francés (el teniente coronel Viel); italiano el jefe de la artillería (Juan Pedro Macharratini); i por último hasta el ingeniero en jefe, fuera de muchos subalternos alemanes, ingleses i americanos del norte, era un polaco (el capitán Pedro Kursky). En vista de esto no era, pues, de ninguna manera extraño que los jefes facultativos de aquel cuerpo expedicionario, que tanta semejanza ofrecía con la torre de Babel, hubiesen creído de buena fe que las campañas de la independencia de Chile estaban terminadas, porque sus enemigos se internaban en el territorio de la Araucanía.

Aquel mismo día Balcarce se retiró en consecuencia a los Anjeles a desorganizar su ejército dando por concluida la guerra. Dejó dos batallones al intendente Freire (el núm. 1 i 3 de Chile) para la tranquilidad de las poblaciones; situó al viejo i valiente jeneral Alcázar en Yumbel con alguna caballería, acertada elección del hombre, del arma i del terreno, i por último, dejando cuatro cañones i otro batallón (el famoso núm. 1 de Coquimbo) para su resguardo en los Anjeles, se marchó a Santiago, un mes después de haber entrado por la primera vez a aquella fortaleza, llevándose consigo precisamente la arma más importante en nuestra frontera, la caballería. El jeneral argentino al recibir en la capital los parabienes de aquella campaña de un mes, no sabía que había ido solo a dejar sembrada la sangrienta simiente de tres años de batallas a filo de cuchillo.

No pensaban entre tanto como él los hombres que conocían las comarcas del Biobio i sus pobladores.—“¡Quién sabe, escribia proféticamente el coronel Freire al director O’Higgins

en los mismos días en que Balcarce se retiraba de los Anjeles, quién sabe si Ud. tambien habrá creido la conclusión de la campaña en el sur! *Ella es tan falsa como que nunca ha estudiado la guerra como en las circunstancias.* Sánchez jamas ha presentado una acción (no creamos en *pinturas*) (1). Lo único que ha hecho es irse retirando i en su retirada dispersarse alguna caballería'' (2).

En el capítulo siguiente vamos a ver si eran o no exactas las apreciaciones del jóven intendente de Concepcion.

(1) Palabra sin duda alusiva al apodo chileno «argentino o porteño pintor» es decir vanidoso, petulante, etc., etc.

(2) Carta del coronel Freire a O'Higgins.—Concepcion, febrero 23 de 1819.

Freire había tenido un ojo certero para juzgar de la campaña aun antes de emprenderse. Desde Chillán había escrito a O'Higgins el 11 de enero las siguientes palabras, cuya sabiduría habría puesto en ejecución todo otro jefe que no hubiese sido un militar argentino o colombiano o polaco, recién llegado a Chile: «Lo que debía hacerse era tomar a Nacimiento (es decir la espalda de Sánchez i su paso forzoso al retirarse al interior) porque se puede decir se halla solo, al mismo tiempo que se intenta de ir a los Anjeles: en seguida dejar allí una pequeña guarnición (hai tropa bastante al efecto) i luego atacarlos. Este era el modo de concluir la guerra, porque los enemigos fuerza física no tienen ni tampoco realmente moral; i viéndose con Nacimiento tomado tenían que *fugarse.*»

CAPITULO II.

Levantamiento en masa de la provincia de Concepcion.—Se rompen las hostilidades en toda la línea del Biobio.—José María Zapata aparece en Chillan i curiosa carta que escribe sobre sus propósitos.—Apuros del jeneral Freire i comunicaciones privadas que dirige al director O'Higgins sobre su situación.—Vicente Benavides.—Sus antecedentes i carácter.—Notable comunicación del virei Pezuela al gobierno español sobre las primeras operaciones de este caudillo e importancia capital que les atribuye .—Estado indefenso de las plazas fronterizas.—Sítio de los Anjeles.—Irritacion del jeneral Freire i sus planes de esterminio.—Benavides asesina al parlamentario Torres i a quince de sus compañeros.—Comienza la guerra a muerte.—Alarma en la capital.—Consejo de Balcarce.—Excusión de Benavides al norte del Biobio i grotesca intimacion que dirige al gobernador de los Anjeles. Alcázar.—Respuesta característica de éste.—Persigue Freire a aquel i lo dispersa en Currali.—Freire en Arauco i grave error que padece permitiendo a Benavides retirarse a Tubul.—Comunicaciones privadas i partes oficiales de Freire sobre su campaña.

El propio tiempo que por una coincidencia extraña en toda guerra que no sea la eterna de Sur-América, los jenerales de los ejércitos contendientes Sánchez i Balcarce se retiraban cada cual por opuesta dirección, creyendo ambos que dejaban terminada o por lo menos suspendida la campaña, iba ésta a presentarse de súbito desencadenada i terrible en los mismos sitios que aquellos juzgaban pacificados.

Horas despues que Balcarce se había retirado de los Anjeles era deshecha (21 de febrero) (1) una partida que el comandan-

(1) El señor Barros Arana fija en su folleto citado la fecha de este suceso en el 22 de febrero. Pero Thompson en su parte a Freire dice que mandó la partida el 21 por la noche i su misma comunicación tiene la fecha del 22. (*Archivo del Ministerio de la guerra*). Pudo suceder con todo que el desastre tuviera lugar en la mañana del dia en que Thompson dató su comunicación.

te militar de aquella fortaleza, Thompson, habia mandado a custodiar un vado del rio cerca de Negrete. Casi en esos mismos momentos (21 de febrero por la tarde) el comandante de Santa Juana, mas hacia bajo del rio, era atacado por cien fusileros, i caia prisionero con perdida de los dos tercios de su guarnicion (1). Por ultimo, en San Pedro, a la vista de Concepcion i solo rio de por medio, se habia dejado ver una guerrilla de mas de cien hombres bien armados.

Esto sucedia en la ribera sur del rio i casi en toda la lonjitud de su curso (2).

Al mismo tiempo una guerrilla aparecia en la märjen borcal del rio por el lado de Talcamávida, frente a Santa Juana; grupos de indios cruzaban el rio de la Laja i se dirijian cometiendo horribles depredaciones hacia Rere, a espaldas de Concepcion amenazando interceptar esta plaza de la de Chillan, mientras que en la vencidad de la última se dejaba ver el terrible José María Zapata intimando rendicion (3). Todavia mas al

(1) «Antes de ayer a la tarde perdimos cerca de treinta soldados veteranos i al oficial Rivera del núm. 1 de Chile, que hasta ahora no se sabe de él en Santa Juana. Astete me pidió veinte hombres para pasar a aquel punto con algunos milicianos. Mandé cincuenta con órden de que al aviso de enemigos se retirase. El oficial, fogoso, creyó que con cerca de cien hombres que tenía entre veteranos i milicias, comprometiendo acción los vencería i fué atacado por el famoso Benavides, que traía cerca de ciento cincuenta hombres veteranos de infantería, i por trescientos de caballería i fué derrotado completamente. Unos veinte hombres escaparon i algunas milicias. (Carta del jeneral Freire al director O'Higgins.—Concepcion, febrero 23 de 1819).

(2) «En estas mismas circunstancias, escribia el intendente Freire al director O'Higgins el 23 de febrero, (aludiendo a la supuesta terminacion de la guerra i retirada de Balcarce) ciento i mas hombres entre lanceros i de fusil, estaban en San Pedro i se retiraron por cuatro o cinco dias a Colcura. En Arauco habían tambien partidas de consideracion que ordenaron al pueblo i campañas de Santa Juana se replegasen todos a aquel punto bajo pena de la vida. Los santiuaninos me pidieron auxilio, i como no tenía mas que la escolta i tenía que atender a otros puntos, oficié al jeneral para que lo hiciese. Esto es que nadie fué no sé porque. Zapata por las partes de San Carlos i Chillan no se había seguido ni aun hasta ahora. Ultimamente todo estaba en una comunicación tan hostil que las partidas enemigas llegaban hasta la inmediacion de los Andes; i Sanchez no había hecho otra cosa que retirar el cuerpo del ejercito a alguna distancia.»

(3) Es curiosa i característica la contestacion que dió Zapata a un vecino de Chillan que a título de paisano quiso llamarlo a quietud en oportuno tiempo. La transcribimos aquí tal cual se encuentra original en el Archivo del Ministerio de la Guerra.

A don Ramon Lantaño.—Guardé Dios muchos años en Chillan.—Marzo 8 de 1819.

Mui señor mio recibido la suya con fecha del pasado i no me hallo en tal disposicion por allarme tan resforzado de jente i haber melle gado ecién obres sacaramados con sus respetuosos oficiales ya mismo ti enpo saber que su ejerci-

norte, en la confluencia del Ñuble con el Itata se presentaban a la cabeza de montoneras de bandidos los guerrilleros Contreras, Fuentes i el feroz Antonio Pincheira que iniciaba ahora su larga carrera de desolacion i matanzas.

¿Cómo sucedia todo esto de una manera tan repentina, tan vasta, tan simultánea, tan aterradora? ¿Cómo a un solo grito se habian alzado en armas todas las comarcas que se estienden en las cien leguas comprendidas entre el Itata i el Cauten, en el centro de la Araucanía? Los indios de la costa i los llanistas ocurrian en tropel al Biobio; los pehuenches bajaban de los valles de los Andes por los boqueteros de Antuco a orillas del Laja i por el de Alico a la cabecera del Perquilauquen. El magnifico distrito llamado la *Montaña*, que se estiende por las faldas de los Andes entre aquellos dos pasos, ocultaba en sus desfiladeros innumerables bandas armadas, miéntras que, dándose éstas la mano por el fuerte de Tucapel con los caudillos que se levantaban en todas las reducciones de la Araucanía, iban a mantener, mediante su osadía i la estraordinaria movilidad de su organizacion en grupos a caballo, un constante flujo i refluxo de sangre que inundaria durante tres años todas las ciudades situadas en los llanos desde San Carlos a Concepcion, todas las plazas fuertes tendidas a lo largo de los ríos desde Santa Bárbara, al pie de la cordillera, hasta Colcura en la ribera del mar.

¿Pero quién había puesto en juego i dado tan precisa i compacta unidad al movimiento que se advertia cuando el jeneral del rei, en cuyo nombre cundia la agitacion iba retirándose precipitadamente hacia los confines de la República i llevándose no solo los soldados de pelea sino las poblaciones enteras i hasta los claustros de frailes i de monjas?

El que todo esto hacia era un soldado chileno a quien Balcarce al retirarse a Santiago había dejado en Angol, a espaldas del fujitivo Sánchez reuniendo sus dispersos, por cuyo servicio

to es derrotado i que los anjeles es tan sicta dos por los nucce tres i que ala mismo ti en po espero que en el termino de ocho dias o menos einos de ser dueños de la provincia por las correspondencia que tengo de Mendoza es cuanto se ofrese a su afeuto i servidor que loes tima». —Sepata.

aquel jefe le dejaba especialmente recomendado al mandatario de la provincia i del ejército (1).

Para comprender lo que pasaba es preciso detenerse un instante en presencia de aquella figura siniestra i oscura todavía.

Todo había sido hasta entonces terrible i sombrío en la existencia de aquel hombre que había nacido en una cárcel para morir en un patíbulo. Hijo del alcaide de la villa de Quirihue, había sido en los diez años que llevaba corridos la independencia de Chile tres veces alternativamente soldado del ejército patriota i del enemigo, i al pasar de unas filas a otras había siempre cometido un crimen o recibido algún castigo, incluso el de la muerte; porque fué ajusticiado, i sin embargo quedó con vida. Su existencia formó por esto una cadena de extrañas aventuras i de repugnantes inconsideraciones que bastarían a hacer odioso su carácter, si sus delitos inhumanos no lo hubieran señalado a la execración de las edades. Fué uno de los vencedores en Rancagua i conquistó en esa campaña los galones de oficial. Mas no se batió en Chacabuco por la causa que lo exaltaba, i al contrario, al saber la victoria de los chilenos, púsose a conspirar contra sus banderas en Concepción (2).

Benavides era, pues, un eterno discolo, una de esas naturalezas rebeldes a todo impulso de lo bueno, i que por esto han sido llamadas con propiedad: *jenios del mal*. Su educación había sido tan imperfecta como su organización i había servido solo de dócil aliada a sus terribles instintos. Había aprendido en su aldea natal todo lo que se enseñaba entonces en nuestras villas de provincia i aun en nuestras ciudades coloniales; esto es, a

(1) Comunicación de Balcarce a Freire, Anjeles, febrero 15 de 1819.—(Archivo del Ministerio de la Guerra).

Es curioso que al mismo tiempo que el jeneral patriota hacia estas recomendaciones de Benavides las hiciese a su vez el jeneral realista. En el volumen del archivo del Ministerio de la Guerra titulado *Vicente Benavides*, existen algunas de las cartas de Sánchez a éste de esos mismos días (Tucapel febrero 21) en que le felicitaba por sus empresas sobre Santa Juana. En esas comunicaciones, se daba a Benavides el título oficial de *comandante de la línea de guerrillas*, lo que prueba que Benavides quedó en las fronteras por órdenes de Sánchez i bajo su dependencia.

(2) De este último rasgo de la vida de Benavides no hacen mención los escritores que se han ocupado de él. Pero consta de comunicaciones oficiales del jeneral Freire existentes en el Archivo del Ministerio de la guerra, que cuando él se dirijía sobre Concepción en 1817, Ordóñez tenía preso a Benavides en aquella ciudad por conatos de conspiración.

escribir, a leer i a rezar. Sus pasiones mas arraigadas i mas feroces estaban limitadas por esto a un círculo estrecho. Su sable, su mujer i la vírgen de Mercedes, cuyo nombre invocaban aun en el cadalso, constituián toda la atmósfera de su existencia física i el aliento de su alma, pero al anidarse en ella se emponzoñaban en su contacto i se convertían en excesos abominables. En Benavides la pasión por la guerra era la matanza; el amor, el agujon de los celos, la religión, la hoguera.

I son estas tres tendencias mas marcadas de su espíritu las que veremos puestas en juego en la lucha a que vamos a asistir. Su audacia para mentir, un espíritu notable de organización, la viva malicia del criollo i su insondable vanidad, son sole recursos auxiliares de que el bandolero echará mano en la víspera de un atentado o al dia siguiente de haberlo cometido.

Los ilustrados biógrafos de aquel caudillo se han preguntando hasta aquí alternativamente, por qué Benavides levantó la bandera del rei cuando era arriada por todas partes en nuestro territorio, i cómo pudo tan aprisa presentarse señor i jefe de un ejército poderoso, a la vez que fraccionado en tan diversos grupos en un dilatadísimo territorio. Para nosotros la solución de aquella inconsecuencia se halla en la existencia misma de Benavides que no fué sino un tejido de deslealtades casi incomprendibles i en su ciega vanidad de mestizo semi-bárbaro, i semi-educado. En cuanto a la segunda duda, la hemos encontrado desvanecida en una correspondencia oficial del virrey Pezuela en que se manifiesta que el antecesor de Benavides obró contra sus instrucciones, que su retirada a Valdivia fué no solo un absurdo i una cobardía, sino un palmario desconocimiento de las intenciones de aquel potentado, i que por consiguiente al asumir el último la representación de la causa real en Chile iba a servir de lejítimo i autorizado caudillo de todos los elementos jenuinamente anti-independientes que aun quedaban arraigados en la República (1).

(1) Consta en efecto de una comunicación del virrey Pezuela al gobierno español, fecha 7 de julio de 1819, que el núcleo de las fuerzas de Benavides se compuso en su mayor parte de los dispersos i rezagados de Sánchez, que el virrey hace subir a los dos tercios de su número. Desde Nacimiento a Tucapel Sánchez había tenido en efecto cincuenta i cuatro bajas i en el último punto no contaba sino con mil sesenta i cuatro hombres i noventa i cinco oficiales (*Archivo del Ministerio de la guerra*) i ya hemos visto que él comenzó su reti-

La situacion que creaba Benavides a la nacion i al ejercito del sur no podia ser mas grave ni mas inesperada. La insurreccion dominaba todos los campos; i las escasas fuerzas de la Republica se hallaban diseminadas en ciudades indefensas, recien ocupadas i que era preciso repoblar con bandos i decretos, o en fortalezas que no tenian cañones sino brechas practicables en cada uno de sus muros.

Por fortuna hallabase al frente de aquellos escasos recursos

rada con algo mas de dos mil. Por esto sin duda Pezuela hace subir a mil hombres los soldados con que Benavides iba a abrir la campana. El jeneral Freire confirma estos datos en un oficio que publicamos mas adelante datado en Arauco el 1.^o de mayo de 1819, i en el que asegura que Benavides no se retiraria a Valdivia porque Sanchez se hallaba mui resentido por haberle quitado sus mejores soldados.

La prohibicion hecha por Sanchez a Benavides de no recibir desertores en su division està comprobada por una carta de aquel escrita en Tucapel el 27 de febrero en que la establece terminantemente.

En cuanto a la importancia que Pezuela atribuia a las operaciones de Sanchez, i por la retirada de este, a las de Benavides, baste decir que apena supo aquel en abril la retirada de Sanchez, que este le anuncioiba iba a ejecutar desde Tucapel, fletó en el acto la goleta Alcance i la mandó con un pliego ordenándole que por ningun motivo se separase de las fronteras. «Espero, le decia, el 6 de abril, que meditando mejor las facultades i perjuicios de esta empresa, no la haya verificado.» Con este objeto le mandaba veinte mil pesos i otros auxilios.

Pero Pezuela hizo mas todavía. En la suposicion de que viniera una expedicion terrestre o maritima de Espana, envió órdenes en la goleta Alcance para el jefe de aquella, a fin de que desembarcase en Chile i sostuviese la guerra bajo las órdenes de Sanchez, al mismo tiempo que ordenaba a este ponerse bajo el mando de aquel si era de superior graduacion a la suya.

Siendo Pezuela en esa interesante comunicacion que fué encontrada original por lord Cochrane en el archivo de Valdivia en 1820, el proyecto favorito de los disidentes verificar una expedicion contra este virreinato para apoderarse de él por el mucho partido que cuentan en el pais, *haciéndoles la guerra en Chile se les frustra esta idea*, i al mismo tiempo, segun la mayor o menor masa de fuerzas, puede tratarse de la *economia de todo aquel reino cuya posesion es la mas esencial a la conservacion i felicidad de estos dominios.*

Pezuela, que no era tan destituido de dotes administrativas i militares como lo han pintado sus paisanos, tenia demasiada razon como se encargaron de probarlo posteriormente los hechos.

Por lo demas, se encontrarán interesantes detalles aun no conocidos, en el oficio citado de Pezuela i que tomamos de la colección inédita mencionada ya en memorias anteriores. — Dice así:

Lima, Julio 7 de 1819.—Excmo. señor ministro de la guerra.—Anuncié a V. E. en carta núm. 627 que el comandante jeneral de las tropas de S. M. en Chile, coronel don Juan Francisco Sanchez, no creyendo segura su posicion en la plaza de los Anjeles por hallarse amenazado de fuerzas enemigas superiores en número, pasó el Biobio con dirección a Nacimiento, i me participaba de Tucapel su resolucion de retirarse a Valdivia por no poder sustentar por mas tiempo la gueira en aquella frontera, ocupada por tres mil enemigos, acaudillados por el llamado jeneral Balcarce, en circunstancias de haber sufrido bajas de alguna consideracion al paso de dicho río, de hallarse exhausta de vivieres i de metalico con que adquirirlos i de hallarse convencido de la apatia de los indios araucanos, quienes, de resulta de un ligero encuentro con los enemigos se dispersaron i dirijieron a sus hogares, manifestándose poco dispuestos a auxiliar al ejercito con caballos i ganados de que carecian. Como mis miras de mantener la guerra en la provincia de Concepcion tenia entre otros objetos

de resistencia, (pues en verdad se trataba de una guerra defensiva) un hombre de robusto corazon en los conflictos i de brazo incansable en las peleas. La espada del jeneral Freire iba a ser en ambas riberas del Biobio la valla de acero en que vendrian a estrellarse siempre las huestes realistas en sus furiosas embestidas.

Hemos visto ya que el jóven intendente de Concepcion habia previsto el conflicto cuando mas aparente era su lejanía, i ahora

el interesante de entretener a los enemigos de *sus empresas hostiles sobre esas costas*, i por otra parte, como no me podia convencer de que tres mil hombres fuesen suficientes a arrojar nuestras tropas de fuertes posiciones, máxime si se adoptaba la guerra de detalle que tenia prevento se hiciese como mas a propósito para alargarla; evitando golpes decisivos, desaprobé la asunciada retirada i despaché un buque con órdenes terminantes al comandante jeneral Sánchez para que a costa de los mayores sacrificios se mantuyese en las fronteras de Arauco, remitiendo ademas auxilios de metálico i otros efectos propios para adquirirse víveres entre los indios, sin contar con otras remesas de armas, municiones i dinero hechas anteriormente, cuyos desembolsos en circunstancias tan apuradas han aumentado las escasezes que se padecian en esta tesorería, sobre la que gravitan enormes gastos.—Vi estos sacrificios ni mis órdenes i privaciones al intento produjeron el fruto que me proponía en razón a que al recibir aquellas ya se había verificado la retirada, cuyas consecuencias han acreditado lo exacto de mi cálculo, pues sin empeñar acción alguna ha perdido aquella división los dos tercios de sus fuerzas como verá V. E. en el oficio del señor Sánchez que acompaña bajo el núm. 1 i estado adjunto.

“En esta penosa retirada ha sufrido la tropa innumerables trabajos i privaciones por la travesía por un país casi desierto, i careciendo hasta de lo mas preciso para su alimento, todo lo que ha contribuido a la escandalosa deserción que se advierte habiendo perdido toda la artillería, municiones, cajas, mayoría i equipajes. No puedo desentenderme de manifestar a V. E. las consecuencias que acarrea el mal ejemplo dado por las tropas peninsulares desde su desembarco en Talcahuano, por las frecuentes deserciones al enemigo en cuyo crimen han incurrido cinco oficiales i muchos soldados apesar de las mas esquisitas medidas de los jefes para evitarlo, lo que unido al suceso de la fragata *Trinidad*, me hace creer i no sin algún fundamento que en los puntos de su embarco en la Península hai personas comisionadas o adictas al partido rebelde que corrompen al soldado con promesas halagüeñas, pues el referido suceso de la *Trinidad* i la deserción de cuatro oficiales de Cantabria, cazadores i dragones en un mismo dia tiene todo el carácter de un plan determinado i meditado anteriormente. Esta conducta ha influido de un modo nocivo i trascendental en la tropa i oficiales del país, entre quienes era casi desconocido este crimen, i no sin sorpresa verá V. E. en las notas del adjunto estado los muchos que han seguido tan mal ejemplo. Afortunadamente la mayor parte de la tropa que aparece de baja *se ha incorporado* al capitán don Vicente Benavides, oficial espedito, valiente i que conoce perfectamente el país, que quedó en las fronteras de Arauco con el objeto de hostilizar a los enemigos.

“Tenía reunidos a aquella fecha *mil* con los cuales se disponía a atacar la guarnición de Concepción i en seguida otros puntos en los cuales los enemigos han dejado poca fuerza después de la retirada del señor Sánchez, como verá V. E. en su oficio que con el núm. 2 le acompaña en copia. Yo me prometo las *mayores ventajas* de esta clase de guerra que aun sin decidir la suerte de la provincia de Concepción, obligará a los enemigos a mantener fuertes guarniciones i entretendrá de algún modo la opinión pública en Chile. Esto entendiendo en mandar pronto auxilios a Valdivia i en el arreglo de su guarnición, aumentada considerablemente por las tropas que se han replegado con un número considerable de oficiales, i para ello pienso despachar un buque apesar de los riesgos que presentan estos mares en su travesía. —Dios guarde a V. E.—Joaquín Pézuela.

que le veia venir no mudaba de semblante (1). Su situacion militar era, sin embargo, en estremo critica. Tenia, es cierto en Concepcion, dos pequeños batallones, el 1 i el 3 de Chile, pero le faltaban caballos, única arma que da alcance al montonero, i cañones, otra arma que el indio teme en las batallas. "El jeneral Balcarce, decia en efecto Freire en la carta que ya hemos citado, se ha retirado anunciandonos la paz i sé ha llevado todos los pertrechos de guerra. El batallon núm. 1 i el núm. 3 están aquí; pero sin medio, sin víveres i desnudos. Entre los dos, segun los informes de sus jefes, apénas presentarán quinientos hombres en linea. El de Coquimbo está en los Anjeles; i caballería no tenemos mas que la compañia de la escolta, siendo ésta la mas precisa para esta guerra. Las milicias están apié i no tienen ni lanzas, ni hai ninguna clase de armas que darles.

"Así es que, es de suma neccsidad, añadia, que Ud. me mande a la mayor brevedad seiscientas lanzas i sables, si acaso se encuentran, para armar un rejimiento de milicias. Sin caballería nada hacemos i la cosa toma incremento. Tambien es de primera necesidad que venga algun dinero para los batallones, pues hace tiempo que no reciben medio i es necesario entretenelos con alguna cosa, ya que los víveres i el vestuario están tan escasos."

"En fin, concluia esta carta notable por su franqueza i sus revelaciones históricas, el embrollo en que nos ha dejado el señor Balcarce es grande, i si activamente no se toman las providencias como lo hago, nos veremos en apuros."

La crísis en efecto se desarrollaba con una celeridad desconsoladora. Todas las partidas sueltas que habian brotado como por encanto tras de las pisadas de Sánchez al sur del Biobio i de Balcarce al norte, comenzaron a operar un rápido movimien-to de concentracion sobre los Anjeles, la plaza que hemos llamado

(1) "Si la permanencia del ejército de la patria organizado, podía con el tiempo precipitar a Sánchez a Valdivia i sosegar el movimiento (decia en efecto el jeneral Freire a O'Higgins, dando pruebas de un notable tacto militar), la retirada breve i al modo como se hizo de Nacimiento no solo ha causado los efectos contrarios, sino que creyendo las campañas que éramos derrotados, juzgan que nos vamos a retirar, i por todas partes no se oyen mas que lamentos de los mui comprometidos i todos los demás en efcrescencia." —(Carta citada del 23 de febrero.)

con exactitud la llave de las fronteras, i en los momentos mismos en que Freire escribia a la capital pidiendo auxilio, aquella ciudadela defendida por un solo batallón i cuatro piezas de la artillería de los Andes, era rodeada por no menos de tres mil indios e innumerables capitanejos. Entre éstos, los boletines militares citan a Juan Ruiz, de Nacimiento, i sus *cuatro hijos*. Tan general i terrible era el levantamiento!

Los sitiadores llevaban por delante de sus caballos atados de fajina para incendiar el pueblo, i éste era el preludio de aquella guerra espantosa. El cañón de la fortaleza les impidió el crimen; pero arrimaron fuego a los campos vecinos, "levantando, dice el jefe de la plaza, una densa nube que por largo rato oscureció la claridad del sol" (1).

Al fin la metralla dispersó a los indios que se retiraron dejando sesenta cadáveres. Pero fué para volver mas tarde con mayor ímpetu i desesperación. Llegaron esta vez los jinetes araucanos hasta golpear con sus lanzas los macisos postigos del portón del recinto, recordando proezas antiguas que ha hecho inmortales la musa castellana; mientras que la gente de a pie, toda española, cuando aquellos se retiraban por las estrechas calles para embestir de nuevo en otra dirección, los cubrian con igual heroísmo hasta el caso de perecer todas por el estrago del cañón (2). Dentro de la plaza solo murieron algunas mujeres que no alcanzaron a encerrarse en el fuerte.

Los sitiadores, que en esta vez habían sido en menor número por las veleidades propias del indio, volvieron a retirarse; pero si el mariscal Alcázar, que avisado de lo que pasaba no hubiese venido a toda brida con la caballería desde Yumbel, la plaza habría sucumbido; i entonces quedaba franco el paso por los llanos i por los vados a todas las montañeras que se enseñoreaban a la vez de las campiñas del Vergara i del Itata. Alcázar entrándose a la plaza en la tarde del 10 de marzo, des-

(1) Parte del comandante Thompson a Freire.—Anjeles, marzo 1.º—(Archivo del Ministerio de la Guerra).

(2) Parte de Thompson a Freire.—Marzo 1.º de 1819.—(Archivo del Ministerio de la Guerra.) Esta defensa hizo considerable honor a aquel jefe que no había salido con mucho lustre de la función de Maipo i que volvió a perderlo poco después en Tarpellarca, por lo que fué, empero, juzgado i absuelto. Desde que comenzó el levantamiento, Thompson había escrito a Freire (febrero 22) que si no se le auxiliaba inmediatamente no respondía de la plaza, i sin embargo la sostuvo con energía durante mas de diez i siete días hasta que le llegó socorro.

pues de dar una valiente acometida a los bárbaros que se retiraban del asedio por el vado de Tarpellarca, salvó la situación que no podía ser más apurada al comenzar la campaña.

Entre tanto, Freire privado de movilidad, de víveres i de dinero en Concepción, se desesperaba por tomar personalmente el campo contra Benavides que se había apostado en Santa Juana, en la medianía del gran río, con el propósito de atender a la vez a las dos extremidades de su línea de ataque, es decir, a Concepción i a los Anjeles. “Ya no hai paciencia, escribia aquel a Santiago el 3 de marzo para sufrir a los indios que por todas partes nos inquietan. Mujeres, hombres, niños i cuanto encuentran lo devoran como el fuego. Así como son indecibles los estragos que han hecho en la Laja i demás partes, lo son tambien las tentativas de amistad que se les ha hecho i de que se han burlado. Los pehuenchés, que eran los únicos que se manifestaban neutrales, están hoy tambien en movimiento, segun noticias tengo. Los habitantes de la otra parte del Biobio i los emigrados están tan obstinados que a pesar de que salen los bandos de perdón, etc., continúan sin interrupcion, i permanecen haciendo la guerra, sin embargo de que Sánchez se había retirado. Cadalso i degollaciones son los que públicamente i a gritos ofrecen a los habitantes que se han quedado de esta parte.”

“Todo hombre, añadia en seguida, revelando sus planes militares i la ira de su corazón, que mira la cosa de cerca cree que mientras no se pase al otro lado del Biobio i se les haga una guerra destructora, *degollando, robando i quemando* cuanto se presente, es imposible la tranquilidad i asegurar esta provincia del poder de los enemigos.”

“Yo sé que a la distancia, decia en conclusión, se creerá éste un plan descabellado, pero yo sé que es el único medio de asegurar la provincia i de hacer entrar a los indios en sus deberes, dándoles un buen golpe. Ellos pedirán perdón i nuestra amistad: hablarles por bien es insolentártelos, i para que se burlen de nosotros. De este modo se ha hecho la amistad con indios en varias partes” (1).

(1) Carta a O'Higgins, Concepción, marzo 3 de 1819. En esta carta dice que había mandado reunir todas las milicias hasta el Itata e instaba por socorro.

“El jeneral Balcarce, decia, no me ha dejado dinero, víveres ni caballos, todo

La campaña se iniciaba, como hemos visto, con aspecto feroz desde el primer impulso. Las guerrillas no daban cuartel ni lo recibian. Al primer montonero que cayó en manos de Freire (un tal Baeza que mandaba una partida por Talcamávida) lo bajaron del caballo para sentarlo en el banco. Benavides había dado órden con anterioridad de degollar a todo el que pudiese dar noticia del itinerario de sus destacamentos; i mientras sus lugartenientes, a falta de cañones, asediaban las plazas provistos de haces de heno con el fin de reducirlas a cenizas, el mismo salvaje caudillo de aquellas hordas daba personalmente los ejemplos mas depravados de barbarie. "El famoso Benavides, escribia Freire el 28 de marzo, continua haciendo creer sus groseras intrigas que su conducta desmiente. Acaba de cometer un horrendo atentado. Mandé un parlamentario (un teniente Torres del n.º 1 de Chile) con una contestacion a oficios sobre el canje de su mujer por el teniente Rivera, i al mismo tiempo cien pesos para el oficial i tropa prisionera, i me ha detenido el oficial, mandándome el soldado que llevó, con un oficio en que me dice marchan los dos tenientes para Valdivia, pero que si le mando su mujer los hará devolver del camino."

El candoroso jeneral Freire, que siempre tuvo ese noble atributo propio de las almas buenas, llamaba *horrendo atentado* la detencion de un parlamentario, i esto pone en evidencia cuán lejos estaba de su espíritu la idea de que aquella intriga envolvía un crimen verdaderamente horrendo. Benavides había mandado descuartizar al parlamentario i toda su tropa! En lo único ciertamente en que aquel gran criminal sobrepujó la magnitud de sus delitos fué en la impavidez i el cinismo de la mentira para ocultarlos! (1)

Se lo ha llevado. La guerra está en su vigor. Los batallones no tienen medio, ni el mas pequeño socorro. Mándeme dinero i lanzas: si no estamos mal.

(1) El jeneral Freire cometió el error de entregar a Benavides su mujer antes de rescatar sus subalternos. El mismo dia 23 en que escribia la envió a Talcamávida, i pidió a O'Higgins que le mandase prisioneros realistas del depósito de Santiago para el canje que le proponía Benavides; pero recomendaba que no fueran penquistas; "pues, uno solo, decía, por sus relaciones i conocimientos vale por veinte españoles, mucho mas para la clase de guerra que él hace."

De esta misma conjuntura quiso aprovecharse Freire para reaccionar a Benavides; mas éste le contestó con la insolencia de un potentado que "jamás admitiría otro partido sino el de que la suerte de las armas decidía de la tranquilidad de estos reinos." (Archivo del Ministerio de la Guerra.)—Freire, por su parte, decía en la carta citada que "finjía creer en sus intrigas para ver qué se consigue. En fin, nada se pierde".—Sin embargo, se perdía mucha: vidas, tiempo i sobre todo decoro tratando de igual a igual con un asesino.

Es tan alevosa, tan inhumana i al propio tiempo tan característica de las entrañas de Benavides esta inmolacion de un funcionario constituido sagrado por las leyes de la guerra, que se hace preciso revelarla en todo su horror porque ella es a no dudarlo el punto de partida de la guerra a muerte que se desató de improviso sobre Chile.

El desgraciado Torres fué recibido por Benavides con los agasajos de un amigo hasta el grado de convidarle a cenar en sus habitaciones, dentro del recinto de Santa Juana. Pero mientras el oficial patriota satisfacia su apetito, Benavides meditaba su alevosía apurando a tragos un cántaro de aguardiente, esta fiel i terrible aliada del instinto de la sangre en las náuseas criollas. Bajo esta influencia i de repente levantóse el terrible huésped de su asiento i dijo a Torres que se preparase para morir. En su sorpresa i su terror, pidióle el infeliz que le perdonara la vida, que le permitiera confesarse, que lo matara a bala siquiera. A todo menos a una breve espiacion negóse el verdugo. Confesóse el prisionero i se entregó al ayudante de la fortaleza para que se cumpliera su destino. Mas el parlamentario no moriría solo. Dentro de una de las cuadras del cuartel dormían quince de los veinte soldados que había ido él mismo a rescatar, pues solo cinco consintieron en tomar servicio, para pasarse en seguida (como lo verificaron), menos dignos, pero mas previsores que sus desgraciados compañeros. Torres comprendió que había llegado la ultima hora de éstos junto con la suya, i dijo con entereza al cabo que los mandaba. “La muerte nos llama! Recuerde Ud. a todos los demás compañeros!” (1) Benavides llegó entonces semi-ébrio a la puerta del calabozo i haciendo entrar una partida de soldados de caballería, todos españoles, con sus sables afilados, consumó aquel horrible descuartizamiento a la luz de un candil! Años después veíanse todavía estampadas en los muros del cuartel de Santa Juana las manos ensangrentadas de aquellas víctimas infelices al luchar en su agonía con sus inhumanos verdugos!

I al dia siguiente, el impávido asesino, cobarde i villano, como

(1) Parte de Freire al Gobierno.—Curralí, mayo 2 de 1819.—Gaceta ministerial extraordinaria del 16 de mayo de 1819.

lo fué siempre, mentia sobre los cadáveres de sus víctimas, escribiendo a Freire que “no habia sido él sino los indios i el comandante español Arias los autores del crimen, indignados porque no habian visto llegar a su mujer!” Osaba decir en su comunicacion oficial que se habia opuesto al crimen, pero que sus soldados lo obligaron a salir del recinto para cometerlo i aun le impusieron pena de la vida si entraba a la fortaleza aquella noche (1).

Tal era el esforzado Benavides, brigadier de España i a quien el historiador Torrente llama *ilustre* en cada una de sus páginas!

Miéndras estos sucesos de un carácter tan atroz i tan desacos-tumbrado en nuestras guerras se desenvolvian en las fronteras, en la capital los ánimos se habian apercibido del peligro i reconocido el funesto, aunque pomposo error de Balcarce. Empero, este mismo jefe se habia apresurado a enmendar su yerro, i con fecha 11 de marzo, cubierto todavía con el polvo de su jornada de regreso, escribia al gobierno desde el cuartel jeneral de Curimón que mandase en el acto al ejército del sur seis cañones, aunque fuese por mar, i cuanta caballería se encontrase disponible. Insinuaba tambien la conveniencia de que el moroso coronel Zapiola, que desempeñaba ahora la gobernatura de Valparaíso, pasase a mandar la línea del Maule, i todo esto a pesar de que hacia cinco dias habia solicitado regresasen de Talca los escuadrones de granaderos que ahí estaban estacionados desde abril de 1818 (2). Con su autorizacion pudo, pues, darse órdenes oportunas para que aquellas tropas ligeras volasen en auxilio de Alcázar i de Freire propiamente asediados por Benavides desde su bien elejida guarida de Santa Juana, al pie de las montañas del antiguo Catirai, famoso desde las guerras de la conquista. Tan apurada se miraba en verdad la situación en el campo patriota, que Freire tuvo un momento el propósito de abandonar a Concepcion i encerrarse en Talcahuano hasta que llegase socorro por la mar.

(1) Oficio de Benavides a Freire.—Abril 4 de 1819. (*Archivo del Ministerio de la Guerra*). Segun el señor Barros Arana, el principal móvil de Benavides para aquel crimen fueron los celos, a consecuencia de las relaciones de su mujer con el oficial patriota don R. N.

(2) Archivo del Ministerio de la Guerra.

Freire stó la aproximación de aquel auxilio el 23 de marzo, i comenzó a prepararse activamente para entrar en campaña. "Celebro infinito, escribia con aquella fecha al Director, la venida de los dos escuadrones de granaderos que quisiera que cuanto ántes llegasen para hacer una correría por la frontera i alejar un poco mas de la orilla del río a Benavides, que frequentemente nos incomoda mandando partidas a este lado. Varias de las que han venido, añadia, i las de salteadores, protejidas por aquel facineroso, que hai en la provincia, han sido fregadas completamente. Tal es la de doscientos indios en la Laja, la guerrilla de Baeza i otra de veinte en que venian cinco comandantes a formar otras tantas de este lado, que fué deshecha por los yumbelinos que se reunieron para atacarla" (1).

Urjido por la insolencia de Benavides, el jeneral Freire salió con todo a campaña ántes de que se aproximasen los refuerzos anunciados desde Santiago; i fué tan en tiempo, que llegando a Talcamávida, se encontró con los fuegos recien apagados del campamento del jefe de bandidos, que había pasado de noche desde la opuesta orilla (junio 14) para hacer una correría i tentar empresas de suerte a la cabeza de mil hombres, de arma blanca i de fusil (2).

La oportuna aproximacion de Freire destruyó empero los planes del salteador de Santa Juana, i convirtió su intento, de una

(1) El éxito de estas primeras operaciones contra los indígenas pareció modificar un tanto la saña que al principio abrigara contra ellos el intendente de Concepción. La verdad es que el jeneral Freire amaba de corazón a los araucanos hasta el punto de llamarlos "los mejores americanos;" i no puede negarse que en esta admiración por los bárbaros mas se revela el paladín que el hombre político i el sagaz capitán.—"Romper la guerra con los indios (decía en la carta citada en el testo) en estas circunstancias i en el estado en que se halla la provincia, no me parece conveniente. Sé tambien que con el golpe que han llevado están medio incomodados con Bonavides, aunque estos malvados hacen luego las amistades. Por aquellas razones pienso llamar a los indios nuevamente a un parlamento i ver si algo se consigue con ellos. Así es que para esto necesito que Ud. me mande a la mayor brevedad algunos agasajos para darles. Es preciso armarse de paciencia, amigo!"

(2) El señor Barros Arana dice quinientos a seiscientos, pero Freire en sus cartas los hace llegar a dos mil quinientos. Los espías de Alcázar le informaban, sin embargo, de que eran solo ochocientos, mitad fusileros i mitad caballos. El mismo Freire con fecha posterior dice con seguridad que eran mil seiscientos, porque acaso para este cómputo contó con los indios auxiliares, de lo que los otros no hicieron mención. Señalamos aquí la cifra del testo como un término medio en el conflicto de datos, i porque ese era el número que, según documentos oficiales ya citados, tenía Benavides bajo su mano.

empresa atrevida i fructuosa, en una fuga tenaz que le acarreó en breve su primera ruina.

Al través de los lodazales del invierno i en medio de constantes lluvias que los montoneros pasaban a la intemperie, emplearon una semana en recorrer la márgen boreal del Biobio hasta que volvieron a repasarle (abril 20) por el vado de Negrete, uno de los mas próximos a los Anjeles. El mal éxito de la excursion no podía ser mas completo; pero Benavides intentó groseramente apoderarse de la última fortaleza con una mentira (la de que había derrotado a Freire) i una fanfarronada cuyo lenguaje acaso él mismo no entendía. “La cuarta parte del globo, decía al comenzar su intimacion a Alcázar, el lunes 19 de abril, o mas bien la nación americana que por el espacio de siglos ha disfrutado del afecto del R. E. I. (*rei*) de España,” i concluia al hacer un llamamiento a la fidelidad de aquel con estas palabras que no dejaban de ser peregrinas escritas al frente de las indias del cacique Mariluan. “Dígallo la revolucion francesa; dígallo Napoleon llamado el grande. Yo no sigo mas lei que la que dicta mi deber i las mui sabias del soberano” (1).

El viejo dragon que mandaba dentro de la plaza le contestó que no entendía nada de eso i “que tenía bastante pólvora i balas para esperarlo con la mesa puesta” (2).

El 22 de abril Benavides se encontraba, pues, de nuevo en su asilo de Santa Juana, o mas propiamente de Curalí donde tenía de ordinario su campamento, dos leguas de aquella fortaleza hacia la montaña. Allí le fué a buscar Freire en medio de un temporal desecho, i cayendo una tarde sobre el enemigo *sin saber cómo*, segun sus propias palabras, lo puso en tan completa derrota que solo Benavides i algunos de sus capitanejos escaparon hacia la Araucanía, llevando en su séquito partidas desalentadas de infantes i caballos. Tal fué la acción de Curalí ganada por las armas de la patria el 1.^º de mayo de 1820 (3).

(1) Archivo del Ministerio de la Guerra.

(2) Id.

(3) La que se ha llamado *batalla de Curalí* fué mas propiamente que una refriega, una dispersion, i a tal punto sucedió ésto que ni el mismo Freire entró en el fuego con su division, bastando la presencia del coronel Merino para que Benavides desbandase los suyos. Por esto Freire dice que obtuvo el triunfo *sin saber cómo* i por esto también parece que no hubo muchos heridos ni muertos de una i otra parte.

Entre tanto, con relacion a las consecuencias inmediatas de aquel encuentro i a los sucesos que lo procedieron, preciso nos es recurrir en esta parte, a falta de datos mas minuciosos, a la siguiente carta del jeneral Freire, lacónica i poco castiza en su forma, como toda su correspondencia epistolar, pero vestida siempre de esa gallarda naturalidad que hace el encanto del lenguaje del soldado desde los tiempos de Bernal Díaz.

“SEÑOR DON BERNARDO O’HIGGINS.

“Arauco, mayo 18 de 1819.

“Mi apreciado amigo:

“No puede Ud. creer los apuros en que me he visto, ni he querido anunciárselos en mis oficios porque no me ha parecido conveniente. Benavides llegó a tener en Gomero dos mil quinientos hombres, i sus órdenes corrian por toda la provincia. Yo, reducido a Concepcion con dos batallones que no completaban el número de uno, escaso de caballería i tambien de víveres i sin un peso de que disponer. En esta circunstancia emprendí mi marcha sobre Benavides ya con conocimiento de que me venia a atacar a Concepcion. Esta medida nos ha salvado. La marcha del ejército fué con mucha rapidez i amagando atacarle por la retaguardia. Esto les impuso de tal modo que inmediatamente tuvo junta de guerra i salió de ella que atacasen a los Anjeles i retrogradar sobre dicho punto. Yo conocí este movimiento i seguro de que si los seguía no les podía dar caza, me dirijí a Talcamávida i principié a pasar a Santa Juana. Ello es que se ha concluido *sin saber cómo* con el enemigo, i con tanta felicidad que nunca me pensé. Ayer he tomado posesión de esta plaza i me he admirado el ver el arrojo de trescientos indios que me disputaron o quisieron impedirme el paso del río Carampangue. Ellos obstinados se han *fregado* algunos mas de lo que no he querido hablar a Ud. en el parte. Hoy pienso llamar al cacique Venancio, i luego que llegue, encargarle el mando de esta plaza i dejarle algunos pocos soldados i que de sus mocetones ponga cincuenta i que se les pagará lo mismo que a nuestros soldados. Este es el único modo de

ver si puedo comprometer a estos hombres i ver si puedo sostener este punto, pues si dejo algun otro al instante se levantan. Mañana pienso marchar sobre Tubul i hacer venir a sus casas muchas familias que hai en aquel punto.

“El ejército ha marchado por estas fronteras con mucho orden, no he permitido que se tome un cordero de ningun pobre ni he querido castigar a nadie.

“Es de primera necesidad el vestir estos batallones pues da vergüenza verlos como están de desnudos. Tambien necesito algunos pesos para pagar a la milicia que me ha servido muy bien.

“RAMON FREIRE.” (1)

Como se habrá echado de ver por los documentos públicos i

(1) El parte oficial a que se refiere ésta carta i que completa los detalles de aquella campaña tan rápida como feliz, fué publicado en la *Gaceta ministerial* del 12 de junio de 1819 i por su interés i brevedad lo reproducimos íntegro en seguida:

—Excmo. señor.—Informado de que el asesino Vicente Benavides se hallaba en esta plaza reuniendo sus fuerzas dispersas en Curati, i proclamando a los habitantes de Santa Juana para que no se adhiriesen al sistema de la patria, anunciándoles falsamente haberle llegado refuerzo de Lima con muchos barcos, i lanchas cañoneras, emprendí mi marcha en la mañana del 14, i en la del 15 llegué a la plaza de Coleura, de donde la tarde anterior se había retirado una partida enemiga, destinada con solo el objeto de obligar bajo pena de la vida a incendio de sus casas a todas las familias para que se trasladasen a ésta de Arauco. El 16 en la tarde llegué a orillas del río Laraqueto, que no fué posible pasarlo hasta las dos de la mañana en que bajó la marea, i al salir el sol estuve en el de Carampangue donde se presentaron como doscientos lanceros bien montados i atrevidos. Luego mandé pasar la caballería al mando del coronel don Antonio Merino, que fué el primero que lo verificó por el vado de la boca. Los enemigos emprendieron su marcha en retirada a corta distancia, prevaleidos de sus buenos caballos, sin que la debilidad de los nuestros pudiera darles alcance, pues en una carga que mandé hacer a los cazadores, solo pudieron emprenderla a gran galope diez o doce hombres, cuyo resultado fué matar siete, incluidos dos por los cazadores de infantería i varios heridos, i por nuestra parte solo un herido. La infantería enemiga se hallaba fuera de la plaza, i sin ser vista por nosotros se retiró a marchas redobladas con Benavides por el camino de la playa, tomando su dirección a Tubul, según acabo de saber por cuatro sajentos, un músico, dos armeros, un marinero español, i dos paisanos que se me han presentado, asegurándome los primeros, que otros varios quedan ocultos con determinación de passarse. El enemigo tenía una lancha en la mar frente de la plaza, que hizo algún fuego infructuosamente. Ya estaría en nuestro poder, si como tenia dispuesto, hubiese llegado a esta costa el bergantín de guerra *Araucano* con una lancha, que debe traer un cañón montado. Hoi a las doce del dia se ha avistado una embarcación, que probablemente es el bergantín, i sin duda alguna será tomada la lancha enemiga con cuatro piezas de artillería, de las cuales tiene una montada. Por los pasados he sabido que el plan de Benavides, es tomar cualquier buque que se presente para emprender la piratería, pues teme retirarse a Valdivia, por haber quitado a Sánchez la mejor tropa que llevaba, no ménos que a los indios, de quienes desconfía mucho, por haberse negado abiertamente a auxiliarlo. —Dios guarde a V. E. muchos años. —Arauco i mayo 17 de 1819 —Excmo. señor. —Ramon Freire. —Excmo. señor director supremo del Estado de Chile.»

privados de que acabamos de dar cuenta, el vencedor de Curalí había empleado una tardanza extraña en ir a recojer los frutos de su victoria. Solo dos semanas después, le vemos llegar a Arauco en persecución de Benavides; i todavía le permite retirarse a su vista con los restos de su infantería a su vecina guarda de Tubul. En esto, empero, no había sino una lamentable lentitud que hubiera podido remediar. Mas en lo que hubo falta gravísima de consejo i de ejecución fué en el desprecio que aquel incauto jefe hizo de la plaza de Arauco, que tanta sangre le había costado a él mismo conquistar i reconquistar en 1817. Vése en su carta a O'Higgins que se proponía dejarla en manos de un cacique bárbaro (Venancio Coihuepan), cuando debió quedar en aquel sitio clásico de nuestras guerras desde los días de Pedro Valdivia, sino él mismo, el mejor de sus jefes i lo mejor de su tropa.

Vuelto, pues, Freire a Concepción (mayo 27) (1) Benavides quedó a sus anchas en Arauco, i dueño de aquella inmensa bahía por la que iban a venirle auxilios de todo género para continuar sus crímenes, cometiendo otros no menores atroces para preparar los venideros.

(1) Hé aquí como Freire daba cuenta de su regreso a Concepción en carta a O'Higgins del 29 de mayo.

“Antes de ayer he llegado a esta ciudad de la campaña que hice sobre las fronteras. Yo me determiné a salir porque si me encerraba en Talcahuano, la provincia toda se me levantaba. Por otra parte, mis fuerzas eran muy débiles para más de dos mil hombres que tuvo Benavides entre milicia i tropa veterana. En estas circunstancias preferí aventurarme antes que perecer encerrado. Ello es que la fortuna me ha favorecido i la campaña ha sido feliz.”



CAPITULO III.

Los capitanejos de la guerra a muerte — Los dos Seguel i los cuatro Pinecheiros.— Don Miguel Soto i Leandro Parada.— Guerrilleros realistas en la Montaña.— Indefension de las plazas fronterizas.— Don Pedro Nolasco de Victoriano.— José María Zapata ataca a Chillán.— La mantonera de Cumpeu.— El coronel Merino i el gobernador González destrozan las montoneras del Itata.— Escursion de Victoriano a la Montaña.— Asesinatos, incendios i pillaje.— Trescientos ajusticiados en cuatro meses.— Episodio de Gualqui.— Matanzas en el mar.— Conspiracion a bordo del navío Lautaro.— Los curas, los frailes i las monjas en el campamento realista.— Horrores de la guerra a muerte.— Severidad del gobierno de Santiago.

El intendente Freire, bisoño todavía en el mando i en el conocimiento de los hombres a quienes hasta entonces había tratado solo sable en mano, volvia de su escursion ultra Biobío persuadido de que la guerra había terminado en la dispersion de Curalí. El joven caudillo padecia a su turno la misma ilusion óptica que había reprochado al crédulo jeneral Balcarce. Ni uno ni otro conocian aquel hombre, siniestro protagonista de estas páginas, que el uno había dejado en Angol recomendando su fidelidad cuando le había ya traicionado i el otro en su guarida de Tubul, despreciando su impotencia cuando él se alistaba para venir a encerrarlo en sus propios cuarteles.

La provincia entera de Concepcion, que entonces se estendia desde los límites de Talca a los de Valdivia, estaba, pues, en armas, i su suelo se agitaba al paso de centenares de guerrillas que

parecian brotar de sus entrañas. Cada uno de aquellos pueblos fronterizos, de orígen esclusivamente militar, habia echado al campo, ya en defensa de la patria, ya en la del rei, sus mejores soldados, aquellos hijos de los cabos i caudillejos de la frontera araucana que habian criado seis jeneraciones con las nodrizas que su brazo hacia cautivas en sus *entradas a la tierra*. Los partidarios de la causa real eran por consiguiente mucho mas numerosos. Creian aquellos hombres tan valerosos como rudos que esa contienda contra Espana era una especie de prolongacion de la guerra que los bárbaros habian hecho por tantos años a las banderas que aun los cobijaban. Por otra parte, un trastorno que habia sido inaugurado en las casas solariegas de la poltrona Santiago no podia ser del gusto de los hijos de Penco, que ni entonces ni ahora ceden de buen grado su predominio en los destinos de la patria.

Cada aldea tenia, pues, un soldado, cada comarca un jinete, cada fortaleza limítrofe un héroe. El belicoso Yumbel habia armado a los dos hermanos Seguel (Juan de Dios i Dionisio), cuyo apellido recuerda el de antiguos conquistadores. Nacimiento, *cuna de leones*, se hallaba representado por Ventura i Eusebio Ruiz; i ya hemos visto que otro Ruiz (don Juan) campaba por el rei, seguido de sus cuatro hijos.

Esto tenia lugar a lo largo del Biobio.

En el Itata se presentaba José María Zapata, que vestido todavia con sus botas de capataz de arrieros de la hacienda de los Urréjola (Cucha-cucha), intimaba incendiar la ciudad que nunca habia pisado sino con respeto, arriando sus récuas por delante de su mula. Mas allá, en el Ñuble, aparecian los cuatro Pincheiras afilando los terribles machetes que solo depusieron en las lagunas de Palanquin, (1832), despues de quince años de aleves matanzas; i mientras mas lejos todavía dos hacendados del Perquilauquen (don Miguel Soto i don Leandro Parada) se hacian jefes de partida para defender sus pueblos i sus heredades contra los enjambres de guerrilleros que bajaban al llano por el paso de Alico, desde los valles de los Pehuenches, otros dos hacendados del valle del Diguillín, vecino de Chillan, don Pablo San-Martin i don Camilo Lermunda se internaban en la *Montaña* para hacer cruda e

implacable guerra a las guarniciones de los pueblos i a los capitanejos que éstos enviaban en su persecucion.

Todas las poblaciones diseminadas entre el Maule i el Biobio se habian entretanto fortificado a la lijera, cabando zanjas en sus calles i levantando reductos en los ángulos de sus plazas de armas, pues en su mayor número carecian de cañones, de fusiles i aun de armas de filo. Aquellas llamadas *fortalezas* del Biobio, porque en siglos atras se habian levantado en su derredor algunos parapetos de tierra o simples palizadas, se encontraban de tal manera indefensas, que la de Santa Juana habia sido tomada en agosto de 1817 por tres hombres armados de dos fusiles i una pistola (1). Por esa misma época (agosto 23 de 1817), urjido el gobernador de los Anjeles don Francisco Riquelme por el comandante jeneral de fronteras don Andres Alcázar, a fin de que le enviara algun auxilio, remitióle aquel dos fusiles i cinco paquetes de cartuchos dejando para sostener la plaza cuatro fusiles i dos paquetes de repuesto (2).....

No era mejor la situacion de las aldeas puramente agrícolas de los valles centrales. Mas dentro de Chillan, i como en el cuartel jeneral de los llanos, se habia encerrado aquel capitán Victoriano, que rehusó rendirse en San Carlos en 1813 hasta que prendieron fuego a la casa donde se habia encerrado haciendo una heroica resistencia. Habia premiado el gobierno aquella hazaña; i a la verdad que su elección para teniente gobernador de aquel distrito tenia buenos títulos de acierto. Victoriano era un hombre verdaderamente terrible. No sabia oir, no sabia perdonar; pero tampoco sabia volver la espalda a ningun riesgo. Habia nacido en Concepcion, i aunque hijo de una familia peninsular i aristocrata, pues su padre, don Antonino Victoriano, natural de Vizcaya, vino de tesorero real de esa ciudad, aficionóse desde temprano a la causa de la pa-

(1) Parte del gobernador de Talcamávida, Atteste, al jeneral O'Higgins, agosto 29 de 1817.—(*Archivo del Ministerio de la Guerra*).

(2) El mismo Alcázar escribia a O'Higgins desde Nacimiento el 29 de julio de 1817 lo que sigue: «Seria mui conveniente que V. E. pusiera los ojos en esta infeliz frontera, pues no hai mas armamento en el dia que los doce fusiles que me mandó la plaza de Santa Juana.»

Añadir en seguida que iba recorrer los otros puntos de la la frontera animando a los vecinos «a que siquiera armase una lanza, pues aquí (Nacimiento) a fuerza de arbitrios se han hecho treinta i dos.»

tria, como todos los jóvenes que en el sur habian alcanzado alguna ilustracion. Compañero de infancia o áula de los Prieto, los Cruz, los Búlnes, los Rivera, los Benavente, i en especial del inclito Freire, tenia sobre ellos la ventaja de haber hecho un viaje a España, donde, como sucedió siempre con los criollos, sino adelantó su espíritu, encendióse mas vivo su odio a la metrópoli. Asemejábase en sus prendas de soldado i en su bizarra figura, al último de aquellos héroes, i sobrepujábale talvez en su desarrollo intelectual, como lo acreditan sus despachos siempre escritos de su mano. Mas, aunque les ligó en todo tiempo la mas íntima amistad, no puede decirse que uno i otro tuvieron igual ánimo; i de la mayor nobleza del de Freire vino, a no dudarlo, que él subiera o los mas altos puestos de la patria i quedara el otro oscurecido, pobre, vejetando en una aldea, porque tal es la lei inalterable de la justicia humana que deprime lo que lleva el sello del odio i la venganza, como ensalza lo magnánimo i lo grande.

El nombre solo del gobernador de Chillan era, pues, el terror de las gavillas, porque no se contaba que prisionero alguno que hubiese sido traído a su presencia volviese a ver a sus camaradas.

Sus lugar-tenientes no eran menos implacables ni menos esforzados. Distinguiánse entre ellos el capitán Pedro José Riquelme, soldado de San Carlos, deudo del jeneral O'Higgins i que sus soldados llamaban por apodo el *Négo*; el capitán Pedro Alarcon, el mismo que mandaba un escuadron en Longomilla, nacido de una familia que como la de los Ruiz de Nacimiento, no producía sino soldados. Su hermano Jervasio, que aun vive opulento i valetudinario en Chillan, era una de las mejores lanzas de Benavides i ambos tenían una hermana (doña Tránsito) que se recuerda todavía en el sur como los primitivos pobladores de Santiago recordaban a doña Inés de Suárez i los soldados de la Imperial a Inés de Figueira. Otro de los montoneiros que tenía bajo su mano el gobernador de Chillan era don Juan José Gutiérrez del Palacio, encargado como los anteriores de recorrer esa famosa comarca de Chillan llamada la *Montaña* que comienza en la cabecera de sus valles i se empina hasta los picos mas altos de los Andes. En el centro de

esos portentosos desfiladeros cubiertos de bosque seculares i en los sitios mismos en que la tradicion marca la huella de proezas inauditas, levántase ahora ameno i risueño el caserío de los *Baños de Chillan*.

En las otras poblaciones de la llanura i de los ríos sucedía otro tanto. En Cauquén había armado una guerrilla para defender ese distrito el valiente coronel patriota don Antonio Merino. En Quirihue se hacía fuerte el teniente gobernador de Itata don Manuel González, al mando de cuarenta cazadores a caballo, i a ambos prestaba un valeroso auxilio al alférez Manuel Jordan, gallardo mozo, muerto durante aquella guerra en la flor de sus días i en el que las armas chilenas perdieron al jeneral que habría sucedido a Freire i a José María Benavente en la nombradía como en las hazañas del jinete i del bravo.

Armadas todas aquellas partidas, que rara vez pasaban de un centenar de hombres por cada parte, comenzaron a salir las unas contra las otras i con tal brio i rapidez que durante los seis primeros meses de la guerra (de marzo a setiembre de 1819) todo el sur de Chile no parecía sino un vasto palenque de matanzas. La guerra era a cuchillo, era a muerte. No se había declarado por decreto como en Colombia, pero el sable i el banco eran los ejecutores inexorables del odio profundo con que se encontraban los combatientes.

El 6 de marzo, en efecto, el Ñego Riquelme dió alcance a orillas del Diguillin a uno de los tenientes de Antonio Pincheira llamado Vázquez, i le mató treinta hombres, fusilando a los prisioneros (1). Días después (abril 26) se presenta José María Zapata en las goteras de Chillán, penetra por sus calles con la bandera del rei desplegada al frente, i no pudiendo arrojar de sus trincheras al bravo Victoriano, saquea la iglesia i pone fuego al convento de San Ildefonso de la Propaganda, Victoriano no hizo prisioneros, porque no era esa su costumbre, pero quedaron diez i ocho cadáveres tendidos en las calles (2).

(1) Archivo del Ministerio de la Guerra.

(2) Parte de Victoriano. —Chillán, abril 29 de 1819.—(Archivo del Ministerio de la Guerra).

Por este mismo tiempo tuvo también lugar la aparición de la montonera llamada de Cumpeu, por el nombre del monte donde se refugió, i la que, acaudillada

Otros encuentros no menos terribles tenian lugar hacia la confluencia del Ñuble i del Itata en el delta, en cuyo centro existe hoy Chillan el nuevo. El 5 de mayo el gobernador de Itata González encuentra en el paraje llamado el Durazno al guerrillero realista Manuel Fuentes con cien secuaces de fusil i lanza i lo destroza, matándole once soldados.

Un mes mas tarde (8 de junio) el coronel Merino repite este mismo castigo en las Posillas derrotando al mismo Fuentes que había bajado de la Montaña en doble número del que había traído al primer encuentro. El héroe de esta jornada fué el imberbe Jordan. A la cabeza de su compañía de cazadores arrolló a los montoneros hasta los desfiladeros de Cato, que abren paso a las gargantas de la Montaña sobre el valle de Chillan, i en la persecución mató treinta de aquellos forajidos (1). Era tan grande i tan frecuente el número de estos sangrientos ataques que el jeneral Freire en un solo parte oficial, datado en Concepcion el 17 de julio, recuerda que el *Nego Riquelme* había muerto siete guerrilleros en la vecindad de Chillan (junio 28); que el capitán paraguayo Prieto, había ultimado en el camino de Tucapel a Santa Bárbara a diez i siete i por último, que González había logrado quitar la vida el 11 de julio al tenaz bandolero Fuentes i tres de sus camaradas. Por estos mismos días (julio 22) Manuel Jordan había dispersado en la hacienda

por los tres hermanos don Juan Francisco, don José i don Francisco de Paula Prieto, vecinos de Talca, pasando i repasando el Maule, saqueó los pueblos de Curicó i de Linares. El después famoso coronel don Santiago Sánchez deshizo esta montonera con grandes ejemplos de残酷, i los dos primeros de aquellos hermanos fueron fusilados, uno en Talca (don José) i el otro en Santiago el 30 de abril. Por una rara coincidencia, San Martín escribía a O'Higgins desde Mendoza el mismo día de esta ejecución, excitándolo a redoblar su energía para los castigos. «Mucho celebro, le decía, la aprehension de Juan Francisco Prieto; pero amigo mio, esto viendo que si Ud. no se arma de la fibra que le es natural, los enemigos lo han de abrumar i los malvados quedarán impunes. Amo a Ud., (añadía el astuto capitán) como a un querido amigo, amo a Chile, i por estas dos razones le suplico se revista de la energía necesaria para castigar los delitos. De lo contrario, Ud. i el país serán víctimas.»

El señor Amunátegui atribuye en la *Dictadura de O'Higgins*, páj. 274, la intentona de los Prieto, a quienes llama *patriotas decididos*, a una mira política contra el despotismo militar de O'Higgins. Pero en los papeles del archivo de este último existían datos auténticos (una relación del respetable comerciante inglés don Juan Begg) que ponía de manifiesto que los Prieto eran todo, menos *decididos patriotas*, i que la victoria de Maipo la recibieron con tanto disgusto como había sido grande su alegría al saber el desastre de Cancha-Rayada. Aquellos jóvenes de toda suerte no fueron sino unos insensatos, según aparece de la correspondencia del jeneral Freire a quien quisieron comprometer también como a Balcarce en su descabellada empresa.

(1) Carta del jeneral Freire a O'Higgins. Concepcion, julio 11 de 1819.

de Cucha a otro secuaz de la última parcialidad llamado Fernández, pasando diez de los suyos a cuchillo. El pomposo guerrillero Gutiérrez del Palacio había atacado también en Cholvan (nombre que lleva el Itata en sus orígenes) al *salteador* Hernández, sorprendiéndolo en su propia casa, en cuyo recinto mató diez partidarios y fusiló a cuatro que cojío con vida. La ortografía de este capitanejo no era empero tan buena como su sable. En su parte habla de la *ausion*, el *sabre*, la *manguardia*, y cuando el enemigo volvió cara, dice que *tiró aullir* (1).

El mismo Victoriano había tomado el campo en persona, y a mediados de agosto, en lo más crudo de la estación de las nieves, había penetrado en la *Montaña* talando y matando cuanto encontraba. El día 13 de agosto pasó a cuchillo o murieron a bala veinte y siete realistas, y entre éstos al famoso *Chueco* Jaque, y cuando volvió a su pueblo, dice en su parte, no sin cierta aparente extrañeza, que traía consigo diez y seis *montoneros vivos* y algunas mujeres que había capturado en sitios donde había más de una cuarta de nieve (2).

Casi al mismo tiempo que Victoriano hacía estos estragos en el camino de la *Montaña*, el valiente hacendado don Miguel Soto fusilaba otros siete guerrilleros en las cejas de Catto, y otros seis poco más tarde en la hacienda de Cucha, escapándose, sin embargo, de las manos el desalmado Martín Sepúlveda que mandaba la partida, al paso que otros dos capitanejos patriotas (el teniente don José María Urrutia y Fermín Terrada, un bravo montonero) castigaban el asesinato de tres hermanos, hacendados del Parral, (don Casimiro, don Santos y don Jervasio Castillo), matando siete de los forajidos cerca del mismo sitio de su crimen. En este encuentro fué herido el capitán de partida Leandro Parada que ya hemos nombrado entre los más valientes (3).

(1) Por a huir.—Parte de Palacios.—Cholvan, julio 17 de 1819.—(*Archivo del Ministerio de la Guerra*).

(2) Parte del general Freire.—Concepción, agosto 2 de 1819.—(*Archivo del Ministerio de la Guerra*).

(3) Parte de Freire.—Concepción, setiembre 22 de 1819.—(*Archivo del Ministerio de la Guerra*). Estos asesinatos eran diarios así como los saqueos de casas, violaciones y raptos de familias, incendios de sementeras y todo género de crímenes; pues es esto más que el fusilamiento de prisioneros, lo que constituye la guerra a muerte. En los mismos días que los tres Castillo eran asesinados y saqueada

Esta inmolacion incessante, estos degüellos de todos los dias, no eran parte, sin embargo, a esterminar sino a medias aque-lllos enjambres de hombres fanatizados o malhechores que habian convertido en una especie de vasto osario todos los campos del sur. "Bandidos van quedando ya pocos," decia el jeneral Freire al director O'Higgins el 22 de agosto, como respirando al fin en medio de aquella carniceria salvaje que repugnaba a su noble corazon, i luego añadia estas palabras que hielan la sangre en las venas i que pintan con una sola cifra el horror de aquella guerra,—"porque ya se han fusilado mas de tres-cientos!"

Tal era la guerra a muerte, en su conjunto!

En los tristes anales de aquella contienda en la que los que morian i mataban eran siempre chilenos, encontramos, sin embargo, episodios todavia mas horribles que la alumbran con nueva i siniestra claridad. Vamos a citar algunos.

El 16 de julio los dos hermanos Seguel cayeron de sorpresa sobre la villa de Gualqui, a la vista casi de Concepcion; mataron a los que quisieron, i entre otros al buen patriota don Juan Pinilla, saquearon la aldea i se llevaron prisioneros a los pocos que se les ocurrio perdonar. Entre estos iba el cura de la parroquia don Nicolas Novoa, el juez del distrito don Joaquin Soto i un vecino llamado Bartolomé Sanhueza. Metieronlos en una balsa de las que se usan en el Biobio para atravesar las aguas i las arenas, empujandolas con varas apoyadas en el fondo del cauce; i como todos los prisioneros, excepto el cura, iban amarrados, los asaltadores al retirarse con su botin, habian confiado su custodia al juez de Pileu i a un fusilero. Los dos balseadores que empujaban la embarcation vijilaban tambien a los cautivos e iban armados de sables.

Cuando flotaba la balsa por la mitad del rio, observó el soldado que iba demasiado cargada i que comenzaba a sumerjirse. Sin mas que esto, dijo al juez en alta voz que era preciso echar los prisioneros al agua, i al efecto comenzó a cambiar la ceba

su casa cerca del Parral, degollaban en su hacienda (setiembre 4) al patriota don Cristóval Turra. Una partida de quince fusileros montados al mando de don Valentín Villarroel dió sin embargo alcance a los malhechores i mató cuatro de ellos. (Parte anterior del jeneral Freire).

a su fusil para matarlos a mansalva, pucs hemos dicho que iban fuertemente ligados. Por fortuna el prisionero Sanhueza habia logrado desatarse, i oyendo aquella sentencia salvaje de su muerte i la de sus compañeros, se precipitó sobre el soldado i logró tirarlo al agua. Uno de los balseadores soltó la palanca i avalanzóse sobre el indefenso juez Soto, con el sable que llevaba a su cintura; mas éste resistióle como pudo, i en la lucha rompió sus ligaduras. Siguióse entonces un combate cuerpo a cuerpo en el que el esforzado cura cayó herido al agua, volviéndo a recibir otro golpe en la cabeza al tratar de asirse de los maderos de la balsa. Sobrepusiéronse al fin los prisioneros, i al dia siguiente se presentaron al intendente Freire en Concepcion llevando atados con sus mismas sogas a sus carceleros. Horas despues el juez de Pileu i los dos balseadores eran fusilados i sus cabezas fijadas por tres dias en altas picas en la plaza de Gualqui (1).

Otro caso. Voltejeaba en la espaciosa bahía de Arauco una embarcacion pirata que servia a Benavides en su asilo de Tumbul por el mes de mayo de 1819. Desconcertado el malvado que la manejaba como capitán por el desastre de Curalí, resolvió entregarse a las autoridades independientes de Talcahuano, i llegando a enfrentar la punta Rumena, que cierra la rada de Arauco por su extremidad austral, propuso a sus compañeros aquel partido. "Mas viendo que todos callaban la boca, dice él mismo en su parte del suceso, dí principio a ejecutar el pasar a cuchillo a los que iban a mi mando con motivo de no seguir mis ideas" (2).

De esta manera se hacia la guerra en el sur de Chile por tierra i en la mar por los seides del tigre de Quirihue. (3)

(1) Parte de Freire.—Concepcion, julio 16 de 1819.—(Archivo del Ministerio de la Guerra).

(2) Este suceso tuvo lugar el 7 de mayo de 1819.—(Gaceta ministerial del 14 de agosto de 1819). El nombre del autor de este crimen no aparece, porque ci parte es una transcripción.

(3) Poco despues de estos sucesos tuvo lugar a bordo del navio *Lautaro*, que había llegado a Talcahuano con grandes averías en auxilio de Freire el 16 de julio, al rnando del capitán Guise, un intento de conspiración que pudo tener las mas serias consecuencias.

Hé aquí como el general Freire cuenta el acontecimiento al Director con la misma fecha anterior:

"En el *Lautaro* se ha descubierto una maldita conspiración contra el comandante i oficiales. El autor era el segundo cirujano inglés, cuyas miras parece que eran dirijirse a Lima con el buque. Yo estuve en estos días en Talcahuano

I sin embargo, no era esto lo peor, porque a caso el mas melancólico rasgo de aquella guerra i que mas contribuia a aumentar su horror i su ferocidad, era la invocacion divina con que se ejecutaban todas sus matanzas.

Es innegable que el alto clero de Santiago, como un miembro activo i poderoso de la aristocracia colonial, autora exclusiva en Chile de la revolucion de la independencia en sus principios, desplegó desde el primer momento de la lucha un elevado espíritu de patriotismo. Mas no sucedió así en la clerectia de los campos, donde los párrocos, identificados con las pasiones i la ignorancia misma de sus fieles, se hicieron primero los apótoles de la reaccion i despues sus soldados. No hubo en Chile ni Hidalgos ni Morelos, pero en cambio aparecieron no pocos Ferrebús i Valles.

De entre éstos, los primeros en lanzarse al campo de la accion fueron los frailes de San Ildefonso de Chillan, que, como es sabido, se disfrazaban de *ánimas* para asustar a los crédulos chilotas del ejército de Gafenza en 1814, a fin de sostenerlos en su amor al rei i a la virjen. Ahora, no pudiendo ya usar aquellas supercherías en los pueblos, se habian asilado en los montes o corrido a alistarse en las banderas de Sánchez i Benavides. Otro tanto sucedia con los curas de campo. El párroco de Chillan don Anjel Gatica, el de Yumbel don Luis José Brañas, el padre frai Pedro Curriel, cura de Cauquén i el mas célebre de todos don Juan Antonio Ferrebú, cura de Reque, i conocido ya, como el sanguinario cura Valle, desde las campañas de la patria vieja por sus actos de ferocidad, formaban al derredor de Benavides una corte de crueles consejeros

con el comandante Guise; se hallaba algo perplejo por falta de sujeto de confianza que examinase en nuestro idioma varios testigos americanos, pues el delator ha sido un cabo chileno, i ya no pensaba en mas que fusilar al dicho segundo cirujano sin formalidad de juicio, quedando oculto el veneno."

El comandante de armas de la plaza de Concepcion don Pedro Barnachea, añadia los siguientes detalles sobre aquella intentona en carta del 3 de agosto al jeneral O'Higgins. "Esta provincia está todavía con bastantes godos, i mientras no los fusilemos a todos no quedaremos en sosiego. Aquí estoy haciendo lo posible a fin de que los agarremos de un modo que sea mas seguro a que no vuelvan a sembrar su zizania, como lo han hecho en el Lautaro, donde tramaban una conspiracion i han sido nueve descubiertos. Precisamente ha de ser obra de Benavides porque en estos días he tomado presos diez que vinieron de Arauco i veinte de los aposentados en este lado. Dentro de tres días concluiré el proceso i serán fusilados la mayor parte de ellos por sus crímenes a que se han hecho acreedores."

que santificaba todos sus crímenes. Ellos le servian de secretarios para redactar sus disparatadas i altisonantes intimaciones, de misioneros para seducir a los indios, de emisarios atrevidos para llevar a los puntos mas peligrosos i al Perú mismo sus órdenes i sus comunicaciones (1); ellos confesaban a los rendidos ántes de degollarlos i daban la eucaristía a sus propios soldados i a sus caudillos en la víspera de los degüellos: en casos necesarios sabian tambien ponerse al frente de las líneas i arrengarlas, presentándoles crucifijos i otras imágenes para pedirles que en nombre de la santa devoción de cada uno mataran sin piedad a cuantos cayeran en sus manos. I esto sucedia cuando las monjas trinitarias de Concepcion preferian a su tranquilo claustro las tolderias en que los bárbaros vivian con sus concubinas, i seguian a Sánchez por entre los sarzales de Nahuelbuta, mezcladas con una soldadezca brutal "regando con sus lágrimas cada uno de sus pasos" (2); pero sin consentir por motivo alguno en volver a su templo profanado en su concepto por impíos.

Al horror de las matanzas que hemos bosquejado a la lijerá, añadíase, pues, el horror del sacrilegio; i si se recuerda que el jefe de los patriotas, cuya benignidad de carácter era tradicional, reconocia haber hecho fusilar en cuatro meses no menos de trescientas víctimas (3); si se toma en cuenta que los realistas no perdonaban por su parte a nadie en campos ni ciudades,

(1) En 1820 Benavides despachó a Lima con comunicaciones para Pezuela nada menos que al padre prior del convento de Chillán frai Pedro Warrington.

(2) Oficio de Balcarce.—Nacimiento, febrero 12 de 1819.—(Gaceta ministerial del 27 de febrero de 1819).

(3) El gobierno patrio, por su parte, exasperado con las cruelezas con que en todas las épocas de la guerra se habían manchado los realistas, se sentia al comenizar esta misma guerra muy poco dispuesto a la clemencia. Con motivo de una mediación que interpuso el Senado para que se subrogara la pena de muerte impuesta a Tadeo González, como espía, por otra equivalente, O'Higgins, contestando negativamente a aquella petición el 14 de enero de 1819, dice que esto es indispensable porque los prisioneros españoles, que ascendian a mas de mil, se pasaban diariamente a Sánchez. «Yo he tenido la gloria de decir en esta ocasión, de mandar en jefe las fuerzas de la patria i de honrarla alguna vez al frente de ellas, i V. E. creerá seguramente lo que yo mismo he visto i todo el ejército. En la campaña de 1817 fueron a nuestros ojos descuartizados por el enemigo cinco oficiales nuestros que desgraciadamente hizo prisioneros. ¡Víctimas infelices! Siempre nos será amarga la afflictiva memoria de los capitanes Cienfuegos, Tenorio i Villegas i de los tenientes Paredes i Muñoz. Jamás nuestros espías al caer en sus manos dejaron de espirar. Pero, qué es lo que recuerdo a V. E.! Nuestros soldados rasos hechos prisioneros en la función del 6 de diciembre en Talcahuano fueron en mi presencia i de todo el ejército sitiador ultimados en un cadalso por los bárbaros i despiadados españoles.»

asesinando familias enteras, como la de los Castillo, o degollando en masa a los rendidos, como se ha visto en el lance del parlamentario Torres; si se contempla que por una parte los aliados de los realistas eran sacerdotes cristianos que predicaban el esterminio en nombre de la divinidad, i por la otra bárbaros infieles que lo llevaban a cabo invocando sus ritos sangrientos i haciendo holocaustos a sus ídolos; si no se olvida que las sementeras habían sido taladas o incendiadas en las míases o en sus trojes, que no existían acopios de víveres en las ciudades ni en los fuertes i que los soldados chilenos no recibían paga i andaban vestidos "con tiras de alfombras" (19) o desnudos, i por último, si se fija la atención en que todo esto tenía lugar en el corazón del invierno, cuando los caminos del sur se hacen intransitables por las lluvias, inundándose las campiñas, preñándose los ríos i cubriendose de nieve las montañas, se comprenderá en toda su desolación ese cuadro de hambre i de sangre, de fanatismo i de barbarie con que se iniciaba, en nuestro país de suyo benévolos i magnánimo, la guerra a muerte de las fronteras.

(1) Carta del general Freire a O'Higgins.—Concepción, mayo 29 de 1819.

CAPITULO IV.

Los prisioneros de Maipo en San Luis.—El depósito de Santiago.—Don Vicente Dupuy.—Instrucciones de San Martín sobre el tratamiento de los prisioneros.—Llega Monteaugudo a San Luis.—Ferocidad de su carácter i sus crueidades posteriores en Lima.—Rivalidades amorosas con los prisioneros.—Bando de Dupuy prohibiendo a éstos el salir de noche.—El capitán Carretero.—Conspiración de los prisioneros para obtener su libertad.—Plan de aquellos i sus errores.—Reunión en casa de Carretero.—Nombramiento de las partidas.—Carretero, Ordóñez i otros se apoderan de Dupuy.—Frústrase la captura de Monteaugudo i de la cárcel.—Sangriento combate en el cuartel.—Muerte de La Madrid i otros oficiales.—Facundo Quiroga.—Matanza en las calles.—Muerte de Ordóñez, Carretero, Primo de Rivera, Morgado i otros.—Monteaugudo forma el proceso de los que sobreviven.—Su extraordinaria actividad.—Fusilamientos en masa.—Perdón de Ruiz Ordóñez.—Muere Marcó i Bernedo pierde la razón.—Impresión que produce en Sur-América esta tragedia.—Palabras del gobernador de Valdivia don Manuel Montoya.—Declaración de la guerra a muerte en las fronteras.

En el capítulo precedente hemos bosquejado a la lijera los sangrientos rasgos de la campaña de partidarios que se había encendido de súbito durante el invierno de 1819 en ámbas márgenes del Biobio. Concluida aquella estación, la guerra va a cambiar de aspecto. Las guaridas se van a convertir en campamentos, las montoneras en ejércitos, los suplicios aislados i de corto número en verdaderas hecatombes. Reflección triste que embarga el alma con serias meditaciones! Apágase la luz de la naturaleza, i el hombre temeroso de la intemperie busca el abrigo i el sociego de su techo; mas, apenas ha vuelto la primavera con su clari-

dad, su perfume, sus mil variados encantos, el mismo ser sacude su pereza i corre al poblado i al campo a matar i a morir. Otro tanto hacen los leones i los tigres!

Pero esta nueva faz de la guerra a muerte va a tener un carácter tan intenso i horrible de ferocidad, que se hace preciso antes de entrar en la narracion de los sucesos, explicar sus causas filosóficas. En ellas la historia encuentra la razon de las cosas humanas i una justa i provechosa enseñanza que es el mas alto propósito de aquella.

Despues de la victoria de Maipo, los prisioneros españoles fueron repartidos en diversos puntos de la República. Los mas quedaron en Santiago, condenados al trabajo de las obras públicas. Otros fueron a los castillos de Valparaiso, otros a Coquimbo, otros hasta la prision de las Bruscas en la vecindad de Buenos-Aires (!).

Pero los mas notables entre aquellos por su graduacion, sus talentos o su osadía, fueron, para mayor seguridad, encerrados en la aldea, mal llamada ciudad, de San Luis de la Punta, especie de Santa Elena mediterránea, situada en el centro de ese océano petrificado llamado vulgarmente las *Pampas Argentinas*. Allí fueron conducidos pocos dias despues de su desastre el jeneral Ordóñez, segundo de Ossorio en el mando del ejército vencido; el jóven i brillante Primo de Rivera, su jefe de estado mayor; los coronelos Morla i Morgado i muchos otros de los mas conspicuos subalternos de los cuerpos peninsulares que habian hecho la última campaña. Los aguardaba allí desde hacia un año el célebre Marcó del Pont i su mayor jeneral González de Bernedo.

(1) El principal depósito se estableció en Santiago en un edificio que existe todavia frente a la plaza de abastos. Despues se crearon otros en Rancagua, Melipilla i Casa-Blanca, siendo estos dos últimos destinados a los prisioneros que por millares remitía Monteagudo del Perú, despues de la ocupacion de Lima.

El depósito jeneral de Santiago, contenía el 15 de enero de 1819 mil noventa i siete, detenidos ademas de treinta i siete oficiales, trece pilotos de escuadra, cuatro cirujanos, un fraile i cuatro paisanos.

Aquellos estaban distribuidos como sigue: sesenta en el cuartel de cazadores, noventa i uno en el presidio, ciento noventa i cinco en la Maestranza, ocho en la artilleria, veinticuatro en San Diego, ciento nueve en el hospital i ciento veintiseis en la obra del canal de Maipo. Del resto se habian mandado trescientos veinticuatro a Casa-Blanca i ciento veinte a un punto en Valparaiso. (Libro titulado *Prisioneros existente en el Ministerio de la Guerra*).

Habíase confiado la custodia de aquellos hombres, en su mayor parte dignos de otra suerte i de otro carcelero, a don Vicente Dupuy, uno de esos seres que la Providencia parece echar de cuando en cuando sobre el mundo para perpetuar la memoria de Cain. Incapaz de una sola virtud, anidábanse en su alma todos los vicios que degradan nuestra naturaleza i la encadenan. Era servil i era cruel. Falso, hipócrita, lujurioso, venal, cínico, tenía todas las condiciones necesarias para ser verdugo, i en su vida no fué otra cosa, hasta que envilecido por su propia degradación, despreciado, empobrecido, mendigo de café, murió en Buenos-Aires, su patria, con un cáncer en la lengua que le produjo un cigarro. Con todo, i por un efecto de su misma vileza que predominaba en él sobre los instintos feroces, no fué cruel desde un principio con los prisioneros, o por lo menos, no lo fué en tanto grado como lo había sido con los infelices Carreras, con los secuaces i aun con las esposas de éstos, sobre la más bella de las cuales osó poner un dia manos impuras i violentas. Sea que en esta mediana benignidad se sometiera a órdenes superiores; (1) sea que tuviese celos del fruto de su dureza, hizo algunas concesiones a sus víctimas. Como el pueblo todo era una cárcel, consintió en que los prisioneros vivieran con desahogo, fuera en casas de particulares o en el cuartel. Así, Marcó habitaba bajo el mismo techo con González de Bernedo i Ordóñez vivía con Primo de Rivera i su sobrino Juan Ruiz de Ordóñez, niño de diez i siete años a quien había traído desde España i elevádole al grado de ayudante del batallón Concepción. En otra casa, propiedad de una familiarla-

(1) Efectivamente, respecto de los oficiales prisioneros, San-Martin había dispuesto que se les atendiese conforme a su posición i su desgracia. Tenemos a la vista las instrucciones dadas por aquel jefe al director del depósito de prisioneros en Santiago el 31 de diciembre de 1818, i por el art. 4.^o de ellas se ordena que los oficiales sean tratados «con las consideraciones que exija su buena conducta i educación, siempre que ellos correspondan a estas cualidades»—(Archivo del Ministerio de la Guerra).

Respecto de los soldados había mayor severidad. Se les empleaba en los trabajos públicos i se les castigaba con palos i azotes, i en el caso de fuga de alguno, se sorteaba entre los que quedaban para cargar cadenas. Como esto se hacía por el sistema de quintas, resultaba que por cada prófugo se ponía cadenas a veinte o treinta prisioneros. Era costumbre también, aun cuando ya los prisioneros habían recobrado su libertad, el que se presentasen todos los domingos en el depósito a pasar lista, la que comenzaba por un grito unísono de *viva la patria!* que debían preferir todos. Se recuerda todavía la chusca de un andaluz que en tales casos solo gritaba *viva la Pascual* hasta que descubierto llevó su ejecución de azotes.

madu Poblete, vivia el capitan don Gregorio Carretero, protagonista en esta lugubre tragedia, el coronel Morla, del Burgos, el comandante Matias de Aras, i entre muchos otros, el famoso Morgado a quien el pueblo de Santiago odiaba en tan gran manera, salvado con dificultad despues de Maipo de la suerte que cupo a San Bruno un año atras. Conociase esta habitacion en el pueblo con el nombre de *la casa de los oficiales*; i era el sitio mas comun de reunion para todos, incluso Ordóñez i aun el soberbio Marcó. Los mas jovenes tenian su residencia en el cuartel del pueblo, situado a pocos pasos de la humilde casa del gobernador, que siendo en si mui pobre, pasaba sin embargo por una mansion lucida en aquella villa de chozas pajisas.

Dupuy habia permitido ademas que algunos jefes conservasen sus asistentes, i en consecuencia servia a Ordóñez un muchacho de Concepcion, que antes de ser soldado habia sido cantero, llamado Francisco Moya, i a Primo un sargento espanol del nombre de Blasco. Se les toleraba tambien recibir cortos obsequios, el convidarse entre si para sus comidas i el uso de algun dinero. Sobre el cadáver de Ordóñez encontróse poco mas tarde en onzas de oro una cantidd de cerca de ochocientos pesos. En suma, los tristes detenidos no lo pasaban del todo mal. Dupuy habia llevado su complacencia hasta dispensar cierta hospitalidad especial al coronel Morla, a quien recibia facilmente en su casa. El mismo Ordóñez escribia a San-Martin en 18 de julio de 1818, que respecto de su alimentacion i trato personal, no tenia serias quejas, faltandole solo a los mas recursos para su aseo, pues tenian que “mendigar el labao” (1).

Así pasaron los primeros meses de la confinacion.

Mas por desgracia de aquellos hombres, ya demasiado infelices, llegó a San Luis, proscripto como ellos, un personaje que no habia sido vencido, que nunca llevó espada a su cinto, pero que hizo derramar mas sangre i mas lágrimas en el curso de la revolucion americana que los mas feroces de sus caudillos. Ese hombre era don Bernardo Monteagudo.

Refieren los naturalistas que los buitres i otras aves de rapina acostumbran abastecer con exceso su apetito, i abotagados

(1) Palabra testu: l.—(Archivo del Ministerio de la Guerra).

despues por la sangre, dejan pasar largos periodos de tiempo sin que necesiten de nuevo apaciguar su gula.

Como esas fieras era Monteagudo. Saciado en 1818 con la sangre de los dos Carreras derramada por él, solo por él, en la plaza de Mendoza, venia ahora a esta otra ciudad de Cuyo con la ansia de nuevas víctimas, hasta que satisfecho de nuevo, fuera a encontrar otras mas tarde en el Perú, i caer al fin bajo el puñal del negro Candelario, otra ave inmunda de rapina (1).

Espulsado de Chile por sus intrigas contra San-Martin i O'Higgins, habia llegado bajo una sentencia de destierro a San Luis en los primeros dias de noviembre de 1818 i puestose allí mismo a mendigar el favor de los que lo desdeñaban, con epístolas humillantes (2).

El jénio de Monteagudo, sumiso a los fuertes, terco con los caídos, junto con su historia de crueidades en Potosí en Buenos-Aires i Mendoza, era una barrera de odio que le separaba inevitablemente de los demás confinados, pero que por lo mismo le acercaba al dócil i brutal Dupuy. El tigre i la hiena se habian juntado en aquella jaula del desierto.

Un punto de contacto iba a tener, sin embargo, el recien llegado con los prisioneros de Maipo. Ese contacto era la mujer, porque otra de las hondas pasiones que se encerraban en el alma de Monteagudo, arcano de tantas abominaciones, que iluminaba a veces el destello de una sublime inteligencia, era la lujuria.

Muchos de los oficiales españoles eran jóvenes, hermosos, seductores por su educacion o por su trato, i solian encontrarse

(1) No corresponde a este lugar la relacion de las horribles crueidades que cometió Monteagudo en Lima, como ministro de San-Martin. El mismo se jacta en su famoso manifiesto de Quito de haber reducido a quinientos los diez mil españoles que encontró en la primera de esas ciudades. Pero tenemos a la vista una lista nominal de uno de esos cargamentos humanos que aquel Sila criollo reunió a Valparaiso en 1821, en un buque al que, para hacer mas siniestro su destino, diera su propio nombre, la célebre fragata *Monteagudo*. En esa nómina de cuatrocientos ochenta individuos se deja ver que todos eran jentes inofensivas e industriales i a tal punto que setenta i uno de ellos, es decir, cerca de la quinta parte, pasaba de sesenta años de edad. Para que se juzgue de la inutil barbarie de esta persecucion, elejimos al azar algunos nombres de la lista de proscripcion. "Juan Muñoz, andaluz, de profesion mantequillero, edad setenta i un años; Fernando María Gómez, id., comerciante, setenta año.; Felipe Quinteler, gallego, marinero, setenta i cinco años."

(2) Véanse los documentos publicados por don Antonio Iúñiguez Vicuña, en su curioso opúsculo titulado *Vida de don Bernardo Monteagudo*, páj. 85 i siguientes.

con Monteagudo en las escasas tertulias del pueblo, i con mas frecuencia en casa de las señoritas Pringles, jóvenes de estremada belleza, hermanas de aquel valiente alfárez de granaderos a caballo que despertó la admiracion de San-Martin haciendo prodijios de valor con sus jinetes en los arenales de Chancay.

Habíase enamorado de una de ellas locamente Monteagudo con aquel amor ciego i brutal que lo hizo célebre mas tarde en Lima, i que tanto contribuyó a provocar su expulsión del país a la voz de la sociedad indignada; i como en aquella lid llevabanle evidente ventaja los brillantes capitanes del Burgos, ocurrió al envilecido Dupuy para vengarse.

Desde que Monteagudo se hizo el consejero íntimo del gobernador, la suerte de los prisioneros cambió de aspecto. Comenzaron las sospechas, las restricciones, los castigos. Lo que mas interesaba a Monteagudo era apartar a sus rivales de cortejo, i con este fin maquinó el que Dupuy prohibiese a los prisioneros el salir de noche de sus casas, para de este modo ser dueño hasta de las horas que destinaba a los embelesos de su bella. Con este motivo Dupuy publicó en los primeros días de febrero un bando insultante al honor de los confinados, i en el que, con el pretexto de la agitación que comenzaba a nacer a orillas del Plata a nombre de la federación, les prohibía severamente el salir de sus habitaciones una vez entrada la noche.

Aquel bando produjo una indignación profunda en el espíritu altivo de los prisioneros; pero no los abatió. Ordóñez fué el mas violento en sus quejas vertidas en el seno de sus compañeros, i no se equivocó al señalar como su autor al perverso Monteagudo. Ordóñez era audaz e irascible por carácter, pero su compañero de domicilio Primo de Rivera, aunque mas joven, lo templaba recomendándole guardarse sus brios para mejor tiempo (1).

Pero donde mas profunda impresión hizo aquel vejámen fué en *la casa de los oficiales*, contra cuya buena fortuna era especialmente dirigido. Hacia como cabeza entre aquellos, apesar de

(1) Declaración del teniente Ruiz Ordóñez en el proceso de la matanza de San Luis. Marcó declaró que Ordóñez se había quejado amargamente del bando i que había dicho: *Qué bonitas cosas dicen de nosotros, i cómo nos dejan!*

su graduacion inferior, el capitán don Gregorio Carretero, acerca de cuyos antecedentes no hemos podido obtener datos suficientes que nos expliquen el influjo vasto que ejercia sobre sus compañeros. Torrente solo dice de él en su historia que era un valiente.

Este hombre atrevido resolvió, pues, vengarse de sus carceleros i obtener para sí i sus compañeros o la libertad o una tumba que guardara sus males.

No había entonces en San Luis sino un piquete de tropa mandado por el teniente don José María Becerra, chileno de nacimiento, que cubría la guarnición del cuartel donde vivían la mayor parte de los prisioneros españoles, i la cárcel pública, situada en la plaza de la aldea, i en la que a la sazón se hallaban encerrados cincuenta i tres desertores i montoneros recientemente remitidos por el gobernador de Córdoba.

Esta doble circunstancia sujirió a Carretero la idea de una sorpresa, mediante la cual, sin derramar la sangre de nadie, ni aun la de Monteagudo, podrían libertarse i buscar en las armas o en la fuga su remedio.

El plan que se proponía era muy sencillo i fácil de ejecutar. Existiendo reunidos cerca de cuarenta oficiales valerosos i fieles, nada era más hacedero que desarmar por asalto la guardia del cuartel i de la cárcel; apoderarse de Dupuy i Monteagudo; soltar a los montoneros, i con los recursos de movilidad i de armas que presentaba el pueblo, ganar la campaña para obrar según las circunstancias.

Carretero moditó su idea, la comunicó sijilosamente a Ordóñez, a Primo de Rivera i a otros pocos de los que vivían con él, i aprobada por éstos, fijó la mañana del lunes 8 de febrero para ejecutarla.

Como todos habían entregado sus espadas, i las únicas armas que era posible adquirir sin causar sospechas eran cuchillos de los que usa el gauchaje de las pampas, se compraron éstos en la tienda de un italiano llamado Rivelledo en la tarde del sábado 6 de febrero.

El capitán español i sus secuaces cometieron, empero, dos errores que debían perderlos. Fué el primero su estremada reserva para con la mayoría de los conjurados, a quienes el

hecho, como en breve se verá, tomó de sorpresa infundiéndoles una natural confusión. Fué el segundo, el jeneroso propósito de no derramar la sangre de sus guardianes. Triste es decirlo; pero en casos extremos las resoluciones a media solo dan razon al mas fuerte, al mas osado, al mas cruel. Los españoles sabian que la cuestión era de morir o de matar; pero ellos entraron en el complot perdonando ántes de vencer, i esta confianza cabó su sepúlcro en el sitio mismo de su magnanimitad.

Llegada la hora de dar el golpe, que se había fijado para las ocho o nueve de la mañana en que Dupuy entraba a la sala de su despacho, los conjurados comenzaron a reunir se en la casa de los oficiales, sin que la mayor parte supiese el propósito de aquella junta inusitada. Todo lo que Carretero había insinuado a los que vivian en el cuartel era una invitacion que les había hecho en la tarde del domingo por conducto del capitán don Dámaso Salvador, rogándoles para que a la mañana siguiente fuesen a la huerta de su casa a matar vichos.

Reunidos todos los invitados, incluso el sobrino de Ordóñez i su asistente Moya, a quienes Carretero había puesto en el secreto por la noche, díjoles que pasasen a la huerta de la caña para proceder a la matanza de los insectos i sandandijas que en ella había, i llegando a una era que ocupaba su centro, los hizo a gruparse en su derredor, i con una enerjía que no dejaba lugar a la vacilacion ni a la réplica les dijo estas palabras; *pues señores, los vichos que vamos a matar, es que dentro de dos horas vamos a ser libres. Ya tengo asegurados todos los puntos precisos i el que se vaya o no siga, lo asesino* (1).

Nadie replicó, ni era posible esperar que rehusaran aquel intento que respondia a lo que mas ansiaba cada corazón. Unánimes en proceder, los conjurados se propusieron aguardar; i entre tanto llegaba la hora, se dispersaron por el huerto a comer, unos pan i queso, i otros a beber aguardiente que al efecto mandaron a buscar con un soldado.

En este intervalo Carretero tomó sus últimas disposiciones, nombrando las partidas con sus jefes i distribuyendo las armas.

(1) Todos los testigos del sumario están conformes en estas palabras.

Designó para asaltar el cuartel a la mayor parte de los oficiales que vivian en él i que acababan de separarse de sus cuadras con varios pretestos. A la cabeza de este grupo, compuesto de diez o doce conjurados, debia ir el capitán don Felipe La-Madrid.

Para sorprender la cárcel fué señalado el capitán Salvador, acompañado de los capitanes Fontealba, Sierra i Butron i algunos otros. De los dos últimos nombrados el primero era un joven arequipeño capitán del batallón realista que llevaba el nombre de su ciudad natal, i el segundo se había distinguido como oficial de marina en el último asedio de Talcahuano.

El capitán Coba, un teniente Burguillos i el alférez Peinado debían asegurarse de la persona de Monteagudo.

Por último, el mismo Carretero con Morla i Morgado se encargaban de la parte mas difícil de la empresa, apoderándose de Dupuy, a quien, puñal en mano, obligarían a deponer el mando para tomarlo ellos. Ordóñez i Primo de Rivera debían venir directamente de su habitación a cooperar a este último empeño. En cuanto a los brigadiers Marcó, Bernedo i al coronel Berganza, nada se les había noticiado puesto que se les creía incapaces de tomar parte en aquella empresa atrevida, i estaban ademas resueltos a dejarlos en el pueblo como cosas infútiles para sus ulteriores planes. En su lugar se llevaban a Dupuy i a Monteagudo.

Llegada la hora designada, salieron de la casa de Carretero las cuatro partidas i se encaminaron a su destino, dispersándose con el mayor disimulo posible.

Los primeros en llegar, fueron Carretero i los suyos. Pidieron audiencia en su sala a Dupuy por medio de su ordenanza Domingo Ledesma, i en el acto se las concedió aquél. Entraron i sentáronse, Carretero a la izquierda de Dupuy, Morgado a su derecha, mientras que Morla, mas familiarizado con el sitio, quedóse de pie en el dintel de la puerta.

El gobernador no estaba solo. Le acompañaba su secretario, el capitán Rivero, i el médico confinado don José María Gómez. Mas Carretero, sin aguardar mucho, i después de algunas expresiones que fueron, según el mismo Dupuy *refinadas*,

das de afecto (1), se precipitó sobre el último i poniéndole el puñal que llevaba oculto sobre el pecho le dijo. *So picaro! Estos son los momentos en que debe Ud. espirar. Toda la América está perdida, i de ésta Ud. no escapa* (2).

En este mismo momento entraron a la sala Ordóñez i Primo de Rivera, que habian desarmado en el patio al ordenanza Ledesma quitándole su sable, mientras que Morgado con toda la mole de su enorme estatura se arrojaba sobre Dupuy como para aplastarle con su peso. En la confusión de ese momento escapóse el médico (3) i el secretario, recibiendo éste al pasar por frente a Morla, que quiso contenerlo, una puñalada por la espalda.

El golpe sobre Dupuy estaba ya logrado: i los conjurados, cerrando la puerta de la calle, le tenian en sus manos i eran dueños de su vida.

En el cuartel vecino no sucedia otro tanto. El grupo de conjurados se habia precipitado sobre el zaguán al grito de *¿qué es esto? qué es esto?* que era el *santo convenido*, derribando al centinela de la calle i apoderándose de las puertas de las cuadras. Algunos soldados del reten lograron, sin embargo, armarse, i entablaron una lucha cuerpo a cuerpo con los asaltantes. El jefe de los últimos, La-Madrid, hacia esfuerzos terribles de enerjía, segundado del antiguo intendente de ejército don Miguel Berroeta i del jóven teniente don José María Riezco, natural de Santiago, i quien, armado de un puñal i de una hacha, logró herir a tres de los enemigos. El número de éstos se aumentaba, empero, por segundos, pues acudian de los otros patios del cuartel o entraban de la calle atraídos por el estrépito de la armas. Entre los mas esforzados en la resistencia, notábase a un hombre jóven todavía, de cabellera negra i espesas barbas que se batia en todas partes con el asta de

(1) Parte oficial de Dupuy.—San Luis, febrero 21 de 1819.—(Gaceta ministerial del 5 de marzo de 1819).

(2) Parte citado de Dupuy. Dice éste que Carretero le tiró una puñalada que él barajó con el brazo; pero esto nos parece inverosímil, desde que si hubiese sido el intento de Carretero el asesinarlo, lo habría hecho sin ninguna dificultad, no solo por haber logrado la sorpresa, sino porque momentos después Dupuy quedó enteramente entregado a él i a cuatro de sus compañeros.

(3) Era este un infeliz español i tan temeroso estuvo de que Dupuy le hiciera fusilar, que en el sumario declaró para probar sus pocas relaciones con sus paisanos, que acostumbraba tomarles el pulso sin desmontarse de su mula....

una lanza que había encontrado al azar. Ese hombre era Facundo Quiroga! (1)

El asalto del cuartel quedó, pues, frustrado, pereciendo lamentosamente el capitán La-Madrid, el teniente coronel Aras i el capitán don Jacinto Fontealba. Los demás fueron desarmados cuando se hallaban cubiertos de heridas, mientras que solo tres de los defensores del puesto habían quedado levemente heridos. El teniente Riezco, que había dejado a dos de aquellos fuera de combate, logró saltar una tapia i ocultarse en un solar vecino hasta la mañana siguiente en que fué capturado. Un capitán vizcaíno llamado Arriola, viéndolo todo perdido, escondióse en la cocina, i otro, natural de Castilla la Vieja, de nombré González, pusóse a hacer en la misma cuadra donde dormía *actos de contrición*, dice el sumario, esperando que los soldados enfurecidos le quitasen allí mismo la vida (2).

El éxito de las otras dos partidas no había sido más feliz. La destinada a prender a Monteagudo no logró su objeto, ignórase el motivo; pero el capitán Coba que la mandaba fué muerto en la calle por la plebe i el *gauchaje* que ocurrió de todas partes, mientras que a su otro compañero, el teniente Burguillos se le vió entrar a casa del gobernador en pos de Ordóñez, diciendo a gritos al brigadier Bernedo a quien encontró a su paso.—*Tome Ud. un cuchillo i venga a morir matando!* (3)

En cuanto al grupo encargado de la cárcel, preciso es confesar que no tuvo la valentía de los otros. Cuando llegaba a la plaza, donde estaba situado aquel edificio, entraba en ella a caballo i gritando *a las armas! a las armas!* el comandante de la pequeña guarnición del distrito, Becerra; i creyéndose aquellos descubiertos, se sobrecojieron, i trataron de dispersarse. Su precaución fue, sin embargo, inútil porque alarmada ya la población, especialmente con los gritos del médico Gómez que salió en su mula diciendo, *que matan al señor gobernante*.

(1) Quiroga era, a la sazón, capitán de milicias i parece se hallaba preso en el cuartel por alguna fechoría; presunción que justifica el hecho de no llevar espada en ese momento. Es voz común que Quiroga acometió a los prisioneros con la barra de los mismos grillos que dicen tenía puestos. Pero en su declaración el mismo dice que fue con el asta de una lanza.

(2) Declaración del mismo González.

(3) Segunda declaración de Bernedo.

dor/ se precipitó sobre aquellos infelices, i con puñales i garras les dió vil muerte como a perros. Así perecieron los capitanes don José María Butron i don Dámaso Salvador. El capitán Sierra i el alférez vizcaíno don Antonio Vidaurrezaga quedaron moribundos en las veredas. En ese estado se les llevó al cuartel i se vendó sus heridas para que pudiesen deponer en el proceso i morir en seguida ajusticiados.

Entre tanto, exitado el populacho, compuesto en su mayor parte de gauchos salvajes, con la sangre misma de los que habían caido inmolados, se precipitó en un tropel confuso i aterrador a la casa de Dupuy; i como encontraron la puerta cerrada, comenzaron a subir algunos por las paredes a llevarle socorro. Intimidados con sus alardos i sus denuestos de muerte, Ordóñez, Carretero i sus compañeros, quienes hasta ese momento tenian asido a Dupuy que clamaba por su vida, quisieron parlamentar con él a trueque de la suya. Aceptó éste i lo dejaron libre para que calmase al pueblo; mas apénas abrió la puerta, entró como un torrente de puñales aquella turba de gente enfurecida, i en un segundo postraron por el suelo al infeliz Ordóñez, a Morla i al esforzado Carretero. En cuanto a Morgado, tuvo Dupuy la triste vanagloria de matarle por su mano de un balazo, miéntras que el pundonoroso Primo de Rivera mordía la boca de una carabina que tenía cargada en la mano, prefiriendo morir suicida ántes que ser despedazado por los asesinos de los suyos.

Concluyó aquí la primera parte de este horrible drama, i comenzó la última que era por mucho la mas odiosa i la mas cruel.

En el instante mismo que arrastraban los cadáveres de los españoles por las calles, Monteagudo, salía como la hiena de su guarida, i en el acto mismo se ponía a formar el proceso de los que quedaban vivos o agonizantes, constituyéndose por su propio derecho en juez de las mismas víctimas de que era acusador.

Monteagudo estaba acostumbrado a aquel género de trabajos. El arte forense de matar había sido una de las ocupaciones predilectas de su vida; i esta vez no puede negarse que puso una admirable expedición en su cometido. En cuatro días for-

mó un proceso que consta de ciento cincuenta i dos páginas en folio, i que por si solo forma un regular volumen, eva- cuando no ménos de ochenta i una diligencias judiciales, decla- raciones indagatorias, confesiones, careos, dictámenes, decretos, etc. Nunca hubo un juez que hiciese mas aprisa que el ver- dugo la tarea que le estaba encomendada.

Infútil es decir que Monteagudo pidió la muerte para to- dos los oficiales españoles que sobrevivieron a la catástrofe del dia 8, sin perdonar ni a los moribundos, i aun la de muchos paisanos. I como Dupuy no hacia sino firmar los pliegos que aquél le presentaba, su dictamen era una sentencia inapelable. De esta manera fusiló el dia 11 al propio cosinero de Dupuy, un jenoves llamado José Pérez que había pertenecido antes a la fragata *Perla*, apresada en Valparaíso, i quien, por amistad con los asistentes de Ordóñez i de Primo de Rivera, había tomado una parte activa en el complot.

Cuatro dias despues (el 15 de febrero) amanecian veinticinco bancos puestos en hilera en la plaza pública de San Luis, i a las nueve de esa mañana, perecieron con entereza todos los que aun sobrevivian a aquella matanza a destajo, con la excepción sola del sobrino de Ordóñez i de su asistente Moya. Este, sin embar- go, vió la luz solo algunas horas, ignoramos por qué capricho del destino, del juez o del verdugo, al paso que el impúber Ruiz era perdonado al pié del suplicio, ora porque por su inesperiencia había sido quien mas noticias diera en las indagaciones del pro- ceso, o porque el infeliz niño se prestara, como lo hizo, a firmar una solicitud en que renegaba todo lo que hai de mas caro i de noble en la vida, "renunciando a su patria i parientes, i em- pleándose en publicar los crímenes de que había sido testigo" (1).

De esta suerte quedó consumado aquel tremendo castigo que aterró a la América con su inaudito horror. Ciento fué que los prisioneros se hicieron reos de un delito a que los forzó el despo- tismo de su perseguidor i la desesperación de su desgra- cia; pero la atroz carnicería que ejecutaron sus carceleros en nombre de la lei, consigna los nombres de éstos eternamente a la infamia i los de aquellos a la compasión de las edades.

(1) Solicitud de Juan Ruiz Ordóñez. Monteagudo opinó porque se le conce- diese la vida en razón de que su tío le miraba mal i porque "la política, son sus palabras, aconsejaba ahorrar al ménos una víctima."

En todo lo demás el holocausto fué cabal. Cuarenta víctimas perecieron, la mayor parte de ellas a manos de asesinos; i a no haberse *interesado la política* en dejar vivo a un niño inocensivo (1) no habría quedado uno solo de aquellos desgraciados que contase el sacrificio de los otros, porque Marcó del Pont, a quien se prendió en ese mismo día, fué a morirse de miedo meses más tarde en la aldea de Luján, vecina a Buenos-Aires; su fiel compañero González de Bernedo perdió el juicio para no recobrarlo jamás, i por último, un infeliz paisano llamado Nicolás Ames, natural de Vizcaya, a quien se redujo a prisión sin causa alguna, murió de terror a las pocas horas en su calabozo (2).

Pero no es esto todo, porque Monteagudo hizo asistir formados en dos distintas filas a las tres matanzas que ordenó hacer en la plaza de San Luis a los españoles i americanos que por su adhesión a la causa real se hallaban allí confinados. A los mismos muertos los persiguió a su modo ordenando que se confiscaran i vendieran en subasta pública sus pobres equipajes de soldados, “para pagar los costos de la causa,” en la que él era el primer funcionario estipendiado.

Tal fué la hecatombe de San Luis, narrada por la primera vez sobre los únicos documentos inéditos que de ella nos ha quedado.

De la impresión que aquella catástrofe produjera en los espíritus entre los independientes i los sostenedores de la causa real en la América, así como de su influencia en los acontecimientos posteriores, fácil es hacerse cargo por su propia magnitud i por su indecible horror. El ejército del Alto-Perú solicitó marchar a sangre i fuego contra los patriotas argentinos, i por todas partes se elevaron terribles representaciones al virrey Pezuela para exterminar a los prisioneros que de Chile i otros países existían todavía en Lima i el Callao. En el que mandaba Sánchez en Chile supuso con atraso aquel suceso por las gacetas de Santiago, i la indignación de sus jefes no fué menor. “Sabemos ya lo ocurrido en la Punta de San Luis, decía el go-

(1) Ruiz Ordóñez, único que sobrevivió a los oficiales prisioneros era natural de Ceuta, i vivía todavía hace pocos años en España. Actualmente, si existe todavía, su edad no pasará de sesenta i cinco años.

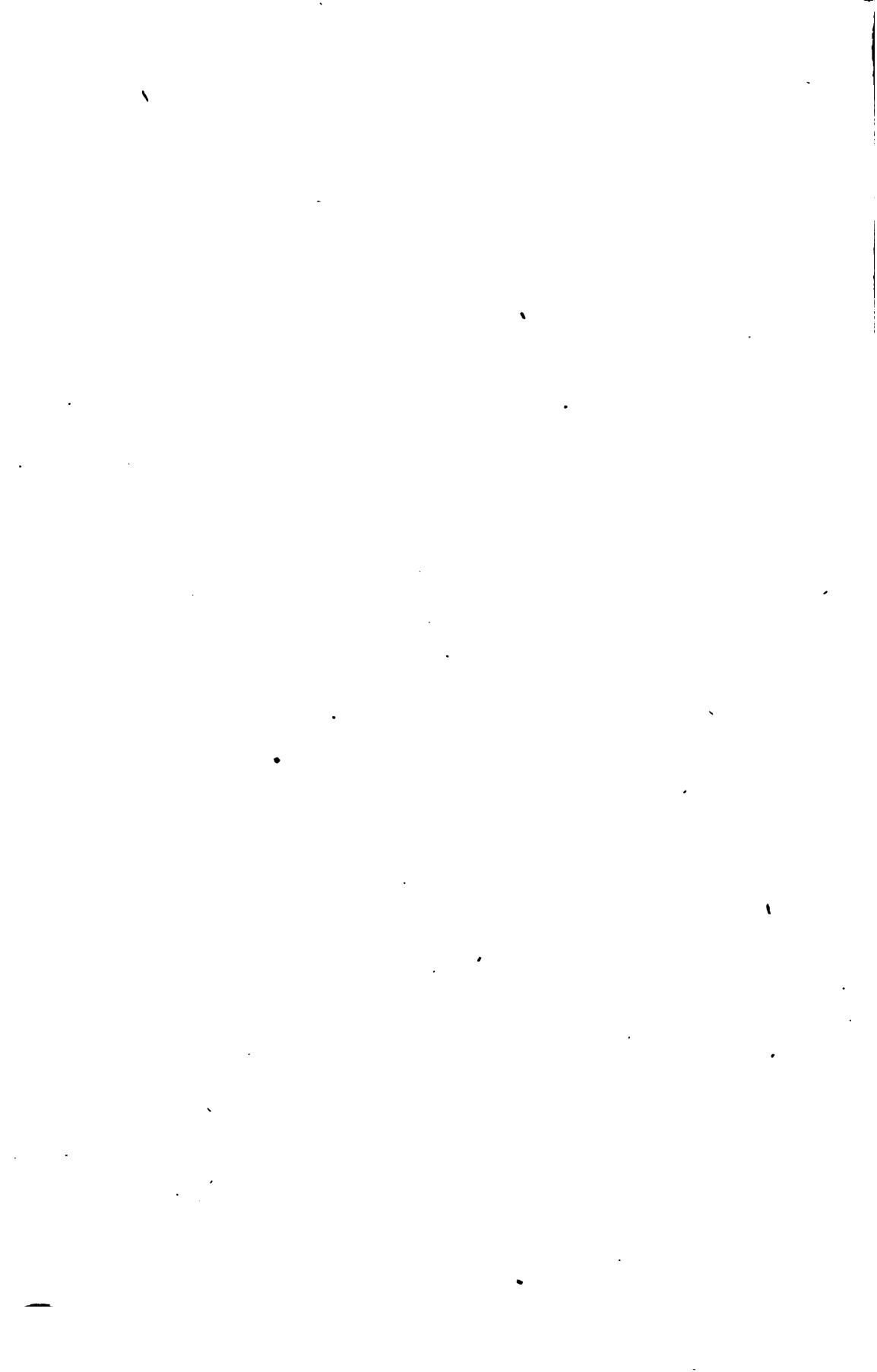
(2) Así consta del proceso.

bernador de Valdivia Montoya a Benavides el 22 de setiembre de 1819, con nuestros fieles i virtuosos hermanos a quien la tiranía inhumana quitó la vida” (1).

En cuanto al jefe de las guerrillas del Biobio, que era acaso entre todos los soldados que servian a la España el mas adecuado para ejecutar venganzas por aquella clase de crímenes, vamos a ver en breve como la puso por obra. El tenia hondos agravios personales que vengar, sus cadenas, el cadalso de dos de sus hermanos, el suyo propio, la violacion de su tálamo, las cañas de su madre, a quien arrastraba consigo en sus correrías para salvarla de la muerte. A cuenta de todo esto habia sin duda hecho degollar al parlamentario Torres i sus quince compaños, en la misma semana en que Dupuy, Monteagudo i Facundo Quiroga encharcaban de sangre las calles de San Luis.

Conducido ahora a otro terreno i puesto bajo el influjo de los terribles caudillejos españoles que dirijian su brazo i su cabeza, ya que no su feroz pecho, vamos a ver cómo entendió la lei de la retaliacion. Entramos, pues, de lleno en el período de la *Guerra a muerte* que ha dado título i argumento a esta memoria.

(1) Volúmen titulado *Vicente Benavides. — Archivo del Ministerio de la Guerra*).



CAPITULO V.

Benavides en Arauco.—Detalles sobre la retirada de Sánchez.—Curioso bando en que anuncia su llegada.—Cartas que escribe a Benavides desde Valdivia.—Cortos auxilios i felicitaciones que le envía.—Separación de Sánchez.—Intrigas contra Benavides en Valdivia i en Lima.—Lo sostienen el gobernador Montoya i el virrey Pezuela.—Apresamiento de la fragata *Dolores* i horribles asesinatos que comete Benavides.—Situación militar de éste en el mes de julio de 1819.—Inacción del general Freire.—Solicita en vano auxilios de la capital.—Estraordinaria carencia de recursos en ésta.—Funesta confianza de aquél jefe.

Al interrumpir la narración de los sangrientos episodios de la guerra de la frontera, con el mas sangriento todavía de las pampas que acaba de leerse, dejábamos a Benavides en su guarida de Tubul, mientras el incauto intendente Freire regresaba a Concepción sin haberle dado el golpe de gracia que habría completado su ruina comenzada en Curalí.

Escusado se hace repetir por consiguiente, que si el general Freire hubiese continuado su jornada desde Arauco unos pocos días, unas pocas horas, por las costas de la ensenada de aquel mismo nombre hasta la vecina ría de Tubul, que no dista del fuerte ni tres leguas, la guerra podía haber quedado terminada en el mes de mayo de 1819, como lo quedó en noviembre de 1821, cuando al fin nuestros generales resolvieron atacar al bandido en su misma madriguera.

Escondido, entre tanto Benavides, con sus principales secuaces en aquellas serranías de la costa araucana que aun admiran al viajero por su aspereza i pintoresca soledad, comenzó a formar nuevos planes de desolacion. Tenia allí todavía abierta a su perversa ambicion la vasta bahía de Arauco por la que podia recibir refuerzos de Valdivia i aun del Callao i puertos intermedios, mientras que a su espalda se levantaba como un contrafuerte de proteccion la cordillera de Nahuelbuta, poblada de tribus salvajes que le eran adictas.

Resolvióse, en consecuencia, a pasar en el fuerte de Arauco, que Freire dejara incautamente abandonado i en Tubul, despaciado tambien con no menos imprudencia por aquel, el invierno de 1819, i prepararse para la excursion de la primavera en la que proponíase vengar su primer desastre.

Al propio tiempo que esto sucedia al norte del Cauten, el caudillo realista Sánchez, de quien el montonero de Arauco dependia en apariencia, habia llegado a Valdivia guiado por el capitán Juan Saens, práctico de la tierra, dejando a sus queridas monjas asiladas en un claustro provvisorio en Tucapel. Su marcha de doscientos ochenta quilómetros fué llena de penalidades, pero en nada se habia debilitado el temple vigoroso de su testarudo espiritu. Al contrario, una jornada ántes de Valdivia, desde el sitio llamado el campo de Obando, habia dirigido al gobernador de la plaza, Montoya, el 1.^o de abril una presuntuosa comunicacion anunciando su llegada como una nueva espléndida para todos (1). "Nuestro viaje, escribia él mismo a Benavides, a poco de haber llegado, ha sido algo penoso por la muchedumbre i malísimos caminos; pero no por los indios que, desengaños

(1) Esta curiosa pieza, que Montoya hizo publicar por bando en Valdivia el 2 de abril, comienza de esta suerte:

"En los indelebles fustos del tiempo, quedará eternizado lo que hoy están viendo nuestros ojos: ya estais desengaños de si Sánchez o no Sánchez con sus heroicos compañeros i hermanos, pudo arrastrar mil angustias i despreciar miles de trabajos, malignas intenciones e inventos ridiculos para penetrar por la tierra i llegar a una plaza del mas amado de los soberanos, sin origen de miedo, ni temor alguno de enemigos chilenos, seductores i perniciosos: si asi como no dista mucho del teatro de la guerra estuviese en el mismo punto del Cabo de Hornos, rodeado de salvajes, impenetrables nieblas e insuperables obstáculos, con mayor tesón i con mas valor fuera concluido i terminado nuestro viaje, yo os lo aseguro, cumpliendo con los sagrados areanos trascritos a este fin."

Este singular documento fué encontrado en el archivo de Valdivia por lord Cochrane i remitido al Ministerio de la Guerra en cuyo archivo se encuentra original:

de los embustes de bribones i pícaros, han contribuido abundantemente con víveres, vender mulas i caballos i facilitar las canoas en los ríos, quedando completamente contentos i adictos al soberano" (1).

Una vez instalado en su nuevo campamento, i reorganizadas sus fuerzas, que no llegaban a mil hombres, Sánchez se ocupó de preparar algunos auxilios para remitir a Benavides. La última noticia que de él había tenido llevaba la fecha del 17 de abril desde Yumbel, cuando ántes de Curalí, pretendía aquel atacar al mismo Concepción. Imaginábase en consecuencia el jeneral en jefe del ejército realista, que su segundo sostenía todavía el campo con ventaja, i bajo esta impresión, le escribía en los mismos días en que era derrotado animándole a proseguir en sus empresas. "Es sumamente interesante, le decía el 4 de mayo, el que se continúe por esa provincia la guerra contra los insurjentes, a lo que se debe propender (sin esperar a que derribado el coloso de Buenos-Aires, contra quien ya estará inmediato el real ejército que debió salir de Cádiz i que venga contra Chile toda la fuerza unida de nuestras armas), para extinguir de una vez el jérmen revolucionario.

"Yo no tardaré en volver a esa provincia; pero iré bien acompañado, segun dije en Angol, en Tucapel i por todo el camino a los naturales, asegurándoselos con toda verdad" (2).

Sin embargo, los socorros que estaban al alcance de Sánchez en aquella plaza empobrecida no pasaban, como se vé, de buenas palabras, de esperanzas, i sobre todo, de mentiras, que fuó el gran auxiliar de aquellos caudillos, segur se dejará notar en todo el curso de este libro. Con excepción, pues, de las promesas, todo lo que las autoridades de Valdivia habían conseguido, era mandar quinientos pesos en dinero i algunos cortos obsequios de consumo personal en la goleta *Alcance*. Mas ésta, que había salido de Valdivia el 4 de mayo, regresó el 10 de julio declarando su capitán, el piloto Godomar, que no había podido

(2) Carta de Sánchez a Benavides.—Valdivia, abril 15 de 1819.—(Archivo del Ministerio de la Guerra).

(2) Archivo del Ministerio de la Guerra.

acercarse a Tubul, aunque sí tuvo como invertir en alta mar todo el dinero de que era portador (1).

Solo dos meses mas tarde (el 26 de junio) pudo el gobernador militar de Valdivia despachar por tierra una récua de doce a catorce cargas de artículos de guerra. Era portador de esta remesa el capitán de dragones don Mariano Ferrebú, hijo de Talcahuano i hermano del célebre cura de Rere don Juan Antonio, que pagó como aquél en el póstumo su carrera de bandido. Ferrebú solo llegó a Arauco en los últimos días de agosto empleando dos largos meses en atravesar de un confín a otro toda la Araucanía en la estación rigorosa de las lluvias (2).

Aunque escaso, fué este el único socorro que Benavides debía recibir de su jefe, pues Pezuela, no pudiendo perdonar al último su estrafalaria retirada, lo llamó al Perú con el pretexto de combinar nuevos planes militares. I allí en breve murió en el tambo de un camino, siempre obstinado i siempre subalterno (3).

(1) Los auxilios que llevaba Godomar a Benavides consistían en cuatro fardos de azúcar, un tercio de yerba, un zurron de añaíl, doce piedras de sal, dos remás de papel, dos quintales de fierro, treinta docenas de pañuelos de gasa para agazajos de indios, seis cargas de municiones i quinientas piedras de chispa.

No es difícil notar por esta nómina la extremada pobreza de aquellos lugares, privados ahora del *real situación*, que era el pan i el *valdiviano* de aquellas buenas gentes. Además, con excepción de los tres últimos ítems, los otros artículos más parecían destinados a un claustro que a un campamento; i así era en verdad porque Sánchez no pensaba mas que en sus monjas, i encargaba especialmente a Benavides entregáse a la *madre ministra* de aquellas, toda la azúcar i yerba que necesitasen para su mate.

(2) El gobernador de Valdivia don Manuel Montoya, natural de Sesma en Extremadura, que no era a la sazón sino un anciano lleno de achaques i de supersticiones devotas, escribía a Benavides con Ferrebú exhortándole a perseverar en su empresa. «Me han sido de un singular regocijo, le decía con fecha 25 de junio de 1819, las rápidas *proezas* que Ud. i sus tropas han hecho en esa provincia de Concepción, a favor de nuestras armas reales i contra el orgulloso insurjente. Las ventajas que resultan en el día al real servicio por la permanencia de Ud. en esos puntos, son de suma importancia e interés, debiendo estar persuadido que serán estos servicios de la mayor complacencia al Excmo. señor virrey, a quien tengo avisado de oficio todo lo últimamente ocurrido, i que mas individualmente avisare en la primera ocasión que se presente; satisfiče que S. E. atenderá mis oficios i yo sabré manifestar el mérito de esos virtuosos i fuertes vasallos del mejor de los soberanos. En esto puede Ud. descansar i continuar sus *heroicas operaciones* como hasta aquí.» —(Archivo del Ministerio de la Guerra).

(3) El 10 de julio pensaba todavía Sánchez que a él le tocaría en suerte alguna vez subyugar a Chile, según se dejaba ver por el siguiente párrafo de carta a Benavides de esa fecha. «Ud. continúa sosteniendo la guerra en ese territorio del modo mejor posible, hasta que llegue el tiempo que nos reunamos, según las disposiciones que dicte el Excmo. señor virrey de Lima, para volver a entender en la *reconquista del reino*, que tanto interesa a la comun tranquilidad.»

La separacion de Sánchez vino a ser, sin embargo, de graves consecuencias en el curso de los acontecimientos, porque Benavides, que mal de su grado se reconocia su subalterno, se creyó ya dueño de la situacion i empezó a levantar sus miras no solo mas allá del Biobio sino hasta la capital i todo el Reino.

No le faltaron en esta coyuntura rivales que por descontento u otras causas se empeñaron en arrebatarle su naciente poder circulando rumores siniestros, no solo en el solitario cuartel jeneral de Valdivia sino en el palacio mismo de Pezuela. Pero sostuvo éste desde el primer dia con una decision inalterable, como si hubiera querido echar en rostro a su antecesor lo a mal que había tenido su fuga de las fronteras a Valdivia. I fué esto a tal grado que en una junta de guerra que el virei celebró en Lima en agosto de 1819, con el objeto de acordar los medios de defensa que debia tocarse contra la expedicion que Cochrane i San-Martin organizaban en Chile, fué el *principal* de aquellos “ausiliar constantemente al comandante don Vicente Benavides que con tanta utilidad i enerjia hostiliza a los rebeldes en las fronteras de Chile” (1).

Como acaba de verse, Benavides no tenía mucho que espe-

(1) El gobernador Montoya puso tambien de parte de Benavides en Valdivia. “Por acá, le decía, en carta del 18 de octubre de 1819, han habido sus quejas por parte de algunos emigrados que se hallan acojidos en diferentes puntos de esa frontera; i aunque nada ha causado en mí que me haga variar del buen concepto que tengo formado de la honradez i circunstancias de Ud., le encargo mi particularmente continúe en buena armonia con los oficiales i tropa que le está subordinada, dispensando a las familias emigradas cuanta gracia pueda i le permitan sus facultades, pues todos ellos son tan acreedores a nuestra consideracion, sin perjuicio de castigar como corresponde al verdadero delincuente.”

“La emulacion levantada contra Ud., volvia a decirle el 5 de diciembre, no es otra cosa que la envidia i ojeriza de varios que tratan de oscurecer su mérito, de que encargo a Ud. particularmente no haga caso, pues el comun enemigo trata por este medio de indisponer el ánimo de las autoridades para dar pábulo a los disidentes i desesperar a los héroes que deben siempre colocar sus tareas en el templo del honor.”

Benavides mantenía al mismo tiempo un ajente en Valdivia i otro en Lima. Era el de aquella plaza don José María Artigas, hermano del que fué su secretario, i el segundo un señor don Francisco Pozo i Silva. De ambos conservaba cartas aquél cuando fué capturado, i el primero le escribía el 17 de octubre, a propósito de las intrigas que corrían lo que sigue: “Aquí no faltan sus envidiosos que están royendo las piernas a Ud. No se le dé cuidado; proceda Ud. bien i como un militar honrado, que yo estoy por acá a la mira de todo.”

El conde de la Marquina, que, a juzgar por sus cartas, debía ser solo un solemne majadero, escribía en 1819 a Benavides desde Lima llamándole su amigo i diciéndole que no solo en Lima sino en España misma, a donde se dirijía, trabajaría por sus adelantos.

rar ni del virei del Perú ni del gobernador de Valdivia; pero uno de esos audaces golpes de mano a que él contribuyó siempre con su pronta adquiescencia i su responsabilidad, ya que no con su persona, le vino a suministrar los recursos que mas necesitaba para conservarse en la fortaleza de Arauco durante los últimos meses de invierno. Uno de sus espías, que le servía ordinariamente en Talcahuano, llamado Juan Manuel Leon, le ofreció apoderarse por sorpresa de la fragata *Dolores*, anclada a la sazon en la bahía de aquel puerto con un valioso cargamento de tabaco, vino i aguardiente, sin mas condicion que la de cederle su valor. Aceptó Benavides, i su atrevido ajente, metiéndose a bordo en la media noche del 23 de agosto de 1819, con doce marineros, picó las amarras del buque, i burlando toda persecucion, fuése a la playa de Arauco, llevando a su jefe la presa mas interesante para las circunstancias de estrema penuria en que se hallaba (1).

El éxito de esta empresa llenó a Benavides de alegría porque fué su primer ensayo de pirata, despues de tantos en que se había ejercitado solo como salteador en tierra firme. "El golpe maestro que acaba de darse a los enemigos, escribia a Montoya el 5 de setiembre, con toda la hinchazon frailesca de sus despachos, por lo comun escritos por sus curas-guerrilleros, hará ver a la faz del mundo lo mucho que se trabaja en esta division para aniquilar a los insurgentes, i hará público el relevante mérito que está contrayendo. Exhausta de armas, de municiones, de numero, de recursos i sin artillería, sabe batirse constantemente con ellos e imponer respeto a su altanero orgullo" (2).

(1) El señor Barros Arana cree equivocadamente que la *Dolores* estaba fondeada en Arauco i que fué Carrero quien la tomó. Este aun no había venido de Valdivia, ni aquel buque podía estar en Arauco. Por lo demás, nadie es mas natural que cometer estos errores al tratar de la época oscura i casi subalterna de que nos ocupamos. Mui felices nos consideraríainos si los que hemos padecido a nuestro turno no fueran de mayor magnitud que los que hemos citado del primero i único explorador de aquella parte de nuestra historia nacional.

(2) (*Archivo del Ministerio de la Guerra*).—Benavides tenía ademas especial interés en poder sacar cualquier ventaja obtenida, con el objeto de solicitar auxilios, que eran el tema eterno de todas sus comunicaciones. Cuando no contaba con este género de novedades, ocurría con su nunca desmentido descaro a la mentira, por estupenda que ésta fuese. Una de las últimas que había hecho tragar oficialmente a Sánchez, ántes de su partida de Valdivia, está contenida en el siguiente párrafo de un oficio del ultimo dirigido al mismo Benavides con fecha 5 de diciembre de 1819, que dice como sigue: "El oficio de Ud. núm 27 trata

El pérrido pirata ocultaba, sin embargo, bajo aquel petulante regocijo la sombra de un negro crimen. Apénas había caido en sus manos la Dolores, hizo fusilar secretamente a su capitán don Agustín Borne, bajo el pretexto de ser cuñado (1) del director O'Higgins; i junto con él a un pasajero inofensivo llamado don Francisco Campos, a nueve soldados que guarnecían el buque i un niño de doce años, hijo del último.

La situación militar de Benavides no era entre tanto ni con mucho desesperada, gracias al rigor del invierno en aquellas comarcas, a la adhesión inequívoca de los partidos de ultra-Biobio por la causa realista, a su alianza cada vez más estrecha con las tribus de la costa i, sobre todo esto, a la fatal inacción del jeneral Freire, que seguía impasible encerrado en Concepción. Contaba en efecto el bandolero a principios de agosto con doscientos hombres de todas armas en Arauco; mientras Zapata, Bocardo i los lenguaraces López i Sánchez habían allegado ochenta guerrilleros en Nacimiento. Los dos Seguel tenían también avanzados sobre Colcura sesenta soldados de lanza i de fusil (2).

Hemos dicho que la causa más eficaz de la conservación de Benavides i sus secuaces en la márgen izquierda del Biobio consistía en la inacción del intendente de Concepción, porque a la verdad tal era el rasgo más notable de la situación. Mas no le acusamos por ella ante la historia, puesto que él mismo, apesar de su triunfo de Curralí, i acaso por esta misma razón,

del mensaje que recibió el coronel de ejército don Vicente Antonio Bocardo del cacique Toriano, sobre la rendición de Buenos-Aires, a principios de octubre pasado por las gloriosas armas de nuestro muy amado soberano, a pesar de haber durado cuatro días continuos el fuego incessante, oponiendo los rebeldes en su obstinación trincheras de sus propios cadáveres, i que para prueba de la verdad mandó Toriano un mometon llamado Granado, testigo de aquella sangrienta acción, para cuya confirmación mandó al otro lado de la cordillera el citado coronel dos capitanes de amigos decididos a la toldería del antedicho cacique." Sánchez se fue también a Lima creyendo por sujestiones de Benavides que la escuadra de lord Cochrane se había fugado a los Estados Unidos de Norteamérica.

(1) Borne no era hermano político sino pariente lejano del jeneral O'Higgins siendo casado aquél con una señora Puga, que aun existe muy anciana en la capital. Torrente le llama cuñado, i el señor Barros Arana ha seguido su error.

(2) Declaraciones tomadas el 30 de julio por el comandante de armas de Concepción don Pedro Barnachea a treinta i tantos paisanos i espías retenidos por su orden en Gualpen i Chiguayante.—(Carta de Barnachea a O'Higgins.—Concepción, julio 30 de 1819).

se hallaba reducido a la impotencia. Al cansancio de sus tropas en aquella breve pero dura campaña, se habian seguido las aguas inagotables de esas latitudes, bajo cuyo influjo acabaron de postrarse los restos de sus caballadas. Por manera que la guarnicion de Concepcion no tenia jinetes para una guerra en què el infante es casi un embarazo, miéntres que sus dos escasos batallones carecian de pago i de vestuario, de armas i de municiones. Veíase con lástima a aquellos valientes vestidos en el rigor del invierno con trapos sucios, el pié descalzo sobre el barro, i muchas veces llevando las ásperas fornituras de sus cartucheras sobre el cuervo vivo.

En vano el jóven intendente, doliéndose en su alma de la suerte de aquellos hombres que le adoraban en su misma miseria i abandono, clamaba por auxilios a la capital. Tampoco se encontraban en ella. Todo lo absorvia la expedicion libertadora del Perú que comenzaba a organizarse. Por otra parte, tan grande habia sido la escasez de los recursos públicos que, como es sabido, en la noche del dia de la batalla de Maipo, el director O'Higgins pidió prestados quinientos pesos a un amigo extranjero (el comerciante ingles don Juan Begg) para comprar carne i comestibles a fin de alimentar a los heridos que hicieron a Chile libre con su sangre. Sabido tambien de todos es aquel rasgo digno de la Esparta de un jeneral del ejército unido (don Antonio González Balcarce) que rehusó asistir a la misa de gracias celebrada para conmemorar el triunfo de Maipo "porque no tenia una camisa que ponerse i la que llevaba en el cuerpo se la había prestado un amigo." Sublimes tiempos de Chile, ya para siempre idos, en que no habia bancos sino héroes! (1)

En otro sentido los políticos de Santiago, que rara vez, entonces como ahora, han pasado el Maipo ni salvado otras

(1) La escasez de recursos en la capital era absoluta en 1819. No habia oficiales, i habia sido preciso disolver la Academia militar para que los cadetes entrasen a los cuerpos, i porque no habia tampoco como sostenerla. En el ramo de caballos, se habian pedido seiscientos al vecindario, i solo se habian recojido treinta. Poco mas tarde (el 16 de marzo de 1820) se desertaron de su cuartel en Santiago cincuenta i ocho granaderos a caballo i fué preciso echar mano de los caballos de los particulares para perseguirlos. En cuanto al dinero, no lo habia i se encontraba en manos de ajotistas infames que no tuvieron rubor de enriquecerse con las aflicciones de su patria. Consolatorio es, sin embargo, saber que el mayor número de ellos no fué de chilenos.

fronteras que las de Prado o Chacabuco, no podian persuadirse de que un salteador, a quien muchos tenian por difunto, pudiese poner en serios conflictos los territorios que baña el Biobio.—“Me he visto en los mayores apuros escribia entre tanto Freire confidencialmente al director el 29 de mayo (apropósito del envio de unas partidas de milicias encarjadas de correr el campo) para despacharlas, porque no hai un *medio real*. En fin, porque aquí i por allí he conseguido dinero prestado. *Ya no me veo de deudas*. La campaña me tiene empeñadísimo, apesar de que se ha sufrido mucha pobreza. Los batallones sin medio i sin vestuario. Es imposible que Ud. crea el estado de desnudez en que están estos soldados. Hai hombres que están materialmente sin mas ropa que *un pedazo de alfombra sobre su cuerpo*. Por lo mismo, es de urjentísima necesidad que vengan vestuarios i dinero para la tropa i tambien que me mande para los gastos extraordinarios i pagar lo que estoy debiendo, empleado en milicias etc. Ud. sabe bien cuánto se gasta en todo esto, i que aquí no hai de dónde salga” (1).

I tan cierto era todo esto que en los cuatro meses que iban corridos de activa campaña, la caja militar i la intendencia no habian recibido mas auxilio en dinero de la tesorería de Santiago, que tres mil quinientos pesos en diversas partidas. ¡Tanta era la estenuacion del erario de Chile en esa época!

Tampoco venia otro jénero de socorros, por mas que Freire lo pidiese en cada despacho, en cada carta de amistad, siendo el principal tema de sus afanes los caballos i los víveres, porque sin aquellos no habia guerra i sin los últimos no podian mantenerse las guarniciones de las fortalezas, ni el vecindario mismo de las poblaciones, puestas todas a racion de carne. La harina era un lujo o una novedad, comiendo los soldados su rancho de trigo tostado al fuego, porque como los compa-

(1) Uno de los comandantes de los cuerpos de la guarnicion de Concepcion, el teniente coronel don Santiago Díaz, del 3 de Chile, se quejaba al Ministerio de la Guerra el 20 de octubre de 1819, asegurando que en diez meses no habia recibido su cuerpo a buena cuenta sino cinco mil ochocientos pesos. Aseguraba en su comunicacion de aquella fecha que sus oficiales lo ensordecian con sus quejas. «Pero yo los divierto, decia él mismo, con la esperanza de que en el correo me vienen libranzas i que serán de algun modo remedias sus necesidades.”—(Archivo del Ministerio de la Guerra).

Heros de Pedro Valdivia no querian molerlo "por no perder el salvado."

Por fin, a mediados de julio (el dia 21) llego un convoi conducido desde Talca por el comandante don Pedro Barnachea, compuesto de cuatro piezas de artilleria con sesenta soldados al mando del capitán Picarte i doscientos noventa caballos. Conducia tambien aquel jefe treinta i tres mil cartuchos de fusil, quinientos vestuarios de tropa, mil camisas i *mil pesos*, que era todo lo que habia podido reunirse en seis meses de afanes i clamores. Los auxilios de Santiago, guardaban consonancia con los que Ferrebú habia traído de Valdivia al enemigo!

No era, pues, aquel resfuerzo suficiente, ni con mucho, para emprender operaciones activas sobre las fronteras, bien que nunca debió dejarse de promover por cualquier camino el servicio de guerrillas i emboscadas para fatigar siquiera a los capitanejos que se rehacian a mansalva del otro lado del río.

Pasábanse así los meses, volvia la estación propicia a la guerra de recursos, i Freire, siempre adormecido en su alto menosprecio por el vandalaje i atadas a la vez sus manos por la carencia de elementos, se limitaba a esperar, encerrado en Concepcion, el curso i el desenlace de los sucesos. Débiles montoneras no habian cesado de aparecer por una i otra márgen del Biobio, pero si bien se les perseguia con mediano éxito, el crédulo caudillo patriota sacaba de este mismo resultado razones para no infundir recelos a su propia alma siempre intrépida. "Por la correspondencia oficial, decia a O'Higgins en carta privada el 24 de setiembre, se impondrá Ud. de los buenos golpes que hemos dado a los *maturrangos*. Algunas partidas pequeñas han pasado, pero a todas se persigue con empeño i no dudo corran la misma suerte que las demás. Cada dia se va comprometiendo mas la provincia, i los malos se van acabando (1). Los indios se han portado bien en

(1) Las mismas ilusiones habian nacido en Santiago despues del combate o dispersion de Curral. Creíase que Benavides habia desaparecido para siempre de la escena de la guerra; i a tal punto era esto, que se pidió a Freire uno de sus escasos batallones con el objeto de incorporarlo en la expedicion libertadora. Consintió el último por un momento en aquél absurdo, a trueque de que le enviaran un escuadrón de línea; pero dos o tres días mas tarde enmendó su error negándose a tal cambio. "No sea, decia confidencialmente a O'Hig-

esta ocasion i vamos sacando partido con ellos. Los enemigos han trabajado para sacarlos i se han negado diciéndoles que todos están entregados a la patria, ménos los costinos. Estos se preparaban para venir a San Pedro, pero con haberles mandado cañonear por Arauco no han querido salir temiendo que les podriamos tomar sus paises."

I sin embargo, en los propios dias en que esto escribia el jeneral en jefe del ejército de operaciones en el sur, una grue-
sa columna enemiga penetraba por sorpresa a Chillan i la
ocupaba!

Nó. Nunca vieron los campos de batalla de la República un mas apuesto soldado, un adalid mas brillante, de corazon mas levantandoo, de braz mas pujante que el ilustre Freire. Pe-
ro no coloqueis ese bravo de los bravos dentro de las murallas de una guarnicion; no le ahogueis bajo los pliegues del dosel de oro de los poderes civiles, porque habreis encadenado al leon que solo es bello, grande i terrible en las ásperas breñas en que naciera i de las que es único señor!

Hemos dicho que la plaza de Chillan habia sido tomada de sorpresa treinta leguas a espaldas de la ciudad en que el jene-
ral Freire tenia su cuartel jeneral; i así quedaba en cierta ma-
nera interceptado de su linea de operaciones i de su comuni-
cacion mas expedita con la capital. Hecho tan grave exige que volvamos la vista a distinto campo de accion, a fin de saber co-
mo se inicia la segunda campaña de la guerra a muerte.

gins el 4 de agosto, que perdamos lo que tanta sangre ha costado i que decayendo el entusiasmo de estos habitantes por algun revés imprevisto de fortuna, que ocasione la debilidad de fuerzas, nos sea difícil repararlo o que paralicen otras empresas de la mayor importancia.."



CAPITULO VI.

Topografía del teatro de la guerra.—Líneas estratégicas del Biobio i la Montaña.—Tucapel nuevo.—Distrítos de Cato i Trilaleu.—Sendas militares.—Distribucion de las guarniciones patriotas.—Pobreza suma i heroísmo del ejército del sur.—Palabras de San-Martin.—La Araucania en 1819.—Los caciques de la Costa.—Los Llanistas i Mariluan.—Colipí i Venancio Coihuepan.—Mañil i los Huilches.—Los Pehuenches i el coronel Bocardo.—Benavides se apronta para abrir la campaña.—Declara la guerra a muerte.—Instrucciones a sus jefes de partida.—Instrucciones análogas del gobierno de Santiago.—El gobernador Victoriano sale a castigar un alzamiento en Tucapel.—Entrase a Chillan el guerrillero Elizondo.—Heroico combate do Quilmo.—Correría de Elizondo, Bocardo i Zapata hasta Chillan.—Derrotan a Victoriano en Trilaleu i ocupan nuevamente a Chillan.—Inutiles preparativos de Freire i Alcázar para cortar la retirada a los invasores.—Graves resultados de esta excursion.

Las dos grandes fisonomias del vasto territorio en que van a desarrollarse los sucesos que narramos son el río Biobio i la rejion sub-andina llamada la *Montaña*.

Corre aquel desde el seno de las cordilleras alimentado su raudal por numerosos afluentes que le entran desde sus cabecceras, i aunque sus aguas son abundantes, lo anchuroso de su cauce i las arenas movedizas que le sirven de lecho impiden su expedita navegacion, excepto por lanchas planas o balsas de palos atados con mimbre, las mismas que todavía hacen competencia al vapor, despues de medio siglo de progreso.

En aquel hermoso río no hai, pues, propiamente vados, i
9

llámanse así los balseaderos. Son éstos aquellos sitios mas a propósito por lo remanso de las aguas para hacer pasar de una orilla a otra embarcaciones que no tienen quilla ni timon, i corresponden por lo comun, a los antiguos fuertes fundados por los españoles en ámbas márgenes del río, que casi siempre se enfrentan los unos con los otros. De esta suerte encuéntranse vados por Nacimiento, frente a Santa Fé, por Santa Juana, frente a Talcamávida, por San Pedro, frente a Concepcion, fuera de muchos otros intermedios como el de Pileu, el de Gualqui, el de Tornaguillin, el de Montereí i otros menos frecuentados que se cruzan desde la línea de los Anjeles al mar, sin contar muchos mas practicables que corren río arriba, donde éste es menos caudaloso. De estos últimos los mas famosos, en nuestra historia militar, son los de Mesamávida, Negrete, San Carlos de Puren i Santa Bárbara, nombres que corresponden a otros tantos fuertes antiguos (1).

La Montaña comienza en las fuentes mismas del Biobio, i se estiende hacia el norte llegando, a virtud de un nombre convencional, solo hasta la orilla del Maule, aunque en realidad toda ella no es sino el faldeo occidental i boscoso de la cordillera de los Andes. Las espesas selvas que la pueblan, sus portentosos desfiladeros i los valles tan pintorescos como feraces que la interceptan, han hecho dar desde la primera tradicion a aquellos distritos el nombre que hoy llevan, en contraposicion a los *Llanos* en que están situadas las ciudades a orillas de los ríos o entre las suaves colinas de la costa.

Los principales pasos de aquella sierra son el de Antuco, por donde vienen los *pehuenches* a vendernos sus toscos tejidos i la sal de sus vertientes, o los indios *pampas* arriando sus gana-

(1) El vado mas cercano a los Anjeles, entre los principales que hemos nombrado, es el de San Carlos de Puren, que dista quince quilómetros. Este antiguo fuerte ocupa un espacio medio entre Nacimiento i Santa Bárbara, pues esta última yace en una amena campiña al pie de los últimos espolones de la cordillera. En la estension del río comprendida entre Nacimiento i Concepcion ocupa el promedio Santa Juana, que dista sesenta quilómetros de la primera i cincuenta de la última.

Para detalles de distancias, situacion geográfica, orígen i otros curiosos antecedentes de todos los lugares fronterizos que aquí mencionamos, cónsultese el libro precioso que ha publicado el año anterior en Nueva-York el señor don Francisco Solano Asta-Buruaga con el título de *Diccionario geográfico de Chile*. Es una pequeña obra maestra de investigación.

dos, fruto de sus malones en las estancias de Córdoba, San Luis i del mismo lejano litoral del Atlántico. Igual fisonomía ofrece el de Alico, al norte, frente a San Carlos, aunque el último es menos transitado.

Al desembocar el camino que atraviesa por Antuco sobre el valle central, encuéntrase el antiquísimo fuerte de Tucapel, que se llama, sin embargo, *el nuevo*, por oposición al que existió en la costa de Arauco, donde los indios mataron a Pedro de Valdivia, i donde aquellos daban hacia poco asilo al brigadier Sánchez, el último de su raza que representaría en el continente de Chile la conquista castellana.

Aquel fuerte iba a tener una importancia capital en estas campañas de asaltos i emboscadas, porque su reducto era como el vértice del gran ángulo estratégico cuyos costados eran la *Montaña* i el Biobio; por manera que bajo un punto de vista militar daba la mano a uno i otro de aquellos grandes baluartes de los enemigos de Chile. Cuando éstos intentaban, en efecto, agredir las ciudades de los llanos por la ceja de la *Montaña* desde sus guaridas de ultra-Biobio, tenían forzosamente que pasar delante de sus muros; mientras que en sus retiradas les era igualmente preciso aquel itinerario, único por el que podían escapar illosos para volver a rehacerse i ejecutar nuevas incursiones.

Entre los mas famosos parajes del distrito de la *Montaña*, mencionabáñse, ademas de Tucapel, los de Cato i Trilaleu, ambos a la cabecera de Chillan, el primero por el nordeste, siguiendo el curso del Ñuble, i el último por el sudeste entre el Diguillin i el río que ha dado su nombre a la ciudad i a la comarca.

Los llanos centrales i las colinas de la rejion de la costa no necesitan descripción. Son conocidos de todos, porque por su centro pasan las grandes vias longitudinales de la República; hacia la costa, entre Cauquenes, Quirihue, Rafael i Concepcion; entre los Anjeles, Yumbel i Chillan por el centro; i en fin, por los deslindes de la *Montaña*, desde Quilapalo, en la vecindad de Santa Bárbara, hasta Tucapel nuevo i la márgen izquierda del Ñuble, o hablando con mas exactitud geográfica, hasta el Maule.

En virtud, pues, de esta distribucion de las poblaciones i de los caminos, de los vados i de los fuertes del Biobio, hâcese preciso no echar en olvido que los itinerarios mas frecuentados en aquel territorio en los movimientos de tropa, de norte a sur, son, si se aproximan hâcia la costa, por Cauquén, Quirihue, a orillas del Itata, Rafael, pintoresca aldea de Coelemu, i Concepcion. El paso del Biobio en esta senda es el de San Pedro, a tiro de rifle de aquella última ciudad.

El camino del centro i el mas usado por las huestes de Benavides pasa por el balseadero de Santa Juana i Talcamávida a Yumbel, punto equidistante entre Concepcion i Tucapel (24 leguas de uno i otro). I de aquí la gran importancia militar de aquella plaza mediterránea, porque el que fuera dueño de ella, se hallaria por ese solo hecho en actitud de amagar a la vez a los Anjeles, Concepcion i Chillan, quedando como en el centro de un vasto triángulo.

En cuanto a las sendas que vienen desde Arauco i rematan en San Carlos, Negrete i Nacimiento, anúndanse en una sola en los Anjeles, (que ocupa el centro de la isla de la Laja) vuelven en seguida a bifurcarse, sea hâcia la *Montaña* por Tucapel el nuevo, sea a la llanura por Yumbel, i de uno i otro punto siguen a Chillan, por la ceja de la *Montaña* i Trilaleu, en el primer caso, por el camino carretero del llano en el segundo.

La situacion militar de los beligerantes aparece de relieve con estas lijeras esplicaciones. Los patriotas ocupan todas las poblaciones al norte del Biobio. Los realistas son dueños de la linea de aquel río por los fuertes que dominan en su márgen meridional, i de la *Montaña*, mediante sus ájiles guerrillas i su alianza estrecha con las tribus pehuenchas que pueblan sus valles interiores. En cuanto a los dilatados campos, ya abiertos, ya boscosos, que forman el conjunto del vasto territorio de la provincia de Concepcion, entre el Ñuble i el Vergara, van a ser solo el terrible palenque en que ambos contendientes medirán sus fuerzas.

La posicion i recursos de las guarniciones chilenas aparecen tambien claramente demarcados en vista de los detalles topográficos que acabamos de apuntar. Mandaba en la plaza de Concepcion, punto de mayor importancia política que militar, i en cali-

dad de jeneral en jefe el intendente de la provincia don Ramon Freire, teniendo a la mano dos pequeños pero aguerridos batallones de infantería, el núm. 1 de Chile, a las órdenes del distinguido comandante don Juan de Dios Rivera, notable como soldado i como mandatario, i el núm. 3 de Arauco que se había cubierto de gloria en el asalto de Talcahuano en 1817 i fué despues tan célebre bajo el nombre de *Carampangue* hasta su estincion en 1851. Comandaba este cuerpo el teniente coronel don Santiago Diaz, un buen soldado natural de Concepcion. La caballería de línea de esta guarnicion componíase de un escuadron de cazadores, llamado de *la Escolta*, por la propension aristocrática que revelaba el director O'Higgins, hijo de un virei, en la denominacion de sus tropas, i lo mandaba accidentalmente el jóven i brillante oficial de aquella arma don José María de la Cruz. La artillería, compuesta de cuatro cañones de campaña, estaba a las órdenes del bravo e inteligente capitan Picarte, hijo de Valdivia, de humilde oríjen, pero levantado mas tarde, como en su lugar diremos, por sus hechos i talentos militares desde la clase de soldado a la de coronel i jefe político de la provincia en que naciera.

La guarnicion de los Anjeles, con excepcion del conocido batallon de cazadores de Coquimbo, que mandaba el oficial argentino don Isac Thompson, i de un fuerte destacamento de artillería de los Andes que servia los veinte i cuatro cañones de la plaza, componíase en su mayor número de las valientes milicias de la alta frontera i de los indios aliados de Santa Fé i otras reducciones vecinas. Mandaba allí en jefe, pero con sujecion al intendente Freire i con el título de *comandante jeneral de fronteras*, el anciano brigadier Alcázar, una de las mas altas nombradias de la milicia chilena.

Por ultimo, en el otro extremo del vasto triángulo que hemos descrito, se hallaba encerrado en la plaza fosada de Chillan, (el punto mas abierto i menos estratégico de todo aquel territorio), i tenia a sus órdenes una pequeña division de caballería miliciana, sostenida por guerrillas volantes i un destacamento de infantería del núm. 3, el valiente capitan don Pedro Nolasco de Victoriano, de quien hemos dado ya noticia.

En las plazas intermedias existian pequeñas guarniciones

sedentarias como la de Talcamávida, frente a Santa Juana, al mando del intrépido guerrillero don José Santos Astete i la de San Pedro que estaba a las órdenes del capitán don Pedro Agustín Elizondo, o contaban con partidas volantes que recorrian el campo a medida que lo invadia el enemigo. La mas numerosa de éstas i la mas importante consistia en una compañía de caza-dores a caballo que mandaba el jóven i valeroso capitán don Luis Ríos, cuyas temerarias hazañas, empañadas alguna vez por la残酷, le hicieron pronto el favorito del jeneral en jefe, quien le puso a la cabeza de su escolta. Esta partida ocupaba el puesto eminentemente estratejico de Yumbel, a fin de que pudiera prestar socorro a los puntos amagados, fuera ya en dirección a los Anjeles, fuera a Concepcion, fuera al mismo Chillan, de cuyos puntos, como hemos dicho, se encontraba mas o menos equidistante.

Tal era la situación de lo que se llamaba el *ejército del sur* en contraposicion al *ejército libertador* que se organizaba entonces en Curimon i en las tres provincias de Cuyo. Pero, a diferencia del último, i por la misma predilección con que a éste se miraba, hemos visto que el de las fronteras estaba reducido a la mas lamentable impotencia. No era escaso en infantería, pues podía poner en campaña en un caso crítico mui cerca de mil valientes veteranos de esa arma. Pero las campañas de aquella época no se podian sostener con soldados de a pie, desde que el enemigo no se batia sino por medio de guerrillas montadas i con indios auxiliares que nacen i mueren sobre el lomo del caballo. Vemos por esto a aquel ejército fraccionado, débil, encerrado dentro de plazas amuralladas, reducido, en fin, a virtud de una estraña anomalía, estrictamente a la guerra defensiva en el corazon de nuestro territorio, mientras enviábamos fuera de él un poderoso ejército para agredir un enemigo lejano i en el centro mismo de sus recursos. Era que entonces Chile, en su gloria sea dicho, no se batia para sí sino para la América entera. “Estoi viendo i palpando, esclamaba San-Martin, por esos mismos días, que solo en Chilo puede formarse la ciudadela de la América (1).”

(1) Carta de San-Martin a O'Higgins. Mendoza, abril 31 de 1819.—(Archivo privado del jeneral O'Higgins).

La situacion de los enemigos era en todo diversa. Contando con las numerosas i diestras caballadas del territorio araucano, su movilidad era tan estraordinaria como nuestra estagnacion, i suplian con ella su deficiencia en armas i en disciplina, en dinero i en oficiales.

Hemos visto que durante todo el invierno, Benavides no habia recibido mas recursos de fuera para rehacerse de su desastre de Curalí que una árria de mulas con escasas municiones. Pero la fuente de aquellos estaba mas cerca de sí mismo que de sus apartados i nominales superiores. La obstinacion de los realistas de concepto que le seguian i que eran conocidos en esa época con el nombre de *los emigrados*, constituia su primer estímulo i el de sus secuaces, pues su número pasaba de mas de cuatro mil personas, mas o meno acomodadas. Sosteníanle en seguida el fanatismo de sus curas, que formaban en su campamento un curioso sínodo de santos i sangrientos consejos, al paso que las monjas trinitarias, refugiadas en Tuquapel, elevaban fervorosas súplicas por el triunfo de aquel jeneral de bandidos que comulgaba ántes de entrar en cada pelea.

Pero la verdadera base de la resistencia de Benavides, de sus escusiones atrevidas i de la prolongacion de la guerra de exterminio que hizo a la República, hallábase en su alianza con las huestes bárbaras de la Araucanía. En parangon con éstas, sus otros elementos de accion eran efímeros o de una influencia puramente moral. Echemos, pues, una rápida ojeada sobre esa famosa comarca para comprender mejor el carácter de los sucesos que van a desarrollarse.

La Araucanía, que como panorama i por la fecundidad espontánea de la tierra es sin disputa la mas bella parte de Chile, está dividida en el centro por la empinada cordillera intermedia de Nahuelhuta que se dilata desde los suburbios de Santa Juana, a orillas del Biobio, hasta el indómito *Puren*, vecino al Imperial. Esta gran cadena, mucho mas hermosa i levantada que nuestra árida *cordillera del medio* en las rejones del norte, es la que da una fisonomía especial a aquel país. Hacia el ocaso, la montaña se estrecha sobre el mar; i por entre las grietas, llamadas valles, que forman sus

sinuosidades, corren ríos angostos, remansos i profundos pero de cortísimo curso, como el Carampangue, el Tubul, el Laraquete, el Tirúa i otros, que suelen formar una pequeña estuaria navegable al desembocar en el Océano. Hacia el costado opuesto, la misma sierra desprende desde sus faldas la planicie llamada de los *Llanos*, que comienzan propiamente en Angol i van a encontrar sus horizontes al medio-día en los bordes de las pintorescas lagunas de Lumaco.

Desde aquellos llanos centrales, que corresponden geológicamente a nuestros valles intermedios, levántanse los Andes abriendose en quebradas profundas i sombrías, pero a la vez feraces en granos i a propósito para la cría de ganados. Mas allá de esas inaccesibles ensenadas i trasmontadas las cumbres, corren en dirección trasversal planicies i valles habitables donde abundan los pastos, la sal, las aves de caza i otros frutos naturales.

Ahora bien, a cada una de aquellas zonas geográficas i diversas en su formación geológica i en su clima, corresponde una población especial i característica, aun cuando toda se clasifique etnológicamente bajo la denominación de una sola raza. De aquí la división semi-fabulosa pero en realidad lógica de los cuatro *Butalmápus* de Arauco.

Así, en la parte occidental, entre la playa del Pacífico i las cumbres de Nahuelhuta habitan los indios llamados *Costinos*, en otra época los mas bravos i los mas belicosos como hoy son los mas dados al comercio i a las artes de la paz. Caupolicán i Tucapel no reconocerían en los humildes pescadores i labriegos de Lebu i de Colcura a los guerreros que inmolaron a Pedro de Valdivia i que se hicieron famosos por sus victorias en los sitios de Quiapo i Marihueno, entre Lota i Tucapel el viejo.

En medio de aquellas tribus encontró no obstante Benavides sus mas fieles i constantes aliados, sea alucinando su credulidad con las pasmosas mentiras en que era tan fecunda su inventiva, sea con la tolerancia de sus vicios a los que daba pábulo con el fruto abundante de sus piraterías en la mar. *Güerchunquir*, *Lencapí* i *Martín Chequemilla* fueron los principales caciques que sostuvieron a Benavides (1) en el territorio pro-

(1) *TORRENTE*, tomo III, páj. 203.

piamente llamado de Arauco (el *Estado de Arauco* de los conquistadores), que corre al poniente de la cordillera central, sirviéndole siempre con una fidelidad rara entre aquellos salvajes tan afamados por su valor como por su deslealtad. Los célebres indios semi-mitológicos de Boroa, vecinos de la Imperial, se declararon también por la causa del rei acaudillados por su bravo cacique *Curiqueo*, el rival mas temible de *Venancio Coihuepan* junto con *Catrileu*, señor de Puren, i don *Francisco Mariluan*, pensionado por el rei i a cuya memoria la República levanta hoy un fuerte con su nombre (1868).

Los *Llanos* estuvieron divididos desde el principio de la lucha entre patriotas i realistas. En las reducciones que yacen al norte de aquellos, i que son las mismas que se han sometido ahora pacíficamente a nuestras armas hasta a orillas del Malleco, imperaba como amigo de Chile el famoso *Juan Colipí*, indio valiente que nos dió su sangre i la de sus hijos con un denuedo igual a su rara constancia. Otro tanto sucedía en la parte meridional de los llanos, donde el ponderado *Venancio Coihuepan*, cacique principal de Lumaco, se había hecho desde los primeros días de la guerra el mas entusiasta aliado de Chile. Mas entre estos dos defensores de nuestra causa, levantábase el verdadero rei de los llanos aquel bravo *manco Mariluan*, que acabamos de nombrar i que habría sido el mas temible de los enemigos de la independencia de Chile en el otro lado del Biobio si no hubiese existido en las cabeceras de las sierras el jefe de los *Huilliches Mañil-Bueno*, el último toqui de Arauco, porque fué al único que en este siglo prestó obediencia toda la tierra como a Caupolican i a Paillemancu.

Era Mañil-Bueno una especie de rei-sacerdote que hacia adorar un caballo blanco que guardaba escondido en su *malal*. Desde este sitio misterioso, el avieso indio, austero, desinteresado, valiente, especie de brujo i de adivino (*machi*) se hacía respetar como un semi-dios no solo por las reducciones de la Montaña, de las que era señor natural, sino en todas las comarcas desde el Cauten al Calle-calle. Fuera de sus supercherías, distinguieron siempre a Mañil dos cualidades notables. Fué la una un noble sentimiento de hospitalidad que ejerció hasta hace poco (1859) con emigrados políticos de Chile i

la otra su odio implacable a Colipí, que al fin sucumbió al veneno que su cauteloso rival le propiciara (1850).

En cuanto a la cuarta categoría que hemos señalado en la nomenclatura de los indígenas de la Araucanía, los *Pehuenches*, salen éstos propiamente de ella, i llegan por los valles trasversales de la cordillera, de que son únicos dueños, hasta los paseos de Chillán i aun hasta las inmediaciones del Descabezado del Maule, donde los últimos Pincheiras tuvieron su *malal* en la vecindad del valle andino de los Jirones. Era el cacique mas hostil de aquellas reducciones el llamado *Martin Toriano*, un *Juan Neculman* i un cierto *Chuica*, indio feroz que se hacia mas temible por su influencia entre los *Pampas*, sus vecinos. Toriano hacia tambien sus sangrientas correrías con mas frecuencia hacia las pampas argentinas, donde salteaba los convoyes de mercaderías que en esos años venían a Chile por la vía de Mendoza i Buenos-Aires. En 1820 hacia treinta años a que no le veian los campos ni los caminos reales de Chile, donde en su juventud había sido salteador.

El único cacique pehuenche que se pronunció mas tarde abiertamente por la patria fué *Melincan*, rival esforzado del viejo Toriano a quien dió feroces *malocas*, persiguiendo sus bandas hasta las fronteras mismas de Buenos-Aires en el fuerte de Melincué (1822).

Los pehuenches, ménos bravos porque son mas industriosos que los araucanos propios (que geográfica i etnológicamente se componen de los *costinos*, los *llanistas*, los *huilliches* i los *cuncos* en las comarcas de Osorno i del Maullín), estaban llamados, empero, a figurar de una manera culminante en las guerras que inició Benavides en 1819 i terminó el menor de los Pincheiras en 1832, porque no solo daban paso por su territorio a las invasiones de los cristianos i de sus propios aliados, sino porque ofrecían siempre asilos casi inespugnables a las gavillas de saltadores que hacia el norte del río fronterizo se levantaban en las llanuras para saquear los pueblos indefensos. Desde el principio de las campañas que narramos los tres hermanos Pincheiras Antonio, Pablo i José Antonio, naturales de una hacienda del distrito sub-andino de Cato, llamada *Lloicalemu*, establecieron su cuartel jeneral en las tol-

derías de los pehuenches vecinos, miéntras que Toriano, Chui-ca i los caciques de las cordilleras del sur obedecian a las su-jestiones de un famoso hacendado de Rere que había levantado bandera negra contra la Patria

Era este último el titulado coronel don Vicente Antonio Bocardo i Santa-María, natural de Concepcion i uno de los mas obstinados lugar tenientes de Benavides. Como los dos Urrejola, como Lantaño, los dos Seguel i otros hacendados mas o menos influyentes en las campañas de Concepcion i de la goda Chillan vieja, Bocardo se había alistado desde nuestras primeras guerras en las filas realistas; i es preciso confesar que no seria de justicia reprocharle falta de buena fé ni de convencimiento en sus creen-cias, porque, si al fin las abandonó, fué solo cuando ya no ha-bia humano remedio. En la oscuridad que rodea al historiador para juzgar de estos caractéres meteóricos de la revolucion americana que parecen nacidos de un abismo para desaparecer en otro, no es posible pronunciarse de una manera definitiva sobre sus móviles ni sobre el fin de sus acciones. Pero de la lec-tura de ciertas cartas de Bocardo escritas a su paisano i com-padre el coronel Lantaño, en contestacion a las primeras invita-ciones que éste le hiciera a fin de atraerlo al reconocimiento del gobbierno republicano en 1822, despréndese de su fondo un cierto sabor de fanatismo a la vez místico i burlon que bastaria para dar razon de la ferocidad de sus hechos, si éstos por sí solos no hubieran evidenciado suficientemente aquella.

Descúbrese tambien que los misioneros i los curas de su ciudad natal ejercian un vasto influjo sobre su espíritu i sobre sus pasiones. En cuanto a su posicion social durante la colo-nia, todo lo que hemos podido descubrir ha sido que él mismo, o mas probablemente su padre, obtuvo en su ciudad natal el cargo honorífico de alférez real, lo que prueba que no careció de abundantes bienes de fortuna. Al estallar la guerra en 1813 era comandante de las milicias de Rere donde tenía sus ha-ciendas.

Mas si todo esto aparece, como acabamos de decirlo, en vuelto en la niebla de la duda, no lo está el irresistible influjo que Bocar-do ejercia sobre los pehuenches. El de los Pincheiras era mucho mas limitado i se estendia solo a ciertas tribus de las montañas

de Chillan. Bocardo, al contrario se habia constituido en verdadero toquí cristiano de los pehuenches, como Benavides lo era de los costinos, Mariluan de los *llanistas*, i Mañil-Bueno de las tribus *huilliches*. Unidos todos en un solo propósito, que era el esterminio a toda costa de los patriotas, vamos a ver como aquellos formidables caudillejos haciendo correr la tradicional flecha de la guerra de reduccion en reduccion las precipitaron todas en terribles tropeles sobre las poblaciones sitas al norte del Biobio.

Hemos hecho ya presente que a fines de julio de 1819, encontrábase Benavides con mas de doscientos hombres de chispa i de lanza en Arauco, los Segueles en Playa negra con sesenta i, por último, Bocardo, Zapata i los lenguaraces Pedro Lopez, Francisco i Tiburcio Sánchez i otros capitanejos en Santa Bárbara con ochenta montoneros.

Estas fuerzas eran el núcleo de las diversas partidas que iban a operar contra las plazas fronterizas, i componíanse generalmente de los fusileros del Cantabria dejados en rezago por la retirada de Sánchez. Pero los indios formarian la verdadera masa de aquellos ájiles cuerpos expedicionarios, que los arrastraban formando un círculo espeso de lanzas por sus flancos i su retaguardia.

Desde mediados de agosto, Benavides, que veia volver la estacion adecuada de la guerra, espidió sus órdenes para que se emprendiese por toda la línea del Biobio i de la Montaña una segunda correria general a cuya cabeza debia ponerse él mismo, esperando esta vez mejor fortuna que la que habia cabido a la primera en Curalí.

Su primer cuidado fué en consecuencia definir de una manera oficial el carácter dc la guerra que iba a acometer. El deguello del parlamentario Torres i sus compañeros en Santa Juana, así como el asesinato del capitán i pasajeros de la *Dolores* en Arauco, eran, bajo cierto concepto, hechos aislados e irresponsables, porque Benavides negaba en ellos su participación, o los hacia ejecutar en secreto. Mas ahora asumia abiertamente la responsabilidad de la guerra a muerte, i la declaraba. En sus famonas instrucciones de 27 de agosto de 1819, de las que el ministro Irisarri obtuvo copia auténtica en

Lóndres, ordenaba a sus capitanes de partida no diesen cuartel, fusilando a todos los prisioneros que cayeran en sus manos. “El comandante de partida que en acción de guerra o fuera de ella, decia por el artículo 13 de ese pliego sanguinario, hiciese prisioneros i no los pueda conducir a donde se consideren seguros, los pasará por las armas, prestándoles los divinos auxilios que se pueda proporcionarles. Pero de ningún modo otorgará la vida a ningun paisano que encuentre en guerrilla o con las armas en las manos i se les justificare ser insurjentes.”

La distinción entre *prisionero* i *paisano*, que establecía este precepto era una de las frecuentes anomalías que se observan en todos los actos de aquel monstruo, cuyo rasgo mas saliente de carácter es siempre la inconsecuencia. Pero en realidad no pasaba de una mera fórmula de redacción porque en la práctica se ejecutaba mas aprisa a los soldados que a los paisanos, además de que era imposible hacer aquella distinción en tropas que no tenían ni cuerpos fijos, ni trajes, ni jefes determinados. Por otra parte, en otros artículos de aquella orden jeneral, disponíase que se fusilase a todo oficial prisionero, sin concederle mas tiempo que el que fuese necesario para tomarle su declaración jurada i por escrito sobre cuanto conviniese saber del enemigo. Respecto de los extranjeros que servían en las filas de los independientes, sabido es que deberían fusilarse en el sitio mismo de su captura, segun una real orden que entonces se promulgó en toda la América. “Todo extranjero (escribia oficialmente el gobernador de Valdivia Montoya a Benavides el 11 de diciembre de 1819), debe morir irremediablemente segun lo dispuesto por S. M. últimamente” (1).

El gobierno de Chile por su parte aceptó oficialmente aquel reto sanguinario, i mandó poner en práctica con desusado rigor la lei terrible de la retaliación. “Todo soldado o sirviente del enemigo que se halle disperso, será fusilado, decía el pliego de instrucciones dados en esa época a los comandantes de guerri-

(1) En el Apéndice de documentos que acompaña a esta memoria i en el que solo insertaremos aquellos que, ademas de ser extensos, ofrezcan un marcado interés, damos cabida bajo el núm. 1 a las Instrucciones citadas de Benavides.

lla, aunque convendrá hacer algunos prisioneros para tomar noticias i comunicarlas al gobierno inmediatamente” (1).

En vista de todo esto, la guerra iba, pues, a ser a muerte; i Benavides así lo daba a comprender a sus subalternos haciéndoles presentes en la órden ya citada que aquella era dirigida *a la total esterminacion del enemigo i de los adictos i defensores de sus ideas.*

Organizada la campaña de esa suerte, la primera acometida del enemigo vino hacerse sentir donde ménos se la aguardaba. Antonio Pincheira, descendiendo al llano desde las toldeñas de los pehuenchés por el paso de Alico, i burlando la vijilancia de los gobernadores de Lináres, el Parral i San Carlos, había caido como un rayo sobre la inapercibida i en esos momentos indefensa Chillán (setiembre 18 de 1819) i la había ocupado por sorpresa.

Aquella peripecia singular había ocurrido de la manera siguiente, todavía mas curiosa en sus detalles.

En los primeros días de julio el jefe de bandas Pedro López,

(1) Es lástima que el documento de que hacemos este extracto, i que se encuentra en el libro copiador de instrucciones del Ministerio de la Guerra corriente desde 1817, no tenga fecha. Pero por su colocación en aquel libro i otros antecedentes no puede corresponder sino a las campañas de 1819 a 1821.

Para mayor comprobación lo insertamos en seguida:

“Régimen que observarán los comandantes de guerrillas.

“El objeto es hostilizar al enemigo i especialmente paralizarle sus marchas.

“Para ello procurarán por todo arbitrio quitarle las caballadas, mulas, ganados i cuanto corresponda a sus bagajes.

“Jamás el guerrillero comprometerá acción; pero continuamente se presentará al enemigo a distancia de una legua o más, donde no pueda ser reconocido, formando polvaredas, despliegues i otros movimientos que llamen la atención i contribuyeren a parar su marcha.

“Todo soldado o sirviente del enemigo que se halle disperso será fusilado, aunque convendrá hacer algunos prisioneros para tomar noticias i comunicarlas al gobierno inmediatamente.

“Las indagaciones a los prisioneros serán sobre la fuerza del enemigo, con distinción de armas, posiciones de sus avanzadas, retaguardia, grueso i guerrillas, número de armamento i municiones de guerra i boca, nombres de los mandantes de su fuerza i cuanto corresponda a formar idea de ella.

“Los soldados de guerrilla serán altamente halagados por el comandante, les proporcionará todo socorro de caballos, víveres i cuanto necesiten, sacándolo de donde lo haya. El gobierno por su parte les ofrece todo lo que se quite al enemigo, los terrenos i toda propiedad correspondiente a godos, sin distinción.

“Las guerrillas se formarán por la costa especialmente, i luego descenderán al camino del medio sobre el enemigo a quien no dejarán de hostilizar.

“Los comandantes de guerrilla pueden obrar de acuerdo o separadamente i darán de todo parte al gobierno.

“Jamás se presentarán al enemigo sin dejar acordado el punto de reunión para juntarse en el caso de ser dispersados.

“Estas instrucciones serán rotas inmediatamente que se halten en algún compromiso, para que el enemigo no las tome.”

uno de los mas abominables caracteres entre aquellos odiosos salteadores, se habia presentado con su hijo Nicolas i setenta mонтонeros delante de la codiciada posicion de Tucapel, i apoderándose de ella a viva fuerza asesinó en seguida un capitán de amigos de las reducciones pehuenchas que la guardaba i a su cuñado Pulgar (1).

Indignado por este crimen i comprendiendo el valiente gobernador militar de Chillan la importancia de recobrar aquel punto estratégico, que interceptaba a la Montaña de la línea del Biobio, se propuso apoderarse de ella a toda costa i castigar a los Lopez que infestaban con sus fechorías toda la comarca.

Apénas hubo llegado el buen tiempo, salió, pues, aquel jefe de Chillan hacia Tucapel, llevándose, no sin alguna imprudencia, toda la guarnicion veterana que cubría aquella plaza. Consistía última en un destacamento de cincuenta i dos soldados del 3 de Chile i en cuarenta caballos al mando del valiente capitán Riquelme, que ya hemos hecho conocer por su denuedo bajo el nombre del Ñego.

Con estos cien hombres, Victoriano salió de Chillan el 17 de setiembre, i llegando de improviso sobre Tucapel pasó a cuchillo con su rigor acostumbrado a toda su guarnicion, fusilando a cinco que escaparon del asalto. Pedro López había salido hacia poco para Santa Bárbara, con el objeto de convocar nuevas juntas de indios i de partidarios, pero su hijo que cayó en manos del implacable vencedor pagó en el banco sus propios crímenes i los de su familia.

Pero al mismo tiempo que el gobernador de Chillan recobraba a Tucapel, Pincheira, como hemos dicho, avisado de la ausencia de aquel por sus espías, penetraba en Chillan al dia siguiente de la partida de Victoriano, adueñándose de sus calles por el cuchillo i el saqueo. El enemigo solo respetó la casa del ex-tesorero real de Concepcion Gazmuri, a quien por su calidad de español se puso una guardia a la puerta.

Era propiamente el jefe de esta gruesa mонтонera en aquella ocasión, no Pincheira que le daba su nombre i su feroci-

(1) Parte del mayor don Gaspar Ruiz al director O'Higgins. Anjeles, julio 13 de 1819.—(Archivo del Ministerio de la Guerra).

dad, sino el oficial santiaguino don Vicente de Elizondo, a quien Benavides con aprobacion de Montoya, habia nombrado segundo jefe del batallón de infantería montada elevándolo a este rango desde el de ayudante mayor que tenia en el ejército de línea. No consta de la crónica de aquellos tiempos que Elizondo fuese personalmente cruel ni tan perverso como los jefes de quienes dependia o como los subalternos que estaban a sus órdenes; pero resalta con bastante claridad del desarrollo mismo de los acontecimientos en que aparece como actor, que él fué uno de los mas activos, fecundos e inteligentes caudillejos de las hordas de Benavides. Era ademas hermano del valiente capitán don Pedro Agustín Elizondo i del clérigo de ese nombre que fué despues obispo, circunstancia que acaso influia en su espíritu atrayéndolo a la clemencia.

En esta ocasión parecia haber venido a reunirse con Pincheira por la ceja de la *Montaña* trayendo consigo desde la otra banda del Biobio tres compañías de su propio cuerpo (infantería montada), que numeraban ochenta i un hombres, una compañía de dragones i ciento treinta lanceros, fuera de los jinetes pincheiranos, mitad montoneros i mitad pehuenches. Esta division, que era la mas fuerte de cuantas hemos visto tomar el campo desde Curalí, no constaba de menos de trescientos buenos soldados mandados por quince oficiales, a mas de Elizondo i los tres Pincheiras.

Al saber Victoriano en Tucapel la inesperada pérdida de Chillan, sin vacilar un instante, corrió al encuentro del enemigo, no tomando acuerdo de su número i seguido del puñado de hombres que tenia a sus órdenes.

Haciendo marchas forzadas por los faldeos de la *Montaña*, llegó a la hacienda de Pemuco en la noche del 19 de setiembre, i a la madrugada siguiente marchó sobre Chillan. Elizondo, orgulloso de su éxito, i confiando en la superioridad de sus fuerzas, salió al encuentro para disputarle el paso del río que corre a pocas cuadras al medio-día de la población; mas Victoriano venia marchando todavía por las lomas llamadas de Quilmo, distantes una legua de la ciudad, cuando se le presentó aquél. Divisarse, desnudar los sables i acometerse fué

todo un solo acto en aquellos encuentros llamados de *entrevero* que no admiten descripción estratégica posible, porque envisiéndose entre sí los grupos armados, sin orden, sin formación, sin más voz de mando que la de *carguen i degüello!* se acuchillaban entre nubes de polvo i de humo sabiéndose por quien quedaba la victoria solo cuando corrían al monte los que se creían vencidos. En esta vez el denodado Victoriano quedó dueño del campo habiendo muerto al enemigo tantos soldados cuantos eran los suyos. Como siempre, los prisioneros no pasaban de un simple aparato, o más bien, de una casualidad. Cayeron en esta vez tres soldados i un teniente llamado Pizarro, habiendo sido ciento tres el número de los muertos.

Después de la jornada, vino a estrellarse sobre Victoriano, Dionisio Seguel, a quien un raro destino traía huyendo de otra derrota sufrida aquella mañana a orillas del Laja; i es excusable decir que aquel fué su último día. Victoriano suponía también al escribir su parte del combate, que el hermano de aquel, Juan de Dios, había sido *carneado* (1) en la fuga por el alcalde de Chillán don José Antonio Vargas; pero en breve veremos, sin embargo, que si bien lo *carnearon* ese día, fué en otro paraje i al filo de otros sables. Solo Elizondo escapó a la Montaña con los Pincheiras i catorce de los suyos.

Tal fué el duro encuentro de Quilmo, el más formal de aquellos combates parciales, i en el que corrió mucho más sangre que en Curalí i en los tres diversos asedios que había sufrido la plaza de los Anjales en los primeros meses de 1819. El gobierno de la capital comprendió su importancia, ascendiendo a Victoriano a sargento mayor de ejército i premiando a sus oficiales i especialmente al intrépido Riquelme con un grado i altos encomios en los boletines oficiales.

Irritado Benavides por aquel descalabro, inexplicable después de las ventajas conseguidas, i por el número de muertos de los suyos en Quilmo, resolvió vengar la derrota de Elizondo enviando a Bocardo con sus indios para atacar a Victoriano en Chillán i quitarle de nuevo aquel pueblo i su comarca. El 29 de octubre en efecto los *vichadores* que Alcázar mantenía en diversas direc-

(1) Parte de Victoriano a Freire.—Chillán, setiembre 21 de 1819.—Partes de Freire al Director.—Concepción, setiembre 21 i octubre 7 de 1819.

ciones dentro de la isla de la Laja, llegaron presurosos a avisarle que por los caminos que iban a Tucapel i a los llanos se divisaban innumerables rastros de lanza en la tierra húmeda de los caminos, lo que probaba que masas considerables de indios habian pasado secretamente el Biobio i el Laja por sus vados de la Montaña. Horas despues, el comandante jeneral de fronteras tuvo la confirmacion de este aviso por un pasado del Cantabria, i supo que Bocardo con trescientos fusileros i los indios llanistas i huilliches, mandaba en jefe aquella correria.

Impotente para tomar el campo por sí mismo, el activo jefe de los Anjeles dió inmediatamente aviso al capitan Rios, comandante de la guarnicion de Yumbel i al mismo Freire, a fin de combinar las operaciones que debian emprenderse a espaldas del enemigo, bien fuera para atacarle en consorcio con Victoriano, bien fuera para cortarle la retirada en el caso que aquel jefe los batiese por el centro.

Comprendiendo la importancia de la situacion, Freire hizo salir en el acto el batallon núm. 3 al mando de su jefe, el comandante Diaz, i dió instrucciones a éste para que reunido con Rios en Yumbel i llevando dos piezas volantes, pasase por Vitorio hasta combinarse con Alcázar i cerrar el paso a Bocardo, o cargar sobre su espalda, segun las circunstancias. Al mismo tiempo impartió órdenes apresuradas a Victoriano, cuya debilidad numérica le alarmaba, para que se replegase sobre Yumbel por el camino recto del centro, a fin de hacer una combinacion de todas las fuerzas i dar un golpe definitivo a los bandidos.

Mas, en estas noticias i movimientos empleáronse no menos de tres dias, que fueron preciosos para Bocardo, i trajeron la perdida de Victoriano i de Chillan.

Sucedio en efecto, que el último, llevado solo de su habitual intrepidez o en obedecimiento de las órdenes de Freire, salió de Chillan tan luego como supo que Bocardo, reunido ahora a Elizondo, Pincheira i otros montoneros, venia sobre él; i marchó a su encuentro en Trilaleu el 1.^o de noviembre (1) con un

(1) El 1.^o de octubre, dice equivocadamente el folleto del señor Barros Arana.

centenar de soldados, contra quinientos que mandaban los mejores caudillejos realistas. Victoriano i los suyos hicieron prodigios de valor, i por tres veces cargaron al enemigo que le recibia en una fila compacta de lanzas i bayonetas. Roto al fin el jefe patriota, i cuando ya no le quedaban sino veinte de los suyos capaces de seguirlo, retiróse aquella misma noche a Chillan i a la mañana siguiente pasó el Ñuble, refugiándose en San Carlos.

En este encuentro, como en todos los anteriores, el *Negro* ejecutó hazañas de mucha cuenta porque, aunque cruel en la victoria i sin escrupulo en la reparticion del botin, no tenia el ejército del sur brazo mas esforzado ni jefe de banda mas temerario. "Era tan arrojado como imprudente, dice de él uno de sus contemporáneos que mas de una vez peleó a su lado (1), pues siempre espuria su tropa a recibir una muerte segura. No lo detenia jamas la fuerza numérica del enemigo. Con veinte i cinco hombres cargaba como un tigre contra cien; i aunque lo derrotaran, siempre escapaba bien porque ademas de ser valiente, era buen jinete i montaba buenos caballos."

Volvió entre tanto a ser ocupado Chillan por el enemigo, cometiendo bárbaras depredaciones, como era su costumbre, en particular contra el pudor de las mujeres. Pero fué esto solo momentáneamente porque sabedores Elizondo i Bocardo de los aprestos que Freire i Alcázar hacian a su retaguardia para cerrarle la retirada, flaquearon de ánimo i se retiraron por la inaccesible Montaña, pasando el Biobio por las cabeceras de Santa Bárbara. De esta suerte quedó burlado el plan de Freire, i el comandante Díaz, encargado de ejecutarlo, hubo de regresar a Yumbel el 4 de noviembre con su division, sin haber conseguido ni divisar siquiera las bandas enemigas.

Al retirarse las últimas de la campiña de Chillan habian dejado varias partidas armadas que se ocupaban en robar haciendas, en violar mujeres i degollar niños i ancianos en todos los partidos que riegan el Ñuble i el Itata, ántes i despues de su confluencia. Una de estas montoneras, armada simplemente de garrotes, que habia salido de las aldeas de Colliguai i Quin-

(1) El coronel don Manuel Zañartu. -- Relacion citada en el Prefacio.

chamalí "centro del robo i del godismo," había caido en manos de una partida de cinco fusileros que al mando de don Teodoro Oviedo despachó desde Quirihue el gobernador González. Oviedo perdonó a los *garroteros*, porque su jefe Cortez ofreció entregarle a los principales instigadores de aquel vandalismo, que lo eran el famoso salteador comarciano Alejo Lagos, convertido en guerrillero realista por amor (según en otra ocasión diremos) así como su jefe se había hecho asesino por los celos. Eran cómplices también de Lagos en sus depredaciones su hermano Liborio i tres Garrido (Pedro, Cornelio i Ramón) no menos famosos que aquellos.

El confiado Oviedo puso en manos de sus prisioneros, i a poco andar pagó con la vida i la de los suyos su fácil confianza.

¡Así se hacia en el Itata la guerra a muerte que había decretado Benavides en el Biobio! Para mayor horror, preciso es añadir, que según el parte del gobernador González, los Cortez, los Lagos i los Garrido de Quinchamalí eran los agentes de una mujer, doña María de la Cruz Iribarren!

Entre tanto, Victoriano, se rehacia a toda prisa en San Carlos. El 7 de noviembre había reunido cuarenta de los dispersos de Trilaleu, i reforzado con cien fusileros que trajo de Cauquén el coronel Merino, repasó el Ñuble i obligó a fugar a la Montaña una guerrilla de cien salteadores que se había establecido en las asperezas vecinas de Cato, de donde bajaban por las noches en diversos grupos a robar i a matar cuanto quedaba vivo o tenía algún valor en aquellos infelices campos (1).

Tal fué la segunda escusión de los seídes de Benavides en las comarcas situadas al norte del Biobio, durante el primer año de la guerra a muerte; i si en ella el caudillo de bandidos no fué del todo feliz, porque se viera obligado a replegarse, a fin de no perder su línea de operaciones, pudo decirse que alcanzó en definitiva ventajas mucho más considerables que en la que había emprendido ántes del invierno. Deshizo, en efecto, a Victoriano en Trilaleu, apoderóse de un pueblo tan importante como Chilán, estendió su línea de guerrillas hasta Alico, por medio de

(1) Parte de Victoriano a Freire.—Chillán, noviembre 2 de 1819.

la gavilla de Pincheira, i lo que era para él mas importante, había conseguido hacer llegar los bárbaros hasta las ciudades de los llanos, cebándolos así con el saqueo i el rapto de las mujeres, únicos objetos capaces de sacar al araucano de la apatía i ebriedad en que vive sumido entre sus concubinas, bebiendo, echado en sus cueros de yegua, la chicha de manzanas que aquellas la preparan con sus bavas.

A fines de 1819, Benavides elevándose sobre la categoría de simple salteador con despachos del caudillo Sánchez, comenzaba, pues, a ostentarse con aquel poder terrible, que meses mas tarde puso a Chile al borde de un abismo insondable de sangre i de rubor.



CAPÍTULO VII.

Ausilios de oficiales i municiones que recibe Benavides de Valdivia.—Ataque de Gualqui i fusilamiento de prisioneros realistas en Concepcion.—Hambre en la plaza.—Espedicion del capitán Kursky en busca de ganado.—Su heroica muerte.—Combate de Talcamávida.—Noble defensa del capitán Quintana en Yumbel.—Combate del Avellano i fusilamiento del lenguaraz Pedro López por Alcázar.—Ataque de San Pedro por Benavides i muerte de su hermano.—Inútiles clamores para obtener socorros de la capital.—El comandante O'Carrol i el mayor Acosta.—Los dragones de la patria avanzan hasta Chillan.—Sorpresa i saqueo de San Carlos por los Pincheiras.—Los persiguen O'Carrol i Victoriano i los derrotan en Monte blanco.—Escenas peculiares de aquellos combates.—Entradas de Victoriano en la Montaña.—Derrota de los montoneros Espinosa i Hernosilla.—Victoriano fusila al capitán Palma i captura su familia.—Terrible severidad de aquel jefe i su deposición del mando de Chillan por influjo del cabildo.—Muerte del guerrillero San Martín i orden sangrienta que se le encuentra.—Los hermanos Roa asesinan al guerrillero Contreras en cambio de su libertad i la de su padre.—Horribles asesinatos i otros crímenes en las vecindades de Concepcion.

Desde que la banda de Benavides emprendió la correría que llevó a sus lugar-tenientes victoriosos hasta Chillan, puede decirse que se mantuvo en una campaña permanente hasta que dos años mas tarde fué desecho para siempre en las riberas del río que baña aquella plaza. Siendo dueño de la amistad de los araucanos, tenía consigo el elemento mas precioso de aquel género de guerra i en aquel peculiar territorio, la movilidad. Por manera que él era dueño de todos los campos i de sus recursos, mientras los patriotas, que se encontraban en todas partes desmontados; veían obligados a mantenerse dentro de las

poblaciones, desnudos, hambrientos, abandonados de todos, ménos de su ínclito heroismo.

Por otra parte, i miéntras ningun socorro llegaba a Freire de la capital, el caudillo realista habia recibido de Valdivia ausilios de consideracion. El 29 de noviembre desembarcaba en Arauco el famoso Carrero, un oficial español natural de Santiago de Galicia, notable por una intrepidez singular que no afeaba la brutal crueza comun en sus camaradas.

A virtud de las órdenes que el virei habia enviado de Lima para prestar a Benavides todo jénero de ausilios, i especialmente el de los oficiales sobrantes de la division de Sánchez, presentáronse voluntarios para aquel servicio diez o doce de aquellos, naturales los mas de la provincia de Concepcion i antiguos soldados de la frontera. Los mas sobresalientes entre ellos eran Carrero, a la sazon simple teniente de dragones, el capitán graduado de teniente coronel don José Vildosola del antiguo batallón Concepcion (1). Jervasio Alarcon, hijo de la aldea de Duran, o el Portezuelo, partido de Chillan, i del que hemos hablado anteriormente, i por ultimo un oficial de milicias, natural de lo Anjeles, que habia sido gobernador de esta plaza fantes de la retirada a Valdivia i que llevaba el pomposo nombre de don Pedro Briones de Maldonado. El gobernador Montoya, le habia comisionado, con fecha 3 de noviembre para levantar un escuadron en el partido de Santa Bárbara, i debia venir por tierra acompañado de Alarcon i tres dragones. (2)

El activo Benavides no habia aguardado, empero, la llegada

(1) Vildósola residio en Santiago donde, dejó familia, en los primeros años de la revolucion, i se nos ha asegurado que en un tiempo Benavides fué asistente suyo.

(2) Los demás oficiales que vinieron en auxilio de Benavides, segun consta de una comunicacion de Montoya del 18 de octubre de 1819 encontrada entre los papeles del primero, eran los siguientes: de dragones de la frontera, el capitán don Eusebio Izabal, tenientes don Joaquin Mascareñas i don Francisco Fernández, el subteniente don Agustin Rojas i el soldado distinguido don Francisco Rojas. Del batallón Concepcion, el teniente don Francisco González. Del batallón de Valdivia el teniente don Rafael Yavar.

Poco más tarde, i no habiendo podido hacer marchar un convoy por tierra, a consecuencia de la actitud hostil del cacique de Lunaco Venancio Coihuepan, Montoya mandó a la embocadura del río Lebú en una piragua indígena, al mando del piloto don José Antonio Granado, los siguientes artículos de guerra, que constan de una nota de aquél a Benavides del 29 de enero de 1820: a saber, diez i ocho mil cartuchos a bala, dos quintales pólvora, veinticinco quintales de fierro, mil piedras de chispa, un cajón de medicina i mil pesos en dinero.

de resfuerzos para continuar las hostilidades en toda la línea del Biobio i de la Montaña. El mismo dia en que Carrero i sus camaradas llegaban a Arauco, él hacia dar una vigorosa en-vestida a la guarnicion de Gualqui en la ribera derecha del río. La partida enemiga componíase de cincuenta hombres entre fusileros i caballería, miéntras que la guarnicion patriota no pasaba de la mitad de aquel número a las órdenes de un valeroso oficial del núm. 1 de Chile llamado Huerta.—Despreciando éste las trincheras con que se había parapetado el pueblo, atacó a los asaltantes con tal denuedo que en poco rato les mató veinte i cuatro hombres, haciendo prisioneros un oficial i dos soldados. Como la aldea en que tuvo lugar esta re-friega se halla a mui corta distancia de Concepcion, apénas sintióse en ella el tiroteo, corrió la guarnicion a las armas, i segun el parte de Freire (Concepcion 20 de noviembre), las mu-jeres mismas pedian fusiles. Tan grande era el terror que ins-piraba a las poblaciones la idea sola de la aproximacion del degollador de Santa Juana! Al siguiente dia, como una ofren-da a aquel terror del pueblo, Freire hizo fusilar en la plaza de Concepcion al oficial i a los dos soldados que le habian traído « prisioneros.

No contento con este castigo, Freire se propuso volver la ma-no a Benavides, i el 6 de diciembre hizo pasar el Biobio al ca-pitan de ingeniero Kursky con una pequeña compañía de zapa-dores que él mismo había organizado para la defensa de la plaza, diez cazadores de la escolta i cincuenta fusileros. El plan de Freire era que Kursky, arrollando cuanto encontrase a su paso, llegase por la márgen austral del río hasta la subdelegacion de Pileu, i procurase arrear algun ganado, pues la poblacion de Concepcion, moradores i soldados, estaban muriéndose de ham-bre, haciendo ya muchos días que los últimos no tenian mas ra-cion que unos cuantos puñados de trigo. Era tambien una cir-cunstancia melancólica pero característica de aquellos tiempos, la de que los vecinos habian levantado entre sí una suscripción para proporcionar a Kursky los medios de acometer su em-presa.

El bravo polaco tuvo un éxito completo en su intento de abastecer la ciudad. Pasó a cuchillo, con evidente crueza, la

guarnicion de Pileu que se componia de quince hombres, hizo una arreada considerable de vacas i se preparó a regresar con su rico botin por aquel mismo vado.

Mas, miéntras aquel intrépido oficial vadeara el río por Pileu el dia 6, una escuadrilla de treinta i ocho balsas, llevando cada una seis soldados, se había dirigido de Santa Juana a Talcamávida, i atacaba la guarnicion de esta plaza, compuesta de veinte i cinco fusileros a las órdenes del teniente del núm. 1 don Dionisio Vergara i del guerrillero Chavez. Como en todos los casos análogos de esta feroz i heróica guerra, los soldados haraposos de la patria, rechazaron a punta de lanza i bayoneta a los agresores, i los obligaron a repasar el río dejando en la ribera veinte cadáveres (1).

Sucedia, pues, de esta manera que miéntras Kursky hacia sus últimos aprestos para volver a cruzar el río, venia replegándose sobre el sitio que él ocupaba en Pileu la infantería rechazada en Talcamávida, al propio tiempo que las centinelas de Concepcion veian pasar a todo escape por frente a San Pedro una columna de mas de doscientos jinetes en dirección a Pileu. Al recibir esta noticia, Freire, habia montado a caballo i galopado cinco leguas a toda brida para tomar las providencias que la crítica situacion de Kursky iba a exijir. Llegado al vado, envió inmediatamente orden al valeroso extranjero para que se retirara, embarcándose en dos lanchas que tenía atadas a la orilla i echando ántes las vacas i jinetes al río. Pero en nada

(1) Vergara i Chávez debieran ser sorprendidos aquella noche, a no haber mediado la advertencia i el arrojo de un jóven conocido mas tarde por su honrado aunque modesto patriotismo. Fue éste el despues opulento comerciante don José Esquella, que, niño aun, residia en una estancia llamada Pilun, tres leguas distante de Santa Juana, acompañando a su padre, el capitán retirado de dragones don José Esquella. Habia éste conocido i aun prestado protección años atras a Benavides; i como las partidas de este le robasen con frecuencia su ganado, envió a Arauco a su hijo mayor, de quien tenemos esta relación, a solicitar una orden del caudillo a fin de hacerse respetar. Consiguiólo sin dificultad el emissario, i cuando regresaba a su casa, supo que venia una partida al mando del comandante Ferrebí, para sorprender a Talcamávida. Sin avisar nada a su padre i acompañado de dos peones del fundo, el jóven Esquella pasó aquella misma noche el río en una balsa, amarrada a la lijerá; i a pesar de ser aquel allí en extremo abierto, pudo dar aviso a Chávez de lo que pasaba, volviéndose a su habitación donde se echó a dormir. Mas el enemigo, noticioso de su estratagemma, lo prendió al amanecer conduciéndolo a Santa Juana i encerrándolo en el mismo calabozo en que Benavides había asesinado a Torres i sus compañeros, según lo atestiguaban las manchas de sangre que existían todavía en sus paredes.

El jóven Esquella estuvo ocho días preso, i talvez habria sido fusilado, si no le hubiera valido el prestijio de su padre i la protección de un capitán español amigo de su familia.

pensaba ménos el capitán Kursky que en volver la espalda al enemigo. Diciendo a los suyos que los soldados de la patria "no huian delante de ladrones," cargó con la mayor intrepidez sobre la columna que llegaba de San Pedro, i por dos veces la rechazó hácia los bosques; i habrála sin duda batido del todo, si en ese mismo momento no hubiera llegado por su retaguardia la tropa que venía retirándose de Talcamávida i que con su aparición le puso entre dos fuegos. No se acobardó por esto el oficial patriota, i al contrario, lanzándose en medio de los enemigos, pereció con la muerte de los héroes junto con treinta de sus compañeros. De los demás, unos pocos salvaron a nadie i otros murieron ahogados o de sus heridas, sin que su consternado jeneral pudiera prestarles el menor auxilio desde la opuesta orilla. Felizmente, levantóse de improviso una espesa neblina, i gracias a su protección pudieron escapar algunos fujitivos de los tiros que desde las barrancas les hacia el enemigo vencedor (1).

Miéntras estos encuentros tenían lugar casi a la misma hora en Pileu i en Talcamávida, una gruesa división de mas de seiscientos hombres (de los que doscientos eran fusileros, ciento ocho milicianos de caballería i trescientos cincuenta indios) pasaba el Biobio al mando de Bocardo, Elizondo, Zapata, Pedro López i otros caudillejos, i se dirijía a adueñarse de la codiciada posición de Yumbel, la llave estratégica de todas aquellas operaciones.

Felizmente guarnecía aquel punto un valiente soldado, el capitán don Manuel Quintana i Bravo, conocido en nuestra milicia por el nombre del Moro, a que daba origen su tez tostada i la impetuositad extraña i casi humorística de su valor. Quintana tenía a la sazón solo veintiocho años. Aventuras de mocedad le habían llevado de Concepción, su patria, a Buenos-Aires, donde se encontró en el ataque que le dieron los ingleses en 1807. Había servido en seguida con distinción en todas las campañas de la patria vieja i en las de la restauración argentina, en las cuales sobresalió como artillero. Había entrado despues en la caballería, i en esta ocasión tenía a sus órdenes

(1) Parte del jeneral Freire al director O'Higgins. -Concepción, diciembre 8 de 1819.—(Archivo del Ministerio de la Guerra).

una hueste de héroes. Era uno de ellos aquel sargento Montero, a quien ha inmortalizado un rasgo de pluma de Joaquin Vallejos. Era otro un soldado chileno, imberbe todavía, que se ha inmortalizado a sí mismo. El teniente de cazadores de la escolta don Manuel Búlnes, tenía entonces apénas diez i nueve años.

Hasta la víspera del ataque que los realistas meditaban contra Yumbel, estuvo este pueblo fuertemente guarnecido por la division con que el comandante Díaz había venido a encerrar a aquellos por su retaguardia, cuando atrevidamente se adelantaron sobre Chillan en los primeros días de noviembre. Mas, con motivo del asalto dado a Talcamávida el 6 de diciembre, había corrido aquel en su socorro con lo mejor de su fuerza, atravesando en una jornada las diez leguas que separan ámbas plazas. Por fortuna, acababa de regresar de Tucapel el capitan Quintana, despues de haber hecho un ejemplar castigo, dando muerte a veinte montoneros que allí se hacian fuertes, i pudo en consecuencia tomar oportunamente el mando de la plaza.

De aquel precipitado movimiento se aprovecharon, empero, los realistas para irse sobre Yumbel, juzgándolo indefenso, porque sus espías les informaban que habian quedado allí únicamente cien hombres al mando de Quintana, lo que era la verdad. La noche del 7 habian dormido en el vado de Curamilahue sobre el río Laja, i confirmados en la indefension momentánea de aquella plaza por un paisano, a quien despues de interrogado degollaron, por pedirlo así los indios, emprendieron a marchas forzadas i llegaron a sus puertas en la mañana del 9.

Cualesquiera otros que no hubieran sido los soldados de aquel tiempo habrian desamparado un punto en el que era mas que temeridad el resistir uno contra cinco. Quintana tenía solo cincuenta i ocho cazadores, treinta i tres infantes i veinte artilleros con dos piezas de campaña, ciento once hombres en todo. El enemigo traia el quíntuplo cabal, seiscientos cincuenta i ocho.

Sin esperanzas de poder salvar el pueblo ni defenderlo siquiera, retiróse Quintana con su puñado de valientes al cerro del Centinela, hoy de Quintana, cinco cuadras distante del caserío de

la villa que se halla situada a su falda setentrional; i allí aguardó de pié firme al enemigo. Venia éste ufano e irresistible, mandado en jefe por el activo Bocardo que parecía estar en todas partes, i por Elizondo, Zapata, Pincheira, Briones de Maldonado, Jervasio Alarcon i los lenguareces Pedro López, Francisco i Tiburcio Sánchez, a quienes encontraremos donde quiera que se presenten los indios encendidos de lujuria i ávidos de botín. Venia a la cabeza de éstos Mariluan.

Los combates de aquella época, como en otra ocasión lo hemos notado, no eran ni largos ni estratégicos. No había movimientos, ni voces de mando, ni orden de batalla. Se peleaba solo para morir o matar, i nadie se rendía, porque hacerlo era cambiar la gloria de la sepultura del soldado que sucumbe en el campo del honor por el vilipendio del banco de los espías i de los asesinos. Tres veces acometieron los realistas a la altura en que se había parapetado Quintana i tres veces volvieron a bajar por la ladera. Los indios, cebados con el saqueo del pueblo donde cometieron indescriptibles estragos, incendiándolo en seguida, apénas consentían en acercarse a las terribles *piezas*, como llaman el cañón, única máquina de guerra que desde la pelea con Villagra (1554) se han acostumbrado a respetar. La infantería se batía, sin embargo, con denuedo sostenida por las guerrillas de a caballo, hasta que al fin hubo de ceder i retirarse cargada por la caballería patriota, dejando treinta de los suyos en el campo (1). Quintana tuvo mui pocas bajas, i entre los heridos menciona en su parte a un soldado de infantería llamado José Antonio Pacheco, a quien, habiéndosele prendido fuego la cartuchera i con ella toda la ropa, tomó la de un soldado muerto i "con la barriga llena de ampollas bajó en pelota," dice soldadescamente su jefe, a pelear con el enemigo. Hiciéronse a la vez dignos de su fama posterior en aquel memorable encuentro, por el cual se concedió un ascenso jeneral, el sargento Montero, el cabo de cazadores Bonilla i el alférez del piquete de la infantería don Pedro Alarcon, a quien se viera en medio del fuego retar a su propio hermano don Jervasio, que andaba con el enemigo apos-

(1) El señor Barros Arana hace subir este número a cien, pero nosotros apuntamos la cifra del parte oficial.

trofándolo de traidor i llamándole a combate singular (1). Tanto era el encarnizamiento i el horror de aquella guerra dos veces fratricida! El teniente Búlnes sostuvo heroicamente la entrada de un desfiladero; i le media ya con su terrible lanza Mariluan cuando el tiro certero de uno de los suyos, desarmó al indio rompiéndole el brazo con que la empuñaba (2).

El enemigo retiróse en órden como siempre, pues bastábale para ello ponerse fuera de tiro de cañon, no encontrando los patriotas jamas buenos caballos para perseguirlos. Intentaron en consecuencia dirigirse a los Anjeles para ponerle asedio por la quinta vez. Mas ni el prestijio de Pedro López i de los Sánchez entre los *Llanistas* ni el de Bocardo sobre los *Pehuenches*, bastó a vencer el miedo que tenian a las piezas del viejo Alcázar, i el espanto que puso en sus supersticiosos pechos el ver que su jefe, el intrépido Mariluan, había perdido un brazo en la pleea. I aquel por su parte, léjos de esperarlos esta vez como en la primera excursion de Curalí, con el portón entreabierto, invitándolos a servirles a su mesa "un festín de pólvora i de balas," salió a brindárselas al campo, batiéndolos en el sitio llamado el Avellano.

Vino en efecto Alcázar en persona de los Anjeles con las milicias de Santa Fé, algunos vecinos de la plaza i ocho indios pehuenches que por acaso habían ido a mercar en ella; i dejando la infantería para resguardo, se avanzó intrépidamente sobre el enemigo en retirada. Al principio tuvo éste algunas ventajas matando cinco milicianos, tres indios i al cacique Maligual que los mandaba. Pero resforzado con un pequeño cañon que sacaron del fuerte, Alcázar obligó a los montoneros a conti-

(1) Memoria citada del coronel Zañartu, quien se refiere al testimonio del general Búlnes i de su propio hermano don Vicente Zañartu, que mandaba la infantería en este hecho de armas, i a quienes aquel lo oyó referir.

(2) GAY, *Historia de Chile*, tomo VI, páj. 369. Segun este historiador, que tuvo la ventaja de consultar personalmente a Quintana, las fuerzas de Bocardo llegaban a mil, i consistían en trescientos fusileros sacados por él i Elizondo de Quilapalo, i setecientos indios, mandados por Rafa Burgos i Grandon. El ataque, ateniéndonos a la relación de Gay, duró cinco horas, i solo terminó por la aparición de una partida de doscientos sesenta patriotas en el cerro vecino de la Parra, circunstancia que no menciona en su parte Quintana. Sin embargo, Gay asegura en una nota que debió estos datos a aquel jefe. «Don Manuel Quintana, dice, me ha hablado muchas veces de esta acción con una animación extraordinaria. Sus ojos echaban fuego, accionaba con gran viveza, i su manera de hablar, inagotable como siempre, daba a la narración un carácter lleno de convicción i de entusiasmo.»

nuar su fuga hacia San Carlos i Santa Bárbara, matándoles a su turno once soldados i cojendo al lenguaraz Pedro López. Profesaba a éste el comandante jeneral de fronteras un aborrecimiento profundo, por lo que, dice él mismo en su parte a Freire datado en los Anjeles en el propio dia del combate (10 de diciembre), “tuve el gusto de colgarlo en esta plaza” (1).

Era aquella la tercera excursion que el enemigo hacia en masa al otro lado del Biobio, i de ella no habia sacado sino tres derrotas, en Talcamávida, en Yumbel i en el Avellano, sin que la rapacidad de los indios llevase otros trofeos que los maderos encendidos de aquella villa, cuya poblacion habian arrasado por el fuego i el brazo de su caudillo tronchado por una bala.

Otra demostracion hizo mas tarde, al terminar el año de 1819. Intentando Benavides en persona apoderarse por sorpresa con los indios *Costinos* del fuerte de San Pedro, atacólo en la mañana del 29 de diciembre con un verdadero ejército, compuesto de quinientos jinetes, doscientos infantes, cuatro cañones e innumerables huestes de indios, que permanecieron a retaguardia. Mas la artillería del fuerte, mandada por el valiente capitán don Pedro Agustín Elizondo, los obligó al fin a desistir, despues de perder catorce de los suyos i entre éstos dijose que un hermano del mismo supremo forajido. Como era su costumbre desde tiempo inmemorial, los indios al retirarse quemaron los campos, las haciendas i cuanto no pudieron llevarse sobre sus caballos, porque aquellos héroes de la homérica *Araucana* no tienen hoy dia otro valor que el del saqueo ni otra gloria que el asesinato. Benavides habia sido su último maestro.

La situacion que todos estos encuentros creaban al mariscal Freire no podia ser entre tanto mas angustiosa. Toda la provincia estaba en manos de los enemigos o alzada; no habia víveres, ni dinero, ni zapatos, ni armas, ni caballos, ni nada, en fin, de lo que constituye un ejército, al punto de que su mismo jefe, se-

(1) Gay llama siempre a este lenguaraz Pedro Sánchez, i en algunos des-
pachos contemporáneos veinos así su nombre. Pero más generalmente le vemos
nombrar López, i talvez su otro apellido le viene o de familia o por sus rela-
ciones con Francisco i Tiburcio Sánchez que eran también lenguarcos como
él. Gay atribuye su captura en esta jornada a los efectos del aguardiente que
había bebido en abundancia.

gun su propia confesion, (1) “andaba escondiéndose de sus soldados porque le daba rubor ver su desnudez i su miseria.”

Estaba ya cansado de volver los ojos i la voz a la capital i de pedir amparo casi de rodillas. Todo lo absorvia Cochrane i San Martin, que nunca se saciaban, de oro el primero, de bayonetas el segundo. El comandante de artillería de la plaza de Concepcion, que lo era el capitán Picarte, pedia el 29 de noviembre ochenta mil cartuchos de fusil i doscientos cincuenta de cañon, i sin embargo, no se les enviaban sino remesas que parecian una burla. El 14 de noviembre se habia recibido en el parque doscientos fusiles, mil lañas i *dos mil piedras de chispa*. Pero caballos i víveres, dinero i vestuario, que era lo que mas se necesitaba, jamas se veia llegar. En verdad mucho mayor que el heroismo de aquellos soldados en los combates, fué su sublime sufrimiento para servir a la patria en el desden i el olvido, forzoso talvez, de los que estaban encargados de velar por ella i por sus defensores!

El principal empeño de Freire se hallaba entretanto cifrado en hacer una *entrada a la tierra* para escarmentar a los indígenas de una manera terrible, persuadido de que una vez puestos en sosiego, Benavides habia de quedar reducido a su corte de euras i de salteadores, con algún pequeño núcleo de la infantería de Cantabria, que servia mal de su grado bajo un jefe criollo i detestable. Para este fin no habia cesado un instante de pedir, sino el auxilio de la caballería veterana que abundaba entonces en Santiago, siquiera remesas de buenos caballos para la remonta de la suya.

Al fin, habíase accedido en parte a sus deseos, i a fines de diciembre se ponía en marcha desde Curicó, donde se había organizado i disciplinado durante cuatro meses, el escuadrón de *Dragones de la Patria*, destinado a adquirir tanta gloria i a perecer casi entero en aquellas campañas de tan oscura gloria como devoradoras de nobles vidas.

Habia designado el gobierno de Santiago para mandar esta tropa a un joven oficial llegado de Inglaterra por la vía de Buenos-Aires un mes despues de la batalla de Maipo. Era aquel

(1) Despacho del jeneral Freire del 21 de diciembre de 1819.—(*Archivo del Ministerio de la Guerra*).

el teniente coronel del ejército inglés don Carlos María O'Carrol, que en siete años de campañas en España i el sud de Francia había alcanzado a la edad en que para otros comienza la juventud (veinte i seis años) la cruz de Carlos III en el primero de aquellos países, la de la Flor de lis en Francia (15 de noviembre de 1815) i por último el grado de teniente coronel en su propia patria, título que rara vez se concede sino a las canas por la antigüedad de los servicios o al dinero por la venalidad de los rangos militares en aquel país de aristócratas mercaderes.

Inducido por lord Cochrane i halagado por el nombre de O'Higgins, que era para el jóven soldado el de un compatriota, vino a Chile tarde para las campañas en que se cosechaba fácil i rápida gloria. Llegaba después de Maipo como habían llegado Viel i Beauchef después de Chacabuco, por lo que pudo decirse que veía nuestro cielo bajo funestos augurios. Sin embargo, con un nombre aristocrático, con una figura gallarda i seductora, con las recomendaciones de una elevada posición, el jóven soldado no podía menos de encontrar una brillante acogida entre nosotros. El director O'Higgins, aficionado por gusto i por principios, a ejemplo de su ilustre padre, a los extranjeros que llegaban a este apartado país, lo recibió en efecto con distinción i lo incorporó en nuestro ejército en el mismo grado que traía de Inglaterra.

Quedó entonces el comandante O'Carrol en actitud de elegir libremente entre la expedición libertadora del Perú, a la que lo invitaba Cochrane, o el ejército del sur, entonces oscurecido por el brillo de aquella. Estraños misterios de la vida humana! Si O'Carrol hubiera ido con San Martín al Perú, habría sido lo que fué Miller, Brandsen, Brown, O'Connor i otros tantos ilustres jefes extranjeros que conquistaron renombre i fortuna. Pero el destino, o acaso un secreto de corazón, vedado a la historia, le detuvieron en el suelo donde en vez del hogar que soñaba, encontraría aciaga muerte, sacado de su caballo por el lazo de un gaucho, i asesinado por la sentencia de un caudillo oscuro que al matarlo obedecía, empero, a la sentencia de un rey.

Nombrado comandante del tercer escuadrón de *Dragones de*

la Patria, que debia reclutarse en Curicó, con fecha 30 de marzo de 1819 (1), O'Carrol salió de Santiago un mes mas tarde (abril 27), i despues de haber puesto su cuerpo en un pié brillante, recibió órdenes para ir a reunirse a Freire en la frontera, durante los últimos dias de 1819.

Era su segundo en el mando de aquel cuerpo, el oficial español don Ambrosio Acosta, el mismo que hemos dicho habia abandonado a Sánchez en su retirada a Valdivia, i que queria ahora poner en prueba su fidelidad a la patria de su adopcion. Pasaba por un oficial valiente i entendido, pero llamábanle sus camaradas el *loco* por la vivacidad de su carácter, opuesto a la cachaza viscaina de la raza que predomina en nuestro suelo.

Servian de capitanes en el cuerpo un oficial Labbé, i un primo de O'Carrol que vino con él desde Europa, despues de haber servido juntos en España, bajo los auspicios ambos del brigadier ingles Guillermo Parker O'Carrol, hermano de don Carlos. Llamábbase el ultimo don Miguel i fué un oficial de mérito que ascendió hasta teniente coronel en nuestro ejército. Era tambien alférez del tercer escuadron de dragones, aquel oficial Verdugo, cuyo injénuo, aunque con frecuencia abultado testimonio, hemos invocado ántes en algunas peripecias de estas guerras.

Apénas habia llegado a Chillan en los primeros dias de enero de 1820, presentóse á O'Carrol una ocasion de poner en evidencia el valor i la disciplina de sus reclutas. Ignorantes los Pincheiras de que hubiese llegado aquella tropa de Santiago, descendieron en la noche del 4 de enero de su *malal* del Roble huacho, i atacaron de sorpresa la indefensa villa de San Carlos, distante seis leguas de Chillan, i situada como ésta i como el Parral i Lináres, en un llano abierto en todas direcciones.

Era, empero, comandante de la plaza el advertido oficial don Justo Muñoz, i al primer anuncio del enemigo, que se anunciaba en estos casos por la vocería salvaje de los pehuenches, encerróse en el cuadro foseado de la plaza con su corta guarnicion de fusileros, i allí hizo una heróica resistencia, matan-

(1) Tenemos a la vista los papeles de familia del comandante O'Carrol, i de ellos sacamos los datos que dejamos apuntados.

do veinticuatro de los agresores entre indios i mонтонeros. Mas éstos, que no habian ido a pelear sino a quemar el pueblo, llevándose cautivas sus mujeres i cuanto pudieran cargar en sus caballos o arrear delante de sí, adueñados de todo lo que no estaba al alcance de los fusiles de la plaza, retiráronse otra vez a la Montaña con su horrible botín de lágrimas i sangre.

Muñoz había acordado, sin embargo, desde el primer momento dar aviso a Chillan por un espreso que salió pasada la media noche i a revienta-cinchas.

Informado por este medio Victoriano antes de amanecer de lo que pasaba, hizo presente la aventura a O'Carrol. En el acto mandó el último ensillar su escuadron i trájolo a la plaza; i sabedor por nuevos avisos de que el enemigo se retiraba a la Montaña en demanda del boquete de Alico, atravesó a toda carrera el Ñuble por uno de sus vados del oriente i se dirigió a cortar la mонтонera, cuyas polvaredas se divisaban a lo lejos por la izquierda. "En este orden, dice uno de los mismos soldados de O'Carrol (a quien por lo pintoresco i desaliñado del lenguaje nos agrada ceder de vez en cuando la palabra en esta narración de hechos extraños i peculiares), en este orden marchamos con marcha forzada hasta que a las tres de la tarde, al salir a un llano cuontramos un *campo de indios* (en el sitio llamado el Monte blanco) que marchaban hacia la cordillera, e inmediatamente mandé el parte al ayudante i éste al comandante. Pero el ayudante, recluta en la pelea con los indios, se adelanta i llega a mí, i me ordena cargue yo por la retaguardia, diciéndome que él cargaría al frente; i sin mas voz, mandó echar carabina a la espalda i sable en mano i manda *galope!* Yo no quise hacer esto porque quedé con carabina en mano, por conocer que los indios tenían mas respeto a esta arma. El ayudante se mete al medio de los indios que iban marchando por la marcha de flanco, donde le mataron catorce soldados i él fué allí víctima de un lanzazo que recibió en el pecho. Los indios se dirigen a mí, pero yo, como no había desordenado mi tropa, rompí un fuego graneado sobre ellos que volvié siete, i cuando me dirigía a proteger a un cabo que debajo de su caballo se favorecía de cinco indios solo con su sable, llegó entonces el escuadron i cargó la primera compañía, que la mandaba

mi capitán Labbé. Rompió el fuego sobre los indios i la segunda cargó al sable; los indios zafaron; i yo, despues de haber librado al cabo, aunque con diez i siete lanzasos, cargué tambien hasta el río donde fueron a dejar los indios siete niñitos chicos degollados."

La relacion de Verdugo está conforme con el parte oficial de Victoriano, que iba tambien como práctico en la jornada, i con el de O'Carrol. Lamenta éste la pérdida del valiente Molinare de quien dice "tuvo la gloria de terminar su carrera del modo mas heroico i digno de envidiar" (1); i añade que los indios dejaron en el monte treinta muertos al huir cargados por él mismo i por Acosta, que dividieron para aquel efecto en dos mitades, por derecha e izquierda, su escuadron.

La mejor parte de aquel encuentro fué, empero, mas que el castigo de los bandidos, el rescate de innumerables cautivas que lograron escapar al cuchillo i a la feroz lascivia de aquellos salvajes conducidos por cristianos mas salvajes todavia. Ya hemos visto que éstos degollaron en la fuga siete niñitos inocentes, tan solo porque les servian de estorbo en la carrera, pues tan grande era el número de sus cautivos, que muchos de los indios llevaban hasta dos mujeres, una por delante i otra en ancas del caballo. Fué este uno de esos lances que tan a lo vivo ha pintado Rugendas con su animado pincel i del cual el dragon Verdugo nos ha conservado algunos rasgos llenos de un melancólico colorido. "Yo estuve cerca de media hora, dice él mismo, parado a caballo porque una niña linda me tenía la pierna abrazada con estrivera i todo, ella con rodillas en tierra, envuelta en un mar de lágrimas, diciéndome estas expresiones que jamas se me olvidaron. 'Mi libertador, lléveme que toda la vida seré su esclava i le serviré en la misma positura en que Ud. me vé, i mas si mi hermana i madre se han salvado, tambien serán esclavas vuestras.' Yo no hallaba, añade el poco (en apariencias) tentado dragon, medio de que me soltara de allí, pero no lo conseguí hasta que divisé venir hacia ella la madre que a gritos i llorando venía preguntando por su otra hija."

(1) Parte de O'Carrol.—Chillan, enero 5 de 1820.—(Archivo del Ministerio de la Guerra).

Sucedia esto en la tarde del 5 de enero de 1820, i una vez que O'Carrol hubo restituido a las familias sus deudos i sus haciendas, púsose en marcha para el Ñuble. "Entramos a Chillan, añade el mismo Verdugo, a las tres de la mañana, i a esa hora toda la población estaba en pie i todas las calles llenas de luminarias i nos recibieron con muchos repiques de campanas, que solo el entusiasmo i la noticia que ya tenían de nuestro triunfo podrian haber hecho tal estremo" (1).

La matanza de Monte blanco no escarmentó empero a los salteadores de la Montaña. Era preciso que el infatigable Victoriano, seguido como siempre de la muerte, penetrase de nuevo en sus guaridas i les persiguese hasta en sus últimos asilos. Un mes mas tarde (30 de enero de 1820) atacó en efecto el mismo gobernador en el sitio llamado el Palpal al guerrillero Espinosa i le mató treinta de los suyos por sorpresa. Apénas tuvo tiempo de salvarse el jefe de la banda, un partidario de gran influencia en la Montaña llamado don Pablo San-Martin, i un lego del convento de Chillan que andaba predicando su nuevo oficio a filo de machete (2).

Pocos días despues hubo de salir de nuevo Victoriano al encuentro de un caudillo mas terrible que Espinosa. Era éste el célebre Hermosilla, que andaba en los bosques de Coihuenco, al oriente de Chillan, con un grueso de doscientos hombres persiguendo una débil partida que al mando del capitán Riquelme erraba por aquellos sitios. Tan ufano de su fuerza i tan seguro de hacer presa de patriotas se mostraba el montonero del rei, que venía trancando con maderos i árboles derribados los caminos por donde podian aquellos escapársele. Pero Victoriano, que le seguía los pasos a unos i otros, púsose en emboscada, i al entrar por un desfiladero, cayó sobre sus contrarios con tal ímpetu que de un solo golpe mató cuarenta, dispersándose el resto en la espesura de la selva. Sucedió esto el 15 de febrero, i

(1) O'Carrol, que no tenía la terrible severidad de Victoriano, permitió a los soldados dividirse el botín que había quitado a los pehuenchés i que no había sido reclamado como propiedad privada por los vecinos de San Carlos. «Como nuestro comandante O'Carrol, dice Verdugo, era tan bueno, no impidió que los soldados tomasen caballos i mulas de los que se quitaron al enemigo; de suerte que al otro dia se vendían hasta a seis reales las mulas en el pueblo. Solo los caballos buenos los compraba el mismo comandante.»

(2) Parte de Victoriano. —Enero 31 de 1820.

al dia siguiente, cuenta Victoriano en su parte del dia 17 (1) "a las dos de la mañana monté mi tropa, i a las ocho leguas de marcha sorprendí al capitán Manuel Palma con cinco mas que le acompañaban, los que fueron fusilados en el acto: quise, añade, conservar la vida a Palma para tomarle declaración, pero los hachazos que recibió en la cabeza no le dejaron muchos momentos de vida. Solo me trajo su familia."

De esa desapiadada manera comprendía Victoriano la guerra de partidarios, i con rigor inaudito ponía en práctica sus principios de exterminio. Si su sistema era saludable o adverso a la causa que defendía, es cuestión difícil de resolver después que se miran los sucesos i sus estragos, los hombres i sus pasiones, desde la distancia de los tiempos. Pero de lo que no puede hacerse duda es de la残酷 evidentemente que acompañaba a sus castigos, razón porque su nombre no le atrajo nunca ningún arrepentido i sí al contrario enajenó al fin la voluntad de sus secuaces, que admirando su valor i su constancia vivían sobresaltados con la magnitud misma de su sangrienta severidad (2).

No obraba, es cierto, de otra suerte el enemigo que disputaba a Victoriano cada palmo del terreno que ocupaba. Una de las

(1) Archivo del Ministerio de la Guerra.

(2) El cabildo de Chillán solicitó poco más tarde del director O'Higgins que quitase el mando a Victoriano, enviando con este objeto a Santiago al influyente vecino don Ramón Lantao, que gozaba de toda la confianza de aquel, como que era su acérrimo partidario. Consiguió Lantao su objeto, i Victoriano fue removido el 4 de agosto de 1820, sucediéndole el conocido don Pedro Ramón Arriagada, vecino de Chillán.

Victoriano, sin agraviarirse por esto, continuó sirviendo al lado de su amigo el jeneral Freire, a quien prestó una cooperación importante durante el subsiguiente sitio de Talcahuano. Terminado este, el jeneral Freire habló al gobierno sobre la destitución de Victoriano con esa ruda franqueza, propia de un soldado vencedor, pero cuya valorización moral no nos cumple a nosotros.

"Por lo que respecta a los buenos servicios de Victoriano en el cargo de teniente gobernador de Chillán, me refiero a los partes que oportunamente he dado al supremo gobierno relativos a sus brillantes acciones contra el enemigo, pues aunque don Manuel Zañartu, valiéndose su cecilidad de la sencillez de I procurador del cabildo de aquella ciudad, se propuso denigrar su conducta no menos que la de este gobierno en proteger los crímenes que le suponía, nada ha podido probar. Lo sustancial de ello se reducía a que castigaba con dureza a los que se encontraban en las partidas de bandidos, concluyendo con que separado Victoriano del mando de Chillán, se conseguiría tranquilizar aquel partido.

"Esto en mi concepto no tenía otro objeto que el de amparar dicho don Manuel a sus sirvientes de Cato que eran de la facción del caudillo Pincheira. La experiencia acredita que separado Victoriano, se vió el suceso de don Pe-

partidas del último que custodiaba el paso del Roble en el Itata, tuvo el 21 de diciembre de 1819 un encuentro feliz con el enemigo en el sitio llamado el Patagnal. Quedó en el campo el guerrillero San-Martin, jefe de la fuerza enemiga, i al despojarlo de su ropa, encontraronle en el bolsillo un papel que textualmente decia como sigue:

“Don Antonio Quezada, teniente del regimiento de infantería montada de que es segundo jefe el señor don Vicente Elizondo: Que por quanto Santiago San-Martin, sargento primero del regimiento de voluntarios de Chillan, segun orden del señor comandante jeneral, mando a dicho San-Martin, que a todo insidente se le quite la vida donde sea aprehendido, sin que se le tenga preso mas que hasta declarar cuanto sea posible i convenir al buen servicio del rei. Dijo esta orden en cumplimiento de la que me firma el señor comandante jeneral, i por tanto mando a todos los comandantes milicianos i políticos le den todos los auxilios que se necesiten.—Campamento del Coihue, a 9 de diciembre de 1819.—Antonio Quezada” (1).

Tal es uno de los boletines auténticos de la guerra a muerte! ¡Un sargento estaba autorizado para matar sin responsabilidad i sin limitacion algunas por la simple orden de un teniente! ¡Este era el signo característico de aquellos tiempos desde que era un sargento tres veces renegado el que representaba en Chile las armas i el poder del rei de España!

Pero a fin de que la justicia alcance a todos, sea dicho que no era solo el teniente gobernador de Chillan el que conducia la guerra de esa suerte. Era una guerra a muerte, i en todas partes se cumplian sus tremundos preceptos. El mismo Freire, cuya benevolencia de carácter ha amado la historia, entregando su nombre al grato recuerdo de los buenos, vefase tambien arrastrado por aquella vorájine que todo lo devoraba. Para

dro Ramon de Arriagada, en la nece-sidad de observar la misma conducta por la obstinacion i perversidad de aquellas jentes.”

Así era en efecto. “Arriagada como Victoriano (dice en su Memoria citada el coronel Zañartu con el testimonio respetable de actor i de testigo), fué el azote de los montoneros, a quienes perseguia incansablemente mandando en persona las partidas que se formaban con este fin, i a las cuales pertenecia yo varias veces, a la cabeza de treinta o cuarenta dragones.”

(1) Archivo del Ministerio de la Guerra donde este documento se encuentra original.

abreviar empero pájina tan triste, vamos a contar un solo rasgo.

Existia en la cárcel de Concepcion, acusado de secuaz de montoneras un hombre del partido de Puchacai del apellido de Roa, con dos hijos de corta edad (*muchachos*, dice el parte oficial) llamados Justo i Mauricio. Ofrecieron éstos por su libertad i la de su padre el matar al bandolero Manuel Contreras, quo infestaba la comarca de que ellos eran moradores; i el intendente de Concepcion, aceptando el pacto, les dió suelta, quedando no obstante en rehenes el padre de los dos mandeblos.

Pocos dias mas tarde volvieron éstos a Concepcion trayendo un papel del juez de su distrito por el cual constaba haber reconocido el último el cadáver de Manuel Contreras, cosido a puñaladas en un lugar boscoso llamado el Peralillo, hecho del cual daban seguridad suficiente los dos Roa, como sus perpetradores (1).

Aquel espantoso certificado era una orden para poner en libertad al padre de los homicidas!

Tales son los episodios, las exigencias, los frutos horribles de esas guerras que se llamaban *a muerte*, i que parecen ya borradas para siempre de la faz de la tierra, excepto entre naciones que no conocen a Dios o que lo han echado en olvido!

Entre tanto, i volviendo a la hilacion de los sucesos, el comandante O'Carrol, despues de su victoria del Monte blanco, se dirijia rápidamente a los Anjeles, donde iba a llegar casi con el carácter de salvador que había tenido su presencia en los campos de Chillan.

(1) Parte de Freire al gobierno.—Concepcion, febrero 9 de 1820.—(*Archivo del Ministerio de la Guerra*). Por estos mismos días otros emissarios mataron a un malvado llamado Monje que había intentado asesinar al teniente-justicia de Palomares Miguel Arriagada. Poco despues el coronel Rivera, sustituto de Freire, avisaba a éste que el diputado de Poén N. Núñez había sido asesinado i que en el solo partido de Rafael se habían cometido por esos días seis muertes alevosas, fuera de varios incendios, robos i todo género de crímenes.—(Despacho de Rivera a Freire.—Concepcion, abril 20 de 1820).

Cuando poco despues regresaba el jeneral Freire de Santiago, en julio de 1820, s.: le presentó a orillas del Itata una infeliz viuda a referirle que un guerrillero enemigo acababa de asesinar a su marido tan solo porque había contado que aquel se había alojado en una ocasión en su casa.—(Gaceta ministerial del 23 de febrero de 1822).

Tiempo es, pues, de que volvamos nuestra atención a aquellos sitios de los que sólo nos hemos mantenido alejados a virtud de la lógica que nos prescribia el múltiple encadenamiento de los sucesos que se desarrollaban casi a una misma hora en todos los ámbitos de la vastísima provincia de Concepción.



CAPITULO VIII.

El brigadier Alcázar —La isla de la Laja.—Invasión de los indios pehuenches i huiliches en abril de 1819.—Ataque de los Seguel contra el capitán Luis Ríos en Montereí.—Acción de Curamilahue i muerte singular de los dos Seguel.—Benavides se pone en emboscada delante de los Anjelés.—Gazpar Ruiz.—Los araucanos en 1819.—Los lenguares.—Maniobras de Alcázar i Gazpar Ruiz para revolver los indios.—Alianza con Colipí i Coihuepan contra Marijuán.—Embajadores pehuenches en los Anjelés.—Alcázar resuelve hacer una *entrada a la tierra de acuerdo con Colipí*.—Se le reúne O'Carrol con los dragones.—Penetran ambos hasta Angol, quedando Thompson con la infantería en San Carlos de Puren.—Mal éxito de la expedición de Alcázar i su retirada.—Vuelve a emprenderla desde San Carlos, i es obligado a repasar el Biobio con grandes pérdidas.—Honrosa nota del ministro de la guerra al comandante O'Carrol sobre la conducta de su cuerpo en aquella campaña.—El general Freire opera por el lado de Arauco, de acuerdo con Alcázar, i se dirige a Santa Juana al saber la retirada del último.—Captura de Valdivia por las tropas de Concepción.

De todos los soldados que han servido a Chile desde la época de su emancipación, ninguno ha sido más jenuina ni más cabalmente soldado que el brigadier don Pedro Andrés del Alcázar. Como los robles seculares que crecen en los bosques de las fronteras, él había nacido en ellas, allí se había criado, allí se había envejecido, allí debía morir. Septuagenario en los años cuya cuenta hacemos, era todavía el más activo, el más intrépido el más sagaz e impertérrito de los caudillos fronterizos. A esa edad, cansados sus huesos por los años i las fatigas, hacíase

poner sobre la silla por sus asistentes; mas una vez firme en ella, i empuñada en su mano la quila o el sable, no era empresa fácil el traerle al suelo, ni hacerle torcer la rienda a retaguardia. Sus soldados adoraban su valor heróico i temían mas que a la muerte su enojo, porque era tan denodado en la pelea como terrible en los castigos. Desde la edad de quince años había sido soldado en el único cuerpo de tropas regladas que supo tener constantemente a raya en el último tercio del pasado siglo a los indios de ámbas fronteras; i acaso nunca habría salido de la clase humilde en que sentó plaza sin la estratagema de uno de sus jefes que quiso premiar su mérito a despecho de las insensatas leyes coloniales (1).

Durante medio siglo ascendió con la lentitud que entonces se ponía en todos los actos de la vida, i al estallar la guerra de la emancipación, fué en la provincia de Concepción lo que el ingeniero Mackenna en la de Santiago. Ambos figuraron en nuestro primer escalafón como los oficiales de más alta categoría que entraron al servicio de la patria, i de aquí vino, a parte de sus méritos, la importancia que uno i otro adquirieron. Mackenna fué el primer oficial científico de nuestros bisoños soldados. Alcázar fué el último de aquellos *maestres de campo*, que eran en Chile la segunda persona del Estado, i que durante dos siglos i medio tuvieron por oficio el domar indios por el fierro o el yugo de la cautividad. El último antes que él, había sido el ilustre don Ambrosio O'Higgins, que ganó una corona semi-reja cuando su subalterno se ponía apénas en los hombros las charroteras de simple capitán.

De derecho había, pues, venido a Alcázar el título de comandante jeneral de fronteras, con que le dejó el jeneral Balcarce antes de retirarse en febrero de 1819.

Ya hemos visto como en ese mismo mes encerróse aquel jefe en el asiento natural de su gobierno, que era la ciudad de

(1) Refiere el historiador Carvallo que habiendo llegado despachos de cadete para un hijo del primer conde de la Marquina, que se llamaba don Andrés del Alcázar, en circunstancias de hallarse aquél ausente, ocurriósele al coronel de dragones don Ambrosio O'Higgins aprovechar el despacho, concediéndolo al dragon Alcázar, que se llamaba entonces Pedro, i al que hizo tomar ahora el nombre de Andrés para formalizar su título. De aquí vino que el soldado Pedro Alcázar fuera oficial i que se llamara Andrés.

los Anjeles, i como deshizo los cercos que los realistas le pusieron luego que se encendió la guerra.

Desde entonces quedó como aislado en el centro de la espaciosa, fértil i amena isla de la Laja; i de esta posición aparte ha resultado que no hayamos podido dar cuenta sino accidentalmente de sus operaciones, cuando éstas se ligaban con las que emprendía el mariscal Freire, de quien él dependía, o con el gobernador de Chillán, a quien amparaba más de cerca por ser más recta la línea de sus comunicaciones o porque se hallaba interpuesto entre aquella plaza i el centro de donde el enemigo sacaba sus recursos.

Los ríos Laja i Duquocco bajan de las cordilleras considerablemente apartados entre sí; pero van acercándose hasta caer en el Biobio, el primero por el norte no lejos de los Anjeles, entre Santa Fé i Nacimiento, i el segundo a la vista de Mesamávida donde se vacía en el gran río. El delta formado por entre aquellos dos afluentes, o en un sentido más lato, entre el Laja i el Biobio, desde las faldas de la cordillera hasta reunirse en el llano, es lo que se ha llamado, no con mucha exactitud geográfica, *la isla de la Laja*, hoy más conocida por el de *el departamento* de ese mismo nombre.

Los pasos del Biobio por el extremo sur de la isla son ya conocidos. Los más principales que dan salida al norte por el Laja son al famoso de *Tarpellarca*, vecino a su confluencia, el de *Curamilahue*, inmediato a aquél, i los dos *del Salto*, o catarata que despeñándose de una inmensa laja han dado nombre al río i a la comarca.

Es esa isla llana i feraz en el centro, boscosa en sus cabeceras i está protejida en sus dos flancos por una red de ríos de los cuales los más notables son los que ya hemos nombrado. En el centro i en la línea recta de la vía carretera de Chillán, Talca i Santiago hacia el territorio araucano, está situada la ciudad de los Anjeles. De aquí la importancia militar de aquel territorio, especie de Polonia en miniatura enclavada en nuestro suelo i que lo protege contra las irrupciones de los bárbaros vecinos, especie de cosacos, a su vez, de la América del sur. De aquí es, así mismo, que la isla de la Laja ha sido siempre desde que Pedro Valdivia penetró en ella en 1550, la verdadera

cancha de guerra del sud de Chile i especialmente de sus fronteras.

Encerrado, pues, en los Anjeles el brigadier Alcázar desde febrero de 1819 con el batallón cazadores de Coquimbo i unos cuantos artilleros, habíase visto, por la fatal e irremediable carencia de caballería de línea, reducido a ser mas bien testigo que actor en la mayor parte de los sucesos de aquella guerra de jinetes que ya hemos narrado.

Así, había visto invadir la isla entera de la Laja en abril de aquel año por una masa de no menos de tres mil indios *huili-ches, peluanches* i aun de los feroces *pampas*, que al mando del perverso casique Chiuca i del mas perverso lenguaz Pedro López i otros españoles, había asolado aquellas infelices comarcas durante doce días, degollando, violando i reduciendo a cenizas cuanto ser viviente i cuanta heredad encontraban a su paso, incluyendo las mieses ya maduras i los bosques seculares. “La guerra que se experimenta con estos bárbaros, esclamaba Alcázar en sus despachos oficiales de esos mismos días, es atroz, i su ánimo será que por el hambre i el horror les dejemos libres estos preciosos terrenos, todo lo que pongo en la alta consideración de V. E. para que penetrado de amor i compasión de estos infelices pueblos, remedie tantos males”(1).

Después del sanguinario Chiuca vino el aun mas sanguinario Benavides. No escapó, empero, tan bien librado como el indio.

El 18 de setiembre de 1819 cargó una fuerza realista sobre el vado de Montereí, que custodiaba con un corto destacamento el valiente capitán fronterizo don Luis Salazar, i lo trajeron a reculones hasta el paso de Tarpellarca, desde el Biobio al Laja. Mas avisado Alcúzar del lance, hizo salir apresuradamente de los Anjeles para cortar a los invasores, tomándoles la espalda por el Biobio, doscientos hombres que confió al capitán don Luis Ríos, encargando a éste sorprenderlos en el vado de Montereí, donde se les suponía acampados. Ríos no

(1) Segun Gay, refiriéndose a datos comunicados por el coronel don Manuel Riquelme, los indios no perdonaron en esta terrible escusión sino a los niños menores de nueve años, a todos los que se llevaron cautivos. Hizo contraste con esta crueldad la noble conducta del cacique de Collico llamado el *Mulato*, que se negó a tomar parte en esa coyería si no se le prometía respetar las mujeres i los niños.

tuvo la fortuna de encontrarles, pues los invasores se habian pasado por la noche, ganando terreno al norte, al vado de Curamilahue sobre el Laja,

Cambiando entonces de idea, el experto comandante de fronteras dispuso que el capitán don Rudecindo Flores llevando cincuenta fusileros del núm. 1 de Coquimbo, un cañon i unos pocos caballos, marchase de frente para impedirles el paso del Laja hacia el interior de la isla, i el mismo cruzó aquel río por el vado del Salto, distante unas siete leguas al norte de los Anjeles. Al amanecer del 20 de setiembre cayó en esta forma sobre el enemigo sorprendido, a quien capturó sus avanzadas. Intentó aquel, en número de doscientos hombres, formar su línea de batalla, pero Alcázar cargólos sable en mano en los momentos en que Flores aparecía con algunos indios santafecinos en la barranca opuesta del río cerrándolos el paso. Entregáronse entonces los realistas a la fuga en todas direcciones i los jinetes patriotas pusieronse a perseguirles mandados por el valiente Ríos i el alférez Manuel Jordán, de quien fuera aquel digno maestro.

Durante la fuga, que duró muchas leguas, iba Jordán rodando con su sable a la cabeza de Dionisio Seguel, que al pasar le había herido en el rostro con su sable. Había venido el último junto con su hermano Juan de Dios al mando de aquella división i su escasa fortuna le impidió caer en manos de un joven héroe (quien le habría honrado recibiéndole su sable), porque en el acto de darle alcance, cayó Jordán con su caballo i no pudo perseguirlo. Estraño destino! Seguel, herido en el rostro, corrió siempre al norte, en demanda de Elizondo que en ese momento mismo se batía en Quilmo, i por otra de esas raras coincidencias de la guerra, huyendo de la derrota de su hermano, vino a encontrar la de sus amigos i su propia muerte. Ya hemos referido que Victoriano le fusiló aquella misma tarde.

Su hermano Juan de Dios tuvo una suerte parecida. Alcanzado en la carrera por el soldado Leonardo Alvarez, trabó con él un combate singular, i aunque iba herido en un muslo, rindió a su perseguidor. Mas en ese mismo momento llegaba al sitio el alferez de dragones Pedro Alarcón, i con el auxilio de Alva-

rez logró desarmar al guerrillero. Infinito es añadir que no quedó a éste mas vida que el tiempo que tardó en ser llevado a la presencia de Alcázar.

Así perecieron en un mismo dia i casi a una misma hora i a la distancia de treinta leguas uno de otro, aquellos dos valerosos hermanos que habían dormido bajo el mismo cobertor la última noche de su existencia. Mancháronse los dos Seguel con muchas crueidades i con la deshonra de haber sido seides de un bandido; pero la historia no puede hacerles cargo de la violencia terrible de sus convicciones, porque ellas arrancaban de lo íntimo de su corazón. Familia, fortuna, quietud, todo lo dejaron por pelear bajo las banderas del rei, i su lastimero fin no fué para ellos sino una ofrenda mas de su entusiasta juventud i de su noble aunque mal aventurada lealtad.

Tal había sido entretanto la batalla de Curamilahue, contemporánea en horas con la del Quilmo, que se diera treinta leguas al norte del río Laja, i en las cuales las armas de Benavides sufrieron los mas crueles reveses de la campaña que sobrevino a la dispersion de Curalí.

Después de esta victoria, Alcázar tuvo que sufrir todavía un cuarto sitio dentro de los muros de los Anjeles, porque mientras Elizondo había ido, a fines de octubre, a batir en Trilaleu a Victoriano, i vengar la derrota del Quilmo, Benavides en persona se había acercado a los Anjeles con mas de mil indios i doscientos fusileros para desquitarse del desastre de Curamilahue. No tuvo, empero, esta ocasión la fortuna de su lugar-teniente, porque el cañón de la plaza ahuyentó a los indios (29 de octubre de 1819); i aunque el astuto mowntonero, que nunca fué sino jefe de emboscadas, pretendió con maña hacer salir la guarnición para atacarla con fusileros puestos en acecho, la suspicacia de Alcázar i sus hábitos de guerra con los indios, se lo impidieron. En esta función de armas los realistas no tuvieron mas ventaja que la captura de un vestuario del batallón núm. 1 de Coquimbo que no habían entregado todavía los arrieros conductores, i a quienes sorprendieron en la colina de Human por no haberse recojido a la fortaleza al tiro del cañón de alarma.

Con estas alternativas de asedios i salidas, vió llegar el co-

mandante de fronteras el fin de 1819, i se preparó para una nueva campaña que había venido meditando mui de ante-mano i que debía ser la última de su jénero que le cupiera emprender.

Desde los primeros días de la campaña de 1819 el brigadier Alcázar, en su calidad de comandante jeneral de fronteras, i por la experiencia que tenía de esas guerras, se había preocupado de un plan que en su concepto era el único que podía dar a aquella un término definitivo. Tal era el de apaciguar los indios, o por lo menos ensañarlos los unos contra los otros; artillería comun en todos los caudillos que han mandado en las fronteras desde el principio de la conquista hasta nuestros días.

Ya hemos dicho cual era la actitud de los *costinos* donde Benavides tenía sus reales i sobre los que Alcázar, estando situado en la alta frontera, no tenía fácil acceso. No sucedía otro tanto con los *llanistas*, los *huilliches* i los *pehuenches*, i entre ellos comenzó a cruzar sus intrigas el diligente jefe de los *Anjelles*. Ausiliábalo activamente en esta empresa su segundo en el mando, el sargento mayor don Gaspar Ruiz, su camarada en el cuerpo de dragones desde 1778 (1) i sobre el cual, para saber si era o no buen soldado, bástenos decir que era natural de Nacimiento.

No es empresa fácil ganarse al indio de Chile, porque ninguna diplomacia, excepto la del botín, impera en su ánimo. Profundamente falso i desconfiado, como todos los salvajes, nadie le aventaja tampoco en el arte de mentir, i de aquí venia en gran manera el influjo que sobre sus tribus ejercía Benavides, cuyo descaro en ese jénero no tenía límites. En el indio, por otra parte, no había afecciones, no había recuerdos, no había

(1) Ruiz era hijo del capitán de dragones don José Ruiz i pertenecía a la aristocracia penquista, pues uno de sus tíos era canónigo de la catedral de Concepción. Había nacido el mismo año en que a la edad de quince entró a dragones su compañero Alcázar, esto es, en 1765. El último era, por consiguiente, quince años mayor que Ruiz, i había obtenido el grado de capitán en 1793. Ruiz fué ascendido a teniente solo en 1797. Nos es grato reunir en una sola estas fechas que revelan la vida de dos valientes que no se separaron ni para morir. Los debemos a la bondad del señor Barros Arana, pues se conservaban todavía inéditos. Ruiz había sido también, como Victoriano, uno de los representantes del sur entre las ilustres víctimas de Juan Fernández en 1815 i 16.

propósito alguno, excepto el del saqueo (1). Para él, *patriotas i realistas* eran el mismo *huinca* a quien desde la cuna se le había enseñado a aborrecer, a perseguir, a matar en emboscada i a traicion. Pero sucedía que los realistas eran dueños de los campos, i los invitaban a ir a incendiar pueblos, dándoles en premio cuanto pudiesen cargar sobre el lomo de sus caballos, i por esto eran realistas. Los patriotas, al contrario, guardaban las ciudades para sí i no tenían botín que ofrecerles, i por esto eran sus enemigos. En todos los casos, el robo era su única divisa, su única gloria. Iban hasta Chillán, hasta San Carlos, hasta Lináres, en la vecindad del Maule, pero no querían acercarse a los Anjeles sino arrastrados por embustes, porque en aquellas plazas, en vez de cañones, había vacas i mujeres, i en los Anjeles se les recibía siempre lanza-fuego en mano. No somos admiradores del indio porque no pretendemos escribir la historia por el criterio del poeta épico que cantó a héroes imaginarios o de quienes sus actuales nietos no han conservado por orgullo patrio, por tradición doméstica siquiera, la menor memoria. La crítica histórica de nuestros días no admite, tampoco la extraña filosofía de aquel inocente fraile misionero, autor de la primera *guerra defensiva* en las fronteras, cuyas piedades pagaban los salvajes degollando a sus misioneros. "El indio, dice un hombre irrecusable como actor i como juez, naturalmente inclinado al robo i a la destrucción de su semejante, protege con facilidad a las partidas de malvados que lo solicitan, pues en su ayuda vé el fin de sus criminales deseos" (2).

Los únicos hombres que por su posición influyen sobre los indios son sus lenguaraces i los capitanes de amigos, porque por lo común son mucho más perversos i más corrompidos que ellos; i de aquí venia el predominio de los López, del célebre Rafael o *Rafa* Burgos i de los Sánchez de San Carlos de Purén, que no pasaban, bajo ningún concepto, de simples salte-

(1) «Me sorprendió el saber, dice un viajero americano que recorrió la Araucanía en 1853 (el teniente Smith de la expedición Gilles), que los recuerdos de los araucanos apónas llegan hasta la época reciente de la guerra de la independencia.» (*The Araucanans* por E. R., Smith, Nueva-York 1855, páj. 354).

(2) El coronel don Juan de Dios Rivera, a la sazón intendente de Concepción.—Despacho al Ministro de la Guerra.—Concepción, diciembre 4 de 1823. De idéntica opinión es todavía el comandante don Domingo Salvo, quien asegura que los indios *jamás se darán a la cristianidad*.—Carta de Salvo citada en el prefacio.

dores, mitad araucanos por la posesion de la lengua i de los hábitos, mitad criollos por su sangre i por el estipendio que recibian. Por esto sucedia tambien que temerosos de que el nuevo gobierno hiciese cambios en sus vicios i maldades radicados desde tiempo inmemorial, se lanzaron los últimos a sostener con el nombre del rei, el amparo de sus crímenes.

Apesar de estas desventajas, Alcázar no desmayó en la empresa de ganarse prosélitos, i por medio de los mercaderes que solian venir de los valles de los pehuenches, o directamente, valiéndose del conducto de algunos indios adictos, mantenía activas negociaciones para traerlos a sosiego. Ya hemos dicho que Juan Colipí, de Angol, i Venancio Coihuepan, de Lumaco, se habian declarado desde el principio aliados de la patria contra Mañil, jefe de los huilliches, i contra Mariluan, que mandaba como jeneral a los llanistas. No se crea, empero, que habia en aquella adhesión casual un principio, un sentimiento, un instinto siquiera del cambio por el que luchaban nuestros soldados. Eran odios profundos, tradicionales; de raza a raza, de tribu a tribu, los que les arrastraban a los unos contra los otros, i por esto veremos siempre a los caciques patriotas pidiendo soldados para entrar en las tierras de sus rivales i darles esos malones sangrientos con que se exterminan entre sí.

A fuerza de mañas, de promesas i agasajos consiguieron al fin Alcázar i Ruiz que por el mes de mayo salieran por Antuco a parlamentar con ellos cuatro caciques principales, cada uno escoltado de diez mocetones. Eran aquellos *Calbuqueu*, *Huancamilla*, *Trecaman* i *Lailo*, señor de los valles sitos a la cabeza de la hacienda de Canteras, por cuya razon habíase hecho el último *compadre* del director O'Higgins, propietario de aquella.

Venian ahora de paz, despues de la horrorosa incusion de doce dias que habian hecho en la isla de la Laja el pasado abril; pero negaban su participacion en aquella correría i culpaban de sus estragos al terrible Chuica, quien (decian los embajadores) habia traído a los huilliches por sus valles sin pedirles el permiso acostumbrado para aqucl malon. Se manifestaban en consecuencia sumamente irritados con las tribus de Mañil, i en prueba de su sinceridad ofrecian traer en breves dias la cabecza

de los españoles que les andaban inquietando en sus fríjidas comarcas (1).

Con estas protestas, retiráronse los pehuenches, i tras ellos vinieron los angolinos trayendo de parte de Colipí, su caudillo, la carta de nudos i de hilos de color, de cuya combinación aparecía que llegado el 10 de julio, sus reducciones, combinadas con las de Luminaco, atacarían a los llanistas, que quedaban de esta suerte encerrados por el norte i por el sur. Colipí garantizaba la fidelidad de sus caciques entre los que nombraba como a los mas notables a *Coyqueman-Luna*, de Angol, *Juan Huillaman*, d^e Temalemu, i *Maripil* de Quechereguas (2). Habían dado también su palabra de seguir el bando de aquellos o, por lo menos, de mantenerse neutrales, los caciques *Ancapí*, *Dumaleu* i *Pailamilla*, de Huequen, *Milquiñir*, de Collico i *Marin*, de Temalemu. En cuanto a sus aliados de la otra extremidad de los llanos, eran los mas poderosos i los mas comprometidos el anciano Venancio Coihuepan, sus hermanos *Calbupan*, *Guenche-Naguel*, i *Millapan*, sus hijos *Lemo-Nahuel*, *Miliapan* i *Loque-Naguel*, i catorce caciques mas de menor nombradía, pero a los que era preciso enviar, segun el mensaje de Venancio, “casaca i cuchillo con vaina de fierro,” en prenda de amistad.

Anunciaba ademas Venancio que se iba ganando a su partido algunos indios huilliches i otros de las costas hasta Tolten. El mas dispuesto de aquellos en favor de la patria era el cacique de Maquegua, *Carinaguel*, i de los últimos *Auliteli*, señor de Tolten, que le enviaba a decir estas palabras: “Cada dia mas se ensancha mi corazon por su buena salud de Udes. Ud. me dice que prometí el apagar este fuego. Lo apago porque tengo agua para apagarlo, cuando no halle agua con tierra lo apagaremos.”

Pero llegó el 10 de julio sin que Alcázar viera cumplidas ni las promesas de los pehuenches ni las de los angolinos. Colipí, sin embargo, volvió a mandar sus nudos, pidiendo veinte dias de plazo para ejecutar sus planes, i prometiéndo entregar las cabezas de Bocardo, Zapata, i otros españoles a quienes sus caci-

(1) Despacho de Gazpar Ruiz al director O'Higgins.—Anjeles, julio 5 de 1819.
—(Archivo del Ministerio de la Guerra).

(2) *Gaceta ministerial*, julio 27 de 1819.

ques tenian ya *acorralados*. Como testimonio de su verdad enviaban decir que habian dado muerte a un indio llamado Romeo, (un malvado que se entretenia en saltar correos en el camino de Valdivia) tan solo porque el lenguaraz Francisco Sánchez le habia ofrecido ciertos agasajos. Cuando un indio quiere probar su lealtad, mata a traicion a otro, i la cabeza de su víctima asi inmolada es el ara de sus pérvidos juramentos. Colipí exigia ademas que se apostaran diez caballos i dos balzas en las juntas del río Tabolebu, para venir a traer el aviso de haber ejecutado su terrible promesa. Cuando los vijías enviados de los Anjeles viesen a un jinete revolver un caballo blanco en la ribera arenosa del Tabolebu, seria aquella la señal de que los llanistas habian sido escarmientados por las lanzas de Angol i de Lumaco i que los emissarios de Colipí venian a cumplimentar al comandante jeneral de las fronteras, trayendo atadas a sus monturas las cabezas de los caudillejos españoles (1).

Todos aquellos ardides se desvanecieron al fin, i solo por el mes de setiembre volvió a saberse de Colipí. Venia éste en persona a solicitar que pasasen cuatrocientos cristianos a Nacimiento para apoyar sus operaciones; i como garantía de su veracidad traia esta vez los caballos ensillados del capitán de amigos Salvador González, de dos caciques i un vaqueano que Benavides enviaba con una misión a los pehuenches. Colipí les había dado muerte, i arriaba sus cabalgaduras por botín. Lo raro era que no hubiera traído sus cabezas! (2)

Sin embargo de tantas promesas burladas i de los desengaños de cada hora, obstinábase Alcázar en su plan favorito de llevar la guerra al corazon de la Araucanía.

Verdad es tambien que aquella entrada a la tierra equivalia a la vida para los habitantes i la guarnicion de aquel infeliz pueblo aislado hacia mas de un año, asediado ya cuatro veces,

(1) Despacho de Gazpar Ruiz.—Anjeles, julio 15 de 1819.

(2) Despacho de Alcázar.—Anjeles, setiembre 6 de 1819.—Carta del gobernador Montoya a Benavides.—Valdivia, diciembre 7 de 1819. Con fecha 14 de agosto el jeneral Freire en carta particular decia a O'Higgins lo siguiente sobre las promesas de Colipí «En este momento recibo carta del coronel Alcázar en que me dice que ha vuelto de la tierra de indios el cacique Colipí, asegurando que todos los caciques de Angol ya están de nuestra parte i que van a celebrar una junta dentro de seis días donde deben concurrir *las cabezas que ellos quieren entregar.*»

que tenia todos sus campos talados, sin forraje para sus pocos caballos i en el que la única mantencion del soldado consistia en un poco de frangollo o trigo tostado al fuego. La plaza de los Anjeles presentaba una viva imájen de la terrible situacion en que se encontraron aquellas *siete ciudades* fundadas por Valdivia i que fueron cayendo despues de años de hambre i de matanzas en manos del intrépido toqui Paillemancn.

Despues de la visita de Colipí, a principios de setiembre, volvieron sus embajadores con nuevas promesas en los primeiros dias de diciembre i permanecieron hasta mediados de enero de 1820 (1). Despachólos esta vez Alcázar asegurándoles positivamente que en pocos dias mas expedicionaria sobre los Llanos, llevando consigo una fuerte division, para que unidas a ésta las reducciones de Colipí en Angol i las de Coihuepan, que debia venir desde Lumaco, dieran un golpe decisivo a Mariluan i sus llanistas o, si era posible, a Mañil en sus *mallas* de la cordillera i a Benavides mismo en su asilo de la costa.

Prometieronle todo los indios, por perfidia o exceso de credulidad, i confiado en ellos, Alcázar, al que se habia unido a la sazon O'Carrol con los dragones de la patria, emprendió su movimiento, saliendo de los Anjeles con una division de mil cien hombres, cuyo núcleo era aquel cuerpo i el batallon de cazadores de Coquimbo.

Llegado a San Carlos, dejó allí la mitad de sus fuerzas al cargo de Thompson i esguazó el Biobio perdiendo algunos soldados bisoños en el paso de los ríos.

Componíase la division expedicionaria puramente de jinetes, i la formaban doscientos dragones de O'Carrol, un escuadron de Cauquénes, de ciento diez hombres, al mando del coronel don Antonio Merino, tropa "que no sabia hacer una descarga sobre a caballo," segun el parte de Alcázar, de setenta milicianos de Rere i ciento treinta de la Laja; quinientos diez en todo.

Al frente de ella dirijióse Alcázar apresuradamente a Tolpan (hoi Renaico) donde le habian prometido reunírsele Colipí i Coihuepan con sus principales caciques i numerosas reducciones.

(1) Despachos de Alcázar.—Anjeles, diciembre 8 de 1819 i enero 21 de 1820.

Salieron a encontrarle allí, en efecto, *Colipí, Melinir, Cayumilla i Colompillan*. Pero de las indiadas de Lumaco no se tenía ninguna noticia, i ellas formaban la parte principal de la combinación estratégica que servía de base a la expedición. Sin aquél contingente iba, en efecto, a fracasar aquella por completo i con tales pérdidas que equivaldrían a un desastre. “El jeneral don Andres del Alcázar, dice, con desalñado pero peculiar lenguaje, uno de los soldados de aquella mal aventurada *maloca* (1), que era el que iba con nosotros, iba allí *engañado* por unos indios de Angol que le habían dicho que en llegando allí toda la indiada se le pasaría i entregarian algunos godos, españoles i americanos, que habían entre ellos; pero todo fué falso, de suerte que nos tuvieron sitiados en dicho cerro (Tolpan) cuatro días con sus noches sin desensillar los caballos un momento. La fortuna que el cerro tenía pasto, i abajo, al pie del cerro, habían hartos maizales sembrados i estaban granados, i con esto nos mantuvimos, porque los enemigos no podían destruirnos por estar bajo de los fuegos de cañon, i bajaban de a diez o doce soldados a agarrar i subir, i los tomábamos solo medio sollamados con el pasto seco.”

Tal era la lástima situacion en que se había colocado Alcázar por su credulidad i el infinito mentir de sus aliados; i a la verdad que hubiera sucumbido al número de los enemigos que comenzaban a rodearlo en todas direcciones, si aprovechándose del consejo de Colipí, que era acaso el único sincero i resuelto de sus adictos de Angol, no se hubiera puesto en precipitada retirada sobre San Carlos, donde había quedado su infantería i un cañón. Los indios le hostilizaron en su marcha, sin embargo, hasta convertir ésta en una verdadera persecución. En una sola de las cargas que dieron a su retaguardia, refiere Verdugo con su acostumbrada exageracion, que de cincuenta dragones que componían aquella, lancearon los indios cuarenta i siete, quedando de éstos treinta i cinco muertos i los otros heridos “habiendo sido culpa, añade el ponderativo narrador, del oficial que la mandaba la pérdida de ellos, por haber hecho volver la espalda a su tropa para retirarse, única cosa que quiere el enemigo araucano para venirse encima.”

(1) VERDUGO, *Memorias* citadas.

Al fin despues de mil penalidades i fatigas, pudo llegar Alcázar al balseadero de San Carlos en la media noche del 13, i allí agnardó la claridad del dia para que los suyos le reconocieran desde la otra orilla i le prestaran auxilio.

Era el último, empero, tan urgente que del mismo vado del río le arrancaban sus soldados las lanzas de los indios que venían en su seguimiento, i comenzaban ademas a llegar diversas mitades de fusileros despachadas por Benavides de las plazas vecinas.

Reunido al cabo Alcázar a su infantería i enfurecido por el engaño de que había sido víctima, se dispuso a emprender con toda su division sobre las fuerzas enemigas que ocupaban la ribera opuesta; i en la tarde del 14 volvió a pasar el río con mas de mil hombres, dejando en San Carlos treinta fusileros para resguardo del pueblo i de sus escasos víveres.

Escarmentado Alcázar, hacia esta vez su marcha con todas las precauciones de la guerra. Llevaba la descubierta, como siempre en tales casos, el valiente nacimentano Salazar. Seguía en pos O'Carrol con sus dragones; luego los cazadores de Coquimbo, protejidos por sus flancos con tres cañones, mientras que la retaguardia era formada por el escuadron de Cauquén i partidas flanqueadoras de milicias fronterizas. "En esta conformidad, refiere el mismo Alcázar en su parte oficial de estos sucesos, marché militarmente hasta la orilla del Bureo, donde los enemigos iban cediendo el campo de batalla, i solo hacian sus sorpresas a las milicias de los costados. Pero a las dos leguas de marcha, se observó la retaguardia ya cortada con un grueso de enemigos en sus veloces caballos. Allí se emprendieron varios ataques, pero el enemigo huía cuando le convenia i cuando no, atacaba" (1).

La situación de la columna patriota se hacia cada momento mas crítica, porque era evidente la intencion del enemigo de atraerlo a una hondanada donde había apostado no menos de cuatrocientos fusileros, mientras innumerables indias, "que parecian brotar de la tierra, dice el dragon Verdugo, pues pa-

(1) Parte de Alcázar a Freire.—Anjeles, febrero 18 de 1820.

sarian de catorce mil (1) los que se presentaban, i a lo lejos se veia oscurecer los campos."

"En este caso, añade por su parte Alcázar, falto de caballería por su flacura i cansancio, incapaz de poderles ganar providencias para mantencion de las tropas, porque el enemigo iba retirando sus ganados e incendiando la campaña, cortada nuestra comunicacion con San Carlos, donde debiamos ausiliarnos, hice allí el acuerdo con los comandates Thompson, O'Carrol i Merino, i todos opinamos que si seguiamos la marcha adelante nos veriamos en muchos apuros i llegaría el caso que todo llegase a faltar i seria causa de un desastre para las armas de la patria del que yo seria responsable."

I así era en verdad, porque si Alcázar tarda una hora mas en retroceder, la triste jornada de Tarpellanca se habria anticipado seis meses para él i para los suyos. Tan grande era el número i el atrevimiento del enemigo!

Infútil es añadir, aunque Alcázar lo silencie en su despacho, que en el paso del río la division patriota, cercada por todas partes, sufrió terribles estragos, en particular el cuerpo de dragones que su bizarro comandante oponía a los indios do quiera que se presentase n (2).

(1) Esta exageracion hace recordar la de los antiguos cronistas de las diversas guerras de América en Méjico, el Perú i en Chile, donde los indios nunca se presentaban, segun el sentir de aquellos, en menos número que el de cuarenta, sesenta, cien mil i hasta doscientos mil guerreros, como en la célebre batalla de Otumba ganada por Cortés. Los catorce mil indios de Verdugo eran apenas dos mil, regulados prudentemente, segun el parte citado de Alcázar.

(2) Alcázar solo decía en su parte que se dispersaron algunas milicias de los Anjeles i de Rere en el paso del río. Verdugo, abultándolo todo, refiere por su parte que el escuadrón de Cauquén pereció casi entero entre las lanzas de los indios. Pero de lo que se ha conservado un documento auténtico, es del heroísmo de los dragones en toda aquella desventurada correría. No existe en el archivo del Ministerio de la Guerra el parte particular de O'Carrol sobre sus operaciones. Poco el siguiente documento que copiamos de los papeles de familia de aquel jefe, dará una idea suficiente del aprecio que hizo el gobierno de la conducta de ese cuerpo. Dice así:

"El Excmo. señor director supremo, vivamente complacido de los ventajosos choques que Ud. se sirve detallar por su recomendable nota de 17 próximo anterior, tributa a Ud. i a los demás jefes i oficiales i tropa del cuerpo de su mando en su nombre i en el de la patria, las gracias mas expresivas.

"Es digna del mas alto elogio la bravura i disciplina con que pelearon en la marcha retirada sobre el Biobío todas las clases de ese benemérito escuadrón.

"Estas gloriosas ocurrencias, que formarán algún dia la historia particular de ese cuerpo, serán grabadas con caracteres indelebles para el reconocimiento i estímulo a las edades futuras.

"Pero como la magnanimidad de S. E. no puede dejar al tiempo la recompensa del mas pequeño sacrificio hecho en obsequio de la libertad de la nación,

Despues de una semana de peligros i desgracias, Alcázar volvió a penetrar en los Anjeles, i desde allí puso en noticia de Freire el mal éxito de su *maloca* contra los indios. Este ultimo, por su parte, i a virtud de las combinaciones que había entablado de ante mano, dirijíase el 17 de febrero sobre Arauco, cuando en el paso de San Pedro llególe la desconsoladora nueva de que la division de los Anjeles había sido arrojada al opuesto lado del Biobio (1).

Cambió entonces de plan el jeneral intendente, i atravesando la sierra intermedia, se dirijió el 18 desde Colcura a Santa Juana, a donde llegó el 20. Habiendo dejado allí al capitán Ríos con cincuenta cazadores de la escolta, regresó en segui-

puede Ud. asegurar a los individuos todos, que han tenido mayor parte en el crédito i buen concepto del cuerpo, que el gobierno les tiene muy presentes i a la vista para recompensar sus servicios, según justamente se han hecho acreedores.

“En contestación tengo el honor de comunicarle a Ud. para su satisfacción i la de los individuos precitados.—Dios guarde, etc.—Santiago, Mayo 20 de 1820
—José I. Zenteno.”

(1) Freire tenía meditada esta expedición combinada con Alcázar desde los primeros días de enero de 1820, según se descubre en los siguientes fragmentos de su correspondencia privada con el director O'Higgins.

“Concepción, enero 7 de 1820.—Yo marché dentro de pocos días para las fronteras a ver si pude concluir con el enemigo i escarmientar a los mejores americanos, aunque engañados en su opinión, a los bravos Araucanos, los que hasta el día conservan su bravura, i con dolor me veo precisado a castigarlos, después de haber tocado los resortes de la prudencia: la campaña debe ser algo penosa i larga, pues llevo ánimo de seguirlos hasta donde pueda i me alcancen los recursos.”

“Concepción, enero 23 de 1820.—Al mismo tiempo yo voi a marchar sobre la frontera, cuya expedición tenía meditada i solo me ha detenido hasta ahora la llegada de los víveres que debe remitir el proveedor Cárdenas, que aun no parecen.

“El coronel Alcázar pasará el Biobio por San Carlos con una división de quinientos veteranos e igual número de lanceros de milicias, con cuatro piezas de artillería, i yo con otra igual por San Pedro, con el objeto de mover los indios de la costa i desalojar a Benavides de Arauco.

“Dentro de pocos días todo se va a realizar, i convendrá que Ud. me remita algunas proclamas, pues tengo facilidad de introducirlas a la tierra de los indios por medio del cacique Venancio. Los angolinos son nuestros aliados, según su compromiso de que aviso a Ud. oficialmente.”

Esto mismo confirma el mayor Picarte en su correspondencia con el coronel Prieto, de quien dependía como jefe superior de su cuerpo. “Yo estoi en el día, le escribia a Santiago el 3 de enero de 1820, bastante ocupado en el apresto de municiones i demás armamento i útiles que estoi trabajando para la salida del ejército en persecución del enemigo, que será en toda la semana que entra.”

En esta misma carta el valiente artillero se quejaba de que no se le hubiese enviado sables para armar su tropa, i luego decía: “Si esa superioridad tiene a bien mandarlos, pelearé con soldados armados; sino como estén, que yo he cumplido ya con mi deber.”

El jeneral Freire echaba la culpa del mal éxito de la expedición de Alcázar a la circunstancia de haberse separado éste de su infantería dejándola en San Carlos, contra sus instrucciones. Pero añade que éstas no llegaron oportunamente a Alcázar, razon por la que no se sometió a sus disposiciones.

da a Concepcion de donde participaba todos estos sucesos al gobierno de Santiago, el dia 8 de marzo de 1820.

Tal fué, entre tanto, i tomada en su conjunto, la actitud, el patriotismo jeneroso, la constancia verdaderamente heróica i admirable con que el denodado jeneral Alcázar mantuvo la alta frontera durante el año cabal corrido de febrero a febrero entre 1819 i 1820. No hubo encuentro del que su bravura personal no hiciera una victoria; no hubo movimiento militar del que no alcanzára una ventaja; i si es cierto que su última correría al territorio araucano había sido infructuosa i aun desgraciada, debíase ello al ardor de su alma que no helaban los años i a esa confianza jenerosa, que a él como al ilustre Freire fascinó mas de una vez, haciéndole perder a aquel la vida en Tarpellanca i al otro su poder, años mas tarde, en la memorable jornada de Lircai en que sus émulos lo derrotaron *con pa-pel*.

Por fortuna, i como para borrar la impresion de todos aquellos desastres, había llegado por esos días a los campamentos patriotas una espléndida nueva que alentó los ánimos desconsolados. Valdivia había caido en manos de los soldados de Chile, cabiendo la mejor parte de aquella gloria a los mismos veteranos que hacia un año se batían en ambas orillas del Biobio por ahogar los últimos restos de las huestes del rei.

Desde aquel dia las campañas del sur iban a tomar un nuevo aspecto. Dias de prueba quedaban todavía para nuestras armas. Pero el tigre de Arauco estaba ya encerrado en un vasto redil, i no podria salir de su circuito por paso alguno, sino para ir a espiar sus crímenes en una horca levantada en la plaza de Santiago.



CAPITULO IX.

La captura de la plaza de Valdivia fué la obra del jenio, no de la fuerza.—Resolución de lord Cochrane en alta mar.—Su entrevista con Freire i amistad estrecha que nace entre ellos.—Freire lo auxilia con doscientos cincuenta hombres.—Inexactitud de las *Memorias* de lord Cochrane.—Este i O'Higgins dan aviso al gobierno de la expedición antes de emprenderla.—Cartas de ambos a O'Higgins.—El mayor Beauchef.—Relación de la captura de Valdivia según las *Memorias* del último.—Carta de Cochrane a O'Higgins sobre el resultado de su empresa.—Celos del jeneral Miller.—Influencia de aquel hecho de armas en las campañas de las fronteras.

La captura de los castillos de Valdivia es uno de los acontecimientos mas memorables de nuestra historia, porque no solo fué un hecho de armas tan atrevido como feliz, sino porque fué mas que eso: fué un hecho de jenio.

Aquellas montañas inaccesibles, aquellos senderos impracticables, aquellas murallas, obra de siglos de labor, protegidas por centenares de cañones i soldados, aquella gigantesca cadena de granito i bronce con que la celosa España había pretendido cerrar para siempre la entrada del Pacífico a las potencias marítimas de Europa, todo iba a ceder, no a influjos de un puñado de bayonetas, insuficiente en casos ordinarios para guarnecer o atacar el mas pequeño de aquellos reductos, sino delante del jenio de un hombre.

Vamos a contar brevemente este prodijo.

A fines de 1819 regresaba a los puertos de Chile el lord Cochrane, almirante de nuestra primera escuadra, profundamente despechado por la escasa fortuna que encontraron sus dos primeras expediciones contra el Callao. No habian silenciadno ninguna batería; no habian quemado ninguna embarcacion ni sus brulotes ni los cohetes a la Congreve, cuyos efectos tanto habia ponderado; no habia, por ultimo, hecho una sola presa de guerra en el mar. Su fiera altivez, nunca mayor en los hombres de su temple que delante de los contrastes, le traia melancólico, irritado i mas silencioso i taciturno que de ordinario, si dable era. Observabanle sus subalternos pasearse largas horas sobre el puente de la *O'Higgins*, único buque que traia consigo, sumerjido al parecer en profundas meditaciones. Todo en derredor suyo anunciaba que una intensa i es- traña preocupacion absorvia su mente (1).

Una tarde, i cuando ya se hallaba próximo a la latitud de Valparaiso, el almirante se acercó de improviso al mayor Miller, comandante de los sesenta mulatos del batallon Infantes de la patria que guarnecian la fragata, i con un acento inspirado le interrogó diciéndole. “¿Qué dirian en Santiago, si yo con este solo buque me hiciese dueño de Valdivia?” Los subalternos no contestan en tales casos sino inclinando la cabeza en señal de asentimiento; pero el mismo Cochrane se apresuró a añadir: “Dirán que soy un loco!” Sin embargo, entró en una conversacion tranquila, razonada i profunda sobre la empresa que le traia enajenado, i contando con la adquisicion de Miller, aun no recobrado de sus heridas de Pisco i San Lorenzo, puso en aquella misma hora la proa hacia Valdivia torciendo el rumbo que traia a Valparaiso (2).

El 18 de enero de 1820 la *O'Higgins* izaba bandera española a la entrada de la bahía de Valdivia, i con esta estratagema lord Cochrane conseguia hacerse de prácticos i reconocer personalmente los principales sitios sobre los que iba a esta-

(1) Conversaciones con los generales Miller i Vidal.—Lima 1860,

(2) Datos comunicados por el general Miller.—Veánsese tambien sus *Memorias*, t. I.º páj. 208.

blecer sus combinaciones. Convencido de esa manera de la practicabilidad de éstas, encaminóse hacia Talcahuano con el objeto de solicitar del intendente Freire las tropas de desembarco que aquellas hacían indispensables.

No cabe en el recinto granítico de la historia la discusion de aquel sistema llamado por algunos de *los semejantes*, que establece una misteriosa paridad en la vida de ciertos seres; pero hai hombres que están llamados a entenderse con una sola palabra, con una mirada, con un latido de su corazon. Tal sucedió a Cochrane i a Freire. Apénas se hubieron saludado por la primera vez a bordo de la *O'Higgins*, ya eran amigos i la expedicion de desembarco estaba acordada, poniendo Freire una columna de doscientos cincuenta hombres bajo las órdenes del almirante. Sucedia esto el 22 de enero de 1820.

La conducta del mariscal Freire no podía ser mas jenerosa ni mas magnánima en esta ocasión. Sin órdenes de ninguna especie del gobierno superior a quien era responsable; acostumbrado a obedecer; en la víspera misma de empresas difíciles que le hacían necesitar hasta su último soldado, todo lo sacrificó a la noble ambición de que otro, i no él, diera a la patria un dia de gloria, quedando solo su nombre ligado a la enorme responsabilidad de un fracaso en el que no tendría culpa. En tales ejemplos conócese a los verdaderos héroes mas que en las proezas fascinadoras del combate.

Desde aquel dia el jeneral Freire tuvo un puesto de predilección en el alma adusta del marino inglés, i a tal punto que quiso desde luego levantarle como el rival de San-Martin exigiendo que fuera aquel i no el último quien debiera mandar en jefe el ejército libertador que sus quillas iban a llevar al Perú.

El jeneral Freire confió a un subalterno, digno de figurar en este pacto, que a muchos cuerdos habría recordado el de los tres locos de Panamá, la suerte i la gloria de aquella empresa. Era éste el sargento mayor del batallón número 1 de Chile don Jorge Beauchef, sin disputa el mas valiente i el mas caballeresco de todos los oficiales extranjeros que nos ayudaron a ser libres. Era Beauchef, no un soldado de fortuna, sino una de esas naturalezas briosas, inquietas i exhuberantes que necesitan, como el mar, una agitacion perpétua a fin de no extinguirse en

una forzosa estagnacion. Hijo del medio-dia de Francia (la ciudad de Privas a orillas del Ródano) habia sentido en su cuna el clarin del Imperio, i puéstose a seguir sus águilas desde niño bajo todos los climas del viejo mundo, en España, en Austria, en Constantinopla, en Waterloo. Apagados allí aquellos ecos que embriagaban el alma de todos los franceses de esa edad titánica, siguió la sombra de su gran caudillo, que personificada en el rei José, habia emigrado a Estados Unidos; i de allí vino a Chile, por la vía de Buenos-Aires, bajo los auspicios de los ajentes de este gobierno en aquel país. Habia llegado tarde para asistir a nuestras victorias ántes de Chacabuco; pero sí en tiempo oportuno para derramar su sangre en una de nuestras mas dolorosas derrotas, pues cayó atravesado de una bala cuando derribaba con sus propias manos las palizadas de Talcahuano en el memorable asalto del 6 de diciembre de 1817. Desde aquel dia se habia ganado la admiracion del ejército, i lo que era casi tan grato para él, segun se deja ver en sus memorias aun inéditas, la amistad del ilustre Freire. Debíase, pues, a esta circunstancia el que estuviese sirviendo a sus órdenes en las fronteras, i que el último le elijiese para el árduo empeño que traia a Cochrane a Concepcion.

Beauchef, recibidas sus órdenes, pasó a los cuarteles de la guarnicion de Concepcion i elijió cien hombres de su cuerpo, casi todos de su favorita compañía de granaderos que apartó entera, i ciento cincuenta de los mejores soldados del novel Carampangue (número 3 de Arauco).

Hemos dicho que Cochrane no tenia a sus órdenes sino un solo buque, la almiranta que llevaba su insignia i la que, ademas de ser ya conocida en Valdivia, ofrecia el serio inconveniente de hacer algunas pulgadas de agua por hora; pero por un feliz acaso encontrábanse en la bahía de Talcahuano, la pequeña goleta *Motezuma*, que el intendente Freire destinaba para obrar contra Benavides, i el bergantín *Intrépido*, perteneciente al gobierno de Buenos-Aires, que venia a incorporarse a nuestra escuadra. En esos dos buquecillos i en la *O'Higgins* embarcaron Cochrane i Beauchef su puñado de valientes, i el 28 de enero se hicieron a la vela, no sin haber dado cuenta al

primero, a la par con el jeneral Freire, al Gobierno de Chile de la temeraria campaña que emprendian (1).

Despues de innumerables riesgos i accidentes marítimos que pusieron la fragata *O'Higgins*, que conducia la mayor parte de los soldados expedicionarios, en el caso de irse a

(1) «Lord Cochrane, con la desvergonzada inexactitud con que ha escrito sus tristes *Memorias*, indignas de su gran nombre, dice que Freire le *dió su palabra de que no comunicaría sus planes al gobierno* (*Memorias*, traducción de don M. Bilbao, pág. 41). Pero ésto está tan lejos de ser exacto que tenemos a la vista una carta autógrafa del mismo Cochrane, escrita desde Talcahuano el 28 de enero, en que detalla al Director esos mismos planes. Como esta carta es ademas mui interesante, por cuanto es un fiel trasunto del carácter heroico-avaro (si es permitida la frase) que aparece de relieve en todos los actos de la vida de aquel célebre marino, la traducimos en seguida íntegra del original que tenemos a la vista.

A bordo de la O'HIGGINS. Bahía de Talcahuano, enero 28 de 1820.—Excelentísimo señor.—Mediante el celo i enerjía del coronel Freire, hemos obtenido todo lo que necesitamos para los buques. La tropa, en número de doscientos cincuenta hombres, está en la playa pronta para ser embarcada, i a las doce del dia levaremos ancla para marchar a Valdivia o Chiloé, según que el viento sea favorable para dirigirse al uno o al otro punto. Creo, sin embargo, que nos apoderaremos primero de Valdivia porque es el punto mas fuerte i el mas importante. Daria gracias al cielo si siempre tuviese en mis empresas auxiliares como el coronel Freire. En seis meses desaparecerían todos los embarazos que han paralizado hasta aquí las operaciones de V. E. El coronel Freire me asegura que cuando Valdivia haya sido tomada, podrá disponer de toda su fuerza de infantería i otras tropas, excepto la caballería, para emprender en persona contra Guayaquil, o cualquier otro punto que V. E. designe. Esta será la primera oportunidad posible en que me será permitido ofrecer a V. E. i a la causa de la independencia un servicio de importancia; i me congratulo de que el acaso me haya puesto en esta actitud para probar mi consagración a los intereses de V. E. i a los del Estado de Chile, donde abrigó la desconfianza de ser considerado por la mayoría de la población mas en el carácter de un extranjero que en el de un hombre decidido a establecerse i permanecer en el país.

«A fin de desvanecer esta preocupacion de alguna manera, he considerado que sería conveniente bajo diversos sentidos el que yo *comprase una propiedad* en el país, i manifestar de esta manera no solo mis intenciones, sino mi confianza en el éxito de la causa, pués deseo hacer esta adquisición en uno de los puntos mas inseguros de la República. Me permito en consecuencia suplicar a V. E. me conceda comprar por el correspondiente avaluo *alguna de las haciendas confiscadas* en la vecindad de Concepcion o Talcahuano, i que V. E. se servirá comunicar su aprobacion al coronel Freire, antes de mi regreso a este puerto, que tendrá lugar en catorce o diez i seis días mas. Yo desearía dedicar a este negocio solo la cantidad de treinta mil pesos.

«Debo confessar a V. E. que tengo ademas un motivo especial para emprender esta especulación, i es el de que abrigo la conviccion que el valor de los títulos, así como ei de las otras posesiones del gobierno en esta provincia, se cuadruplicará por el golpe que vamos a dar sobre Valdivia i Chiloé. No dudo que en esto consulto mis propios intereses, pero estando unidos a los del Estado, creo serán dignos de consideracion.

«Desciendo a V. E. la mejor salud i que V. E. pueda ver pronto los grandes resultados de sus esfuerzos, me suscribo, etc.—Cochrane.—Al Excmo. señor director del Estado de Chile»

El jeneral Freire, por su parte, había enviado aviso al gobierno de su participación en aquella empresa, escribiendo al Director la siguiente carta privada en el mismo dia en que había accedido a la solicitud del lord.—«Señor don Bernardo O'Higgins.—Concepcion, 23 de enero de 1820.—(Reservada).—Estimado amigo i señor mio. He tenido el honor de haber cumplimentado ayer al

pique en cada una de las horas de la travesia, llegó al fin el impertérito almirante a las inmediaciones de Valdivia en la mañana del 3 de febrero; i trasbordando en alta mar a los dos pequeños buques que la acompañaban la jente de desembarco, dirigióse hacia la costa, ocultando a la vista de los realistas su antigua i conocida nave (1)

La captura de Valdivia ha sido referida por sus propios actores i por cronistas dignos de recordar tales hazañas (2); i hácese, por tanto, inútil referir prolíjamente los lances gloriosos de aquella jornada. Bástenos solo decir que la osadía de la columna patriota i de su denodado jefe fué igual a la turbación de las tropas realistas i a la cobardía de sus jefes, el coronel Santalla, comandante del batallón Cantabria i Bobadilla comandante de dragones. Los únicos oficiales que cumplieron medianamente su deber fueron dos subalternos, cuyos nombres se han perdido, i el capitán del Cantabria don Jesús María, de la Fuente que se hizo matar en el fuerte del *Ingles*, después de haber atravesado con su espada a dos intrépidos granaderos, que fueron los primeros en subir a la estacada. “Mientras mas avanzaba, dice Beauchef (refiriendo las diferentes peripecias de su itinerario por el estrecho sendero que liga entre sí los fuertes del sur en la rada de Valdivia), mas aumentaba mi sorpresa al ver la confianza de los enemigos,

señor almirante lord Cochrane abordo de la *O'Higgins*, i pasado en su compañía a esta ciudad, donde fué recibido con todos los honores debidos su distinguido carácter. Me ha comunicado con toda reserva sus deseos de tomar a Chiloé i Valdivia, aprovechando las favorables circunstancias en que se hallan aquellos vecinos i corta guarnición que existe. Su plan es que franqueándose yo doscientos hombres de las mejores tropas, tomar primero a Chiloé; sacar toda la artillería, i demostrar las baterías; traer todos los principales enemigos de nuestra causa, i dejar que el pueblo arregle su gobierno. En seguida venir sobre Valdivia i ejecutar lo mismo.

“Yo estoy convencido de la seguridad i ventaja de esta empresa, i por lo mismo estoy pronto a franquearle el auxilio de tropa, no solo en el número indicado, sino los demás que necesite para que obre sin el menor riesgo.—*Ramon Freire.*”

(1) «La *Maria Isabel*, llamada ahora *O'Higgins*, por un acuerdo especial del Señado en 1818.

(2) Nos referimos a Cochrane i Miller en sus *Memorias* i al brillante trabajo histórico del señor García Reyes sobre la primera escuadra nacional. Como nosotros nos proponemos solo dar a conocer en este libro datos del todo nuevos, nos limitamos a insertar aquellos que constan de memorias o informaciones inéditas. En este caso nuestras principales fuentes han sido la correspondencia de Cochrane con el director *O'Higgins*, las *Memorias* de Beauchef, i datos comunicados en 1860 por los generales Miller i Vidal en Lima i por algunos respetables vecinos de Valdivia en 1866.

pnes con veinticinco hombres en estos desfiladeros, podian sujetar, no digo trescientos, sino tres mil enemigos (1).

“A la media hora de marcha, añade en seguida, paró el gnia i me dijo: “Mi mayor: vamos a entrar en un pequeño esplayado, defendido por dos piezas de a veinticuatro a nuestra izquierda; a nuestra derecha tenemos un reducto i al frente un terreno elevado con una palizada que defiende la entrada guarnecida de cuatro piezas de batalla, i tras de esta palizada debe estar sin duda la mayor parte de la guarnicion de los castillos que consta de seiscientos hombres.” Al momento hice parar la columna para reunirla i recomendé a la jente el mayor silencio. Todo esto se ejecutaba a mui corta distancia de los enemigos, segun me decia el práctico, i aun no habiamos sido sentidos.

“Reunida toda la tropa, hice romper la marcha para entrar en el esplayado, i ya una parte de aquella habia atravesado este paraje, cuando fuimos sentidos por el centinela del reducto de nuestra derecha. Dió el *¡quién vive!* tres veces con precipitacion, disparó su fusil i luego empezó el fuego. El ruido de los cañonazos de a veinticuatro retumbaba de una manera espantosa en estas montañas. Los soldados se detuvieron atónitos, pero no les dejé tiempo para la reflección. Dí la voz a mis granaderos i a los soldados de marina de *A ellos, muchachos, i los castillos son nuestros!* i nos precipitamos adelante.”

Tal fué el único combate de aquel intento atrevido i no duró sino segundos, porque los soldados entraron al fuerte por un portillo tapado con ramas que al acaso descubrieron, e instantáneamente pusieron en fuga a los pocos aterrados realistas que lograron escapar a sus fuegos a quema-ropa (2).

(1) Beauchef repite esta misma aseveración en su parte oficial publicado en la *Gaceta Ministerial* del 17 de febrero de 1820.

(2) Segun Beauchef, que para nosotros es el mas respetable testimonio en esta ocasión porque es el mas modesto, la captura del fuerte del *Inglés* se verificó penetrando por un portillo hecho en la muralla. Pero segun Miller, Cochran e García Reyes, que ha seguido fielmente al primero, fué el alférez Vidal el que penetró ántes que todos en el fuerte, haciendo una escala con estacas, operación que nos parece demasiado larga i prolija en el momento de un asalto. El mismo modesto jeneral Vidal no reclamaba para sí aquella gloria. Es preciso ademas advertir que Miller, apesar de su indisputable mérito i de su extraordinaria bravura de que dieron testimonio mas de quince heridas recibidas en Pisco, el Callao, Valdivia i Chiloé en el espacio de pocos meses, adolecia del

Beauchef, en efecto, había seguido a paso de carga, **en-sartando uno en pos de otros en la punta de sus bayonetas** todos los castillos que iban internándose por la banda del sur de la bahía hasta el surjidero del *Corral* donde existía por ese rumbo el mas formidable de aquellos. "Al llegar, añade el mismo Beauchef (despues de haber dado cuenta de la toma del castillo de *Chorocamago*), el oficial que marchaba adelante con una pequeña partida avanzada (1), se detuvo anunciándome una emboscada. Pasé al momento al frente con un peloton de granaderos. No encontré nada. Seguí hasta el de *Amargos*. Nada tampoco. En fin, a la una de la noche llegué al castillo del *Corral* envuelto con los españoles que habian podido ganar este último refugio i del cual nos apoderamos sin ningun jenero de resistencia."

Háse visto por esta relacion, que tiene todo el laconismo i precision propios del hombre mas acostumbrado a dar voces de manilo que al manejo de la pluma, el verdadero carácter de la sorpresa que dió a Chile la posesion de su única i mas importante plaza de guerra. En ella, es cierto, que se ostentó admirable el denuedo de nuestros soldados. Pero sus pasos victoriosos eran guiados por el jenio profundamente audaz, previsor, infatigable, i tan prlijamente minucioso en los detalles como vasto en las concepciones que había combinado cada uno de los accidentes de aquel asalto; i por esto hemos

defecto de una gran mezquindad de ánimo para con sus compañeros de armas. Por esto no menciona casi a Beauchef en sus *Memorias*, i en sus relaciones orales aseguraba que aquel Jefe nada había hecho con sus infantes *mareados*, mientras que su columna de sesenta marineros lo había hecho todo. Verdad es tambien que Miller, decía de su mas odiado rival el ilustre Necochea, que se había volado un dedo con una pistola para no pelear en Maipo i que si le dieron treinta lanzaos en Junín, fué porque se presentó borracho al frente de su regimiento. El general Vidal, por su parte, reclamaba para si, aunque con mejores títulos, una buena parte de la gloria de la jornada. Así aparece de una extensa memoria inédita que con el título de *Reseña que hace a sus contemporáneos el jeneral de división Francisco Vidal de sus servicios en la causa de la independencia americana*, tuvo a bien confiar nos en 1860 i de la que hicimos un copioso extracto.

Estando a los autores citados i a los partes de Cochrane, los realistas perdieron cien hombres muertos i otros tantos prisioneros. Beauchef dice que aquellos fueron solo cuarenta i que los prisioneros no pasaron de cincuenta. Los muertos i heridos de la columna patriota, según Beauchef llegaron a treinta i siete. Según Stevenson (*Twenty years residence in South-America*, páj. 151), que como secretario de Cochrane debía tener mejores datos, el numero de nuestros muertos fué de nueve i diez i nueve heridos, total veintiocho, i los del enemigo solo llegaron a tres oficiales i diez soldados muertos, i seis oficiales i setenta i seis soldados prisioneros.

(1) El valiente Vidal.

dicho ántes que si la captura de Valdivia fué uno de los mas gloriosos golpes de nuestras armas, fué todavía mas notable como un golpe de jénio (1).

Por lo demas, el mismo Cochrane refiere los pormenores de la jornada i del *botín*, que era siempre su tema predilecto, en la siguiente carta dirigida al jefe del Estado i que traducimos de su propio oriinal.

A bordo de la O'HIGGINS, bahía de

Valdivia, febrero 10 de 1820.

“Excelentísimo Señor.

“El éxito de la empresa sobre Valdivia ha sido tan completo como yo me lo prometia. Las formidables fortalezas i baterías que habrian desafiado el ataque descubierto del mas poderoso armamento naval, han caido. El golpe fué repentino e inesperado porque se ejecutó con tanta rapidez cuanto había sido secreta su concepcion.

(1) Lord Cochrane asistió a aquelli función de armas siguiendo la columna de Beauchef por la ribera del mar en una chalupa i estuvo al perderse por los fuegos de los mismos soldados patriotas que en mas de una ocasión le juzgaron enemigo en la oscuridad de la noche. Su primer plan parece haber sido desembarcar mas adentro de la bahía, como lo refiere Beauchef i según consta de la siguiente orden del dia que se encuentra oriinal entre los papeles del jeneral O'Higgins, i atestigando con las manchas de agua de mar que la cubren su preciosa autenticidad. Dice así.

ÓRDEN DEL DIA.

SANTO I SEÑA.

FREIRE! PATRIA!

“Las tropas i los soldados de marina, tan luego como desembarquen, procedrán a apoderarse de la batería del *Corral* i tomar posesion inmediatamente del fuerte de *Chorocamayo* que domina el castillo del *Corral* i la batería de *Amargos*. Luego procederán a ocupar la bataría de *San Carlos* i despues a tomar los dos cañones que se encuentran a corta distancia en la *Aguada del Inglés*, dejando en el *Corral* i *Chorocamayo* la fuerza suficiente para custodiar los prisioneros que deben ser embarcados inmediatamente en el transporte *Dolorosa*.

“Habiendo conseguido estos objetos, un destacamento de ciento cincuenta hombres de tropa i todos los soldados de marina estarán listos para ser embarcados en el bergantín i corbeta, para proceder sin perdida de tiempo a la ciudad de Valdivia, i una vez ocupada ésta, marcharán por tierra a tomar la retaguardia del castillo de *Niebla* que está situado en el costado izquierdo de la bahía, teniendo por objeto el sitiar este castillo e impedir que salven el ganado que mantienen en la vecindad, según se dice.

“No se traerá, sin embargo, de asaltar el castillo de *Niebla* sin esponer las tropas a sufrir perdida, porque aquella fortaleza, careciendo de viveres i municiones, debe rendirse, muc o mas estando ocupados los otros fuertes.

“No debe hacerse daño alguno a los almacenes, artillería i otros objetos que se encuentren, bien sea de propiedad pública o privada, pues se procederá a embarcar todo lo que tenga algún valor para el *beneficio de los captores*.—Cochrane.”

“Los cañones montados en las diversas fortificaciones pasan de cien, ademas de las piezas de campaña i una enorme cantidad de municiones existentes en los diferentes almacenes; todo lo que está ahora pronto para el servicio de V. E. i el sostén de la causa de la independencia (1). Yo pienso que este golpe será mas funesto a los enemigos i contribuirá en mayor grado a la felicidad i seguridad de Chile que si se hubiese logrado el incendio de los buques del Callao con los cohetes a la Congrave”

“El coronel del rejimiento de Cantabria con la bandera del cuerpo i mas de cien hombres se ha rendido o han sido hechos prisioneros, i los campesinos i los indios (los que he procurado levantar contra los enemigos con el mas vivo empeño) continúan trayendo algunos dispersos cada dia. Si yo tuviese cien hombres mas, no quedaría un solo soldado del tirano en toda la provincia en el término de un mes.

“Este es un hermoso país, acreedor a mucha mas atención que la que hasta aquí ha merecido; i ciertamente que el digno padre de V. E. lo comprendió así, como V. E. puede verlo por la carta i el memorial inclusos. No he visto todavía en sud-América un país que me parezca llamado a figurar como el centro de la agricultura, el comercio i las artes, mejor que Valdivia. El clima es templado i delicioso, i una vez que el territorio sea desmontado de sus espesas selvas, el calor natural de la tierra disipará los vapores que enjendran las lluvias de que se quejan los habitantes. El temperamento es sin duda mejor que el de Inglaterra, i si todo no se encuentra aquí en abundancia, solo debe culparse a sus moradores. Las provisiones son en este momento mas caras i mas escasas que de ordinario, en atención a los destrozos de la guerra, i por consiguiente sería oportuno el que V. E. se sirviese enviar lo mas

(1) Segun Stevenson, el botín de lord Cochrane consistió en ochocientos cincuenta barriles de pólvora, ciento setenta mil cartuchos de fusil i diez mil balas de cobre, fuera de los víveres i otros artículos navales. Del uso que Cochrane hizo de éstos nada dice en sus *Memorias*; pero la historia lo dirá algun dia por él.

También cayó en su poder la fragata *Dolores* que había ido a aquel surjidero por órdenes de Benavides. Su capitán que era un paiteño (acaso el mismo Leon que la capturó) fué remitido a Valparaíso donde se le juzgó como pirata i fue fusilado. Segun Stevenson, la *Dolores* era el buque mas viejo que existía entonces en el Pacífico pues había sido construida en el Ferrol en 1632. El mismo Stevenson había navegado en ella en 1805.

pronto posible alguna harina i charqui hasta que esto pueda ponerse en un pié de mejor orden.

“Espero que V. E. aprobará lo que he ejecutado *sin órdenes*. Si así sucede, poco me importa entonces la opinión de aquellos que me dieron las últimas instrucciones con propósito de impedirme el hacer algo útil. (*If so, I care very little about the opinions of those who gave me the last orders with a view to prevent my doing any thing*).

Tengo el honor, etc.

Cochrane.

Exmo. señor director del Estado de Chile,

El ávido i valeroso lord no mencionaba, sin embargo, entre los grandes resultados políticos i militares de la captura de Valdivia (1) el mas importante, el mas inminente de todos en aquella circunstancia. Tal era la destrucción de la base de operaciones de Benavides, en los momentos mismos en que de un lado espelía del territorio de la Araucanía al mariscal Alcázar, al paso que obligaba al jeneral Freire, desconcertado por el mal éxito de aquel, a repasar por la baja frontera el Biobio, dejando libre al enemigo toda la línea meridional de aquel río, único baluarte que podía ya oponerle con sus exhaustas tropas. La petulante vanidad de Benavides, desbordada en breve por los triunfos de sus lugar-tenientes le habría arrastrado acaso hasta la capital misma, si la caída de Valdivia no le hubiese aplastado en la víspera misma de sus aciagas victorias.

(1) Uno de los resultados mas peculiares i característicos que lord Cochrane atribuye a su conquista de Valdivia fué la contratación del empréstito inglés que solo vino a tener lugar *dos años mas tarde* i por combinaciones de muy distinto género. «Otra de las ventajas adquiridas», dice en la pág. 56 de sus *Memorias* (edición inglesa) fué la feliz negociación de un empréstito de un millón de libras esterlinas que se efectuó *sin inconveniente en consecuencia de aquella operación*, pues se había frustrado mientras los españoles habían estado en posesión de la más importante bahía i fortalezas del país, las cuales podían servirles de base para reorganizarse i volver a emprender la conquista de las provincias sublevadas.”

Los caudales encontrados en Valdivia fueron escasos; pero el avaro marino los aumentó con la plata de las iglesias que había traído Sánchez de Concepción, con el valor del tabaco, añil i otros artículos de que echó mano, incluso los cañones de bronce de la fortaleza i los veinte mil pesos tomados en el *Potrillo*. Debe añadirse, además, el valor de la *Dolores*, que él lo reclamó también como presa.



CAPITULO X.

El jeneral Freire se retira a Concepcion, i funestas consecnencias de este paso.—Distribuye sus tropas en cuarteles de invierno i se dirije a Santiago en demanda de ausilios.—Aparicion de don Juan Manuel de Pico en la guerra de la frontera.—Sus antecedentes, su verdadero carácter i su superioridad bajo todos conceptos sobre Benavides.—Su mision al Perú.—Error de algunos historiadores.—Brillante acojida que le hace Pezuela i ausilios que envia con él.—Operaciones de Benavides en su ausencia.—Partido que saca del viaje del jeneral Freire para ganarse proselitos.—Los guerrilleros Peña i Barriga quitan la caballada de los dragones en Tucapel.—El cura Ferrebú ataca a Rere.—Benavides sorprende a Talcahuano i se lleva prisionera su guarnicion.—El marinero Mateo Mainery i don Rafael Saltarello.—Encuentro del Litral.—Clamores del intendente substituto Rivera por ausilios.—Miserable envio de víveres que recibe el ejército del Sur.—Regresa Pico a Arauco i vigor que toman las operaciones.—Jervasio Alarcon se dirije a Chillan i es derrotado por Victoriano en Quilmo.—El coronel Merino dispersa en Puñaral la guerrilla de Santos Alarcon i mata a éste.—Destitucion de Victoriano i su subsecuente carrera.—Inútil cambio de personas.—El comandante Viel llega a Chillan con un escuadron de granaderos a caballo i sostiene varios encuentros en la Montaña.—El coronel Arriagada, sucesor de Victoriano, quema las tolderías de los Pincheiras i continúan los fusilamientos en la plaza de Chillan.—Heroica defensa del teniente Porras en Gualqui.—Encuentro desgraciado en la vecindad de los Anjeles.—Pico se resuelve a emprender en grande escala contra Freire.

Cuando en hora desventurada para su fama de soldado, el mariscal Freire torcia la rienda de su caballo, el 17 de febrero, segun lo hemos visto en el capitulo que precede al anterior, i se dirijia desde el valle de Colcura a Santa Juana, atravesando la cordillera de Nahuelbuta, sabia ya la caida de Valdivia, cuyos partes oficiales le habian llegado el dia 14, aun án-

tes de su salida de Concepcion. Pero la segunda vez, empero, durante el curso de aquellas campañas cuya responsabilidad descansaba en primera linea sobre su nombre, volvia la espalda a la madriguera del tigre de Arauco; i esto cuando podia ya divisar desde lo alto de la cuesta de Villagran, que cierra el valle de Colcura por el sur, las murallas derribadas del asilo militar de aquel monstro. Hubierase dicho que aquel sitio tantas veces funesto a las armas chilenas (la sierra de Marihueeno) se levantaba ahora como el espectro de las viejas derrotas para atajar el paso a nuestros soldados. I todavia, no seria esta la ultima falta, porque el mismo Freire despues de haber aniquilado, meses mas tarde, las huestes realistas, llegaria solo hasta alli en su persecucion, concediendo de esta manera un año mas de vida i de horror al bandido que se hacia fuerte solo porque le dejaban inmune en las playas boscosas de la vasta ensenada de Arauco.

La estraña resolucion del jeneral Freire no tenia explicacion posible, porque si bien es cierto que la division de la alta frontera habia sido obligada a repasar el Biobio, Benavides, por lo mismo, habia cargado en esa direccion la masa de sus fuerzas, como se ha podido descubrir en los despachos de Alcázar. El paso hacia Arauco se encontraba, pues, mas desembarazado de obstaculos, al propio tiempo que por la captura de Valdivia, que arrebataba al enemigo la base de sus recursos, quedaba abierta i expedita la comunicacion que debia ponernos en contacto con aquella plaza. Asegurada la posesion de Arauco i sostenida a todo trance por una fuerte guarnicion, era segura la perdida de Benavides, a quien no le quedaria de esa suerte sino las gargantas de Nahuelbuta para hacer una guerra de salteador, o los Llanos, a la opuesta falda de esas montañas, para gastar sus ultimos cartuchos auxiliando a Mariluan en sus malones.

La toma de Valdivia, que parecio ser la causa determinante de la retirada de Freire a la vista de Arauco, estaba a la verdad llamada a influir en un sentido enteramente inverso, si hubiera sido una de las dotes militares de aquel bizarro jefe, temible solo en el campo de batalla, la prevision, asi como ese golpe de vista firme i vasto que inspira las grandes

concepciones estratégicas, i sin cuya posesion puede serse héroe, nunca jeneral (1). Mas plausible escusa encontraria la historia para aquel movimiento retrógado en la aproximacion del invierno i en la carencia absoluta de víveres, de municiones, de vestuario, de dinero, aun de recuerdos i de estímulos, en que la irritante incuria o la mal aconsejada predileccion del gobierno de Santiago, mantenía aquél noble ejército, que no tenia mas abrigo que los correajes de sus armas, ni mas pan que la pólvora.

Freire regresó, pues, a Concepcion despues de una estéril excursion por la montañosa ribera austral del Biobio, i comenzó a preocuparse de los arreglos que en sus escasas fuerzas hacia necesaria la proximidad de la estacion de las lluvias siempre tempranas en aquellas zonas.

Ordenó en consecuencia el jeneral en jefe que el mariscal Alcázar quedase en los Anjeles con el batallon núm. 1 de Coquimbo, cuatro cañones de campaña al mando del capitán don Gregorio Amunátegui, ademas de los del fuerte, i algunas milicias. O'Carrol debia pasar con sus dragones a establecer sus cuarteles de invierno en el punto estratégico de Tuapé; Talcahuano quedaría guarnecido por una corta fuerza de infantería; la caballería de la escolta cubriría a Yumbel i otras posiciones importantes, quedando en Concepcion solo treinta hombres de esta arma i los dos diminutos batallones que mandaban los coroneles Díaz i Rivera.

Organizadas de esta suerte las cosas, el jeneral Freire, compelido por una necesidad que ya dos años pesaba dia a dia sobre su corazon, llenándolo de amargura, tomó un partido que acuso era inevitable pero que traería las mas aciagas consecuencias en el curso de la guerra. Tal fué su resolucion de dirigirse a Santiago, con el fin de solicitar en persona i de una manera énérjica i perentoria los auxilios que hasta allí se habían rehusado a sus clamores oficiales i a sus ruegos íntimos en que se invocaba a la vez la patria i la amistad.

(1) Hemos ya visto, segun el testimonio de Cochrane, que Freire atribuía a la captura de Valdivia tal importancia, que ofreció a aquel marino, si aquella tenía lugar, embarcarse con su infantería para expedicionar sobre Guayaquil u otro puerto de la costa. Este falso concepto debió, pues, influir poderosamente en su retroceso hacia Santa Juana, cuando se encontraba a la vista de Arauco.

Hacia mediados de marzo segun parece (pues no hemos encontrado constancia exacta de la fecha), pusose, pues, el intendente de Concepcion en camino para Santiago, dejando el mando de la provincia i del ejercito al benemérito coronel don Juan de Dios Rivera, comandante del batallon núm. 1 de Chile i jefe de estado mayor durante todas las campañas que dejamos referidas.

Entre tanto que así se debilitaba por la diseminacion de sus fuerzas i la ausencia de su prestijioso jefe el ejercito patriota, operábase en el del enemigo un movimiento enteramente contrario de concentracion i robustecimiento, cuya base debia ser, como siempre, la plaza de Arauco, abierta al mar. pero cuyo inspirador evidente no seria ciertamente Vicente Benavides, pues su poltronería comenzaba ya a equivaler a su ferocidad. Levantábase ahora a su lado un hombre cuyas proezas militares i de otro jénero van a ocupar un puesto culminante en estos recuerdos i a prestar un vivo, si bien siniestro resplandor, a estas páginas tisnadas tantas veces por la mano sangrienta i cobarde del caudillo que sin razon ha dado su nombre junto su con horror a aquellas guerras.

Aquel hombre oscuro i terrible era don Juan Manuel de Pico, el verdadero, el único caudillo militar i político de las últimas campañas que las armas españolas sostuvieron en las fronteras de Chile.

En las tinieblas que rodean las figuras de suyo misteriosas de la guerra a muerte, no ha quedado huella alguna de los primeros años de la existencia del coronel Pico. Sábese solo que era oriundo de aquellas montañas de Santander, que junto con las colinas de Viscaya, dieron a Chile sus mejores i mas aristocráticas estirpes durante la colonia, así como habian sido estremeños i castellanos los primeros soldados de su conquista. Ignórase tambien cuándo i por qué motivo vino a Chile, coligiéndose únicamente de los pocos documentos que de su mano nos han quedado, que tuvo una educación bastante aventajada, como se observa en el estilo correcto de sus cartas i en su esmerada caligrafía. Acaso fué una de esos innumerables jóvenes peninsulares educados para la carrera del comercio de Indias i que eran enviados al nuevo mundo en calidad de

dependientes para regresar a su humilde aldea al cabo de años de paciente industria, dueños de un opulento caudal. No fué otro el origen de Elorreaga i Quintanilla los mejores lugartenientes que tuvo el rei entre nosotros.

Su primera aparicion en nuestro suelo fué conforme con aquellas deducciones. Encontrámoles, en efecto, en 1815 en la tranquila villa de Vallenar, a la sazon recien fundada, a la que llegaría despues de la reconquista del jeneral Ossorio bajo los auspicios del subdelegado del partido del Huasco, un catalán llamado Moxó, hombre de alguna nota por su enerjia i su talento.

Habiúse consagrado el pacífico *montañez* a la modesta ocupacion del laboreo de las minas de plata que abundan en aquel distrito, haciéndose dueño de algunas posesiones en la montaña vecina llamada Sierra amarga, i allí vivia tranquilo, ignorado, querido de sus vecinos por su carácter ameno, locuaz e inofensivo (1). Su prestijio creció, no obstante, tan aprisa que ántes de un año era ya alcalde de la villa.

Vino, sin embargo, la restauracion de San-Martin en 1817, i el Huasco fué sorprendido en su reposo i en su olvido por las bandas con que Cabot invadió la provincia de Coquimbo. Pico desapareció entonces, i aquí ocurre una nueva laguna en la vida de este hombre por muchos títulos notable. Todo lo que la tradicion conserva de su memoria, es que alguien le vió entrar a la Serena disfrazado de borriquero; acompañando alguna de las tropillas de arrieros, que en aquella época hacian el tráfico de los minerales del norte con récotas de asnos (2).

Parece, pucs, indudable que Pico atravesó de incógnito toda la República, i que llegó a juntarse con Ordóñez, encerrándose con él en Talcahuano durante el asedio que le pusieron los patriotas despues de Chacabuco. Así, al menos, se deja ver en la familiaridad con que le trajeron en su misión posterior a Lima algunos de los jefes que sostuvieron aquel sitio, i especialmente el comandante Alejandro. Allí tambien conoció

(1) El respetable comerciante huasquino don Ramon Ossandon, que trató personalmente a Pico en esa época (i es todavía su acreedor por algunas pequeñas sumas de las habilitaciones que le hacia en mercaderías para su trabajo de minas) nos ha comunicado estos detalles sobre la residencia de Pico en Vallenar.

(2) Datos comunicados por el señor Ossandon.

Pico por la primera vez al teniente del batallón Concepcion don Vicente Benavides.

Cuando despues de la jornada de Maipo (a la que no parecés asistió Pico porque en esa época no tenia sin duda un puesto militar), se retiró Ossorio a Lima i Sánchez a Valdivia, el antiguo minero del Huasco se encontraba en el círculo del último, i éste, sin duda conocedor de su jenio activo, laborioso i emprendedor, le dejó al lado de Benavides, en apariencias con el humilde título de secretario de un jefe de guerrillas, pero en realidad como su verdadero inspirador i como el único hombre que entre aquellos rudos soldados fuese capaz de dar una mediana organización política a la autoridad irresponsable ejercida por un ex-sarjento pasado al enemigo.

Aquella medida del último general español que hizo en nuestro continente una guerra regular, salvó las fronteras de los horrores a que las habría arrastrado un monstruo desencañado que no reconocía mas lei que el puñal i la tea, al paso que creó en medio de aquellas hordas forajidas, confusa aglomeración de soldados peninsulares, de criollos alzados i de indios salvajes, el único prestijio que les daria cohesión, presentándose entre ellas, como el pensamiento que crea, como la autoridad que impone, como la severidad que castiga los desmanes, como el adalid, en fin, que a través de veinte victorias i otras tantas derrotas las mantendría unidas, fieles, heróicas, si el heroísmo puede ser atributo de los que sostienen una causa infícuia, hasta que al fin apagóse junto con su vida, su constancia, su lealtad i su nunca desmentida intrepidez. En verdad solo cuando se viera la cabeza del coronel Pico, cortada de su tronco por el puñal de Lorenzo Coronado i enclavada durante tres meses en la plaza de Yumbel, persuadiríanse las poblaciones de las fronteras que había concluido para siempre la guerra de nuestra independencia. Por esto llamóle con propiedad el ilustre escritor que contó las peripecias de su fin (1824), con mas poesía que verdad, *el último jefe español en Arauco* (1). Fué él en verdad, el último en Chile, porque si bien Quintanilla capituló dos años mas tarde (1826) i el porfiado Senosiain solo hubo de entregar su espada en

(1) Don José Joaquín Vallejos.

1827, fué el primero el jefe ~~de~~ ^{de} ~~en~~ ^{en} del archipiélago que entonces se consideraba ajeno a nuestra topografía, i el último solo el inspirador secreto de las bandas de salteadores que acaudillaban los Pincheiras i otros criollos.

En la época de que nos ocupamos i en que comienza a figurar de una manera conspícua, contaba el coronel Pico de treinta i cinco a cuarenta años, i estaba dotado de una naturaleza robusta que le hacia capaz de una actividad física verdaderamente prodigiosa. Era un hombre de mediano tamaño, fornido sin ser corpulento, ágil i airoso a pesar de su estatura. Su rostro era pálido, casi ceniciente, alumbrado por grandes ojos verdosos que le daban una expresión extraña de energía i de fuerza. Su cabellera castaña, era crespa i abundante al paso que espesos bigotes retorcidos sobre la mejilla cubrían su boca gruesa i un tanto amoratada. Habíanle puesto por esto sus soldados el apodo de *Boca-negra*, que vino a ser, a semejanza de un célebre capitán de los siglos feudales, su verdadero nombre de guerra.

Su carácter festivo hasta el retozo, no había cambiado al pasar de la soledad de su choza de minero al bullicio de los campos. Era, al contrario, el más risueño, el más afable de los caudillejos de ultra-Biobío, i sus subalternos veíanse muchas veces sorprendidos por las chanzas con que acostumbraba divertirse. Pero al mismo tiempo, i a virtud de esas transformaciones profundas que las crisis de la vida suelen operar en las naturalezas ardientes, Pico al trocar el combo por el sable, se había hecho un hombre sistemáticamente severo, implacable con los suyos para reprimir sus faltas, terrible i sanguinario con sus enemigos a quienes odiaba por fanatismo, por principios, por rencor de raza. Hubiérase dicho que en su alma violenta i concentrada había echado sus últimas raíces aquel aborrecimiento secular del *criollo* i del *chapeton*, que vino preparando la revuelta i la independencia de la América desde los días de Gonzalo Pizarro i Almagro el jóven.

Pico era cruel por sistema, pero no era feroz por naturaleza como lo era Benavides. Mataba por necesidad, por plan político, por ciego obedecimiento a órdenes superiores, pero no se gozaba en los suplicios como la hiena de Quirihue, que no se sentía sañusecha sino veía correr la sangre delante de sus ojos

o escuchaba desde su almohada los alaridos de los que hacia asesinar pasada la media noche. Pico mataba siempre con su sable, i si en un mandoble quitaba una vida, en otro vendia la suya. Benavides, al contrario, solo tenia una arma favorita, el arma del bandido, el puñal, que abandonaba solo para empuñar la tea. Para Benavides hacer fusilar un grupo de enemigos era una especie de lujo i un caso de alta clemencia, porque el degüello era un acto mas simpático a su naturaleza profundamente aleve i sanguinaria. Pico daba órdenes de tirar sobre los rendidos i volvia el rostro para huir de su agonía. Así hizo morir a O'Carrol, por respeto a órdenes funestas; pero con la misma inflexibilidad trataba a los suyos cuando declinan. En la víspera del combate del Pangal hizo pasar por las armas a un soldado de su division llamado Capilla, tan solo porque se quedó atrás de la columna de ataque, alegando cansancio del caballo, i en otra ocasión dió de riendazos a un sargento porque en medio de las fatigas de una retirada cojío de los árboles del camino una rama de maqui con que alimentarse, antes de racionar a sus soldados.

Mas, si como militar, Pico era la mas alta figura del campo realista, como hombre de segunda vista, de cálculo, de combinaciones vastas en que entraran a valer la experiencia del tiempo, la razon de las cosas i el conocimiento de los otros, Pico es único. Como secretario de Benavides, como su emissario en el Perú, como su jefe de estado mayor, como el comandante en jefe, en fin, de todas sus fuerzas, el coronel Pico constituye la verdadera unipersonalidad de aquel poder que impuso miedo a la capital misma de la República, i que por una usurpación fácil de explicarse en el pasado, pero que la historia revindica ahora con pruebas evidentes, le arrebatará un soldado villano, cobarde, traidor consuetudinario, cuyo único timbre lejítimo para haber prestado su nombre a su época fué la enormidad de sus crímenes i lo insólito de sus alevosías para con sus adversarios i los propios suyos.

Aun para los malvados tiene la historia su escala de justicia, como la tuvo el cristianismo para los fariseos crucificados en el Gólgota; i por ésto, mientras la memoria de Vicente Benavides pasará a los venideros tiempos como la de un móus-

truco amasado del fango de pasiones inmundas i de la hiel de la maldad, el de don Juan Manuel de Pico, lavado de mucha sangre que él vertió a influjos de otros, será perdonada, ya que su absolucion es imposible, porque al menos él solo entre todos los que siguieron las banderas abatidas en Maipo, fué inalterablemente fiel, intransigente, inmutable en su lealtad, a la que al fin hizo el sacrificio de su sangre, cuando todos sus secuaces compraban la suya a trueque de un perdón i su propio jefe ofrecía por precio de su vida una última traicion (1).

(1) Aunque en el capítulo II de este libro hemos bosquejado a grandes rasgos el carácter i carrera de Benavides antes de la época de que nos ocupamos, nos parece éste el lugar mas a propósito para fijar de una manera cierta sus antecedentes biográficos, perdidos hasta aquí en la oscuridad o en la contradicción de los historiadores. Con este fin marcaremos algunos leves errores u omisiones que hayan podido escapar a la investigación de los señores Barros Arana i Gay, que son los autores mas dignos de fe en esta parte, el primero por la escrupulosidad habitual de sus datos, especialmente en su estudio sobre Benavides, i el segundo por haber tenido ocasión de consultar a muchos de los contemporáneos del gran bandido i a su propia esposa Teresa Ferrer Miller en sus *Memorias* i la *Gaceta ministerial de Chile* del 23 de febrero 1822 (día de la ejecución de Benavides) contienen también algunos datos de interés que nos servirán para fijar estos recuerdos.

Vicente Benavides nació en Quirihue por los años de 1775 a 1780. Su padre, llamado Toribio, era el alcaide de la cárcel de aquella aldea, empleo miserable que equivalía en los pueblos cortos al de carcelero, casi al de verdugo. Su madre debió quedar viuda temprano, pues volvió a casarse con un hombre tan oscuro como su primer marido i como ella misma.

La educación de Benavides fué muy escasa. Talvez el cura del lugar le enseñó a leer i a rezar, i de aquí, o del culto de su madre, vino su fanatismo grosero pero ardiente por la virgen de Mercedes. Sus demás nociones eran muy escasas. Ni su nombre sabía firmar correctamente, escribiéndolo *Visente Benavides*, o de otra suerte. En una de sus comunicaciones oficiales al general O'Higgins, lo llama señor *Dirigtor*.

Antes de 1810, salió de Quirihue, unos dicen que bajo el patrocinio de un jefe militar que se creé fuera el comandante don José Vildósola o el capitán de dragones don José Esquella. Pero en esta parte nos parece más aceptable la opinión del señor Gay, quien asegura haber entrado Benavides al servicio del estanco de Quirihue, empleo de confianza que le hacia viajar a Concepción i talvez a Santiago, transportando caudales.

Ello es lo cierto que en 1811 se encontraba en la capital, i este es el primer dato exacto que de él tenemos. Alistóse aquí en el cuerpo de granaderos que en ese año organizó don Juan José Carrera i en que por su mala conducta sufrió un castigo que jamás olvidó, según el mismo declaró en su proceso. El señor Barros Arana dice que el nombre de Benavides figura entre los presidiarios de 1811 i que en ese año se alistó de sargento; hecho que nos parece contradictorio i al que talvez ha dado origen el castigo correccional que sufrió en los granaderos. De todos modos, si fue presidiario, no pudo entrar al servicio sino como simple soldado.

Sobre si Benavides pasó a Buenos-Aires en la división auxiliar que llevó Alcázar en 1811, como lo afirman Gay, Barros i el oficial Saltarello (quien recuerda haberle visto regresar a Concepción en 1813 con las jinetas de sargento) abrigamos empero la duda de que no habiendo salido jamás de Chile el cuerpo de granaderos, solo pudo pasar los Andes en otro cuerpo i de esto no hai constancia.

Lo que vuelve a ser efectivo es que Benavides se encontraba en Concepción en 1813 en calidad de sargento de la gran guardia, cuerpo de caballería formado por don José Miguel Carrera, pues en él le vió en una formación el co-

Tal era el hombre cuyo pensamiento, cuyo corazon, cuyo brazo, sostenian la causa real en el territorio de Chile en los momentos en que el intendente de Concepcion dejaba sus reales para ir a la capital en demanda de amparo.

Ocurrióse a Pico que la division realista se hallaba en un caso análogo, i propuso a Benavides enviar un emisario al virci del Perú con igual objeto. Pezuela era montañez como Pico, i en los fueros del paisanaje tan fielmente guardados por los hijos de aquellas comarcas, creíase que su presencia en Lima bajo tales auspicios no sería infructuosa.

ronel don Manuel Zañartu, (niño entonces de nueve años) junto con el jeneral Baquedano, que era tambien sargento de ese regimiento.

Su primera desercion al enemigo tuvo lugar en febrero o marzo de 1814 desde el campo fortificado del Meinbrillar, sin duda por algun castigo o por la perversidad e inconscuencia peculiar de su carácter. Hecho prisionero en el combate del Meinbrillar el 19 de marzo de 1814, iba a ser fusilado cuando se escapó de la orilla del Archibueno, aprovechándose del pánico que produjo en el ejercito patriota el incendio casual de una parte del parque. Es falso que fuera Benavides quien produjera este incendio, como se ha dicho por algunos.

Alistado en el batallón Concepcion como sargento, fué ascendido a alferez en la acción de Rancagüis, en la que desplegó algún valor. Sirvió despues en la guarnición de Valparaíso, donde sus buenas disposiciones para instructor le adquirieron el grado de teniente. Pero su carácter sombrío i feroz le hizo tan aborrecible a sus cañonadas que éstos, segun el señor Barros Arana, lo mandaron asesinar en el portezuelo de Vázquez, yendo de camino para la capital.

Pasó en seguida con su cuerpo a Concepcion i estuvo alterutativamente cubriendo las guarniciones de San Pedro, Arauco i de la última plaza. En esta se casó en 1815 o 16 con Teresa Ferrer, hija de una familia decente i secretamente patriota. Por influjos de ésta se dispuso sin duda a traicionar a los suyos, despues de Chacabuco, por lo que Ordóñez le tuvo preso en el castillo de Gálvez, en Talcabuono, segun ántes dijimos.

Restituido su gracia, Ordóñez le premió con la efectividad de teniente concedida en el campo de batalla de Curapalihue, el 5 mayo de 1817; pero segun resulta del tenor del mismo despacho, se le otorgó esta gracia mas que por su valor personal, por sus servicios como forrajeador i abastecedor de la plaza, con cuyo fin hacia frecuentes entradas a la tierra, pasando el Biobio, i de aquí daban sus primeras relaciones con los indios i su influjo en ellos.

Prisionero despues en Maipo, fue condenado con su hermano Timoteo a ser ahorcado como desertor, pero a instusos del tesorero don Juan Castellón i del patriota don Salvador Andrade, que movieron al coronel Las Heras i éste a San-Martin, consiguió el último de O'Higgins el indulto o la suspencion de la sentencia. El general O'Higgins en su defensa publicada en Lima en 1833 contra los ataques de don Carlos Rodríguez, confirma este dato que apunta Gay, pero añade (pág. 193) que se accedió a la gracia de los Benavides porque el cuerpo a que pertenían quiso amotinarse, lo que es a todas luces inexacto, pues ambos se hallaban prisioneros i no pertenecían a cuerpo alguno. El doctor Egaña, que llama a Benavides José María, en su *Chileno consolidado*, dice que ya estaban amarrados los banquillos en el patio del cuartel cuando les llegó la gracia.

Lo cierto es que fuese cual fuese el motivo i el objeto de aquella concesión, San-Martin la revocó a su regreso de Buenos-Aries, dos o tres meses despues, i los mandó fusilar a media noche en el campo santo de Santa Rosa (hoi alameda de los Monos), por medio del teniente don Ventura Ruiz, quien no acertó señalar a los tiradores a cual reo debían apuntar los unos i a cual los otros. Esto i la oscuridad de la noche dió lugar a que Viceite escapara i less de

En consecuencia, ofrecióse él mismo para aquel penoso servicio, i habiendo aderezado a la lijera en la ria de Tubul una mala balandra, confiando su destino a las olas i a los vientos, i llevando una abultada correspondencia en que hasta las monjas de Tucapel escribían a su obispo i al virrey implorando de rodillas por auxilios, hizo rumbo hacia las costas del Perú el 17 de marzo de 1820, en los momentos mismos talvez en que el jeneral Freire montaba a caballo para hacer el camino de la capital (1).

las balas, con solo la camisa algo quemada, pero con un horrible sableazo que le dió el sargento del piquete en el cuello al tiempo de retirarse.

Protejido por un pastor de ovejas que había en la vecindad, fue llevado donde el juez inmediato, hombre compasivo a quien contó un cuento de saltadore. Por ó den de aquél fué llevado a casa de su suegra doña María Santiváñez que vivía con su mujer en la casa de un señor Real. Tan grave era su herida que le confesó en el acto el padre Valenciano de San Francisco, pero recordarónle luego los cuidados del cirujano don Juan Chamoret, también prisionero de Maipo. Lo que refiere Gay en esta parte de que el delegado Quintana fué el que lo mandó fusilar i que Ordóñez dió a Benavides ántes de separarse un vale de cinco mil pesos, con los que el último intentó cochar Ruiz, nos parece inversimil, porque Quintana no era delegado ni tenía ninguna autoridad en 1818, i por que Ordóñez se hallaba demasiado pobre para hacer aquel regalo a un subalterno, a no ser que fuese un papel de dudoso valor.

Recobrado Benavides en Santiago i en Quillota, solicitó por medio de su antiguo protector Castellon una entrevista con San Martín. Tuvo esta lugar a las doce de la noche en la pile de la plaza, reconociéndose ambos por tres golpes que dieron con sus eslabones sobre una piedra de chispa; i allí se convino que Benavides iría a presentarse a Sánchez como un mártir, i bajo este disfraz trataría de perlerlo levantando los indios i sublevando sus tropas.

Partió de la capital, disfrazado de arriero, con el coronel Merino, i luego marchó también su mujer a Concepción para hacer las combinaciones. Tuvieron estas lugar, i según el antiguo comandante del resguardo de Talcahuano, don Francisco Rojas, que reside actualmente en Valparaíso, Benavides se condujo al principio con fidelidad, haciéndose en consecuencia varias remesas de dinero por medio de su mujer.

Parece, en efecto, que él tuvo mucha parte en las dilaciones de Sánchez al retirarse delante de Balcarce, i de aquí las recomendaciones que este jefe hacía a Freire al retirarse del sur i talvez el obsequio de su propia capa encarnada que usaba mas tarde Benavides.

Pero habiendo sucedido que los indios robaron a Sánchez en su marcha desde Nacimiento a Angol todo su ganado, que consistía en mil doscientas vacas i doce mil carneros, no consintieron aquellos en devolverlos sino se les dejaba una fuerza organizada para que los protegiera.

Benavides quedó al cargo de esa fuerza, que consistía en cien hombres según Gay i en solo sesenta mal armados según al mismo Benavides.

A la cabeza de ellos i de otros moutoneros i algunos indios vino, pues, a sorprender a Santa Juana, el 21 de febrero de 1819, i desde ese momento comienza la acción terrible i dramática que forma, según se habrá visto, el argumento de esta historia.

(1) Los señores Barros Arana i Amunátegui, inducidos por un error de Torrente, aseveran que Pico fué enviado al Perú con una embarcación que Benavides capturó en la sorpresa que dió éste a Talcahuano en la noche del 2 de mayo de 1820. Pero en esa fecha ya Pico había desembarcado en el Callao. Tenemos a la vista una carta de Benavides al guerrillero Camilo Figueroa que hacia armas en Valdivia i en la que, con fecha 14 de mayo, le dice que hacia cincuenta i siete días había salido Pico de Tubul.

La fortuna fué propicia al atrevido navegante. Amediados de abril recaló en Arica, despues de un mes de rápida travesía, i de allí dirijióse a Lima donde llegó en los últimos dias de aquel mes.

La acogida del virei no pudo ser mas lisonjera para el emissario de Arauco. Aguardaba aquel por instantes la aparicion del Ejército libertador conducido por las mismas naves de Cochrane que tantas veces habian abierto sus portalones delante de los castillos del Callao i que acababan de hacerse dueñas de los de Valdivia; i nada le preocupaba mas intensamente que la idea de poner obstáculos a tan inminente peligro, presagio seguro de la pérdida eterna del Nuevo-Mundo para España. Pero sus preparativos de resistencia absorvian a la vez la última savia que aun quedaba al gobierno agonizante de la metrópoli, i Pezuela por resistir en Lima, como San-Martin preparando su agresion desde Santiago, se encontraba en una análoga impotencia. En realidad, todo lo que aquel podía enviar a los soldados de Benavides, eran dulces palabras, como el ministro de la guerra Zenteno impartia a Freire órdenes de vencer sin remitirle para ello otro elemento de guerra que el papel en que aquellas iban escritas. "No me es posible, decia el caviloso virei a Benavides, en comunicacion del 3 de mayo de 1820, despues de la llegada de Pico, significar a Ud. el sentimiento con que he leido la enérgica descripción que me hace en sus oficios de 8 de marzo último de las miserias i fatigas que sufre la benemérita division de su mando, i solo era capaz de templar mi dolor el heroico sufrimiento con que esos valientes defensores de los derechos del monarca se mantienen firmes en su honrado propósito, a pesar de las amenazas i ofertas de los enemigos. Con igual interés he visto las penalidades de todos los emigrados que se han acojido a la protección de las armas i el laudable entusiasmo con que perseveran en nuestro auxilio esos fieles naturales. A todos quisiera proporcionarles en el momento cuantos socorros i alivios pudieren apetecer i manifestarles la gratitud i consideración a que se han hecho tan acreedores."

Sin embargo, haciendo supremos esfuerzos, logró equipar un bergantín con un cargamento de artículos apropiables para la

guerra i cuyo importe él mismo valorizaba en treinta i nueve mil trescientos ochenta i dos pesos un cuartillo (1). Componíase éste en lo esencial de cien fusiles, cien sables, ciento i cincuenta lanzas, cien mil cartuchos a bala, doce barriles de pólvora, doce mil piedras de chispa, treinta resmas de papel i dos mil pares de zapatos, fuera de otros artículos de menor importancia, como una fragua completa i una caja de herramientas de carpintería.

Como lo que ménos costaba a Pezuela era dar papeles i rúbricas, confió tambien a Pico una cantidad de despachos con su firma en blanco, a fin de que Benavides los llenara a su sabor, confianza que era solo un ardid, pero que debió henchir hasta el delirio el corazon de aquel criollo profundamente presuntuoso. Para él mismo, concedióle en nombre del rei los despachos de coronel de infantería i otorgó a Pico el título de teniente coronel de un cuerpo de dragones que aquel se proponía organizar a su regreso.

Realizada hasta este punto de una manera feliz su comision, puso Pico de nuevo en requisicion su infatigable actividad i antes del 20 de mayo, venia navegando hacia Tubul, no en un miserable esquife, sino en un buque a media carga de socorros.

Durante su ausencia, ni Benavides ni sus seides habian estado ociosos. El primer cuidado de aquel bandido tan diligente para las estratagemas, como era flojo en las empresas en que se arriesgaba la vida, fué poner a punto de imposturas su fértil invectiva a fin de alarmar la muchedumbre i ganarla a su partido, haciendo correr voces de que el viaje malhadado, pero acaso inevitable, del intendente Freire era una fuga. "Los insurrectos, decia Benavides a uno de sus subalternos por aquellos dias, ostentando su jenial impavidez para mentir, están reducidos a existir encerrados en sus atrincheramientos, con abandono de todos los campos por donde corre nuestra caballería sin embarazos i con preludios mui ciertos de que mui en breve desocuparán la provincia, pues ya su intruso gobernador intendente, Ramon Freire, divisando próxima su esternación, se marchó para Chile, acompañado de su escolta, dejan-

(1) Comunicacion del virei de Lima encontrada en la cartera de Benavides.

do la Concepcion sostenida por cierto número de reclutas forzados, a quienes mantienen encerrados en los cuarteles instruyéndolos en las armas, lo que me sirve de satisfaccion, por ser toda esta jente oriunda de este pais i adicta a nuestra justa causa i que de un dia para otro pienso lanzar al enemigo de dicha ciudad *i pasar a cuchillo su guarnicion*" (1).

Alborotados los ánimos de una soldadesca ruda i crédula con aquellas patrañas, comenzaron las partidas de guerrilleros a fatigar las guarniciones patriotas, cruzando el rio de las fronteras en diversas direcciones. Su primer asalto parcial tuvo efecto el 10 de abril contra el fuerte de Tucapel, donde hemos dicho se encontraba el comandante O'Carrol con sus dragones con el objeto de defender punto tan interesante i proporcionar pastajes a su estenuada caballada. Contra esta última emprendieron en consecuencia los guerrilleros Peña i Barriga, rodéandola en el campo con tanta fortuna como atrevimiento i arreándola hacia la Montaña. O'Carrol tuvo, sin embargo, tiempo de hacer montar veinte i tres dragones en los caballos de los oficiales que mantenía a pesebrera, i pudo dar alcance a los ladrones quitándoles mayor número de caballos que los que habían arrebatado, porque algunos de sus jinetes quedaron en el campo (2).

Pocos días mas tarde (el 30 de abril) el cura Ferrebú hizo una sorpresa sobre pueblo de Rere, del que hemos dicho había sido párroco por el rei, i cometió con sus feligreses los horrores acostumbrados en esta guerra sin Dios. El feroz clérigo daba ahora la muerte al filo de su lanza con la misma

(1) Comunicacion citada al guerrillero Camilo Figueroa del 14 de mayo de 1820, que fué interceptada por el gobernador de Valdivia.

Por esta misma época el caudillo realista que tenía indudablemente muchas de las cualidades imprevisivas de un *pallador* indígena, escribió a uno de los hermanos de su mujer, que había salido una expedición de Lima destinada a desembarcar en San Antonio, mientras que el avanzaría por el sur con las divisiones que aguardaba de Valdivia i de Chiloé. A Zapata escribió también para que escriera la voz en el Itata de que venía de Lima en veintiún buques i catorce lanchas cañoneras un ejército de siete mil ochocientos cinco plazas i otro de echo mil de España, sustra de doce mil mas que venían a Buenos Aires. (Gay tomo VI, pág. 367).

(2) Parte de O'Currol.—Tucapel, abril 12 de 1820.—(Archivo del Ministerio de la Guerra). —En su despacho O'Currol recomienda la intrepidez del mayor Acosta i del oficial don Francisco Ibáñez, a cuyo cargo salió la partida que rescató la caballada.

serenidad que ántes ponía al ofrecer a su grei la hostia consagrada.

Pero el intento militar de mas graves consecuencias que tuvo lugar ántes del regreso de Pico, fué la captura i momentánea ocupacion de Talcahuano en la noche del 2 de mayo, hazaña de残酷 i alcovosía en la que era seguro habria de encontrarse Benavides en persona.

Sabedor, en efecto, por sus espías de que por un descuido punible solo guarneían aquel puerto treinta fusileros al mando del capitán del núm. 1 de Chile don José María Calvo, pasó Benavides el Biobio con una gruesa columna de caballería por el vado vecino a su desembocadura; i penetrando de improviso en el pueblo lo puso a saco i a degüello, apoderándose de Calvo i de su escasa tropa.

La claridad de la luna, que brillaba con todo su esplendor, favoreció a los montoneros en su tarea de pillaje, i despues de haber saciado su codicia en los pudientes i su ferocidad en los inermes, se retiraron ántes de amanecer. "Estamos aquí con los lamentos (escribia al intendente Rivera en la mañana siguiente el vecino don Pablo de Vergara) porque el saqueo fué tan completo que no ha quedado individuo con importe de medio real" (1). El historiador Torrente, dice por su parte, quo Benavides hizo prisioneros cien individuos los "que fueron (testual) sucesivamente degollados" (2).

(1) Archivo del Ministerio de la Guerra.

(2) TORRENTE, *Historia de la revolución hispano-americana*, tomo III, páj. 68. No fué esta vez tan abundante, si bien horrible como siempre la carnicería de Benavides. El mismo la cuenta en su comunicacion citada a Figueroa en los términos siguientes: "El 2 del actual me diríjí con una respetable division de caballería sobre el puerto de Talcahuano, en donde so prendiendo toda la fuerza insuriente, a excepcion de las avanzadas i patrullas que se pusieron en defensa, fueron todos degollados, escapando solamente su gobernador i veinte soldados prisioneros que perdonandoles la vida los conduje a esta plaza. Entre éstos vinieron dicho gobernador, dos sargentos, un tambor con su caja de guerra, una famosa corneta inglesa con su cornetero, un pito, habiendo quedado Talcahuano evacuado de todo insuriente, porque el que no fué muerto, fué prisionero, i a no haberme merecido aquél vecindario alguna consideracion, hubiera sido concluido enteramente segun el furor con que entró la tropa."

Uno de sus prisioneros de aquella noche, don Rafael Saltarello, que despues llegó a ser teniente de sus fuerzas, nos ha referido que él mismo presenció la muerte de un respetable vecino llamado Santibáñez a quien un soldado atravesó con su lanza, porque no andaba bastante aprisa en el peloton de tropa, paisanos, mujeres i niños que llevaban prisioneros. Cuenta ademas Saltarello, que Benavides no entró a la población sino despues que Carrero se había apoderado del cuartel, i que cuando lo encontró aquél rodeado de una muchedumbre de soldados i paisanos a quienes había hecho prisioneros perdonándoles

No todo fué éxito, empero, para el degollador alevé, porque al retirarse por el lado de Concepcion salióle al encuentro el intendente Rivera con toda la guarnicion hábil de aquella plaza (que constaba de cien fusileros del núm. 1 i treinta cazadores de la escolta), i dándole alcance en el sitio llamado el Litrinal, le mató veinte hombres perdiendo solo cinco cazadores (1).

Benavides contó, sin embargo, su sorpresa del 2 de mayo como una de las mas altas glorias de su carrera i por todas partes ponderó sus resultados, asegurando que en el Litrinal había pasado a cuchillo a *doscientos* enemigos, a pesar de sus cañones, i les había arrebatado ademas toda su caballada. “Este terrible golpe (esclamaba en la misma carta de que hacemos estos extractos, tejido asombroso de mentiras) que acaban de sufrir los insurjentes en Talcahuano ha consternado de tal suerte al enemigo, que se halla reuniendo en Concepcion las pocas fuerzas que tenian en las fronteras para marchar sin duda a reunirse a Chile (2); pero llegan a tiempo, pues la capital está para sucumbir mui en breve porque el ejército de Ar-

la vida, lo reprendió severamente diciéndole que no habían ido a Talcahuano a traer prisioneros sino a exterminar el pueblo, declaración que está conforme con las propias palabras del bandido que acaban de learse. Carrero, cuya humanidad de carácter se hizo mas tarde bien notoria, ocurrió, empero, a la estrajema de decirle que todos eran voluntarios dispuestos a servir bajo sus órdenes, i así aquellos infelices escaparon de perecer allí mismo. En consecuencia, el capitán Calvo fué obligado a tomar servicio con Benavides lo mismo que Saltarello i todos los que eran capaces de cargar armas.

Entre los capturados aquella noche iba tambien el marinero jenoves Mateo Mainery de la dotacion de la *O'Higgins*, a quien lord Cochrane había desembarcado por enfermo al dirigirse a Valdivia.

En él encontró Benavides uno de sus mas perversos aliados i al mismo tiempo un verdugo sin corazon, pues fué mas tarde el principal agente de su ruina, entregándolo al gobierno de Chile en la playa de Topocalma.

En cuanto al oficial Saltarello que hemos nombrado al principio de esta nota i cuyo testimonio invocaremos con alguna frecuencia, debemos añadir que era un honrado jóven de Concepcion, hijo de un armero español de aquella ciudad i que se encontraba de paseo en Talcahuano en esa noche. Benavides, que conocía a su padre, lo invitó a servir a sus órdenes, i al mismo tiempo le ofreció mandarlo a su familia; pero alguien le aconsejó que se guardase de aceptar la última promesa, pues los mismos guardas que le daría Benavides lo matarían en al primer bosque del camino, pues tal era el sistema de aquel bárbaro con los que no se incorporaban resueltamente en sus filas. Saltarello, ya mui anciano, vive todavía en Santiago en una posición mediocre, i es talvez el único oficial de Benavides que le sobrevive, si exceptuamos a don Jervasio Alarcón.

(1) Parte de Rivara a Freire.—Concepcion, mayo 11 de 1820.—(Archivo del Ministerio de la Guerra).

(2) El nombre antiguo i popular, perpetuado por la tradicion que daba el nombre de Chile solo a los valles comarcanos de Aconcagua, el Mapocho i el Maipo.

tigas i Carrera vienen con rapidez sobre Santiago. Las fuerzas insurgentes que allí había se hallan en Rancagua i en Talca i algunas en Valparaíso al mando de O'Higgins. La capital en la mayor consternación esperando el terrible golpe que le amenaza. *Todos los pueblos de Buenos-Aires hasta Santa Rosa se hallan ocupados por las tropas del citado Artigas i Carrera,* que ambos vienen defendiendo los derechos del rei i castigando los rebeldes. La situación del enemigo es muy apurada, no les queda otro recurso que recurrir a su escuadrilla, i por eso la tienen reunida en Valparaíso para trasportarse en ella, luego que experimenten su último desengaño” (1).

I ensoberveciéndose en seguida con la hinchada magnitud de sus propias imposturas, apostrofaba al mismo corresponsal a quien dirijía aquella misiva de patrañas con la siguiente imprecación: “Trabajemos, pues, en la gloriosa defensa de unos puntos tan interesantes a la reconquista del reino i con nuestra constancia i fidelidad seamos los instrumentos principales de que ésta se facilite, i logremos por este medio eternizar *nuestro nombre i ser el objeto de estimacion i aprecio en las edades futuras i que podamos ocupar en la historia un lugar que inmortalice nuestros hechos.*”

El petulante asesino no se engañaba, i la historia está cumpliendo con su memoria su inexorable misión!

El intendente Rivera, por su parte, lastimado su corazón con aquellos excesos i rodeado en todos sentidos de los mil martirios de la impotencia, esforzaba su voz reclamando urgentes socorros del mariscal Freire, detenido todavía con promesas en Santiago (2).

(1) Carta citada a Figueroa.

(2) Todo el auxilio que se había enviado hasta fines de mayo desde la partida de Freire era un pequeño cargamento de víveres, despachado de Valparaíso el 4 de mayo en la fragata *Luisa* por el contratista de provisones don Antonio Aros... Componíase aquél de doscientos cincuenta i siete lios de charqui, ciento treinta i un surrones de frejoles, sesenta id. de cebo, cuarenta costales de grasa i veinte i nueve jamones.... Entre tanto, las guarniciones de la frontera se morían materialmente de hambre. O'Carrol escribía el 12 de abril desde el fuerte de Tucapel, que no tenía más víveres que unos cuantos puñados de trigo por soldado i que aun esta ración no duraría sino para tres días. «En este fuerte, refiere, corroborando aquellos hechos increíbles, el dragon Verdugo, pasamos muchas necesidades. Tuvimos que comer carne de cuanto perro podíamos tomar i después, cuando podíamos salir fuera i pillábamos algunas yeguas, nos servían de alimento, i como todo este tiempo estábamos rodeado de enemigos i cortada la comunicación i que nos habían retirado todas

“Las escenas de trágicos acontecimientos, (le decia el 11 de mayo, a consecuencia del desastre de Talcahuano) con que por tanto tiempo ha sido aflijida esta preciosa porcion del estado chileno, deben interesar en su remedio la piedad de S. E. el señor director supremo. Seria difundirme demasiado i aun quitar el tiempo a la ocupada atencion de US. con retratar los horrores con que un enemigo desapiadado i cruel se ha distinguido en esta época de la revolucion americana. Torrentes de sangre vertida i una devastacion total en lo principal de esta infeliz provincia, exigen de justicia el remedio conducente a la terminacion de tantos males. La fama publica estos hechos, pero este gobierno cree siempre un deber suyo, ponerlo directamente en noticia de la autoridad, de quien debe emanar la providencia que cure radicalmente la fiebre política que desola estos paises.”

Tal era el estado de la guerra del sur cuando a mediados de junio echó sus anclas en la bahía de Arauco el bergantin que conducia de regreso al teniente coronel Pico, despues de una excursion propicia que habia durado tres escasos meses (1).

De la simple relacion de los hechos narrados hasta aquí, resalta la triste situacion que cabia al ejercito patriota en los primeros meses del año que corria; i no puede decirse que aquella se mejoró por el viaje casi estéril del jeneral Freire a la capital i ménos todavia ciertamente por el resultado de la lejana mision de Pico.

Con la presencia de éste, tomó nuevo nervio la direccion de la guerra que languidecia en las manos minuciosas de Benavides.

las yeguas, comenzamos a comernos caballos de los mismos nuestros, eligiendo siempre los mas flacos.

“Respecto del sueldo del soldado, añade el mismo injénuo narrador, no se nos pagaba, i cuando llegábamos a recibir, era allá mui de tarde en tarde en buena cuenta. Oficiales habia en el ejercito, que no tenian una camisa con que mudarse; se veian soldados con las fornitruras a raiz de las carnes i mayormente cuando entrabamos a la tierra de los araucanos, tuvieron que vestirse muchos con chiripá, al uso de los indios.”

(1) No queda constancia de la fecha precisa en que llegó Pico a Arauco, pero habiendo salido del Callao despues del 15 de mayo no pudo llegar antes del 15 de Junio. Lo que es evidente, es que aquel se encontraba en Arauco antes del 28 de junio, pues en ese dia el intendente Rivera escribia mui alarmado al mariscal Freire. Deciale tambien en esa ocasión que entre los relaistas circulaba la noticia de que se esperaba por momentos al coronel Sánchez con cinco transportes, i otras patrañas por el estito, propios de la grosera inventiva de Benavides.

des; i como en otras ocasiones, el primer estallido de la naciente borrasca fué a reventar en la planicie que rodea a la indefensa Chillan. El 22 de junio presentóse en la colina de Quilmo, en el sitio mismo en que Victoriano había escarmientado a Elizondo un año atrás, el jefe de partidas Jervasio Alarcon, destacado desde el otro lado del Biobio por Bocardo, i presentó atrevidamente batalla al gobernador de Chillan, acostumbrado ya a vencer. Sin otra ceremonia que la de desenvainar los sables i sin mas estrategia que la de hincar la espuela a los caballos, Victoriano cayó sobre la gruesa banda realista i la rompió en todas direcciones, matándole sesenta jinetes en la primera carga. En vano Alarcon intentó rehacerse formando un cuadrigongo con su tropa "única cosa, dice irónicamente en su parte Victoriano, que aprendió de Sánchez" (1), porque en aquellas guerras lo que equivalía a la victoria era el primer choque de las armas, no quedando después otra maniobra que la fuga para los que eran arrollados i la persecución hasta rendir el aliento de los caballos para los que habían vencido.

Aquel golpe desconcertó seriamente los planes de invasión que se meditaba del otro lado del Biobio, i aun se dijo que Bocardo había amenazado fusilar a Alarcon por su derrota (2). Sin embargo, pocos días después (el 28 de junio) presentóse a orillas del Itata otro mrontero de la belicosa familia del último capitanejo, llamado Santos. Mas en breve perdió la vida con cinco de los suyos en un encuentro que sostuvo con el gobernador de Cauquén, el coronel Merino, en el sitio llamado el Puñural.

No se pacificó, por estos desastres el distrito de los Llanos, porque la Montaña, hirviendo de enemigos, alimentaba aquel reguero de sangre que parecía inundar todos los campos, enviando por cada hombre que caía en las filas o era ajusticiado, diez veces mayor número de vengadores. Creyóse por el gobierno de Santiago, como ántes ya dijimos, que la terrible severidad del gobernador Victoriano era el pábulo más activo

(1) Parte de Victoriano a Freire, Chillan, junio, 22 de 1820.—(Archivo del Ministerio de la Guerra).

(2) Parte de Alcázar a Freire.—Anjeles julio 9 de 1820.—(Archivo del Ministerio de la guerra)

que mantenía inextinguible aquella hoguera, i le quitaron el puesto despues de su última brillante victoria del Quilmo, nombrándole por sucesor al coronel don Pedro Ramon Arriagada. ¡Vana mudanza! (1) Una semana ántes de este cambio de nombres, el comandante Viel que llegaba de la capital con el cuarto escuadron de granaderos a caballo (ahora *Húsares de Marte*) entraba a la Montaña con cincuenta jinetes, i aquel oficial europeo, humano, valiente, acostumbrado a las guerras civilizadas del viejo mundo, hizo su estreno sorprendiendo una guerrilla enemiga en el Diguillin i fusilando cinco de quince prisioneros que logró tomar; i este fué un rasgo de lenidad que le tuvieron muchos a mal i por el cual el mismo Viel se disculpó.....(2)

¡Tales eran los tiempos!

Pocos dias despues, el nuevo gobernador elegido, a título de su benignidad, penetró en la Montaña con doscientos hombres en busca de los Pincheiras, i como no encontrara a éstos en sus tolderias, las redujo a cenizas i regresó a Chillan con cinco prisioneros, quitados a la gavilla de Valentín Romero que recorría la comarca robando caballos i monturas. En seguida hizo con aquellos exactamente lo mismo que hacia Victoriano, esto es, los fusiló en la plaza pública. No eran los hombres, era la situación en sí misma la que se imponía en el curso de una guerra de diez años que tocaba a su fin i que por lo mismo tenía todos los signos de la desesperación i el vértigo de la agonía.

Otro tanto sucedía en la raya del Biobio.

En el mismo dia (28 de junio) en que Merino mataba a Santos Alarcón en Puñural, una partida realista que había

(1) Hemos visto ya que apesar de este desaire, fruto de aviesas intrigas, Victoriano había continuado sirviendo como voluntario en el sitio posterior de Talcahuano. Pocos meses despues se retiró, empero, del servicio (marzo 1.^o de 1821) con el grado de sargento mayor efectivo que le había conferido el director O'Higgins en julio del año anterior. Despues que el general Freire ocupó el puesto supremo de la República entró de nuevo al servicio i se retiró definitivamente en 1826 con el grado de teniente coronel efectivo. Este brillante oficial falleció en San Carlos de una cruel enfermedad en la sangre el 18 de noviembre de 1826, no dejando ni hijos ni bienes.

(2) Parte de Viel.—Diguillin julio 28 de 1820. Despues de este encuentro, el comandante Viel se internó en el corazón de la Montaña en persecución de los Pincheiras que con cien hombres de fusil i lanza i otros tantos armados de garrotes se habían atrincherado en un *malal* inaccesible. Hubo, pues, de retroceder sin fruto de aquella excursion i continuó i acuartelado en Chillan guardando aquella interesante posición.

asaltado la hacienda de Gualpen, en cuyos términos se halla edificada la moderna Concepcion, con el objeto de robar caballos, habia dejado dos prisioneros en manos del intendente Freire, fuera de siete que, se ahogaron al regresar, arrastrados por la corriente. "Pues bien, escribia él mismo dia aquel funcionario, hablando de los primeros, mañana serán éstos ahorcados, cuya clase de muerte infunde mas terror al enemigo!"

Mas, al interior era sorprendido por esos mismos dias (julio 1.^o) en la aldea de Gualqui el valiente alferez, hoy coronel don Francisco Porras, al mando de una partida de quince fusileros del núm. 1 de Coquimbo en cuyo cuerpo servia, i en el acto mismo de caer sobre el cuartel en que estaba alojado, el enemigo fusiló uno en pos de otro todos los prisioneros que en la turbacion del primer momento logró hacer. El intrépido Porras se encerró, sin embargo, en un cuarto con siete de los suyos, i allí hizo tan denodada resistencia que perecieron diez de los asaltantes con su jefe el capitán Campillo, tomando el resto la fuga, a virtud de aquel estrago i por un tropel de yeguas que sintieron venir por entre una densa niebla matinal, i que juzgaron era socorro que llegaba al oficial patriota (1).

Por último, en los Anjeles mismos la guerra de emboscadas se hacia sin tregua i sin clemencia como en Concepcion, en Chillan, en el Itata, en la Montaña, en todas partes. El 8 de julio habia salido de aquella plaza el oficial don Domingo Orrego a buscar víveres en la vecindad, i a poco de haber dejado el reducto, le salió una partida enemiga con el intento de saltararlo, pues iba acompañado solo de su asistente. A sus

(1) Parte de Porras.—Gualqui, julio 1.^o (el original dice agosto 1.^o) de 1820. Porras dice que entre los muertos del enemigo se encontraba uno de los oficiales que lo mandaba i que además de los cadáveres dejados en el sitio, llevaron dos mulas cargadas de ellos, fuera de que algunos caballos que se tomaron daban a conocer por la sangre que empapaba sus monturas que sus jinetes habían sido derribados en el fuego.

Los detalles de este hecho de armas han sido confirmados por una relación que el coronel Porras ha tenido la bondad de dictar para mi uso. Añade en ella que el enemigo tuvo aviso de su situación por un sargento de milicias llamado Marcos Rojas que se pasó al enemigo aquella noche. El mismo Rojas, que guiaba la partida enemiga, le gritaba que se rindiese i que Benavides lo haría feliz, pues le estimaba mucho. El enemigo, en vista de la obstinación de Porras prendió fuego al cuarto donde se hallaba encerrado; pero huyó precipitadamente por la circunstancia que dejamos mencionada.

gritos salieron veinte cazadores a salvarlo, pero envueltos aque-
llos por una emboscada de infantería que mató nueve de ellos i
al abanderado Solis que los mandaba, retrocedieron sobre la
plaza. “De los enemigos, dice Alcazar, en el parte de ese he-
cho de armas (Anjeles, julio 8 de 1820) se *carnearon* bastantes;
pero el campo de batalla quedó por ellos, que así rolan los
asuntos de la guerra.” Pereció tambien en ese encuentro des-
graciado el capitán Moreno de las milicias de los Anjeles.

Así, de horror en horror, de asesinato en asesinato, se arras-
traba aquella ingrata guerra como si los soldados que la sostie-
nian fuesen solo manadas de béstias feroces i el objeto de sus
riñas una presa caida en los lodazales i que ellos se disputaban
con sangrientos hosicos.

Habia llegado, empero, el momento de una reaccion en que
la guerra tomaria otras proporciones para crecer en espanto, si
bien de esta manera se provocaria mas aprisa un desenlace. El
único hombre capaz de aquellas combinaciones en el campo
enemigo, iba a montar a caballo en calidad de jeneral en jefe.
I aquí puede decirse comienza la verdadera guerra campal de
las fronteras del sur, de las que será caudillo, héroe i a la postre
mártir, no el menguado i villano desertor de Quirihue i Tuca-
pel (1) el viejo, sino el fiel aunque implacable alcalde de Va-
llendar.

(1) Para dir tregua a la matanza, adoptóse por este tiempo el arbitrio de
remitir por mar a Valparaíso los reos a quienes era posible salvar del suplicio.
Llenos están los libros del Ministerio de la Guerra de las nóminas de esos
individuos. Por curiosidad únicamente, insertamos la siguiente de seis que
fueron remitidos en el bergantín *Aquiles* el 25 de setiembre de 1820, a saber:
De Quilacoya, Lorenzo Pozo, por tener correspondencia con el enemigo.—De la
Florida, Ramón Sanhueza, aposentador de Chayez i demás saqueadores de Co-
yanco.—Santiago Jara, por ladrón, saqueador i godo.—Andrés Ceballos acusado
de igual delito.—De Pichaco, Manuel Meza, por ladrón i aposentador de godos.
—Valentín Rodríguez, id. id.

CAPITULO XI.

El regreso de Pico coincide con la partida de la Expedicion libertadora del Perú.—Plan de reconquistar a Chile que fragua de acuerdo con Benavides.—Ojeada retrospectiva sobre la situacion politica de la provincia de Concepcion.—Dotes de Benavides como instructor de tropas, i rasgos de ferocidad con sus subalternos.—Organizacion del rejimiento de *dragones de nueva creacion*.—Sus principales jefes.—Plan de operaciones contra Freire.—Regresa este de Santiago, a virtud de los ruegos de su sustituto.—Resfuerzo del cuarto escuadron de granaderos a caballo.—Anuncios de las operaciones del enemigo.—Vacilaciones del general Freire.—Medidas militares para resistir a Pico.—Lasa éste el Biobio con su rejimiento.—Encuentro de Yumbel.—Crueldades de Pico i lances en que estuvo al perecer.—José María Siniego.—Alarma de Freire por la suerte de Viel i de O'Carrol.—Envia en su socorro al comandante Cruz con ochenta cazadores.—Reunion de todas las fuerzas.—Necesidad de marchar sobre los Anjiles.—Desgraciada disputa sobre el mando en jefe que sobreviene entre Viel i O'Carrol i sus funestas consecuencias.—El comandante don Benjamin Viel.—Decision de una junta de guerra.—O'Carrol marcha sobre Pico.—Campamento del Manzano.—Bocardo se reune a Pico con un grupo de indios.—Persiguelos O'Carrol con estraña flojedad.—Combate desastroso del Pangal.—Muerte de O'Carrol.—Fuga de sus principales jefes con los restos de sus fuerzas.—El capitán Zorondo i el ayudante Búlnes.—El alferez Uriarte.—Lances del dragon Verdugo i su cautiva.—Pico fusila todos los prisioneros i se dirige a la confluencia del Laja.—Causas del desastre del Pangal.—Reflecciones.

El regreso del coronel Pico, suceso oscuro en sí pero de escondida trascendencia, coincidió con el hecho mas memorable de nuestra historia, despues del 18 de setiembre de 1810 en que nos hicimos libres: con la partida de la escuadra i ejercito invasor del Perú el 20 de agosto de 1820, que nos hizo libertadores. La crisis verdadera de nuestra redencion habia durado un decenio cabal.

ciones; pero excepto al través de las rejas de una prisión o sobre alguna lejana colina, declaro que jamás he visto un patriota declarado” (1).

En efecto, cuando O’Higgins se había retirado a fines de 1817, no había podido arrastrar consigo delante de su ejército, sino unos cuatro mil habitantes de aquella dilatada provincia, todos los que encontraron un asilo en la noble i probada fraternidad de Santiago. Pero cuando Sánchez se retiró a su turno, a fines de 1818, llevó consigo la población en masa i voluntaria. La ciudad de Concepción quedó literalmente desierta (2). No menos de seis mil de sus vecinos, inclusas las monjas octojenarias de la Trinidad, le siguieron a los Anjeles i otros dos mil pasaron el Biobio i se acamparon en San Pedro, hasta que por la llegada de Freire fueron a asilarse en Arauco, en Tucapel i en toda la costa hasta Valdivia. Otro tanto sucedía en Yumbel, en Los Anjeles, en Santa Bárbara i en todas las plazas fronterizas. Millares de familias atravesaron el río fronterizo i fueron a estacionarse, ya en Quilapalo, bajo la protección de Bocardo i Elizondo, que allí establecieron su cuartel jeneral; ya en el estero boscoso de Pile con el lenguaz Rafa Burgos, que los

(1) *Journal of residence in Chile by a young american.*—Boston, 1823, páj. 223.

El autor anónimo de esta interesante obra, era un joven comerciante, natural de Boston, que habiendo entrado a Talcahuano durante el sitio de 1817 en el bergantín americano *Castor*, fué apresado por Ordóñez, junto con el *Beaver*, de que hemos hablado en otra ocasión. Con este motivo quedóse aquél en Concepción durante todo el año de 1818 i parte de 1819, residiendo en Gualqui, asilado en la hacienda de don José Antonio Sosa, o en Penco viejo, desde cuya playa presenció el combate de la *Maria Isabel* con el *Lautaro* i el *San Martín*.

Tomado mas tarde prisionero por la guerrilla del capitán Mendoza, a consecuencia de habersele encontrado una póliza de seguro con el rubro impreso de *Marine insurance*, (lo que el jefe de la partida, que aseguró saber todos los idíomas del mundo, tradujo por un despacho de *marino insurjente*) fué conducido a los Anjeles i hospedado allí con jenerosidad por el rico hacendado don Juan Ruiz, de quien hemos hecho mención como uno de los sitiadores de los Anjeles, donde se presentó con sus cuatro hijos.

La narración es sumamente sencilla, veraz i sin pretensiones, atributo rarísimo en esta clase de libros, i contiene no pocas veces observaciones profundas emitidas con un simpático candor. Asegura el autor, por ejemplo, hablando de la acendrada adhesión al rey de los penquistas, que frecuentemente le preguntaban si los ingleses eran también tributarios de Fernando VII i le interrogaban con asombro sobre si podía existir algún patriota en Europa, la que juzgaban sometida a España como en el tiempo de Carlos V. En cuanto a los araucanos, era mucho peor. «Para los indios, dice (pág. 175), bastaba señalarles o nombrarles un patriota para que cayeran sobre él con todo el furor salvaje de su odio.”

(2) “Podía recorrerse a medio-día las calles de Concepción, (dice el autor arriba citado, páj. 125), sin divisar otro objeto en movimiento que la propia sombra ni otro ruido que el de los propios pasos.”

protegia de los indios con su influencia; ya en el río Bureo amparados por la alianza de Mariluan, cuyos eran aquellos territorios; ya por último en los bosques solitarios, "donde, dice uno de los mismos hombres que buscó este género de asilo (1), durante los súbitos cambios de la guerra muchos individuos i aun familias numerosas han permanecido por meses enteros ocultos a la distancia de una legua del enemigo."

No era otro el origen de los *emigrados de la Montaña*, en cuyos hondos valles se habían asilado las poblaciones de los llanos desde Chillán a Talca, i de cuya especial vida en su lugar nos ocupamos mas estensamente.

De aquí, entre tanto, esa población nómada pero aguerrida, apasionada, tenaz, subyugada por los clérigos i los caciques, de que hemos hablado varias veces con el nombre de *emigrados* i cuyo número, por un cálculo prudente, no bajaría de diez mil del otro lado del Biobio i sus afluentes. Solo en Quilapalo, asegura el historiador Gay, se asilaron entre Quilaco i Huinquen no menos de setecientas familias; i allí, poco mas tarde, fueron entregadas por capitulación en 1822 no menos de cuatro mil personas (2).

(1) El autor anónimo citado, páj. 161.

(2) Partes de Búlnes i de Lantao de marzo 29 de 1822.—Don Pedro Belmar, que residió en Quilapalo desde 1819 hasta 1822, en calidad de comisario de la real hacienda, nos ha asegurado que se había formado un verdadero pueblo en aquella localidad en cuyo recinto nada faltaba para las necesidades mas apremiantes de la vida. El ganado era abundante i el trigo se producía con tanto rendimiento que en una corta planicie de la cordillera un solo individuo, llamado Aranda, había cosechado mil doscientas fanegas de sesenta de siembra. Verdad era que escaseaba por completo el dinero, pero todas las transacciones se hacían en anil i tabaco, i éstos eran los ramos de hacienda que administraba Belmar.

Respecto de la tenacidad de aquellos refugiados, nos queda solo por decir que fué escasísimo el número de los que se acojeron a la amplia amnistía que concedió el gobierno chileno a principios de 1819; cuando Sánchez emprendió su retirada sobre Valdivia.

Para que se juzgue de la amplitud de esta medida i de sus mezquinos resultados debidos al principio ultra-realista encarnado en el sur, publicamos en seguida el decreto directorial. Dice así:

BANDO.

“El director supremo del Estado de Chile, de acuerdo con el Exmo. Senado, declara lo siguiente:

“1.º Todas las provincias i habitantes del territorio que comprende la intendencia de Concepción, quedan restituídos a la unión política i moral del Estado chileno, i por consiguiente, existe la más completa i sincera amistad i olvido general de cuanto haya precedido sobre opiniones políticas hasta la época de la restitución de esas provincias. Todo habitante que exista en ellas, i no se encuentre actualmente armado contra la causa del Estado, no debe responder a ningún magistrado ni particular de su anterior conducta pública, i tiene derecho de reconvenir ante los jueces a cualquiera persona que le insulte o recuerde sus

Aquellos eran, pues, los eternos semilleros que estaban alimentando con sus brazos, con sus rústicas faenas, con los restos de su opulencia i con una fidelidad digna de un pueblo jeneroso, esa serie inagotable de guerrillas i de columnas expedicionarias que hemos visto pasar como en una vorájine de sangre por las páginas de este libro. Aquellos eran tambien los centros donde Benavides encontraba recursos de todo jénero para rehacerse en sus contrastes i de donde, secundado ahora por el jenio i la actividad de Pico i las promesas i halagos del virei, que se hacia circular con estudiada exageracion, iba a sacar una hueste poderosa que pudo llevarle de triunfo en triunfo hasta la capital misma del reino.

Empeñado, pues, aquel caudillo en levantar en esta coyuntura, que a la verdad era la mas propicia, un verdadero ejérci-

anteriores operaciones públicas, para que sea castigado con la pena que la lei señala a las injurias graves.

“2.” No se confiscará ni secuestrará propiedad alguna de habitantes de Concepcion que se hayan retirado involuntariamente con el enemigo, i existan bajo su dominio, interin no conste de un modo legal que han tomado las armas contra la causa de la patria en esta última campaña; o que pudiendo, no se restituyan a sus hogares dentro de treinta días despues de la publicación de esta proclama.

“3.” Todo individuo que habiendo tomado las armas, o declarándose ajente principal de la ejecucion de los males inferidos al estado o a sus habitantes, fugase del dominio del enemigo i se restituyese a las provincias restauradoras, será acreedor a toda la consideracion del gobierno; a cuyo efecto no se eeujevarán bienes algunos de los susodichos, por el mismo término de los treinta días i bajo de exacto inventario i seguras fianzas, quedarán entretanto en depósito de sus mismas familias, o personas que quisiesen hacerse cargo de ellos a nombre del ausente.

“4.” Todo militar i paisano, que no siendo habitante de Chile se pasase del dominio del enemigo a nuestro ejército i provincias, despues de ser atendido conforme a su mérito i grado, tendrá la libertad de restituirse a España o a cualquier Estado, o provincia extranjera o de América, que no se halle ocupada por el enemigo, o si elijiere mas bien conservarse entre nosotros, se le considerará i atenderá como un vecino benemérito de Chile.

“5.” No existirá en la provincia de Concepcion tribunal de vijilancia, ni otro alguno que se dirija a examinar la conducta pasada, ni molestar en lo presente a los ciudadanos, quedando al cuidado de los jefes ordinarios i naturales de las provincias, todo lo que pertenece a la política i seguridad pública, conforme a la constitucion i a las leyes.

“6.” Todo habitante que fuese molestado, o agraviado con infraccion de esta amnistia, tiene la libertad para reclamar contra sus jueces u opresores, i en el caso que se le impida, puede hacerlo cualquier habitante a las altas magistraturas del Estado, seguro de que, si lo pide, se ocultará su nombre, interin no resulte un falso i criminal delator i con la sólida confianza de que será escarmecido completamente todo abuso de los jefes, magistrados i perseguidores.

“7.” El presente seudo-consulto i decreto de amnistia, se imprimirá en todos los papeles públicos, se publicará por bando, i fijará en todas las villas cabeceras, iglesias i capillas de la intendencia de Concepcion, i se repartirá a todos los puntos i personas que hallasen por conveniente aquél intendente i los jefes del ejército.—Palacio directorial de Santiago de Chile, a ocho de febrero de 1819.—BERNARDO O'HIGGINS.—Joaquín de Echeverría.

to, redobló sus esfuerzos para reclutar buenos soldados, disciplinarlos, equiparlos con los auxilios que había traído de Lima, i poner el bando fronterizo bajo todos conceptos en el pie de una fuerza regular, incorporando en él todas las montoneras i partidas sueltas, compuestas por lo comun de hombres desenfrenados i comandados por capitanejos irresponsables.

Preciso es confesar que en esta parte prestaba un auxilio poderoso su jefe Benavides, porque este ramo de la guerra era la verdadera especialidad de este hombre vulgar, i hasta aquí imperfectamente definido. Benavides era un ríjido disciplinario, un instructor de reclutas tesonero e incansable, un jefe immejorable de partidas forrajeras, (i a este servicio debió sus galones de teniente conferidos por Ordóñez durante su encierro en Talcahuano); era por último un incomparable cabo de espías, porque reunía precisamente todas las dotes de esa especie de malvados viles, pero llenos de ardid, que en la raza humana representan al reptil. A su astucia, a su vijilancia, a su embozada desconfianza de los demás hombres, añadíase para hacerle capaz de dar organización a aquellas hordas, su terrible i devoradora ferocidad. Era la lei de su felino corazón matar a todo enemigo; pero solía también matar a los que no cumplían fielmente sus sangrientos mandatos. Hemos ya visto, segun el testimonio del jeneral Cruz, que quiso fusilar a uno de sus mejores capitanes porque se dejó batir; a otro no menos valiente (el capitan Francisco Rojas) le habría quitado sin remedio la existencia, si sus camaradas no hubiesen amenazado con amotinarse; al capitan Cervelló le rebajó en otra ocasión a servir como último soldado porque había cortado sin su permiso un poco de esa totora del sur llamada *paja ratonera*, para remendar su rancho, i por último hasta su propio compadre i el amigo de su mayor intimidad, el coronel Lavandero, lo hizo fusilar en la playa de Arauco por sospechas de que quería envenenarlo.

No era, pues, extraño que los rudos soldados fronterizos obedeciesen a tal jefe, cuando se hallaban al alcance de su mano, lo que sucedía siempre en las guarniciones, pues, en el campo de batalla a quien temían i a quien gustaban seguir era a Pico. Por los cuidados de Benavides i bajo la inspiración del último,

organizóse de lo mejor de todas las tropas sueltas de ultra-Biobio un rejimiento de caballería armado de sable, tercerola o fusil recortado, i de lanza, bajo el título de *Dragones de nueva creacion*, en oposición al antiguo cuerpo de la misma denominación que había guarnecido las fronteras araucanas durante el coloniaje, i del que Benavides conservaba todavía a su lado algunos soldados i oficiales como Alarcon, los dos Rojas i otros.

Componíase aquél rejimiento de cuatro escuadrones, divididos en compañías que contenían por lo común hasta cien hombres, i lo mandaba en jefe Pico con el título de teniente coronel de caballería que le había conferido Pezuela.

Su primer escuadrón, formado en casi su totalidad de soldados de la campiña de Chillán i su Montaña, era mandado por el valiente José María Zapata, la mejor lanza del rei en aquellas contiendas, i tenía por capitanes a Jervasio Alarcon (chilanejo como Zapata) i a don Dámaso Herquiñigo, notorio por su残酷, la que le costó después la vida.

Tenía a sus órdenes el segundo escuadrón el valeroso gallego Carrero, el mismo que hemos dicho había venido voluntaria de Valdivia a fines de 1819 i con el simple grado de teniente que tenía en el ejército español. Eran sus capitanes de compañía el catalán don Antonio Cervelló, hombre rudo i sin cualidades militares, que se pasó después a nuestras banderas con su jefe, i el capitán chileno don José María Calvo, que fué capturado el 2 de mayo en Talcahuano i que compró su vida al triste precio de acaudillar bandidos.

El tercer escuadrón componíase principalmente de gente de Santa Juana i lo mandaba don Mariano Ferrebú, comerciante de Talcahuano, i hermano del cura de Rcre, hombre de bizarra presencia pero cruel i escandaloso, que llevaba a la grupa a su querida disfrazada con traje de soldado (1). Sus compañías tenían, empero, valerosísimos oficiales, como el famoso José Ignacio Neira, natural de Santa Juana, de cuyas proezas hemos de hablar en adelante en más de una ocasión, i el español Joaquín Mascareñas, feroz guerrillero.

Mandaba por último el cuarto escuadrón aquel jóven subte-

(1) Datos de Saltarello.

niente de dragones que hemos dicho vino de Valdivia con Carrero en 1819, llamado Agustin Rojas, arrogantísimo soldado, de fuerzas hercúleas, i que a pesar de su juventud i de los celos en que hervia el campo realista, se habia conquistado en pocos meses por sus hechos el alto puesto que desempeñaba. Era natural de los Anjeles, hijo de un honrado artesano, i decíase de él que en la campaña de 1818 habia corrido en Quechereguas al mismo Miguel Cajuravilla, de granaderos a caballo, que era en verdad el mas alto elojo que pudiera tributarse a su bravura. Sus capitanes eran su hermano don Francisco, que vino con él a Arauco en clase de soldado distinguido i un brillante joven casi imberbe, natural de los Anjeles, llamado Zorondo, cuyo padre, don Fermin Zorondo, fué gobernador realista de aquella plaza poco mas tarde (1).

Constaba el efectivo de este poderoso cuerpo, de setecientos a ochocientos hombres tan bien mandados como se acaba de ver i cuyos soldados escojidos, si bien podian ser deficientes en armas, por la variedad de ellas que usaba cada escuadron, sobrepujaban con mucho a la caballería patriota en la excelencia de los caballos. Los *Dragones de nueva creacion* iban, pues, a ser el centro de resistencia de las fuerzas realistas i la verdadera pujanza de su organizacion militar. Los otros cuerpos que Benavides llamaba de *infantería montada, milicias, naturales, etc.*, eran grupos mas o menos informes i de los que se echaba mano segun las circunstancias. Era esto último, no obstante, mui frecuente, pues Benavides, a diferencia de Freire, no tenia pueblos que guardar ni guarniciones que cubrir, excepto las de Arauco i Santa Juana.

En los primeros dias de setiembre de 1820 i cuando con la vuelta de la primavera tornaba la estacion propicia a la matanza, Benavides resolvio poner en planta el plan de campaña que le habia sujerido Pico, i que sin duda ambos combinaron en vista de los premiosos consejos e instrucciones del virei Pezuela (2).

(1) Puede haber algun error en la colocacion de los capitanes en esta numeracion, pues no consta de ningun estado oficial. La hemos formado lo mas aproximativamente posible segun los diversos datos que hemos tenido a la vista. El error, repetimos, puede estar en la colocacion respectiva, pero no en los grados, el arma, los nombres, etc., pues todo esto lo tenemos bien comprobado.

(2) Ya el 8 de setiembre Benavides escribia a Hermosilla, que se hallaba en la Montaña, anunciandole que iba a atacar al enemigo que se hallaba desaperci-

Consistia aquél simplemente en obligar a Freire a salir a campaña, dejando a Concepcion con un débil resguardo, i en el momento que esto sucediera, echarse sobre aquella plaza con una division secretamente apostada de la otra parte del Biobio, i ponerlo en seguida entre dos fuegos, batiéndolo, si era posible, o lanzándose sobre el Maule, segun las circunstancias.

Para realizar estas miras, Pico debia pasar con sus dragones por el vado de Santa Juana o el vecino de Montereí, i marchar inmediatamente sobre Yumbel, para atraer a Freire a aquella *cancha de guerra* de las fronteras.

Inmediatamente que esto sucediese, Benavides debia pasar el Biobio por San Pedro con una gruesa division de infantes, milicianos e indios que tenia apostada en Colcura i atacar a la desguarnecida Concepcion.

No se habia ocultado al jefe patriota aquel propósito, i tomaba sus medidas en consecuencia. El jeneral Freire habia regresado de Santiago en la primera quincena de julio (1), sin mas recursos efectivos que el cuarto escuadron de granaderos a caballo, el cual, por un prodigio de condescendencia habia consentido en segregar de su rejimiento i del ejército libertador el jeneral San Martin, ufano i avaro de esos soldados que él creara i llevó el primero a la victoria (San Lorenzo, 1813); pero aun esta fuerza, como ántes hemos visto, habia sido detenida en su camino para guardar a Chillan, repitiéndose lo que seis meses atras habia acontecido con los dragones de O'Carrol, tan jeneral era la insurrección realista en todos los partidos de ultra-Maule, i tan escasos los medios de atajarla que contaba el gobierno republicano.

A su arribo a Concepcion, el jeneral en jefe habia comenzando a orientarse, sin embargo, de las intenciones secretas de los

bido en Pilco i lo aseguraba que «mi señora de Mercedes lo había llevado a aquél sitio para exterminarlo.» — (GAY, *Historia de Chile*, tomo VI, páj. 409).

(1) Ignoramos la fecha exacta del regreso de Freire a Concepcion, pero el 1.^o de julio se encontraba en Cauquenes de paso para aquella ciudad.

Durante los cuatro meses que habia durado su malhadada ausencia, no habia cesado de llamarle su sustituto el coronel Rivera invocando sus mas sensibles aspiraciones. «Parece que el nombre de US., le decia el 11 de mayo, era la rémora que contenía las incursiones de estos monstruos matricidios. Léjos de un escarmiento i temor por tantos castigos ejecutados con justicia, eso mismo les sirve de estímulo para nuevas empresas, que no tienen otra mira que el robo, la violación de las leyes divinas i humanas i el csterminio de los hombres.»

caudillos enemigos. En los bolsillos de aquel guerrillero Santos Alarcon, que hemos dicho mató el coronel Merino a orillas del Itata el 28 de junio, habíase encontrado una carta de Zapata a uno de sus secuaces de Quinchamalí en que le pedía su *caballo bayo*, que sin duda sería el que él montaba en los días de batalla, i en la que leíase ademas esta frase significativa de futuros movimientos. "Luego me tendrán Udes. por esos partidos."

Poco mas tarde (el 18 de agosto), los espías que mantenía en el campo de Benavides el capitán don Antonio Dámaso del Ríos, gobernador de Talcámávida, venían a decirle que era unánime la voz de una invasión en el cuartel jeneral de Arauco; que allí se tenía por cierto, gracias a los descarados ardides de Benavides, que "desde Buenos-Aires al Maule todo estaba por el rei" (1); que en consecuencia de ésto, Freire había venido *arrancando* desde Santiago i, por último, que en lo único que había discrepancia era sobre si el movimiento sería hacia el sur para rescatar a Valdivia o sobre Concepción.

Esta última estratagemma era bastante grosera, i sin embargo, ella encontró cabida en el ánimo del incauto jefe militar de las fronteras.—"Yo creo, escribía el 21 de agosto al gobierno de Santiago, i aludiendo a las noticias recojidas en Talcámávida, yo creo que Benavides se halla perplejo conociendo su impotencia!"

Igual a su profundo i ciego desprecio por los montoneros de ultra-Biobío era la frecuente imprevisión militar de que daba testimonio el jeneral Freire en aquellas aciagas campañas!

Una semana mas tarde vino, empero, a sacarlo de duda, un despacho escrito en los Anjeles el 28 de agosto por el jeneral Alcázar. En él le decía que el comandante Ferrebú, estacionado en Santa Juana con el tercer escuadrón de dragones, había ordenado que se arrimasen palos a la orilla del río para amarrar hasta treinta balsas.

Pero aun delante de este aviso que no podía ser mas terminante sobrevino otra nueva vacilación, fruto de las estratagemas de Benavides. Hacia éste correr la voz de que meditaba atacar

(1) Parte de Ríos.—Talcámávida, agosto 18 de 1820 (*Archivo del Ministerio de la Guerra*).

a los Anjeles, para mejor asegurar su golpe sobre Concepcion, i el jeneral Freire, que sabia la estrema e irremediable penuria de municiones i de víveres en que se encontraba aquella importante plaza, se preocupaba profundamente de atender a su defensa, con preferencia a todo otro plan de hostilidades.

Bajo esta persuacion, ordenó al comandante Viel en los primeros dias de setiembre de 1820, que avanzara con la posible diligencia desde Chillan a ocupar la posicion estratéjica de Yumbel, casi medianera entre los Anjeles i Concepcion. Con el mismo fin habia hecho situarse a O'Carrol con sus dragones en Rere, (a donde aquel jefe habia llegado a pié, trayendo los soldados sus monturas al hombro despues de haberse comido sus caballos) (1) i situado por ultimo al capitán Luis Rios con cuarenta cazadores de la escolta en Gualqui, mas hacia Concepcion. Esta fuerza, asi como la guarnicion de Talcamávida compuesta de cuarenta infantes i dos cañones de campana; quedaba sujeta a las órdenes de O'Carrol.

Todas estas disposiciones militares no eran bajo ningun concepto mal concebidas, pues aquellas tropas montadas, al paso que formaban una especie de cordon de comunicacion entre las dos extremidades de la linea de frontera (los Anjeles i Concepcion), podian, en un momento dado, resolverse en una sola columna de caballeria bastante respetable para tomar el campo contra el grueso del ejército enemigo. El jeneral en jefe cometió, sin embargo, la imperdonable falta de no comunicar sino órdenes vagas, casi contradictorias a los jefes principales de aquellas fuerzas. No les señaló tampoco un plan de campana mas o menos aproximativo, a fin de obrar de consuno i en comunicacion con él mismo i con Alcázar, en el caso que el enemigo hiciese una invasion súbita como la que se temia: omision al parecer de poca monta, pero que iba a tener una trascendencia funestísima en el curso de la guerra, como en seguida ha de notarse.

El 18 de setiembre de 1820, el dia clásico de nuestra independencia, pasaba, en efecto, el Biobio por Montereí el coronel Pico con su gruesa columna de caballeria, resuelto a dar a

(1) VERDUGO, *Relacion citada.*

aquella un golpe de muerte. Escusado es decir que venia preparado para el caso, con la confesion jeneral i absolucion de culpas que habian hecho previamente los frailes de Benavides, pues ésta era la práctica ordinaria en todas las empresas de aquél devoto bandido (1).

Sabedor entre tanto Pico de que Yumbel estaba débilmente guarnecido (pues ignoraba la aproximacion de Viel por aquel rumbo), emprendió su marcha para atacar aquella plaza, acampándose en la noche del 19 en la hacienda de San Cristóval, propiedad de los desgraciados hermanos Seguel (i hoi de la sucesiou del jeneral Búlnes), distante cuatro quilómetros de la villa por el sur.

A la mañana siguiente, el activo comandante en jefe de los dragones subió la elevada cuchilla que separa a San Cristóval de Yumbel, seguido solo de una partida de veinte hombres, dejando órdenes a Zapata, Ferrebú i demás jefes para que limpiasen las armas i se mantuviesen tranquilos, pues nada se temía del lejano enemigo. Pico iba a practicar un simple reconocimiento sobre la villa para regresar en seguida al campamento.

Pero acontecia que a esa misma hora el comandante Viel, que había ocupado sosegadamente a Yumbel el dia anterior, salia de la aldea con su escuadron para dirijirse a Rere en busca de O'Carrol (a quien tenia órdenes de reunirse como dejamos dicho); i a eso de las nueve de la mañana pudo divisar por la falda de la cuchilla del sur un grupo de jente armada. Juzgó Viel que eran los dragones de O'Carrol avanzando a su encuentro, i se adelantó con su ayudante i un corneta a recibirlos. Mas a poco los reconoció como enemigos, i volvió atras a incorporarse con su cuerpo. Tomó consigo la primera mitad de la columna, i se adelantó intrépidamente sobre la descubierta enemiga, ordenando a su segundo, el mayor argentino don Bernardino Escribano, le siguiese a la distancia de tres cuadras.

Las dos partidas continuaron acercándose hasta ponerse a tan corta distancia que podian oir los gritos i retos de muerte

(1) Comunicacion de Benavides al virei de Lima. — Concepcion, noviembre 12 i de 1820.

que les dirijia Pico, desprendiéndose de su descubierta (1). En el momento favorable lo cargó, sin embargo, Viel, i con tanta decision que arrolló a los contrarios hasta la cima de la cuchilla. Uno de sus soldados, el valiente sargento de granaderos Juan Alanis, se metió sable en mano entre los soldados de Pico, i como éste viniera montado en un soberbio caballo, i quisiera hacerle frente de hombre a hombre, se vió cortado de su tropa. No le quedó entonces otra salvacion que correr al monte favorecido de la pujanza del caballo. Mas Alanis no le dió suelta, i le persiguió con tanto ahinco que le hizo desmontarse en la espesura i precipitárse a pié por un barranco. Sirvióle aquí al soldado montañez su práctica de los cerros, como antiguo minero, pues de otra manera habria sin remedio perecido. El bravo Alanis cojío, sin embargo, el valioso caballo del caudillo que llevaba a su grupa un trofeo mas valioso tadtavía, cual era la cartera de Pico, contenida dentro de una pequeña maleta acharolada (2).

Pero miéntras el jefe realista era tenido tan a mal traer en el fondo de una quebrada, sucedia que su partida esploradora apoyada en la altura por todas las fuerzas que habian salido de las casas de San Cristóval al ruido de los tiros, se rehacia i cargaba sobre Viel, abrumándolo con su peso.

No pudo este resistir ni con la mitad que le acompañaba de cerca ni con todo el escuadron aquel empuje tan poderoso como imprevisto, i hubo de bajar precipitadamente la escabrosa loma en que estaba comprometido, siendo lanceado por la espalda i dispersado en todas direcciones con pérdida de pocas vidas, pero, lo que era mucho peor, difundiéndose en su tropa, acostumbrada a vencer, una funesta desmoralizacion (3).

(1) «Entre éstos (dice Viel en un documento inédito que tenemos a la vista) uno que parecia ser el jefe, gritaba mucho», haciendo al mismo tiempo amenazas, retirándose el último.

El documento de que hacemos este extracto es la carta que dijimos en el Preliminar habia escrito el jeneral Viel al jeneral Cruz en 1837, cuya correspondencia contiene detalles preciosos sobre la acción del Pangal i los hechos que la precedieron. La carta de Viel tiene la fecha de Santiago, 19 de enero de 1837, i la contestación del jeneral Cruz de la estancia de Casa blanca, 28 de febrero del mismo año.

(2) Carta citada de Viel.

(3) El comandante Viel decia en un despacho al gobierno desde San Carlos del Nuble el 1.^o de octubre que había muerto a Pico veinte hombres; pero confesaba por su parte seis bajas, fuera de los heridos. El señor Barros Arana,

Pudo apesar de todo el jefe patriota rehacer su columna en el llano, i habiéndosele reunido aquí el bravo Alanis, colijó por los papeles tomados a Pico, i que aquel le presentará, que los Anjeles podian verse en inminente peligro, si no se reunia oportunamente con O'Carrol. En consecuencia, dejando a un lado a Yumbel, dirigióse hacia Rere con la mayor celeridad posible.

Minutos despues, Pico, rescatado de su crítica posicion por su fiel asistente Jose María Siniago, un valiente soldado de Concepcion (1), entró a Yumbel, i allí celebró su triunfo haciendo fusilar, conforme a las instrucciones de su superior, un desgraciado vecino de Vilorio llamado San-Martin porque era patriota, i junto con él a aquel soldado Capilla, que hemos dicho en otra ocasión se había quedado rezagado, alegando el cansancio del caballo, hecho acaso verdadero, pero que el terrible guerrillero calificó de cobardía. Antes que él, el feroz italiano Mainery, teniente de dragones, había ofrecido en holocausto a la impensada victoria de la mañana dos infelices niños, que creyendo vencedor a Viel, estaban repicando en el campanario de pueblo.

Tales eran los horribles e inevitables corolarios de todo los triunfos i de todas las derrotas de aquella malhadada contienda,

por su parte, dice en su folleto sobre Benavides, páj. 25, que el resultado del encuentro de Yumbel "fue la mas completa derrota, pudiendo escapar pocos de la matanza i siendo hechos prisioneros muchos de los que huían."

Hai sin duda en estas palabras una evidente exageración. Pero el jeneral Viel incurrió en el mismo defecto asegurando en su carta citada que solo tuvo dos granaderos i un corneta muerto.

Su pérdida debió ser más considerable, pues recordamos que la aparición del opúsculo del señor Barros Arana produjo en el ánimo del viejo soldado de Waterloo una desazón profunda. De aquí vino la correspondencia que años mas tarde hemos dicho cambió con el jeneral Cruz.

(1) Datos del oficial Saltarello. Segun éste, Siniago que iba al lado de Pico, dió la alarma de lo que sucedía i salvó en seguida a su jefe dándole su propio caballo.

De los curiosos apuntes que nos ha suministrado el coronel Zañartu aparece que Siniago había sido asistente del coronel Rivera en Concepcion i se había pasado al enemigo, llevándose los caballos de aquel jefe, uno de los que (un magnífico rosillo-moro) montaba Pico en ese día.

Como Vallejos en su *Último jefe español en Arauco*, hace especial mención de Siniago, como el fiel compañero de Pico hasta su muerte, hemos tenido interés en averiguar su posterior destino. Se nos informó que aun existía i tenía su residencia en Quirihue, i es probable que allí lo conociese Jolabeché. Pero han sido infructuosas las averiguaciones que para adelantar estas noticias ha tenido la bondad de hacer por complacernos, en Quirihue i en Concepcion, el agradable gobernador del departamento de Itata, señor don Pedro Benavente.

que no sin amplia razon heinos denominado la guerra a muerte!

Cuando por la tarde del 20 de setiembre supo el mariscal Freire en Concepcion, a virtud de un espreso enviado desde Yumbel con los papeles de Pico, qte los montoneros de Arauco habian puesto en fuga a los soldados que rompieron en Maipo el cuadro del Burgos, tembló por la suerte de los dragones de O'Carrol, comparativamente reclutas, al propio tiempo que despertaba en su pecho hondas angustias la situacion de Alcázar, aislado en los Anjeles, sin caballería, sin municiones, sin víveres siquiera, cual a él mismo le acontecia.

En tan apurado conflicto llamó a su presencia al comandante don José María Cruz, jefe de uno de los escuadrones de cazadores de la escolta, i le ordenó que en el acto se dirigiese a dos caballos i con cincuenta soldados escojidos a reunirse con O'Carrol en Rere, a fin de salvar a Viel i socorrer a los Anjeles.

El jóven Cruz vaciló delante de aquella órden imprevista, no porque flaquease su ánimo, pues tenia probado cuanto era su brio en Chacabuco, en Maipo i mejor que en parte alguna en el asalto de Talcahuano, en que subió el primero a la trinchera, asiéndose del poncho de uno de sus soldados. Mas temia ahora que con solo cincuenta hombres, le fuese imposible llegar ilesos hasta reunirse con las fuerzas disminuidas de la patria en los momentos en que la caballería realista inundaba todos los campos e interceptaba todos los caminos.

Contrariado el mariscal Freire i orgulloso del nombre del cuerpo cuya bandera él habia bautizado con sus primeras glorias, observó a su subalterno que los cazadores eran invencibles, i en consecuencia le ordenó ponerse perentoriamente en marcha, órden i observacion propia de un valeroso adalid, no así de un capitán prudente i cauteloso, como debe serlo el verdadero jeneral (1).

(1) El mismo Cruz, con el espíritu minucioso que le distingue, nos ha conservado en el documento ya citado el diálogo que sostuvo en esta ocasión con el jeneral Freire, en su correspondencia citada de 1857 con el jeneral Viel. Aquel dice así: «Freire—Comandante! Si han derrotado a los granaderos i O'Carrol crece verse precisado a sufrir ser sitiado, es porque ambos jefes no han teni-

Obedeció en el acto el comandante Cruz, i habiendo sido traídos al cuartel mayor número de caballos que el pedido, hizo aquel montar ochenta (1) de sus mejores soldados; i llevando cada cual uno de diestro, partió aceleradamente en dirección de Rere a las siete de la noche. Poco después de amanecer la mañana siguiente (21 de setiembre), llegaba a aquel pueblo, distante sesenta i cinco quilómetros de Concepción.

Felizmente no había encontrado estorbos en el camino, pero halló a O'Carrol sumamente alarmado por la suerte de Viel, a quien suponían todos rodeado de las bandas vencedoras de Pico. Aquella noche había estado en Rere el sargento Alannis enviado por Viel para informar verbalmente a O'Carrol de su apurada situación i pedirle que lo aguardara en Rere o viniera a su encuentro por el camino de Yumbel.

O'Carrol adoptó el último partido, i llevando consigo sus dragones, los cazadores de Cruz, engrosados ahora con los cuarenta que mandaba don Luis Ríos en Gualqui, i cuarenta infantes con dos piezas de artillería que había sacado de la guarnición vecina de Talcamávida, marchó hacia Yumbel en demanda de los granaderos derrotados en la mañana anterior. En la tarde de aquel día (21 de setiembre) se reunieron ambas divisiones en las mismas casas de San Cristóval, donde Pico había racionado su tropa al amanecer del 20.

Reunidos Viel i O'Carrol, la inminencia del peligro había pasado, porque Pico no podría atacarles en detalle, i al contrario, los jefes patriotas se hallaban en aptitud de batirlo con

do cazadores, i yo estoy seguro que esos cincuenta con que se le mandan salir son muy bastantes para hacer suspender el sitio i acuchillar esos montoneros miserables, como están acostumbrados a hacerlo con muy poco número a fuerzas muy superiores, como Ud. sabe lo hicieron no hace mucho tiempo en ese mismo pueblo, donde hoy han sido derrotados los granaderos (alude al brillante combate del 9 de diciembre de 1819, sostenido en Yumbel por Quintana contra Bocardo).

—Cruz.—Jeneral No es muy prudente fiarse siempre de la fortuna. Yo considero a mis soldados como los demás del ejército, porque todos son chilenos i en lo que creo hacerles un honor, pues una de sus compañías es la más recluta. He observado porque U.S. mismo me ha manifestado la posibilidad de hallarse sitiado Rere, pero desde que U.S. cree que puedo hacer suspender ese sitio con cincuenta hombres que se me señalan, mi deber es obedecer i cumplir, si me es posible."

(1) Ochenta i cuatro, dice el Jeneral Freire en su parte al gobierno.

una masa aguerrida de cuatrocientos caballos, dos piezas de artillería i un cuadro de buenos infantes, sostenidos por considerables milicias de caballería. Freire podia, pues, respirar en Concepcion i sentirse desembarazado para castigar a Benavides, si osaba pasar el río para buscarle en sus propios cuarteles.

Pico, entre tanto (a quien el receloso Benavides, habia dado órdenes terminantes de no comprometer accion de guerra sino con plena seguridad del éxito), atribuyendo a la carga de Yumbel sobre los granaderos un resultado efímero, se dirigia con su columna hacia los vados del Laja, por donde esperaba refuerzos considerables que debia traerle Bocardo de los partidos de Quilapalo, Santa Bárbara i Nacimiento, al paso que otros grupos se le acercarian por el lado de Tucapel, bajando de la Montaña, a virtud de órdenes previas impartidas para aquel movimiento simultáneo i jeneral.

Cuando O'Carrol i Viel se reunian en San Cristóval en la tarde del 21 de setiembre, Pico se acampaba por consiguiente a orillas del Laja, interpuesto entre Yumbel i los Anjeles, i a diez leguas distante de aquellos.

En vista de estas posiciones respectivas, el partido que la estrategia aconsejaba a los jefes patriotas era tan claro que casi no podia dudarse de su éxito; tal era emprender a toda prisa sobre los Anjeles, sin hacer caso de Pico, con el doble objeto de cubrir aquella importantísima plaza i operar una concentracion de fuerzas de las tres armas que los haria invencibles, pues Alcázar tenia infantes i cañones i Viel i O'Carrol solo caballos.

Mas, por una fatalidad propia del precario espíritu humano, sobrevino una inesperada rivalidad en la que tanta culpa tenia el olvido imprudente del jeneral en jefe como la calorosa vanidad de sus lugar-tenientes. En el momento de celebrar un acuerdo decisivo, Viel i O'Carrol pusieronse a disputar sobre cual tomaria el mando en jefe, pues uno i otro tenian análogas instrucciones (de *reunirse* simplemente el uno al otro) e idéntica graduacion de tenientes coroneles. Fué preciso someter aquel punto delicado a la decision de una junta de guerra, i prevaleció en ella la opinion del comandante Cruz

de que debia reconocerse a O'Carrol como jefe, atendiendo a la mayor antigüedad de sus despachos (1).

Era el comandante Viel a la sazon un bizarro soldado, jóven, valiente, tan experimentado como O'Carrol en las guerras europeas i tan ardiente i engreido como él. Oriundo de Paris, tenia todas las cualidades i todos los defectos de aquella capital del mundo que se enorgullece tanto de su jenio como de sus propias brillantes futilezas. Hijo tambien, como O'Carrol, de una familia aristocrática, habia sentado plaza de soldado en los ejércitos de Napoleon cuando tenia solo veinte años (1803), siendo su padre un distinguido abogado i consejero de la corona.

Cuatro años de campañas i batallas, como las de Jena i Elchingen, la última de las que recordaba hacia poco con entusiasmo juvenil (citando una heróica esclamacion del mariscal Ney a cuyas órdenes servia), le costaron sus jinetas de sargento. Doble tiempo i su presencia en todas las guerras de Alemania i de España fueronle precisos para poner sobre sus hombros las charreteras de capitán de cazadores de la guardia imperial que llevara en Waterloo.

(1) En 1857 sostenia todavía el jeneral Viel que a él le correspondia mandar porque su despacho de teniente coronel era del 15 de abril de 1818, época en que O'Carrol no había llegado todavía a Chile. Esto es cierto, así como que el primer despacho de O'Carrol, cuyo original tenemos a la vista, es dos meses posterior a aquél, esto es, del 18 de junio, en que fué agregado al Estado mayor de Chile como teniente coronel efectivo. Pero talvez se atendió al despacho de *jefe del cuerpo* que cada uno mandaba i en este caso el título de O'Carrol era mucho mas antiguo, pues databa desde el 30 de marzo de 1819.

La Junta de guerra se compuso del mayor Acosta i del capitán graduado de mayor Ibáñez, ambos de dragones, del mayor Escrivano de granaderos i del comandante Cruz de cazadores.

El jeneral Viel refiriendo este triste episodio dice en su carta citada, «que la discusion tomó un carácter tan acalorado que no era posible que continuase por mas tiempo sin dar lugar a graves resultados, i se conformó con mandar de *a acuerdo* con O'Carrol i en realidad con ponerse *bajo sus órdenes*.» El jeneral Cruz, por su parte, como un testigo irrecusable, añade sin embargo, que O'Carrol dijo perentoriamente a Viel que si no le seguía, marcharía él solo contra el enemigo, pues los cazadores, la artillería i los infantes estaban a sus órdenes, mientras Viel tenía solo sus granaderos, despreciados por el suceso del día anterior.

El capitán Verdugo, que siempre padeció en su relación graves errores de detalle, pues fué aquella escrita en Lima treinta i dos años después de los sucesos que refiere (1852), afirma que la discusion entre Viel i O'Carrol tuvo lugar el mismo dia del encuentro del Pangal i a la vista del enemigo. «I miéntras hacían sus escaramuzas dice, *dentró* una disputa en los jefes nuestros, de quien debía mandar la batalla. Esta disputa fué entre el comandante don Carlos María O'Carrol, irlandés i el comandante Viel, francés, hasta que tuvieron que ver sus despachos, i salió siendo más antiguo el comandante O'Carrol, comandante de nuestro cuerpo.»

Resuelto a pasar a Estados Unidos despues de aquel gran desastre, i premunido con este objeto de cartas de Lafayette, una conversacion casual en el teatro con don Bernardino Rivadavia, ministro en 1817 de la República Arjentina en las Tullerías, le hizo cambiar de rumbo; i a mediados de aquel año, se embarcó en Calais para Buenos-Aires en un pequeño bergantín, cuyo equipo costeó él mismo con ocho compañeros de armas i aventuras, entre los que debió venir el despues famoso mariscal Magnan, quien de la escala del buque se volvió a Paris por una intriga de amores (1).

Incorporado en el ejército arjentino con el grado de sargento mayor efectivo, había llegado a Santiago el último dia de 1817, i comenzado a prestar inmediatamente sus servicios como ayudante de campo del jeneral San-Martin. Su conducta en Cancha-Rayada i en Maipo le conquistaron, junto con su marcial figura i sus notables conocimientos estratégicos en el arma de caballería, el no siempre pródigo aprecio de aquel caudillo, i a tal punto que dos años despues de su ingreso en el ejército, mandaba en propiedad el cuarto escuadron de granaderos a caballo, el cuerpo querido de San-Martin, como es sabido, i del cual se ha dicho que dió veinte i tres jenerales a la América. Viel ha sido el último de ellos (1851).

Tales eran los antecedentes militares del jefe en quien O'Carroll encontró un adversario en los momentos en que inútilmente se buscaban para tenderse la mano de amigos, antes de desnudar los sables contra el adversario de la patria a que ambos servían con la noble emulacion de la gloria i del deber.

Mas, envueltos en mala hora en aquellas peligrosas i nímias disensiones i a calorados los ánimos por una cuestión de suyo ajena a tan valerosos soldados, olvidaron uno i otro o no acertaron el resolver la dificultad militar en que se encontraban. El

(1) Los compañeros de viaje del capitán Viel fueron un hermano de Magnan, un sobrino del mariscal Lefebvre Desnoches llamado Grabert, prusiano de nacimiento, que fué ayudante del jeneral Halcarce junto con aquel; un capitán italiano Tola, que tambien sirvió en el sur; los dos hermanos Bruix, hijos del almirante héroe de Aboukir; el coronel Giroux, que vivía en la miseria en Lima, donde le hemos conocido ya muy anciano en 1860, el célebre Branden muerto en Ituzaingó, i el desgraciado coronel Robert, a quien Pueyrredon hizo fusilar en Buenos-Aires por supuesta complicidad con los Carreras.

comandante Viel ha dicho, empero, mas tarde (1857) que él indicó el acertado plan de marchar a los Anjeles a incorporarse con Alcízar, pero que prevaleció la opinion contraria de O'Carrol, dirijida a perseguir a Pico, de quien se sabia iba retirándose hacia el Laja. El imparcial comandante Cruz sostiene, no obstante, contra ambos, que el plan de socorrer a Alcázar en los Anjeles no fué insinuado ni por uno ni otro jefe, i añade que si lo hubiera sido, él se habria plegado con calor a eso dictámen, pues, a la verdad, era el único cuerdo i bien meditado en aquel critico momento (1).

Aquella infusta riña iba a dejar, empero, oculta en el campo patriota una amarga levadura que no tardaria sino horas en acarrear a la República un dia de llanto. O'Carrol i Viel eran jóvenes, valientes, amaban la gloria de la armas tanto como tenian a pechos el esplendor de las banderas a que habian jurado alianza. Albergábase, por otra parte, en sus corazones, un escondido pero devorador estímulo que en breve los llevaria, al uno a los reinos de la dicha i al otro al martirio de un fin inmerecido. ¡Pobre O'Carroll! Lleno de juventud, bello como pocos hombre de su tiempo, soldado a la vez deslumbrador i culto, no habia podido reposarse de sus fatigas de viajero bajo el techo hospitalario de Santiago, sin que su corazon recibiese, como la herencia de un nombre que era grato para él ántes de dejar sus propios lares, el amor de una beldad que aguardaba solo sus triunfos para dejarse conducir en nombre de ellos al altar.....¡Misterios son estos del corazon, de la familia, desdicha íntima de una raza, que la mano respetuosa de la historia cubre con el crespon de los muertos, consagrándoles apénas una lágrima de tímido tributo!.....

Pero al mismo tiempo, aquellos dos soldados extranjeros estaban, aun ántes de encontrarse, hondamente divididos. El uno ostentaba en su uniforme encarnado la cruz de la Flor de lis que habian otorgado los Borbones a los que les restituyeran su trono, miéntras que el otro, vencido, al contrario, en Waterloo, llevaba escondido en su corazon aquel odio inextinguible que por aquellos dias avivaban en todo pecho frances las brisas de Santa Elena!.....No era, pues, posible que hubiese un ave-

(1)Correspondencia citada de los generales Viel i Cruz.

nimiento cordial entre aquellos dos jefes, a lo que se añadía la fatal negligencia del comandante jeneral que no había asignado ni a uno ni a otro el puesto superior.

Bajo estas penosas impresiones, que como hemos visto afectaban a todo el campo patriota por medio de sus capitanes, movióse aquel en demanda de Pico en la mañana del 22 de setiembre, i caminando lentamente todo el dia por guardar el paso a la infantería i a los cañones arrastrados por bueyes, solo llegaron mui avanzada la noche al sitio llamado el Manzano, a orillas del Laja. Por una peripecia característica de aquella guerra en que la movilidad era el primer elemento de éxito, Pico se encontraba acampado en aquel mismo sitio, mas allá de un pajonal i a la distancia solo de tres cuadras.

Ambas divisiones pasaron en silencio aquella noche, teniendo los jinetes los caballos por la brida i sin soltar las armas los pocos infantes que venían con O'Carrol. Por otra rara circunstancia, ambos beligerantes estuvieron ignorantes aquella noche de su proximidad i de su mútuo peligro.

Al amanecer de la mañana siguiente, sin embargo, unos milicianos que intentaron enlazar unas yeguas cerriles que pacian en el campo, dieron la alarma al jefe enemigo (1), que en esos momentos repartía a su tropa la escasa racion matinal. Mandó en consecuencia Pico a su gente abandonar el rancho, i montando a caballo a toda prisa, emprendió su marcha rio arriba. Su propósito era no el huir sino reunirse a los refuerzos que aguardaba de la Montaña i de las cabeceras de ultra-Biobio, obedeciendo ademas estrictamente a las órdenes que le había comunicado Benavides de no empeñar combate sino seguro de vencer. Aquella misma noche, ademas, había llegado a su campo el coronel Bocardo solo con sus ayudantes i un puñado de indios (2) con el objeto principal de instruirle de la reu-

(1) «La causa fué, dice Verdug, en su relación citada, que unos cuatro soldados milicianos, que también iban allí algunos, se habían adelantado a reconocer unas bestias que habían avistado, i con el ansia de robárselas, habían corrido tras de ellas i descubierto el campo enemigo que aun no ensillaban todavía.»

(2) El señor Barros Arana dice que se reunieron a Pico cerca de trescientos hombres en su retirada, pero no hemos encontrado el documento en que aquel escritor, bebió esa noticia, ni él lo señala tampoco. Por esto creemos que solo Bocardo i un grupo de indios, que no pasaría de cincuenta a cien, fué todo el refuerzo que recibió después del encuentro de Yumbel en la mañana del 30.

nion del enemigo en Yumbel en la tarde de la víspera i de la aproximacion de indios i mонтонeros por los vados de arriba del Biobio i del Duqueco.

O'Carrol, a su turno, convencido de su notable superioridad sobre la columna realista, que no tenia ni infantes ni cañones que oponer a su masa de soldados aguerridos, comenzó a perseguirla con tesón. Mas, de un lado, la mayor movilidad de Pico i del otro la tarda marcha de los bueyes que conducian los cañones, daba a aquel ventajas conocidas en la marcha. Ambas columnas se mantenian, a pesar de esto, a la vista, i en mas de una ocasion, al entrar en algunas de las planicies abiertas del camino sembrado de colinas i bosquesillos de aquella pintoresca comarca (1), presentábanse propicias ocasiones de tratar la pelea, cargando la retaguardia enemiga, nunca mas lejos de la descubierta patriota que el tiro de una carabina.

Hubiérase creido que O'Carrol, absorto todavia con las desazones de la junta de guerra i vacilante sobre la responsabilidad que de suyo habia asumido, no se atrevia a tomar ningun partido decisivo. En dos ocasiones uno de sus mismos subalternos se le acercó rogándole que le permitiera cargar, aprovechando la ventaja del terreno, pero el jefe patriota continuaba su marcha silencioso sin consentir en ello (2). Acaso ya se ajitaba en su alma, juntos con los recuerdos de su ternura, aquella vaga zozobra precursora de la muerte, que se llama por el vulgo *la voz del corazon!*

Eran ya las dos de tarde; la marcha de ambas divisiones habia durado mas de seis horas; los caballos iban fatigándose, i en todas direcciones solo divisaban los soldados de la patria, descontentos con aquella persecucion infructuosa, inmensas columnas de humo que salian del fondo de los bosques. Era la señal convenida con las diversas partidas que obedecian a Be-

(1) «En esta parte del pais, dice un viajero ingles que visitó a Yumbel en 1828, apenañ hai un palmo de tierra llana. El suelo es gredoso i tenaz, las colinas tienen formas redondeadas i el paisaje es en todo semejante al que se observa entre Concepcion i el Itata.» (*A visit to the Indians of the frontiers of Chile by Allen Gardiner*.—Londres, 1841, pág. 90.)

(2) El general Cruz dice en su carta citada que por dos veces solicitó de O'Carrol permiso para cargar con sus cazadores, sostenido por los otros curpos; p'ro O'Carrol no se lo permitió, negativa que el comandante Cruz califica militamente de *gran chambonada*.

navides para encontrarse en un sitio señalado de antemano, a fin de obrar en concierto contra el enemigo (1).

En ese mismo momento la columna patriota descendia a un pequeño llano cubierto con la fresca verdura de la primavera, i conocido con el nombre de Pangal, por la abundancia de la planta acuática llamada *pangue* que allí crecia. Era aquella una cancha de guerra, un palenque hecho a propósito para un combate de caballería.

Comprendiólo así el diligente Pico, que iba ya avergonzándose de huir tanto trecho, solo por cumplir órdenes ajenas a las que se sometia mal de su grado i solo por respeto a la disciplina que él mismo había creado. Llamó en consecuencia a Zapata, a quien acaso amaba tanto, como en el fondo de su corazón aborrecía a Benavides, i conferenciando un instante, sin detener sus caballos, resolvieron ambos hacer frente al enemigo i por un movimiento rápido sobre sus flancos i retaguardia, envolverlo en el llano, esterminándolo si era posible (2).

Aquel pensamiento i su ejecución fueron rápidos como el rayo. Pico desplegó dos de sus escuadrones por el frente i los arengó con energía, diciéndoles que iban a cargar a lanza i sable, imponiendo pena de la vida al que disparase un tiro. I sin mas que esto, como era de uso en tales casos, vino a toda brida sobre la columna patriota que solo tuvo tiempo de desplegar en batalla haciendo una descarga jeneral de carabina i uno o dos disparos de cañón (3). Contúvose con lo vivo del fuego la

(1) VERDUGO, Relacion citada.

(2) El oficial Saltarello, que era a la sazon sargento del escuadrón de Zapata, asegura haber oido la conversación de Pico i del último, añadiendo que la proposición de atacar al enemigo vino de su jefe inmediato.

Otro de los contemporáneos de Pico (don Pedro Belmar), refiere por haberlo oido a su propio actor, una acción verdaderamente heroica de aquel jefe en este preciso momento. Habiéndolese acercado un oficial González para hacerle presente que su caballo estaba incapaz de cargar, Pico se apoyó instantáneamente del suyo i lo entregó al subalterno montando él de éste. Este rasgo, que basta por sí solo para caracterizar a un héroe, lo resirió el mismo González a Belmar.

(3) El jeneral Viel dice en su carta citada, que Pico desplegó su guerrilla en dos líneas, la caballería al frente i la infantería a retaguardia; pero en esta parte faltábale la memoria al viejo veterano, pues de ningún documento ni relación consta que Pico tuviese un solo soldado de la última arma en el Pangal. Solo después de aquel combate i con los fusiles de los cuarenta infantes muertos en aquella acción armó una compañía de antiguos soldados de Cantabria.

Verdugo habla también varias veces en su relación de fuertes masas de in-

de Pico, i quedó como paralizada un largo rato a tan cercania de los jinetes de O'Carrol que podian tocarse con las sillas. Los dragones, que ocupaban el centro de la linea, iban con su sable en guardia, pues O'Carrol habia tenido la precipitacion del lance, el darles la voz de carcajada que los dragones de Pico, por su parte, contenidos por este, los tocaban con sus lanzas. "El enemigo, opios soldados del cuerpo de O'Carrol, dió la voz i carguen, hijos de..... Mas como a se le olvidó dar la voz de carguen, sucedió que estariamos mas de cinco minutos mordiendo la lanza enristrada que nos formaban la cima de las orejas de sus caballos, i" (1).

pedido que el intrépido Zapata, llevó la primera descarga de la fila i el flanco derecho de aquella, que

de Cruz, hasta dominar su retaguardia;

...sucurrieron a la accion llevados por Pico, pero no parece que se hallaran en las filas de éste sino unos pocos, como ántes dijimos, que habia traído Bocardo de Quilapalo el dia de la víspera. De éstos, el comandante Cruz hizo establecer uno que se habia metido en la columna de cazadores, i marchaba revuelto con ellos en la retirada, pues aquellos bárbaros rara vez sabian cuando triunfaban o cuando eran derrotados, i mas raras ocasiones tenian noción de cuáles eran los soldados a quienes venian aliados ni cuáles los enemigos.

Respecto de los datos confiados solo a la memoria i recojidos despues del transcurso del tiempo, es preciso desconfiar incansablemente, (tal es el sistema que siempre hemos seguido al escribir la historia nacional) hasta no obtener la confirmación absoluta o relativa del hecho por el cotejo de documentos públicos o respetables testimonios orales.

Tenemos a la vista un caso curioso de la frajilidad de la memoria de nuestros veteranos. Un oficial, que aun existe, dice en su parte oficial que tenemos a la vista, que su destacamento en un pueblo de la frontera en 1820 se componia de quince hombres, i en una relación que acaba de dictar para nosotros, afirma que en cierto encuentro que tuvo con el enemigo, le voltearon veinte i uno de los quince ante dichos

(1) VERDUGO, Relacion citada. "I era tan corta la distancia, añade éste en aquél pasaje, de una a otra fila, que casi los caballos se topaban por la siente."

El sargento Saltarello confirma completamente esta relación, diciendo por su parte que ámbas líneas quedarían "a dos brazas de distancia," i que los soldados de O'Carrol retaban a los de Pico, agitando sus sables sobre la cabeza i diciéndoles cada cual a su contrario.—*Pega godo! pega godo!*

(2) «Puestos los enemigos en batalla, escribia en la misma noche que siguió al combate el gobernador de Rere, Tejada, que lo presenció i envió aviso al general Freire, nos esperaron, i a distancia de media cuadra le hizo nuestra división dos descargas cerradas de tercerola i cañón, i experimentando los enemigos este golpe, se vinieron encima de nuestra división en circunstancias que ni un soldado se veía con la humareda, por haber tomado la posición contraria al viento cuya protección para los enemigos les sirvió de victoria.»

i en registrando en seguida lanzas habia caido con un denuedo irresistible sobre los infantes i cañones (que en ese instante mismo avanzaban hacia el frente tirados a la cincha de las cabalgaduras de algunos milicianos), i los envolvieron creando una espantosa confusión por retaguardia.

Aquella no habria sido, empero, de decisiva consecuencia en la jornada, si los cazadores de Cruz hubiesen conservado en esta aciaga ocasión esa serenidad de espíritu que tantas veces habia inmortalizado su nombre en los combates de la *patria nueva*. Pero fuese uno de esos pánicos inesplícables que suelen apoderarse del soldado; fuese que una de sus compañías contuviese gran número de reclutas, como lo asegura su jefe, lo cierto fué que flauearon al sentirse súbitamente cargados por la espalda, i sin poder ser dominados por su valeroso comandante, se envolvieron entre sí i echaron a correr hacia la izquierda, aumentando el torbellino que Zapata creaba entre los infantes, dueño ya de los cañones i del parque.

“La derecha de nuestra línea, dice el oficial Verdugo, al llegar a este lance, que la componía el escuadrón de cazadores, mandado por el comandante Cruz, arrancó a la izquierda i la izquierda a la derecha: de suerte que en el centro se formó la confusión, i como los indios nos lanceaban nuestra retaguardia, entonces tuvimos que romper las filas del enemigo, quedando la mayor parte de los nuestros en sus lanzas.”

Para mayor desdicha, en el momento en que los cazadores se desbandaban por la derecha, enredándose en los lazos de los milicianos que arrastraban los cañones (1), el escuadrón de Ferrebú cargaba por la izquierda a los granaderos de Viel, atemorizados todavía por el encuentro de Yumbel, i los hacían replegarse hacia el centro perdiendo rápidamente su terreno.

Fué aquél el momento crítico de la batalla, i el bravo O’Carrol, vuelto en sí de su primer estupor, al ver tan súbitamente cambiada la posición i la fortuna de los suyos, torció su caballo hacia el centro en protección de sus alas i de sus cañones; dan-

(1) «Unos tiraban, dice el jeneral Cruz, hablando de éstos en su relación citada, para un lado i otros para otro, lo que ocasionó que unos cuantos soldados cayeron enredados en ellos, i yo mismo habría sido víctima de tal incidente si lo mas fuerte de mi caballo no le hubiese hecho ir a estrellarse, sostenido por el lazo, contra un desgraciado miliciano que cayó en tierra con la topada.»

do él mismo el ejemplo del heroísmo i metiéndose, sable en mano, en medio de la vorájine de cuchilladas que formaban los combatientes. Pico entonces, no encontrando ya resistencia por el frente, dilató su línea en un vasto semi círculo como para atar por sus extremidades las filas de Ferrebú i de Zapata; i de este modo el campo de batalla quedó convertido, segun una expresión que oímos hace años a uno de los jefes que en él se distinguieron, en “un corral de sables i de lanzas” (1), en que iban rindiendo la vida los mejores hijos de Chile.

Tal fué la batalla o mas bien la matanza del Pangal que Pico se jactaba en sus partes al virei del Perú de haber ganado en *cuatro minutos*. I así era la verdad, porque el tiempo que quedó de aquel aciago dia no fué de combate sino de atroz carnicería.

El primero en caer en manos de la turba vencedora fué el valiente O'Carrol. Sin querer abandonar el sitio en que morían sus soldados, se batía como un león sableando a los que le acometían en tropel, cuando de improviso sintió su brazo detenido por un arma, que segun él mismo dijo en seguida, hasta entonces le era desconocida. Era que el capitán Alarcón, del escuadrón de Zapata, hombre ágil i jinete, le había echado el lazo desde la distancia (2) comprimiendo contra su pecho el brazo en que llevaba levantado el sable i derribándolo del caballo con la tirada. Conducido a la presencia de Pico, el bizarro prisionero le cumplimentó por la buena apariencia de

(1) «Al jeneral Cfuz, en una visita que tuvimos el honor de hacerle en su hacienda de Peñuelas en octubre de 1861.

(2) «En una nota marginal puesta por el Jeneral Cruz en 1837 en la páj. 26 del folleto del señor Barros Arana, sobre las campañas de Benavides, lee-mos lo siguiente. «O'Carrol fué enlazado, segun corrió la voz despues de la acción, por el capitán don Jervasio Alarcón. Despues de entregado éste a las banderas de la patria, me dijo (como lo verificó con muchos) que el comandante Zapata fué el que había enlazado a O'Carrol, i que siendo muy amigo de Zapata, éste había atribuido a él el hecho para hacerlo volver a la gracia de Benavides, que le miraba en esa época muy mal i le tenía amenazado de fusilarlo. No sé, añade el señor Cruz, con certeza cuál sea la verdad; pero lo que corrió como tal desde el principio fué que Alarcón había sido el que lo había enlazado.»

I así parece la verdad, segun la declaración de Saltarello i otros testimonios. La amenaza de Benavides contra Alarcón parece tambien ser efectiva porque esta era su costumbre en caso de desastres i porque así lo refería Alcázar en un despacho ya citado, despues de la derrota que aquél sufrió en el Quilmo. Alcázar decía, sin embargo, que era Bocardo el que había querido fusilar a Alarcón, como su jefe mas inmediato.

su jente. *¡Son unos pobres huasos, señor!* le contestó con ironía el fiero montañez. I conociendo por la voz que su interlocutor era extranjero, le dijo que se preparase para morir, en cumplimiento de órdenes terminantes del rei de España, de aquel mismo rei, por quien O'Carrol había peleado en cien combates a fin de volver a colocarlo sobre su inmerecido trono!

Cuatro disparos de carabina enviaron pocos instantes despues el alma del cautivo a la eternidad!....

Así pereció a los dos años de su residencia en Chile i a los treinta escasos de su edad, aquel brillante oficial europeo que había conquistado en su patria una de las mas altas graduaciones permitidas al valor i a la juventud por las leyes sedentarias i aristocráticas bajo cuyo imperio servia. De sus preclaros antecedentes ya hemos hablado en diversa ocasión; mas ahora tenemos delante de los ojos una miniatura de su busto, tierna ofrenda de su sensibilidad que ha llegado hasta cerca de nosotros, i al contemplar la pureza de sus líneas i la suavidad de su rostro juvenil, pálido e imberbe, sombreado por una espesa cabellera de ébano, brota del alma honda e irresistible lástima por su prematura e ingloriosa pérdida; al paso que su belleza, la elegancia vistosa de sus arreos militares, i su deslumbradora juventud, están en su melancólica mudez revelando que los montoneros de la frontera no mataron en él a un sableador vulgar sino al último de aquellos adalides de la edad antigua que morían en fiera lid, pero consagrando su postimer suspiro a la amada de su corazon.....

Sus compañeros fueron mas felices. Su émulo de la mañana, el esforzado Viel, que con el español Acosta era el mejor jefe estratégico de caballería que a la sazon teníamos, logró abrirse paso hacia Yumbel, seguido solo de ocho granaderos, mientras que el mayor Escrivano se salvaba en dirección de Chillán con el mayor número de aquellos (1). Los valientes segundos de O'Carrol, Acosta e Ibáñez, solo consiguieron reunir veinte i

(1) Creemos conveniente advertir que los granaderos de Viel eran conocidos generalmente con el nombre de Húsares de Marte (de la *Muerte* di e siempre Verdugo), pero nosotros hemos conservado como mas genuino el de granaderos. En realidad este escuadrón argentino no se incorporó al ejército de Chile sino con fecha 22 de noviembre de 1820, i entonces tomó oficialmente el nombre de *Húsares de Marte*.

siete dragones dispersos, pues aquel desgraciado cuerpo pereció casi por entero sirviendo de escudos con sus pechos a su denodado jefe que cayó con ellos (1). De la infantería de Talcamávida sucumbió hasta el último hombre, i de los artilleros escapó solo un soldado i su jefe, a quien Viel hizo montar a la grupa de su caballo, sacrificándose en ese acto un jeneroso granadero llamado Figueroa, que fué enlazado i muerto. Era el joven oficial así salvado aquel valeroso e inquieto Pedro Uriarte, campeón de posteriores revueltas i que, aunque solo un niño de quince años, había prestado notables servicios en su breve carrera (2).

(1) Segun Cruz se le incorporaron en su retirada veinte i siete dragones, pero tres días mas tarde el jeneral Freire había reunido hasta cuarenta i ocho en Concepción. Verdugo dice que de su mitad, compuesta de treinta i ocho hombres, solo escaparon siete i que al entrar en combate el cuerpo tenía ciento noventa i tres plazas. Salvó, pues, solo una cuarta parte de la gente que hacia apenas ocho meses había dejado sus cuarteles de Curicó, donde se organizó. Este solo dato es el mejor elijo que puede hacerse de aquellos bravos. Uno de los pocos que escapó de aquel esterminio fué el alférez Verdugo, que sin embargo perdió a su hermano i a su querida, aquella llorosa cautiva rescatada de Pincheira en el caucuento de Monte-blanco hacia ya nueve meses i que le había prometido, aterrada al estrigo de su montura, que le seguiría hasta el fin del mundo.

Hé aquí, entre tanto, la peculiar maniera como cuenta aquel soldado su escapada del Pangal.

«Corriamos a la orilla del río de la Laja, dice, hacía Yumbel, cuando a nuestra derecha se nos vienen ocho indios. Inmediatamente tiré a dejarne i er yo al río, que era muy caudaloso, i me dije un soldado. Señor, ese es el río de la Laja ¡qué va Ud. hacer, cuando al otro lado hai enemigos no mas! Defendámone aquí, los indios son ocho, nosotros somos cinco, con dos que volteemos, los demás zafan. Así fué que luego que nos vieron los indios, se vinieron a gran galope sobre nosotros. Mui cerca se les descargaron cuatro tiros, los que fueron bien aprovechados, porque cayeron tres de ellos. Los otros cinco quisieron envestir, pero como había un pajonal pantanoso de por medio, no pudieron pasar i esto dio lugar para cargar de nuevo nuestras armas i se voltearon otros dos i los demás, que eran tres, corrieron.»

En cuanto a la cautiva, siguió por algún tiempo la suerte de los vencedores, hasta que volvióla a rescatar Verdugo después de la batalla de la Alameda de Concepción, como mas adelante referiremos.

(2) El jeneral Cruz añade en su carta varias veces mencionada que Uriarte se le presentó a una legua del campo de batalla «con la célebre demanda de que como se dejaban perder sus cañones, lo que prueba cuán bien hacia Viel en salvar a aquel mancebo i que el granadero Figueroa no había muerto por redimir un cobarde.

Uriarte había nacido en 1805 en Valparaíso, donde su padre, el coronel don Bernardo Uriarte, había venido desde Buenos-Aires, su patria, en el séquito del gobernador de aquel puerto don Joaquín de Alós. Incorporado a la Academia militar en 1817 a la edad de doce años, se había batido a los trece en Maipo i distinguíose después, al principio de la campaña de 1820, yendo en socorro de la plaza de San Pedro desde Concepción en una lancha. «El teniente don Pedro Uriarte, decía con motivo de este lance, el mayor Picarte al comandante jeneral de artillería, se ha portado muy bien en una pasada que hizo en auxilio de San Pedro, que lo estaba atacando el enemigo con dos cañones de a seis, un pedrero i bastantes fusileros, cuyos fuegos se dirigieron a las lanchas de auxilio, luego que estuvieron en posición de batirlos.»

Solo el comandante Cruz sacó su cuerpo organizado, perdiendo solo trece de los ochenta cazadores con que formara en la batalla. Arrebatados aquellos mas por un pánico momentáneo que por la presión del enemigo, lograron rehacerse, i se retiraron en columna, con precipitacion pero en orden, hasta una milla del sitio en que había tenido lugar el encuentro. Allí se les incorporaron los veinte i siete dragones salvados por Acosta i allí tambien dieron muerte a un esforzado oficial del enemigo el capitán de dragones Zorondo, imberbe mancebo de diez i nueve años, hijo de los Anjeles, como ántes dijimos, i a quien, exaltado por el entusiasmo de la victoria, sus soldados habian visto saltar sobre un caballo de refresco sin necesitar poner el pié en el estrivo, i seguir a toda brida i espada en mano sobre los fujitivos. Cuando ya volvia teñido de sangre a incorporarse a su campo, matáronle los mismos que en su carrera había ido dejando rezagados.

Su propio caballo sirvió empero a otro jinete digno de heredarlo. Fué éste el ayudante de cazadores don Manuel Búlnes, que había hecho prodijios de valor i cansado de tal manera su montura en la refriega, que si su primo Cruz no lo proteje, parece como O'Carrol en manos de los guerrilleros. La conducta de este jóven capitán había sido tan conspícua en esa prueba que en medio de las aclamaciones de todos sus camaradas, el jeneral Freire le nombró desde aquel dia su ayudante de campo, que de esta suerte se designaba, sin saberlo, un sucesor, cuando mas altos destinos llegaron para ambos.

Entre tanto, no inémos de trescientos cadáveres de la columna patriota, dragones, artilleros, infantes e infelices milicianos, quedaron sembrados en el ominoso sitio del Pangal, i el terrible Pico, ascendido a coronel sobre el campo de batalla, celebró su cruel victoria fusilando en el acto mismo de alcan-

Uriarte alcanzó solo el grado de ayudante mayor en nuestro ejército, pero en la revolución de 1829 se proclamó coronel en Coquimbo, se incorporó a las fuerzas que Viel escapó de Lircay i capituló con éste en Cuzco en mayo de 1830. Enviado a Londres en un buque que le recibió como prisionero, este notable caudillo, murió en el mineral de Cerro de Pasco en 1834, antes de cumplir treinta años.

Somos deudores de algunos de estos datos al señor don Rafael Minvielle, hermano político del desgraciado Uriarte.

zaria a veinte i tres desgraciados, únicos que no habian tenido la suerte de perecer en el frágor de la pelea. Solo perdonó a un soldado llamado Gallegos, porque tuvo la buena fortuna de decir que habia pertenecido al antiguo batallón de Concepcion, cuerpo que Benavides miraba con cierta predilección, por haber servido en sus filas i habia en consecuencia dado órden de que se tratara a sus soldados con alguna benignidad.

Las pérdidas del enemigo fueron escasísimas, porque hemos dicho que los patriotas quedaron encerrados casi sin poder hacer uso de los sables, o fueron envueltos por los lazos, no durando lo fuerte del encuentro ni medio cuarto de hora. Uno de los soldados vencedores recuerda solo haber sabido la pérdida del capitán Zorondo i haber visto herido en la boca al dragón Nicolas Morales, a quien por su elevada estatura llamaban sus camaradas *Cayumangue*, del nombre del cerro poblado de misterios i románticas leyendas que domina todas las campiñas del Itata.

Despues de terminada su obra de exterminio i de saqueo, pues no quedó en el campo un solo cadáver que tuviese siquiera un par de ojotas, (tal era la avida desnudez de los soldados de ultra-Biobío), Pico se movió hacia abajo del Laja, acampándose al dia siguiente, i mientras los dispersos del Pangal llegaban despavoridos a Concepcion i Chillan, en el valle de Curamilahue, donde blanqueaban todavía apilados bajo los árboles los huesos de los soldados que por aquellos mismos días (setiembre 20 de 1819) habian perdido allí los dos Segueles.

¡Así era aquella guerra! Se celebraba el aniversario de una matanza con otra mayor, i las tropas se movían de un campo sembrado de cadáveres recien inmolados para ir a dormir a otro sobre los huesos de los que habian caido anteriormente!

Tal fue con todos sus auténticos detalles la funesta acción del Pangal que açarreó la pérdida de la provincia de Concepcion, equivalente entonces a la mitad de Chile, i abrió las puertas de la capital, por la cuarta vez durante de la guerra de la independencia, al invasor realista.

Ha sido tradicional costumbre entre nosotros echar la culpa de los desastres militares a causas por lo comun absurdas i

pueriles: al viento, a que los contaron, a que les cortaron la agua, a que un fraile los vendió, a que San Martín estaba borracho el 19 de marzo, dia de su cumple años, i a otras quimeras semejantes (1).

La derrota del Pangal atribuyóse, en consecuencia, como todas las anteriores, a una causa parecida, al humo (2).

Díjose tambien por las malquerientes que el comandante Cruz había contribuido a la pérdida de la batalla por el pánico de su tropa, que es preciso confesar no estuvo esta vez a la altura de su renombre; pero aquel jefe salvó casi ileso su cuerpo del destrozo jeneral, i para hacerle proceso por ello, sería preciso declarar de antemano que el ilustre Las Heras al retirarse del pánico de Cancha-Rayada con su division intacta, fué tambien reo de una falta militar. Mas como no todos aceptaban el humo como causa determinativa de la derrota, necesitaban personalizar sus cargos de otra suerte, i eligieron para ello a aquel jefe tan valiente como pondonoso.

Del número de estos acusadores secretos, fué por desgracia el mismo jeneral en jefe, i a su turno el acusado le devolvió el reproche declarando en un documento que de su mano tenemos a la vista “que el mas inmediatamente culpable del fracaso fué el mismo jeneral, por el desprecio con que había mirado al enemigo, dejando en inaccion la mayor parte de su ejército” (3).

Cargo igualmente injusto, porque Freire tuvo esta vez para no salir de Concepcion la razon poderosa de que Benavides estaba en acecho de esa plaza, en el opuesto lado del rio, i tal había sido precisamente el plan del bandido, como terminantemente lo declara en sus comunicaciones al virei de Lima.

¡Tristes querellas de la vida humana, que están revelando en sí propias el verdadero oríjen de los vaivenes mismos en que rueda la varia fortuna de los acontecimientos de la histo-

(1) Todo esto se ha dicho de las derrotas de Talca, i Rancagua (1814) de la de Cancha Rayada 1818, de la Lircay en 1830, etc. etc.

(2) Parte citado del gobernador de Rere.

(3) Carta citada de 1857.

ria! Por esto, la *última* aceptará talvez que fué el *humo*, el elemento que postró nuestras banderas a los pies de los caballos de Pico, pero no el humo de la pólvora, sino el de las pasiones del corazon que dividieron a los jefes patriotas a la hora misma de sonar los clarines del combate, i les ofuscó despues en medio de la pelea, sin que ninguno acertara a tomar una medida salvadora.



CAPITULO XII.

El comandante Cruz comunica al jeneral Alcázar el desastre del Pangal.—Estratujemas de Pico.—Alcázar se retira a Concepcion con trescientas familias de los Anjeles i la guarnicion.—Benavides se reune a Pico i detienen a aquél en el Laja.—Combate heroico de Tarpellanca.—Fuga del comandante Thompson.—Episodios.—Mañil se apodera de los Anjeles, lo saquea e incendia.—Alcázar capitula.—Matanza de mujeres i de los enfermos por los indios.—Inhumano asesinato de los oficiales del núm. I de Coquimbo.—Desesperacion del capitán Aros.—Horrible muerte de Alcázar i de Ruiz.—Reflexiones.—Despacho de Benavides al virei declarando que ha ejecutado aquellas atrocidades en estricta represalia.—Torrente i Gay las atribuyen a la matanza de San Luis.—Asesinato del fiscal realista Lazcano en la capital.—Asarorza situacion de Freire en Concepcion.—Intenta socorrer a Alcázar, detiene a Cruz en Gualqui i manda a Viel al Itata.—Vacila i llana confidencialmente a O'Higgins para que venga en persona a socorrerlo.—Resuelve evacuar la provincia i dirijirse al Maule.—Intenta de nuevo proteger a Alcázar pero desiste al saber su capitulacion.—Se encierra en Talcahuano—Benavides ocupa a Concepcion.—Estado de la campana i perspectivas de los realistas en octubre de 1820.

Cuando el comandante don José María de la Cruz se retiraba del aciago campo del Pangal, con su columna de cazadores i dragones, alumbró su mente una resolucion que pudo ser salvadora: la de retirarse en direcion a las Anjeles con el propósito de socorrer al jeneral Alcázar, llevándole elcontijente mas precioso que su aislada situacion reclamaba, el de la caballería. Mas observóle en esa coyuntura su segundo, el capitán don Luis Ríos, que los vados del Laja debian estar fuertemente guardados por el enemigo, i que seria difícil forzarlos con una tropa des-

lentada, observacion que no era ciertamente hija del miedo, pues tal no conoció nunca aquel soldado.

Cruz cambió entonces de rumbo, pero ántes escribió en una hoja de su cartera al jeneral Alcázar comunicándole las tristes nuevas del dia i haciéndole presente que, en la imposibilidad de socorrerle, debia replegarse o sobre Concepcion, pasando por Nacimiento al otro lado del Biobio donde no habia enemigos, o hacia Chillan por la ceja de la Montaña, en cuyos ásperos senderos su infantería i cañones impondrian respeto a las masas montadas del enemigo. Aquel cuerdo consejo fué entre gando a un correo que en ese momento mismo llegaba bien montado de Concepcion, despachado por el activo Barnachea, i el que se ofreció llegar a los Anjeles en tres horas (1).

Lo que en aquella plaza tenia lugar, entre tanto, es todavía uno de los mas crueles misterios de esta historia tenebrosa. Dícese por algunos que el correo enviado por Cruz se pasó al enemigo i le dió aviso de los planes de los patriotas (2). Otros mas cercanos a la verdad, en nuestra opinion, afirman que el fiel emisario fué víctima de su noble abnegacion, porque cojido por el enemigo, lo mataron como a espía, i fingiendo un oficio del jeneral Freire, cuya firma era fácil imitar, despacharon el pliego con otro de los suyos en el propio caballo del occiso, que era mui conocido en el campo patriota, para asegurar mejor su ardido (3).

En ese oficio apócrifo dábase a Alcázar una órden enteramente opuesta al cuerdo consejo de Cruz, pucs se le decia que abandonase inmediatamente la plaza fortificada de los Anjeles, i pasase el Laja por el vado de Tarpellanca, el mas

(1) Carta citada del jeneral Cruz.

(2) BARROS ARANA, folleto citado, páj. 26.— En esto el señor Barros ha seguido la relación de don Agustín Aldea, quien en su folleto *La inocencia vindicada* (1823) trata de justificarse de su alianza con Benavides probando que siempre le fué traidor. Esta circunstancia inspira mui poca fé en su relato, ademas de que fuó hecho *ad hoc* i evidentemente por la mano de su primo el doctor Rodríguez Aldea, con el objeto de hacer mérito entre los patriotas.

(3) Relacion citada del coronel don Francisco Porras.

El historiador Gay, que consultó en los Anjeles en 1838 o 39 el testimonio de los coronelos don José María González i don Manuel Riquelme, testigos de aquellos sucesos, confirma esta opinion, i añade que la falsificación de la firma de Freire había sido tan hábilmente dispuesta, que solo Ruiz dudó de su autenticidad i fué de opinión que no debía abandonarse la plaza. (*Historia de Chile*, tomo VI, páj. 111).

vecino a Yumbel, asegurándole que allí sería socorrido por las fuerzas de Concepcion. La rápida inventiva de Pico i su aventajada posesion del arte caligráfico, estaban caracterizadas por aquella estratagemas.

En vista de una órden tan perentoria, Alcázar que solo sabia obedecer, resolvio abandonar inmediatamente la fortaleza que había sostenido durante dos años con tan heróica constancia. Urjiale ademas a aquella resolucion estrema la carencia absoluta de víveres i su escasez de municiones de fusil i de cañon.

Puso Alcázar en el acto en requisicion el pueblo, i fuera de unos pocos caballos para los oficiales, no tuvo mas elementos de movilidad que tres carretas para los enfermos del ejército i otras tres que quitó a un vecino llamado García, en las que depositó todo su parque.

Notició en seguida su suerte al triste vecindario i lo dejó libre de seguirle para correr con él la suerte de las armas o guardar el pueblo, esponiéndose al peligro inminente de una irrupcion de bárbaros que le encontraría indefenso. Los mas aceptaron el salir, llegando el número de las infelices mujeres que tomaron tan desesperado arbitrio a no menos de quinientas.

Hechos a toda prisa estos preparativos, salió Alcázar a la cabeza de su columna en la tarde del 25 de setiembre, i a la mañana siguiente, tres dias despues del desatres del Pangal, llegaba a la orilla del Laja por el vado de Tarpellanca, que, como ántes dijimos, es el mas vecino a la confluencia de aquel río con el Biobio.

Presentaba aquella marcha, que recuerda las inmigraciones dolorosas de la Biblia, un espectáculo imposible de describir. Venian allí en medio de un puñado de soldados, trescientas familias aterradas. Todos marchaban a pié, i los que habian podido procurarse un mal caballo cargaban en él, quien a la madre anciana, quien a la esposa, quien al hijo que simbolizaba todas las esperanzas, todos los goces de la vida. Cada cual salvaba lo que podía de sus pobres lares porque demasiado sabian que no verian otra vez de aquellos sino los escombros; i por esto, como las hijas de Lot, volvian a cada

ístante el rostro hacia el pueblo abandonado, esperando ver levantarse en el horizonte las columnas de humo que anunciaran su ruina por la tea. Por todas partes no se veia sino semblantes pálidos, pies desangrados, mujeres infelices que pedian socorro sin poderse valer así mismas, niños que lloraban por su sustento que nadie podia procurarles. Hasta los desventurados enfermos, (soldados, ciudadanos, mujeres) no habian consentido en quedarse, i eran arrastrados en cinco de las pequeñas carretas que usan en el sur para los acarreos, sin contar con otro amparo que la clemencia divina. Las concubinas mismas de los indios auxiliares se habian confundido en aquella lúgubre caravana, que huia del incendio para estrellarse con la muerte, ahogándose en el vado de un río o descuartizada por el filo de las lanzas. Solo un rostro se veia del todo sereno, enjuto i terrible. Era el del septuagenario Alcázar, que no habia sabido nunca tener miedo, ni abrigar en su férreo corazon otra lástima que la que inspira la vista de un cobarde. Felizmente, de ninguno de los que obedecian su voz en este terrible trance podia decirse aquel baldon. Uno hubo, pero no fué de los que pelearon i murieron a su lado.....

Eugañado, pues, Alcázar por la astucia de Pico, o confundido por la vaguedad de las noticias que le llegaban en su absoluto aislamiento, tomó el único camino que debia conducirle a una inevitable perdicion, porque le llevaria a encontrarse de frente con un enemigo superior en número i arrogante con sus victorias.

Por otra parte, aquella misma mañana se habia incorporado a la division vencedora en el Pangal que asechaba los paso del Laja, pasando por el de *Thana-Guillin*, el mismo Benavides, a quien Pico hizo saludar con una salva disparada por los cañones capturados, como si hubiera querido recordarle de esta suerte que aquellos trofeos no eran suyos, sino de su esforzado brazo. Habia salido de su guarida el cobarde saltador cuando le llegó la nueva de que otros habian peleado i vencido por él, i no traia por consiguiente sino una escolta de veinte i cinco tiradores i por único companero a su *compadre* i amigo, el coronel de milicias don Felipe Díaz de Lavandero.

Encontrábase todavía el caudillo realista en medio de los plácemes que tributaba a sus jefes i oficiales, ascendiendo allí mismo a Pico a coronel, cuando llegó a las nueve de la mañana la noticia de que Alcázar venía oproximándose al Laja por el paso de Tarpellanca.

Alegre con esta nueva que le iba a proporcionar una segura presa en que cebarse, Benavides mandó montar a caballo toda la division, i a media rienda se dirigió a Tarpellanca. Allí se encontraba ya Alcázar con su gente, o mejor dicho, con su pueblo.

Es el paso del Tarpellanca uno de los mas frecuentados del profundo Laja porque una isleta, que lleva su mismo nombre, lo divide en dos brazos vadeables, haciendo así menos peligrosa la corriente de las aguas. Cuando Benavides llegaba por la márgen izquierda de aquel, ya Alcázar tenía salvada la mitad de la corriente i se encontraba con toda su comitiva en la isleta de Tarpellanca.

Benavides o mas propiamente Pico, pues aquél rara vez, si alguna, se acercaba al fuego, tomó en el acto sus disposiciones para cerrarle el paso esparciendo su caballería en tiradores por toda la ribera, apostando los cañones tomados en el Pangal en las altas barrancas vecinas i aprontando por sí mismo una columna de infantería para forzar el paso del río hasta la isla, si era necesario.

Alcázar, por su parte, se resolvió a quemar su último cartucho contra la hueste orgullosa del bandido. Cuando ya había pasado el río una parte de sus fuerzas, vino corriendo una mujer a anunciarle la proximidad de Benavides, i en consecuencia, apesar de la desventajosa posición rodeada de agua en todas direcciones que le ofrecía la isla, hizo volver los soldados formando en cuadro el valeroso e infortunado batallón que tantas glorias i tantos infortunios llevaba consechados en su corta carrera, i esperó de pié firme al enemigo (1). Hemos dicho que Alcázar no tenía caballería, sino unos cuantos indios milicianos; pero colocó en los ángulos sus cañones, i

(1) Segun un estado firmado por el comandante Thompson en Taicabuano el 10 de octubre el núm. 1 tenía ántes de entrar al fuego en Tarpellanca trescientas veintinueve plazas.

parapetándose como mejor pudo con los equipajes de las familias que emigraban, hizo situarse a éstas en el centro, echadas las mujeres i los niños en el suelo, para no perecer víctimas indefensas del combate.

En esta disposicion rompióse el fuego por el mismo valeroso Aleazar, cañoncándose ámbas líneas a bala i metralla desde las 11 en punto de la mañana (1). Todos estaban en sus puestos. A la distancia los tiradores de Pico divisaban, sin embargo, un jinete que montado en un brioso alazan repasaba el río como en dirección a los Anjeles i se perdía de vista entre los matorrales de la ribera. Era aquél el comandante del n.º 1 de Coquimbo que huía, acaso porque se sentía indigno de mandar un puñado de héroes (2).

Aquel combate fué terrible i duró trece horas (treinta i dos, dice Torrente) sin intermisión. El mismo fujitivo a quien acabamos de nombrar fué escuchando el cañoneo hasta las ocho de la noche, hora en que su pavor o la distancia lo hizo ya imperceptible.

Sus detalles tuvieron un sublime horror.

Peleaban los soldados, i las mujeres les mordían los cartuchos para que cargaran mas aprisa. Tossos los rostros respiraban un furor intenso, una angustia febril. Ya no se combatía por la patria, sino por la vida i se defendía la bandera que simbolizaba la gloria, junto con aquel último palmo de tierra donde se veía libre de la vergüenza i de la muerte la esposa, la hija de cada cual. En vano buscará la imaginación del poeta o la paleta del arte un episodio de nuestras guerras mas lleno de terribles accidentes que el de Tarpellanca. Un pueblo entero asediado en una isla por hordas ávidas de muerte i de pillaje; el río tinto de sangre arrastrando cadáveres en su corriente; los indios exhalando su horrible *chivateo* (3) a cada víctima que caía, a cada infeliz mujer que arre-

(1) A las dos de la tarde, dicen los señores Barros Arana i Gay, siguiendo a Aldea, (folleto citado, pág. 9), pero Thompson declaró a Freire que había comenzado a sentir el cañoneo del combate desde las once de la mañana.

(2) Gay disculpa la fuga de Thompson con la dudosa explicación de que fué arrastrado por las aguas del Laja.

(3) «Venian con mucha valería,» dice uno de los testigos de aquel combate citado en una comunicación del gobernador de Linares del 26 de octubre de 1820.

batalla del cuadro, corrian a ocultarse en el vecino bosque, a cada niño que degollaban delante de su madre; i en el fondo de aquél paisaje de la muerte, el humo de las chozas incendiadas que venia marcando el itinerario de nuevos resfuerzos que Por instantes llegaban al bárbaro enemigo. Solo Alcázar, ronco de gritar, pero sereno i grave, se ostentaba impenetrable en medio de aquel cuadro de perfecto horror.

Poco, por su parte, hacia prodijios por vencer aquella obsidiana resistencia, ordenando jugar los cañones sobre el comandado enemigo, cuyas filas diezmaba por minutos. En ocasiones logró tambien hacer pasar el peloton de infantes que habia recientemente organizado, i aquellos bravos, de otra causa, metidos en el agua hasta la cintura van a cruzar sus bayonetas con las de los soldados enemigos. Uno de aquellos logró arrancar del cuadro mismo de los patriotas una joven anjelina que venia protejida por su padre. Quitóle, sin embargo, aquél botin un valiente soldado llamado Manuel Vega, que mató a bayonetazos a su contrario (1). "Era tan bien dirigido el fuego de parte de los soldados de Alcázar, dice un oficial del enemigo que allí peleó, que apesar que tenia que resistir a mas de dos mil i seiscientos de ellos, no fué posible romperlos en toda aquella tarde" (2).

Pero sobrevino la noche i hubo una forzosa pausa a la refriega. Aquella pausa fué mas terrible que el estrago mismo del combate. Espacióse, en efecto, en el cuadro de los patriotas la nueva de que se habian agotado las municiones, i que al mismo tiempo innumerables masas de indios se precipitaban de los Anjeles con sus rostros tisnados por el incendio con que, a manera de demonios desencadenados, habian reducido a cenizas el odiado pueblo. Eran en efecto las hordas del terrible Maníl, que salian de aquel (3) horas despues que lo habian aban-

(1) La joven cautiva era la señorita Josefa Novoa, que emigraba de los Anjeles con su padre don Anjel Novoa. Debemos este dato al coronel Portas con quien aquella joven se casó mas tarde.

(2) ALDEA, folleto citado, pág. 13.

(3) En uno de los capítulos anteriores hemos visto que los Anjeles, donde mandaba Alcázar, había sido en 1819 el centro de todas las tramas i castigos contra los indios. Despues se habian asilado en su recinto todos los caciques adic.

donado sus vecinos. Las pocas familias que habian preferido quedarse con la esperanza de un pronto socorro, apénas habian tenido tiempo para correr a los bosques donde permanecieron considerable tiempo alimentándose con *pangui*, *dihuënes* i otras raices salvajes.

Aquellas dos circunstancias, a cual mas terrible, llevó el espanto a muchas pechos, no así al de Alcázar. El era un viejo soldado i hacia muchos años que llevaba la muerte a la grupa del caballo para que esta vez le pusiese miedo. Sabia con plena certidumbre que ni Benavides le perdonaría la muerte de Juan de Dios Seguel ni los indios llanistas la de su pre-dilecto lenguaraz Pedro López, ahorcados en 1819 por su órden; i le era por tanto preferible morir peleando a morir a filo de cuchillo i por mano de asesinos. Por tanto éste fué el partido que resueltamente adoptó.

Pero lo que no obtuvo el rigor ni las balas, consiguiólo del intrépido corazon de aquel guerrero una magnánima compasion. Hicieronle presente que si capitulaba se salvarian al ménos las mujeres i los niños, miéntras que si la resistencia hubiese de prolongarse hasta la mañana siguiente, los indios no perdonarian una sola víctima. Consintió entonces por la primera vez en su vida en abatir sus colores delante de un afortunado salteador, i entregar su espada como a un valiente al mismo asesino que habia de matarle. El jeneroso Ruiz habia sido el mas empeñado en disuadir a Alcázar de su plan de abrirse paso por sobre los cuerpos del enemigo, a fin de salvar al pueblo que le seguia que era el de su propia cuna, el de su propio corazon.

A las doce de la noche pasó en consecuencia del campo enemigo, donde ya era conocido por un pasado, (el realista don José Antonio Pando). el agotamiento de las municiones, en calidad de parlamentario el coronel Lavandero i se ajustó una capitulacion, en virtud de la cual se respetarian las vidas

tos a la patria a quienes perseguia Mariluan o los costinos. El 12 de mayo de 1820 habian llegado en esta condicion los caciques Ceyumilla, Colón-Pillan, i Millaleu, i poco despues (el 29 de agosto) vino hasta el mismo Anjeles desde su famoso i escondido *malai* el esforzado Coihuepan, trayendo de regalo a Alcázar i Ruiz en prenda de amistad la cabeza del cacique llanista Millamar, aliado de Mariluan.—(Archivo del Ministerio de la Guerra).

quedando los paisanos libres con sus familias i equipajes i prisioneros de guerra los militares.

Benavides firmaba con su aleve mano aquel convenio a las dos de la mañana, ocultando así en las tinieblas de la noche i en las de su propia alma depravada sus horribles designios (1). Mas apénas apareció la luz del dia, soltó el tigre su jauria de fieras, pues no eran otra cosa los indios de Manil, i los niños, los enfermos, las esposas i las hijas de los rendidos fueron el blanco en que vinieron a ensangrentar sus lanzas o a saciar, a la vista de todos i de Dios, su infernal lascivia. Perecieron allí hasta las mujeres mismas de su raza, i de las carretas en que venian los enfermos hicieron aquellos bárbaros sin entrañas objetos de pasatiempo ensartando por las puertas los cuerpos postrados de los infelices que en ellas venian, i ellos que perecieron (2).

Tal era la manera como el *ilustre* Benavides, segun el apodo de Torrente, cumplia los preceptos mas sagrados de la guerra desde que habia asesinado al parlamentario Torres en Santa Juana!

I todavia nos queda lo mas horrendo de aquel crimen por contar.

En la misma mañana en que Alcázar i sus subalternos habian entregado sus espadas a Benavides, fueron conducidos fuertemente escoltados a San Cristóval, en direccion a Yumbel, i allí durmieron esa noche, la última de su vida, bajo el techo de aquellos hermanos Seguel, cuyas sombras debian aparecerse a cada instante a los que les habian vencido en el sitio

(1) Segun Gay, (*Historia de Chile*, tomo VI, páj. 412), Benavides pasó a la isla con una escolta de quince hombres i dió la mano a Alcázar ofreciéndole su amistad i consideraciones.

Gay refiere en esta parte que Alcázar comisionó a un capitán Ríos para ajustar la capitulación, pero creemos que en esta designación puede haber algún error, pues el capitán Ríos se hallaba a la sazón en Concepción. Probablemente el nombrado fué el capitán Flores del núm. 1 que era, después de Alcázar i Ruiz, el oficial de más graduación, pues tenía el rango de mayor.

(2) Relacion de Saltarello. De las indias que allí fueron asesinadas por sus propios paisanos ha quedado constancia en los archivos de gobierno solo de las mujeres de José Quillapí, Juan Millaleo i Pascual Caminir, todos indios angolinos de la reducción de Colipí. El último perdió tambien a su madre i dos sobrinas.—(*Archivo del Ministerio de la Guerra*).—Según Egaña en su *Chileno consolidado*, (tomo II, páj. 301) i según el padre Guzmán (que en materia de historia allá va un chileno por el otro, en su *Chileno instruido*, tomo II, páj. 451), el número de mujeres reducidas a cautividad por los indios, llegó a la enorme suma de cuatrocientas setenta.

vecino de Curanilahue, hacia en esas horas un año cabal. Encontrábanse tambien en aquel paraje las feroces indias de Mañil dominadas por su lenguaraz Tiburcio Sánchez, que andaba buscando venganza a los manes de su amigo i camardada Pedro López a quien Alcázar "se habia dado el gusto de ahorcar," en la plaza de los Anjelos en diciembre de 1819. ¡Terribles pasiones humanas! Cuando el mar se ajita i revienta en espumias sobre los vientos, apénas da una idea de esos huracanes sordos que aquellas levantan en el alma del mortal. ¡Al derredor de la casa de los Seguel vagaban aquella noche los fantasmas vengadores de todas las víctimas conspicuas de la guerra a muerte!

El mismo Benavides tenia ya mui de antemano resuelto su destino, i si habia acallado por algunas horas las furias de la muerte que se revolcaban en el fango de su alma, habia sido solo porque a veces su astucia era superior a su残酷. El queria asegurarse la posesion del batallon prisionero, i hasta no cerciorarse de su adhesión, el tigre andaba vestido con el disfraz del zorro.

Seguro ya en la mañana del 28 de que podia disponer de aquellos infelices soldados que compraban su vida llorando sobre su bandera, sin necesidad de ocurrir a algun ardil en que fueran parte sus jefes, resolvio matarlos en el acto para mejor afianzar el ánimo de aquellos en su resolución de seguirle.

Pocos i contradictorios detalles nos han quedado de aquella carnicería aleve i escondida que no tiene paralelo en nuestra historia sino con el asesinato en masa de los prisioneros de San Luis que ya ántes narramos. Pero sábese que los prisioneros fueron notificados mui de madrugada que iban a salir para Yumbel. Entregároulos en consecuencia a una escolta, rodeada ésta a su vez por turbas de indios, i emprendieron la jornada; mas al doblar una puntilla de cerro donde habia unas lagunas, a pocas cuadras de las casas de Seguel, el jefe de la escolta hizo entrar a sus victimas a un rancho, (otros dicen bosquecillo), (1) que

(1) Los detalles de esta matanza son oscuros, por lo mismo que fueron tan horribles. Pero de lo que no cabe duda es que los indios acudillados por Tiburcio Sánchez i mandados por Benavides como escolta, o lo que es mas corriente, en seguimiento de los oficiales, fueron sus principales ejecutores.

allí había i ordenó a sus secuaces que los mataran a sable i a lanza, ultimando a bala a los que no murieran con la prisa acostumbrada en tales casos. Así perecieron con aquella muerte ingloriosa i lastimera, víctimas de su dénudo i de su fidelidad a la patria, los oficiales Aros, Flores, Reyes, Gómez, Darac, los dos Rios, Caballero, Orrego, Melo, Villanueva, Figueroa, Cantuarias, Benavides, Uribe, Romero i Ramírez, todos oficiales del númer. 1 de Coquimbo, desde abanderado a mayor, no quedando vivo sino su capellan, el agustino Castro, a quien la ferocidad devota de Benavides concedió aquella inmunidad (1).

El único episodio comprobado que la tradicion conserva de aquel horrible sacrificio es el de la viril desesperacion del capi-

(1) La lista exacta de los oficiales asesinados en San Cristóval es la siguiente, segun una nómina escrita por el comandante Thompson en Talcahuano.

Capitanes, don Rudecindo Flores, don Mariano Reyes, don José Silvestre Aros, don José Miguel Gómez; ayudante, don José Tomás Uribe; tenientes, don Francisco Darac, don Santiago i don Manuel Rios i Cantos, don Juan José Caballero, don Domingo Orrego, don Anjel Melo, don Nicolás Benavides; subtenientes, don Pablo Villanueva, don Pascual Rios, don Juan José Figueroa, don Pascual Cantuarias; abanderados, don Fernando Romero i don José Dolores Ramírez.

Thompson omite en su lista al último i al teniente don *Nicolás Benavides*; pero ambas víctimas constan de la nómina pasada por Benavides al virrei desde Concepcion el 12 de noviembre. No nos ha sido posible, a pesar de muchos esfuerzos, procurarnos noticias personales de estos desgraciados mártires de nuestra independencia. En la Inspección General del ejercito no se encuentran sus hojas de servicios i en el Ministerio de la Guerra solo existen los expedientes de montepio en que no se conservan las fechas de los despachos. El coronel don Francisco Porras, que perteneció a aquel cuerpo i que aun sobrevive, guarda solo una memoria vaga de ellos i aun añade a la lista de los sacrificados un alferez Soliz i al capitán don Manuel Prieto, natural del Paraguay, i el mismo de quien hemos dicho dispersó una guerrilla cerca de los Anjoles en 1819. Pero respecto de estos dos últimos hay evidentemente error porque no los mencionan en sus nóminas ni Thompson ni Benavides, i ademas consta que el último se retiró del cuerpo con licencia absoluta en 2 de setiembre de 1819.

El señor Barros Arana duplica tambien equivocadamente el número de las víctimas haciéndolas subir a treinta i dos. Solo fueron diez i siete del batallón númer. 1 de Coquimbo, además del mariscal Alcázar i del gobernador Ruiz. El general Freire dice tambien en uno de sus despachos escritos desde Talcahuano que se había fusilado cinco oficiales de milicia, pero de esto no hace mención Benavides, talvez como cosa consuetudinaria que no valia la pena de mencionarse.

Entre tanto, es doloroso que no puedan recordarse los antecedentes de aquellos jóvenes desventurados muertos en la flor de su edad. Creemos que el mayor número de ellos era de ajentinos, como parecen significarlo sus apellidos, Darac (de San Luis) Villanueva (de Mendoza), etc. i que debieron pertenecer a la division que trajo Cabot de Coquimbo en 1817. El capitán Flores, era graduado de mayor i es el mismo que vimos mandar la infantería en la acción de Curamilahue contra los Seguel. Sabemos tambien que el abanderado Romero era natural de Santiago i el alferez Melo pertenecía a una familia de Concepcion, pues era primo del oficial de Benavides Salazarlo, segun éste lo refiere.

vecino de Curamilahue, hacia en esas horas un año co-
contrábanse tambien en aquel paraje las feroces i-
Mañil dominadas por su lenguaraz Tiburcio
andaba buscando venganza a los manes de su
da Pedro López a quien Alcázar "se habia
ahorcar," en la plaza de los Anjeles en
¡Terribles pasiones humanas! Cuando el
en espumas sobre los vientos, apén-
huracanes sordos que aquellas levar-
¡Al derredor de la casa de los
que los fantamas vengadores d
de la guerra a muerte!

El mismo Benavides ter-
su destino, i si habia acr
de la muerte que se rev
sido solo porque a ver
El queria asegurar
hasta no cerciora
con el disfraz d

Seguro ya
aquellos in'
sobre su
que fue
mejor
gui', le cortaron un
mano del indio llamarse Anti-
del finado comandante, no recuerdo en
ni dia fué, pero todo esto presencié" (3).

... con aquella muerte desapiadada, que hace recordar la
hora postrera de Valdivia i Caupolicán, (empalado por el cruel
Beinoso), aquel soldado de la república que habia pasado sesen-
ta años de su vida sobre el lomo del caballo, sirviendo a su pa-
tria con una abnegacion igual a su bravura. Anciano, pobre,

(1) Datos del coronel Porras i del oficial Saltarello.

(2) Comunicacion del gobernador de Lináres don Juan de Dios Romero re-
firiéndose al paisano Pablo Triguero que se decia testigo presencial del hecho.
— Linares, 20 de agosto de 1820.

(3) Memoria escrita por el comandante don Domingo Salvo, citada en el pre-
facio. Era aquel oficial de Benavides en esa época.

Segun datos recojidos en Angol por nuestro digno amigo el jeneral don José
Manuel Pinto, el indio que mató personalmente a Alcázar fué el cacique Catrileo,
no el asesino de Zúñiga en 1851, sino uno de sus antecesores que pereció en
un combate ocurrido en Angol en 1831.

no tenia ánimo, h
ctorios ral
sino su vida que tributarle, i ésta la rin-
biendo ántes plegado el tricolor que habia
durante dos años en las murallas de los
atimiento de ánimo delante de la muerte, si-
la voz de la humanidad, sacrificándose vo-
r su pueblo. Si el mariscal Alcázar hubiera
oldados, i no con ancianos i mujeres, era
Tarpellanca habria sido su tumba i la
os. Tal era al ménos el concepto que de
vieron sus contemporáneos al dedicar-
a las artes para la república, escul-
e de mármol que adorna la plaza de

todavía con tanta sangre verti-
de sus secuaces, hizo juntar to-
compromiso, i allí, cerca de la
desaparecer. Esto lo estuve
narrador, sentado sobre
los habian reunido para

espardidos en un campo soli-
... la historia una grave enseñanza enco-
... lójica i a su justicia. La bárbara inmolacion de
... istóval no era solamente un acto de repugnante feroci-
dad. Era la lójica, la consecuencia, la terrible necesidad, pue-
de decirse, de aquella guerra espantosa que segun el sencillo
lenguaje de un historiador chileno debia "escribirse con tinta
de sangre humana" (3). Era al propio tiempo el inexorable
cumplimiento de aquella lei tan antigua como las razas huma-
nas del que se ha hecho un símbolo la espada del apóstol.
La guerra que me tienen declarada, dijo Benavides al virei,
dando razon de esas ejecuciones, es sin cuartel, como se ha vis-

(1) El retrato de medallón que se ve en el costado norte de aquella fuente, fué destinado a representar al jeneral Alcázar.

(2) ALDEA, *Vindicacion* citada, páj. 15.

(3) El padre Guzman en su *Chileno instruido*, tomo II, páj. 450.

tan Aros, que al conocer la intencion de sus verdugos sacó una corta-plumas i desgarrando sus galones i su gorra, los arrojó al rostro de aquellos, i en seguida atravesándose aquella arma en el cuello, espiró esclamando que prefería esa muerte a la de sus viles manos (1).

Entre tanto, el mariscal Alcázar i su fiel amigo el gobernador Ruiz habían tenido una muerte mucho mas horrible. En los momentos en que apartaban del camino el peloton de oficiales del núm. 1, innumerables bandas de indios llanistas asesinados por su implacable rencor i la voz del lenguaraz Sánchez, que venía acaudillándolos, se lanzaron sobre aquellos ancianos inermes a todo el correr de sus caballos, i ensartándolos en cien lanzas a la vez esparcieron por el aire sus ensangrentados miembros en medio de la algazara infernal que los bárbaros acostumbran en sus inmolaciones. Dijeron algunos que habían sacado el corazón al mariscal cuando aun estaba vivo i que lo enviaron a sus reducciones para que sus aliados fueran empapando en él la flecha de la guerra. ¡Tal era su bárbaro regocijo por el fin del hombre que tanto habían temido! (2)

Pero si de esta horrible残酷 no hai constancia positiva, sábase con certeza el descuartizamiento del esforzado Ruiz, “a cuyo comandante, dice un testigo irrecusable, le cortaron un brazo después de alanceado por mano del indio llamarse Antinao que era compadre del finado comandante, no recuerdo en qué año, mes ni día fué, pero todo esto presencie” (3).

Murió con aquella muerte desapiadada, que hace recordar la hora postrera de Valdivia i Caupolicán, (empalado por el cruel Reinoso), aquel soldado de la república que había pasado sesenta años de su vida sobre el lomo del caballo, sirviendo a su patria con una abnegación igual a su bravura. Anciano, pobre,

(1) Datos del coronel Porras i del oficial Saltarcio.

(2) Comunicación del gobernador de Lináres don Juan de Dios Romero refiriéndose al paisano Pablo Triguero que se decía testigo presencial del hecho.
— Linares, 20 de agosto de 1820.

(3) Memoria escrita por el comandante don Domingo Salvo, citada en el prefacio. Era aquel oficial de Benavides en esa época.

Según datos recogidos en Angol por nuestro digno amigo el jeneral don José Manuel Pinto, el indio que mató personalmente a Alcázar fué el cacique Catrileo, no el asesino de Zúñiga en 1851, sino uno de sus antecesores que perdió en un combate ocurrido en Angol en 1831.

achacoso, no tenia sino su vida que tributarle, i ésta la rindió magnánimo, habiendo ántes plegado el tricolor que había sostenido victorioso durante dos años en las muraltas de los Anjeles, no por abatimiento de ánimo delante de la muerte, si no obedeciendo, a la voz de la humanidad, sacrificándose voluntariamente por su pueblo. Si el mariscal Alcázar hubiera venido solo con soldados, i no con ancianos i mujeres, era seguro que la isla de Tarpellanca habria sido su tumba i la del último de aquellos. Tal era al ménos el concepto que de su denodado espíritu tuvieron sus contemporáneos al dedicarle el primer ensayo pedido a las artes para la república, esculpiendo su busto en la fuente de mármol que adorna la plaza de armas de nuestra capital (1).

Benavides no quedó saciado todavía con tanta sangre vertida. “En el mismo dia, dice uno de sus secuaces, hizo juntar todos los paisanos que tenian algun compromiso, i allí, cerca de la casa en que estaba alojado, los hizo desaparecer. Esto lo estuve yo presenciando, añade el impávido narrador, sentado sobre mi montura, aunque no ví, ni supe que los habian reunido para este efecto” (2).

Sobre aquellos restos humanos esparcidos en un campo solitario hai, empero, para la historia una grave enseñanza encomendada a su lójica i a su justicia. La bárbara inmolacion de San Cristóval no era solamente un acto de repugnante ferocidad. Era la lójica, la consecuencia, la terrible necesidad, puede decirse, de aquella guerra espantosa que segun el sencillo lenguaje de un historiador chileno debia “escribirse con tinta de sangre humana” (3). Era al propio tiempo el inexorable cumplimiento de aquella lei tan antigua como las razas humanas del que se ha hecho un símbolo la espada del apóstol. “La guerra que me tienen declarada, dijo Benavides al virei, dando razon de esas ejecuciones, es sin cuartel, como se ha vis-

(1) El retrato de medallón que se ve en el costado norte de aquella fuente, fué destinado a representar al general Alcázar.

(2) ALDEA, *Vindicacion* citada, páj. 15.

(3) El padre Guzman en su *Chileno instruido*, tomo II, páj. 450.

to con los soldados i oficiales que hacen prisioneros, que en el momento los fusilau cuando no los matau a sable.....” (1).

¿I acaso al aceptar Pico, Carrero, Cervelló i los otros capitanejos españoles su complicidad en aquel espantoso atentado, no tuvieron en verdad delante de sus ojos la hecatombe de San Luis en la que habia corrido de igual manera la sangre de los suyos? “Habiendo pedido, esclama el historiador Torrente, refiriéndose al propio lance de San Cristóval, a una voz los soldados del rei que se hicieran algunos sacrificios espiatorios en desagravio de los ultrajados manes de los prisioneros de San Luis, fué preciso acceder a este ruego” (2).

(1) Véase en el documento núm. 2 del Apéndice el oficio íntegro de Benavides dando cuenta al virei Pezuela de las ejecuciones de San Cristóval.—Estas mismas razones alegó en su proceso Benavides culpando especialmente de la muerte de Alcázar al lenguarez Tiburcio Sánchez. “Es necesario decir, apunta el historiador Gay en una nota relativa a estos sucesos, que de resultados de la espantosa carnicería que hizo Dupuy, gobernador de San Luis, en los prisioneros de Chacabuco i Maipo, el virei en su justa cólera, mandó a Benavides que no diese cuartel a nadie i que usa e esta atrocidad represalia.”—(*Historia de Chile*, tomo VI, pág. 414).

(2) **TORRENTE**, tomo III, pág. 197.

Por este mismo tiempo, tuvo lugar en Santiago un triste acontecimiento al que se atribuyó razones de alta política, sin fundamento sólido en nuestro concepto. Tal fue el asesinato cometido en la persona del ex-fiscal del rei, el doctor don Prudencio Lazcano, la noche del 28 de julio de 1820 por el soldado español Manuel Romero Dasa (*alias Trabuco*), en el depósito de prisioneros llamado del Basural.

Trabuco, segun consta del proceso que se le siguió i existe en el archivo de la comandancia de armas de Santiago, era un muchacho casi idiota i depravado, natural de San Lucas de Barrameda, de diez i nueve años de edad, en extremo dado al vicio de la embriaguez, especie de *Chanfaina*, como el que todos hemos conocido mas tarde, por lo cual habiéndole puesto el apodo por el que hasta hoy se le conoce.

Un dia que vió *Trabuco* a Lazcano ocupado en escribir, fué a denunciarlo al escribiente del depósito don Benigno Malo, i reconvenido aquél por este último, se dijo que había amenazado a *Trabuco* diciéndole; *Picaro, eres un infame, i yo he de hacer que te fusilen i no tardaré mucho tiempo*.—(*Gaceta ministerial* del 19 de agosto de 1820).

Veintidos días despues de aquel suceso, estando Lazcano jugando una partida de *damas* con el capitán prisionero don Claudio Varela, i teniendo a su lado a su hijo don Fernando de edad de nueve años, se precipitó sobre él el muchacho forjado i esclamando *Ud. es el que... le dió siete puñaladas de las que murió a los diez minutos*. La desgraciada víctima solo tuvo tiempo para correr a la puerta, i al ver a su asistente que llegaba, le dijo únicamente *esa que caí ahí me ha muerto, i espiró*.

El asesino corrió hacia el rastrillo o puerta principal del depósito como para escaparse; pero llegaba en esos momentos el jefe de aquel, mayor Arteaga, i pudo contenerlo i hacerlo asegurar con grillos.

Se le siguió activamente un proceso en el que la única disculpa que aparece del asesino es su declaración de estar ebrio en ese momento con un cuartillo de aguardiente que había bebido. El 8 de agosto fué sentenciado por un consejo de guerra que le condenó a la horca i a que se pusiera su cabeza en una piñata, en cuya consecuencia, aprobada la sentencia por O'Higgins en Valparaíso, con la circunstancia de que debía pasarse por las armas dentro de dos horas despues de notificada, se le fusiló el 16 de aquel mes.

¡Tal es en su inmutable encadenamiento la lóbjica de los acontecimientos humanos, sea que los presida el jenio del bien, sea que los arrastren en pos de sí las iras del dios de las venganzas!

Mientras aquellos horrores tenian lugar, como se ha dicho, en los bordes de la isla de la Laja o dentro de su área, el jeneral Fréire, aislado a su vez en Concepcion, se encontraba sumerjido en una inquietud devoradora. A las doce de la noche del mismo dia del desastre de sus armas en el Pangal, habia recibido la aciaga nueva comunicada por el comandante de armas de Rere don José Tejada, i en el acto mismo habia despachado un espresso a la capital manifestando la crítica situacion que le creaba aquel contraste, arrebatiéndole la única arma apta para la guerra que sostenia, i clamando en consecuencia por amparo. “A la mayor brevedad posible, decia al gobierno de la capital en aque-

Esta simple esposicion de los hechos demuestra, en nuestro concepto, la inculpabilidad olímpica de este crimen inútil i lavya a nuestro gobierno de una sombra que la tradicion ha hecho pesar sobre él. Sin embargo, fué una coincidencia odiosa la que tal suceso ocurriera en medio de las matanzas que tenian lugar en el sur.

En nuestra opinion, lo que dio origen a aquella version fué el odio profundo que se había concitado en Chile el fiscal Lazcano, desde 1810, en que los Carreras hacian poner sangrientos pasquines a su puerta, hasta 1815 en que fué el principal instrumento para la persecucion de los ilustres patriotas desterrados a Juan Fernández. Tomado prisionero despues de Chacabuco, se le remitió a Mendoza por el director delegado Quintana, encargando a su gobernador lo hiciera pasar a Buenos-Aires, su patria, «tornando en su remisión todas las precauciones (decién un oficio de aquel funcionario que encontramos en el archivo de Mendoza), que exije la gravedad de sus delitos i disponiendo se mantenga incomunicado el tiempo que ha de permanecer en esa.» Lazcano iba en compañía de ciento tres prisioneros, i ocurrió la circunstancia de que haliéndose puesto en los nombres de once de éstos una cruz para marcar el cuidado que debía tenerse con ellos, en el de Lazcano se pusieron *siete cruces*.

A fines de 1818 encontrábais el ex fiscal encerrado en el fuerte de San Carlos en la provincia de Mendoza, i de allí escribia al gobernador Luzuriaga peticiones que a la verdad no hacen formar un alto concepto de su carácter moral. (En el Apéndice bajo el númer. 3 publicamos dos de estas notas que encontramos en el archivo de Mendoza en 1853 i tambien la vista fiscal del doctor Vera en su proceso como documentos illustrativos del personaje i de su fin).

Despues de esto, solo encontramos en el archivo del Ministerio de la Guerra en Santiago un indulto expedido en favor de Lazcano commutándole, con fecha 17 de abril de 1819, la pena de muerte que se le había impuesto, ignoramos por qué motivo especial. Existe tambien en aquel archivo una solicitud de Lazcano para que se le conceda su libertad en enero de 1820, i en ella se dice que ha jurado en aras de la patria i por el nombre de O'Higgins «la mas interesante lealtad al juicio de la nación i la más honrosa detestacion a la España, su rei Fernando i cuantos opresores nos pongan.»

Hemos escripto todos estos antecedentes porque ellos creeron la preocupacion vulgar de que había sido asesinado por motivos politicos i por decretos de la Logia Lautarina. Pero el proceso que hemos citado i la inutilidad del mismo delito prueban suficientemente, en nuestro concepto, que aquél no fué sino un lance personal, fruto de la depravacion, imbecilidad i embriaguez de Trabuco.

lla hora, venga el mayor número de caballería de la otra parte del Maule, pues debe V. E. persuadirse que la provincia se levanta en masa, siendo destrozada mi fuerza de caballería, quedando solo en esta ciudad alguna milicia” (1).

Preocupóse al dia siguiente el consternado jefe, que solo ahora pudo medir el abismo que le había cabido su arrogante pero mal aconsejado desden del enemigo, de arbitrar medios como socorrer a Alcázar en los Anjeles, i destacó a Gualqui al comandante Cruz, que regresaba sobre Concepcion, con el objeto de observar mas de cerca a Pico. Al mismo tiempo despachó hacia Chillan al comandante Viel, a fin de que resumiera el mando de su escuadron dispersado, como hemos dicho, por aquel rumbo, i allegando, segun le fuera posible, el mayor número de milicias, contuviese en el Itata a Benavides, en el caso que éste marchase hacia la capital.

Horas despues cambió de plan, persuadido de que su caballería dos veces derrotada se hallaba incapaz de tomar el campo contra el enemigo cada momento mas pujante. El 25 hizo venir a Concepcion al comandante Cruz con su columna i en la tarde de aquel mismo dia ordenó que la infantería, los cañones i el vecindario patriota de Concepcion se trasladaran a Talcahuano. Aquel pueblo, al que cupieran, segun la expresion de uno de sus mas conspícuos hijos (2), “todas las lágrimas i todas las calamidades de la guerra de nuestra emancipacion,” emprendia ahora la misma peregrinacion que en esos propios momentos meditaba la poblacion en masa de los Anjeles; sal que aquel encontraria en la península de Talcahuano techo defensa, i los últimos solo una traicion sin nombre i una ancha fosa en el paso de Tarpellanca!

Freire, entre tanto, hora tras hora, despachaba correos, ya por una senda ya por otra, dando avisos a Alcázar i ordenándole que tratara de salvarse por el camino de la Montaña hacia Chillan o que hiciese los últimos esfuerzos para sostenerse dentro de la plaza, a pesar de su terrible penuria de víveres i de municiones. Mas cuando en la mañana del 26 tuvo indicios de que el mariscal venia marchando hacia el Laja, dominado en

(1) Despacho de Freire.—Concepcion, setiembre 23, a las doce de la noche.

(2) Don Diego José Benavente.

toda su estension por el enemigo, comprendió que la perdida de aquel i la suya propia eran irremediables. En tal conflicto vaciló su ánimo casi siempre impávido i tuvo el pensamiento de evacuar la provincia con los restos de sus fuerzas para ir a disputar a Benavides el paso de Santiago en la línea del Itata o si era preciso en la del Maule. Al mismo tiempo llamó con toda la eficacia de su amistad i de sus angustias al director O'Higgins, para que viniese en persona i con todas las tropas que existiesen en la capital a sostenerlo, pues de otra suerte presagiaba la ruina completa del Estado. "Supuesto, pues, le decía en carta privada de ese mismo día, el riesgo evidente en que se halla la plaza de los Anjeles i el que corren las pocas tropas de línea con que me hallo, yo no encuentro otro arbitrio sino el de que Ud. en persona venga volando, si es posible, con el rejimiento de cazadores i toda la demás caballería, víveres i caballos que pueda por el pronto, que yo en el momento que sepa la perdida de la plaza de los Anjeles *me pondré en marcha para las orillas del Maule*. Al mismo tiempo deben venir dos o tres buques para que puedan salvarse estas infelices familias, que les será imposible el poderlo hacer por tierra.

"No trepide Ud., añadió, un momento en estas medidas: ellas, le llenaran de gloria i todo se asegura. Si por desgracia pierdo esta fuerza de infantería, calcule Ud. las consecuencias. No soy amigo de hablar melancólicamente, créame Ud. lo que le digo i venga, venga en persona que es lo mas seguro en todo" (1).

(1) El general Freire daba razón de aquella resolución para abandonar la provincia en los términos siguientes i en la misma carta de 26 de noviembre que citamos en el texto.

«Solo me hallo con noventa i dos cazadores, cuarenta i ocho dragones i once granaderos de la caballería de línea. La milicia que tenía de Lináres, ya está desertándose i lo mismo sucederá con la que venga de los partidos, si se logra su reunión que es bastante difícil por el terror que ha causado nuestra desgracia: a que se agrega que para una acción no debe contarse segura.

«El enemigo se ha dirigido a sitiar la plaza de los Anjeles, i a mí me es *momentaneamente imposible salir a protegerla* por falta de caballería de línea: temo una desgracia en aquella plaza porque se hallaban sin ningunos víveres, pues dos remesas que había hecho en medio de mi escasez, no pudieron llegar.

«Si tenemos la desgracia de perder la plaza de los Anjeles, el enemigo carga con todas sus fuerzas sobre esta ciudad, que es el plan que tiene meditado. Yo en tal caso me veré en los mayores apuros para retirarme i abandonar la provincia, porque a la verdad no me queda otro recurso; pues de lo contrario espongo estas cortas fuerzas de infantería cuyas funestas consecuencias en un lance desgraciado serían sumamente sensibles en todo el Estado. Entre Ud. en profunda meditación sobre esto i no dudo que opinará del mismo modo.»

Sin embargo, un espíritu como el del jeneral Freire no podía estar supeditado muchas horas por aquel pavor profundo, reflejo del que cundía minuto por minuto en todos los ánimos. I así en verdad sucedió. En la mañana del 27, en los momentos mismos en que Alcázar se rendía a Benavides, hacia salir de Talcahuano toda su division llevando las tres armas, i se dirigía hacia el Laja para protejer, si era todavía tiempo, la retirada de aquel jefe. Mas apénas había avanzado unas pocas cuadras por el camino de Concepcion, cuando se le presentó pálido i desecho el comandante Thompson que llegaba de Tarpellanca, donde decía que lo habían cortado en los momentos en que comenzaba el combate, a las once de la mañana del dia anterior. Venia aquel desgraciado oficial tan embargado por el pánico que preguntó al mismo Freire por la suerte de sus oficiales, hecho afrentoso para un jefe, que provocó la indignación del pondonoroso jeneral al punto de hacerle remachar allí mismo una barra de grillos remitiéndolo preso a Talcahuano (1).

Conceptuando ya inútil toda tentativa de socorro, el jeneral Freire hizo regresar su division al puerto i se dirigió a Concepcion, a donde venía aproximándose el enemigo, después de la capitulación de Tarpellanca. El 30 de setiembre en efecto Benavides ocupó a Gualqui, i fué preciso por consiguiente abandonarle aquella ciudad, que ántes le había visto humilde soldado, hijo de un carcelero, i a la que entraría ahora con el hinchado orgullo de un visir repleto de vanidad i de sangre. El último en retirarse fué el comandante Cruz, temeroso de que un sargento español llamado Gilabé, que se pasó aquel dia de su cuerpo al enemigo, sirviera a éste para prepararle una emboscada.

(1) «Tuvo la insolencia de preguntarme por la suerte de sus oficiales,» dice Freire en una de sus comunicaciones al director O'Higgins. Desde entonces aquel jefe malaventurado dejó de pertenecer propiamente a nuestro ejército activo. Despues de algunos días de prisión en Talcahuano, fué remitido por mar a Santiago, i allí se le absolió del cargo de cobardía por un consejo de guerra, ignoramos bajo qué circunstancias. Un año mas tarde, (el 10 de octubre de 1821) le encontramos en el puesto casi civil de ayudante de estado mayor en la capital. Thompson era nacido en Buenos-Aires, pero había hecho sus primeras armas en Chile enrolado en el regimiento de caballería de la Gran Guardia, organizado por Carrera en 1813. Despues de prestar servicios oscuros i puramente pasivos, le encontramos de comandante de armas de la provincia de Chiloé en 1834 i de jefe del depósito de reclutas en Santiago en 1838. Este desgraciado militar falleció en la última ciudad el 1.^o de marzo de 1843, a la edad de cincuenta i dos años.

El mismo Freire habia abandonado el dia anterior su amada ciudad, i ántes de cerrar tras si el porton de Talcahuano, que tantas veces habia golpeado con su sable victorioso, volvió a llamar en su auxilio a su antiguo jefe, presagiándole que si continuaba su abandono bien pronto se divisaria desde las torres de la orgullosa Santiago el humo del campo de los bandidos de Arauco (1).

Por fin, el 2 de octubre de 1820 las huestes ensangretadas de Pico penetraron en la desierta Concepcion.

La campaña del ultimo no habia podido ser mas rápida ni mas feliz. En el espacio de dos semanas habia dado tres batallas i en toda ellas habia vencido. Era dueño absoluto de las dos grandes arterias de aquella guerra de movilidad i desfildaderos: la Montaña i el Biobio. Todas las plazas fuertes de ambas fronteras, i en una i otra banda del gran rio que corre por aquellas, estaban en su mano. Habia quitado la vida a los mas temibles de sus enemigos, i como los vencedores antiguos, traia prisioneras i alistadas bajo sus banderas las mismas tropas que les habia arrebatado por la suerte de las armas. Los pueblos que le habian resistido, habian sido convertidos en escombros como los Anjeles, o regados de sangre como Yumbel. La Araucanía toda estaba en armas para sostener su causa, i miéntras el pánico le entregaba a Chillan, hacia el centro de la República, obligaba a encerrarse en una playa arenosa las últimas bayonetas que sostenian la provincia de Concepcion. Dueño de esta suerte de las principales líneas militares de la República del Biobio, del Itata, del Ñuble, del Maule mismo, la gran barrera histórica de la capital, se encontraba en aptitud de amagar directamente a aquella, o bien por las ensenadas profundas de la cordillera, moviendo hacia adelante a los Pincheiras, (como estos lo hicieron mas tarde invadiendo el cajón de Maipo a cinco

(1) "El recurso mas oportuno para que no se aumenten nuestras desgracias i se evite que el enemigo tenga a su disposición cuantos hombres existan en los partidos de esta provincia, es el de que V. E. mismo con todas las fuerzas de esa, se ponga en marcha para ésta, como he indicado en mis anteriores comunicaciones. De lo contrario, muy difficilmente podrán facilitarse todos los auxilios que son necesarios. Yo estoy firmemente persuadido que si V. E. no toma esta resolución o se retarda la marcha de las tropas, el enemigo no tendrá inconveniente para emprender sobre esa provincia."—Despacho del general Freire al director O'Higgins.—Concepcion, setiembre 30 de 1820.—(Archivo del Ministerio de la Guerra).

leguas de la capital), o por el mismo camino carretero que habia conducido dos veces vencedor hasta orillas del Mapocho al ejercito realista organizado en Concepcion.

Tal habia sido el fruto de la osadía temeraria, de la incansable actividad, de los mil arbitrios de inventiva, de combinacion i de estratejia, de que diera pruebas aquel hombre verdaderamente singular, a quien por una defraudacion injustificable, la historia habia sustituido hasta aqui el nombre del monstruo infame que se le habia reunido despues de los peligros sclo para hacerle cómplice de sus inhumanas villanías.

CAPITULO XIII.

El comandante Viel en Chillan.—Se retira a San Carlos.—Desercion en masa de sus fuerzas.—Retrocede hasta el Parral.—Antonio Pincheira ocupa a San Carlos i Hermosilla a Chillan con graves excesos.—Viel se resuelve a retirarse sobre el Maule.—Viene doscientos milicianos de Talca en su auxilio i se dispersan.—Terror que inspira el nombre de Benavides.—Pincheira abandona a San Carlos i lo ocupa Arriagada.—Viel se posesiona momentáneamente de Chillan i retrocede de nuevo a San Carlos.—Renuncia del comandante Viel.—Primera impresion que causa en el gobierno el desastre del Pangal.—El ministro Zenteno se niega a enviar tropas veteranas a Freire.—Agotamiento completo de recursos, i atenciones en Mendoza, Valdivia, el Peru, Talcahuano, el Maule i en la capital.—Reaccion que produce la noticia de la muerte de Alcázar i capture del númer. I.—El Senado confiere facultades extraordinarias al Director.—Se manda aportar una division veterana para contener a Benavides en el Maule al mando del coronel don Joaquín Prieto.—Carácter i antecedentes de este jefe.—Sus instrucciones.—El comandante Pérez García.—Prieto en Talca.—Grave error de Benavides que salva la situacion.—Envia a Zapata al Itata i este caudillo se entrega a la lividiad.—Viel es llamado a la capital i reemplazado por Arriagada.—El gobierno acuerda que se haga puramente la guerra de vandalaje.—Instrucciones a Prieto i a Arriagada en este sentido.—Notables i juiciosas comunicaciones de aquel oponiéndose a tal medida.—La revoca el gobierno.—Arriagada avanza contra Zapata.—Acción de Cocharcas—El Salto de Alercon.—Importancia de aquel encuentro.—Freire en Talcahuano.

En las mismas horas en que el jeneral Freire se encerraba en Talcahuano con los últimos restos del ejército del sur escapados a la fortuna de Pico i a la ferocidad de Benavides, el comandante Viel con una actividad digna del mas alto elogio se esforzaba en reunir elementos de resistencia en los partidos del Itata i del Ñuble. Su principal objeto era defender la primera de aquellas líneas en cumplimiento de la comision que habia recibido de su jefe.

El jóven comandante Viel en dos años de campañas se había

hecho tan esperto, tan espedito i tan popular como el mas acreditado de nuestros jefes de caballería.

Hemos visto que había salido de Concepción en la noche del 26 de setiembre, en dirección a las bocas del Itata, i tres días después, el 29 de setiembre, le encontramos en Quirihue reuniendo milicias i dispersos. El 2 de octubre se hallaba ya en Chillán a la cabeza de su escuadrón, reducido a solo ochenta i cinco hombres, pero con un número considerable de milicias montadas que había colectado de acuerdo con el activo i patriota gobernador de aquella plaza, el teniente coronel don Pedro Ramón Arriagada.

Contaba de esta suerte con cerca de mil hombres, pero tan desmoralizados por el terror que no creyó prudente ni mantener los pasos del Itata ni aun permanecer en la abierta e indefensa Chillán.

Juzgando solo posible defender la raya del Ñuble con aquella tropa colecticia, abandonó en consecuencia a Chillán el 3 de octubre, pasó el Ñuble i se acampó en San Carlos en la noche de aquel mismo día.

Mas apenás había fijado su cuartel jeneral en aquella aldea i indefensa, cuando se desarrolló es sus fuerzas una desercion tan numerosa e irremediable que hubo de juzgar forzoso abandonar otra vez la posibilidad de defender el Ñuble i retirarse al Parral en el centro de las vastas llanuras que se dilatan entre el Maule i aquel río.

En la noche del 5 de octubre se desertaron en efecto treinta i siete hombres de la escasa infantería de Chillán (1) i al toque de diana, en la mañana siguiente, emprendieron la fuga en masa todas las milicias de Cauquén; i como los coman-

(1) La desercion había comenzado en el paso mismo del Ñuble desde que se supo la matanza de Alcázar i la capture del n.º 1 de Coquimbo con todos sus horribles pormenores abultados por el pánico.

“Conforme tengo dado parte al Excmo. señor director del Estado, decía el comandante Viel al ministro de la guerra desde San Carlos el 4 de octubre, había reunido en la plaza de Chillán una division como de mil hombres de las milicias de estos partidos. Trataba con esta fuerza de defender esta parte de la provincia, pero las noticias de la pérldida del batallón de Coquimbo i de los horrores que cometan los enemigos (que ha sido imposible ocultar) han hecho decaer enteramente el ánimo de los hombres. Los milicianos desertan por bandas; los que quedan solo se mantienen con la seguridad que les doi de la venida de una division de la capital, i veo con el mayor sentimiento que me halle en la precision de retirarme cuando se adelante el enemigo.”

dantes de armas de San Carlos i del Parral asegurasen por escrito (1) al comandante Viel que no respondian de sus respectivas tropas, emprendió éste su retirada sobre la mencionada plaza el mismo dia 6 de octubre. El núcleo de sus fuerzas eran solo sus granaderos i la única tropa organizada que le acompañaba consistia en un escuadron de doscientos hombres, que habia sacado en persona de Quirihue el enérjico gobernador González i en una banda de partidarios alistada en Chillan, compuesta en su mayor número de malhechores que no inspiraban ninguna confianza en su fidelidad.

El terror cundia entre tanto hora por hora en aquella division recojida a la lijera i en nombre del pánico mismo que se trataba de disipar con su presencia. Cada correo, cada disperso que llegaba del otro lado del Ñuble, aumentaba con sus relaciones, de buena fe exajeradas, la ansiedad de los ánimos, al paso que la noticia, ponderada de boca en boca, iba sembrando la desolacion en todos los pueblos i en todos los campos.

Súpose con certeza que Antonio Pincheira, descendiendo de su guarida de la Montaña, habia ocupado a Chillan con cien hombres de fusil, de lanza i de garrote, el mismo dia que lo habian abandonado Viel i Arriagada; que su primer acto habia sido entregar el pueblo al saqueo i asesinar al alcaide de la cárcel por antiguos resentimientos propios o de sus secuaces, i lo que era verdaderamente digno de alarma, que dejando a su segundo Hermosilla en aquella plaza, habia venido a situarse con su gavilla en San Carlos, el mismo pueblo que hacia pocos meses habia asolado i cuyo vecindario se estremecia de horror a su solo nombre.

En vista de esto, Viel, cada momento mas descorazonado, se habia resuelto a replegarse sobre el Maule, lo que equivalia a

(1) He aquí esta declaracion:

“En contesto a los artículos espuestos por el señor comandante de la division don Benjamin Viel, decimos los comandantes abajo suscritos que las milicias se están desertando de veinte i treinta, i de ningun modo es posible tenerlos al frente del enemigo.—San Carlos, 6 de octubre de 1820.—Leonardo Arce, comandante de armas de San Carlos.—José Ignacio Urrutia, comandante de armas del Parral.—Felipe Obando.—Juan de Dios Torres.”—(Archivo del Ministerio de la Guerra).

Los gobernadores de los tres pueblos centrales del gran llano interpuestos entre el Ñuble i el Maule eran don Justo Muñoz, de San Carlos, don Jacinto Urrutia, del Parral i don Juan de Dios Romero, de Lináres.

entregar al enemigo la mitad de la República (1). Pero dió oídos a las enérgicas observaciones del gobernador del Parral, don Jacinto Urrutia, que le aconsejaba mantenerse firme en aquella posición, i tuvo por otra parte aviso que venía en su auxilio desde Talca un escuadrón de doscientos lanceros de milicias. Así era la verdad, pero cuando el refuerzo llegó a Lináres el 14 de octubre, ya ciento cincuenta de sus soldados habían huido a sus casas, pues tal era el contagio del terror, epidemia sorda del espíritu que se propaga por las mismas leyes que las de la materia. El nombre de Benavides había pasado en esos días a la categoría de esos seres sobrenaturales que asisten a los insomnios en los campos i que las madres murmuraban al oído de sus hijos junto con el de Luzbel.

Observando entre tanto Viel que el enemigo no adelantaba partidas hacia el Maule i notando al mismo tiempo que poco a poco, a virtud de esta misma circunstancia, renacían los brios de sus soldados, resolvió acercarse de nuevo al Ñuble, i con este fin envió a Arriagada con ciento cincuenta hombres a ocupar a San Carlos. Consiguió este objeto aquel jefe sin dificultad, retirándose Pincheira con su botín de aquella aldea a Pumeyeto i Hermosilla con la suya de Chillan a la Montaña.

El 17 de octubre volvió, pues, Viel a ocupar a Chillan en la que los devoradores montoneros, segun la expresión de su gobernador, "no habían dejado ni lo mas ridículo." (2) "A las doce del dia de ayer, escribia por su parte el 18, el jefe de la division al ministro de la guerra, he entrado en esta ciudad sin encontrar mas enemigos que algunos ladrones que han sido acuchillados. El grupo de ellos había salido antenoché con dirección a la Montaña; dejando al pueblo en un estado que dá compasion, pues no hai clase de excesos que no hayan cometido. Nadie ha sido respetado sin distincion de sexo. La ocupacion de este punto me parece de poca importancia, i por no ser una situación militar i tener una escasez grande de pasto a sus inmediaciones, pienso regresar a San Carlos dentro de pocos días."

(1) Despacho de Viel al ministro de la guerra.—Parral, octubre 8 de 1820.

(2) Despacho de Arriagada al gobierno.—Chillan, octubre 18 de 1820.

Conforme a estas indicaciones i observando, por una parte, que seguia la inaccion del enemigo por aquel rumbo i por otro lado que no podia tardar el ausilio de tropas veteranas pedidas a la capital dia por dia, hora tras hora, desde el desastre del Pangal, Viel volvio a desamparar a Chillan, reducido ahora solo a sus murallas i techumbres, el 22 de octubre. En la tarde de aquel mismo dia volvia a situarse en San Carlos.

Aguardaba allí hacia ya mas de una semana la incorporacion de un cuerpo de caballeria de linea que sabia habia llegado a orillas del Maule, pero como pasasen los dias sin que supiese siquiera su aproximacion, i en otro sentido le llegaban avisos de que el enemigo se movia sobre el Maule por la costa (1), creyo aquel benemerito jefe llegado el termino de su paciencia i escribio una nota, con fecha 31 de octubre, haciendo formal renuncia de un puesto que le tenia reducido a la condicion de un mowntonero, vagando de pueblo en pueblo, sin encontrar medio de acometer alguna empresa que restituyera a su nombre el lustre perdido por las desgracias de Yumbel i del Pangal. "Si US., decia en esa nota al jefe del canton de Talca, no puede tomar la determinacion de mandar a este destino el escuadron de cazadores, suplico a Su Señoria se sirva señalarme el oficial a quien debo entregar el mando i remitirme un pasaporte par retirarme. Me es del mayor sentimiento tener que solicitar mi separacion en circunstancias que los enemigos han invadido la provincia i cuando quisiera, a costa de mi vida, hacer algo en beneficio de la nacion, mas veo claramente que por premio de mis desvelos, me hallo solamente espuesto a ver manchando mi honor, que es el único bien que poseo en este mundo, i debo tratar de conservarlo."

Las quejas del comandante de la linea del Nuble no eran, sin embargo, del todo justas, i para dar razon de las causas que motivaban su descontento i la lentitud de los socorros, fuerza nos es trasladarnos por la primera vez en este relato

(1) Desde el 23 de octubre, se decia en Chillan que venia nombrado gobernador de Quirihue por Benavides el coronel Lavanderos, i de Cauquenes el guerrillero don Manuel Vallejos. Ambos traian consigo considerables partidas para ocupar aquellos pueblos.

a la capital de la República, porque es ésta tambien la vez primera en que la suerte de la última aparece comprometida durante el curso de esta guerra que un año hacia se hallaba encerrado en Arauco entre la playa del mar i el peñon de Colocolo.

La nueva del Pangal, trasmitida por Freire a las 12 de la noche del 23 de setiembre, llegó a Santiago, con increible celeridad el dia 28. Pero no habia despertado por esto grave alarma, fuese porque el oficio de Freire, era solo una trascipción del apresurado parte que habia recibido de Rere, fuese que levantados los pensamientos de nuestros políticos a la mas alta esfera que creaba a las aspiraciones pùblicas la expedicion libertadora del Perú, recien hecha a la vela, les hiciese contemplar con comparativa indiferencia los sucesos interiores de la República. Lo cierto es que el ministro de la guerra Zenteno contestó a Freire el dia 29 que el gobierno no se inquietaba por "aquel caso tan comun en el curso de una prolongada campaña," que se le enviarían *seis mil tiros de fusil* por tierra i cuarenta mil por mar, i se aprontarian trescientos caballos en los partidos al sur del Maipo, porque lo que era la capital se sentia enteramente exhausta (1).

Era esta la verdad. San-Martin habia hecho en 1820 en el centro de la República lo que Balcarce hizo en el sur en 1819. Lo llevó todo consigo. Apénas quedaba para la guarnicion de Santiago, trabajada fuertemente en esa época por la faccion carrerina, un cuerpo respetable de infantería (la célebre *guardia de honor*) miéntras que Valparaiso se hallaba casi completamente desguarnecido, lo mismo que todos los pueblos de segundo orden desde Talca hasta Coquimbo. Rehusaba en consecuencia el gobierno desprenderse de un solo soldado en aquella crítica coyuntura, desatendiendo los clamores del intendente de Concepcion i sus alarmas, "porque seria esto un delirio (decia Zenteno el 29 contestando la nota de aquel del 23 en que le pedia con vehemencia un cuerpo de caballería), atendiendo a que Chile actualmente es la única fuente i cen-

(1) Nota del ministro Zenteno de 29 de octubre de 1820.—(Libro copiador del Ministerio de la Guerra de ese año).

tro de los recursos contra la guerra dentro i fuera de él" (1).

Preciso es hacer a todos justicia en la verdad de la historia. El jeneral Freire tenia sobrada razon para sentirse irritado hasta la indignacion por el abandono en que le tenian los hombre de la capital. Pero éstos a su vez sentian hondamente mortificado su puro, su jeneroso patriotismo con el mas cruel de los martirios: el de la impotencia! Las palabras del ilustre Zenteno que acabamos de citar eran la expresion injénua de la triste actualidad que atravesaban. Con un puñando de hombres i sin recursos de ningun jénero, porque todos habian sido agotados, tenian que atender a las cuatro fronteras del pais a la vez comprometidas. El gobernador de Valdivia, Letelier, amagado por el activo Quintanilla desde Chiloé, pedia a gritos auxilios para no perder aquella importante plaza, i habia sido preciso enviarle en esos dias para que quedase a sus órdenes la corbeta *Chacabuco*. Del otro lado de los Andes habia venido de emisario del gobierno de Cuyo el coronel don Manuel Corvalan, anunciando que si no se le prestaba fuerte apoyo, las hordas de Carrera, vagando entonces por las Pampas, se enseñorieran sobre Mendoza, poniendo en jaque a Santiago por aquella direccion (2), miéntras que San-Martin, recien desembarcado en Pisco, exijia por la inmediata remision de víveres para la escuadra (3).

Agréguese a esto que era preciso socorrer a Freire por mar en Talcahuano, a Viel en el Ñuble, i por ultimo hacerse respetar de los partidos en las calles mismas de las principales ciudades, que entonces no reconocian otra lei que la de las bayonetas.

Sin embargo, cuando dos o tres dias mas tarde se supo en el palacio de gobierno la capitulacion de Tarpellanca, i sus horribles consecuencias, junto con el encierro de Freire en Talcahuano, compréndiose de otra manera la situacion. El Director solicitó del Senado lo invistiera de facultades extraordinarias, las que le fueron otorgadas sin dilacion el 3 de

(1) Oficio citado de 29 de setiembre.

(2) Diéronse a Corvalan cien tercerolas i des mil pesos, prometiéndole ademas mil pesos mensualmente.

(3) Oficio de Zenteno a San-Martin, disculpándose por la tardanza de auxilios, del 29 de noviembre de 1820.

octubre, e inmediatamente se comenzó el alistamiento de una pequeña division veterana que se destinó a obrar sobre el Maule a las órdenes del coronel don Joaquin Prieto, a la sazon comandante jeneral de la artillería i de la maestranza de Santiago.

Aquella eleccion no podia ser mas acertada ni mas oportuna.

El coronel Prieto estaba mui lejos de ser el hombre mediocre, que las chanzas domésticas i el predominio político de don Diego Portales han trasmitido hasta nosotros por la lengua de la tradicion, que en nuestras nacientes sociedades aseméjanse tanto a la lengua de la chismografía. No era, como su ilustre émulo el jeneral Freire, un paladin, formado para lucir sus brios en medio del fragor de las batallas; pero aventajabale con mucho en el cultivo intelectual, en el conocimiento de los hombres i en ese tacto de las cosas i de los caracteres que se ha llamado el jenio del buen sentido. Discípulo de su hermano el abogado don José Antonio Prieto (como éste lo era del asesor Martínez de Rozas), a quien el historiador Gay pinta como una de las grandes esperanzas de la revolución agostada al nacer, tenia toda esa malicia suspicaz i fecunda que ha caracterizado a los políticos de su provincia durante los largos años de su dominacion en los destinos de la república. Hijo de una familia patricia de Concepcion, habia encontrado desde temprano abierto el camino, primero de la educacion i en seguida de la prosperidad, miéntras que Freire, huérfano desde la niñez, solo habia hallado delante de sí penosos deberes i las pruebas silenciosas i sublimes que exige la pobreza i la familia. Habian tenido ambos de comun únicamente la proximidad de sus cunas (1) i el haber entrado en la carrera de las armas sirviendo como guerrilleros. Pero la disposicion natural de carácter de cada uno, llevóles luego por diverso rumbo, relegando a Prieto a las guarniciones donde sus cualidades de organizacion i de laboriosidad le creaban una posicion aventajada, miéntras que Freire solo podia vivir al aire libre con la vida del soldado.

(1) El jeneral Freire habia nacido en 1786 i Prieto en 1787.

Por esto, miéntras el último surcaba los mares buscando glorias i aventuras bajo el pendon del almirante Brown en 1815, Prieto se lucia en los brillantes salones de Buenos-Aires, donde una gran dama le etorgara, como cuenta el padre Guzman metido a cortesano, *su blanca mano*. Por esto miéntras aquel trepaba los Andes en 1817 a la cabeza de un puñado de intrépidos voluntarios, volvia el último como jefe pasivo de un cuadro de artillería que no debia batirse sino a la distancia en Chacabuco. Por esto, miéntras Freire rompia a sableazos el último cuadro de los realistas en la llanura de Maipo, Prieto guardaba el cuadro de la plaza de Santiago, haciendo trincheras de adobe en sus boca-calles. Por esto, al paso que aquel se batiia hacia ya dos años sin aparearse del caballo en las lindes de la República, el otro se ocupaba solo de aprontar la pólvora, el plomo i las cureñas que debian servirle en sus batallas. Por esto tambien se encontrarian en breve como rivales secretos en el campo de la política i la intriga, en que el uno iba de antemano perdido, debiendo el otro a la postre ponerlo fuera de combate en lid abierta con los recursos de su ingenio, opuestos al poder desnudo del brazo i de las bayonetas de su émulo. Por esto, en fin, el uno vagaria errante, calumniado, negado de amigos, proscripto, casi menesteroso, miéntras que el que le habia vencido se sentaria orgulloso en el sillón supremo de que le habia despojado.

Pero en esta misma disparidad de antecedentes i de cualidades resalta la importancia que tenia el nombramiento del coronel Prieto para la pacificación del sur. Estaba ya de manifiesto que aquella contienda horrible no se terminaria por la espada. No quedaba ya sangre que derramar, i sin embargo, por todas partes afuian los soldados, brotando como vengadores de la misma sangre derramada. No se necesitaba por tanto, un esterminador sino al contrario un espíritu de reparacion, elástico, susceptible de amoldarse a la circunstancias, a la diversas formas que presenta una sociedad conmovida desde sus cimientos i puesta en ebullicion por las mas terribles pasiones. Ese hombre era precisamente el coronel Prieto.

Sagaz, disimulado, previsor, capaz de toda reserva i de esa doblez fria i sutil que forma la base de lo que se llama entre

nosotros política, diplomacia, impavidez, sabiduría, jenio, (todos sinónimos), tenía todas las cualidades que la situación anómala i excepcional de las provincias del sur exigía en aquellos días. El general Freire solo probaba a los hombres por el acero, i les daba valor o no según su temple i la mayor o menor intensidad de cohesión que presentaban. El coronel Prieto sabía emplear a la vez con igual fruto sobre la fragilidad de aquellos el oro i el plomo. Con dádivas a los unos, con promesas a los otros, con el banco a los pertinaces, él iba a realizar en pocos meses lo que el general Freire no había obtenido ni obtendría por sí mismo en tres años de heroísmo i de batallas.

La división que se había confiado al coronel Prieto constaba de tropas veteranas de las tres armas i se componía del cuarto escuadrón de la escolta directorial, al mando del comandante argentino don José María Boil, de un nuevo cuerpo de caballería que se encargó de rejimentar a toda prisa con el nombre de *dragones de la República* al distinguido coronel don Domingo Torres, dándole por base la compañía llamada *de plaza*, que existía en Santiago i otras ciudades en imitación del antiguo *fijo*, i de un pequeño batallón de infantería. Habiéase formado este último sobre una compañía veterana de los antiguos Infantes de la patria, otra de guardias nacionales de Santiago i el batallón cívico de Talca, al mando de cuya fuerza se colocó a un soldado de entusiasmo, don Santiago Pérez García, sobrino del historiador de Chile, i quien habiendo heredado una considerable fortuna en Arequipa, su ciudad natal, se hizo militar por patriotismo i gusto natural (1). Agregóse también una batería de cuatro cañones, al mando del capitán don Domingo Márquez, oficial de mérito que había ascendido desde soldado i murió de fraile, asignán-

(1) De este oficial, de quien dice el coronel Zañartu que se presentó en la batalla de las Vegas de Saldías envuelto en una frazada, no hemos vuelto a tener otra noticia que la de que en 1823 i 24 era gobernador intendente de Aconcagua. Su padre había venido a Chile en el último tercio del siglo pasado en compañía de su hermano don José Pérez García, historiador de Chile i abuelo del actual presidente de la República. Aquel se había establecido en Arequipa i héchose inmensamente rico, al punto que el oficial de que hablamos heredó cerca de cien mil pesos, después de haberle derrochado su patrimonio una alegría madrastra.

En los primeros años de la revolución el comandante Pérez García militó en el Alto-Perú, i cuando vino a Chile se le reconoció la graduación que tenía en aquel país.

dose un pequeño parque i un escuadron de milicias de San Fernando para el servicio de aquél i de los equipajes.

Dióse a esta columna el título de *segunda division de operaciones del sur*, i aunque mandada en jefe por el coronel Prieto, se sometería a las superiores del mariscal Freire tan pronto como aquel pudiera ponerse en comunicacion con Talcahuano.

El objeto principal de este cuerpo de ejército no era, sin embargo, cooperar directamente a las operaciones del que tenía el jeneral Freire a sus órdenes dentro de Talcahuano, pues a éste se le dejaba en gran manera abandonado a su destino, sino proteger desde el Maule “*la provincia de Santiago, cuya defensa, (dicen testualmente la instrucciones del ministro de la guerra a Prieto) es el primer carácter i empeño de la segunda division*” (1).

Se le encargaba en consecuencia el *escusar por todos medios* el pasar el Maule con el grueso de sus fuerzas, salvo en el caso de una evidente i demostrada ventaja, i todavía, una vez adoptada esta resolucion, debía consultarla previamente al gobierno, si los acontecimientos daban tiempo a ello. Tales minuciosidades estan probando entre tanto, con notable lucidez dos circunstancia peculiares de nuestro país i de aquellos tiempos; a saber, la consternacion profunda que habian inspirado de improviso los desastres del sur en el ánimo de los hombres de gobierno, i el antiguo, inveterado e irremediable prurito de las *instrucciones*, sogas de las chicana con que se ata la voluntad, la enerjía, las aptitudes mismas especiales del hombre a quien se le otorga por un papel la mas plena confianza i por otro papel se la quitan.

Terminados ya todos los aprestos, i habiendo despachado con anticipacion al comandante Boil con su escuadron hacia el Maule (el 6 de octubre) púsose en marcha el coronel Prieto el 18 de aquel mes, llevando como jefe de estado mayor al coronel don Francisco Elizalde, un antiguo e inteligente oficial de detalle, el mismo que pereció despues en Lircái, fiel a sus banderas.

(1) Publicamos este interesante documento bajo el núm. 4 en el Apéndice.

El 22 de octubre encontrábase el coronel Prieto en Rancagua, el 23 en San Fernando i por último el 30 en Talca. Su division se componia en esa fecha de quinientos veinte i cinco veteranos de los que trescientos setenta eran de caballería (cazadores i dragones), ochenta i seis infantes de la patria i sesenta i nueve artilleros (1). Las milicias equivalian a aquel número.

Tal era el estado de las cosas aquende el Maule un mes cabal despues que Benavides habia ocupado a Concepcion i dominado las líneas militares del Biobio, del Itata, del Ñuble i aun de la ribera austral del Maule, porque Viel no parecia ocupar en el promedio de los últimos dias sino el terreno en que estaba levantado entre trincheras su movedizo campamento.

Benavides, o mas bien Pico, que era el verdadero director de la campaña, habia cometido por su parte un gran error que ahorró a la República dias amargos de luto i de vergüenza, de desolacion irremediable talvez. Tal fué su omision de no enviar sobre el Maule, aprovechando el pánico de los primeros dias, una fuerte columna de caballos, que no habria podido ser perseguida por Freire que se encontraba sin ellos, i a lo cual era imposible haber opuesto un serio obstáculo mas allá del Maipo. ¿I quién hubiera podido decir entonces si aquella llanura, ya célebre como la cancha de guerra de la capital, hubiese presenciado las cargas de los salvajes de Mari-luan, realizando así el sueño fantástico que trajo a Lautar tres siglos ántes hasta el Lontué? Quién puede decir que el Pangal no hubiese sido la nueva Cancha-Rayada del ejército realista? Tan abultadas eran las proporciones que de dia en dia tomaba la guerra que aquellos presajios descendian en lo posible del dominio de la fantasía i preocupaban ya a los espíritus serios como una amenaza preñada de horrores.

Pero Benavides, obstinado en ultimar los restos del ejército que lo habia combatido i castigado durante dos años en sus propias posiciones, prefrió poner a Freire un cerco largo, difícil i a la postre estéril, en lugar de someter a contribucion los dos

(1) Estado mensual firmado por Elizalde el 31 de octubre de 1820.—(Archivo del Ministerio de la Guerra).

grandes elementos de victoria que traia consigo, su movilidad i el terror.

Contentóse, pues, con desprender en los primeros días de octubre a Zapata a la cabeza de su escuadron i algunos montoneros con el objeto de revolver los partidos del Itata en que aquel, como oriundo de la comarca, contaba con gran número de adeptos. Vinieron tambien con él algunas milicias i capitanejos encargados de tomar posesion de los distritos de la costa hasta la orilla del Maule. Ya hemos dicho que el coronel Lavanderos venia destinado como gobernador de Quirihue i el guerrillero Vallejos de Cauquén.

El prestijio de Zapata i la licencia desenfrenada que permitia a sus tropas, otorgándosela mas amplia a sí mismo, hacia que dia por dia viniesen a reunírsele todos los parciales del rei i del robo por aquella parte. De esta suerte habia logrado juntar en los últimos días de octubre, en el paso del Roble, sobre la márgen izquierda del Itata, una masa de mil quinientos hombres, segun informes fidedignos trasmitidos al comandante Viel en esa época.

I aquí es preciso recordar, atando el hilo interrumpido de las operaciones de aquel jefe con las que emprendian los realistas en el Itata i los patriotas en el Maule, que habia sido la certeza de aquella considerable reunion de enemigos la que obligó a Viel a solicitar el inmediato apoyo de los cazadores, (llegados hacia ya dos semanas a orillas del Maule), implorando, si no se accedia a su demanda, que se le relevase de una responsabilidad superior a su indisputable abnegacion.

El coronel Prieto, atadas sus manos per las instrucciones a que hemos aludido, no se atrevia sin embargo a permitir pasear el Maule un solo soldado veterano. Mas, por una rara coincidencia, convencido ya de lo absurdo de aquella disposicion, ordenaba que el escuadron de Boil marchase en auxilio de Viel el mismo dia (31 de octubre) en que éste con tanta ansiedad lo reclamaba desde San Carlos, ofreciendo su dimision en caso de negárselo. En este propio dia el comandante Viel no tenia mas fuerza que oponer a Zapata que su escuadron reducido a ciento cuatro granaderos, una pequeña columna de ochenta fusileros, tres partidas con ochenta i cuatro guerrilleros a las ór-

denes del Ñego Riquelme, del capitán Silverio Arteaga i del patriota don Miguel Soto i algunos grupos considerables de las milicias comarcanas (1).

Hacian éstas últimas subir el bulto de aquella division a cerca de mil hombres, pero los mas de éstos se hallaban dispuestos a tirar sus armas al oír el primer clarín del enemigo, cuyo solo nombre les inspiraba, como hemos visto, un contagioso terror.

Entre tanto, Zapata amenazaba moverse de una manera decisiva, i el 2 de noviembre hacia circular una órden jeneral disponiendo una junta colectiva de todas las fuerzas de los partidos que dominaba, a la que debian concurrir todos los hombres capaces de cargar armas desde la edad de doce años hasta la de sesenta, bajo pena de la vida (2).

Pero Zapata, como jefe, no era un adversario temible. Libertino, ignorante, disipado en los placeres i en los vicios, haciendo de la guerra uno de los muchos goces a que le arrastraba su inmoralidad i su bravura, perdía el tiempo entregado a la molicie a que le convidaban los sitios en que había nacido i donde volvía a encontrar sus camaradas i sus concubinas (3). Si en su lugar hubiera marchado el activo i pertinaz Pico, muy distinto habría sido el aspecto de las cosas en el territorio comprendido entre el Itata i el Maule, durante los dos meses que sucedieron al Pangal.

(1) Estas milicias se hallaban clasificadas de la manera siguiente, segun un estado del 2 de noviembre:

De Talca.....	80
De Quirihue.....	270
De Lináres.....	112
Del Parral.....	90
Total.....	552

(2) Hé aquí esta órden testual.

“Comandancia de la division de operaciones de la provincia de Concepcion.

“Los capitanes de milicias del partido de San Carlos, en el momento que reciban ésta, juntarán a la mayor brevedad posible todas las milicias desde la edad de doce años hasta la de sesenta, reuniéndose en Cucha-Cucha para el dia 4 del presente con sus armas i caballos, i el que no lo tenga lo verificará a pie, bajo la intelijencia que el que no lo verifique, en el momento que sean aprehendidos serán pasados por las armas.—Cucha Cucha, noviembre 2 de 1820.—Zapata.”

(3) En 1819 el guerrillero patriota Laureano Fernández lo sorprendió en la Florida con una de estas mujeres, pasión dominante en aquel caudillo popular.

Sucedia, entre tanto, que mientras Zápata se adormecía en sus antiguas guaridas del Itata, alojado como señor en las casas de la hacienda de Cucha de que había sido capataz, se operaban también en la segunda división, situada a su frente, cambios de personas i de planes que paralizaban las operaciones de la última. El gobierno de Santiago, desaprobando el sistema de guerra regularizada que se empeñaba en sostener el comandante Viel, en obedecimiento a sus hábitos de soldado europeo, tuvo por conveniente aceptar la renuncia condicional que había elevado de su comando, designando para sucederle al comandante don Pedro Ramón Arriagada, teniente gobernador de Chillán. Ordenábase en consecuencia a ésto emprender inmediatamente una guerra de vandalaje, autorizando el robo, el asesinato, la violación, todos los crímenes, en fin, que cometía el enemigo, sistema funesto quo se velaba con el nombre de retaliación. Eran aquellas órdenes únicamente la regularización de la guerra a muerte que se venía haciendo de hecho desde 1819; pero a la que faltaba la sanción suprema que ahora alcanzaba (1). Ordenábase al mismo tiempo al coronel Prieto que, por su parte, pusiese en pronta ejecución aquel sistema a todas luces absurdo i terrible que iba a convertir la ya desangrada provincia de Concepción en un inmenso cementerio. Tuvo, empero, el jefe de la segunda división la fortuna de hacerse oír de los mal advertidos consejeros de la política de la capital i con tan eficaces razones, que hubo de hacer revocar en tiempo las órdenes temerarias que se le habían impuesto (2).

(1) En el núm. 5 del Apéndice publicamos las notables instrucciones del ministro Zenteno al comandante Arriagada sobre este particular, fecha 4 de noviembre de 1820.

(2) No creemos que haya mejor medio de hacer conocer la importancia que tuvo esta discusión que confiar a la publicidad una carta de observaciones que Prieto escribió al Director, i sus comunicaciones oficiales sobre el particular al ministro Zenteno.

Damos lugar a estas últimas en el Apéndice así como a la nota de Zenteno que lo motivó, bajo el núm. 6.

En cuanto a la correspondencia privada a que hemos aludido i cuya fecha es de Talca, noviembre 8 de 1820, he aquí sus principales pasajes.

«Cuando me hallaba más contento con los progresos felices que habían tenido las primeras operaciones de mi división, han venido a turbarme enteramente las comunicaciones que con fecha 4 del corriente me ha dirigido el señor Ministro de la Guerra. En la principal, después de indicarme la necesidad de permitir el robo, la licencia i desorden a las milicias, partidas i aun a la tropa misma, se me previene proceder al instante a dar cumplimiento a aque-

En estas alternativas i mudanzas, que a no ser la impericia de Zapata i la indisciplina de sus bandas, habrian sido de graves consecuencias, perdiéronse en una absoluta inactividad respecto de las operaciones de la campaña, los meses de octubre i noviembre, sin poder hacer llegar hasta el jeneral Freire, víctima en Talcahuano del hambre, el desamparo i mas que

la medida, nombrando los jefes de estos nuevos bandidos, que deben ser en un todo, excepto en la opinion, otros Zapata, Pincheiras i demás vándalos d-i caudillo Benavides. Bien sabe V. E. que nunca he trepidado un momento en cumplir sus órde es, que aprecio i respeto por mil respectos, pero en esta ocasión me ha parecido conveniente demorar un tanto la ejecución i tener a V. E. cuenta del estado i circunstancias de aquella provincia.

En primer lugar, los enemigos no avanzan sino que se retiran, como lo dije a V. E. ayer; los veci.os enzonzados con el refuerzo que mandé a Viel han tomado nuevos brios; van sus campañas en orden i protegidas i caminan dispuestas a eludir las intenciones de los bandidos. Si de este modo se consigue cortar los vuelos a los enemigos, creo seria mui fuera del caso, desmoralar estos mismos hombres i presentar un asilo seguro al soldado para ejecutar sin tropiezo cualquier desorden. Las promesas que se les han hecho a todos aquellos vecinos a nombre de V. E. de los terrenos i demás bienes de los enemigos ha excitado el entusiasmo jeneral en todos aquellos pueblos empeñados en sostener sus derechos. Los hombres honrados i virtuosos han hecho necesaria esta generosa oferta i, por ultimo, todo presenta un aspecto favorable. Pero si se permite el robo i el desorden, todo se acaba. Los hombres de bien se retirarán: los milicianos que sirven por defender sus propiedades se despecharán i la provincia de Concepcion será el teatro de la miseria, los vicios i desolación. Los tiros de estos nuevos bandidos van a convertir en godos aun a estos mismos infelices que nos ayudan i defienden, cuando vean que sus ganados son consumidos por nosotros. Los enemigos tienen la diferencia que son tales unos hombres sueltos i desconocidos: hacen la guerra en un país enemigo i deben asolar a sus contrarios, pero no habiendo por estos contornos ganado alguno que no sea de los mismos que están sirviendo, vamos a d-estruir nosotros a aquellos que nos defienden. Ellos no serán insensibles a sus desgracias: abandonarán las armas por salvar sus propiedades, i si mas no pueden, se unirán a los enemigos para que de este modo concluya la guerra que causa sus desgracias.

El soldado veterano que ve desquiciarse el orden i se encuentra autorizado para los crímenes, pierde luego la subordinacion a sus jefes que desecharán i levantáran nuevos grupos, que lejos de bienes, nos causarán males de mucha trascendencia. Con su ejemplo seguirán lo mismo todos los de mi division, i en un momento perderímos cuatrocientos militares armados que no se forman en mui poco tiempo. Para mantenerse robarán i matarán, pero acabándose este cebo de sus pasiones, i asarán el Maule i vendrán a buscar en esta parte lo que allí les falta. De día en día se engrosará su número, serán mas desoladores sus crímenes i no habrá como contenerlos. La capital misma se verá asediada por la ejecución de esta medida, mientras el enemigo, sin tener una fuerza que oponerle, hará lo que quiera por donde ande. Por otra parte, señor, qué campo no se presenta a los aspirantes i facciosos con esta dislocación militar! Cerrera, el infame Carrera i sus secuaces qué ventajas no procurarán sacar de esta insubordinacion! El no se pára en medios, como V. E. sabe, i por lo mismo lo abrazarian como a su mejor caudillo. Vea, pues, V. E., los resultados de aquella medida. Eu un caso de spuro convengo seria de algun modo útil, pero ahora no alcanzo sus ventajas i si sus perniciosos resultados. Por lo mismo me ha parecido un deber explorar el ánimo de V. E. i ver si seria mejor demorar su ejecución para después, para cuyo caso estoí dispuesto i tendré tomadas todas las medidas que se me indican.—Joaquin Prieto.

Ahora, en vista de este documento i la n-ta oficial de la misma fecha publicada en el Apendice, podrá decirse si el coronel Prieto, como político i como militar, era una mediocridad.

todo del silencio, una sola palabra que le alentase en su ansiedad, ya que soldados, ni pólvora, ni víveres, ni dinero podían llegarle sino por el mar.

Con todo, a mediados de noviembre, Zapata pareció amagar de firme a la division patriota de San Carlos, i ésta hubo de replegarse otra vez al Parral, pues en aquellos vastos llanos pueden regularse los movimientos de un ejército como en un tablero de ajedrez. Viel pasó entonces a Santiago i Arriagada tomó el mando de aquellas fuerzas que formaban propiamente la vanguardia de la *segunda division*; i como por esos días (11 de noviembre) recibiese Prieto la autorizacion de pasar el Maule, desde el gabinete de trabajo del Ministro de la Guerra situado en la plaza de armas de Santiago, hallóse ya el segundo de aquellos jefes en actitud de emprender decididamente contra el enemigo.

Era don Pedro Ramon Arriagada el tipo de aquellos caballeros campesinos del coloniaje, que representabañ en Chile al hidalgo rústico de España. Especie de don García del Castañar, rico, fastuoso, dueño de considerables tierras i ganados en Chillan, donde había nacido en 1783, nadie tenía en el ejército mejores caballos, monturas mejor enjaezadas, *pozuelos* mas succulentos, armas mejor cantoneadas de oro i plata; i por que acostumbraba llevar de éstas consigo un número excesivo, llamábanle sus soldados por apodo *siete pistolas* (1).

Pero en medio de aquellas apariencias de una vulgar suntuosidad, Arriagada ocultaba un corazon en el que ardía el fuego de un jeneroso i exaltado patriotismo. A él había cabido la gloria, entre todos los chilenos, de ser la primera víctima de la desconfianza del despotismo colonial, aun ántes que Vera, Rojas i Ovalle, pues fué él aquel jóven entusiasta, corresponsal secreto de don Bernardo O'Higgins en 1809, a quien el intendente de Concepcion Alava hizo prender en ese año en su ciudad natal junto con el enérjico i tribunicio padre de San Juan de Dios, frai Rosauro Acuña, mérito insigne que bastaría por sí solo para dar lustre a su nombre en los anales de nuestra naciente historia. Arriagada había sido tambien, a la

(1) Datos comunicados por el capitán don Ramon Navarrete.

par con O'Higgins, elejido por los Anjeles, el diputado mas popular en el sur en el primer congreso de 1811 donde representó a Chillan. Junto con aquel jefe había asistido a su vez al primer encuentro de nuestras armas en la campaña de 1813, protegiendo en Lináres la retirada de los caudales que se salvaron en la entrega de Concepcion al general Pareja.

Arriagada había servido despues en las fronteras, recibiendo un balazo en Nacimiento en noviembre de 1817, i entrado al fuego en Maipo con un cuadro de su batallon (el núm. 4 de Chile), que entonces se hallaba organizando, i con el que cubrió despues las guarniciones de Valparaiso, Santiago i Rancagua, hasta que por la deposicion de Victoriano, como ántes hemos visto, se le confió el difícil mando del partido de Chillan i su Montaña.

Nombrado ahora comandante de vanguardia de la segunda division i resforzado con los cazadores de Boil, cuya presencia había dado tono a las milicias desfallecidas hasta esa hora, emprendió Arriagada su marcha hacia el sur, resuelto a batir a Zapata donde quiera que le diese alcance.

Vagaba aquel caudillo, cometiendo horribles estorsiones especialmente contra las mujeres por todos aquellos parajes, i se aprontaba ya a repasar el Ñuble, replegándose sobre Benavides, cuando tuvo el jefe patriota la fortuna de encontrarle cerca de la capilla de Cocharcas sobre el vado de este mismo nombre de aquel río, que presenta en aquel sitio elevadísimas barrancas a pico sobre la corriente.

Era el terreno enteramente a propósito para el despliegue i empuje del arma que traía consigo Arriagada, pues, compónase toda su fuerza de caballería veterana, sostenida por gruesas bandas de milicias i guerrillas; por manera que apenas sonó el clarín de la carga, la turba de montoneros i malhechores que en número de mas de mil se habían incorporado al escuadrón aguerrido de Zapata, envolvióse sobre sí misma i entregó su espalda al sable de los cazadores i granaderos, ansiosos los últimos de vengar sus recientes ultrajes. Doscientos realistas quedaron en el campo, i un número igual, sino mayor, se ahogó en el río, escapando en fuerza de su buen caballo Zapata i sus principales jefes de banda. Fué en este encuentro donde (refiere

la tradicion) acosado por los sables enemigos el capitán de Zapata don Jervasio Alarcon, jinete tan atrevido como diestro, i el mismo que enlazara a O'Carrol en el Pangal, tiró a salvarse por el río, i hallando a su paso un despeñadero que tenía una elevación horrible sobre el agua, echó su poncho sobre los ojos del caballo, i arrimándose la espuela, lo lanzó en el abismo, salvando ileso en el fondo de las corrientes. No había sido más atrevida la proeza de aquel guerrero estremeño, que la leyenda ha recordado con el nombre del *salto de Alvarado*, i que fué uno de los episodios más románticos de la *noche triste*. Muéstrase todavía aquel sitio al viajero en las calles de Méjico, como los balseadores del Ñuble señalan el *salto de Alarcon* en el paso de Cocharcas.

Arriagada recomienda en su parte de la acción al sargento mayor Escribano que en ausencia de Viel mandaba los granaderos i al despues benemérito oficial don Fernando Cuitiño que servía desde soldado en ese cuerpo. De los oficiales de cazadores elogia a Boil, a don Luis Cruz i al capitán don Francisco Casanueva, que aun existe, i por último, de las milicias del Itata al capitán don Dionisio Fernández que la mandaba, al de las de Talca don Juan Casao i a los comandantes de partida Arteaga, Jiménez i Mateo Rubilar, alias *Machenga*, de quien dice su jefe que "hizo grandes empresas así con la espada como en la clase de espía" (1). Contóse también en esa época que el capitán don Luis Cruz se había conducido con extraordinaria bizarría.

La columna patriota solo tuvo en el encuentro cuatro muertos i seis heridos, lo que prueba que su carácter militar fué solo el de una dispersion del enemigo, seguida de la indispensable carnicería de los perseguidos, cosa que sucedía desde Curralí i Curamilahue en todos los ataques parciales con las bandas realistas. Parecía que solo donde se hallaba el esforzado Pico la fortuna i el heroísmo se ponían de parte de los sangrientos pendones de las guerrillas de Arauco.

La victoria de Cocharcas tuvo, no obstante, la especial importancia de abrir las puertas del sur a las tropas de la capital i acercarlas, despues de dos meses de increíble lentitud causada

(1) Parte de la acción de Cocharcas. — (*Gaceta ministerial extraordinaria* del 8 de diciembre de 1820).

principalmente por las *instrucciones*, hacia los muros de Taltal, donde se sabia estaba Freire pereciendo de indignacion i de hambre.

Pero ya aquel socorro llegaba tarde. Freire habia sabido salvarse con su solo heroismo. A virtud de una de esas coincidencias frecuentes en nuestra historia militar, llena de dramaticas peripecias, miéntras las aguas del Ñuble arrastraban los cadáveres de los realistas vencidos en Cocharcas, el mismo dia, a la misma hora, aquel intrépido capitán dos veces vencedor, arrojaba sobre el Biobio las últimas reliquias de las bandas de Benavides a quien habia despedazado al fin en una batalla campal.

El brillo de las armas de la patria, eclipsado por golpes de suerte, resplandecia de nuevo, i esta vez para siempre en nuestro suelo, al paso que el cañon de la *Esmeralda* izando en sus topes por esos mismos dias (5 de diciembre de 1820) el tricolor victorioso en las aguas del Callao, anuncioaba a la America que Chile afianzaba su libertad obteniendo la de sus vecinos.

Tiempo es, pues, de que volvamos la vista a aquel pedazo de tierra en que dejamos asilados los abatidos restos del ejército del sur (llamado ahora *primera division de operaciones del sur*) i asistamos a uno de los mas heroicos lances de nuestra era de cercos i batallas.

CAPITULO XIV.

Fuerzas que componian el ejército de Freire encerrado en Talcahuano.—Escasez absoluta de recursos i especialmente de municiones.—Infamia de los proveedores.—El mayor Picarte i su importancia en la defensa de la plaza.—Arestos para el asedio.—Freire envia una comisión por mar en solicitud de auxilios.—Benavides en Concepcion.—Sus bandos sangrientos.—Pide al virrey un rejimiento de infantería para conquistar a Chile, i ofrece su pescezo en garantía.—Grosero abultamiento de sus fuerzas.—Inacción en el campo realista.—Medidas militares i de hacienda de Benavides.—Pico arma una emboscada en San Vicente i es completamente batido por el capitán Ríos.—Antecedentes de este jefe.—Benavides despidió a los indios i envió a Pico a Santa Juana.—Vanas expectativas de los sitiados.—Freire solicita en vario que avance la segunda división desde el Maule.—Indignación que reina en la plaza por el abandono en que se les mantiene.—Intimación perentoria que hace Freire para que se le asilie.—Desafíos en la Vega.—Muerte del catalán Molina.—El cabecero Montero.—Junta de guerra.—El mayor Acosta.—Combate del 25 de noviembre.—Rasgos de la guerra a muerte.—Muerte del gobernador Larenas.—Gloriosa batalla de la Alameda de Concepcion.—Fuga de Benavides i captura de su mujer.—Sus brillantes i decisivos resultados.—Premio oficial a los vencedores.

El famoso cerco de Talcahuano que acabamos de decir rompió gloriosamente el jeneral Freire a los dos meses de su duracion, llevaba corrida ya la mitad de su tiempo sin que hubiera tenido lugar ningun acontecimiento militar digno de nota.

Al encerrarse dentro de aquellos derruidos muros, el jeneral Freire tenía a sus órdenes una lucida division de algo mas de mil hombres de los que setecientos cuarenta i seis eran infantes i trescientos diez caballos, fuera de los artilleros que servían quince cañones de varios calibres, siendo seis de a

veinte i cuatro, que era el mayor entonces conocido, i una banda de cuarenta i dos mocetones de Santa Fé i Angol, al mando del valiente Quilapí, cacique amigo (1).

Pero aquellas fuerzas, de la que un tercio se componía de milicias, no eran ni suficientes para cubrir todo el radio de la plaza asediada, ni estaban tan poco animadas de aquel altivo espíritu, hijo de la victoria, que hace formidable al soldado. Por otra parte, carecía como siempre de vestuario, de dinero i en especial de víveres, lo que era sumamente doloroso teniendo que alimentar con la racion del soldado un pueblo entero que había ido a aquella plaza a ponerse al abrigo del cañon. Pero lo que devoraba de ansiedad el alma del caudillo patriota, era la irremediable escasez de municiones que le iba talvez a entregar inerme a su feroz adversario. Al comenzar el sitio no tenía caña cañón de la plaza sino diez i seis tiros (de los que diez a bala i seis a metralla) i los soldados no contaban sino dos paquetes por plaza (2).

Suplia, sin embargo a esta angustiosa deficiencia, la actividad, el espíritu creador i a la par el valor sereno i el patriotismo sublime de un hombre del pueblo que allí servía como jefe. Ese hombre, sobre quien por su oficio pesaba mas direc-

(1) La infantería estaba distribuida de la manera siguiente, segun un estado del 31 de octubre firmado por el Jefe de estado mayor Rivera.

Núm. 1 de Chile.....	225
Núm. 3 id.....	224
Una compañía del núm. 1 de Coquimbo.....	35
Batallón cívico de Concepción.....	162
Total.....	616

La caballería constaba de 179 cazadores, 45 dragones i 95 lanceros de milicias de Concepción i de Rere.—Total 310.

La artillería, bajo la denominación de *compañía volante*, se componía, segun un cuadro firmado por el mayor Picarte en Talcahuano el 14 de octubre de 1820, de cuatro piezas de campaña con sesenta i cinco soldados, no contando en éstos diez i siete soldados muertos o prisioneros en Tarpellanca. Los oficiales que estaban a las órdenes de Picarte eran el capitán don Gregorio Amunátegui, los tenientes don José Alejos Oyangúen i don Pedro Nolasco Uriarte i los subtenientes don Rafael Duñas, don José Dolores Díaz i don Manuel Figueroa. Este último pereció en el combate de Tarpellanca.

(2) Nota del mayor Picarte, encargado del parque, del 11 de octubre al gobierno de Santiago. Un mes antes (el 11 de setiembre), el mismo Picarte había hecho al comandante de la maestranza de Santiago las siguientes revelaciones sobre el mismo particular. «En toda esta ciudad no se encuentra una lira que comprar, i lo peor es que ni hai material de que hacerla, porque aunque se busque una barra de acero no se encuentra, así como el fierro, aunque uno lo pague a mas de diez i ocho pesos quintal, que es tal como lo hemos estado comprando.»

tamente la defensa de la plaza, era el mayor entonces i mas tarde coronel i comandante en jefe de la artilleria en Chile don Ramon Picarte.

Habia nacido aquel soldado, por tantos títulos benemérito, de honrada aunque humilde cuna, en la capital de Chile (1). Su propio nombre, evidentemente españolizado, demuestra que su familia era de raza extranjera, como que en efecto su abuelo, un señor Picart, fué frances de nacimiento.

Educóse durante sus primeros años de una manera insuficiente en la capital i despues pasó con su familia a Valparaiso, segun resulta de las escasas noticias que de su vida íntima nos quedan (2). Encontrábanse, sin embargo, en Santiago el año de 1810, i en el mismo dia clásico que conmemora nuestras gran revolución, el 18 de setiembre de aquel año, aparece inscrito su nombre en nuestras listas militares en clase de sargento primero del cuerpo de artillería. Hubierisse dicho que en esta singular coincidencia de fechas el destino había querido reunir en la misma cuna la gloria de nuestro nacimiento como pueblo i el bautismo de un soldado que fué el mas leal, el mas desinteresado i el mas constante defensor de aquella causa.

Sirvió en seguida Picarte con denuedo en todas las campañas que precedieron a la función de armas de Rancagua, i despues de este desastre, emigrado en Mendoza, siguió trabajando con heroísmo. Despues del ilustre Manuel Rodríguez, no tuvo San-Martin un emisario mas fiel, mas valeroso, mas abnegado que Picarte. Dos veces pasó los Andes, fantes de la reconquista argentina, i aunque los españoles lo prendieron i lo pusieron en capilla, él logró escapar, burlando sus prisiones en Valparaíso i otra vez tragándose las comunicaciones de que

(1) Por un error vulgar se ha creido siempre que Picarte era oriundo de Valdivia. Pero aunque esto está suficientemente comprobado por datos de familia, hai un documento público en que él declara no haber nacido en aquella provincia. Cuando en 1826 fué nombrado intendente por la asamblea de Valdivia, dando Picarte las gracias a este cuerpo en nota del 27 de diciembre de aquel mismo año, le decía que «le sorprendía el que hubiesen preferido un forastero para ocupar el mejor puesto de la provincia.»

(2) Debemos, algunas de éstas i la posesión de los interesantes papeles políticos i militares del coronel Picarte, a su apreciable hijo, nuestro amigo i colega universitario don Ramón Picarte i Mujica.

era portador. Despues de Chacabuco le encontramos, en premio de esos servicios, ascendido a capitán.

Batióse luego, en Cancha-Rayada, contribuyendo a salvar la artillería de Chile que tanto pudo en Maipo en favor de nuestro triunfo, i mas tarde, cuando Benavides levantó bandera, hemos visto le enviaron al sur por el mes de marzo de 1819 con una bateria de cañones. Desde entonces había servido, casi como el segundo de Freire, despues del comandante Rivera, i ahora tratándose de defender una plaza artillada, su puesto era el mas conspicuo.

Contaba a la sazon Picarte cuarenta años de edad, i era un hombre alto, enjuto, con un rostro severo, que las huellas profundas de la viruela hacian casi terrible; pero sus soldados le amaban con ternura por la bondad de su alma, infalible atributo de los bravos. Era tan humano como atrevido, tan sereno en los combates como previsor en los cuarteles, i lo que mas descollaba en él era su abnegacion sin premio i su amor a la patria, entusiasta, magnanimo, nunca contradicho. I fué aquel mismo hombre a quien el aristocrático Portales, levantado en hombros de la cabala política, hizo morir de miseria años mas tarde porque no consintiera en arrear como cobardia la bandera de su fidelidad i de su honor de soldado delante de una traicion que la historia ha calificado de villana! Picarte era un eminent chileno, era un hijo del pueblo (*el chino Picarte*) heróico i sublime. Diéronle por esto el *pago de Chile!* (1)

(1) El coronel Picarte, dado de baja porque no quiso entregar su cuartel a los batallones sublevados por el general Prieto en Santiago despues del pacto de Ochagavía en 1829, murió en la mas triste pobreza i abandono en aquella ciudad el 25 de noviembre de 1835.

La vida pública del coronel Picarte está llena de rasgos de una elevada simplicidad, como el de su entereza delante del hambre, que acabamos de recordar.

Cuando era intendente de Valdivia, pidió un secretario para que le dirijiese en los casos legales, i en su solicitud decía que necesitaba aquel consejero, pues «por su ignorancia, se hallaba expuesto a cometer algún zamburdo (testual) el que solo vendría a conocerse cuando no tuviese remedio.»

Poco ántes de los sucesos que narramos, (por el mes de enero de 1820) diéronle aviso en Concepcion, donde servía lleno de privaciones i oblemente sobrellevadas, que el gobierno directorial le mantenía en aquel puesto porque sospechaba fuese adicto a los Carreras, a quienes, i especialmente a Luis, que fué su jefe, había amado en su juventud con entusiasmo. Picarte había sufrido con resignacion todos sus dolores, pero delante de aquella sospecha su alma estalló en una justa indignacion. «Estoi colmado de cólera i desesperacion», escribia el 3 de enero de 1820 a su jefe inmediato el coronel Prieto, director en esa época de la maestranza de Santiago), porque se me ha dicho que se me retiene aquí por sospechoso. ¡Qué le parece a Ud. la receta! ¡Habrá quien

Con un jefe tan entendido como Picarte, el jeneral Freire pudo poner a Talcahuano en pocos dias al abrigo de un golpe de mano. "Me hallo en este punto, decia al Director el 4 de octubre, una semana despues de comenzado el sitio, reparando los fosos i demas obras para precaver un golpe impetuoso de caballería. La fuerza que tengo no es suficiente para cubrir la dilatada estension de la linea. Seria de suma importancia, añadia en consecuencia, que U.S. me enviase aunque solo fuesen doscientos hombres de infantería, sin perdida de tiempo, en el primer buque, i asi mismo algunas municiones de todas clases, lo que se pueda por el pronto, haciendo seguidamente las demas remesas" (1).

Aquella tropa tan urgentemente pedida no vino, sin embargo, por la triste desnudez de recursos en que se hallaba el gobierno de Santiago. En lugar de aquella enviòse por mar desde Valparaiso un puñal de cien reclutas i algunos prisioneros españoles para imponer sobre ellos la pena de retulacion si Benavides renovaba sus atrocidades. Pobre i casi bochornoso auxilio reunitido a un bravo soldado, a quien en cierto modo se le encomendaba la tarea del verdugo!

En cuanto a las municiones, vinieron tambien en corto numero en el bergantin *San Pedro*, propiedad del contratista don Antonio Arcos, pero de tan mala calidad que de treinta barriles de pólvora, veinte i seis resultaron de ladrillo molido revuelto con escoria i otras inundicias, infamia sin nombre que por ésta no recac sobre la memoria de ningun chileno (2).

Entre tanto Benavides se habia contentado con hacer una

tenga gusto de este modo! ¡Habrá quien se sacrifique en obsequio de la libertad! No, por cierto, sin granjearse el nombre de loco." I al dia siguiente, en otra carta que lleva la fecha del 5 de enero, aumentado su noble desasiego, volvia a escribir estas mi-mas palabras que revelan el justo orgullo del hombre de bien. "Esta noticia ha sido una puñalada para mí, i tanto, que desde que me la dijeron *no estoy en mí*, sin saber de quién me creen partidario, si de los Carreños o los godos (que todo es uno en el día). Pero aunque se me supusiera de cualquier otro, siempre sería un agravio al carácter con que se ha manifestado Picarte en todas las épocas."—(*Papeles de familia del coronel Picarte*).

(1) Esta comunicacion fué remitida a la capital por el alcalde de Concepcion don Pedro Zañartu i el auditor de guerra don Gabriel Palma, que debian salir en un bote para la costa de Chanco al dia siguiente 5 d: octubre, con el objeto de urdir los socorros. Su viaje lo verificaron, sin embargo, algunos dias despues en la fragata inglesa *Luisa* que por acaso vino al puerto.

(2) Comunicacion de Zenteno, octubre 18, i de Freire, noviembre 10 del 820.

fuerte demostracion contra la plaza sitiada moviendo todo su ejército, compuesto de mil caballos i quinientos infantes, i despachando por esos mismos dias a Zapata con su escuadron a los partidos de Chillan, segun ya hemos referido. Sucedia esto el 9 de octubre, pero un copioso aguacero, comun en la estacion i en esa latitud, que cayó ese dia, obligó a las columnas realistas a replegarse sobre Concepcion.

Allí siguió Benavides revolcándose en su sangrienta gloria, ufano con ajenos merecimientos i poltron, como siempre, delante del enemigo. Vivía solo entregado a su antiguo i favorito juego de crueidades i mentiras, publicando bando en el quo con la *benignidad propia de su carácter* (testual) imponía pena de la vida a todo el que ocultase armas o no delatase a los agentes del enemigo (bando del 4 de octubre), al paso que, añadiendo la alevicia al engaño, ofrecía libre pasaporte a todo el que quisiera acogerse a las armas de la patria, fuera en Talcahuano o hacia el Maule. El infícuo asesino ofrecía en uno i otro caso el servicio de una escolta al que aceptara tal desdicha, pues esa escolta sería la misma que se había dado a Alcázar i sus infelices compañeros¹ (1).

Con la impavidz llena de cinismo i petulancia que caracterizaba a Benavides, púsose tambien a escribir al virei del Perú ponderándole sus hazañas i recursos, pues hacia subir el número de sus tropas a mas de cuatro mil quinientas plazas con *quince cañones* que había tomado al enemigo (2).

(1) En el Apéndice, bajo el núm. 7, pueden consultarse estos dos bandos de 4 i 12 de octubre. Dos días después de promulgado este último *bando humano*, escribió a la Montaña el guerrillero Hermosilla diciéndole que tratase sin piedad a los insurjentes, asegurándole que el virei lo premiaría en razón de su severidad, i ordenaba al mismo tiempo que todos los habitantes de los campos se recojiesen a las cabeceras de sus partidos para vigilarlos mas inmediatamente.—(*Historia de Chile*, tomo VI, páj. 415).

(2) Segun un e tado firmado por Pico, como jefe de estado mayor encargado del detail, con fecha 12 de noviembre en Concepcion, el ejército de Benavides se componía de las fuerzas siguientes:

Real cuerpo de artillería	46
Rejimiento de infantería montada.....	905
Dragones de nueva creacion.....	809
Doce escuadrones de milicias.....	2,400
Batallón Concordia de Concepcion.....	400
 Total.....	 4,551

Pero es evidente que en este número había una exagerada falsificación con

Solicitaba en consecuencia el inmediato auxilio de un regimiento de infantería con el que ofrecía conquistar a Chile en breve tiempo entregando su pescuezo en garantía (!). Pedía también con urgencia que se le remitiese lona, jarcia, brea i otros artículos navales para acondicionar un *famoso bergantín* que estaba construyendo con el objeto de atacar por mar a Talcahuano,

Al propio tiempo tomaba algunas medidas militares como la de reorganizar el batallón de Coquimbo, cuyo mando en jefe confió a Bocardo, elevando a sus sargentos a la categoría de oficiales i ofreciendo a los soldados el halago de un *real diario*, único cuerpo que disfrutaba de aquel prest, puesto que

el intento de alusinar al virrey, pues según el general Freire, las tropas de Benavides, (sin contar con la columna de Zapata que podía tener de cuatrocientos a trescientos hombres) no pasaba de mil quinientos soldados de las tres armas.

(1) Publicamos en seguida este característico oficio de Benavides. Perteneció a la colección de la correspondencia que debió llevar al Callao el prior Waddington de la Propaganda de Chillán, i que fué entregada al ministro Irisarri en Londres por el capitán inglés Coffin, a quien Benavides intentó forzar hiciese viaje a Lima para conducirla, dejando en rehenes algunos marineros a los que probablemente quitó la vida, cuando supo la falta de cumplimiento de aquél. Su tenor testual, según la copia enviada desde Londres por Irisarri en mayo de 1821, es el siguiente:

“Exmo. señor.—Son tantos i tan grandes los deseos con que me hallo de extirnar a los rebeldes i obstinados insurjentes que profanan este hermoso reino, que no cesa mi corazon un momento de tentar cuantos medios considero aparentes a su *destrucción*. Todo desvelo i sacrificio me sirve de la mayor satisfaccion, cuando se dirige a tan laudable i *sagrado objeto*, así es que desde el 6 de febrero del año pasado de 1819 en que tomé el mando de estas provincias con una pequeña division que se me dejó al tiempo de la retirada del ejército para la plaza de Valdivia, no he dejado un solo instante de idear proyectos i formar planes; aun en medio del abatimiento en que me hallaba con solo sesenta hombres, las mas inútiles i al frente de un poderoso ejército prepotente, vencedor i orgulloso. Ahora que tengo la *gloria* de haber creado a costa de mis fatigas un pie de ejército respetable, con el cual me he poseicionado de la provincia, debo aspirar a empresas mas grandes i estender *en todo este hemisferio* el progreso de las armas del soberano; por lo mismo me atrevo a repetir a V. E. me auxilie con un regimiento de infantería de los que existen en esa capital, i con él i la bizarra division de caballería que tengo, aseguro a V. E. con mi propia sangre que me apodero sin *ninguna duda* de la capital de Santiago i todo el reino; *respondiendo con mi garganta, que la ofrezco gustoso, si no lo verificare dentro de un breve término*; sin que pueda llamarise exagerada mi propuesta, pues antes de poner en la alta consideracion de V. E. este proyecto, he meditado i previsto todos los medios de alcanzarlo, dirigiendo emissarios secretos a Chile (Santiago) los que se hallan introducidos en aquella provincia, formando partido a mi favor, con tan buen éxito que ya tienen muchos adictos que se reunirán a las tropas del rey, siempre que se aproximen a Santiago. Por último, V. E., con sus artilladas i superiores luces deliberará lo mas conveniente a la restauracion de este reino; quedándome la gran satisfaccion de manifestarle mis deseos, que espero han de merecer su benéfica aprobacion.—Dios guarde a V. E. muchos años.—Cuartel en Concepcion, noviembre 12 de 1820.—Exmo. señor.—Vicente Benavides.—Excmo. señor virrey del Perú don Joaquín de la Pezuela.”

en él cifraba a la vez todas sus dudas i todas sus esperanzas. Levantó otro batallón de vecinos de Concepción i su campaña con el nombre de *vice real de la Concordia*, i él mismo se nombró su coronel, estableciendo tan rigorosa disciplina que en una sola ocasión, a poco de haber ocupado el pueblo, fusiló en su plaza diez desertores i otro día hizo ahorcar dos soldados del núm. 1 a quienes acusaba de infidencia.

Para proporcionarse recursos, el terrible bandolero cometió al propio tiempo depredaciones no menores violentas que sus escaños militares. Por medio de una comisión llamada de secuestros de que eran miembros un Rodríguez, un Vázquez i su propio cuñado Pedro Ferrer, confiscó los bienes de todos los patriotas fujitivos; principalmente el trigo de sus cosechas i los restos de sus ganados. Impuso una contribución general, i como no hubiese dinero, recibía la plata labrada, últimas reliquias de la opulencia de la colonia, a razón de siete pesos el marco; estancó el vino i el aguardiente, prohibiendo a los particulares el venderlos i obligándoles a entregar esos artículos por precios arbitrarios o por cuenta de empréstitos; por último, hizo recojer todo el plomo i el fierro, aun el empleado en la construcción de los edificios, por manera que se arrancaron sus rejas a todas las ventanas i aun las chapas i cerrojos de las puertas. El espíritu infatigable i minucioso de aquel criollo que habría sido un inmejorable mayoral de maestranza, había tenido, como se ve, un vasto campo en que ejercitarse.

En medio de la pereza i saciedad de vicios que ostentaba la infeliz ciudad de Concepción, convertida en un campamento de bárbaros, solo el coronel Pico parecía dar señales de vida i de actividad. Sabedor de que la caballería patriota acostumbraba salir a forrajejar por el lado de San Vicente, hacia el sur de la plaza, puso una mañana (el 29 de octubre) en emboscada, favorecido por una de las densas nieblas de la costa, i cuando regresaba aquella a Talcahuano, embarazados los soldados con sendas haces de pasto segado que traían por delante de la montura, la acometió de improviso. Mas, arrojando aquellos con presteza su carga, i echando mano a sus sables cargaron a los montoneros con tanta intrepidez, que los fueron acuchi-

llando hasta la puntilla de Perales, medianera entre Concepcion i Talcahuano, en cuyo trayecto dejó aquel cerca de cuarenta cadáveres.

Mandaba en este hecho de armas, primer asomo de la fortuna para los vencidos del Pangal, el jóven capitán de cazadores a caballo don Luis Ríos, natural de Arauco, a quien en varias ocasiones hemos señalado como un bravo durante este relato. Pertenecía este valeroso oficial a una familia distinguida conocida en Concepcion con el nombre de los Ríos de *España*, en oposición a otros apellidos análogos de familias mas antiguas en aquella provincia; i a la verdad que la agregación era merecida porque toda la parentela del jóven patriota i en especial su padre, don Nicolas Ríos, eran acérrimos realistas (1). Su mérito como patriota, era pues, sobresaliente, pero el que había adquirido como soldado sobrepujaba a aquel en mucho. Valiente hasta la temeridad, activo, entusiasta por las armas, habíase hecho el favorito del jeneral Freire, como éste lo fuera en un tiempo de O'Higgins, i mandaba en consecuencia su escolta personal. Sus proezas le habían labrado una rápida carrera, porque habiendo entrado al servicio en 1818, despues de Maipo, con el grado de teniente de cazadores de la escolta directorial, era ya comandante de uno de sus escuadrones en 1823, año en que dejó las armas. Oscurecía, empero, su nombre en esa época la nota de sanguinario, porque, como Victoriano, no hacia prisioneros, i mas que todo, porque en un parlamento famoso todavía a que atrajo en una ocasión un centenar de indios, los hizo matar a sable i a traicion, reservando solo la vida de un casique ciego que llevó a Concepcion como trofeo de castigo tan horrendo si bien no desusado.

Embevido, entre tanto, Benavides en sus crueidades i en sus acomodos mecánicos de Concepcion, había cometido dos errores de primerá nota que contribuirian de una manera poderosa a cambiar su súbita fortuna en una serie de desastres. Tales habían sido el envio de los indios de Magnil i Mariluan a sus respectivas reducciones, acaso porque temió no tener bastan-

(1) El viajero inglés Mr. Stevenson que estuvo en Concepcion en 1805 i despues en 1820, como secretario de lord Cochrane, menciona esta circunstancia.—(*Twenty years residence in South-America*, tomo III, páj. 147).

te botin para saciar su codicia, acaso por temor a su desbandada ferocidad; i la segregacion de una parte importante de sus tropas hacia las fronteras, ordenando a Pico, ignórarse por qué motivo i con qué objeto, que fuese a situarse en Santa Juana con cerca de quinientos hombres, miéntras dejaba a Zapata, abandonado, como ántes dijimos, a orillas del Itata.

La impericia i el atolondramiento de Benavides se hacian evidentes tan pronto como su lugar-teniente se alejaba de su lado, i en esta vez vamos a ver cómo la ausencia del vencedor de Yumbel, del Pangal i Tarpellanca malogró todo el fruto de aquellas rápidas victorias.

Los sitiados en Talcahuano, entre tanto, habian visto correr ya un mes completo i no divisaban en el horizonte una sola polvareda que les anunciara la aproximacion del socorro tantas veces pedido, ni sus vijias, apostados en las alturas, anuncianban la aparicion de una sola vela en el ancho mar.

Sabia únicamente Freire que el coronel Prieto venia al mando de una division colectada aceleradamente en Santiago, pero que habia recibido la órden singular de detenerse a orillas del Maule.

En vista de esta estraña circunstancia, solicitaba oficialmente el jefe de la plaza, en el último dia del mes de octubre, que atendida la inaccion de Benavides, ocupado solo de pasar trigos i ganados robados a la otra banda del Biobio, se adelantase Prieto por Coelemu, a fin de poner a aquel entre dos fuegos i tratar de anonadarlo. "Si acaso Ud. hallase por conveniente, decia a O'Higgins en carta privada del dia siguiente, la aproximacion de Prieto, cuando no lograsemos la destrucion del enemigo, al ménos le impediríamos que se comprometan con él los habitantes de los partidos de Itata a esta parte, cuya disposicion no es la mas favorable a nosotros."

I refiriéndose en seguida a las escaramusas que tenian lugar de vez en cuando, como la que acabamos de contar entre Pico i Rios, añadia que le parecia conveniente frecuentar aquellos movimientos "porque de este modo se les impide repartir sus fuerzas para hostilizar la provincia." Reservábase emprender operaciones decisivas hasta no saber con certeza la

aproximacion de la segunda division, que parecia aguardar por horas (1).

Pero Prieto no llegaba, ni se sabia aun, despues de cuarenta dias, el punto que ocupaba. Una balandra que aquel jefe habia despachado de Constitucion al mando del piloto frances don Juan Tortel, el 4 de noviembre, llevando comunicaciones a Talcahuano, se habia visto obligada desgraciadamente a regresar por la fuerza de los vientos sin poder dejar cumplida su comision.

La situacion del puñado de valientes encerrados en Talcahuano comenzaba de esta suerte a hacerse intolerable. Ardia en sus pechos la justa indignacion del abandono en que se les dejara, i preparabanse solo a vender caras sus vidas, en medio de las bayonetas enemigas que les asediaban ya por hambre. Freire no habia recibido de Valparaiso sino un poco de grasa i de charqui, insuficiente para una semana de consumo, i la pólvora adulterada de que tenemos dado cuenta. "Los efectos de un sitio se van conociendo, cada vez mas, escribia privadamente a O'Higgins el 10 de noviembre, i la miseria en la infinidad de familias que se han refugiado a este punto es grande." Pedia en consecuencia perentoriamente que se le pusiese en aptitud de levantar aquel cerco ominoso, en que estaba a la merced de un bandolero, fuese adelantando desde Talca una fuerte columna sobre la espalda de los realistas, cosa que era facil ejecutar a la sazon a Prieto (si no hubiese tenido *instrucciones*); fuese remitiéndosele por mar dos escuadrones veteranos desmontados, embarcándolos, si era posible, en la costa vecina de Chanco. El se comprometia a suministrarle caballos, i en seguida a abrirse con ellos paso, sable en mano, por entre las huestes sitiadoras. "Pero si no se toma, decia en esa misma fecha al Director, con prontitud una u

(1) «Las operaciones se han reducido a un tiroteo bastante vivo, quedando muertos del enemigo cerca de treinta hombres a la parte del sur de los Perales i nueve mas en las Salinas i Puntilla. Por nuestra parte, ha habido dos muertos i seis heridos.

«He omitido empeñar una accion, considerando que verificada la reunion o aproximacion de las fuerzas que deben venir, debemos prometernos el mas feliz resultado, destruyendo completamente al enemigo.»—(Carta citada de Freire al Director de 1.^o de noviembre de 1820).

otra medida, considero mui arriesgada la suerte de nuestras armas en esta plaza."

Prolongábase, empero, el asedio cada vez mas estrecho, i el silencio i la tristeza reinaban junto con el hambre en Talcahuano. Freire habia comprado algun trigo que llevó por especulacion la fragata británica *Luisa*, al enorme precio de cuatro pesos la fanega, pero aun este recurso se había agotado. No tenia, como hemos visto, municiones, i de ninguna parte le llegaban. Agotábanse tambien los pastos en los campos circunvecinos, i érale preciso trasportar a la Quiriquina una parte de su caballada, a fin de que no muriesen de hambre a la par con los jinetes, al paso que la caballería enemiga merodeaba a su sabor por toda la provincia, i venia a retarle a gritos por encima de sus mismos cañones.

Distinguíanse en estos lances, que tenian algo de los tiempos de la andante caballería, el jóven comandante Rojas del cuarto escuadron de dragones i el mismo Pico, que por chanza, solian adelantarse en briosos caballos, dóciles a la brida, a torear las balas de cañon en la *Vega* que rodea la cerrillada en cuyos declives sobre el mar se halla situado Talcahuano. Picado en su amor propio por los denuestos que dirijian a los de la plaza salió una mañana por el porton a aceptar el duelo a que era provocado, aunque contra las órdenes terminantes de su jefe, el famoso *Catalan* Molina, jefe de guerrilla tan cruel como arrojado, que no tenia en conjunto una sola buena cualidad escepto la de un valor a toda prueba. Montaba un caballo flaco i de poco cuerpo, pero arrebatado de sus propios brios salió al campo llamando a combate singular a quien quiera de los enemigos que se le atreviese. Ambos campos estaban presenciando aquella accion temeraria, los patriotas en lo alto de sus baterias, los realistas desde su linea; tendida en la vega fuera del alcance del cañon. Hacia el bravo Molina mil demostraciones de insulto i de desprecio a sus contrarios, oyéndose perfectamente su voz en ámbas filas, cuando vióse que de la caballería realista se adelantaba a media rienda un esbelto jinete que cayendo como el rayo sobre Molina i arremetiendo con él, le tendió a los piés de su caballo muerto de un sablazo. Fué este bravo el capitán de Santa Juana don Jo-

se Ignacio Neira, de quien mas adelante hemos de contar proezas parecidas (1).

Entre tanto, el sitio habia durado ya cincuenta i tres dias i no quedaban raciones sino escasamente para una semana (2).

Las ultimas esperanzas de socorro morian en cada pecho sofocadas por la ira, la indignacion, la lastima misma de ver un pueblo de mendigos, defendido por soldados que andaban a su vez hambrientos i desnudos. Sonaba para el infeliz vecindario de Talcahuano la misma horrible hora que habia llegado para el de los Anjeles ántes de Tarpallanca.

Las cosas habian llegado a su ultima estremidad, i Freire citó a sus jefes a junta de guerra. No se puso allí sobre la carpeta de la discusion una cuestion de armas ni de gloria. Tratabase solo de la vida, i entre morir de hambre o morir como soldados, todos los votos fueron unánime por salir i atropellar a Benavides, esterminándolo, si era posible, o refugiándose en la segunda division que se creia próxima, si aquel objeto no se conseguia. El jeneral Freire no habia olvidado como se habian hecho camino los soldados de Rancagua!

Uno de los jefes allí presentes insinuó, sin embargo, la conveniencia de hacer un ensayo prévio con la caballería, a fin de acabar de restituirle su antiguo temple, a medias recobrado en el encuentro feliz en que la condujo Ríos. Daba aquel consejo lleno de oportunidad i de cordura aquel mismo oficial a quien llamaban *el loco Acosta*, tan solo porque no era sordomudo, circunstancia de gran prestijo entonces como ahora.

Era Acosta, segun en otra parte dijimos, junto con el comandante Viel, el táctico mas distinguido de caballería que

(1) Oficio de Benavides al virei Pezuela de 14 de noviembre. Relacion citada en el prefacio del tesorero Castellón. El jeneral Freire daba cuenta al Director de este suceso el mismo dia en que tuvo lugar (noviembre 13) en los siguientes términos:

“El catalan Molina, sin que yo lo supiere, salió fuera del ponton con otro oficial, a *torear* al enemigo, pero como andaba en nada buen caballo, tuvo la desgracia de caer i lo acabaron a lanzados.”

En cuanto a la hazaña del caballo de cazadores Montero, descrita con tanta animación por *Jotabeche* i ocurrida por esta misma época, no dan razon los documentos oficiales; pero la tradicion es exacta, mas o menos como aquel brillante escritor la consigna. Mas adelante tendremos ocasión de fijar algunos datos curiosos i auténticos sobre este célebre soldado.

(2) Oficio de Freire al ministro de la guerra. — Talcahuano, noviembre 22 de 1820.

contaba el ejército patriota, i adornábale ademas un espíritu vivo, fecundo, pronto para concebir, i dotado de todas aquellas cualidades del soldado que pueden hacerle a la vez un paladin “sin miedo i sin reproche,” o un capitán de consumada prudencia. Empañaba el brillo de sus prendas, sin embargo, un jenio inquieto i turbulentó que le había hecho perder un puesto brillante en España, i que mas tarde llevóle de aventura en aventura a las cárceles de Chile, a Juan Fernández, al Perú i hasta a la Habana donde, ántes que John Brown en Harpers-Ferry i Plácido en Matanzas, intentó un terrible alzamiento de esclavos, por lo que hubo de venir a morir proscrito en nuestro suelo, del que saliera como prófugo.

El consejo de guerra adoptó la opinion de Acosta, i éste mismo se encargó de ejecutar su plan horas mas tarde.

En la mañana del 25 de noviembre de 1820 salia en efecto toda la caballería encerrada en Talcahuano en columna por el portón que abre sobre la vega, e inmediatamente desplegaba en batalla frente a la línea enemiga, situada a seis cuadras de distancia, evolucionando en número de seiscientos jinetes, sin hacer caso del fuego de nuestras baterías.

Acosta, que mandaba los dragones desde la muerte de C'Carrol, había colocado su escuadrón a la derecha de la línea de batalla, agrupando hacia su extremidad por ese lado el grupo de indios que mandaba el bravo Quilapí i que eran los mismos cuyas madres i esposas había lanceado Mariluan después de la rendicion de Tarpellanca. Ardian aquellos salvajes en deseos de obtener venganza, a su manera, de aquel grave dolor, i era preciso aprovechar sus brios a fin de alentar con ellos a los jinetes, todavía indecisos de nuestro ejército. En el momento oportuno hizo, pues, el jefe de los dragones dar a aquellos la señal peculiar de enristren lanzas que ellos acostumbran, i una vez suficientemente *amolucados*, salieron como flechas sobre el enemigo, que les aguardó a pié firme. Al propio tiempo dió Freire con eco vibrante i sonoro la voz de cargar toda la línea, la que cayó sobre el enemigo con un empuje tan violento que éste volteó la espalda posecionada de súbito pánico. La batalla había sido ganada en un segundo, i no quedaban sino los corolarios de todas las derrotas de aquel tiempo, es

decir, la persecucion i la matanza. Corria el enemigo desbandado por el campo que se hallaba encharcado por las lluvias i cubierto del espeso pasto de la primavera, de modo que cada fujitivo llevaba sobre sus hombros el filo del sable de un contrario o sentia en sus riñones la punta de una lanza (1). Ciento cincuenta de ellos quedaron de esta suerte hechos cadáveres i solo se hizo treinta prisioneros; i aun de éstos mui pocos escaparon a la terrible lei de aquella guerra. Cuenta uno de los dragones que allí se batieron que él volvia de la persecucion llevando a pié, por delante de su caballo, dos prisioneros que habia hecho en un pajonal “i llegando, dice, el teniente don Manuel Búlnes, ayudante del jeneral en jefe, me dijo: —Qué hombres son éstos? —Los hallé en aquella falda de cerro.—I no los has muerto? —No, señor, si los he hallado sin armas. Entonces dijo: —Apéense dos soldados i maten a estos godos. Al momento se ejecutó esta tiranía i los mataron a sable” (2).

No era, empero, aquella una tiranía ni el ayudante Búlnes, entonces ni mas tarde fué cruel ni sanguinario sino precisamente lo opuesto. Era sí, la lei inexorable de la guerra a muerte que se cumplia con igual estrictez por una i otra parte. Aquella misma mañana, i ántes de comenzar la accion desbocósele el caballo al teniente coronel don Enrique Larenas, un honorable anciano, companero de Alcazar en la expedicion a Buenos Aires i actual gobernador de Talcahuano, i no siéndole

(1) El dragoon Verdugo cuenta, con su acostumbrada exageracion de números, de la siguiente manera aquel encuentro:

“En nuestro escuadron andaban cuarenta i dos indios angolinos, cacique Colipí (!), los que se hallaban formados a retaguardia de nuestro escuadron; i un teniente Silva de mi escuadron, por broma, les dijo a los indios, ya, ya, compañeros, pa-cho-jó; se los dijo por dos veces, cuando los indios salen al galope por el costado izquierdo de nuestro escuadron, derecho a una mitad de caballería enemiga que estaba formada en batalla al frente de nosotros. Como el jeneral Freire se hallaba cerca de donde estábamos con nuestro escuadron, dió la voz cargásemos, i al mismo tiempo cargó el jeneral con su escolta i dando un grito mui fuerte que se oyó en toda la linea diciendo: Comandante Cruz, ¿que hace que no carga esa caballería? A este tiempo cargó toda nuestra linea con tanta union que fué por nosotros el triunfo ese dia 25 de noviembre de 1820. Los indios fueron los primeros que llegaron i destrozaron la mitad que tenian al frente. No se oyó mas que un tiro, no sé si fué de carabina o pistola. El enemigo se espanta i vuelve cara sin hacer mas defensa que correr i enristar lanza a retaguardia. La distancia de la carga fué hasta el portezuelo de los Perales, donde ya encontramos su fuerte infantería i paramos nuestra carga, habiendo quedado trescientos ochenta cadáveres enemigos (!) en la referida carga sin haber perdido nosotros mas que un muerto i cinco heridos.”

(2) VERDUGO, Relacion citada.

possible contenerlo por la poca resistencia de las riendas, que eran de lana, fué á estrellarlo contra la fila enemiga. I aunque el desgraciado jefe llevaba traje civil i muchos gritaron *es pasado!* un oficial del enemigo, que dijeron algunos habia sido el comandante Briones de Maldonado, lo trajo al suelo de un pistoletazo, descuartizándolo en seguida los soldados i especialmente el padrastro de Benavides que allí andaba, con sus lanzas.

¡Tal era la guerra a muerte!

Pereció tambien allí el cruel español don Joaquin Mascareñas, capitan del escuadron de Ferrebú, i otros oficiales de menor graduacion.

La perdida de los patriotas ademas de la casual de Larenas, habia sido solo la de un oficial i un soldado herido, tan rápida fué la vuelta del enemigo sobre la acometida que le dieron (1).

La victoria de las vegas de Talcahuano hizo en el campo patriota una impresion tan favorable como fué desastrosa en el del enemigo. Freire habria deseado proseguir su victoria sin dar tiempo a que el pavor de aquel se disipara; pero amaneció tempestuoso el dia siguiente i no pudieron traerse de la Quiriquina algunos caballos de refresco, que se hacian indispensables despues de las fatigas de la víspera.

En la mañana del memorable lunes 27 de noviembre de 1820 i en la hora misma en que la vanguardia de la *segunda division* acuchillaba a Zapata en Cocharcas, la *primera division* salia en masa de Talcahuano, i con banderas desplegadas se dirijia sobre el campo del salteador de Quirihue, convertido ahora en señor de la mitad de Chile, a influirle un terrible i final castigo. Nunca se viera a nuestros soldados mas terribles que aquel dia! Habian jurado todos morir mil veces antes que dejarse arrebatar de nuevo sus colores por aquella muchedumbre de bandidos que no tenian mas lei que el lazo i el cuchillo. Los dragones iban a vengar al noble jefe que habia sido el primero en ponerles el sable en las manos. Los cazadores, que conducia el comandante Cruz, tenian que lavar con sangre de enemigos la primera sombra que habia caido sobre su inma-

(1) Parte oficial de Freire.—Concepcion, noviembre 30 de 1820.—(Gaceta ministerial extraordinaria del 3 de diciembre de id.)

culado pendon, miéntras que la infantería mandada por Rivera, por Diaz i el capitan arjentino Quiroga, (que se habia conservado por hallarse destacado en Gualqui con una compañía del infortunado núm. 1 de Coquimbo), era movida por la ambicion de rescatar a sus camaradas, forzados a seguir el trapo sangriento de un bandido, a la vez que por el ahinco de vengar a sus jefes tan villanamente asesinados. Los mismos indios bárbaros querian beber a su usanza la sangre de los que habian degollado sus madres i sus mujeres. No era la disciplina, no era el deber, no era el valor fisico encargado en las batallas de disparar automáticamente las armas, lo que arrastraba compacta e irresistibile aquella columna de bravos. Podia decirse sin figura, que cada soldado sentia palpitare su corazon dentro del cañon de su fusil o en la hoja bruñida de su sable, porque cada uno de sus mandobles i disparos iba a ser como los latidos de su existencia identificada en esos instantes con el acero i con la pólvora.

A las doce del dia hizo alto la columna al pié del cerro de Chepe, situado a la entrada de los suburbios de Concepcion por el lado de sur-oeste (donde se hallaba situada entonces su Alameda, hoy plantada en opuesto rumbo) i tomaba posiciones, situándose la artillería, al mando de Picarte, sobre la falda de aquella cerrillada para dominar la linea enemiga, al paso que la caballería i la infantería se cubrian entre las altas totoras de un pajonal que entonces se extendia entre el pueblo i Chepe, especie de cauce disecado del vecino Biobio, que va a formar sobre su embocadura las verdes vegas de Talcahuano. Un estrecho malecon de diez metros de ancho i una cuadra de largo atravesaba aquel bajío, formando el pavimento de la linea carretera entre Concepcion i su puerto.

Benavides, por su parte, teniendo mas del doble de fuerzas, habia situado su artillería en el cerrillo de Gavilan opuesto al de Chepe, pajonal de por medio, su infantería en el centro cargando sobre el cautivo núm. 1 de Coquimbo, que era su mejor esperanza, i la caballería en alas por sus flancos. Era la misma posicion que respectivamente habian tenido Ordóñez i Las-Heras, en la accion llamada del Gavilan el 5 de mayo de 1817, i en la cual la victoria habia quedado por los que habian resistido como hoy quedaria por los que asaltaban.

Los patriotas fueron los primeros en romper el fuego cañoneando la línea enemiga desde la distancia, no para ofenderla, sino con el fin de cubrir el avance de la infantería que con dos cañones a la cabeza se precipitó como un torrente por el estrecho malecon, mientras que la caballería desfilando por el pajonal en pos de aquella ganaba terreno para desplegar. Acosta con sus dragones hacia la derecha, apoyado por Barnachea con un grupo de milicianos de Concepcion, i Cruz i los cazadores por la izquierda, sostenido por una partida de milicias de Rere al mando del teniente coronel Manzanos. "Nuestro ejército, esclama uno de sus soldados, llevaba, desde el primer jefe hasta el último soldado, la firme resolución de morir todos i no volver mas a sufrir los padecimientos de hambre i cuanta escasez experimentábamos en el sitio de Talcahuano." El embate de tales tropas no podía ser resistido si no por murallas de granito.

Por otra parte, el torpe Benavides, turbado ademas por su innata cobardía, dispuso en ese mismo momento que los cañones que dominaban la línea de los patriotas bajasen a la planicie, i al propio tiempo hacia replegarse la infantería sobre la Alameda para apoyar sus extremidades en los suburbios del pueblo.

Aquellos desaciertos eran por sí solos la victoria. La caballería cayó en efecto tan simultáneamente i con tanto ímpetu sobre las dos alas indecisas del enemigo que las arrolló sobre su centro, obligándolas a buscar la protección de sus infantes, en los momentos mismos en que los nuestros gritando—*Coquimbo! Coquimbo!* (que era la señal convenida de antemano, por medio de un cabo que se había pasado del cuerpo prisionero, para llamar a éste a nuestras filas), i atropellándolo todo delante de sus bayonetas, aislaron a aquellos bravos e incorporándolos en su línea los hicieron disparar sus armas sobre los propios suyos, envueltos ya, en una espantosa confusión. Conquistóse en este lance la confirmación del título de bravo que desde entonces ha llevado el coronel don Francisco Pórras, teniente a la sazon de la compañía del núm. 1 de Coquimbo que venia en las filas de Freire, i quien precipitándose en medio del fuego, llamaba a gritos i por sus nombres a sus antiguos camaradas. Un

grupo de aquellos bravos que se le reunió en el torbellino, por haberlo reconocido, sirvió de núcleo a la reaccion de los otros, i por este medio a la derrota total del enemigo, que en ménos de media hora huia despavorido a las montañas o ahogábase en el Biobio. “I como el enemigo, dice compendiando aquel glorioso encuentro, el capitán Verdugo que allí se halló, estaba cuando mas, a cincuenta pasos, hizo nuestra línea una descarga cerrada, i sobre los humos se fué a la bayoneta, i se oyó la voz del jeneral Freire.—*Carguen los dragones por la derecha i cazadores por la izquierda!* Todo fué un momento, i nos vimos envueltos con los enemigos; la infantería volvió cara, i así que pudo desenvolverse el batallón cautivo de sus filas, comenzó a darles a los godos fuerte a la bayoneta; entrando nuestras infanterías envueltas hasta la plaza, donde ya las caballerías nuestras tenían cortadas las calles de arriba (del sur). La caballería enemiga acabó de sucumbir en esta jornada, porque de repente se encontraba uno que iba con su mitad, con otra mitad enemiga en la calle, i allí se formaba el tiro de lanza i sable. Así que por donde tiraba a escapar una mitad de caballería enemiga se encontraba otra nuestra, i aquella perecía” (1).

En esta vez, como en todos los encuentros de estas campañas, la mortandad del combate fué escasa, pero la de la persecución horrible. “Ya no había brazos para tanto sablear,” dice el oficial Porras, contando las peripecias de la fuga del enemigo, i Verdugo añade por su parte que el Biobio “negreaba de godos que se ahogaban” (2). Al terrible Quilapí, que era un mem-

(1) «Llevaban órden los jefes, dice el mismo Verdugo, de no romper el fuego hasta estar sobre el enemigo, por ver si se nos pasaba el batallón que nos tenían prisionero, del mismo modo se había dado órden a todo el ejército que al que se le viese levita azul con cuello i botones verdes, no se le matase. Esta prevención se hacia porque este uniforme tenía dicho batallón, i se advertía esto porque no había cuartel de ninguna parte, así que no se tomaba prisionero ninguno.”

La relación de Verdugo sobre lo que aconteció con el n.º 1 de Coquimbo está confirmada por todos los documentos i relaciones de la época, i especialmente por un despacho del jeneral Freire del 20 de diciembre de 1820 al ministro de la guerra en que declara que la fidelidad del batallón le inspira la más completa confianza porque después de la batalla se encontraron casi intactas sus municiones.

(2) PORRAS, Relación citada.—VERDUGO, Relación citada. Este último fué herido levemente en la orilla del río por los disparos de fusil que hacia desde una balsa en que se retiraba un pelotón del enemigo. Esto no le impidió, sin embargo, el reconocer la voz de su antigua cautiva del Monte blanco, recauti-

brudo i valeroso, viósele tambien en todas partes sin que un solo instante tuviese ociosa su implacable lanza. De esta suerte perecieron no menos de quinientos enemigos, escapando solo Benavides con los restos del escuadron de Ferrebú hacia Gualqui, a donde lo siguió sin darle alcance el comandante Cruz.

El vandido fugaba completamente desconcertado; i a la verdad habia sido tan profundo su pavor desde la aparicion de los patriotas sobre su campo, que al huir desalado dejaba en sus manos el tesoro para él mas preciado despues de su ambicion atroz. Cobarde en el campo de batalla no habia tenido siquiera la prevision vulgar de poner en salvo una infeliz mujer, cuya posesion por los patriotas, aleccionados ahora por la traicion aleve del canje de 1819, podia equivaler a su ruina.

La ultima, empero, menos pusilánime, habia buscado su libertad echándose al rio en una balsa repleta de fujitivos i que, hundida con el peso, servia solo como un certero blanco a las punterías de los que tiraban de la orilla. Para libertarse de las balas sumerjíase hasta la cabeza la infeliz junto con sus compañeros, i habriase sin remedio ahogado si un soldado que la conocia no la hubiese salvado jenerosamente de la muerte i aun de la cautividad, conduciéndola por la noche i en medio de la confusion jeneral, a un asilo seguro de donde mas tarde ganaria el albergue de su villano cónyuge (1).

A falta de aquella valiosa presa escapada por la magnanimidad de un soldado, encontráronse entre los trofeos recojidos del campo, seis cañones. Dos de estos eran precisamente los que habian quitado al desgraciado O'Carrol en el Pangal, por

vada por el enemigo en el Pangal, i que ahora volvió a seguir a su doble libertador hasta que años mas tarde tentóse aquel por ponerse bien con la Iglesia casándose en Osorno, pero no con ella.... Este mismo oficial, que parecia estar destinado a habérselas con los frailes, como le habia sucedido en Maipo, cuenta entre otros lances curiosos de aquella jornada el siguiente: «Tan luego, dice, que pegamos la carga, alcanzo a un hombre que no iba vestido de militar, i cuando ya iba a descargar un golpe sobre él, le alcanzo a ver como habitas por la boca del poncho de atras i le digo ¡es fraile o es demonio! A esto me miro él hacia atras, i como yo llevaba mi sable en punto de descargarlo me dijo: «Señor, no me mate, soy religioso» «I qué anda haciendo Ud. aquí? éntrese a esa casa i salvará Ud. de los que viniesen atras.» Así lo hizo, i yo segui avanzando.»

(1) La misma Ferrer refirió este episodio al historiador Gay en Concepcion muchos años despues. «Cuando esta señora (dice aquel en el tomo VI, páj. 422 de su historia), me contaba el suceso, temblaba de espanto. Tanta era la influencia que ejercia en sus nervios la emocion de sus recuerdos.»

lo que su restitucion a nuestras armas fué casi tan preciosa como la del batallon prisionero de Coquimbo (1).

Tal fué la famosa batalla llamada de la *Alameda de Concepcion*, porque el enemigo, al ser arrollada su caballería, intentó hacer pié en la esplanada de aquel nombre. Fué uno de los hechos mas heroicos i a la vez mas dramáticos de nuestros anales militares, i como se verá en el curso de esta historia, dióse en él a las últimas huestes que sostenian el nombre i el pendon del rei en nuestro continente el golpe de gracia, porque ni Benavides ni ninguno de los secuaces que le sobrevivieron, levantaron otra vez la cabeza i la osadía hasta amenazar la suerte i el reposo de la patria (2).

“He mos vencido, escribia Freire, lleno de un justo orgullo, sobre el campo mismo de batalla, hemos vencido completamente! El batallon núm. 1 de cazadores está en nuestro poder con todo su armamento. No ha escapado un hombre de infantería. El que no ha muerto es prisionero. Todo su armamento, pertrechos de guerra i seis cañones, están en mi poder. Hemos bati-

(1) Ademas de los cañones, se recogieron catorce mil tiros de fusil, ciento diez i ocho fusiles, veintiseis tercerolas i trescientas noventa i nueve lauzas. Los prisioneros, fuera de los soldados del núm. 1 que llegaron a doscientos sesenta i uno, alcanzaron a doscientos cuarenta, la mayor parte pasados despues de la derrota, en todo quinientos hombres. Nuestras pérdidas consistieron en once soldados muertos, i un oficial, el valiente capitán don Miguel Soralt.

(2) Aunque el gobierno directorial no hizo ninguna demostracion especial por este espléndido triunfo, fué uno de los primeros actos del gobierno del general Freire decretar un premio nacional para las tropas que allí vencieron, segun consta del siguiente decreto.

“Santiago, abril 21 de 1823.—La gloriosa accion del 27 de noviembre del año 20 en la Alameda de Concepcion salvó a la República del inminente riesgo en que se hallaba de sucumbir bajo la férula de un enemigo el mas bárbaro i atroz, que ocupaba orgulloso la capital de aquella provincia i sus fronteras, despues del desgraciado suceso de nuestras armas en el Pangal el 23 de setiembre del mismo año. Reducido el ejército al estrecho recinto de Talcahuano por espacio de sesenta dias, en que sufrió todos los efectos de la intemperie i falta de viveres, consiguió el 25 del citado noviembre derrotar la caballería enemiga, que llena de altanería no respetaba ya los fuegos de nuestra artillería, llegando su arrojo hasta el extremo de acercarse a tiro de pistola. Un enemigo tan intrepido i audaz fué batido i destruido por los bravos del ejército del sur el mencionado dia 27, dejando el campo cubierto de cadáveres i vengando de un modo el mas satisfactorio el honor de las armas de la patria. I no debiendo quedar sepultada en el olvido esta memorable victoria, he tenido a bien declarar, como por el presente decreto declaro, que todos los jefes, oficiales i soldados que se hallaron en esta heroica accion, lleven un escudo en el brazo izquierdo con arreglo al modelo que se dará i con la inscripcion que diga: *La Patria agradecida a los restauradores de Concepcion, noviembre 27 de 1820.*—Comuníquese a quienes corresponda, i publique en el Boletín.—FREIRE.—Rivera.”

do a doble fuerza; por ultimo, mi amigo, la suerte ha correspondido a los esfuerzos" (1).

Como lo deciamos al terminar el precedente capítulo, la hora de la fortuna para Chile sonaba a la vez en el Biobio i en el Ñuble, miéntras que mas allá de los mares iba a resonar el eco de nuestras victorias sobre el alcázar de la *Esmeralda*, arrebatada por el brazo de nuestros jóvenes soldados a los cañones de los formidables castillos del Callao.

- ¡Honor i eterna gloria a aquella edad!

(1) Carta del jeneral Freire al director O'Higgins.—Concepcion, noviembre 27 de 1820.



CAPITULO XV.

El jeneral Freire renuncia el mando del ejército del sur el mismo dia de su victoria de Concepcion.—Terribles castigos que ejecuta entre los vencidos.—Miseria en Concepcion.—Su grave error al no apoderarse de Arauco.—Benavides lo engaña con un finjido amnistio.—Condiciones para la paz que aquel propone.—Envia de parlamentario al cura Ferrebú.—El comandante de San Pedro arroja al rio atada a un palo la contestacion de Freire.—Documentos inéditos de esta negociacion.—Benavides viene a Santa Juana, i despacha a Pico con mas de dos mil indios a quemar todos los pueblos de la provincia hasta Chillan.—El coronel Prieto avanza desde Talca i ocupa la última plaza.—Correria del comandante Tórres por la Montaña.—Aparicion de Pico, Bocardo i Zapata con los indios.—Zapata i el padre Waddington se oponen al incendio de Chillan.—Preparativos de defensa que hace Prieto.—Batalla de rio Chillan.—Muerte singular de Zapata i sus episodios.—Juicio de este caudillo.—Resultados del combate.—Nuestra enorme perdida.—Detalles sobre la retirada de los indios i crímenes que cometan.

Apénas terminada la batalla de la Alameda de Concepcion, el jeneral Freire dirijióse a la casa de gobierno de aquella ciudad, i no bien hubo apeádose del caballo, cuando tomó la pluma para dirijir la renuncia de su puesto al gobierno de Santiago. Ni la embriaguez del triunfo, ni el resplandor mismo de la gloria, habian sido bastantes a sofocar en el noble pecho del caudillo aquel hondo i antiguo resentimiento que fueron cabando sordamente el abandono i la ingratitud de los hombres que le tenian peleando hacia ya dos años sin un grano de pólvora, sin un trapo con que cubrir la desnudez de sus soldados.

Tomó al principio i en el seno de la intimidad, como motivo de aquella resolucion, lo quebrantado de su salud (1); pero una semana mas tarde, dejando a un lado todo embozo, envió oficialmente al Director el siguiente pliego que era la expresion injénua de su alma.

“Angustiado frecuentemente mi espíritu por la falta de recursos para el sosten de la division de mi mando en el espacio de dos años de continua guerra en esta provincia, viéndome repetidas veces sin tener víveres para estas virtuosas tropas, mal paradas i vestidas, mi salud se ha quebrantado i no me permite desempeñar mas tiempo el cargo que se me ha confiado.

“Ya he conseguido vengar el agravio a nuestras armas, he restaurado esta ciudad, i cuando pudiera gozar la satisfaccion consiguiente a una victoria, yo me hallo lleno de consternacion, porque ha llegado el caso anunciado desde Talcahuano de no tener víveres para racionar la tropa, pues aun no han venido los que quedaron en bodegas de Valparaiso, hace mas de un mes, mui prontos para embarcar.

“Tenga US. la bondad de hacer presente al Exmo. señor Director Supremo la renuncia que sumisamente hago del mando de esta provincia, suplicándole se digne permitirme continuar en el servicio de mi rejimiento, donde podrá emplearme segun pareciese mas útil a la República.

“Dios guarde, etc.—Concepcion, diciembre 4 de 1820.—*Ramon Freire.—Al señor Ministro de la Guerra.*”

No ha llegado, hasta nosotros la respuesta que se diera a estas comunicaciones del amigo i del mandatario; pero debieron ser sin duda llenas de excusas, de satisfacciones i promesas, cuando vemos continuar al último en el mando de la provincia despues de tantos i repetidos desaires. Quedaba, empero, escondida en los ánimos aquella levadura de las discor-

(1) «Suplico a Ud., decia a O'Higgins, en la tarde misma de la batalla, por nuestra amistad i por la patria, me prive del mando, concediéndome mi retiro, pues he quedado bastante enfermo de las continuas trasnochadas sobre la linea de Talcahuano i una furiosa rodada de acaballo que allí sufri. Si, mi amigo, yo no estaba acostumbrado a sufrir desgracias, ya están vengadas i con duplo; sirvase, pues, concedermee lo que llevo pedido, que demasiado le ha necesitado mi quebrantada salud.»

días, que un ministro avieso i funesto (1) se encargaria de mantener en fermento, hasta que dos años mas tarde hiciese su explosion.

El intendente de Concepcion consagróse a organizar la provincia como mejor le era posible, vista la absoluta miseria i desolacion en que la había dejado el enemigo (2). Su primer cuidado fué, segun la índole de los tiempos, i los preceptos de aquella horrible contienda, el del castigo. A las diez de la mañana del dia que siguió a la batalla, i cuando las calles i casas de la ciudad estaban todavía cubiertas de cadáveres del enemigo, fueron fusilados en la plaza de Concepcion diez i nueve prisioneros, la mayor parte desertores al enemigo, i entre ellos una mujer anciana, madre de un ajente de Benavides llamado Salgado, de quien luego hablaremos. Habíase convencido por desgracia a la última de ser contumaz e incorregible aposentadora de espías. Aquellas infelices víctimas eran cuatro ménos que las que había sacrificado Pico al siguiente dia del Pangal; pero eran cuatro mas de las que había asesinado Benavides en Santa Juana, i el número exacto de los mártires de Tarpellanca. La compensación de la sangre por la sangre, se mantenía en un estricto nivel. ¡Cuán horrible era aquella guerra!

Benavides había, entre tanto, corrido a asilarse en su vieja madriguera de Arauco, donde otra vez le dejó a salvo la incurable, la incomprendible decidia del jeneral Freire para llevar sus armas victoriosas hasta aquel lugar maldito. Todo lo que sabemos hizo en este sentido fué enviar al comandante Cruz hasta Gualqui en persecucion del bandido; pero éste había pasado algunas horas ántes, protejido por el escuadron de Fe-

(1) Don José Antonio Rodriguez Aldea, nombrado ministro de hacienda para la eterna desgracia de O'Higgins i de la República el 2 de mayo de 1820.

(2) Tan grande era la pobreza que reinaba en Concepcion por esa época, que los oficiales mismos, aun los de mas graduacion, se veian obligados a comprar efectos al siado en el comercio para revenderlos con pérdida, i de su producto, ya que no recibian un centavo en dinero, poder alimentarse. «Nos hallamos en la necesidad, decia el comandante de la artillería Picarte a su jefe el coronel don Francisco Formas el 18 de enero de 1821, de tomar efectos caros i malos para venderlos por ménos precio i con esto remediar algunas necesidades indispensables, de lo que resulta estar siempre impeñados i alcanzados, i yo tanto mas que ninguno por tal de cubrir la necesidad del oficial o del soldado, a quien fio, aun cuando yo me quede en descubierto con la mia, i así es que ya estoy poco ménos que desnudo.»—(Papeles de familia del coronel Picarte).

rrebú, que se retiró medianamente organizado. Ningun soldado patriota pasó, empero, el Biobio, i Benavides volvió a quedar dueño absoluto de la ribera izquierda de aquel río, como lo habia estado despues de Curalí i despues del Quilmo i Curamilahuc.

Pero no contento con esto, el astuto bandolero quiso asegurar su salvacion engañando al mismo jeneral Freire, a fin de adormecerlo en la confianza. Conseguia de esta suerte el doble objeto de reorganizar sus bandas i evitar que aquel viniera a molestarlo aprovechando su victoria.

Así sucedió en efecto.

El 1.^o de diciembre, cuatro dias despues de su derrota, Benavides tuvo la osadia de enviar un emisario al jeneral Freire desde Arauco, proponiéndole un armisticio a fin de entrar en negociaciones de paz, amenazándole, en caso de negativa, con emprender una guerra de horrores a cuyo fin, decia él, contaba con las indiadas de la Araucanía sublevadas en masa a su favor.

La respuesta de aquel oficio desvergonzado debió haber sido la órden de hacer pasar toda nuestra caballería al otro lado del Biobio para poner fin a tanta audacia con el filo de sus sables. Pero el magnánimo, el clemente, el siempre crédulo jeneroso Freire, cayó esta vez en el lazo como tantas otras; i con fecha 8 de diciembre contestó al salteador que enviase un parlamentario suficientemente autorizado para discutir sus condiciones.

Habia sido portador de la primera misiva de Arauco el sargento de trompetas Tomás Gómez, aragonez de nacimiento, que vino a Chile en los cazadores-dragones de la expedicion de Cantabria, i el mismo que fué mas tarde el terrible segundo de los Pincheiras. Por ahora no tenia mas carácter que el de un simple heraldo de armas.

Mas para este segundo i mas formal engaño, envió Benavides a un hombre tan perverso como astuto, que era en ciertas materias su mas íntimo consejero, el célebre cura de Rere, don Juan Antonio Ferrebú, guerrillero desde las campañas de 1813, a quien el historiador Benavente, segun refiere él mismo, intentó matar de un sablazo despues de la sorpresa

del Roble. Ferrebú era a la sazon capellan del rejimiento de dragones en que mandaba su hermano un escuadron, i por sus relaciones de sangre con las mas conspicuas familias de Concepcion, especialmente con los Prietos i los Búlnes, se juzgó, así como por su malicia i su traje clerical, el mas adecuado emisario para fraguar un ardid.

Ferrebú se presentó, pues, en Concepcion con las bases de un tratado provvisorio de paz redactadas por Benavides en Arauco con fecha 14 de diciembre. Reducíase ésto en sustancia, a mantener el *statu quo* de las campañas, conservando las *tropas reales*, como aquel se complacia en apellidar sus gavillas, toda la linea izquierda del Biobio i del Duqueco desde San Pedro a Santa Bárbara, permitiéndose el libre comercio de una a otra ribera, i restituyendo recíprocamente la libertad a los prisioneros.

Como aquel pacto debia someterse a la aprobacion del virei del Perú, el jefe patriota se comprometeria ademas a suministrar un buque para enviar emisarios a Lima, i en el intervalo se darian rehenes por cada parte. Benavides ofrecia por la suya al coronel don Vicente Elizondo.

Aquellas pretensiones era mas de lo que humanamente podia tolerarse, i en consecuencia Freire despachó a Ferrebú el mismo dia de su llegada a Concepcion (diciembre 15 de 1820) con una lacónica carta para Benavides en la que simplemente le decia que lo único que en obsequio de la humanidad estaba dispuesto a otorgar era un perdon jeneral, concediendo libre pasaporte a los que quisiesen dirijirse a Lima, i las garantías de sus vidas i propiedades a los que se restituyesen al seno de sus familias (1).

Benavides no necesitaba prolongar mas aquellos tratos con nuevos embustes. Su objeto estaba conseguido. El mismo dia que Ferrebú conferenciaba con Freire en Concepcion, él se movia en persona con sus fuerzas sobre Santa Juana i hacia pasar el Biobio en direccion a Chillan el escuadron que mandaba el hermano del parlamentario, violando abiertamente la suspen-

(1) En el Apéndice bajo el núm 8 publicamos toda la interesante correspondencia cambiada entre Freire i Benavides en aquella ocasión.

sion de armas por él mismo solicitada (1) Las leyes i aun la cortesia de la gue rra inspiraban tal desprecio a aquel ignorante i soberbio montonero i a los suyos, que la primera respuesta de Freire a su comunicacion con Godez, habia sido echada al rio atada en un palo por el comandante del fuerte de San Pedro.

Cuando el intendente de Concepcion supo que Benavides se hallaba en Santa Juana, reuniendo sus dispersas bandas i las hordas mas feroces de la Costa i de los Llanos, comprendió la grosera estratagemma de que habia sido víctima su candorosa buena fe, i al mismo tiempo hízose cargo que la guerra de las fronteras, que él creia terminada despues del combate de Concepcion, como lo había creido despues del de Curalí en 1819, iba a continuar con nuevo i mas terrible furor. “Podrá llegar, decia Freire al Director en carta privada del 20 de diciembre, a mayor estremo la obstinacion de los enemigos, despues de los golpes que han sufrido? Pues no hai duda, ellos continúan con el mismo empeño sin que hayan querido admitir mi propuesta para retirarse a Lima o quedarse en esta provincia en pacífica posesion de sus bienes, como verá Ud. por mis comunicaciones oficiales.”

I en consecuencia de esto, el jeneral en jefe anunciaba que habia pedido se le enviasen las milicias del Itata i de Caquenes, pues no queria desmembrar un solo hombre de la division veterana de Chillan, en fuerza de que el coronel Prieto, dando prematuro asomo a la rivalidad ardiente que trajo mas tarde al uno frente al otro en el campo de Lircay, se habia negado, desobedeciendo sus órdenes, a enviarle un cuerpo veterano de caballería, “sin embargo, decia el primero, de necessitarse para escarmontar a Benavides que se halla en Santa Juana reuniendo indios con intencion de pasar el Biobio” (2).

(1) (*Gaceta ministerial extraordinaria* de 23 de febrero de 1922).—Segun don Pedro Belmar, Freire tuvo noticia del movimiento del escuadron de Ferrebú, cuando su hermano el clérigo iba de regreso a Santa Juana, por lo que mandó perseguir a este, i escapó solo por la lijereza de su caballo.

(2) Carta de Freire al Director.—Concepcion, diciembre 20 de 1820.—Las escaseces del ejército del sur i la falta de auxilios de la capital continuaban todavía en esta época, a pesar de tantos sacrificios, i a tal punto que el jeneral Freire temía que aquel culpable abandono pudiese acarrear una catástrofe. “Es de urgentisima i forzosa necesidad, decia al Director con aquella misma fecha, que se haga un esfuerzo para pagar estas tropas, pues temo, que por

No se engañaba esta vez el jefe patriota sobre los planes de Benavides, ni éste tampoco iba a desdecir de la horrible sinceridad con que le había amenazado de hacer la guerra todavía más espantosa que lo que hasta entonces había sido, si tal era posible.

El mismo dia en que Freire daba cuenta de la situación de Benavides en Santa Juana, ordenaba éste, en efecto, a sus segundo el coronel Pico, que quemase una tras otra todas las poblaciones de la provincia de Concepción desde San Pedro hasta Chillan, a cuyo fin debería reunirse con Zapata en Nacimiento i con Bocardo en Yumbel. Uno i otro de estos últimos jefes de bandas tenían órdenes de capitanejar las indiadas de los Llanos, (donde el primero se había refugiado después de su derrota de Cocharcas el 27 de noviembre), i las reducciones pehuenches, donde el segundo fuera a ejercitar su antigua influencia después del desastre de Concepcion.

Los planes de aquella invasión se habían combinado en consecuencia con todo el reposo necesario en Tucapel. Merced al desacordado armisticio de que hemos dado cuenta, había bajado, en efecto, a aquella plaza Toriano, el toqui de los pehuenches, llevado de su curiosidad por conocer a Benavides i ofrecerle las lanzas de la Montaña contra los huincas de los Llanos. En seguida había llegado escapando del desastre de Concepcion el influyente Bocardo, i como Pico se hallase en Santa Juana con un considerable pié de fuerzas, que no había tomado parte en el combate de la Alameda, hízose en extremo expedita la reorganización de una fuerza considerable de cristianos i de bárbaros.

El número de éstos llegaba a cerca de dos mil, i como el punto objetivo de aquella feroz correría era la ciudad de Chillan, donde estaba acampada la segunda division de operaciones, al mando del coronel Prieto, hácesenos preciso retrogradar en esa dirección hasta el días de la acción de Cocharcas en que suspendimos la relación de los sucesos que por esa parte se desenvolvían.

falta de dinero esperimentemos una catástrofe. El enemigo pagaba un real diario a la tropa del batallón núm. 1 de cazadores, i desde que la hemos recuperado, no ha recibido un centavo."

Encontrábase todavía en su cuartel jeneral de Talca, donde le hemos dejado a principios de noviembre, el coronel Prieto, adiestrando la division que sacó precipitadamente de la capital, cuando le llegó la nueva del triunfo obtenido por su vanguardia en Cocharcas el 27 de aquel mismo mes. Creyó en consecuencia aquel advertido jefe llegado el momento de emprender un movimiento definitivo sobre el sur, i al pasar el Maule, el 1.^o de diciembre, un correo que pasaba le entregó el parte de la victoria decisiva obtenida por el mariscal Freire en los suburbios de Concepcion el mismo dia en que Arriagada había de- secho a Zapata en la vecindad de Chillan.

Aquellos sucesos modificaban notablemente las operaciones de que iba encargado, i que hasta cierto punto una excesiva tardanza que provenía de la capital, hacia ya innecesarios. Por esto avanzó solo a lentes jornadas sobre Chillan. El 5 de diciembre había llegado al Parral i solo el 12 de ese mes le encontramos en aquella ciudad.

Su primer cuidado había sido, aun antes de llegar a su nuevo cuartel jeneral, ordenar al comandante don Domingo Torres, el mejor i mas conspícuo de los jefes de su division, que se dirijese con su cuerpo de dragones de la *Libertad* a espantar la vecina Montaña de las innumerables bandas que la infestaban i que se habían engrosado considerablemente con los dispersos de Cocharcas i de Concepcion.

Cupo a Torres la buena fortuna de encontrar el dia 14 dentro de un bosque i comprometida en el paso de un desfile dero una columna de ochenta montoneros, reforzada con un enjambre de mayor número de pehuenches, i habiéndolos atacado con intrepidez, los puso en pocos minutos en completa dispersion, dejando fuera de combate sesenta hombres de los que veinte quedaron muertos i los demás heridos. El jefe patriota solo tuvo dos muertos i nueve heridos. (1).

Era el comandante don Domingo de Torres arjentino u oriental de nacimiento, de familia distinguida i desde temprano habíase dado a conocer por su educacion i sus dotes políticas i militares. Eligióle San-Martin, en atencion a su

(1) Parte de Torres.—Campo de honor, diciembre 14 de 1820.

sagacidad i cultura intelectual, para la delicada mision de explorador de la opinion pública del Perú, a fin de que con el pretesto de canjear los prisioneros de Chacabuco, concertase los planes de la invasion que meditaba con los patriotas de Lima, empresa delicadísima que él llevó a cabo con consumada habilidad. Sirvió despues en Chile desempeñando diversas comisiones militares; i en esta misma campaña habria tenido ocasion de distinguirse i aumentar sus méritos, si por desgracia, el carácter susceptible del coronel Prieto no hubiese dado lugar a vivas rencillas que al fin le digustaron del servicio, relegándole poco despues a la oscuridad, hasta su muerte ocurrida hace doce años. No necesitamos decir que murió pobre, olvidado, casi desconocido. ¡Era uno de los hombres que nos habia dado independencia!

Mas, apénas habia estado de regreso Torres i sus dragones en Chillan, cuando llegó al coronel Prieto, que comenzaba a orientarse por sí mismo de la situacion i de sus peligros, una nueva tan abultada como alarmante. El 23 de diciembre vinieron a decirle que Pico, Bocardo i Zapata, reunidos en Yumbel, se encontraban por Dañicalquí (pequeño río que baña los distritos de Yungay i de Peinuco ántes de vaciarse en el Itata), a la cabeza de mas de dos mil indios que se adelantaban cometiendo cosas horribles de contar. Habian ya quemado a San Pedro, Santa Juana, Nacimiento, Talcamávida, San Carlos de Puren, Santa Bárbara, Yumbel, Tucapel nuevo, i se acercaban ahora con la tea en una mano i la lanza en la otra resueltos a incendir a Chillan, conforme a las instrucciones terminantes del monstruo infernal a quien obedecian. Los indios venian llenos de gozo. Para ellos quemar una ciudad de los *huincas* era una de esas ambiciones supremas de su codicia i su venganza, heredada de aquellos bárbaros primitivos que convirtieron en un puñado de cenizas las famosas siete ciudades de la conquista castellana. “Dieron noticia de su aproximacion, dice uno de los vecinos mas caracterizados de Chillan, infinidad de campesinos que llegaban despavoridos, diciendo que venian muchos indios matando i robando, sin perdonar cosa alguna” (1).

(1) Castellon, Relacion citada en el Prefacio.

Así era en efecto, i en la tarde de aquel mismo dia, el humo de algunas rancherías incendiadas en las márgenes del Chillan, a corta distancia del pueblo, hizo ver que el bárbaro enemigo estaba ya cercano. Con todo, Pico que mandaba en jefe, detuvo su marcha en el opuesto lado del río i se acampó allí aquella noche. El plan que traia concertado con los indios, i especialmente con Toriano, el mas viejo i respetado de las tribus convocadas (que bajaba ahora, después de treinta años, a esta parte de los Andes solo por el influjo de Bocardo), era que cargando sobre Chillan simultáneamente en todas direcciones con sus innumerables hordas de indios, cada cual de éstos llevase a la grupa un soldado provisto de materias combustibles, a fin de que cruzando la población en todas direcciones quedase su corto caserío reducido a papezas en breves momentos, plan bárbaro i seguro en el que estaba de acuerdo Pico, Bocardo i demás jefes, no así Zapata, que era chillanejo i conservaba todavía algun respeto por la ciudad de sus antiguos amos.

Prestóle fuerte apoyo en esta noble resolución el prior Waddington, un fraile diligente, hijo de inglés, pero nacido en Concepción, el mismo que hemos dicho en otra parte se ofreciera a Benavides para llevar comunicaciones al virrey del Perú i que andaba ahora revuelto con los bárbaros. Secundado del prestijio de Zapata entre los indios, pudo aplacar a Pico, Bocardo i los otros jefes montoneros, invocando en sus duros pechos el temor divino, por el sacrilegio de quemar iglesias i la hostia consagrada (1).

Abandonóse en consecuencia aquel inhumano intento, i se trató solo de dar una batalla cuyo resultado era mas que seguro en vista del triple número de fuerzas que los montoneros traían consigo, así como de la superioridad de sus caballos, de los que cada indio traía una remuda para entrar en la pelea.

Aquella noche la pasó el coronel Prieto, su división i el pueblo entero en una cruel ansiedad. "El jeneral, dice un testigo de vista, dió activas providencias para prevenir una sorpresa en la misma noche i ponerse en defensa. Se mantuvo

(1) Torrente atribuye solo a la humanidad de Zapata la salvación de Chillan, pero es evidente que el padre Waddington le sostuvo en su propósito.

la tropa sobre las armas i en silencio toda la noche; se puso fuerza oculta en todos los puntos convenientes; se guarneció el cuadro (la plaza); se hicieron cortaduras en las calles, se colocaron avanzadas circundando el pueblo i hacia el río, i por último, se enviaron *vichadores* (espías) que observasen al enemigo en la ribera opuesta” (1).

A las ocho de la mañana siguiente, 24 de diciembre de 1820, comenzóse a avistar el enemigo por las altas lomas que dominan el río de Chillán hacia el sur, i tal era su número que formando en batalla su línea se extendía por cerca de una legua (2).

Prieto, por su parte, formó de su corta división dos columnas, confiando la de caballería, compuesta de cuatrocientos diez veteranos, al comandante Torres (3) i quedando él en persona con su escasa infantería mandada por Pérez García i los cañones de Márquez, a fin de defender las entradas del pueblo. Hizose salir al mismo tiempo a vanguardia con el objeto de observar de cerca al enemigo una partida de cincuenta cazadores i dragones al mando del teniente de estos últimos don Manuel Zañartu, quien, aunque niño entonces de diez i seis años, daba muestras de ser mas tarde un oficial avenajado (4).

Torres emprendió resueltamente sobre el enemigo, pasando el río hacia la derecha con sus dragones, algunos milicianos de San Fernando i las partidas de Silverio Arteaga i Mateo Rubilar, miéntras que Boil lo hacia mas arriba con sus cazadores, los granaderos de Escribano i la partida de voluntarios que mandaba el famoso capitán Pedro José Riquelme, mas conocido por el *Nego*.

Pero sucedió que miéntras se concentraban nuestras líneas

(1) Castellon, Relacion citada.

(2) Id. id. id.

(3) Estas fuerzas eran ochenta cazadores de Boil, ochenta granaderos a caballo mandados por Escribano i ciento cincuenta dragones del mismo Torres. Carta de Prieto al Director.—Chillán, diciembre 26 de 1820.

(4) Hoja de servicios del coronel don Manuel Zañartu. Entre los hombres de su partida se encontraba el sargento argentino Juan Bautista Torres, tan valiente como Juan de Dios Montero, i que murió despues con el grado de coronel en le sitio de Montevideo.

para pasar el río, crecido en esa estación, Zapata, que se hallaba en la opuesta orilla, reconoció a la simple vista a Riquelme, i, fuera por un ímpetu ciego de odio, o fuera porque bajo la ruda corteza de aquel huaso inculto palpitará el corazón del paladín antiguo, metióse súbitamente al río, i vino hasta una isleta vecina al sitio en que divisaba al *Nego*, a retarle a gritos a un combate singular, a la vista de ámbas líneas, blandiendo al sol su luciente espada. Era la misma que había llevado en el Pangal, el infeliz O'Carrol! (1).

Montaba Zapata en aquel día un hermoso caballo blanco manchado de pintas rojizas, conocidos en el sur por el nombre de *sopa en vino*, que había pertenecido al jeneral Fréire, quien le llamaba el *Huechun*. Presentábase así el arrogante montonero como un blanco conspicuo al enemigo, teniendo a gala de bravo aquella ostentación que debía ser la última de su vida.

Era Zapata pequeño de cuerpo, delgado, blanco, con apariencia casi femenina, a lo que añadía una voz tiple que daba poca cuenta de su persona. Pero a caballo i lanza en mano teníanle todos por el primer soldado del rey aun entre aquellas turbas de hombres tan valientes como aguerridos. Pródigo, dissipado, entregado en todas partes, en guardia como en el campo de batalla, a la molicie de sus fáciles amores, había comprado en la tarde anterior una cautiva a los indios, i como el dinero era desconocido en el ejército realista, cuéntase que pagó por ella su chaqueta de paño galoneada, por lo que i por el calor del día andaba en mangas de camisa. Aquella misma noche echado sobre las faldas de su bella rescatada, al amor del fuego, había dicho en chanza a Pico i a sus camaradas que a la mañana siguiente, al primer insurjente con chaqueta

(1) Según el coronel Zañartu, a quien retó Zapata fué al capitán de guías don Manuel Vega, gran aficionado a carreras de caballos «al que, dice aquél, le estuvo desafiando a correr, revolviendo su caballo.» Pero aceptamos la relación de Castellón como más antigua (1833), en la que se asegura que vino a desafiar a Riquelme «para que traspasase el río a batirse con él de hombre a hombre.» La versión última, que parece también la más natural en aquella circunstancia, se halla además confirmada por el relato del comandante Salvo. «Teniendo, dice éste de Zapata, un desafío con el comandante de una partida volante de la patria; no se efectuó el desafío que tuvo porque a Zapata le tiró un balazo uno de la gente enemiga i allí mismo fué muerto.» — Salvo, Relación citada.

que divisara en la pelca, lo seguiría hasta la misma plaza de Chillan, i así tendría a la vez chaqueta i querida, conquistadas ambas prendas con su lanza (1). I acaso fué la chaqueta del *Nego* la que cautivó su codicia en el campo de batalla i se proponía quitársela de hombre a hombre....

Otra fué, sin embargo, la fortuna de aquel soldado alegre i valeroso porque apénas se hubo puesto a retar a su adversario, le dispararon sus carabinas tres tiradores a un tiempo, i una de las balas le cayó en la sien derecha (2).

Vaciló un instante el mandonero i alcanzó a "hacer seña con la mano a los indios para que lo favoreciesen;" pero luego dobló la cabeza sobre el cuello del caballo tendiendo sus brazos hacia el suelo. Los indios, que lo adoraban por su valor i sus excesos, lanzáronse rápidos como el rayo a la corriente, pero un lazo arrojado desde la distancia por la diestra mano de un gaucho hermano del *Nego*, llamado Juan Riquelme, llegó antes que ellos. Tiró entonces del *pehual* el tercero jinete, arrancó al moribundo de la silla, i arrastrándolo por el agua, que en ese punto era somera, lo trajo a la opuesta orilla: Allí lo atravesó sobre su grupa el capitán Vega, i llevóle todavía "con espíritus vitales" dice alguien que en ese momento lo vie-

(1) Datos del oficial Saltarello, sargento a la sazón del escuadrón de Zapata, i quién asegura haber escuchado aquella conversación. Los indios, según su costumbre habían cometido todo género de crímenes contra el pudor, persiguiendo a las infelices familias por los trigales (a la sazón en plena madurez), donde las madres por ocultar sus hijas presenciaban su propia deshonra. Una de estas desgraciadas era la que había conseguido rescatar Zapata.

Los indios amarraban también a su grupa cuantos niños encontraban para venderlos después como esclavos, según lo practicaban nuestros mayores con sus hijos. Para libertarlos, algunos soldados compasivos solían disfrazarlos de cornetas o tambores, i así conseguían que los respetasen.

(2) Los que tiraron fué un soldado, un sargento i el asistente del capitán don Manuel Vega que se encontraba allí como aficionado. Dijeron que él del acierto había sido el asistente, i otros el sargento, pero como éste muriese en el combate de ese día no pudo tenerse noticia cierta.—(Castellon, Relación citada). Sin embargo, según el coronel Zañartu, que se encontró allí presente, fué el soldado de cazadores el que acertó el célebre tiro. «Visto esto, dice Zañartu, hablando de la osada provocación de Zapata, por un soldado de cazadores cuyo nombre he olvidado, me pidió permiso para echar pie a tierra, i colocarse tras de una patagua que aun existe a orillas del estero de las Lajuelas. El soldado fijó su puntería en la linea recta i al parar el caballo, soltó el tiro que acertó en la frente del jinete. El caballo se paró, i Zapata soltó la espada, sosteniéndola de la dragona, e inclinó la cabeza a tierra.»

ra (1) a la presencia de Prieto, i en el instante espiró. Había sido tan tenaz la vitalidad de aquel desventurado que despues de haberle arrastrado muchas cuadras, un oficial patriota (don Alejo Zañartu) (2) le puso el pié en el pecho i Zapata "levantó los brazos en ademan de agarrarlo."

Los indios alcanzaron solo a salvar el caballo ensangrentado del infeliz caudillo (3), i al mismo tiempo quitaron otro de no menor estimacion a un esforzadísimo mancebo llamado despues por alguien el Aquiles de nuestras guerras. Era éste el alférez de cazadores de la escolta don Eusebio Ruiz, quien al ver herido a Zapata se había lanzado al rio "con tanta intrepidez, dice el mismo Prieto en su parte de la batalla, glorificando su heroismo, que las lanzas de los indios lo voltearon del caballo i tuvo que proporcionarse con su sable lugar de escapar a la zaña de sus perseguidores" (4). ¡Digno estreno de tan elevada fama!

Tal fué entre tanto, la muerte de aquel hombre, que si hubiera nacido en el terrazgo de una hacienda poseida por patriotas, habría dado a la República un guerrero rudo pero ilustre. "Era, dice de él, uno de sus contemporáneos" (5), vulgar en su trato, pero de regular presencia i valor acreditado; humano como todos los valientes i bastante caballero en sus acciones." Pero quiso su mal destino darle por señores a hombres que fueron enemigos de su patria, i fiel a su memoria i a su ejemplo, causó a aquella males que solo podian compararse a sus proezas. El había sido uno de los primeros promotores de la guerra de partidas despues de Chacabuco, i a

(1) El comisario Castellon.

(2) Apuntes citados del coronel Zañartu.

(3) El oficial de Benavides Saltarello refiere que él compró los estribos de Zapata a los indios por una bagatela, i que habiéndoles lavado la sangre tomó allí mismo un ulpo hecho en su cabidad.

(4) Segun el coronel Zañartu el caballo de Ruiz se enredó en el lazo que había arrojado Juan Riquelme, cayendo el jinete al suelo enredado a su vez en las espuelas; pero segun Castellon los indios lo sacaron de la silla por los fundillos, lo que no parece tan verosímil. En lo que ambos narradores están conformes es en que Ruiz fué el primero en llegar junto a Zapata a quien dió un feroz sablazo.

(5) El coronel Zañartu. Relación citada.

su esfuerzo i su consejo debíase principalmente el mayor triunfo que aquellas obtuvieron en su porfiada lucha. Tal fué la batalla del Pangal, victoria súbita e inesperada en que su lanza lo hizo todo, salvo el obtener la vida de un ilustre prisionero que, enlazado como él, rindióle su espada. Diérale acaso por esto el destino nivelador una muerte parecida, vengando el lazo de Riquelme el lazo del infeliz O'Carrol.

Entre tanto, terminado aquel lance breve como el vuelo de una bala, i que había mantenido un instante en expectativa a ambas líneas, prontas a embestirse, el comandante Boil, salvando el río, dió la voz de cargar sobre la izquierda realista i en pocos segundos la arrolló sobre su derecha, que amagaba en ese instante Torres con sus granaderos i dragones. No tuvieron éstos, empero, igual fortuna, i volviendo caras, sin poder romper al enemigo, recibieron por la espalda las lanzas certeras de los indios que derribaron cuarenta i un dragon en la terrible contra-carga, que es el momento crítico de todo encuentro con los bárbaros.

El jefe de estado mayor Elizalde, que presenciaba aquel descalabro inesperado, hizo sujetar pié a los fujitivos, replegándolos sobre algunas partidas de milicia i dos cañones que se hallaban de reserva; i una vez que se hubieron rehecho, llevóles él mismo a la carga i con tal brio que el enemigo les dejó el campo, perdiéndose entre las lomas que ondean los suburbios de Chillán por el rumbo del medio dia.

El coronel Prieto había asistido a la batalla desde las barrancas opuestas del río, i juzgando que la retirada del enemigo podía ser solo una estratagemma, ordenó a Torres se repliegase sobre el pueblo, al abrigo de la infantería, i allí pasó aquella noche no sin zozobras de verse atacado de nuevo por los bárbaros. Sabia el jefe patriota que en la tarde habían recibido los últimos un resfuerzo de la Montaña traído por Hermosilla.

Apesar de esto i contentándose con algunas desmostraciones ; escaramusas en el pedregal del río a la mañana siguiente, alejáronse definitivamente los enemigos, andando aquel dia catorce leguas, "acobardados, dice el comisario Castellon, con la perdida de su caudillo Zapata que era su Napoleon!"

Tal fué el sangriento combate del río de Chillán que nos costó, sin resultados definitivos, diez veces más vidas que el glorioso i final encuentro de la Alameda de Concepción. Perdieron allí en las lanzas de los indios ciento i seis de nuestros mejores soldados, quedando solo un tercio de aquel número entre los heridos. La pérdida del enemigo, aunque evaluada por el coronel Prieto en mas del triple de la nuestra, no pudo, empero, ser mucho mayor, en vista de que no fué perseguida, i que por tanto no hubo matanza (1).

La verdadera ventaja de la jornada consistía únicamente en haber salvado el pueblo de las llamas i encontrado en él su tumba el formidable Zapata. Los indios ataron sus lanzas a las correas de sus monturas, cuando supieron su fin, i el jefe que les había conducido sintió desfallecer su ánimo llorando delante de sus soldados con el dolor de un niño (2).

(1) La proporción de los muertos en nuestras tropas fué la siguiente, segun el parte circunstanciado del coronel Prieto; cazadores veintiuno, dragones cuarenta i uno, granaderos o húsares de Marte ocho, milicias de San Fernando diez i nueve, id. de Talca tres, id. de Chillán tres, artillería dos. Perdimos ademas ocho cabos i sargentos i un oficial inglés cuyo nombre no se ha conservado, el que encontró su fin por su impericia en el manejo del caballo.

Los heridos fueron veinte i siete i de ellos once cazadores. Por mas pormenores nos referimos a los que da el mismo coronel Prieto al director O'Higgins en carta privada del mismo día en que escribia su parte oficial al general Freire (diciembre 26 de 1820), i los que dicen como sigue:

“El 24 del presente se acrecentaron las glorias de la patria, i nuestras tropas hicieron conocer sus esfuerzos al enemigo. Se avistaron en número de dos mil quinientos hombres, i se avanzaron a las inmediaciones del pueblo; pero después se retiraron para sacarnos de nuestra posición. Mas conociendo sus intenciones i las superioridad que les daba su número i buenas cabalgaduras, no hice movimiento alguno sobre ellos. Volvieron i los batimos desde poco mas de la una hasta las seis i media en que se retiraron a una loma algo distante.

“Encontraron un refuerzo i volvieron con prisa hacia nosotros al anochecer. Mi tropa se mantuvo en la misma posición, hasta que con la oscuridad de la noche pude retirarme sin ser visto. Ellos también se retiraron. Amaneció el 25 i volvieron a venir sobre este pueblo a las 7 de la mañana. Algunas partidas que mandé les hicieron bastante estrago, se empeñaron algunos ataques parciales pero a la siesta se fueron para no volver mas hasta que venga refuerzo de Lima. Van muy asustados, i la muerte de Zapata les ha hecho mucha impresión, como también la de un casique (cuyo nombre ignoro), que es el de mayor nombre entre ellos.

“Su número de muertos i heridos no bajará de trescientos, segun las noticias contestes de los pasados. Van talando, quemando matando i arrasando todo cuanto encuentran. Sus jornadas son en proporción de sus muchos i buenos caballos, pues el mas pobre trae cuatro. Se llevan muchas mujeres i niños pequeños atados a las ancas de los caballos.

“Se me asegura que algunos cabecillas han marchado a la frontera i piensan hacer sus correrías a San Carlos. He mandado una fuerza en auxilio de aquel pueblo. Veremos si se duplcan los triunfos.”

(1) Relación de Saltarello, quien vió a Pico llorar amargamente cuando le anunciaron el desastroso fin de Zapata.

Con aquella batalla quedó cerrada la era sangrienta del famoso año de 1820, i era por su orden cronológico la sexta que se daba en los tres meses que habían corrido desde el Pangal i Tarpellanca hasta las de Cocharcas, Vegas de Talcahuano i Alameda de Concepcion, a cuyas últimas había sucedido solo con el intervalo de un mes.



CAPITULO XVI.

Verdadera misión del coronel Prieto en el sur.—Los emigrados de la Montaña.—Indulto jeneral.—Don Pablo San-Martin i el Macheteado.—Don Camilo Ler manda e intrigas que se fraguan por su conducto.—Carácter terrible de aquellas negociaciones.—Celada que se tiende a Pico i degüello de Lermandá.—Comienza la pacificación de los llanos.—Aventuras de Alejo Lagos i su rendicion.—Comunicaciones privadas del coronel Prieto en que detalla su plan de pacificación i sus resultados.—Eseasez de recursos en Chillán.—Pacificación de la Montaña i entrada de San-Martin en Chillan.—Fiestas públicas.—Juicio del comisario Castellon sobre el plan de Prieto.—Actos de barbarie sancionados.—Hambre i desnudez de la segunda division.—Falso favoritismo que se ha atribuido al director O'Higgins en favor de Prieto.—Aparecen los primeros síntomas de rivalidad entre los dos jefes del sur.—Prieto se niega a entregar su caballería veterana al jeneral Freire.—Comunicaciones de aquél en que manifiesta su disgusto por servir bajo sus órdenes.—Estalla su desavenencia.—Prieto insinúa vagamente la adhesión de Freire al bando de los Carreras i su ambición de sustituir a O'Higgins en el poder.—Fragmento de la correspondencia de aquellos dos jefes sobre las operaciones de Carrera i juicio sobre la supuesta alianza del último con Benavides.—Carta que éste le envia cuando ya aquél había muerto, proponiéndole su alianza.—Noble silencio de Freire.—Resuelve éste una entrada a la tierra.—El mayor Ibáñez.—Su campaña i retirada.—Sangriento combate de Lumaco.—El malalche de Venancio.—Guaydú.—Malones.—El sargento González.—Coihuepan viene a Nacimiento.—El jeneral Freire sale a campaña con toda su division.—Se pasa el guerrillero Canario i mas de doscientos parciales de Benavides.—Parla de Freire i Venancio en Nacimiento.—Marcha aquél sobre Arauco i se detiene a orillas del Carampangue.—Insensatez de esta resolución.—Juicio certero del coronel Prieto.—Presajios.

La batalla del río de Chillán no había tenido, como se habrá echado de ver, un resultado definitivo porque el coronel Prieto ni tenía fuerzas para hostilizar al enemigo en su retirada, ni era tampoco hombre de arrojarse sobre las lanzas de los indios, segun la usanza de ese tiempo entre los militares de alta fama.

Otro era el campo en que aquel funcionario estaba llamado a servir a su patria, i a la verdad con mas copioso fruto que los sableadores. Su plan de benignidad i de perdon, a la vez que de sagaz enerjía, iba a reaccionar completamente aquella guerra desoladora, i a llevarla a un fin mas rápido que el que hasta entonces le prometieran el cañon i el patíbulo.

El jeneral Freire, irritado hasta la exasperacion con los crímenes execrables de Benavides, habia hecho fusilar diez i nueve infelices, i hasta una mujer anciana al dia siguiente de su espléndido triunfo de la Alameda de Concepcion, i dos semanas mas tarde ya estaba pidiendo socorro contra Benavides que ajitaba en Santa Juana la tea de la venganza i de los incendios. Prieto, despues del combate del rio de Chillan, que no le dejó mas trofeo que el cadáver revolcado de Zapata, hizo todo lo contrario, avanzándose, al siguiente dia del encuentro, hasta promulgar bajo su sola responsabilidad un bando de indulto jeneral por el que se ofrecia a todos los realistas su vida i el seguro de su propiedad si abjuraban su causa en los siguientes quince dias.

Los resultados de aquella sagaz i oportuna medida iban a ser salvadores.

Desde 1818, segun lo hemos recordado en otras ocasiones, la Montaña de Chillan se habia hecho el refugio de todos los partidarios del rei, tanto de los honrados i sinceros como de los forajidos que poblaban los campos i las villas, desde el Maule al Itata. Llamábaseles comunmente *los emigrados de la Montaña* i su número aunque menor que el de los *emigrados de ultra-Biobio*, llegaba, segun un cómputo de la época, a cerca de tres mil (1).

Conspícuo entre los hombres de bien pero ilusos i atolondrados que habian tomado asilo en aquellas gargantas impenetrables, era un hacendado del Diguillin, llamado don Pablo San Martin, que hemos visto habia llegado hasta batirse contra Victoriano en algunos encuentros de la Montaña (enero de 1820); bien que por su índole fuera apacible i bondadoso, como

(1) Relacion de Castellon.

lo acreditaba su propio físico execivamente gordo i apoltronado (1).

Aquel buen hombre era entre los realistas emigrados por convicion, lo que los Pincheiras eran en esa misma época i en aquellos propios desfiladeros para los realistas que se llamaban tales, solo para vivir impunemente como asesinos i salteadores de camino. San-Martin considerábase a sí mismo una especie de patriarca que tenia bajo su influencia, segun el tesorero Castellon, una tribu de mas de mil adictos, i entre éstos se contaban ya algunos hombres de paz como el mismo San-Martin, ya algunos frailes de la propaganda de Chillan, ya, por ultimo, algunos activos capitanejos que no eran suficientemente perversos para alistarse bajo la bandera de los Pincheiras, cuyo campo se hallaba situado mas adentro de la cordillera.

Entre los secuaces de espada sobresalía un guerrillero llamado Francisco Rodríguez, mas conocido con el nombre de *Macheteado*, por las cicatrices que llevaba en su rostro, i de quien, dice uno de sus propios jefes, “que era hombre mui vivo, vaqueano, valiente i mui gritón para pelear” (2).

Entre los mas notables asilados en el campo de San-Martin contábase tambien un pacífico vecino de Concepcion, de noble familia, cuyo apellido era Lermunda.

Habia conocido a éste en años juveniles el tesorero don Juan Castellon, hijo tambien de Concepcion aunque de orígen frances, i que residia a la sazon en Chillan, ejerciendo para con el coronel Prieto el oficio de comisario jeneral de ejército, a la vez que de un consultor prudente i oficioso.

Por medio de este funcionario i de Lermunda, puso Prieto en juego sus manejos de reaccion en la Montaña, dando por base i garantia a aquellos el indulto referido.

Aprovechando la mediacion de unas primas de Lermunda que se comunicaban con la Montaña por medio de sus espías o los inquilinos de las haciendas inmediatas, propiedad casi

(1) Se nos ha asegurado que el actual coronel de granaderos a caballo don Alejo San Martin proviene de esta familia. Don Pablo se casó mas tarde con doña Candelaria Sotomayor, de la que hace mencion don Juan Egaña en su *Chileno consolidado*, que vive todavia disfrutando una pension anual de cien pesos por los servicios posteriores de su marido, a quien se hizo capitán de nuestro ejército.

(2) Zañartu, Relacion citada.

Siempre de realistas, hizo Prieto venir de incógnito a Lermenda, que era aficionado o patriota (1), i de acuerdo con él, convidió a San-Martin a que se acojiese al indulto, trayendo consigo a todos sus secuaces. Nada era mas del gusto del pacífico heredado del Diguillin, convertido a su pesar en montonero, que aquel partido, i lo aceptó de lleno. Mas como se hallaba rodeado de agentes de Pico i de Bocardo, que después del encuentro del río de Chillan se habían asilado en diversos puntos de la Montaña, temió dar un paso precipitado i solicitó se le dejase tiempo i sijilo para dispersar sus bandas i ganarse a los ubstdinados. Como prenda de su lealtad envió al coronel Prieto una carta que acababa de recibir de Pico anunciándole que meditaba un golpe de mano sobre Chillan, bajando por Tucapel, para cuyo evento él debía encontrarse preparado.

Don Camilo Lermenda i el Macheteado, que era uno de sus vecinos del Diguillin, iban a ser entretanto los mas eficaces auxiliares de San-Martin en aquella difícil tarea, i con tanto celo tomó el último el llenarla a su manera, que se ofreció a matar previamente a Pico para dar esta prueba de adhesión antes de presentarse a la patria. De suerte, que si el uno daba una epístola en garantía anticipada, el otro ofrecía una cabeza! Tales eran las señales características del tiempo! (2)

Estorbó, empero, el prudente San-Martin, aquel cruel arrebató, aunque no tuvo igual fortuna para salvar a Lermenda, a quien algunos de los refugiados, sospechosos de que andaba en tratos con el enemigo, degollaron una noche en su rancho, sorprendiéndole dormido. Por un raro acaso, el cuchillo de los asesinos había sido empleado en la parte posterior del cuello, de suerte que aunque moribundo, el infeliz ajento

(1) Los Lermenda eran dos, don Jacinto, que fué siempre goðo i don Camilo, que es el de que se trata. El último era casado con una señora Pantoja de Chillan.

(2) «El Macheteado Rodríguez, dice el coronel Prieto al Director con fecha 4 de enero de 1821, iba ya resuelto a matar al infame Pico. Todos bendicen la jenerosidad de V. E. por el indulto concedido; todos aseguran que ya no reinarán los godos; i por fin, todo nos anuncia el reposo de estos pueblos.»

Parecerá este lenguaje extraño en un jefe de nuestro ejercito, pero tal era la usanza de aquellos terribles tiempos, como lo recordamos ya en el caso del asesinato por los hermanos Roa en 1819 con el objeto de obtener la libertad de su padre, ofrecida oficialmente por el general Freire.

Los siguientes párrafos de la correspondencia íntima del coronel Prieto confirmarán este juicio.

pudo ser conducido a Chillan, donde los cuidados de Prieto le salvaron, viviendo despues muchos años (1).

Este hecho estaba demostrando cuán delicada era la empresa que acometia el coronel Prieto en la Montaña realista de la eternamente goda comarca de Chillan.

Entretanto, por los llanos comenzaban a arrojar sus armas i a ofrecer secretamente sus servicios, muchos de los caudilleros a quienes el mismo Pico encargaba de escusiones atrevidas para proporcionarle noticias, víveres i otros recursos de que carecia dentro de sus breñas. Fué uno de los primeros en desertarse a escondidas aquel famoso Alejo Lagos, que por un asunto de amor se habia hecho realista i guerrillero en las comarcas del Itata, desde que comenzó la guerra de partidas en 1819. Habiase enamorado aquel rudo campesino, natural de la hacienda de Cucha-Cucha, de una joven bella i rica, para su estado, vecina del lugarejo de Huechupin, donde su padre, de apellido Arias, era patriota como lo era Lagos; mas como el último fuese pobre, el padre de la niña nególe su mano. Por el desaire, el novio se tornó enemigo i quitó la niña a título de botín. La empresa, por lo demas, no era difícil, pues mas tarde se la quitó a él el mismo Benavides.

Mas ahora, como ya estaba casado, el veleidoso Lagos, de-

Hablando del envio de un espía al campo enemigo desde su cuartel jeneral de Talca, decia al Director con fecha 14 de noviembre de 1820, lo siguiente:

“Tengo igualmente mandado un espía al ejercito de Benavides, que no se puede mejorar, al cual le tengo *asegurada su familia*, siendo de la confianza de ellos i soldado de sus lejiones. Va encargado de seducir la tropa nuestra que han incorporado i ver si con algunos de ellos le queman el repuesto de municiones, le roban los caballos i se pasan con ellos a Freire o en alguna accion *aseguran a Benavides o a Pico, pegándoles un balazo*. Tambien espero un resultado feliz de éste que va mui entusiasmado *a ser ríos*, como le he prometido, si logra alguna de las cosas prevenidas. Le digo a V. E. que para una *diablura* de éstas, mejor no se podria encontrar ninguno, i con la *fianza de una mujer i seis hijos que quiere mucho*.”

Hablando mas tarde (febrero 3 de 1821) de algunos pasados de la Montaña, el mismo jefe se expresaba como sigue:

“Algunos de estos mismos están interesados en que tomemos a Pico, que se halla en las Lomas de San Vicente. Me han dado aviso que están cooperando a realizar la trampa que he armado a aquel bandido. Mui luego puede ser que anuncie a V. E. este triunfo, si no sufren algun trastorno inesperado mis disposiciones.”

Pico se salvó, sin embargo, de la celada que le había armado el coronel Prieto enviando tropas a Tucapel para que le tomasen a su paso, porque de ello tuvo aquel oportuno aviso.

(1) Datos comunicados por los señores don Gonzalo i don Manuel Gazmuri, de Chillan.

jó de ser realista i de acuerdo con el coronel Prieto se hizo prender en su cama. Se le condujo a Chillan, i allí diósele en el acto una partida de desertores, como él, para ganarse partido entre la gente de su parcialidad (1).

Con estos arbitrios iba ganándose lentamente al coronel Prieto todos los partidos que estaban bajo su jurisdicción, i cada día se encontraba más satisfecho de su obra.

“Dignese U.S. creerme, escribia a O’Higgins al comenzar el año de 1821, que a mi juicio este es el medio de reducir estos infelices alucinados. Perdonar a los rendidos i castigar severamente a los que se pillen resistentes, es el mejor recurso para darles a conocer la jenerosidad i justicia al mismo tiempo. Así ha sucedido en estos días i he observado sus buenos efectos. Mientras que muchos iban alegres a su casa con su documento de resguardo, hice caminar al patíbulo tres satélites del vandalaje que se pillaron i merecían aquella pena.

“Es un engaño, señor, añadia el cuerdo mandatario, creerse que todo se allana con fusilar i matar. Exaltados como se hallan los bandidos, huyen a las montañas i no nos dejan el gusto de verlos siquiera i mucho menos de perseguirlos. Si alguno por casualidad se pilla, se presenta con la mayor serenidad al castigo, i así no hacemos sino aumentar el número de los errantes i fujitivos.

“Yo quisiera que muchos de los que apoyan el horror i la muerte, viniesen a poner aquí en ejecucion sus proyectos. Sin duda que quedarian sin el éxito que se prometen en sus cálculos.

“Lo cierto es, señor, continuaba, que ya se observa entre estos vecinos un aire de confianza i alegría que ántes no aparecía en ninguno. A mi llegada a estos lugares todo era miedo, horror i tristeza. Hoy ya se va aumentando el número de los patriotas. Ya vuelan a comunicar noticias, que ántes andaban por alambique, i por último, ya se oye generalmente en sus bocas una confession alegre de la liberalidad de la patria.

(1) Datos del coronel Zañartu, que fué encargado de aprehender a Lagos.

“Estoi aguardando, decia en esta misma ocasion el jefe de Chillan, con probabilidad a los Lágos, i Chávez caerá mui luego en nuestras manos. Toda su guerrilla se ha presentado pidiendo perdon. Algunas armas tambien me traen los que se vienen a nosotros, i en fin hemos desarmado con sagacidad a estos venados montañeses, que no es poca felicidad.

“Pero es preciso, decia en conclusion, que US. apruebe mis pasos i se sostengan. Yo publiqué a nombre del gobierno el indulto que ha producido estas ventajas. Empeñé la palabra de US. i la mia, i es de necesidad cumplirlas. No por eso me descuido. Velo i espío sus operaciones, para evitar cualquiera intriga, i a todos les hago entender que a la menor novedad será castigado severamente el que faltare. La política exige por ahora este paso. Sus operaciones sucesivas dictarán tambien nuestras medidas. Pero lo cierto es que ellos han perdido ya mucho la opinion entre estas jentes. Ya los temen, los huyen i los venden. Todo prueba la pronta quietud de nuestro suelo. ¡Quiera el cielo no haya alguna ocurrencia que la perturbe!” (1).

Los frutos de aquella novedad radical introducida en nuestra guerra maravillaban a su propio autor, i veia éste extinguirse tan insensiblemente el hábito i la tarea de la matanza que podia dar ya por terminada su campaña, pues hasta los mas obstinados frailes, de la propaganda habian cambiado la lanza por la cruz del arrepentimiento, i con ella en las manos bajaban a entregarse (2).

(1) «Acá todo sigue mui bien, escribia el mismo Prieto al mayor Picarte el 20 de enero de 1821, ganando siempre algo con estas jentes, unos a bala i los mas con politica, pero sin perderlos de vista..»

Con esta misma fecha Prieto hablaba extensamente de la miseria que experimentaba Chillan. A consecuencia de haber enviado a Picarte doscientos pesos, le pedía recibo de doscientos cuatro, pues el sargento conductor le había pedido cuatro pesos i se los había dado “por vergüenza de decirle que no había.”

“No puede Ud. figurarse, añadia en esta misma carta, cuánto siento no poder auxiliar a Ud. cuando me pide algo. Quisiera que vierá Ud. nuestro estado. No parece que recién saliéramos a campaña, sino que ésta fuera ya muy larga, segun el estado de derrota i escasez en que nos hallamos, merced a lo poco que sacamos a nuestra precipitada salida, i las circunstancias en que se hallaba el país con los aprestos cuantiosos de la expedicion libertadora del Perú que nos dejó secos por mucho tiempo. Lo mismo que Ud. me pide ahora i algunas otras cosas tengo pedidas a Santiago, pero no llegan sino solo buenas noticias.” — (Papeles privados del coronel Picarte).

(2) Fueron notorios entre éstos el padre frai Marcos Ramírez, de gran opinion, i el lego Patricio Aranda, que acaso es el mismo que perdió el caballo en uno de los encuentros de que habla Victoriano. Prieto aprovechó inmediatamente

"Aquí, volvia a escribir el coronel Prieto al Director en carta particular el 18 de febrero, anunciándole las fiestas cívicas que habian tenido lugar el dia 12 de aquel mes, (que era entonces i lo fué hasta el tiempo de Portales nuestro diez i ocho nacional), aquí hemos celebrado el aniversario político dè un modo pomposo. Hubo su funcion de iglesia mui completa. Su iluminacion por tres noches consecutivas, salvas, cantos, reuniones familiares i divertidas, juegos de rueda i bolas en la plaza i una alegría jeneral. Los vecinos de este pueblo decían jeneralmente que no tenian estos placeres mucho tiempo há.

"Completó nuestra función la llegada de don Pablo San Martín, hombre de mucho séquito entre los enemigos i bastante racional, i la del Macheteado Rodríguez, Séguel i sus partidas. Fuérón recibidos entre vivas, se les ausilió para que se divirtieran, i brindaron i cantaron himnos a la patria en unión nuestra. Asistieron a las funciones públicas i observaron todos los patriotas una emulacion lisonjera en agradarlos, correspondiendo ellos con la mayor confianza. Han jurado verter la última gota de sangre por la patria, i ya han principiado sus ensayos. Ellós mismos andaban en la Montaña persiguiendo a los que ayer eran sus camaradas. De suerte que cada vez mas se van reanimando mis esperanzas dè ver pacificada nuestra provincia."

Hacía ya muchos años a que Chillán no presenciaba aquellas fiestas ni sentia tales regocijos. Era todo aquello, empero, no el fruto de una victoria sino de la clemencia i la sagacidad. Del fiero Victoriano al afable Prieto había un abismo en el que iba sepultándose paso a paso el fantasma horrible de la guerra a muerte.

"Fue fuera de toda hipérbole, dice el comisario Castellon, hablando de la reacción operada por la política del coronel Prieto en Chillán, la transformacion de la gran multitud de hombres tan corrompidos i manchados de horrorosos crímenes. Un cuarto dè hora dè conferencia i examen del jeneral,

- la operación de aquéllos sacerdotes, enviando el padre Rodríguez a ganar proselitos a la patria entre los arrepentidos de Trilaleu i al mocho Aranda con igual objeto a los partidos de la Alta Frontera.

bastaba para ganarlos. Tenia el don de inspirarles confianza, de hacerse amar i respetar. La campaña, que pocos dias ántes era asolada por ellos, entró a ser custodiada por los mismos. Los propios comandantes de partida fueron nombrados jueces de algunos distritos, i se obligaron a guardar i responder de la conducta de los mismos que ántes robaban bajo sus órdenes” (1).

Pestos distinguidos servicios del jefe de la segunda division deben considerarse tanto mas meritorios, cuanto que eran únicamente el fruto de su vijilancia, de su ingenio i sobre todo de su propio dictado, porque ya hemos visto que habia desobedecido las crueles i absurdas instrucciones que le habian enviado de Santiago, i atrevíose aun, bajo su propia responsabilidad, al otorgamiento de un perdón incondicional ofrecido en nombre de la autoridad suprema.

Pero lo que coloca todavía a mayor altura los méritos de aquel jefe, que acreditara entonces sus cualidades distinguidas de mando, fué el que los llevara a cabo en medio de la mas espantosa e irremediable penuria, sin recibir, desde que habia salido de la capital, recursos de ningun jénero (2).

(1) No todo era, empero, clemencia. Ya hemos visto como el coronel Prieto entendia la misión de los espías en el campo enemigo, i como sabia firmar con una mano un indulto i con la otra una sentencia de muerte. Recuérdase todavía no sin horror la matanza a sable de catorce montoneros, a quienes, segun Castellon, denunció como contumaces, uno de sus propios camaradas. i sin mas que esta asveración, fueron sorprendidos i sableados sirviendo de guia el mismo que los habia traicionado, hecho villano, que, sin embargo, el tesorero que lo refiere, llama por una impresión característica del tiempo, “súbita inflamación del espíritu republicano.”

El mismo Castellon refiere en estos sencillos términos la táctica adoptada por el coronel Prieto de hacer que los mismos pasaportes del enemigo se esterminasen entre si.

“Si entre ellos, dice, se desviaba alguno de su deber, le daban luego de baja esto es, lo hachaban; i cuando se les preguntaba por su paradero, decían que lo habian enviado con cartas o en comisión i que no habia vuelto porque era un pícaro, godo, traidor, etc. De los despachados con esta clase de pasaportes se recuerdan dos con los nombres de Chonchon i Trilaleu.”

Todo esto se consideraba, como natural i consuetudinario en aquellos horribles tiempos!

(2) Los dos fragmentos siguientes de comunicaciones privadas del coronel Prieto al director O’Higgins, que comprenden el período exacto de un trimestre, pintarán la tristísima posición en que se encontraba la segunda división en los tres primeros meses de 1821, a saber:

“Chillan, enero 5 de 1821.—No es menos perjudicial la falta de víveres en que me hallo. Ayer mismo se acabó el único resto que había de harinas, i de aquí a tres días no hai una vaca de que echar mano. Estoy pensando qué arbitrio tomar para dar de comer a las tropas i solo consigo aflicciones con mis discursos. Está el país tan arruinado que no presenta el menor recurso. Sus campos son el teatro de la desolación i sus habitantes han quedado reducidos a

Su situación en este sentido era tan desesperante como la que hemos visto atravesaba hacia ya dos años el jeneral en jefe del ejército del sur, sin que le valieran sus clamores ni sus amanazas, sus viajes a la capital ni sus renuncias.

Han padecido, pues, hasta aquí grave engaño los que, juzgando por el decenlace de los acontecimientos, han atribuido al ánimo, casi siempre levantado del jeneral O'Higgins, el plan solapado de hacer surjir al coronel Prieto como un rival que socabara la creciente popularidad del héroe de Talcahuano i de la Alameda de Concepcion, intriga odiosa que consistía en sacrificar los destinos de Chile a una mezquina cabala de partido.

No absolvemos por esto al gobierno directorial de todo cargo, pues hubo en su seno, a no dudarlo, consejeros astutos que lo fueron despues del mismo Prieto, cuando alzado dos veces con las armas, quitó el poder lejítimo a su émulo. A fin de no anticipar mas tristes tiempos, cumplos, por ahora, solo el penoso deber de revelar el oríjen de aquella triste i honda division, de la que no seremos jueces sino desapasionados espositores.

Ignoramos cuáles fueron las relaciones personales de los dos jefes de las divisiones del sur ántes de que el encargado de conducir la segunda en auxilio de la que sé hallaba encerrada en Talcahuano se hubiese puesto en marcha de la capital. Pero la disparidad de antecedentes, de índole, de educación, de aspiraciones talvez, de que ántes hemos dado ya noticia,

la miseria. ¡Vea, pues, V. E., cuál es mi situación! Sin dinero para socorrer la gente i sin víveres para darles de comer, teniendo que destacarlos diariamente, hacerlos tras. ochar i pasar por un sin número de incomodidades. Ellos mismos conocen la diferencia que tienen en sus asistencias de las que tenian en Santiago.—Díguese V. E. procurar el remedio tan preciso i conveniente.—Joaquin Prieto."

"Chillan abril 4 de 1821.—Nuestra miseria llega ya al último estremo. Da lástima ver a los soldados. Los oficiales i aun los jefes tienen que pasar de continuo por el bochorno de empeñar sus relojes para comer, i yo sin poder remediar estas degradaciones. La tropa desnuda, sin socorro i manteniéndose las mas veces con frangollo. Figúrese V. E. cómo podrá permanecer! Así es que no se cortan las deserciones, i en adelante serán mayores los males, si V. E. no se digna dispensarles su protección. Espero, pues, que atendiendo a mis súplicas, procure V. E. se remitan algunos auxilios de numerario, pues hasta la fecha nada ha venido. Tambien se dignará hacer vengan monturas, i algunos útiles de maestranza que tengo pedidos, para ponerme en estado de defensa, montando la infantería en un caso preciso. Las cabalgaduras que me han quedado están tan maltratadas que para su reposicion ha sido preciso mandarlos a Longaví, porque aquí no hai en donde. Pero el tiempo se avanza i su falta no puede suplirse sino con alguna remesa.—Joaquin Prieto."

era natural que les trajese alejados. En cuanto a la jerarquía militar i al mando inmediato de las fuerzas, el coronel Prieto venia, como hemos dicho, subordinado al mariscal Freire, que era el jeneral en jefe del ejército del sur.

No cuadró indudablemente esta preferencia al ánimo prevenido del coronel Prieto, porque desde sus primeros pasos, aun antes de llegar a su cuartel jeneral de Chillan, ya habia dado evidentes muestras de desconcierto. Habia sido la mas marcada de aquellas su desobediencia a la órden del jeneral en jefe para enviarle la caballería veterana de su divison, auxilio que aquel exigió al siguiente dia de su triunfo de Concepcion, el 27 de noviembre, con el objeto de entrar inmediatamente a la Araucanía i esterminar al enemigo.

Fué por esto, segun ántes dijimos, que Freire deseando dar pruebas de magnánima prudencia que ahogasen al nacer aquellas funestas querellas, se habia limitado a pedir el concurso de las milicias de Cauquén i del Itata, cuando supo que Benavides, despues de su farsa de armisticio, se encontraba en Santa Juana, preparándose para pasar de nuevo el Biobio. Pudo ser prudente la negativa del coronel Prieto en aquella coyuntura, i a la verdad que vino a dar razon de ella el furioso golpe de indios i montoneros que llevaron Pico i Toriano a Chillan el 24 de diciembre, con el objeto de reducirlo a cenizas. Mas, de todos modos, aquel acto revelaba una prematura mala voluntad a la que el gobierno de Santiago puso atajo, ordenando de una manera perentoria a Prieto pusiese su caballería a la disposicion del jeneral en jefe (1), como lo hizo inmediatamente despues del combate del rio Chillan i del alejamiento del enemigo.

Parece, sin embargo, que el propio mal éxito de aquella primera i abierta insubordinacion, irritó el ánimo susceptible del coronel Prieto, pues observamos en su correspondencia privada con el Director, que apénas se habia instalado en Chillan, cuando comenzaba a sentirse impaciente i disgustado de su forzada sumision a la voluntad superior del intendente de la provincia i jeneral en jefe del ejército. "Con la depen-

(1) Oficio del ministro de la guerra Zenteno del 7 de diciembre de 1820:

dencia del mariscal Freire, decia confidencialmente al Director el 18 de diciembre una semana despues de su llegada a Chillan, me hallo ligado en un todo, en un pais que solo reconoce a aquel jefe. Recibo partes i necesito otras tantas consultas."

En esa misma carta insinuaba vagamente el jefe de la segunda division los peligros que podrian nacer para el gobierno directorial de la circunstancia de existir en el ejercito de Concepcion varios oficiales adictos a la faccion carrerina, como Manuel Jordan, el comandante Manzano, el coronel Merino, los Novoa, los Serranos, parientes de Freire, i otras familias que se mantenian fieles a la causa del hombre ilustre i desgraciado que a la sazon buscaba el rumbo perdido de la patria seguido de las terribles huestes de las Pampas (1).

(1) No corresponde a este lugar ni a este trabajo historico la relacion de las operaciones de esa otra guerra a muerte que sostenia el ilustre cuanto desgraciado Carrera en el otro lado de los Andes i que termino con su suplicio en Mendoza el 4 de setiembre de 1821. Ya hemos llenado esta tarea, como mejor nos fué posible en otra obra, ademas de que el señor Amunátegui don Miguel, ha hecho de esas épocas un cuadro lleno de animacion i de fidelidad en su *Dictadura de O'Higgins*. Nos limitamos, en consecuencia, únicamente a reproducir algunos pasajes de la correspondencia inedita de los generales Freire i Prieto desde 1819 a 1821 con el Director. En ellos se descubrirán las diversas faces bajo que se iba presentando la campaña de ultra-cordillera respecto del ejercito del sur, i d. la ventaja política o personal que por uno de esos jefes se pretendia sacar de aquellos sucesos, en menoseabo de la importancia del otro.

Aquellos breves fragmentos dicen asi:

"(EL GENERAL FREIRE AL DIRECTOR).—Concepcion, agosto 14 de 1819.—Ya he dado principio a la limpia de los partidarios de Carrera. Ud. sabrá ponerlos donde no se hagan ilusiones nuestras miras, hasta tanto logramos la aprehension de aquel malvado (Carrera). Novoa i los dos Martinez no deben volver por acá. El primero es el oráculo de todos los de esta maldita faccion. El estaba de mi ayudante i vivia en mi casa. Yo, donde encuentre el delito lo castigare, pues no tengo mas interés que la salud de la patria."

"(DEL MISMO AL MISMO).—Concepcion, diciembre 20 de 1820.—No sé qué desgracia, carísimo amigo, acompaña a este pais para no poderse ver enteramente libre de enemigos! Mis mejores planes i medidas se han trastornado muchas veces por falta de recursos; mas en el dia que contaba con fuerzas bastantes, para escarmentar a los indios, permaneciendo en la frontera dos o tres meses, nos llama la atencion por la cordillera el desnaturalizado Carrera, según me dice Ud. en su apreciable de 12 del actual.

"Pero nos hallamos, amigo mio, en el caso de no poder atender a los boquetes, especialmente al de Linéres, desmembrando las fuerzas de la division del coronel Prieto, porque el enemigo ha reunido cerca de Tucapel 800 hombres de caballería i es preciso marchar sobre ellos. Así se lo he prevenido a Prieto, encargándole que active sus movimientos a fin de quedar espeditos para atender a la cordillera.

"Si dentro de 15 dias no asoma Carrera, nosotros nos habremos desembarazado en mucha parte de los enemigos, i será infalible su ruina si se interna a la provincia. Tengo datos positivos (1) de que procede de acuerdo con Benavides, asegurándose la amistad de éste, que Zapata había recibido correspondencia de Goyeneche para su marido, uno o dos días antes de la acción del 27, según se lo oyó decir hablando reservadamente con Pico."

"(DEL CORONEL PRIETO AL DIRECTOR).—Chillan, diciembre 18 de 1820.—No podria venir en peor tiempo para nosotros el perdedor Carrera que el presente:

Al dia siguiente (tal era su impaciencia i la prueba de que aquel resentimiento venia de antiguo!) ya el coronel Prieto tiraba mas abajo el embozo i escribia (diciembre 19 de 1820) como sigue:

“A veces no podré obrar como descara, en fuerza de mi dependencia del señor Freire. Este es mui bueno i honrado: mas temo qu su secretario (1) lo tenga dispuesto en mi contra, por sujestiones de su hermano el gobernador de Cauquén. Tengo para ello algunos antecedentes, i hoi se aumentan mis sos-

porque siendo algo moderada mi fuerza i sabiendo que en Yumbel se está reuniendo un número considerable de bandidos e indios alzaprimados por Benavides, me hallo en algunos ahogos para desmembrarla i cubrir con ellos los boquetes de la cordillera, que no pueden de otro modo custodiarse por el terror que tienen a los enemigos los habitantes de estos países i por la confianza que debe haber en aquellos partidos.

“En Concepcion hai una porcion de secuaces del perido Carrera. Don Pedro Maria Manzano i hermanos, los Serranos, los Victorianos, las familias de los Noveas i otros. He insinuado al señor Freire en jeneral que convendria la separacion de todo partidario. Pero, señor, ya sabe V. E. que el intendente es mui bueno i honrado, i me temo lo estén engañando i abusando de su bondad, tanto mas, cuando a voces publican, los Serranos por todos los ángulos de esta provincia que el mariscal Freire va en breve a ser Director, cuyo empleo está, segun ellos dicen, destinado para éste, Borgoño i no sé que otro que no me supieron nombrar.”

En cuanto a la connivencia entre Carrera i Benavides que este calumnioso forajido se empeñó en hacer creer, primero en sus proclamas destinadas a engañar a sus secuaces, i despues en su proceso, porque sabia que ese jénero de mentiras seria grato a sus jueces i podía atraerle algun favor, es una pura fábula, como la que hemos contado de la toma de Buenos-Aires por el ejército del rei en 1819 i la ocupacion de Santiago, or Artigas i el mismo Carrera en 1820. La razon de esto está no solo en la carencia misma de datos para confirmar esas aseveraciones, sino en que Carrera nunca operó por el sur de las Pampas en dirección a las cordilleras, sino que, al contrario, siempre trajo rumbo al norte, amenazando pasar por Coquimbo, como que al acercarse a San Juan fué definitivamente derrotado. Fuera de esto, los datos que se comunicaban del sur i que se tenian como fidedignos para comprobar la complicidad de Carrera con Benavides (asunto de vital interes político en esa malhadada época de sangrientas discordias), son o las vulgares proclamas del bandido, o noticias como las que comunicaba en abril de 1821 el coronel Prieto, diciendo que habian pasado por los valles de los pehuenches tres prisioneros de Maipo, los que no podian ser sino emisarios de Carrera, o, por ultimo, como lo que declaró el italiano Mayneri en el proceso de Benavides sobre que poco antes de la fuga de éste de Arauco en enero de 1822 habia llegado tres empellejados que debian ser tambien emisarios de Carrera, aunque tambien lo podian ser del otro mundo, pues aquel ya estaba muerto desde el 4 de setiembre como hemos dicho. El único documento que en nuestro concepto no es apócrifo de los relativos a la alianza de Carrera i Benavides, es la carta que éste le escribió en julio de 1821 con el oficial don Pedro Garreton proponiéndole dicha alianza, i en ella para nada se refiere a comunicaciones anteriores de aquél, contentándose con mentir de una manera estupenda respecto de los recursos que ponía a su disposicion. En el Apéndice número 9 publicamos esa carta credencial, no haciéndola con la proclama apócrifa en que Benavides habla de su alianza con Carrera por haberla dado ya a los el señor Barrios Arana en su folleto citado.

La carta de Benavides a Carrera no tiene fecha, pero es del mes de julio o agosto de 1821.

(1) El coronel don Santiago Fernández, mas tarde ministro de la guerra.

pechas con la dureza de las comunicaciones que me dirige aquel señor intendente. *Un subalterno el menor no recibiria órdenes mas precisas, lacónicas, sérias i tan poco análogas a mi carácter i a la moderacion de mis oficios.*"

Un mes despues era ya completamente esplícito, i el escondido veneno venia a la pluma junto con la tinta. "Los carre-rinos, decia con consumada diplomacia el jefe de la segunda division al Director el 15 de enero de 1821, que no pierden momentos de dividir los ánimos i que abundan con estremo en Concepcion i tienen aquel pueblo i muchas de las tropas, sino todas, *dispuestas en contra de esta division*, vociferan a gritos que hemos sido los mas indolentes, que no los auxiliamos cuando se hallaban sitiados, que solo despues de pasado el riesgo fuimos capaces de adelantar nuestras jornadas. Se motejan todas nuestras operaciones. Se llegó a dudar de la muerte de Zapata, apesar del parte que dí, i cuando ya no habia como oscurecer esta noticia, se aseguraba en público por oficiales de graduacion que solo la casualidad habia hecho ponerle el lazo a aquel bandido, a causa de haberse él metido hasta nuestras trincheras. En fin, todo es apocarnos, todo es minorar nuestras medidas i aumentar el espíritu de separacion. Llega esto a tal estremo que mandando yo a un oficial con oficios a aquel pueblo, se le aconsejó no recordarse para nada a esta division, si no queria sufrir mortificacion alguna, siendo el señor asesor (1) el que daba este consejo. Se ha hecho entender que yo traia un ejército capaz de batir al de Jerjes, se tiene a mal que haya permanecido aquí el comisario (2); i preguntado el mismo asesor por el mismo oficial qué pensaba el señor Freire, ¿si haria reunir esta fuerza con la suya? le contestó abiertamente aquel que el señor jeneral ni lo pensaba ni nosotros debiamos descararlo. Vea, pues, V. E. qué ideas tan ventajosas hai allí con respecto a esta segunda division que no ha dejado de ser útil. Protesto a V. E. que estas noticias no dejan de mortificarme" (3).

(1) El doctor don José Gabriel Palma, actualmente juez decano de la Corte Suprema.

(2) El tesorero don Juan Castellon, que varias veces hemos citado.

(3) Poco mas tarde, cuando en febrero de 1821 supo el coronel Prieto que el jeneral en jefe habia entrado personalmente en activa campaña al territorio

Ahora, respecto de la reciprocidad del jeneral Freire en estos tristes manejos, solo cumple a nuestra imparcialidad de espositores de hechos i de documentos, el hacer una simple pero elocuente declaracion; i es la de que en la correspondencia del jeneral Freire con el i Director, contemporánea de la de Prieto i casi tan voluminosa como la de este último, jamas se menciona el nombre del jefe de la segunda division auxiliar, si no es en alguna rara ocasion i tratándose únicamente de combinaciones militares, nunca de las de política, ménos de las de la cabala (1).

Tiempo es ya, sin embargo, de dar punto a estas melancólicas revelaciones, signo evidente de que decaia el patriotismo de los fundadores de la República i comenzaban a asomar de debajo de la tierra, empapada todavía de sangre, las cien cabezas de la discordia herizadas de serpientes.

Hemos dejado al jeneral Freire, despues de su triunfo de Concepcion i de su mal acordada negociacion de armisticio preocupado de contener a Benavides cuando presentábase éste amenazante en Santa Juana, preparando a mediados de

araucano, despues de haber segregado de la division de su mando sus mejores i mas útiles tropas, (cuales eran las de caballería, tomando en consideracion su difícil situacion estratégica en la abierta i desguarnecida Chillan), daba salida a sus temores i a su fino sarcasmo de la manera siguiente: «Muchos enemigos (decia el 5 de marzo) se han refugiado a este punto huyendo del jeneral Freire, que se haya al otro lado i ahora era la mejor oportunidad, si aquel jefe no se hubiese llevado los cazadores, húsares i los mejores dragones con cabalgaduras de respuesta, dejándome a mí con la poca infantería, dos piezas de artillería i unos reclutas dragones sin monturas, desnudos i a pié. Creame V. E que si no fuese el empeño de los presentados, i las partidas voluntarias, tendria el dolor de mirar las corrieras de los enemigos, sin poderlas impedir. Sin embargo, veremos si a fuerza de cábulas seguimos sosteniendo la opinion i concluimos la obra. En esto estoi empeñado, pero de nada sirven los deseos, sin recursos para obrar, i cuando yo aqui me hallo sin la menor representacion, porque en lo militar dispone el jeneral i en lo político no tengo facultades. Soi un jefe insignificante i solo por complacer a V. E. i no ver desaparecer en un momento las ventajas que se han logrado, me resigno a vivir en esta inaccion tan contraria a mi jenio i al bien jeneral del pais.

(1) Segun ántes lo insinuamos, el coronel Prieto habia roto tambien desgraciadamente con su mejor jefe, el comandante de dragones don Domingo Torres, desde el principio de la campaña. En vano, sin embargo, se esforzaba el primero en pintar al Director con los mas negros colores la insubordinacion e indisciplina que tenia el cuerpo del ultimo, i la altaneria personal que aquel empleaba con él. El gobierno no parecia hacer mucho caso de estas quejas. Mas, allá por el 11 de abril de 1821, cuando Carrera se aproximaba a Mendoza, ocurriósele a Prieto escribir que abrigaba sospechas de que Torres fuese aficionado a *carrettino*. Entonces fué diferente, porque encontramos una carta de Prieto a O'Higgins, fecha 9 de mayo, dándole las gracias por haber llamado a la capital a aquel oficial. ¡Tales eran los tiempos!

diciembre la invasion bárbara que Pico, Bocardo i Zapata llevaron con poco éxito a Chillan el 24 de aquel mes.

Disipada esta súbita tormenta a orillas del río de Chillan, i dispersadas en la Montaña aquellas huestes, el jeneral en jefe del ejército de operaciones se propuso llevar inmediatamente a cabo su antiguo i favorito pensamiento de conducir la guerra al corazón de la Araucanía, a fin de castigar de una manera terrible a los *llanistas* de Mariluan, que habían sido los principales auxiliares en la reciente excursion sobre Chillan, i volver en seguida a infijir igual escarmiento a los indios *costinos*, donde todavía se asilaba impune Benavides.

Con este objeto dió órdenes terminantes al coronel Prieto a fin de que sin pérdida de momentos le enviase toda su caballería veterana; i luego que ésta hubo llegado, despachó al sargento mayor don Francisco Ibáñez, con trescientos soldados bien montados, a fin de que internándose resueltamente en la Araucanía llegase, si era posible, hasta el inaccesible *malal* de Venancio, situado veinte leguas al sur de las lagunas de Lumaco. Desde aquí aquel jefe debía operar con todas sus indias desde luego contra Mariluan, cacique de Collico, contra Catrileu señor de Puren, en seguida, i sus aliados de Boroa, Tolten i la Imperial. El mismo Venancio había solicitado aquel auxilio por medio de una embajada de diez i nueve mocetones acudiados por Lencapí, que llegó ocultamente a Talcahuano cuando Freire acababa de encerrarse, los mismos que ayudaron valientemente a sostener el sitio con sus lanzas.

Era el mayor Ibáñez una última reliquia de aquel valiente cuanto infortunado escuadron de *dragones de la Patria* que O'Carrol i Acosta habían organizado en Curicó a fines de 1819 i del que, al terminar el sangriento año veinte, no quedaban sino cuarenta soldados, por lo que fué preciso disolver el cuerpo e incorporarlo en el de la misma denominación que había raido el comandante Torres de la capital (1).

(1) El antiguo escuadron de O'Carrol se llamaba, según se recordará, —*Dragones de la patria*. El de Torres tenía el nombre de *Dragones de la libertad*. Al reunirse ahora ambos en uno (diciembre de 1820) tomaron el título de *Dragones de la república*.

Tal era el lujo de nuestros nombres militares en esa época! Todo lo que queda ahora de ese fastuo es de una letra mayúscula añadida al número de orden de uno de nuestros batallones.

Ibáñez había ascendido desde soldado. Por su bravura en el Membrillar, en cuyo parte oficial lo recomienda Mackenna, lo hicieron sargento; i por su heroismo en Rancagua, donde en compañía de Maruri enlazó un cañon, lo elevaron a oficial.

Sirvió despues en todas nuestras batallas; i de las cargas que dió en Maipo sacó sus charreteras de capitán. Había venido ahora con O'Carrol, i habiendo retirádose Acosta con licencia, cúpole la honra i el dolor de entregar a su nuevo jefe la bandera de su cuerpo, cuyos crespones señalaban sus propias glorias.

Aquel soldado, hijo del pueblo, era en nuestra caballería lo que el coronel Picarte, fuera como artillero, pero sin poseer su noble intelijencia ni su heróica constancia de principios; i de aquí vino que miéntras el uno se moria de hambre en el olvido, el otro, vencedor en Lircay, se sentaba como presidente del ominoso consejo fraguado por Irisarri que tiñó de sangre inocente la plaza de Curicó en 1836 i de luto su propio nombre, reducido al de instrumento de ajena iniquidad.

En alas de su varonil depuesto partió, pues, Ibáñez a su difícil cruzada el 28 de diciembre de 1820, i en los primeros días de enero del año subsiguiente, comenzó a internarse tierra adentro, recordando por la audacia i el corto número de su columna, aquellas cuadrillas cubiertas de acero con que los primeros conquistadores, cantados por Ercilla, acometían sus empresas.

La hueste de Ibáñez era a la verdad conducida por los mas valerosos soldados de caballería que militaban en la frontera. A mas de aquel bizarro jefe iban a cargo de los dragones el capitán Noalles, natural de Buenos-Aires, hombre de un valor intrépido i sereno i el teniente don José Silva, el mismo que azuzara la carga de los indios de Quilapí en las vegas de Talcahuaño i a quien por su pequeño, pero airoso porte, sus soldados llamaban por apodo *Napoleon*.—Los cazadores marchaban a las órdenes de don Luis Ríos. Salazar llevaba su terrible, guerrilla. Por ultimo, la compañía de plaza de Concepción que había disciplinado el activo Barnachea durante el sitio, estaba a las órdenes del valiente oficial don Julian Astete, hijo de Talcamávida, donde su padre era gobernador.

Con este grupo de jinetes, Ibáñez dirigióse a Yumbel, que ardia todavía, después del reciente incendio general decretado por Bernavides, i de allí marchó a Nacimiento, por el camino usado todavía i que entonces iban diseñando los huesos de los muertos, como más tarde lo marcarían las cruces levantadas a su memoria por la piedad de los caminantes (1).

Aun no se apagaban los maderos del incendio de Nacimiento, cuando la columna de Ibáñez pasaba por su vega, el 1.^o o 2 de enero de 1821, dirigiéndose al Cautén, tomando la vía directa de Angol i de los Llanos. Como aquel lo había esperado, al pasar cerca de las ruinas de esta última plaza, salieronle al encuentro algunas tribus de Mariluan i de Mañil; pero atemorizadas éstas por el reciente descalabro que habían sufrido delante de Chillán i cargadas intrépidamente por el capitán Noailles, huyeron "con la lijereza de los zorros", dice uno de los soldados de Ibáñez (2) por las llanuras sin horizontes que forman aquella comarca. El 6 o 7 de enero llegó por fin la columna patriota a Lumaco, siempre en demanda de Venancio, a cuya cita, anticipada hacia ya tres meses, venían a comparecer.

Era Venancio Coihuepan (*renuevo de roble*) un indio ya viejo pero indómito. Aunque bárbaro hablaba español i estimaba el género de educación que daban los *huincas* a sus hijos, al punto de haber hecho aprender a leer i escribir a dos los suyos (Mariano i Ramón) en las escuelas de Concepción. Otro de sus hijos llamábase Mallorca i era un capitán de indios inculto i bravo. Otro tenía del nombre de Huañaco.

Por afición i por instinto, Coihuepan se había hecho aliado

(1) Llámase éstas todavía con el nombre pintoresco de *paradero de los difuntos*. (*The Araucanans*, por E. R. Smith, Nueva-York, 1853, páj. 108).

Son muy escasos los documentos que se conservan sobre la entrada de Ibáñez a la tierra, pues su parte a Freire (Nacimiento, enero 28 de 1821) es muy suscinta. Sin embargo, nos ha servido de mucho auxilio la feliz memoria de un sargento de inválidos llamado Manuel González, natural de San Fernando, que entonces servía en los dragones e hizo aquella campaña, quedando en la tierra por más de dos años, hasta marzo de 1822. González es un hombre rudo pero de ingenio despejado i recuerda hasta los menores incidentes de sus correrías así como las denominaciones geográficas, las fechas i, lo que es más notable, después de medio siglo, la lengua misma de los indios. Actualmente reside ya muy anciano en Santiago, donde le conocemos desde el 20 de abril de 1851, en que combatiendo al lado del pueblo fue hecho prisionero i encerrado en la cárcel pública.—Su relación además está conforme en lo sustancial con la de los datos oficiales.

(2) El sargento González citado.

de los patriotas desde que estalló la guerra, i como casi la totalidad de la Araucanía, ganada por los lenguaraces, se mantenía fiel al rei, tuvo desde los primeros días de la lucha la precaucion de cunstruir en una montaña medianera entre las lagunas de Lumaco i el Cauten un fuerte *malal*, o castillo indígena, donde había recogido sus mujeres i sus bienes. De aquí venia que toda la comarca que dominaba con sus numerosos mocetones se llamase el *Mulche de Venancio*,

Respetábanle i temíanle, como en esta relacion se habia visto, en los cuatro butalmapus de la tierra, i a la verdad que su fama tenia por razon su altivez, su fidelidad i sus proezas. Ningun indio ostentaba una lanza igual a la suya en el grueso de la quila i en su lonjitud, (1) i nadie la manejaba con mas desenvoltura ni con mas terribles estragos. Su astucia i su prudencia corrian a la par con su bravura, i eran el fruto de sus años i de su frecuente trato con cristianos. Especie de amalgama de Tucapel i Colocolo, Venancio Coihuepan era en 1820 la primera lanza i el primer político de Arauco (2).

El lugar de la cita señalado por Venancio a los cristianos habia sido el de Lumaco en tierras de los cacique Lempí i Peñoleo, los mas poderosos señores de aquella comarca. Mas como no llegase oportunamente aquel caudillo, Ibáñez, considerando malograda su empresa, resolvió regresarse al Biobio. A peticion de Lempí, de Quilapí i de Peñoleo, que le reprochaban con ira i casi con amenazas, su inmotivado abandono, consintió no obstante aquel en dejarles la guerrilla del capitán Salazar, compuesta de cincuenta hombres, i a mas varios grupos de cazadores i dragones que prefirieron quedarse. Contóse entre estos últimos el sargento Juan de Dios Montero, a quien años mas tarde volveremos a encontrar, lanza en mano, en estos sitios.

Aquella precaucion fué llena de acierto, porque al tener

(1) Media ésta, segun González, ocho varas i era de una quila de extraordinario grosor.

(2) Daba tambien prestijio a Venancio su numerosa parentela, pues, ademas de sus hijos, que eran muchos, tenia varios hermanos, no menos valientes que él i que le seguian en todas sus empresas. Los nombres que aun se conservan de aquellos son los de Cayupan, Nahuelan, Peucon i Huilcan. Una hija suya llamada María, era tambien casada con un valiente cacique del nombre Rucan. (Datos del sargento González).

Pico i Benavides noticia de la temeraria internacion de Ibáñez, despachó el último a Carrero, con los indios aliados de la costa para que haciendo un rodeo por Tucapel viejo i por Puren, viniese a encontrar al primero que descenderia por los llanos a Lumaco con las indias de Mariluan i de Mañil. De esta suerte rodearian a los indios patriotas i completarian su esterminio. Carrero traia ademas un pequeño convoy de tabaco, municiones i otros artículos para el servicio de la division de Pico.

Carrero había venido incorporando en sus fuerzas las reducciones realistas del Imperial, de Boroa i de Puren, (cuyo cacique principal, Catrileo, era el mas implacable enemigo de los lumaquinos) i podía, en consecuencia, presentar una línea de mas de seiscientas lanzas, miéntras Pico avanzaba con mayor número i algunos tiradores por el lado del naciente.

Cuando Lempí, que era un indio fogoso i atropellado para hablar hasta el punto de parecer tartamudo, tuvo noticia de que su odiado rival Catrileo venía a atacarle en su propia casa, esclamó: *Dios se lo pague* (1), delante de Salazar, que le daba esta noticia, i pidiendo a éste que pusiera sus *huincas* en el centro i le hiciera tocar la carga con su corneta, marchó al encuentro de los invasores. El choque fué terrible i la derrota de Carrero i Catrileo completa. Perdió el primero su convoy i el último la vida, miéntras que Pico, encontrando obstruidos los caminos por la diligencia de los indios, tuvo que torcer bridales al norte desde Cayupanqui, en la orilla setentrional del río cenagoso de Lumaco, cuyo paso aquellos le trancaron con postes por el único sitio vadeable (2).

Tuvo lugar el sangriento combate de Lumaco, en que perrieron no menos de doscientos indios realistas, el 12 de enero de 1821, i noticioso Venancio del éxito, después de celebrarlo con prolongadas borracheras, vínose sin ser resistido desde su *malal* hasta Nacimiento, i desde allí llamó de caudillo a caudillo al intendente Freire, ofreciéndole dos mil lanzas para esterminar a todos sus rivales, con tal que él fuese en persona a llevarle un contingente apropiado de auxiliares.

(1) *Dios se lo pague!*

(2) Datos del oficial Saltarello que iba en la tropa de Pico. Parte citado de Ibáñez.

El jeneral Freire tenia a la sazon una lucida division de cerca de dos mil soldados, de los que mil eran infantes, quinientos jinetes veteranos i el resto artillería i milicias (1).

Persuadido de la importancia de aceptar la invitacion del cacique mas influyente de la tierra, Freire movió la mayor parte de su ejército del cuartel jeneral de Concepcion el 3 de febrero; pero desgraciadamente hubo de detenerse hasta el 17 en Talcamávida por la carencia absoluta de víveres en que se hallaba. El 18 pasó a Santa Juana, i como el impetuoso Venancio, impaciente ya por la tardanza, quisiese dar la vuelta a sus lagunas, envió desde aquella plaza, que encontró reducida a cenizas, al comandante Viel con toda la caballería, a fin de que entretuviese a los indios en los escombros de Nacimiento. El solo llegó el 21 de aquel mes con el grueso del ejército.

Su marcha desde Santa Juana había sido lenta, pero próspera en buenos resultados, habiéndose unido a su columna mas de doscientos desertores del enemigo, lo que probaba su absoluta decadencia despues de los golpes de Concepcion i de Chillan. Entre los pasados hacíase notar el célebre guerrillero llamado el *Canario*, quien, tomando servicio activo por la patria, comenzó a hacer sus fechorías contra sus propios camaradas el mismo dia que recibió su indulto.

Tan luego como hubo entrado en parla con Venancio, pidió le éste con instancia el auxilio de todo su ejército para mar-

(1) He aquí el pormenor de las fuerzas de la primera division el 15 de enero de 1821.

Artillería	89
Batallon número 1 de infantería.....	268
Id. número 1 de cazadores de Coquimbo.....	330
Id. número 3 de infantería (Caramangue).....	335
Id. de guardias nacionales.....	50
Escuadron de la escolta directorial	220
Húsares de Marte (4.º escuadron de granaderos a caballo).....	123
Dragones de la patria.....	79
Escuadron de la mayoría de la plaza.....	121
Id. de Quirihue.....	136
Id. de caballería cívica.....	89
Partida del capitán Cháves.....	50
Id. del capitán Zalazar	50
Total.....	
Total.....	1,981

Concepcion, enero 15 de 1821.

J. de Dios Rivera,

char contra Mariluan, i como se le dieron escusas, bajó su pretension a cuatrocientos, aceptando en conclusion doscientos cincuenta de los cuales una quinta parte escojió él mismo entre los mas esforzados (1).

Con esto i despues de haber desesperado a Freire con pedidos de regalos i todas las impertinencias propias de su soberbia i su codicia, entraron otra vez aquellos bárbaros al corazon de la tierra a matar a sus émulos, miéntras que Freire volvia el 25 de febrero a Santa Juana, despues de haber llegado hasta Angol por una falsa alarma; i desde aquella plaza emprendió resneltamente contra Arauco, donde sabia se hallaba Benavides al frente de doscientos hombres.

Tras una semana de fatigosas marchas, llegó por fin el masical Freire a la orilla del río Carampangue, donde tanto habia crecido su fama de soldado con sus hazañas de 1817 i donde hoy la eclipsaria con una densa sombra delante de aquella inaudita, increible i reiterada vacilacion.

Doloroso es, en verdad, al sincero narrador de las glorias i de los yerros de aquellos hombres eminentes, para quienes la gratitud eterna que les es debida, ambiciona solo lauros i homenajes, el revelar faltas tan graves, i a la verdad que apénas podrá creerse que encontrándose el jeneral en jefe del ejército del sur casi al habla con el atroz bandido que tanta sangre i tantos dolores causaba con su solo aliento a la República, torciera la rienda de su caballo por la tercera ó cuarta vez al Biobio, sin ir a ponerse de centinela a la puerta de la guarida del tigre a fin de no dejarlo salir jamas!

Así sucedió, sin embargo, i porque viera aquel jefe de resoluciones inconsideradas por el lado de Arauco algunas columnas de humo, que le dijeron eran muestras de que el forajido se retiraba a las montañas como en 1819, i porque estaban cansados sus caballos (que ésta era una razon eterna para encubrir errores), paró su marcha, i vino a meterse a Concepción

(1) El sargento González fué, como Montero, uno de los que quedó en la tierra, expedicionando en diarios malones, ya a Boroa, ya a Maquegua, ya al otro lado de las cordilleras, donde segun él, existe una comarca llamada Guaydí, cuyos habitantes, mitad pampas i mitad patagones, se defendieron con hondas i con laques. González asegura que en esta expedición fué Montero i el capitán don Pedro Alemparte, pero de este último no queda constancia. Los episodios de esta vida errante son mui curiosos pero demasiado proljos para contarlos.

ción sin gloria i sin trofeos, mojado su ejército i disperso por una copiosa lluvia que le sorprendió pasando con el agua a la cintura el remanso Biobio (1).

No pensaba entre tanto de aquella suerte ni habría procedido con tamañó desacierto el cauteloso capitán que acechaba con ojos poco amigos las mas minuciosas medidas del jeneral en jefe. “El interesante punto de Arauco, decia en efecto poco mas tarde el sagaz coronel Prieto desde Chillan, debe ser asegurado i guarnecido cuanto ántes por nuestra fuerza de Concepcion, sin el cual es interminable la guerra, como se lo tengo hecho ver al señor jeneral *repetidas veces, desde que llegué.* Dos piezas de artillería, 200 hombres de infantería i 100 de caballería creo que serian suficientes con tal que tuviesen un pequeño buque de guerra que los protejiese contra los piratas, que ya se sabe han criado los bandidos” (2).

¡He aquí los presajios de la historia! Cuando diez años mas tarde se encontraron el uno frente al otro en el campo de Lircay ¿cuál era el que estaba llamado a vencer? ¿Cuál a sucumbir?

Entre tanto, tal había sido aquella triste campaña entre los bárbaros, mezquina mies recojida de la sangre de gloriosos combates que la precedieron, i cuya única aunque provechosa lección, es la de que no son siempre los jenerales deseables los que están llamados a poner término a las guerras en que las pasiones hacen mas estrago que la pólvora.

El curso inmediato de los acontecimientos iba a rendir en breve la verdadera lei de este principio que ya pasa por axioma.

(1) Parte de Freire al gobierno.—Concepcion, marzo 13 de 1821.—En una carta escrita al Director una semana mas tarde (marzo 20) el mismo jeneral se expresaba en estos términos sobre el resultado de su campaña, que su émulo Prieto calificaba benignamente de “paseo militar.”

“Por la goleta *Fortunata* se habrá Ud. enterado de mi regreso de la penosa campaña de la fronteras; pero no de lo que me aburrieron los indios en la entrevista que tuve con ellos. Ya sabe Ud. lo majaderos que son. De todo me pedían. Mi contestación era decirles que en esta ocasión no llevaba el ejército mas que pólvora i balas, que despues les regalaría i que esperaba los agasajos de ésa. Hasta hoy no han llegado. Sirvase Ud el mandarme algo, pues lo merecen; se están conduciendo bien; no puede Ud. figurarse la sangre que está corriendo entre ellos. Tambien le encargo haga por mandarme algo para estos virtuosos soldados. En el dia están comiendo del trigo que Ud. mandó. Todos mui desnudos i mal pagados. Le aseguro a Ud. que me es bastante sensible el no poderlo remediar.”

(2) Carta al Director, del 10 de junio de 1821. (Correspondencia privada del general O'Higgins.)



CAPITULO XVII.

Benavides en Arauco.—Resuelve hacerse pirata.—El jenovés Mayneri.—Equipa un bergantín i manda en él a Lima al comisario La Fuente.—La isla de Santa-Maria.—Pico apresa en ella la fragata ballenera *Perseverance*.—Benavides fusila a su capitán, al piloto i tres marineros.—Apresa en seguida al bergantín *Hercelia*, matando a traicion una parte de su marinería.—Captura el bergantín *Hero*, cargado de provisiones, i fusila a su capitán junto con su hijo.—Salvaje jactancia de Benavides por sus compromisos internacionales.—Arma en corso el *Hercelia* i bárbaras instrucciones que da a Mayneri.—Manda aquél buque a Chiloé con Carrero i éste regresa con un considerable auxilio.—Senoiaín i otros oficiales.—El cura Valle.—Admirable laboriosidad de Benavides i partido que saca de sus recursos.—Organiza una escuadrilla, i Pico intenta sorprender con ella un buque en el Tomé.—Temores fundados de un golpe de mano sobre Valparaíso.—Método de vida de Benavides en Arauco.—Su familia.—Teresa Ferrer.—Retrato físico de Benavides.—Muerte de su hijo.—Crueldades horribles que comete en Arauco.—Fusila su propia guardia i a su compadre el coronel Lavanderos.—Misteriosa acusación contra éste por intento de envenenamiento.—Curiosa elección de provisor en Arauco i pretensiones canónicas de Benavides.—Los curas de su corte.—Emite cincuenta mil pesos en papel moneda i los declara de curso forzoso, bajo pena de la vida.—Azota mujeres porque usan numerario.—Apresa el bergantín *Océano* cargado de arinas.—Organiza sus fuerzas i se prepara a entrar de nuevo en campaña.

Los desastres que las armas del rei i de los bandidos, pues ambas eran una sola cosa, en la época que narramos, las hirieron de muerte en cuanto a los recursos que les ofrecían las comarcas desangradas i empobrecidas que habían servido hasta entonces de teatro a la guerra. Otro tanto sucedía con las poblaciones que las habían alimentado con su sávia i que ahora no eran sino montones de cenisas o cementerios poblados de solda-

dos desnudos i hambrientos. Solo Pico, como hemos visto, siempre infatigable i siempre obstinado, ya estaba a caballo sobre las sierras de Chillan, exitando a la constancia a sus desanimados pobladores, ya corria los llanos, lanza en mano, sosteniendo la alianza de los alucinados caciques.

Por su parte, Benavides habíase vuelto a encerrar en su eterna guarida de Arauco, con doscientos hombres, (1) resto único organizado de aquél ponderado ejército del rei con el cual hacia solo pocos días había ofrecido al virei de Lima conquistar a Chile entero, brindándole su pezcuezo en garantía.

Salvado de su última ruina por el nunca bastante lamentado error tantas veces repetido del jeneral Freire, el caudillo de Arauco, que no podía esperar perdón de su vida entera de crímenes i traiciones, resolvió buscar en la mar la prolongación de su infernal poder. La tierra se negaba al salteador; pues entonces el salteador se hizo pirata!

Vino por desgracia en auxilio de sus nuevas miras, un hombre tan vil i feroz como él mismo, pero que reunía a una intelijencia despierta el propio don de organización, única prenda culminante de aquel malvado. Era este nuevo aparecido aquel marinero italiano llamado Mateo Mayneri (conocido también con el nombre de Marteli) a quien hemos visto desempeñar en Yumbel el papel de alférez de dragones i de degollador de niños. Había nacido este aventurero, tan inteligente como depravado, en el puerto de Jénova, i adoptado desde los primeros años, como la mayoría de sus compatriotas, la carrera del mar.

Joven todavía, había pasado al Pacífico i casádose en el Callao, donde fijó su residencia. Empleábase en el comercio costanero de aquél puerto a Guayaquil, bajo los auspicios de la opulenta casa de Luzarraga de esta última ciudad; i como la revolución invadiera ya aquellos países, el perfido liguriano burlóse de la confianza de sus armadores alzándose con el barquichuelo que mandaba, intentando el hacerse pirata.

Su primer ensayo en este nuevo ejercicio, no fué empero feliz. Sorprendido a la entrada de Guayaquil por el bergan-

(1) Despacho del comandante de artillería de Concepción Barnachea del 20 de febrero de 1821.—(Archivos del ministerio de la guerra.)

tin chileno *Galvarino* a mediados de 1819, su barco fué confiscado como propiedad española i él mismo obligado a servir como práctico i marinero a bordo de la *O'Higgins*. Vino en consecuencia en este buque a la bahía de Talcahuano en enero de 1820, pero aquejado por esas dolencias de la jente de mar que son mitad vicios del alma i mitad enfermedad del cuerpo, quedóse en el hospital de Talcahuano, cuando la fragata a que pertenecía siguió su viaje a Valdivia i a Chiloé.

Encontrábase, pues, Mayneri por un extraño acaso en aquel puerto cuando Benavides lo asaltó en la memorable noche del de 2 mayo de 1820, i desde entonces, segun hemos ido viendo, quedó incorporado en sus filas con el singular empleo de oficial en un cuerpo de caballería.

Era evidente que aquel ejercicio no cuadraba a los gustos i a los hábitos del jenoves; pero aguardaba el momento de hacerse necesario en su antigua profesion, i éste había ya llegado.

Al hablar de los preparativos de Benavides para estrechar el cerco de Talcahuano a fines de 1820, recordamos en efecto que se ocupaba de hacer construir un "famoso bergantín," en la embocadura del estero de Raqui, al sur de la bahía de Arauco, tan abundante de pequeñas enseñadas que su poderosa marea convierte en cómodos ancladeros. El director de aquella obra desde su principio fué Mayneri, junto con un carpintero naval llamado Arana, natural de España, hombre experto e inteligente. Supo éste darse tan buena traza en esta empresa que a fines de enero de 1821 la echó al agua con éxito feliz (1).

Benavides equipó inmediatamente aquella embarcacion i envió en ella a Lima al comisario de su ejército don Calisto de la Fuente a solicitar nuevos auxilios para prolongar la guerra. Mas este nuevo emisario no tuvo ni la suerte ni la fidelidad de Pico. Fuése que encontrase el Perú revuelto i al gobierno vice-real en la víspera de su disolucion, o fuése que cansado de ser satélite de un malvado, se acojiese a sus pa-

(1) Comunicacion de Barnachea al gobierno.—Concepcion, febrero 1 de 1821.—(Archivo del ministerio de la guerra).—Datos comunicados por don Pedro Bermúdez.

rientes, que los tenía de categoría en aquel país (1), La Fuente vendió el bergantín en seis mil pesos i se alzó con el dinero.

Mas, desvanecida aquella perspectiva por el rumbo del norte, el océano i su fortuna trajeron al bandido a las mismas puertas de su antro de crímenes i de intrigas, i unos en pos de otros, todos los recursos de que mas necesitaba para intentar nuevas empresas en la costa firme.

Era en esa época la isla de Santa María, que cierra por el sur-oeste la dilatada i hermosísima bahía de Arauco, para los buques que hacían la pesca de la ballena en los mares del sur, lo que había sido en siglos anteriores el peñón de Juan Fernández para los bucaneros desde Drake a Lord Anson. Ofrecían ambos sitios abrigo a las naves, agua i combustible a las tripulaciones, además de no estar sujetas a la molesta vigilancia de las suspicaces autoridades de la colonia, ni presentaban el inconveniente de ofrecer ocasión de fuga a la cansada marinería. La isla de Santa María poseía además la ventaja de proporcionar pesca abundante de lobos marinos para completar los cargamentos de los buques empleados en ese tráfico, que daban la vuelta a los puertos de Europa o de Norte-América (2).

Ocurrian, pues, a aquel paraje en número considerable las embarcaciones que hacían el comercio del aceite i de los cueros de cetáceos en nuestra mar.

La primera de aquellas en ocurrir a aquel lugar de cita en el otoño de 1821 fué la fragata inglesa *Perseverance*, que venía a refrescar su gente después de un largo crucero.

Apenas se descubrió la aparición de aquella nave en una de las caletas de la isla, que no dista sino una o dos millas de la costa firme, Benavides resolvió apoderarse de ella por sorpresa. Se concertó con Pico, que aparece ahora en aquella

(1) Don Calisto Gutiérrez de la Fuente era hermano del gran mariscal de este nombre, actualmente ministro de Estado en el Perú i que también militó en el ejército real de Chile antes de esa época.

(2) «La isla de Santa-Maria, dice un explorador moderno, mantiene en el dia como 2,500 animales vacunos i como 2,000 ovejas merinas. Su población, compuesta exclusivamente de inquilinos, no pasa de treinta individuos; sus antiguas selvas están completamente agotadas. La tierra es pastosa i propia para toda clase de cultivo.» (*Memoria presentada por don Leóncio Senoret al ministro de marina con fecha de Valparaíso, mayo 9 de 1863, sobre su exploración de la costa de la Araucanía en el verano anterior.*)

plaza, i metiéndose éste en la noche del 29 de marzo en cuatro botes con cincuenta hombres de fusil i lanza, abordó el buque en la oscuridad, mató por su propia mano al centinela i en seguida amarró al capitán, llamado Guillermo Clarck, al piloto Ileson i a los treinta i cinco marineros que componían su tripulación. En seguida forzó a ésta misma a conducir el buque hasta la plaza de Tubul, donde lo bararon por torpeza en la maniobra o, lo que es mas probable, para despojarlo con mas comodidad (1).

Tenía la fragata por todo armamento dos pequeños cañones de a seis i uno de a nueve i doce fusiles. Pero se hallaba surtida en abundancia de víveres, de paño para el uso de la marinería, ron i otros licores en abundancia, i lo que valía mas que ésto, una suma de mil pesos en dinero que en aquellas circunstancias equivalían a un caudal, fuera de varias embarcaciones menores de las que Benavides esperaba sacar mucho provecho.

La primera diligencia del nuevo pirata fué encerrarse durante tres días en la cámara de su presa para saciar su sed de alcohol largo tiempo comprimida. Satisfecha ésta, vino a sus fauces la sed de la sangre, i en una noche tenebrosa hizo matar a sable por medio de uno de sus seides llamado Sánchez, al desgraciado capitán Clarck, a su piloto i tres marineros (2).

Después de la *Perseverance* tocó el turno de la desdicha al

(1) Declaración del marinero Juan Craft, escapado del poder de Benavides, i contenida en nota de Freire del 30 de abril de 1821.—*Gaceta ministerial* del 30 de noviembre de 1821.—*Viajes* de Basil Hall, tomo I, páj 327.—Oficio de Freire del 4 de abril de 1821, refiriéndose a un desertor del enemigo. Este último había visto traer el buque a la costa desde la distancia, i como la ropa de los marineros o los cueros de lobos que habían muerto en la isla viniesen suspendidos de las jarcias del buque, ocurriósele creer que eran banderitas en señal del triunfo. Pero Freire, que conocía a Benavides, escribía al gobierno manifestando sus temores de que las banderitas fuesen los cadáveres de la tripulación asesinada por el monstruo. Pocos días más tarde (el 12 de abril) el mismo Freire rectificaba las noticias en los siguientes términos:

«Este facineroso, decía de Benavides al Director, sorprendió en la isla de Santa-Maria una fragata inglesa ballenera que tiene barada cerca de Rumená i prisionero al capitán i tripulación. Con este motivo ha difundido la noticia de haberle llegado 300 hombres de auxilio.»

Esta parte de la presente relación es naturalmente la mas difícil de esclarecer, pero la investigación nos ha conducido a establecer los hechos con bastante claridad, en nuestro concepto.

(2) Declaración del pasado Juan Quiroga.—Comunicación del general Freire al gobierno, Concepción, junio 19 de 1821.—*Viajes citados del capitán Hall*.—Declaración de don Nicolás Artigas, secretario de Benavides, en el proceso de éste.

bergantin norte americano *Hercelia*, que venia de las islas de la Nueva Shetlandia en el sur Pacífico con un cargamento de once mil cueros de lobo, el cual se proponia aumentar haciendo la pesca en la isla de Santa María.

Benavides habia dejado allí a prevencion, despues de la captura de la fragata inglesa, una partida al mando de un oficial llamado Miguel Riobó, pobremente marino de Chiloé. Conforme a las instrucciones de su jefe, Riobó acechó el momento en que bajase a tierra la tripulacion a sus quehaceres de la pesca, i precipitóse sobre ella por entre el bosque i los peñascos haciendo descargas de fusilería que mataron a seis de aquellos infelices. Tomando en seguida los botes en que éstos habian venido a la playa i dejando en ella amarrados a los marineros que no habian perecido, tomó posesion del buque, guardado solo por su capitán i cuatro marineros.

En el acto Riobó levó anclas i dirijióse a Arauco, donde Benavides le recibió lleno de bárbaro regocijo con el estandarte real desplegado al viento i saludándolo en la ribera con descargas de mosquetería (1).

Desembarcada inmediatamente la tripulacion, que constaba de diez i ocho hombres, reducidos ahora a doce, se distribuyeron como sirvientes domésticos entre los pobladores de Arauco, comprometiéndose cada cual con su propia vida a responder de la seguridad de los cautivos; i como el capitán Mr. Sheffield, fuese un astuto yankee, mas dúctil i sagaz que el pobre i terco ingles de la *Perseverance*, cayó en la gracia de Benavides i éste se lo reservó para su servicio propio. Sucedió esto en los primeros días de mayo de 1821.

Despues de esta presa vino otra no menos valiosa a las manos del jefe de piratas. Fué ésta el bergantín, tambien americano, *Hero*, sorprendido a la ancla en una noche tenebrosa, con un rico cargamento de víveres i tejidos, suficiente para proveer a todas las necesidades, no solo del ejército, sino de todas las comarcas vecinas de Arauco i aun del interior (1). No se habia sacado, empero, de las bodegas del *Hero*

(1) Hall.—Viaje citado páj. 328.

(2) Hé aqui, en efecto, como se expresaba a este respecto uno de los oficiales de Benavides, llamado Fermín Salguero, convidando desde Arauco con fecha

todo su surtido, cuando aprovechando alguno de los marineros que trabajan a su bordo, la presencia del bergantín de guerra de Chile llamado el *Brujo*, que cruzaba frente a Arauco, hízose a la vela dejando burlado a Benavides. Por desgracia había quedado en tierra el capitán del *Hero* i un niño de tierna edad, hijo suyo, que le acompañaba. Aquellos infelices, cuyos nombres no se han conservado, apaciguaron con sus vidas las furias infernales de aquél sanguinario vampiro. Dió en efecto la orden de matar a aquellos seres inocentes a uno de sus mas horribles seides llamado Azócar; pero éste al menos confesó mas tarde, que al matar al niño, que lloraba amargamente tratando de asilarse en los brazos de su padre, sintió conmoverse apesar suyo su férreo pecho (1) ; Ah! No se habían conmovido de esa suerte las entrañas de pedernal del verdugo de los tripulantes de la *Dolores*, cuando hizo fusilar al infeliz Campos, i porque su hijo lloraba, al contemplar la agonía de su padre, dióle el bruto feroz un golpe en la cabeza con su palo i le quitó la vida rompiéndole los sesos! (2)

Tales fueron los primeros ensayos de pirata de Vicente Benavides, i en nada desdijeron de sus crímenes de otro jenero. En todas partes le ahoga la sangre, i es fuerza que tenga víctimas para sentirse aliviado. Como siempre también era la mas descarada impudencia el próximo síntoma de sus atrocidades. Hablando de la fragata inglesa, que armaba en guerra a su manera, decía en una de sus comunicaciones oficiales, que tenía veinte i dos cañones, cuando en realidad había montados solo dos, i si alguien le hacia ver los graves compromisos internacionales que podían surjir de aquellos crímenes, el jactancioso salvaje soltaba una carcajada de orgullo i decía con toda la hinchazon de un potentado,—*I qué! Tenemos guerra con el inglés! Pues bien! Tenemos guerra con el americano!*

20 de marzo a su familia, que se encontraba en Bureo, a fin de que disfrutase de la abundancia de aquellas playas.

“Está el pueblo, decía, mui socorrido i con la presa de la fragata i un bergantín que últimamente se ha tomado, que segun dicen es americano, se surtió esta plaza para poderse vestir: vestigase con toda confianza que está *esto* mui bueno i mui seguro, i en cuanto al enemigo no hai que temer. Está *esto* de poder vivir con gusto i sosiego, pues en ésa pienso no será posible estar tranquilo, tanto por los insurjentes cuanto por los indios, que aquí no hai esa pension.”

(1) Declaración de don Nicolas Artigas en el proceso de Benavides.

(2) Stevenson.—Obra citada, tomo III páj, 153.

cano! I el asesino se creia de esa suerte a la altura de un caudillo con el que podian tratar las naciones! (1)

Entre tanto, i al paso que Benavides despojaba los buques capturados hasta de su clavazon para los objetos que mas adelante indicaremos, quiso sacar partido de las buenas condiciones de navegacion en que se hallaba el bergantin *Hercelia*; i confiándolo a Mainery, con una patente de corso en la que se le autorizaba para matar a quien quisiese (2), lo despachó a Chiloé bajo las órdenes superiores del comandante Carrero, con el objeto de solicitar del gobernador del archipiélago Quintanilla, ausilio de soldados hasta el número de doscientos, i otros elementos bélicos.

El 13 de junio la *Hercelia* dejó su fondeadero de Tubul, i solo llegó a su destino un mes mas tarde (el 17 de julio), combati-do por lo recio de la estacion i las precauciones que exijia el dominio absoluto del mar por los patriotas.

Quintanilla, que en cumplimiento de órdenes trasmitidas por el virei del Perú en la época de la mision de Pico (mayo 3 de 1820), se creia obligado a prestar a Benavides cuanto ausilio estuviese en su mano, se alegró de aquella circuns-tancia; i una semana despues de su arribo despachó a Carrero con diez oficiales, seis cañones del calibre de 4, 8, 12 i 24, con su respectiva dotacion, i treinta i seis soldados, en todo sesenta i cinco hombres.

Venia a la cabeza de este grupo el valiente oficial de ca-ballería don Miguel Senosain, navarro de nacimiento, i que en Chile como en España, donde mas tarde ocupara altos puestos en la milicia, dió muestras de no desmentir su oríjen por su obstinacion i su bravura. A su lado, i como su mas íntimo compañero, traia al oficial español don Nicolas Rute, jóven tan afable i humano como era fiero i altivo el ánimo

(1) Declaracion de su secretario don Nicolas Artigas en su proceso.

El circunspecto Quintanilla le escribió desde Chiloé en julio de 1821 aconse-jándole que desistiera de aquel horrible sistema de depredaciones, pero Benavides mas tarde en su proceso se escusaba echando la culpa al virei de Li-ma, que no le enviaba auxilios de ningun jénero. Todo lo que dispuso para le-galizar sus procedimientos fué hacer venir desde Quilapalo al *escribano de go-bierno* don Pedro José Guinéz, con fecha de mayo 18 de 1821, para actuar, decia él mismo, en los *comisos* que había ejecutado.

(2) Véase este documento en el Apéndice bajo el número 10.

de su jefe. Le acompañaban tambien, el oficial chileno don Manuel Asencio i un jóven todavía imberbe, pero "de excelentes potencias," decia Quintanilla en su carta recomendatoria a Benavides, llamado Manuel Arregui, hijo de un coronel español muerto en San Carlos hacia poco tiempo (1).

El 17 de agosto de 1821 anclaba de regreso en Arauco el bergantín corsario *Hercelia* (italianizado ahora por Mainerry con el nombre de *Arsella*) con su oportuno contingente de auxiliares.

Estos recursos sucesivos e inesperados cambiaron completamente el aspecto del desolado Arauco i su comarca. Todo lo aprovechó con presteza i sagacidad el espíritu eminentemente organizador de Benavides. Del velámen de los buques capturados hizo ropa de lienzo para su tropa i los paños i otros tejidos le sirvieron para vestir a sus desnudos oficiales; convirtió su enorme provision de cueros de lobo en monturas, bridás i hasta en fuertes morriones, tan eficaces como una celada, para la caballería; de las tablas de los buques hizo carros de municiones i embarcaciones menores; de los harpones destinados a la pesca de la ballena formó excelentes lanzas, de la clavazon de los buques hizo estacas i aun albardas para el uso de los caballos; aprovechó su jarcia para jáquimas, i hasta de las planchas de cobre que arrancó a los fondos fabricó trompetas, cuya carencia le mortificaba en sumo grado. Este soldado de fortuna era con frecuencia sensible a ciertas groseras puerilidades que acusaban el oríjen mestizo de su raza, i en esta ocasión no podía conformarse con que su ejército no tuviera siquiera un solo instrumento de música (2).

(1) Por ésta época residía en Chile el célebre cura guerrillero don Gregorio Valle, español de nacimiento i que había sido mucho tiempo cura del Olivar cerca de Rancagua. Encontrábese ya viejo i enfermo a causa de sus excesos en la bevida, que luego lo llevaron al sepulcro; pero escribia a Benavides pidiéndole un poco de vino i le ofrecía sus servicios, con fecha 18 de julio de 1821 en los siguientes términos:

"Sigo como fuerá de mi centro, porque no estoy con las armas en la mano, pero fio en las circunstancias del dia que luego que tomemos a Valdivia entusiasmaré una partida i me pondré bajo las órdenes de Ud. para acabar de labrar la carrera que intento i que le seré útil de muchos modos."

(2) Basil Hall, refiere con la acostumbrada amena i picante sencillez, que tan populares han hecho sus *Viajes*, que desesperado Benavides porque no podía hacer maniobras o sus dragones por la falta de trompetas, indicóle el capitán

Por ultimo, despues de haber asesinado a sus jefes, excepto al capitán Shefield que tuvo la maña de fingirle amistad, distribuyó en diversos cuerpos i partidas los cincuenta desgraciados marineros ingleses, americanos i de otras naciones de la *Perseverance*, *Hercelia*, i el *Hero*, haciendo en una ocasion desquartizar a su vista i para su escarmiento, uno de aquellos infelices que se habia desertado (1).

Benavides se hallaba, pues, dentro de su órbita al ejecutar todos estos preparativos de ingenio, de laboriosidad i de refinado cálculo. Aquel hombre tan poltron en la pelea era de una actividad incansable i fecunda delante del trabajo. Desde sus primeros pasos en la carrera de las armas si habia distinguido como un ríjido disciplinario i no habia en el ejército realista mejor instructor de tropas. San-Martin habia padecido por esto un grave error al destinarlo a la frontera, despues de su resurrección en el campo-santo de la capital, porque si hubiera quedado, bajo una superior vijilancia, disciplinando reclutas o al cargo del depósito de prisioneros a que él mismo pertenecía, no se habria encontrado un hombre más a lecuado para tales puestos que el hijo del carcelero de Quirihue.

Habitala Benavides en Arauco la única casa que el incendio i las balas habian dejado con cobertor de tejas, en lo alto del peñon de Colocolo, que domina la aldea i el fuerte tendidos en la playa. Allí hacia los honores de una grosera hospitalidad su propia madre, una mujer ordinaria que se habia casado en segundas nupcias, alistándose su marido con una humilde graduación en las filas de su hijastro. Su esposa habia sido tambien rescatada por segunda vez del poder de los patriotas (2),

Shefield del *Hercelia* el recurso de construirlas con el cobre de los buques, lo que llenó al caudillo de alegría, reprochándose repetidas veces que no se le hubiese ocurrido a él mismo tan sencilla idea.

El señor Gay refiere tambien la curiosa anécdota de que habiendo encontrado Benavides en uno de los buques capturados unas pinturas que representaban algunos soldados i turcos, hizo creer a los indios que aquéllos eran los trajes de los batallones de refuerzo que les iba a mandar el rey, i que aquellas figuras venían como muestras.

(1) Basil Hall, *Viajes citados*, tomo I, páj. 368.

(2) Despues de la derrota de Concepcion, la esposa de Benavides quedó oculta en la ciudad sin que aquél, por la cobardía precipitacion de su fuga, atendiera a salvarla segun ya contamos. Pero algunos días mas tarde uno de sus espías llamado Timoteo Salgado, hijo de la vieja que Freire hizo fusilar a la

i se encontraba a su lado junto con un hijo de menor edad habido de otra mujer. A este último Benavides nombróle alférez de infantería en noviembre de 1820 (1), habiéndolo hecho venir de la capital donde se encontraba.

Componíase, en consecuencia, la familia del caudillo del rei en Arauco, de su madre, su padrastro, un hijo natural, un hermano menor que tambien estaba a su lado, i pereció, segun dijimos, en un ataque a San Pedro a principios de 1820, i su esposa Teresa Ferrer (2).

Era la última una mujer jóven todavía, pequeña de cuerpo,

mañana siguiente de aquél combate, se ofreció a sacarla de su escondite, lo que ejecutó con tanto atrevimiento como felicidad, pasándola en una balsa por Pileu, donde la aguardaba Benavides, que había venido expresamente de Arauco con aquel objeto.

Los señores Barros Arana i Amunátegui han sido inducidos por las primeras declaraciones de la Ferrer en el proceso de su marido al error de creer que Benavides había ejecutado la acción caballeresca de venir en persona a Concepcion a libertar a su esposa, aventura a la verdad digna de los mejores colores de la paleta de un narrador tan ameno como el último de aquellos historiadores. Pero Benavides no era capaz de tal arrojo ni de tal abnegación, i la misma Ferrer lo declaró así el 7 de marzo de 1822, dos semanas después que aquél había sido ajusticiado, revelando al juez del proceso, segun consta de este mismo, que si había asegurado lo contrario, era porque Benavides así se lo había aconsejado después de su captura. Había si lo el propósito de esta estratagemma el que no se acriminara a la Ferrer el delito de haber servido voluntariamente de espia, rasgo de astucia tan propio del caudillo como era ajena a su naturaleza toda abnegación i toda virtud privada.

(1) Aldea trae este dato en su folleto,—la *Inocencia vindicada*—en que cuenta que le quitaron el empleo de alférez de la compañía de cazadores de la infantería para dárselo al hijo de Benavides.

(2) No es cosa fácil establecer de una manera clara la oscura jenealojía de estos hombres surjidos de la nada, pero lo que dejamos referido es rigorosamente exacto.

Por lo demás, parece que Benavides tuvo solo tres hermanos menores, de los cuales, Timoteo, murió a su lado en el campo-santo de Santiago. José María fue patriota i de éste habla el doctor Egüña en su *Chileno consulando* i Aldea en su *Inocencia vindicada*, comentiendo el último el error de llamarle Nicolas, por el nombre de Nicolas Benavides que tuvo un oficial de los Anjeles a quien el mismo Benavides hizo asesinar con Alcázar i sus compañeros. Por último, un tricero cuyo nombre se ha perdido, pero de quien dijimos le mató junto a San Pedro una bala de cañon.

Un vecino de Concepcion que aun existe (el señor don José Esquella), conoció, sin embargo, al último en Arauco pocos meses ántes de su muerte, i aun recuerda de él que le vió darse de mojicones con otro oficial de Benavides, llamado Carbajal, de las mejores familias de Concepcion, con quien se disputaba las botas del desgraciado capitán Borne, a quien el mismo Esquella vió fusilar.

Benavides tuvo dos hermanas; Josefa, casada con un Juan Ruiz, que fué despues cabo de policia en Concepcion i Paz, mujer del capitán Eusebio Tórres, en quien Benavides delegó el mando cuando huyó de Arauco en 1822, i que despues llegó a ser gobernador de Constitución. El comandante Carrero, casóse tambien con una sobrina de Benavides, doña Gregoria Roinero.

Ademas del hijo ilegitimo que hemos nombrado, parece que Benavides tuvo otro que fué despues sargento del batallón cívico de Concepcion donde a la fecha existen dos hijos empleados en la banda de música.

morena i de bastante gracia en su conjunto, aunque se hallaba mui lejos de parecer hermosa. Pertenecia a una honrada familia de Concepcion adicta a la patria, i su casa, ántes de ser la esposa del bandido, era un lugar de cita frecuentado por los mozos alegres de Concepcion que allí encontraban, bajo el dominio terrorista del cruel Atero, la grata alianza de la patria i del amor, de las nuevas i del ponche. Benavides, aunque oficial del rei, como teniente del batallon Concepcion, era de la tertulia. Fuésc la influencia de aquel círculo, fuese el amor, hízose entonces otra vez patriota, i de aquí sin duda provino su momentánea prision en Talcahuano despues de Chacabuco; mas dueño ya de la mano de la jentil penquista, afirmóse en su traicion i encerróse con ella en Talcahuano, durante el sitio que sostuvo Ordóñez.

Fuera de su adhesion a su marido, no ha quedado, empero, de la Ferrer memoria digna de anotarse (1). Su influjo en el ánimo brutal de Benavides era indudable, pero no superior a sus pasiones, como que jamas obtuvo de él una sola concesion, la gracia siquiera de esos niños inocentes, tesoro de otras madres, que el ogro horrible sacrificaba con sus propias manos a sus furias. En education tampoco le aventajaba en mucho sabiendo solo leer i firmar como su marido.

Tenia el último a la sazon poco mas de cuarenta años i era un hombre alto, musculoso, de tez morena, rostro oval i abultado con mejillas prominentes, el pelo denso, grueso i oscuro, tipo, en fin, del mestizo indíjena, que es conocido en Chile con el nombre de *chino* i de *cholo* en el Perú. Su fisonomía era imponente, pero no revelaba la fiereza salvaje de sus entrañas, velada por la expresion de una inteligente vivacidad. Sin embargo, la cuchillada que habia recibido en el cuello en el momento de su ejecucion en 1818 le habia torcido considerablemente el rostro i le obligaba a llevar su cabeza cargada sobre el hombro izquierdo, lo que le daba un aspecto extraño i siniestro (2).

(1) Esta desgraciada mujer, ya sumamente anciana, existe todavia en Concepcion (1868) asilada en casa de un caballero de aquel pueblo, don Cipriano Uribe. Su edad no puede bajar de 70 años.

(2) No se ha conservado mas retrato de Benavides que el que ha ido trasmitiendo la tradicion. Sin embargo, recordamos haber visto en nuestra niñez en

Benavides, aunque se titulaba jeneral en jefe, vestia siempre como paisano, con botas fuertes, poncho i un gran sombrero de paja o gorra de paño encarnado, segun las estaciones; pero en los dias de gala solia vérsele con una capa de paño grana que se decia habia pertenecido al jeneral Balcarce (1). Era frugal en sus alimentos, como son por lo comun nuestros hombres del pueblo; pero como éstos se excedia con frecuencia en la bebida, cuyo influjo le ponia mas feroz que de ordinario (2).

Todo lo que amaba en el mundo era a su mujer i a la vírgen de Mercedes, de quien era devoto desde la niñez, segun lo afirmaba en una de sus cartas al virei.

En cuanto a sus otras afecciones, si alguna tuvo a mas de la que encendia su lascivia i su devocion, nada ha llegado hasta nosotros. Tenia, en verdad, un hijo ilejítimo, pero un dia, i cuando ya el mismo habia reventado con su baston el cráneo al niño del desgraciado Campos i hecho fusilar al capitán del *Hero* con su hijo apretado entre sus brazos, vinieron a decirle que aquel mancebo se habia ahogado al pasar en un bote por la boca del Laraquete. Lloró el tigre aquella perdida, i sin duda que los cadáveres de aquellos niños inocentes sacrificados a su satánica maldad, cayeron en ese instante en su empedernido corazon como la lápida de un castigo de lo alto. Al fin era padre i sabia lo que era perder una parte de su vida!

En todo lo demas, la残酷 de su alma está comprobada en cada página de esta historia trazada toda en la tela de sus crímenes. Ya hemos recordado algunos de sus casos públicos, pero en su propia vida doméstica se entregaba a horrores inconcebibles. En una ocasión hizo fusilar a tres pobres

un álbum del contra-almirante Wooster una lámina que representaba la cabeza del bandido ensartada en un palo que le salía por la boca, i conservamos viva la impresión de aquella horrible efigie. Probablemente Wooster la había extraído de alguna publicación ilustrada de Inglaterra o de Estados Unidos, a la que la remitiera, como sucedió más tarde con el retrato de Cambiaso, algún aficionado al dibujo entre los marinós o comerciantes residentes de aquellos países.

(1) «Benavides vestia pantalon, casaca i gorra colorada, seguramente con el objeto de atemorizar a los indios i hacerles creer que era el diablo.»—*Relacion citada de Pedro Ruiz Aldea*. Esto mismo confirma don Pedro Belmar, quien refiere que los indios no se acercaban a hablar con Benavides, cuando vestia ese traje.

(2) «Tenia por costumbre echar sus tragos para ahuyentar sus pesares.»—*Aldea, folleto citado, páj. 9*.

soldados que hacian la guardia de su casa porque se habian comido un costillar de puerco que guardaba para si (1). Otra vez mandó dar azotes a una infeliz mujer i a la hija de ésta, novia de uno de sus oficiales, porque habian vendido *medio de pan*, recibiendo el importe en dinero i no en el papel que él mismo habia fabricado i cuyo curso hizo forzoso bajo pena de la vida (2). Por ultimo, en otra parte referimos que a su propio amigo de intimidad, el coronel Diaz Lavanderos, a quien le unia el parentesco casi sagrado en esa época de *compadre*, lo hizo fusilar por la sospecha de haber intentado envenenarlo junto con sus principales oficiales, hecho gravísimo que solo se concibe en aquella espantosa guerra, pero del cual no nos ha quedado felizmente sino el testimonio recusabile del propio inmolador (3). Concedió, sin embargo, a su *compadre* el tiempo

(1) Los nombres de estos infieles se han conservado por la circunstancia de tener todos el mismo apellido i empezar con una misma letra su apellido. Llamábanse Jose Garibaldi, Jose Gariy i Jose Gutierrez. Al cabo que los mandaba, llamado Avendaño, le hizo dar Benavides doscientos palos con cuyo castigo quedó por muerto—(Datos comunicados por el oficial Saltarello.)

(2) Parte del coronel Prieto Concepcion, se jombre 6 de 1821.—La infeliz novia que tuvo a su fa estranña luna de miel, llamábase Rosa Ramírez i su propio prometido era el más no oficial Saltarello, enyo testimonio hemos invocado en varias ocasiones, i que naturalmente no se atrevió a hacerse, después de esto, el lejítimo marido de la «acotada».

(3) Segun la relación de don Pedro Belmar, era tan íntima la amistad de Benavides con Lavanderos que permitía a este pasar con frecuencia i de inmediato a las propiedades que tenia en el partido del Itata de donde sacaba caballos i otros recursos. La uno de estos viajes se dijo que habían pasado secretamente a Concepcion i recibido allí el terrible encargo de que le acusaba Benavides. Entre tanto he aquí el único documento fechante que nos ha quedado de esta acusación i de esta trama.

«Comandante general —Con motivo a que ayer me avisaron reservadamente que don Felipe Lavanderos era comisario secreto de los Insurgentes, manda al momento n e lo condujese bien asegurado, i luego que estuvo en mi presencia lo interrogue con severidad, i me confirmó i entró las instrucciones que le dieron los enemigos para meterme a mí i a todos los demás jefes i oficiales del ejercito, por medio de un veneno u u acto que conservaba Lavanderos con este objeto, el cual iba a distribuir a muchos comisionados para que lo extendiesen entre las tropas, i causase los infernales efectos que se proponía, pero la divina Providencia perdió se descubriese este crimen i tuviésemos tiempo de evitar sus funestas consecuencias. En esta virtud prevengo a US haga saber a los señores oficiales i tropa de la divisa de su mando este oficio leyendose en las campañas para que impuestos todos de los ardides i máximas de que se han valido los Insurgentes para destruirlos, se prevean como corresponde en la persona de su gente el uso de comida o beber que les vendan o encuentren en el campo i sea, sin que primero llegan tomar de las mismas especies a los que se ven en su condición, sean quienes fueren; en el concepto de que el enemigo es bárbaro, sin valor de presentarse al frente de las tropas, trata por estos medios a los i a los conseguio lo que no puede con las armas, siendo esto una práctica frecuente del estadio i n que se ha la, i que las victorias que tiene son raras.

«Procure US tener el muelle de balsas i canoas que se pueda, pues las lanchas que deban servir para el puente del Río, parece que no es posible su

necesario para confesarse i hacer su testamento, pues era hombre rico, dueño de haciendas en el valle del Itata, i en seguida, le ordenó sentarse sobre unos adobes en la plaza del pueblo, i a su vista lo mataron.

I en medio de esta vorájine de sangre que nunca se extinguia, encontraba todavía el pirata de Arauco tiempo i calma para entregarse a prácticas devotas i aun para constituirse en una especie de obispo de la Araucanía (1), a imitacion de Mañil Bueno, el toqui-sacerdote, haciendo reuniones eclesiásticas i conforme a los cánones, para rejir los destinos de su iglesia. Una casualidad feliz nos ha conservado el notable documento que damos a luz en seguida i que hace conocer a su autor bajo una de sus formas mas estrañas i menos conocidas. Dice así:

“Siendo de urgentísima e indispensable necesidad para remediar las urgencias espirituales del ejército, el nombrarse por los señores curas un nuevo provisor que sostituya al señor doctor don Pablo de la Barra, que se halla ausente en la otra parte del Biobio, cuyos límitros ocupan los enemigos, oficié con este objeto a los que segun derecho canónico debian ser electores del sustituyente, indicándoles la urgencia en que se hallaba esta comandancia jeneral de entenderse con una lejítima autoridad eclesiástica, en los graves asuntos que actualmente ocurren. En efecto, congregados los señores curas

conducción por varios inconvenientes que se presentan.—Dios guarde a U.S. muchos años. Arauco i setiembre 10 de 1821.—Señor coronel don Juan Manuel Pico, comandante de la division de vanguardia.

Nuestra inquebrantable impacialidad nos prescribe señalar, ademas, en este punto un paraje misterioso de la correspondencia del jeneral Freire al Director, el que, aunque escrito con una anterioridad de cinco meses al suplicio de Díaz Lavanderos (pues tiene la fecha de 12 de abril de 1821), está concibido en estos términos:

“Tengo mucha probabilidad de que el salteador Benavides perezca a manos de uno de sus mayores amigos. Dentro de quince días espero aviso del resultado.”

El desgraciado Lavanderos había salido ya a campaña cuando llegó a Benavides el fatal denuncio, i lo hizo alcanzar i traer a su presencia por medio del capitán Jervasio Alarcón. El acusado confesó que tenía el veneno hacia muchos meses escondido en la quincha de su rancho i allí se encontró.—(Datos comunicados por don Pedro Bermal).

(1) Tan a pecho tenía Benavides guardar todos sus fueros, aun los que se rosan con los cánones, que entre unos papeles que se le interceptaron en mayo de 1821, se le encontró un expediente en forma seguido por él, para conceder su suprema licencia para casarse a un capitán de dragones, llamado don José Salas, el mismo que sirvió de emisario para la conducción de estos papeles.

existentes en estos destinos en la sala del señor doctor don Flaviano Sepúlveda, procedieron al nombramiento del enunciado *prelado diocesano*, recayendo por plenitud de votos la elección en el señor doctor don Benito José Domínguez, capellán del batallón i plaza de Concepción, segun lo manifiesta la acta orijinal i oficio de remision que incluyo a Ud. adjunto, para que en vista de los expresados documentos i atendiendo a las graves i ejecutivas urgencias espirituales a que me es preciso atender, esponiéndolas a un prelado eclesiástico a que corresponda su conocimiento i remedio, se sirva Ud. proceder a la congregacion de los señores curas que residen en aquellos destinos, i celebrando entre ellos su elección capitular, conforme a derecho, se estiendan en acta los votos de los electores, i verificada esta operacion, se me remita orijinal, devolviéndome los documentos remitidos para darles el debido curso i que quede en ejercicio de su ministerio el provisto; i por exijir tambien la pronta conclusion de esto negocio, he tenido a bien el destinarn por conductor al capitán don José Salas, para que por su parte ajite el asunto i vuelva prontamente con la elección prevenida, esperando de la prudencia de Ud. practicará en obsequio de su ministerio esta interesantísima delijencia. Dios guarde, etc.—Arauco, mayo 8 de 1821.—*Vicente Benavides*" (1).

(1) Esta comunicacion fué interceptada por el jeneral Freire i enviada al ministerio de la guerra, donde se conserva orijinal, juntó con el siguiente documento no menos curioso que aquel:

“Convocados los señores curas, el cura castrense don Benito José Domínguez, el de Gualqui don Juan de La Paz, el de Arauco don Flaviano Sepúlveda, el de Rere don Juan Antonio Ferrebú, el de Colcura, el reverendo padre frai Vicente Ferrer i el del Parral don Pedro Espinosa, con el objeto de elejir una cabecera en que recaiga toda la jurisdicción como tal vicario capitular electo por hallarse el estado eclesiástico sin prelado diocesano: i juntos dichos señores curas en la sala de don Flaviano Sepulveda, cura i capellan real de esta plaza, han sufragado segun consta de su firma:

“Don José Benito Domínguez por don Juan Antonio Ferrebú.—Don Juan Antonio Ferrebú por don Benito José Domínguez.—Don Juan José de La Paz por don Benito José Domínguez.—Don Flaviano Sepúlveda por don Benito José Domínguez.—El padre frai Vicente Ferrer por don Benito José Domínguez.—Don Pedro Espinosa por don Benito José Domínguez.

“En el instante que se creó esta acta en la sala de mi habitacion, se me hizo entrega de ella con el objeto de que la haga caminar, a fin de que llegue a las manos de los señores curas existentes por las fronteras de San Carlos i demás circunvecinos. Lo que remito con su oficio de estilo.—Arauco, mayo 17 de 1821.—*Flaviano Sepúlveda.*”

De los miembros de este cónclave singular, nos han quedado solo muy escasas noticias. De Ferrebú ya hemos dado cuenta i la completaremos mas adelante, Domínguez había sido cura muchos años de la iglesia parroquial de Concepción.

En tales circunstancias, i remedias por la piratería i los envíos de Chiloé sus mas urgentes necesidades, solo hacian falta al caudillo para lanzarse de nuevo en el campo de la acción dinero i armas.

Su destino i su facundia le trajeron luego aquel recurso.

Siéndole ya imposible procurarse numerario, creó un papel-moneda manuscrito, de su propia invención, i ordenó por bando de 28 de julio de 1821 que circulara hasta el monto de cincuenta mil pesos bajo pena de la vida, primer ensayo de bancos hecho en el país que había merecido la moneda más sumptuosa de la América española! (1)

Las armas vinieron de otra suerte.

Navegaba en los primeros días de julio de Río Janeiro a Lima, un bergantín americano llamado el *Ocean*, conduciendo desde uno de los puertos de Estados Unidos un cargamento de armas, de cuenta de algún especulador; i al enfrentar a la isla predestinada de Santa María, ocurriósele a su capitán, Mr. Moisson, el renovar en ella su provisión de agua i leña que se hallaba casi agotada.

i segun el coronel Zañartu, a quien debemos estas noticias, él bautizó a los generales Búlnes, Cruz, Rivera i muchos de los jefes notables de aquella ciudad. Aunque buen cristiano i mejor hombre, tenía Domínguez algunas aficiones paganas i en especial la de Cupido, al que había erijido un templete dentro de su propia diócesis. Murió después muy anciano en el Toiné. Del cura Paz solo se conserva la noticia de su muerte acaecida por la costumbre singular que tenía de despertar a su sacristán, tirándole un pistoletazo, hasta que rebotando la bala en una ocasión lo mató a él mismo. En 1819 conoció en Gualqui a este cura, el joven americano cuya obra anónima hemos citado en otras ocasiones i refiere que era un hombre muy insinuante i de gran partido entre sus feligreses del s.º devoto, muchas de las que le siguieron en su emigración a Arauco, que tuvo lugar, como la de todos los demás curas, en la época de la retirada de Sánchez.

(1) Tenemos a la vista uno de estos billetes escritos en una tira de papel del tamaño de nuestros actuales cheques. Tiene en el centro un círculo formado con compás i en su centro se lee lo que sigue: «Núm. 255.—Vale un real por el comandante jeneral de la provincia de Concepcion.—Benavides.» En la orilla del círculo se lee —“Por el rei vale un real. Sirve desde el 1.º de agosto de 1821.” Por último a ambos lados del círculo del centro se lee.—Tómese razon.—Baeza.—Anotado.—Sanz.”

Este Sanz fué el comisario jeneral de Benavides después de la partida de don Calisto de la Fuente, i era un hombre entendido en contabilidad a quien don Juan de Dios Urrutia Mendiburu había hecho venir de España para que le sirviera de cajero. Baeza era un antiguo empleado subalterno de la tesorería real de Concepcion.

Antes de emitir esta moneda al pago del ejército de Benavides, se hacia exclusivamente en añil, tabaco i aguardiente, artículos muy a propósito para servir de moneda entre los araucanos.

En el mismo dia en que el *Ocean* echó sus anclas fué presa de Benavides i en una forma análoga a sus anteriores capturas.

Apénas es posible imaginarse la alegría feroz con que Benavides descubrió que la carga de aquella embarcación era de fusiles, tercerolas, pistolas i sables. Hizolas desembarcar todas en el acto, colocándolas en la destruida capilla de Arauco, donde apénas cabían, segun el testimonio de los espías de Concepción, los cajones que las encerraban, tan grande era su número. Benavides hacia circular la voz de que se componía aquel surtido de *trece mil* fusiles, igual número de carabinas i un número infinito de sables i pistolas. Pero en realidad no pasaban de tres mil los primeros i unos pocos centenares de los últimos, sobrados elementos, sin embargo, en medio de su penuria i en vista de los recursos de ese jénero de que podían disponer sus adversarios.

Provisto de todo lo que le era necesario para volver a equipar una fuerte division de operaciones, Benavides se ocupó solo de hacer una recluta jeneral i forzada en todos los partidos de ultra-Biobio i la Montaña, desde la edad de doce años hasta la de sesenta. A este efecto hizo venir a Pico hasta los Anjeles i encargó a Bocardo organizar en Quilapalo un rejimiento titulado *Húsares de la muerte* (1) Los drago-

(1) Benavides había mandado levantar este cuerpo desde el mes de mayo, i parece que se le dió por base los restos de la infantería montada que había servido desde el principio de la guerra a las órdenes de Elizondo, de lo que provino que ambos jefes chocaron, yendo el último a llevar sus quejas a Benavides. «Ha llegado, escribia, el último a Bocardo, el 9 de mayo, el teniente coronel Elizondo, esponiendo varias cosas que no puedo creerlas de la integridad de U.S.» Le recomendaba, en consecuencia, la harmonía con sus camaradas exhortándolo a activar la recluta por cuantos medios estuviesen en sus manos. Mas tarde vino Bocardo en persona a Arauco (agosto 6 de 1821), a llevar armas para su cuartel jeneral de Quilapalo. (Declaración de Josefa Garrido, espia de Benavides.)

El viaje de Bocardo pudo tener tambien por objeto el arreglar sus rencillas con Elizondo i reconciliarse con el mismo Benavides que entonces sospechaba de su fidelidad, «porque, dice Aldea, en su folleto citado páj. 7, que Benavides llegó a dar de ella i que escribió a Pico para que lo asesinase.»

Por este mismo tiempo vino a Arauco el coronel Pico, que asistía ahora con el carácter de jefe de vanguardia, i luego recibió la comisión de ir a apoderarse por mar de un buque que estaba cargado de maderas en la bahía del Tomé. Pico no tenía por costumbre negarse a cuanto se le exigía, i se embarcó con ochenta hombres escogidos en ocho botes de los tomados a los buques apresados. Impelido del viento, llegó sin novedad a la Quiriquina, pero sobrevino una espesa niebla que dispersó todos los botes, i los obligó a regresar, tardando algunas hasta ocho días en su excursion i esponiéndose sus tripulaciones, que llevaban por viveres solo un poco de ron i tosino, a perecer de hambre. Tuvo esto lugar en los últimos días de mayo.

Tan orgulloso estaba, sin embargo, Benavides, con su *escuadrilla sutil*,

nes fueron reorganizados bajo un nuevo pié, incorporando en sus mitades todos los marineros apresados, incluso los del *Ocean*.

Al comandante Senosiain encargó tambien el *comandante en jefe* (pues este era el nombre oficial que se daba Benavides) levantar un cuerpo ligero, que con el nombre de *Guías* le serviría de escolta personal, e hizo tomar servicio en él a todos los jóvenes decentes que no tenian colocación en otros cuerpos, sin exceptuar su padrastro i sus dos cuñados Torres i Ruiz, a quienes obligó a dar este ejemplo de condescendencia. Lisonjeaba base sobremanera su exhuberante vanidad con verse rodeado de una especie de guardia de corps, en que la mayor parte de los soldados tenian *don*. Nombróse ayudante mayor de este cuerpo al jóven español don Nicolas Rute, que había venido de Chiloé con Senosiain, i de cuyas amables prendas, en oposición a la ferocidad comun de aquellas jentes, conservan todavía buena memoria sus subalternos. Tambien aceptó servicio en este cuerpo, en calidad de capitán, el sobrecargo del *Ocean*, que era un caballero español llamado Zabala (1).

Con estos tres cuerpos de caballería, los antiguos *dragones*,

que aun pensaba dar con ella i con sus buques un golpe de mano sobre Valparaíso, al propio tiempo que por el sur llamaria la atención de los patriotas con su ejército de tierra—(Basil Hall,—Viajes citados, tomo I., páj. 368.)—Jervasio Alarcón se manifestaba en una carta que se le interceptó en mayo de 1821, en extremo orgulloso con el estado de la *marina real* en esa época.—“En el dia nos hallamo; con armada marítima, dice un habitante de Arauco (Fermin Salguedo en su carta de familiär del 20 de mayo ya citada). Tenemos una lancha cañonera, diez chalupas i el bergantín (*el Hercelia*) tambien se va a armar para *hacer nustros expediciones* por mar.

El mismo previsor Prieto llegó a temer el golpe de mano de que habla Hall. “Ahora que han tenido la suerte de pillar una fragata, escribia a O'Higgins des de Chillán el 17 de agosto, se hallan ya en aptitud de invadirnos por mar, sin que no sea able impedirlo.”

Por este mismo tiempo intentó Benavides despachar como emisario de un pacto de alianza con el jeneral Carrera, al oficial don Pedro Garreton, segun viudos en la nota credencial ya publicada. Garreton no llegó, sin embargo, a salir para aquella comisión, talvez por la noticia de la derrota i muerte de Carrera.

Este mismo Garreton, hijo de un oficial patriota, don Vicente Garreton, que hizo la campaña de los auxiliares de Buenos-Aires en 1811, i de una señora Gavan, es el mismo que adquirió despues alguna celebridad por la captura de su primo el coronel Vidaurre en su hacienda de Pitama. Garreton fué por muchos años gobernador de Casa-Blanca.

(1) Parece que en este mismo buque venian de pasajeros dos niños del apellido de Zabala, por cuyo pasaje hasta Lima mandó ofrecer a Benavides desde esta ciudad mil i quinientos pesos el rico hacendado chileno don Pablo Hurtado. ¡Serían acaso aquellos don Juan i don Jose Zabala, ministro de la guerra el primero en España i muerto el segundo en un motín de Trujillo donde

los *Húsares de la muerte* (que se componian, a pesar de su nombre, de una pesada infantería montada) i el escuadron de *Guías de Senosiaín*, junto con los cañones de montaña que había traído Carrero de Ancud, encontróse ya Benavides en aptitud de volver a tomar el campo, tan luego como la vuelta cercana de la primavera le permitiera la movilidad sobre los intransitables caminos i ríos del sur.

Ya hemos visto que el dia 10 de setiembre pedia a Pico aprontase balsas en la ribera sur del alto Biobio, a fin de estar pronto para trasportar el ejército i abrir de lleno la campaña (1).

Llegado es, pues, el momento de pasar a la opuesta banda del Biobio i ver cuáles preparativos hacían los patriotas para resistir a esta nueva i en apariencias mas terrible correría de los titulados defensores del rei.

era prefecto el año, último? (1857) Tenemos fuertes motivos para creerlo así. Al menos uno de esos jóvenes, a quien Benavides forzó a servirle de ayudante de campo, llamábale Juan.

(1) Benavides tenía a la sazón distribuidas sus fuerzas en diversos grupos, en Arauco, Pileu, Palco, Santa Juana i Quilapalo. En Colcura mantenía una vanguardia acuartelada en la capilla de aquella aldea, i al mando del comandante Agustín Rojas.—(Declaración de la espía Garrido.—Concepción, agosto 8 de 1821).

CAPITULO XVIII.

Posiciones de las fuerzas patriotas en el invierno de 1821.—Disolucion del númer. 1 de Coquimbo.—Puestos del enemigo.—Operaciones militares durante el invierno.—La cordillera de Chillan.—Julian Hermosilla.—Nuevas correrías del comandante Torres en la Montaña.—Maniobras para extraerse a los Pincheiras.—El correo de a pie Manuel Turra.—Revela éste el secreto de la entrada al malal de los Pincheiras.—Arriagada se dirige a sorprenderlos, pero sin éxito.—Destrucción de las guerrillas de Peña, Contreras, Cháves i Espinosa i su castigo.—Bocardo sorprende al capitán F. Bulnes.—Otros encuentros.—Confianza i negligencia en Concepción.—Prodigialidad de licencias a los jefes.—Justas censuras del coronel Prieto.—Notables comunicaciones que descubren la prevision i suspicacia políticas de este jefe.—Indiferencia comparativa del general Freire.—Si absoluta falta de recursos.—Se resuelve a ir en persona a Santiago para procurárselos.

El mismo tiempo que Benavides se robustecía en Arauco con el fruto de sus crímenes, las divisiones patriotas languidecían en sus cuarteles de invierno, trabajadas a la vez por el hambre i la desnudez, las correrías de los montoneros enemigos i la inclemencia de una estación excepcionalmente rigurosa.

El jeneral en jefe del ejército había distribuido sus fuerzas despues de su entrada a la tierra en las mas importantes posiciones de la provincia, i en una forma semejante a la que vimos eligió en circunstancias análogas, durante el invierno de 1820.

En Chillan quedó a cargo del coronel Prieto, i reteniendo

siempre su título de *según la division*, una fuerza de quinientos veteranos, de los que sesenta i dos eran artilleros, ciento veinte i nueve infantes i trescientos siete jinetes.

El coronel Viel se había sido situado en Yumbel con su escuadron de grauaderos (*Húsares de Marte*), habiendo pasado a aquella plaza desde Santa Juana, cuando en marzo regresaba el jeneral Freire de su parla con Coihuepan, i recibido en seguida una fuerza de trescientos hombres, infantes i jinetes, de la division de Chillan, para sostener a todo trance aquella posicion importantísima.

El resto de las fuerzas guarnecia a Concepcion i los diversos pueblos fronterizos, cuyos escombros conservaban todavía los patriotas. El mayor Salazar se hallaba en Nacimiento con una gruesa partida i con el título de comandante jeneral de guerrillas de la Laja. El comandante don José María de la Cruz, ocupaba a Rere con su escuadron de la Escolta; otra gruesa division, como hemos visto, expedicionaba tierra adentro, aliada a Venancio, i el resto del ejército, que a la sazon contaba mil seiscientas ochenta i nueve plazas, (sin mencionar las milicias de los partidos del Itata que se había hecho regresar a sus hogares), se hallaba acantonado en Concepcion.

El jeneral en jefe no había introducido otra novedad en la tropa que guarnecia la capital de la provincia que la disolucion del antiguo i glorioso núm. 1 de Coquimbo, el que por órdenes recibidas de la capital fué incorporado en el núm. 3 o Carampangue.

Sin embargo de que aquel desventurado cuerpo cambiaba su bandera por la del pabellon que mas gloria se había conquistado durante aquellas campañas, en que el heroismo andaba sobrado, no pudieron sus soldados resistir al dolor de aquel desaire; i de trescientos treinta i cinco hombres de que constaba en esa fecha, se desertaron cincuenta el dia mismo en que se les notificó que su nombre, para ellos por tantos titulos querido, (el de *cazadores de Coquimbo*) no figuraria ya por mas tiempo en el escalafón del ejército (1) “Ese dia,

(1) Comunicacion del jeneral Freire al gobierno. — Marzo 14 de 1820.

dice el capitán Verdugo que despues de la disolucion de los dragones de la patria, habia pasado a aquel cuerpo llevado de su mala estrella, ese dia pocos fueron los corazones, por mui duros que fucsen, que no se hubieran enternecido al ver aque llos soldados llorar como unas criaturas, diciendo que despues de tantos años de padecimientos, en que unos a otros se consolaban en ellos i que un pan que merecian tener tenian el mayor gusto el comerlo entre los que podian, pues eran de un mismo lugar; i los que no eran parientes eran conocidos i amigos desde su juventud. Efectivamente que en dicho batallón habian soldados que tenian tres hijos tambien de soldados i a mas habrian mas de cien pares de hermanos, i esta separacion les hacia llorar amargamente, considerando lo mal que se les pagaba sus servicios."

En cuanto a las posiciones que ocupaban las bandas enemigas de aquende el Biobio, ya hemos dicho que no solo eran inespugnables, sino aun inaccesibles. La inmensa cordillera de los Andes, al llegar, en efecto, al *Descabezado del Maule*, pierde en gran manera su rijidez abrupta trazada por perfiles atrevidos que hienden el azul del firmamento; i sus altaneros conos, cubiertos con el manto eterno de las nieves inclinando hacia los valles su cerviz *descabezada* (como lo dice su ultimo pico ya nombrado), se dilatan en florestas iumensas, abriendose en su seno innumerables valles i hondanadas, capaces de alimentar a la bestia i al hombre. De aquí el oríjen de los *pehuenches* (*jente de los pinales*), desconocidos al norte del Maule i la esplicacion de su vida nómada, mudando siempre sus tolderías de cueros, en demanda de praderas para sus ganados, segun el progreso de las estaciones.

Es aquella Montaña, una de las formaciones jeolójicas mas interesantes del universo i la verdadera maravilla de nuestra bella cuanto desconocida patria. "En frente, dice uno de los raros esploradores de aquellas comarcas (1) del nuevo i antiguo Chillan, dos ciudades edificadas en el llano intermedio, domina en los Andes un cerro conocido bajo el nombre de la *Sierra Nevala de Chillan*. Es una masa semi-esférica de nieve,

(1) El elocuente escritor i sabio don Ignacio Domeyko.—*Viajes a las Cordilleras de Chillan.*—(*Anales de la Universidad correspondientes a 1850.*—páj. 63).

ceñida de inmensas selvas que descienden hasta el pie de la cordillera. El llano en esta parte es de superficie bastante igual, i casi enteramente desprovista de árboles, salvo algunos valles de poca hondura, entre los cuales el del pequeño río de Chillán.

“En toda la ceja de la montaña, donde las antiguas selvas sub-andinas tocan al llano, aquellas insensiblemente se aclaran o se esparcen en innumerables bosques i arboledas, en medio de los cuales se ven habitaciones rodeadas de huertos i sementeras, mucha población agrícola, cierto bienestar en la clase trabajadora, i animadas campiñas. Parece que los ancianos peumos i robles, bajo cuya sombra i amparo trabajan allí los hombres, conservan todavía su influjo tutelar, inaccesible a la codicia i la desmesurada ambición del gran mundo.

“A medida que avanzamos se nos presentan los sitios por donde no ha pasado todavía el hacha del hombre: élévase más i más el terreno, entallado en forma de valles i colinas, sin que aparezcan rocas ni piedras duras, que en cualquiera otra parte de los Andes resguardan por lo común las entradas i obstruyen el paso.

“Solo aquí el valle parece más ensanchado i la vista del viajero puede libremente desplegarse por la inmensidad de florestas que parecen no tener fin ni límite sino en la rejión del hielo perpétuo. Tras las más altas, asoman todavía los vértices de otras más elevadas, i otras de mayor extensión cierran las entrañas del mismo valle, de modo que no se divisa ni se sospecha la existencia de dos lejanos llanos i campos abiertos. Si a esto se agrega un silencio i calma que por lo común reinan en la profundidad de aquellas montañas i en cuyas cumbres solamente suele bramar el viento, como un remoto mar no sosegado, tendremos una reseña de estas rejiones, a cuyo carácter grave i misterioso muy bien asientan las frecuentes brumas i neblinas que de la misma cumbre de la sierra nevada se descuelgan i bajan silenciosamente por las faldas i quebradas de los cerros, parándose en los parajes más ásperos i escarpados.”

En medio de aquellos sitios eternamente llenos de un sublime horror se habían asilado los Pincheiras, segun dejamos re-

ferido, como los jenios del mal que pueblan el averno. De allí saldrían mas tarde como enfurecidos demonios a llevar la muerte i el terror a la llanura i a los valles. El nombre de aquél paraje era el *Roble guacho*, estancia del guerrillero realista don Manuel Vallejos.

Bocardo, por su parte, inspirador secreto de aquella gavilla, se hallaba en Quilapale, con su segundo Elizonde, Briones de Maldonado, i otros caudillejos, i desde allí hacia frecuentes escursiones hacia Tucapel por la falda de la Montaña. Sostenían este último punto, tan importante en el distrito sub-andino como Yumbel en la llanura, el capitán de dragones del rey don Juan Bautista Espinosa i el guerrillero Contreras. Por último, el infatigable Pico, alma de todo, ya estaba en la vecindad del *malal* de los Pincheiras, aleñando su vacilante fidelidad con sus consejos i amenazas; ya corría la Araucanía con Mariluan; ya atravesaba la cordillera de Nahuelhuta, ora por una dirección, ora por otra, para combinar sus planes con Benavides en Arauco; ya también, convertido en pirata, asaltaba buques de todas las naciones en las caletas de la isla de Santa María o expedicionaba sobre el Tomé, mandando una escuadrilla de botes.

Las operaciones militares durante el invierno reducíanse, pues, por parte de los patriotas, a desalojar al enemigo de las pocas pero casi inaccesibles posiciones que aun conservaban en la banda setentrional de la gran línea fronteriza, i las del último, a mantenerse en ellas.

Vamos a dar cuenta de aquellas muy suscintamente para asistir en seguida a la rápida campaña que iba a dar al fin un desenlace a esta tremenda guerra de tres años.

Después de la rendición del prestijioso caudillo San-Martin, que como hemos visto entró a Chillán el 12 de febrero, seguido de sus últimos secuaces, solo quedaron en la Montaña vecina los Pincheiras i su antiguo e inseparable aliado Julian Hermosilla, llamado por apodo el *Legañoso*, i el mismo, que según se recordará, ocupó a Chillán con Antonio Pincheira después de los desastres del Pangal i Tarpellanca.

Era este afamado guerrillero, que solo vino a deponer las armas en 1833 en las lagunas de Pulauquén, donde se hizo jus-

ticia a sus crímenes, un mozo de buena familia, nacido en el lugarejo del Paso Hondo, departamento de Rere. Se había alistado por entusiasmo en 1817 en el batallón núm. 3 de Chile, i alcanzado luego las insignias de sargento; pero hallándose de guarnición en Arauco en ese mismo año pasóse al enemigo, ignorándose por qué motivo (1).

Desde entonces desplegó el desertor un carácter tan activo como irreconciliable, siendo más tarde el principal promotor de las incursiones que hicieron los Pincheiras a los campos de Mendoza, donde se dijo había muerto él mismo al célebre capitán Francisco Aldao, solo por robarlo (2).

La partida de Hermosilla solía, pues, aproximarse a Chillán cometiendo todo género de excesos, hasta que encontrándose en la Montaña con otro destacamento patriota, el 16 de febrero de 1821, fué batido con pérdida de cuatro de los suyos, abandonando él mismo su caballo para salvarse en la espesura de las quebradas. "Hermosilla, escribía el coronel Prieto al Director el 28 de febrero, anda fujitivo, a pie, desnudo, comiendo renuevos de maqui" (3).

Poco después, el comandante Térres hizo una entrada más formal a la Montaña, i en un encuentro que sostuvo solo con veinte i cuatro dragones mató diez i ocho enemigos i volvió a Chillán el 16 de marzo con un botín de armas compuesto de veinte i siete tercerolas, nueve pistolas, veinte i seis sables, doce lanzas i una fragua completa.

(1) Datos comunicados por el coronel Zañartu en cuyo cuerpo sirvió Hermosilla.

(2) Datos comunicados por los señores don Manuel i don Gonzalo Gasmuri, de Chillán.

(3) "Pincheira está siempre tenaz, decía el coronel Prieto en esa misma comunicación al Director; pero también le tengo preparada su emboscadilla. Hermosilla escapó antes de ayer tirándose de una quebrada inaccesible, aun para los más vaqueros; no obstante se le tomaron cuatro bandidos, se dispersó el resto i se ocupó su alojamiento, en donde se le quitaron, entre otras cosas, sus títulos, órdenes i otros papeles." Después de este golpe parece que Pincheira entró en algunas vacilaciones de las que daba cuenta el coronel Prieto en carta del 15 de marzo; pero añadía que a consecuencia de ciertas comunicaciones que le había enviado Bocardo, había vuelto a obstinarse en su resistencia a transijir.

Según el señor Gay, Pincheira estuvo perfectamente convenido en entregarse i solo pidió permiso para castigar ántes a los pehuenchés vecinos que le habían robado sus ganados. Pero lo hizo desistir la circunstancia de haberlo enviado Bocardo los despachos de capitán, confirmándolo en el mando en propiedad de su montonera, que ántes solía dividir con Hermosilla.

Fué despues de estos desastres, cuando Antonio Pincheira se retiró con sus hermanos Santos, Pablo i José Antonio, sus concubinas i sus salteadores a su mal impenetrable de Malbarco en las vecindades del volcan de Alico, fortaleza natural e inespugnable, de la cual para desalojarle, años mas tarde (1827), hízose preciso enviar un ejército entero por tres rumbos diferentes.

No desmayó por esto el coronel Prieto en su propósito de reducirlo, a virtud de la intriga o de las armas, i a principios de junio envió en su demanda por el boquete de Alico al infatigable Arriagada, que hacia las veces de su segundo, como jefe político i comandante de armas de Chillan.

Aquel hombre constante e intrépido vagó diez i siete dias entre la nieve i los huracanes de aquellos bosques portentosos; pero no consiguió mas resultados en su penosa correría que quitar la vida a un salteador que encontró por acaso en algun desfiladero. A su regreso a Chillan hizo, sin embargo, una presa valiosa. Tal fué la del célebre espía i correo pedestre Manuel Turra, "hombre mui ágil, dice el comisario Castellon, emprendedor, astuto, ladrón i el mayor facineroso en contra de la patria."

Tenia este montañez tal práctica de los senderos de la cordillera i tal hábito en sus correrías, que nunca usaba caballo, i apesar de esto servía de constante e infatigable correo a Pico, a Bocardo i a los Pincheiras. Para él, las cien leguas de riscos i precipicios que separan a Quilapalo de Malbarco, eran una jornada fácil i habitual. Sorprendióle, pues, de vuelta de una de sus excursiones una partida de Arriagada mandada por el Macheteado, en compañía de tres de sus amigos, los que en el acto fueron fusilados. Mas como la fama de Turra le hacia digno de mas solemne escarmiento, lo llevaron vivo a Chillan. Fúsosole en el acto en capilla, i le conducian ya al suplicio, despues de haberle prestado los últimos auxilios religiosos, cuando ocurrióse al comisario del ejército, que podria sacarse algún partido de aquel curioso correvedile de las montañas.

Impetró el último por su vida, la obtuvo; i en cambio Turra ofreció morir mil veces por la patria, descubriendo desde luego

el secreto del asilo de los Pincheiras i ofreciéndose él mismo a conducir la columna que debia sorprenderlos.

Esta empresa parecia, sin embargo, punto ménos que imposible. "Segun su confesion, dice su propio salvador (1), la entrada del lugar donde residian los Pincheiras no era accesible sino por un punto preciso, que distaba tres leguas de su domicilio. A pesar de esto, tenia de dia i de noche centinelas apostadas de distancia en distancia que le servian de telégrafo para darle aviso en un momento si se presentaba al lugar de entrada alguna tropa de la patria, o individuo desconocido. De esta manera, el aviso circulaba dando la primera centinela un hachazo en un roble, que retumbaba a mucha distancia, i así se comunicaba instantáneamente de unos a otros hasta llegar al campamento; i la señal de los hachazos, mas o ménos, indicaba la novedad del parte que se daba. Pincheira, por otra parte, se separaba de su campo todas las noches con alguno de sus hermanos, por lo que jamas se sabia donde dormia, mudando de lugar para que ni por los suyos se le pudiese traicionar."

El mismo Turra, sin embargo, se encargaba de tentar un golpe de mano como dueño del secreto de las centinelas i del curioso telégrafo del monte. La principal dificultad consistia, en que siendo tres hombres los que guardaban la entrada, no era posible sorprender el campo de los montoneros ni hacerse dueño a la vez i en un solo momento de aquellos. Turra se encargaba, por su parte, del que primero saliese, despues de dar él mismo la señal del hacha. Conviniase ademas en que al echarse sobre el guardian, i enterrarse un puñal en la garganta, daria el grito de *viva el rei!* a fin de que cayesen los otros simultáneamente sobre las dos centinelas que él no podia ultimar.

Con estos antecedentes marchó otra vez a la Montaña a mediados de junio el comandante Arriagada, llevando por guia a Turra; pero hubo de regresar pronto a Chillan, porque todas las dificultades que habia aquél hecho presentes resul-

(1) Castillon, Relacion citada.

taron verdaderas (1). “Hízose la empresa, dice Castellon; llegóse al lugar citado; dióse la señal del hacha; se presentaron las centinelas; hablaron a Turra, le dijieron que como venia cuando lo juzgaban muerto, pues sabían que lo habian llevado a Chillan; negó el hecho i comenzó a darles noticias finjidas de Quilapalo, convidiéndolos entre tanto a apearse para tomar un trago i hablar. Solo uno se apeó del caballo; se abrazó de él Turra, gritando *viva el rei!* i lo mató como lo había prometido; pero los que estaban montados huyeron a dar aviso, sin que la tropa pudiese apresarlos, ni se pudo hacer otra cosa de provecho.”

Así quedaron ilesos por esta vez aquellos famosos bandidos que tantas lágrimas costarian despues a los pueblos del sur. En cuanto a Turra, siguió siendo fiel, ágil i ladron, porque a poco le mandaron a pié con un aviso a Tucapel i regresó a Chillan con dos caballos ensillados i un sable (2).

Miéntras estas correrías se repetian por la parte de Chillan entre las tropas del coronel Prieto i las gavillas pincheiranas, encuentros análogos tenian lugar mas al sur, entre los montoneros realistas de Tucapel i los granaderos i partidas volantes que guarnecian a Yumbel.

El 28 de marzo de 1821 dirijíase, en efecto, el guerrillero patriota Barra desde esta última villa al fuerte de Santa Bárbara a la cabeza de sesenta hombres; i habiendo encontrado de camino al famoso José Peña, el mismo que había intentado quitar sus caballos a O'Carrol en Tucapel en abril de 1820, i que ahora marchaba ocultamente con una árria de yeguas cerriles enviadas por Bocardo a Pico desde Tucapel, lo hizo rendirse. Cojido Peña sin combate, fué fusilado en el acto con gran satisfaccion de toda la provincia, porque este monstruo inhumano “ se jactaba de haber hecho perecer por sus solas manos no menos de ciento treinta i seis patriotas” i entre éstos nueve enfermos que sorprendió en Yumbel (3).

(1) Carta del coronel Prieto al Director, Chillan junio 15 de 1820. En ella dice que el golpe se malogró por estar avisado Pincheira de la traicion de Turra, lo que prueba cuán activo era su espionaje.

(2) Castellon, Relación citada.

(3) Oficio del general Freire al gobierno.—Concepcion, marzo 23 de 1821.

Tal es uno de los muchos ejemplos característicos de aquella guerra olvidada por nuestras jeneraciones, como si el horror hubiese venido apartando nuestros ojos i los de nuestros padres de sus sangrientos arcanos!

Poco despues el comandante en jefe de la guarnicion de Yumbel, que hemos dicho era el teniente coronel Viel, despachó una partida de su cuerpo al cargo del valiente cabo Bustos con el objeto de sorprender al guerrillero realista Contreras, que dijimos se aposentaba en Tucapel; i tan bien cumplió su comision aquel soldado que mató doce de los secuaces de Contreras i regresó a Yumbel trayendo en sus *alforjas* la cabeza del último, que fué clavada en una pica en el cerro del Centinela (1).

Pocos dias mas tarde volvió a mandar Viel otra columna de cuarenta granaderos a Tucapel, ocupado de nuevo por el capitán de dragones Espinosa con una fuerte guerrilla. Los granaderos se portaron en el encuentro con su antigua bizarria, matando veinte hombres del enemigo i fusilando siete que cojieron vivos (2). Su jefe, mas feliz que su antecesor fué a entregarse al coronel Prieto, quien en lugar de clavar en un poste su cabeza, a la usanza del cabo Bustos, lo nombró juez de campaña en el mismo partido en que ejercitaba ántes sus corterías (3).

Por esta misma época el gobernador de Puchacay batió al guerrillero Chávez que interceptaba, junto con los Lagos del Itata, el camino real entre Concepcion i Chillan. Escusado es decir que habiendo caido prisionero fué pasado por las armas junto con doce de sus afiliados, castigo merecido por las atrocidades de aquella gavilla. Contábase entre éstas el asesinato del juez de Palomares, un anciano de sesenta años de edad a quien degollaron en su casa con su mujer, su hijo i tres sobrinos de menor edad que le acompañaban (4).

Tambien debió aocntecer en estos dias un golpe de mano

(1) Despacho de Viel al jeneral Freire.—Yumbel, abril 12 de 1821. (*Archivo del ministerio de la guerra*).

(2) Oficio de Viel a Freire.—Yumbel, abril 30 de 1821. (*Archivo del ministerio de la guerra*).

(3) Oficio de Prieto al gobierno.—Chillan, mayo 31 de 1821.

(4) *Gaceta ministerial* del 23 de febrero.

afortunado que dió sobre una partida que recorria la Montaña de Cholvan, a cargo del capitán don Francisco Búlnes, el activo Bocardo, fuentes de pasar definitivamente el Biobio para encerrarse en su guarida de Quilapalo, al oriente de Santa Bárbara. Pero un grupo de dragones que salió de Chillan, mandado por el teniente don Manuel Zañartu, junto con las partidas volantes del *Macheteado* i de *Machenga*, repararon aquel contraste, obligando a Bocardo i los suyos a dejar la Montaña. Quedó en ésta como solo dueño i señor desde su inaccesible *malal* el terrible Antonio Pincheira.

Tambien se ejecutaron algunas correrías por la línea del Laja i del Biobio, mas siempre con el éxito mediano que permitian la debilidad de nuestros caballos i la inclemencia del tiempo (1).

No obstante estos continuos afanes, como, por una parte, el invierno recrudecia, i por la otra, Benavides se reconcentraba en Arauco casi desapercibido, comenzó a creerse que la guerra estaba otra vez terminada de la misma manera que, con escasa sensatez, se había ya juzgado por dos veces despues de Curalí i ántes del Pangal (2). A tal punto cundió esta persuasión que la mayor parte de los jefes de importancia se retiraron con licencia a Santiago, siendo de este número los mayores Acosta e Ibáñez de dragones, el comandante jeneral de artillería i del parque, don Ramon Picarte, i hasta el mismo activo i diligente Viel, a quien llamaban a Santiago asuntos de corazón. Dejó este jefe con tal motivo su escuadrón a cargo de un teniente, hecho grave de impericia i de descuido

(1) «Acabo de saber, aunque no oficialmente, que el valiente capitán don Luis Salazar, comandante de las guerrillas de la Laja, ha logrado dar un buen golpe a los enemigos en Santa Bárbara.

«Hoy han salido 60 cazadores de esta plaza para sorprender a Ferrorbú que se halla en Curalí. Creo que se logrará el golpe, según las medidas que se han tomado. Al mismo tiempo debe ser sorprendido un famoso comandante de guerrilla que también se halla de la otra parte del Biobio.

«Por Tucapel hai alguna reunión de enemigos que llama la atención de la segunda división situada en Chillan.» (*Oficio del jeneral Freire al gobierno.—Concepción, abril 12 de 1821.*)

(2) En la capital misma comenzó a pensarse de esta manera, al punto que el Director había pedido con fecha 27 de marzo, que se le devolviese a toda prisa el escuadrón de cazadores de la escuadra que mandaba Boil, talvez para cubrir la capital de las incursiones de Carrera, que por esa época amagaba pasar las cordilleras por San Juan i Mendoza.

que provocaba la justa censura del suspicaz coronel Prieto (1.)

No cesaba éste de manifestar su sorpresa delante de aquella estraordinaria prodigalidad de permisos, cuando él estaba mui lejos de juzgar del estado de la campaña bajo del mismo prisma en que se la contemplaba en el cuartel jeneral de Concepcion. "Los enemigos nada intentan *por ahora* escribia, en efecto, este sagaz jefe al Director, el 9 de mayo de 1821; pero nosotros tampoco nada les hacemos sino enredo i tramas (2) *Crea V. E. que la guerra no está concluida, como generalmente se dice.* Es preciso, añadia, *prevenirse para abrir en la primavera formalmente la campaña, i concluir con los restos del vandalaje, que si son ahora despreciables, no lo serán cuando se abandonen.*"

Un mes mas tarde el comandandante de la segunda division mostrábase todavía mas previsor i mas espléscito. "Conviene mucho (escribia el 22 de junio, hablando de los aprestos de Benavides en Arauco) cortar el vuelo a sus ideas quijotescas; mas para ello es preciso que V. E. nos auxilie. La fuerza de esta division es mui corta e insignificante, desde que se le quitaron los húsares, el escuadron de cazadores i las dos piezas mejores de artillería.

"Yo creo que para la primavera podremos vernos en la precision de obrar activamente i para esto es necesaria la caballería de que carezco. Si no hacemos la guerra *sino a la defensiva*, nada se consigue, solo se aumentan los gastos del erario i los enemigos no se acaban. Sin *dominar las campañas*, pocas ventajas nos dá la ocupacion de los pueblos; sin embargo de que la opinion de Chillan es de bastante respe-

(1) Carta de Prieto al Director.—Chillan, julio 10 de 1821.—Ni aun el valiente mayor Beauchef que regresaba a Santiago por aquellos miemnos días (junio de 1821), llevado de motivos enteramente análogos a los de su camaruda i paisano Viel, fæd detenido, a pesar de las escases de oficiales de nota en Concepcion. El distinguido capitán Horroosque, quo servia en la infantería, tambion pasó con licencia a la capital.

(2) No escusaba tampoco las tramas i los enredos el enemigo, finjiendo comunicaciones i movimientos. El 11 de marzo decia Prieto que Pico se hallaba en la hacienda de las Caateras con los caciques Marijuan i Hancamilla, a la cabeza de cuatrocientas lanzas, amenazando a Yumbel. En seguida, hacia fines de aquel mes, el guerrillero Rubilar avisaba a Prieto desde el Diguillín que se aguardaba por aquel rumbo al capitán Neira, de Santa Juana, con una columna de 400 caballos. Pocos días, despues (el 7 de abril) el mismo Prieto comunicaba que Bocardo había escrito a Pincheira quo estaba preparándose para caer sobre el Maule por los caminos de la Montaña, todo lo que no pasaba de noticias falsas para mantener en alarma a los patriotas.

to en estas comarcas. Procure pues, V. E., ver cómo se aumenta esta fuerza para que finalicen cuanto ántes los males de nuestra provincia."

Pasaron algunos dias i subian de punto las aprehensiones de aquel caudillo, que se hallaba no obstante, alejado del teatro propio de la guerra por la distancia material i la frialdad de ánimo, a la vez, que reinaba entre los jefes de ambas divisiones. "Señor, decia a O'Higgins, lleno de alarma el 1.^o de julio de 1821 (tres meses justos ántes de la batalla que el enemigo vino a darle a las puertas mismas de Chillan), Señor, esto en el dia demanda mucha atencion; los bandidos se rehacen sin perdonar arbitrios; ellos tienen levantados los indios, con lo que mantienen atemorizada toda la provincia; han criado i armado buques piratas, mayores i menores, con los que saltean en las costas toda clase de embarcaciones, sean de la nacion que se fueren; han estendido sus relaciones con los montoneros, prisioneros i demás bandidos de la otra banda, i aguardan auxilios de ellos o a ellos mismos para continuar la guerra, como tengo avisado a V. E. ántes de ahora. Conviene, pues, señor, cortar con tiempo el incremento que van tomando estos perversos, asegurándoles con buenas guarniciones los puntos principales, que son Arauco, Yumbel i Tucapel, i manteniendo la fuerza necesaria i de respeto en Concepcion, i éste (Chillan), que creo es el mas interesante punto para nosotros."

I cuatro dias mas tarde (julio 4) con su acostumbrada diligencia, i haciendo siempre uso de la correspondencia privada, arbitrio que mas cuadraba a su jenio receloso, volvia Prieto a expresarse en estos terminos.

"Segun los anuncios que tengo i aun los insinuaciones del mariscal Freire, parece que los enemigos se disponen a hacer sus correrías en la próxima primavera i probablemente sus miras se dirijirán a este punto, que por todos aspectos es tan interesante. Colocado casi en el centro de la provincia, tiene la mejor aptitud para atenderse a todas partes, i su imediacion a la Montaña es ademas oportuna para impedir el refugio al vandalaje i aun la reunion con Carrera o *Montenegro* (?), sobre quien han inculcado ya los facinerosos como indiqué a V. E.

anteriormente. Ciertamente que esta fuerza es suficiente para mantenerse a la defensiva dentro de la ciudad, pero de ningun modo capaz de oponerse a la inundacion de los campos, que es lo que mas nos interesa. El estado que remito de oficio al ministerio de guerra demuestra la insignificancia de mi division (1). Sino se refuerza, perdemos sin duda la opinion, porque no es posible contener con ella el impulso del vandalaje reunido con los indios. Una multitud de habitantes inermes de las campañas sufrirán los males que siempre causa la inundacion de los bárbaros. Por cariño unos i otros por temor seguirán sus pasos. Los presentados, viendo nuestra impotencia, volverán sin duda a su vida pasada i todo será una nueva confusión. Yo siento la prevision de este cuadro; pero no hai remedio i es cierto i forzoso anticipar la noticia a V. E., así para que se sirva procurar los medios de impedir tan grandes males como para libertarme yo de toda nota. El creer que uniendo los húsares a los dragones podria aumentar esta fuerza, ha sido uno de los motivos que me impelieron a recomendar semejante medida, bajo la direccion del comandante Viel. Hable V. E. reservadamente con este jefe sobre *las insinuaciones* que hice en mi última reservada, i verá que conveniente es dar tono a esta division.

“Ella será siempre (decía al terminar estas graves *insinuaciones* que presagiaban la abdicacion del Directorio en un dia no lejano) ella será siempre un apoyo contra los vándalos i servirá en cualquier caso para cualquiera ocurrencia que pueda resentirse dentro de nuestro territorio.”

Entre tanto el jeneral Freire no sentia, por su parte, aunque separado del enemigo solo por las aguas del Biobio, ni asomos de aquella inquietud ni de aquella salvadora aunque maliciosa prevision. Contentábase con decir friamente al Director con fecha del 10 de junio que Benavides se encontraba con cuatrocientos cincuenta hombres en Arauco, alentado

(1) Todos los auxilios recibidos durante el invierno por la division de Chillan consistian en 146 caballos en buen estado, que llegaron a aquella plaza el 26 de julio de 1821.

con sus presas marítimas, al paso que Bocardo organizaba dos escuadrones en Santa Bárbara (1).

Servíale con todo, de justa excusa para su inacción el eterno motivo del abandono que hacia el gobierno del aniquilado ejército que mantenía a sus órdenes. "Este cada vez más pobre, escribía el 20 de marzo de 1821 en carta íntima al Director. Desde que me levanto no oigo otra cosa más que clamores i miserias de las viudas."

Al fin, i como jamás llegaba el alivio tan ansiosamente solicitado, desesperóse el sufrido comandatario; i a fines de julio púsose en marcha para Santiago, acompañado del asesor Palma, con el objeto de esclarecer una vez para siempre aquel enigma que duraba ya tres años.

Aquella resolución sería funesta porque al paso que volvía a dar brios al enemigo, que esparció otra vez como en 1820 la voz de *su fuga*, no alcanzó ningún género de auxilios "porque (según dice el sucesor del doctor Rodríguez Aldea en la cartera de hacienda, cambio operado tal vez a influencias de aquel jefe), no se encontró entonces (setiembre de 1821) en tesorería con qué dar cinco pesos a una viuda que los pedía llorando para comer" (2).

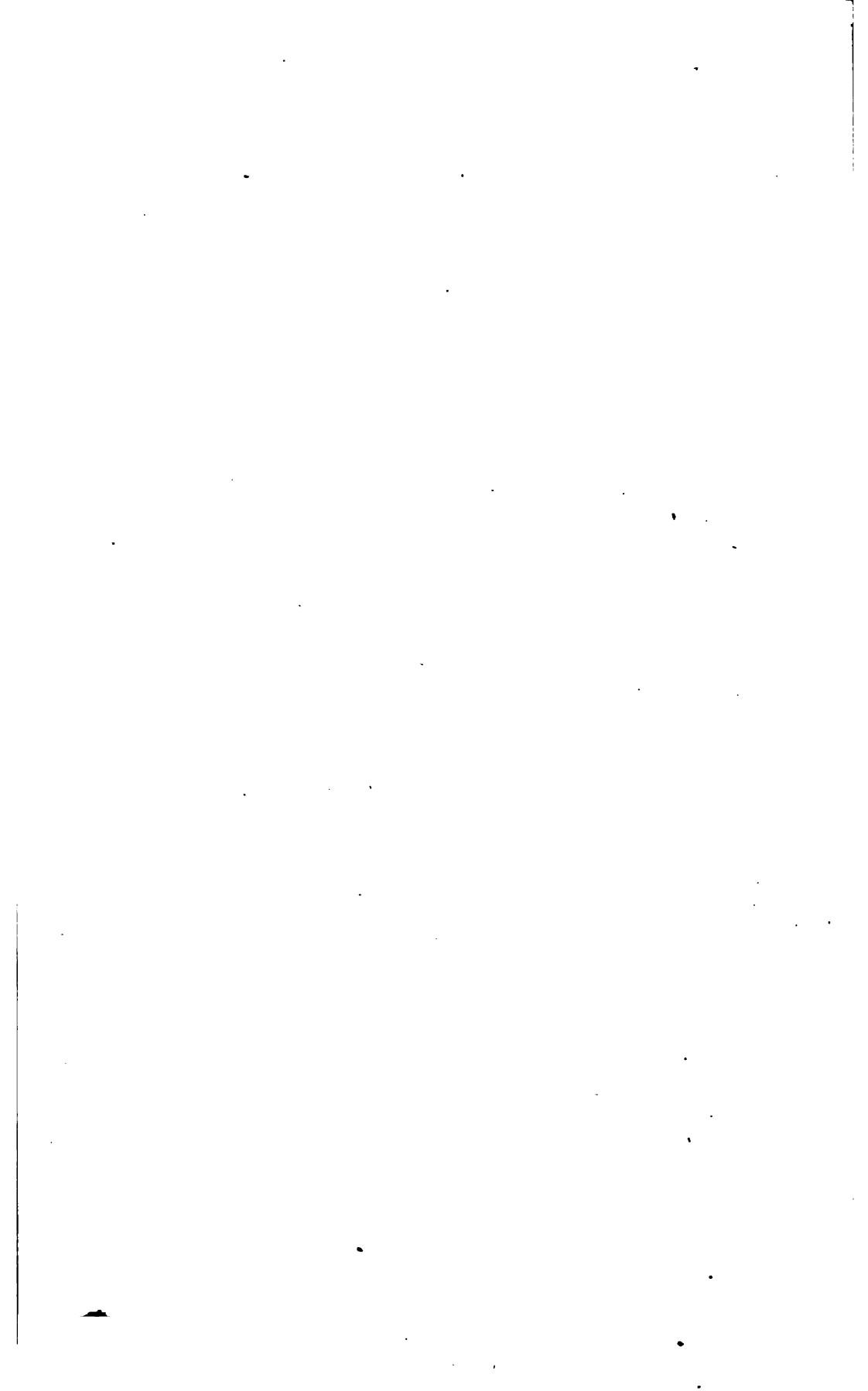
Igual miseria e igual abatimiento reinaba a la sazón en las capitales del Mapocho i de Penco, donde no había siquiera con qué enjugar las lágrimas de los huérfanos de aquella guerra que todo lo devoraba en sus insaciables entrañas.

(1) He aquí este párrafo textual, escrito con motivo de las presas hechas por Benavides.

"Ha dado, dice, nuevo entusiasmo i vigor a sus tropas, contando al presente en Arauco, *según parece*, con 450 hombres i empeñado en completar la fuerza de dos escuadrones por Santa Bárbara i San Carlos, a las órdenes de Bocardo, que se halla por aquella parte."

(2) *Manifiesto de la conducta pública de Agustín Vial*.—(Ministro de hacienda, pág. 5).





CAPITULO XIX.

El coronel Prieto en Concepcion.—Su actividad i terribles castigos que ejecuta.—Sus comunicaciones sobre el estado de última postracion en que se hallaba el ejército i la provincia.—Reaccion que opera en los ánimos.—Pone en conocimiento de Benavides la ocupacion de Lima i contestacion del último.—Su alarma por la situacion de Chillan.—Espantosa miseria de este pueblo.—Estado de nuestra hacienda pública en setiembre de 1821.—Jenerosidad personal del director O'Higgins.—Su enerjica representacion al Senado sobre arbitrios, i confiscacion del monasterio de la Victoria.—Benavides pasa el Biobio.—Composicion de su ejército i su debilidad moral.—Entusiasmo de las escasas fuerzas de los patriotas.—Bocardo i Pincheira se reunen a Benavides.—El coronel Rivera celebra Junta de guerra en Concepcion i se resuelve evacuar la ciudad.—Desesperacion del vecindario.—Envian un espresso al jeneral Freire.—A prestos que hace el coronel Prieto para defendierse en Chillan.—Atrevida capture del capitán Neira.—Benavides se presenta delante de Chillan i escaramuzas que tienen lugar el 2 de octubre.—Grotesco desafío de Benavides i sus jefes al coronel Prieto.—Se retira aquél a Cato, pasa el Nuble i ocupa sin resistencia a San Carlos.—Se incorpora al coronel Prieto la mayor parte de la division de Concepcion i sale al encuentro de Benavides.—El coronel Diaz.—Fuga de Benavides i su persecucion.—Pincheira huye a la Montaña.—Batalla de las Vegas de Saldías.—Muerte del comandante Rojas i otros oficiales del enemigo.—Asesinato del prior Washington.—Verdadero carácter militar de aquel hecho de armas i sus resultados.

El 21 de julio de 1821 pasaba por Chillan el jeneral en jefe del ejército del surde camino para la capital i encomendaba al coronel Prieto el mando de aquel i de la provincia. El 4 de agosto partia en consecuencia para la capital de la última aquel jefe, acompañado del comisario de ejército don Juan Castellon i de su secretario don Bernardo Ossorio.

El coronel Prieto, iba a mantenerse a la altura de la breve

pero terrible crisis que venia desencadenándose por la última vez sobre la desgraciada provincia de Concepcion. Verdad era que su superior, de quien en secreto era émulo, habia dado al enemigo un golpe del que no volveria a levantarse sino en fuerza de las convulsiones de su propia agonía; pero éstas iban a ser tan crueles como violentas, i a él le tocaria luchar contra los últimos esfuerzos del monstruo, no poco recobrado ahora por una incuria prolongada en que tenia tanta cabida la falta del don de gobierno, cualidad meramente abstracta, como la magnanimidad del corazon, que muchas veces convierte en una culpa, a virtud de la iniquidad incorrejible de los hombres.

“Encontró el coronel Prieto, dice uno de sus propios compañeros de viaje i de labores (1), el pueblo de Concepcion en un estado de triste languidez; infectada de espías de Benavides, que le daban partes diarios de todo lo que passaba, mientras que los patriotas no tenian sino mui escasas noticias de lo que hacia i de sus preparativos. Continuamente se paseaban por el pueblo oficiales de Benavides i de dia se mantenian ocultos en las casas de los realistas.”

Puso el coronel Prieto en consecuencia su principal empeño en desplegar una terrible i saludable severidad con los ajentes del enemigo, i en fomentar aquel mismo servicio, ántes descuidado, en la otra banda del Biobio. Con este fin creó una junta de seguridad pública, compuesta del inflexible comandante de armas Barnachea i de los ciudadanos Benismelis i Novoa. No tardó ésta en descubrir uno de los ocultos asilos donde se albergaban los espías del enemigo, i se impuso a los culpables un pronto i cruel castigo. En la mañana del 6 de setiembre amanecieron colgados de cuatro horcas en la plaza de Concepcion los cadáveres de dos infelices mujeres llamadas Manuela Mendoza i Catalina Sobarzo, convencidas de encubridoras de espías, i los de Candclario Ibacache i Fermin Garrido que ejercian este triste oficio. Tambien se probó igual delincuencia a un fraile mercenario llamado Gómez, quien dirigia sus intrigas desde el fondo del cláustro por medio de un

(1) El comisario Castellon, relacion citada.

hijo suyo, que estuvo despues preso, o por conducto de la madre del muchacho que era una señora de Concepcion (1).

Ocupóse tambien de poner algun remedio a las necesidades del ejército i del vecindario de aquella infeliz ciudad que estaba literalmente muriéndose de hambre, racionada con puñados de trigo i aun, en ocasiones, privada de este mismo mísero recurso, en los momentos en que Benavides regalaba sus montoneros con las bien surtidas bolegas de los buques de que se habia hecho dueño (2).

(1) «Fernando Gómez fué el espia mas frecuente que introducia Benavides en esta ciudad, asociado de su malvado progenitor, cuyo nombre se calla en respeto a su estado.»—Comunicacion de Fr.-rie al Director, negándose al indulto de Gómez, solicitado por su madre en Santiago.—Concepcion, setiembre 4 de 1822.

(2) He aqui algunos fragmentos de la correspondencia privada del coronel Prieto con el Director que dan a conocer el tristísimo estado de Concepcion por aquellos dias. Dicen asi en sus respectivas fechas.

«Concepcion, agosto 17 de 1821.—Por la correspondencia que en esta fecha dirijo al jeneral Freire, verá V. E. acercado ya el momento en que los enemigos van a principiar sus correrías. Nuestra situación actual no nos permite oponernos a su torrente. Tenemos poca caballería i mal montada. Las tropas desnudas, sin socorro i aun sin tener qué comer. Hasta los enfermos de este hospital están rationados de a pan por dia i comiendo charqui o lo primero que se halla. Muchos días son las once, i no tiene la provision cosa alguna que dar de comer a los cuerpos. Vea V. E. cuál es la situación de esta ciudad. Los enemigos saben todo esto, i por eso talvez se animan a hacer su pasada.

«Segun parece, ellos piensan en atacar los puntos mas retirados e indefensos. Entre estos se comprende Chillan i aquella triste fuerza está espuestísima. De aquí a dos días salgo para aquella ciudad, si el tiempo no me lo impide, como hasta aqui. Voi a tocar los apuros más grandes, pero talvez el amor que me profesan aquellas jentes nos servirá de algo en la presente crísis. El jeneral elevó una nota de mis urgencias. Procure V. E. remediarlas con brevedad. De lo contrario todo se pierde. Los presentados todos se van i nosotros quedaremos reducidos al cuadro de Chillan. Ya lo he insinuado varias veces a V. E., i era justo no ser tan gravoso. Pero son males mui grandes los que deben esperarse, i no es justo ser omiso. Los caballos, las mulas i alguna fuerza de caballería son los primeros auxilios que necesito, sin olvidar algún dinero para el pago de aquellos infelices soldados.

«Concepcion, agosto 22 de 1821.—Aquí hai muchas miserias, pero siquiera hai alguna fuerza i mas recursos que tocar; pero en Chillan ni fuerzas ni recursos. Aquel punto indefenso es el que va a sufir el primer golpe. Conociendo esto mismo, ansio por irme allá para arreglar el mejor modo de poner en seguridad aquél pequeño número de soldados: mas los negocios que han ocurrido no me lo permiten, i solo espero que V. E. mire por aquella division nominal.

«Concepcion, setiembre 5 de 1821.—Los cuerpos no ven un real hace muchos meses. No comen sino trigo hace ocho días. Ayer se acabó este último recurso, hoy no hubo que darles: mañana no sé qué hacer. El pueblo no tiene un lio de charqui porque todo se le ha consumido ya, ántes de ahora. La caja pobre, los rios grandes; los partidos abundantes en distancia; poca confianza en los habitantes de la campaña para hacer suplementos de animales, etc. ¡Vea, pues, V. E. cuál es mi situación!

«Quién puede responder de su comisión en estas circunstancias? Yo, ciertamente no; i ya lo he anunciado a V. E. Sirvase, pues, activar la remesa de alguna tropa, de caballos, de dinero, de vestuario, de armamento, de vivieres i de uno o dos buques de guerra. De lo contrario habremos vencido a fuerza (en el Perú, i nuestros pueblos) sufrirán un nuevo saqueo peor que los primeros.

«La segunda division aun está peor. Su fuerza es tan corta que más bien es

Por medio de los castigos inflijidos al enemigo i los estímulos prodigados a aquellos nobles soldados que hacia tres años se batian desnudos i olvidados por la salvacion de su patria, reanimóse un tanto el espíritu de las poblaciones del Bío-bío delante del peligro creciente de una invasion del bárbaro agresor. "Se puso en tono el espíritu de las tropas, dice Castellon, i se inspiró confianza a los patriotas. Se levantó un pequeño empréstito; se socorrió al ejército i se aterró a los realistas, que ántes se burlaban del gobierno i de sus partidarios i ocultaban en el pueblo hasta doce espías del enemigo, que se alternaban de veinticuatro en veinticuatro horas, pasando de a dos cada noche en una balsa que enviaba el enemigo posessionado de San Pedro.

Otra tentativa hizo tambien el nuevo jefe de la provincia para detener al caudillo realista en su terrible i próxima irrupcion. Habiendo llegado a Chile, a ultimos de agosto, la noticia de la ocupacion de Lima por el ejército libertador i la deposicion de Pezuela por el suyo propio, escribió el coronel Prieto a Benavides i a sus principales jefes llamándolos a razon en vista de que ya habia cesado en América el poder de España i que era sobrado tiempo de abandonar una causa que no tenia ni sancion, ni responsabilidad, ni siquiera un nombre. Pero Benavides, que no era sino un salteador ensimismado por sus propios crímenes, jamas se habia batido por el rei ni por la España. Odia-ba, al contrario, a los españoles, pues era un criollo de sangre, i continuamente le oian decir sus confidentes que si alguna vez llegaba a Santiago daria un puntapié a la España i se haria rei, cacique o presidente.

Iguales sentimientos, excitados talvez por un natural desprecio, albergaban hácía él los españoles mas conspícuos que le rodeaban, i por esto le veremos en breve desconocido por Pico, Carrero, Senosiaín i otros jefes que renegaron de su obediencia i de su nombre. Su respuesta fué, en consecuencia, llena de altanería i de insolencia contestando el 7 de setiembre a

piquete. Su caballería se compone de 80 a 90 reclutas, sin armas, sin oficiales, porque los mas de éstos los dejó corrompidísimos su comandante (!), sin vestuario, tambien insolutos, como los demás i faltos todos de comida suficiente. El riesgo es mayor allí por su misma indefension, por la posición central del pueblo i la opinion que tienen por aquel punto los enemigos. Mañana o pasado marcho para allá a ver qué remedio puede haber."

la misiva de Prieto, que tenia fecha 4 de ese mes, que se batiria miéntras le quedase un solo soldado, un solo fusil (1).

En vista de esta respuesta, convencióse el coronel Prieto que no quedaba mas partido que pelear, i se dispuso a ello con varonil corazon. Su sagacidad natural i los informes de sus espías le ponian en evidencia el itinerario que iba a tomar el enemigo, el cual no podia ser sino el de la abierta i desguarnecida Chillan. Preocupóse, en consecuencia, de poner aquella plaza, como fuera posible, en el mejor estado de defensa, dirigiéndose en persona a tomar el mando de la segunda division. Lastimábale solo dejar en tan triste abandono al coronel Rivera con el enemigo al frente i en medio de un pueblo que no pedía ya pólvora para batirse sino pan con que apaciguar su hambre de tres años. "Me atolondra, esclamaba Prieto el 9 de setiembre, la aproximacion del enemigo, porque veo los males, i no encuentro remedio con nuestra poca caballería i recursos. Me acuerdo de Chillan que no tiene casi como resistir, i me angustio. Pero sobre todo me afije que no hai en esta ciudad un grano de trigo, un buei, una fanega de frejoles, nada, nada que dar de comer a las tropas. Los enemigos saben esta necesidad. Algunos de sus amigos los llaman con instancia dc aquí, i si trancan el Itata perecemos de necesidad."

Partió, sin embargo, el 16 de setiembre hacia Chillan el activo intendente, acompañado siempre de Castellon; i habiendo llegado a aquella plaza dos días mas tarde, se sorprendió de hallarla en un estado mas deplorable todavía, si tal era posible, que el que cabia a la agonizante Concepcion. "En efecto, he venido a encontrar mi division, escribia al Director el 26 de setiembre, tan miserable como no la creia. Sin pan i sin carne para darle que comer, i el pueblo careciendo

(1) «Ya indiqué a U.S. en mi comunicacion del dia 6 que había hecho correr entre los enemigos las plausibles noticias de Lima i que aun hasta el mismo Arauco las había estendido con una carta seductora que mandé a Benavides. Hoy ha regresado el conductor, i me ha traído la contestacion, cuya copia mando oficialmente al jeneral Freire. Por ella verá U.S. cuáles son los pensamientos de aquel facineroso. Sin embargo, en su gente algo ha producido la noticia i ahora pienso causarles mayor commocion, remitiendo a varios puntos aquellas comunicaciones originales para que vean la tenacidad de su caudillo». (Carta del coronel Prieto al Director.—Concepcion, setiembre 9 de 1821).

lo mismo. Las puertas de este vecindario están diariamente pobladas de infelices de todas clases que vienen a implorar la jenerosidad de los que creen tienen mas recursos. Todo es lástimas, i yo no sé qué hacerme! Es preciso que V. E. ponga todo su anhelo en remover esta mendicidad. En Concepcion ya es intolerable igualmente. Bastante lo tengo insinuado i por no ser molesto omito pinturas tan tristes pero que exigen un remedio mui pronto."

Tales eran las alternativas de aquellos aciagos tiempos! I lo que mas hondamente ajita el corazon en vista de tantos i tan largos dolores, es recordar que eran parte en ellos no solamente aquellos bandidos de lanza i de machete que siquiera jugaban su vida en el otro lado del Biobio, sino otros malvados de peor especie que bajo el disfraz de *contratistas* jugaban al peculado i a la infamia en las plazas mercantiles de Santiago i de Valparaiso (1).

(1) Ya en otra ocasion hemos hablado, en vista de documentos públicos, del estado de espantosa postracion a que había llegado nuestra hacienda pública por esta época. He aqui, a mayor abundamiento, como se expresaba el mismo ministro de hacienda (don Agustin Vial) que se recibió de la cartera de ese ramo en setiembre de 1821.

—La situación del Estado, dice en su folleto citado páj. 3, acometido formidablemente por el sur; su ejército hambriento i desnudo, después de dieciocho meses de reclamos que forzaron a su jefe a venir para hacerlos personalmente, i sin efecto hasta entonces, amagado al norte por el mejor ejército que tuvieron los enemigos interiores (el de Carrera); Valdivia sin situado i amenazado de Chiloé; la escuadra sin víveres que reclamaba bajo la protesta de retirarse; la casa de Moneda cerrada, sin fondos, créditos sin pagarse mas de ocho meses; el erario empeñado en mas de tres cientos mil pesos que valia solo el papel del que acababa de tomar razon yo mismo; sin crédito, lo que le hacia perder un veinte o un veinte i cinco por ciento, i a excepcion de la Guardia, Escuola i Batallon núm. 7, sin pagarse las listas militares, atrasadas las civiles, i desesperadas las de maestranza, inválidos, viudas, pensionistas i hasta las asignaciones de las infelices mujeres de los artesanos conducidos por la fuerza a Concepcion».

Segun el mismo Vial el alcance que resultaba a principios de 1822 en favor del ejército del sur ascendia a la enorme suma de 89,550 ps (Folleto citado, páj. 19).

Hemos hecho ver en otras ocasiones que no estaba en manos del gobierno i especialmente del director O'Higgins el auxiliar debidamente al ejército del sur.— El pais se hallaba agotado por la guerra esterior i por el escandaloso peculado de algunos aventureros que habian llegado hasta el poder. O'Higgins en persona hacia los esfuerzos que estaban a sus alcances. El doctor Rodriguez Aldea en su *Satisfaccion pública*, impresa en 1823 (pág. 100), asegura que aquell magistrado erogó en dos ocasiones dos mil pesos de su peculio para sostener la guerra en el sur. Esto mismo confirma el coronel Prieto en una carta de 7 de octubre escrita desde Chillan al mismo Director. «Las libranzas que me mandó el ministro de hacienda, dice, de la cantidad erogada por V. E., no han sido cubiertas por no estar Lantaño en esta ciudad». Apesar de esto i cuando en setiembre de 1821, estrechado por Fiore i por los partes del sur, supo que Benavides volvia a presentarse preponderante sometió al Senado una urgente i olemne comunicacion, con fecha de 10 de setiembre de 1821, declarando que

La hora de la crisis se aproximaba entretanto.

El 20 de setiembre un espia llamado Maldonado, a quien el comandante don José María de la Cruz tenia apostado en las alturas de Bere, dominando el vado de Montereí, divisó innumerables balsas que trasportaban jente armada desde la opuesta orilla. Era Pico que venia con sus dragones formando la vanguardia del ultimo ejército que paseara en Chile el estandarte del rei. El activo montonero habia elejido, con discrepancia de dos dias, la estacion misma en que cruzando el año anterior el Biobio se habia enseñoreado de triunfo en triunfo de toda la provincia (1). Mui diversa, empero, seria ahora su suerte.

Componíase el ejército de Benavides esta vez de cerca de mil quinientos hombres, especialmente de caballería, distribuidos en tres cuerpos principales, a saber, los dragones que mandaba siempre Pico (seiscientos veintiún hombres) teniendo por comandantes a Carrero, Ferrebú, Agustín Rojas i Alarcón, que habia sucedido al malogrado Zapata; los *húsares de la muerte* con trescientas plazas, organizados en Quilapalo por Bocardo, Elizondo, Briones de Maldonado i Villeuta, que eran sus comandantes, i por último, el escuadron aristocrá-

el ejército del sur se hallaba «indotado, desnudo i falso hasta de viveres para su diario alimento i en consecuencia mas próximo a disolverse por una dispersion total que a resistir por dos minutos un ataque.»

«Declaro solemnemente, decia el Director en ese documento, que la Patria se salvará con dificultad suma si en el acto mismo no se dan providencias fuer- tisimas para colectar dinero *sacando de donde se encontrase.*»

Por un senado consulto de 13 de agosto de 1821 se habia mandado establecer durante cuatro meses una contribucion especial de 15 por ciento sobre todas las exportaciones nacionales, pero esto a nada bastaba. Fué en estas circunstancias cuando se despojó a las monjas llamadas hoy de la Victoria, de su monasterio, sito en un ángulo de la plaza de la capital, i el cual se vendió un lote por la suma de 80,000 ps. Hemos tenido a la vista la curiosa intimacion que se hizo a aquellas infelices para desamparar su claustro a nombre de la *religion católica, amenazada por Benavides,* (textual) en circunstancia que éste escondia a las monjas trinitarias de Concepcion en Tucapel, haciéndoles creer otro tanto de los patriotas. El decreto de traslacion de las monjas a la recoleta Franciscana fué expedido el 12 de setiembre de 1821, dos dias des- pues de la intimacion perentoria de O'Higgins al Senado.

El clero de Santiago se suscribió tambien en esta época en 365 ps. para sostener la guerra.—(*Gaceta Ministerial* del 8 de diciembre de 1821).

(1) Es singular la coincidencia que ofrecen las tres invasiones mas considerables del ejército de Benavides a la banda setentrional del Biobio. En la de 1819 los montoneros pasaron el río el 20 de setiembre, en las de 1820 el 18 i en las de 1821 otra vez el 20. Esto prueba que las fronteras tienen tambien como los franceses su *reinte de marzo*, en que Belona abre de par en par sus puertas.

tico de *Guías* que en número de cien plazas había levantado en Arauco Senosiaín. Traía también Benavides una partida de cuarenta tiradores veteranos que mandaba el bravo Neira, un pelotón de cien infantes, en los que venían incorporados algunos de los infelices marineros de los capturados en Arauco i, por último, un pequeño cañón de montaña. Sus municiones eran escasas, pues no pasaban de un paquete por soldado i tres cargas de repuesto, mientras que el estado de sus caballos no pasaba de mediocre.

En lo que aquella fuerza podía considerarse verdaderamente formidable era en su armamento, pues todo se hallaba flamante i repartido con tal abundancia que cada soldado parecía un castillo de carabinas, sables i pistolas, ademas de muchas cargas que traían de repuesto para ir armando el paisaje que viniera a presentárseles.

Pero sin embargo de que esta división era doble en número a la que Pico había llevado al Pangal en 1820, no se ostentaba ni con mucho tan terrible como aquella. El ejército realista había sido verdaderamente aniquilado en las vegas de Talcahuano i en las calles de Concepción, i los que ahora tomaban el campo no eran siquiera sus restos aguerridos, sino reclutas enganchados bajo la presión de la muerte, de acuerdo con órdenes terminantes de Benavides que en otra ocasión hemos recordado. Bocardo, por ejemplo, no traía de Quilapalío con el título de *húsares de la muerte* sino una turba de campesinos, imberbes o ancianos los más, que había alistado a la fuerza entre los emigrados de aquella vecindad. No eran más dignos de nota las *Guías* de Senosiaín, en que a su vez habían tomado partido los emigrados de la costa, i por último la infantería constaba solo de unos pocos soldados españoles, (últimos rezagos de la famosa expedición de Cantabria) i de los desgraciados extranjeros que venían ahora arrastrándose por el suelo en fuerza de las fatigas de un servicio al que no habían estado acostumbrados.

Aquel ejército no era, pues, sino en apariencia digno de respeto; i aun puede decirse que en medio de sus filas, su propio jefe más parecía estar llenando los oficios de un capataz que trae en custodia un convoy de armas que el puesto de un general que

conduce un ejército a campaña. Lo que había de esencial en la división de Benavides era el armamento. Los soldados eran simplemente lo accesorio.

Sucedía precisamente todo lo contrario en el campo patriota. Aunque el coronel Rivera tenía en Concepción una fuerza de mil quince hombres, carecía ésta absolutamente de caballos, de víveres, de municiones i de armas adecuadas, mientras que Prieto aseguraba en sus cartas íntimas que solo tenía en Chillán setenta i ocho jinetes i ciento sesenta infantes en estado de batirse (1). Del resto de sus fuerzas, existían noventa hombres de caballería, pero sin sables ni caballos, i otro tanto sucedía en Concepción con el escuadrón de cazadores que mandaba Cruz.

Pero aquellos soldados cubiertos de harapos, sin raciones i sin armas, a diferencia de los de Benavides, se hallaban animados de la resolución suprema de poner alguna vez término a sus males o morir, i tales hombres no podían ser batidos por reclutas que salían de sus madrigueras con el solo estímulo del robo o bajo el látigo de la obediencia.

Benavides, por otra parte, no traía esta vez como auxiliares los terribles bárbaros que tanto pavor causaban a nuestros soldados de las provincias centrales i que en aquella guerra constituyan un elemento casi indispensable de victoria. La acertada medida del general Freire de internar una fuerte división en la Araucanía tenía ahora a aquellos ocupados de sus propias matanzas.

En esta disposición de las respectivas fuerzas que iban a estrellarse, Benavides pasó en persona el Biobío el mismo 20 de setiembre siguiendo con su escolta a los dragones de Pico; en Yumbel se incorporó con los húsares de Bocardo que bajaron de Quilapalo (2) i por último, al pasar por la vecindad de Tucapel, reuniósele Antonio Pincheira, que seguidamente cinco o seis de sus compañeros había bajado de su malal por órdenes de Benavides para tomar parte en aquella correría. Con estas fuerzas i un número que no bajaba de doscientos

(1) Carta privada al Director.—Chillán, setiembre 22 de 1821.

(2) Dato comunicado por el comandante Salvo de Santa Bárbara, que venía en la división de Bocardo.

tos cincuenta paisanos, armados en el tránsito mismo de la division realista, se acampó ésta en las márgenes del Itata el 27 de setiembre de 1821, interponiéndose entre Chillan i Concepcion. Aislaba de esta suerte las dos divisiones que guarneían aquellas plazas, amagando atacar tan aprisa a la una como a la otra.

Entre tanto, advertido al dia siguiente, 21 de setiembre, el coronel Rivera, en Concepcion, por el comandante Cruz, que observaba de cerca al enemigo, de los movimientos indecisos con que éste abría la campaña, inclinándose a veces ya hacia el rumbo de Concepcion ya al de Chillan, convocó a junta de guerra a sus principales jefes, i en la hipótesis de que el plan del enemigo no podía ser sino batir aisladamente una i otra de las dos divisiones patriotas, se acordó por unanimidad abandonar el pueblo a su suerte i dirijirse con todas las fuerzas hacia Chillan por el camino de la boca del Itata (1).

En vista de esta resolucion, el triste vecindario de Concepcion, que no contaba ya con el asilo fortificado de Talcahuano, se entregó a un indecible pavor, i reprochando talvez a sus defensores como un acto de pusilanimidad su retirada, volvieron sus ojos aquellas desventuradas víctimas a su antiguo i amado jefe, el general Freire, que se hallaba a una distancia de mas de cien leguas. Colectaron en consecuencia entre los principales vecinos una pequeña suma (pues un solo individuo ni aun una familia podian hacer un gasto que era tan injente para aquellas circunstancias), i despacharon un espresso a la capital para hacerle ver su desesperacion i llamarla en su socorro. "Es imponderable la consternacion de este

(1) He aquí los términos en que Rivera daba cuenta al coronel Prieto de la resolucion del consejo de guerra con fecha del mismo dia 21 de setiembre.

"En razon de las noticias que tengo de la fuerza enemiga i sus movimientos, he convocado a los jefes de esta division i junta de seguridad pública para resolver las medidas mas convenientes, para evitar los males que es posible experimentar.

"En consecuencia se ha resuelto que esta primera division se retire a la otra parte del Itata, para que reunida con esa, no se aventure la suerte de la República que consiste en la pérdida de una u otra division. Consiguiendo ésto, estamos en aptitud de poder obrar con conocidas ventajas. Las razones mas imperiosas que nos obligan a tomar esta medida son la grande falta de víveres i caballos. Ya se toman todas las providencias para realizar la retirada; mas no puedo decir qué dia se efectúe por la falta de algunos útiles para ella de que se hacen activas diligencias. Mi marcha la emprenderé a la boca del Itata, donde US. me impartirá sus órdenes."

pueblo, escribia en aquella ocasion al mariscal el comandante de armas Barnachea. Las familias ya iniciaban a marcharse a pie sin excepcion de persona, no llevando mas equipajes que el que podian cargar en sus manos i espuestas a perecer en el camino, como le estan las que aun han marchado. A US. lo dejan con ansias, i por esto se han obligado a costear, como han costeado, este propio para por él suplicar a US. se sirva contestar a la mayor brevedad, por ver si de aqui sacan algun consuelo.

“En San Pedro tenemos una partida con una pieza de artilleria que nos está mojando con sus tiros, i cuyas balas han llegado a este pueblo. Ultimamente en US. fija este vecindario toda su esperanza” (1).

Por fortuna para aquel infortunado i heroico pueblo que habia sido el verdadero Calvario de la revolucion chilena, Rivera suspendió su movimiento, ora porque le moviesen a compasion los clamores de las familias, ora, i esto parece mas probable, porque le faltasen medios de movilidad. Ello es lo cierto que al dia siguiente de la resolucion del consejo de guerra, habia cambiado aquel jefe tan completamente de plan que llamaba ahora a Concepcion al mismo Prieto, en razon de contar el ultimo con mejor caballeria. “Yo creo, le escribia el dia 22, que podriamos destruir al enemigo con probabilidad, si US. halla por conveniente venir con su caballeria, a fin de reunir las fuerzas i emprender sobre él. Para esto me podrá anticipar aviso, i señalar el punto de reunion en intelijencia que esta fuerza no lo podrá verificar en mucha distancia por la falta indicada (la de caballos). US., en consecuencia, me impartirá lo que resolviere en el particular.”

Entre tanto i en la espectativa de que Benavides parecia

(1) Carta del comandante Barnachea a Freire, setiembre 21 de 1821.

El jeneral Freire debió recibir esta comunicacion el 28 de setiembre junto con cartas de Rivera, porque encontramos una nota de aquella fecha (29 de setiembre), en que pide al gobierno acantonar una division en Talca para cubrir la capital i juzga inevitable el abandono de Concepcion i Talcahuano. “Así mismo, considero indispensable, decia en esta comunicacion, que se acantonen en Talca respetables fuerzas para reparar oportunamente cualquier desgracia; i tambien porque siendo forzoso reunir las dos divisiones, el enemigo puede hacer sus correrias hasta el Maule por la parte de la Montaña, sin que para evitarlo pueda tomarse otro arbitrio qu: el de abandonar la ciudad de Concepcion i el puerto de Talcahuano con perdidas incalculables.”

marchar de preferencia sobre Chillan, se dió órdenes al comandante Cruz para que siguiese sus pasos con el escuadrón de cazadores que tenía en Rere, hostilizando en cuanto le fuese posible su retaguardia, mientras que los guerrilleros de Rere Dúmaso Morales i José Quezada, cubrían los vados del Laja i del Biobio, con el propósito de cortar a aquel su retirada, en caso que experimentase algún desastre.

Al mismo tiempo que esto sucedía por la parte del Biobio, el coronel Prieto se hallaba en no menores conflictos en Chillan. Tomaba empero, con acierto i energía todo género de medidas para resistir heroicamente al enemigo, si mas no fuera encerrándose dentro del cuadro de la plaza para encontrar allí su sepultura o la de aquel. “La posición del jeneral, dice uno de los confidentes íntimos de sus afanes, era difícil. Los puntos cardinales de Concepcion i de Chillan debían guardarse. Los campos estaban a la disposición del agresor en los lugares que ocupaba en su tránsito. La pobreza era estremada. Los auxilios no venían ni tampoco el jeneral Freire. Sus recursos consistían en su sagacidad i en el amor de las tropas i de los pueblos” (1).

“Todo se prevenía entre tanto para la defensa, añade el mismo narrador. Los paisanos del campo fueron avisados de que Benavides venía robando, matando e incendiando a fin de que se recojiesen con sus familias i ganados dentro del cuadro de la plaza, i así lo hicieron en crecido número; se practicaron cortaduras i fosos donde convenía, i se trabajaron parapetos i troneras en las paredes de las calles; se hicieron trincheras de adoves i maderas en las esquinas del cuadro; se reunió a los vecinos i se armó a los que sabían tirar. Las mujeres cuidaban de la comida i de hacer hilas para el hospital, i ellas mismas echaban de las casas a los hombres para que fuesen a tomar las armas; i no se permitió a nadie que emigrase del pueblo, sin distinción de rangos ni edades. A todos se dió bandas para ponerse al brazo durante la acción, i se asignó a cada uno el puesto que debía ocupar en las trincheras, en las cortaduras i en los tejados. No se puede imaginar, concluye el prolífico narrador, el grado de entusiasmo

(1) Castellon, Relación citada.

que todas estas medidas despertaban en las tropas i en el pueblo."

Entre tanto, Benavides habia pasado definitivamente el Itata i acampádose en una pequeña planicie que se estendia entre los lugarezos de Huechupin i de Guape. El jóven oficial don Manuel Zañartu, a la cabeza de una avanzada de cuarenta dragones, le estuvo observando en aquel sitio durante dos dias desde las alturas de Collanco.

Los partes que Zañartu enviaba a Chillan sobre los movimientos del enemigo no podian ser sino incompletos, porque los espías que rondaba el campo de aquel no se atrevian a acercarse hasta contar su número e imponerse de todos los detalles de su organizacion. Una noche, sin embargo, presentáronse en la avanzada que mandaba aquel jóven oficial cuatro hombres que venian de Chillan con pasaportes del coronel Prieto encargados de una comision secreta. Eran éstos el *Macheteado*, Alejo Lagos i dos individuos llamados Salvo i Monsalve.

La empresa que habian tomado a su cargo aquellos montoneros ofrece una de las peripecias mas llenas de atrevimiento de aquella guerra en que la intrepidez era tan vulgar como la vida misma.

Desgustado el coronel Prieto con la vaguedad de los avisos que recibia, llamó una tarde al *Macheteado* i le preguntó si se animaba a acercarse al campo enemigo con el objeto de traerle noticias circunstanciadas de todo lo que en él pasaba. Aceptó con gusto el bravo guerrillero aquella comision i solo pidió buenas armas, mejores caballos i la eleccion de los que debian acompañarle, que fueron los nombrados. A las oraciones del 30 de setiembre partieron en consecuencia de Chillan, diciendo el coronel Prieto al *Macheteado*, al tiempo de montar a caballo "que no viniese a contar cuentos de miedo, i sobre poco mas o menos, como los demás que llegaban por momentos."

Prometió el *Macheteado* a su coronel que quedaria satisfecho, i despues de haber entregado a Zañartu su pasaporte se internó en el bosque con sus compañeros, prácticos como él

de cada senda, de cada quiebra, de cada arbol de aquellos campos (1).

Al dia siguiente, 1.^o de octubre, los cuatro jinetes amanecieron sobre el campo enemigo, situado en la planicie del Guape; i ocultos allí, con el mas profundo silencio, pusieronse a llenar su empeño. "Al rayar el sol, dice el comisario Castellon, a quien debemos la mayor parte de estos característicos detalles, se dirijeron cuatro oficiales de Benavides a caballo hacia un rancho vecino a buscar almuerzo, i como iban a pasar cerca de la emboscada en que se hallaba el *Macheteado*, dijo éste en voz baja a los suyos—*Compañeros, vamos sobre ellos a tomar cada cual el suyo!* i partieron sable en mano con la velocidad de un rayo, a la vista del ejército enemigo.

"Tres de los oficiales, luego que los vieron, añade Castellon, huyeron; pero el capitán don José Ignacio Neira, el mas valiente oficial de Benavides, aguardó a pie firme i disparó un pistoletazo sobre el *Macheteado* que le pasó el poncho con la bala, en el instante mismo en que el último le descargaba un feroz sablazo en la cabeza.—Alejo Lagos le iba a seguir otro, pero el herido dijo.—*Señor Alejo; no me mate Ud.*—Lagos le preguntó.—*¿Quién eres?*—*Soy Neira*, le contestó.—*Monta en el acto a mis ancas!* le dijo precipitadamente; i a la vista del ejército de Benavides, se enmontañaron con la presa i llegaron con el prisionero como a las ocho de la mañana del dia primero de octubre."

Neira, cubierto de sangre i desfallecido de fuerzas, mas no de ánimos, fué conducido a la presencia del coronel Prieto, i presuadido de que iba a morir, prestó una declaración amplia i sincera de cuanto necesitaba saber el jefe patriota, firmándola con pulso certero (2), i entregándose en seguida a su confesor para morir. Salvó, sin embargo, por de pronto la vida de aquel bravo la interposición del advertido comisario quien obtuvo el aplazamiento de la ejecución por lo importante que podía ser su existencia en vista de que el enemigo venía avanzando sobre Chillán. Aquella gracia, empero, dis-

(1) Zañartu, Relacion citada.

(2) La declaración de Neira se encuentra original en el archivo del ministerio de la guerra.

gustó altamente al terrible *Macheteado*, quien declaró “que le había traído vivo solo para que diese razon, pero que después que se confessase debían entregárselo para *hacharlo en persona.*” (1) Aquel bárbaro era digno de su nombre. No tenía otra lei que el *machete*.

El mismo dia en que esto sucedió, Benavides, en cuyo ánimo desconcertado causó honda impresión la pérdida de la mejor espada de su ejército desde que Zapata había desaparecido, emprendió rápidamente su marcha sobre Chillán. En la mañana del 2 de octubre, amaneció formado en columna sobre las eminencias de Collanco, llamadas ántes el *cerro del Rei*, i de los *Patriotas* desde que Carrera cañoneó desda sus faldas el ejército de Sánchez, encerrado allí en el invierno de 1813.

El coronel Prieto no debía contar con que su tropa bisona, escasa, mal montada, pudiera resistir en campo abierto el empuje de los dragones de Pico, por vivo que fuera el entusiasmo que reinara en su campo. Salió, pues, a esperarle en un terreno que las lluvias de primavera habían hecho pantanoso, i que interpuesto entre las colinas de Collanco i el pueblo, no permitía paso sino por sitios determinados.

En vista de este obstáculo, el enemigo se detuvo, desplegó sus tiradores i formó sus columnas en pelotones, como para cargar por los diversos senderos que bajaban al pajonal. Se notaba al parecer una gran perplejidad en sus movimientos, i habiendo acertado el capitán Márquez a meter una bala de cañón en uno de sus pelotones, hizo remolinear toda la columna i tomar la dirección opuesta del pueblo, marchando en semicírculo al rededor de los suburbios, que los soldados i vecinos atronaban con los gritos de *¡viva la Patria!* i el *chivateo* propio de nuestras batallas indígenas. Siguiéronlo de cerca en este movimiento nuestras guerrillas al mando del *Ñego*, de *Machenga* i el *Macheteado*, resultando heridos el primero con tres o cuatro soldados i otros tanto del enemigo i el oficial viscaino Bizarraga que llevaron en parihuelas.

(1) Castellon, Relación citada.

A las 12 del dia Benavides se detuvo en el sitio llamado el *Monte de Urra*, el mismo en que se atacaron las caballerias de Cruz i Búlnes el 5 de noviembre de 1852, i que, como el *Monte Baeza* de Talca, es una planicie abierta, sin un árbol que la resguarda.

Reunió allí Benavides, ya profundamente desazonado por su mal éxito i la evidente frialdad que reinaba entre los suyos, una junta de guerra, i despues de la cobardia de la mañana, ocurrió para encubrirla a una fanfarronada que no tendría otro efecto que darle confirmacion. El mismo Pico estuvo en aquel lance mui abajo de su fama, bien que llevaba en su pecho ocultos propósitos que no tardarían en dar razon de su conducta.

Redactóse en consecuencia, un cartel de reto a Prieto en que se le provocaba a un combate inmediato i general, emplazándolo para dentro de dos horas (1). Benavides se imaginaba que con aquel ardido saldría Prieto de la defensa de

(1) He aquí este curioso documento, cuyo original, escrito en una cuartilla de papel, existe en el archivo del ministerio de la guerra.

«En nota de 4 de setiembre próximo pasado me indica Ud. la noticia de que la capital de Lima había sucumbido a sus armas, invitándome a seguir su partido, bajo las protestas de un indulto general a mis tropas, dirijen lo igual seducción a los comandantes de los cuerpos.

«Mi contestación de 7 del mismo, podrá Ud. tenerla bien presente, pues, sin embargo, de la prepotencia de sus fuerzas, i la poderosa alianza que espone tener con las naciones extranjeras, le anuncio que mui breve saldría a buscarle, i que las armas decidirán nuestras opiniones. En efecto, cuando pensaba tener la gloria de encontrarlo en Concepción, se me notició que había vergonzosamente desamparado aquella ciudad, huyendo a encerrarse a ésta de Chillán. Yo, por no faltar a mi palabra, i por coadyuvar al entusiasmo general de los dignos jefes, oficiales i tropas de este ejército de mi mando, me encaminé a este punto, con el objeto de presentarme a Ud. en el campo de honor a definir la cuestión. Bajo este concepto tendrá Ud. la bondad de salir con sus tropas a exterminar de una vez los únicos restos de las tropas reales que le quedan que vencer, cuya resolución espero sea dentro de una hora en el paraje que mejor le acomode. Con la intención que no verificándolo experimentará todos los rigores de la guerra i oscurecerá las glorias que tiene adquiridas en la larga serie de sus triunfos, dejando en los fastos de la historia la negra mancha de cobarde.

«También le prevengo se abstenga de irrogar el menor perjuicio al capitán de dragones don José Ignacio Neira, que se halla en poder de Ud., pues de lo contrario acabaré con el inmenso número de familias que tengo facilidad de castigar dentro de breves momentos.

«Dios guarde a Ud. muchos años.—Campamento general del ejército real, a orillas de Chillán, a las doce i media del dia 2 de octubre de 1821.—Vicente Benavides.—Juan Manuel de Pico.—Vicente Antonio Bocardo.—Antonio Carrero.—Vicente Elizondo.—Mariano Ferreblé.—Agustín Rojas.—Miguel Senostea.—Pedro Paulo Villeuta.—Pedro Briones de Maldonado.—Manuel Ascencio.

«NOTA.—Va suscrito este oficio por el señor general del ejército, i por los señores jefes de cuerpo.—Por ausencia del secretario de guerra.—Diego Baeza.—Señor gobernador de la plaza de Chillán, don Joaquín Prieto.»

sus pajonales i trincheras, i tenia por seguro el arrollarlo en campo abierto. El ardid era, sin embargo, bastante grosero, i el jefe patriota no hizo alto de él siquiera para contestárolo. Treinta años mas tarde una negociacion del todo diversa tendría lugar en aquel mismo sitio, en el momento en que dos ejércitos de la República rompian sus fuegos el uno sobre el otro por una cuestión de principios; i para mayor coincidencia, los dos jefes que firmaron aquellas notas se batían otra vez en aquellas mismas filas contra un comun adversario.

Prieto, entre tanto, aguardó todo el dia que el enemigo volviera sobre el pueblo, i aquel a su vez se mantuvo firme en Monte de Urra.

Pero llegada la noche, Benavides, poseido ya de un verdadero pánico, dirigióse hacia Cato como tratando de esconderse en la Montaña. Su marcha era ya una verdadera huida. "Se fugó de allí a aquel punto, dice uno de sus propios soldados, con su fuerza para la cordillera" (1).

Llegado a Cato, Benavides cometió depredaciones horribles de contar, para finjir energía, i pasó el Nublado el dia 6 por el vado de Nahuel Toro (el mismo por el que lo cruzó el general Búlnes en 1851), amenazando marchar sobre San Carlos i Cauquenes en donde había dicho a Neira que pensaba reorganizar su tropa para marchar sobre el Maule. El plan era atrevido i pudo ser feliz; pero faltóle resolución para darle cima. Ocupó sin resistencia a San Carlos el dia 7, i luego fué a ata-

(1) Salvo, Relación citada.

En cuanto a las apreciaciones que el mismo coronel Prieto hacía de sus operaciones de aquel dia, he aquí como se expresaba en carta privada al Director, fecha 7 de octubre:

«El dia 2 del corriente se nos presentó por fin a la vista en disposición de atacar mi fuerza, que se hallaba formada a inmediaciones de esta ciudad; pero después de haberse empezado un tiroteo, sostenido por ambas partes con firmeza, se retiró llevándose heridos dos oficiales de los mejores i cinco soldados mas. La mala condición de los caballos que yo tenía i la poca tropa montada de línea, no me permitieron perseguirlo. Si hubiese en aquel acto tenido los auxilios que tanto había solicitado, ciertamente se habría concluido en aquel dia la guerra de esta provincia. Pero felizmente hoy se me ha reunido parte de la fuerza de Concepción, i mañana al amanecer marcho sobre el enemigo, que se halla refugiado en las montañas de Cato. Siento solo que los caballos no sean buenos; pero creo que no se escapará de esta hecha el facineroso Benavides i sus secuaces, quedando por consiguiente enteramente libres estas comarcas.»

Esta carta terminaba con la siguiente noble exclamación:

«¡Quiera el cielo que en breve pueda dar a V.E. la plausible noticia de haber pillado a Benavides i sus demás secuaces! Entonces mi alma tendrá el consuelo de ver conseguido el último triunfo sobre los enemigos de Chile!»

car con su caballería una casa fuerte que había construido en el camino de la última villa a Chillan aquel don Miguel Soto, de quien hablamos al referir la campaña de 1819, i cuyo injénuo patriotismo recuérdase todavía en el sur bajo el nombre popular que asumiera de “el mayor de todos los ejércitos” (1). Soto se defendió valientemente dentro de su castillo de adobes, cuyas ruinas se descubren todavía cerca del paso de Cocharcas, i Benavides, rechazado en todas partes, torció otra vez su marcha al oriente, repasando el Ñuble en la noche del 8 por los vados de Cato con graves pérdidas de jefe en la súbita crece de las aguas. Tomó entonces ya en abierta retirada la senda de la Montaña, escapándose hacia Tucapel. El cobarde mrontonero se había derrotado a sí propio, con sus marchas i contramarchas, sus vacilaciones i fanfarronadas. La indignación de todos sus lugartenientes era profunda i no tardaría en estallar.

El coronel Prieto, entretanto, había recibido un precioso auxilio que le habría hecho invencible por sí solo, si Benavides no hubiese dado ya de antemano por perdida su aventura. El mismo dia en que el último ocupaba a San Carlos, llegaba en efecto a Chillan el coronel Díaz con una división compuesta de su bravo batallón núm. 3 o Carampangue, los cazadores que mandaba el comandante Cruz, la compañía de plaza de Concepción, compuesta de jinetes veteranos, dos cañones i un puñado de indios que traía en persona el viejo i valiente Coihuepan.

El auxilio del comandante Díaz no podía ser ni más importante, ni más oportuno, ni mejor conducido. Era este oficial uno de esos bravos de la escuela antigua, hijo de las fronteras, i que como Alcázar i Gaspar Ruiz, el moro Quintana i tantos otros no había conocido en su niñez otro juguete que las lanzas i el mosquete, parte principal del menaje de los pobladores del Biobio en esa época. A la edad de diez años, i por los

(1) Soto tenía despachos de sargento mayor, pero como no estaba agregado a ningún cuerpo decía vanidosamente que «era mayor de todos los cuerpos o de todos los ejércitos;» i de aquí el apodo por que era conocido. Este oficial campesino, mas entusiasta que militar, tomó después partido en nuestras guerras civiles, capitulando con el coronel Viel en Cuzco en 1829. Murió muy anciano en su propiedad que tan encérgicamente había defendido i fortificado a sus expensas.

dias en que la cunas de Freire i de Prieto se mecan a la par, (1787) habia sentado plaza de soldado en el *fijo* de Concepcion i sirvió en sus filas durante treinta años, segun consta de su hoja de servicios. Aunque hijo de un español realista empescinado, el capitán don José Díaz, tomó aquel las armas contra su rei i contra su padre; militó fuera de Chile en los auxiliares de Buenos-Aires (1811) i peleó en las campañas de 1813 i 1814. Emigrado depues de Rancagua, volvió mandando una compañía del bravo núm. 11, a las órdenes de Las-Heras, i a la vista de éste fué herido casi mortalmente en la accion de Curapalihue, en que es sabido destrozó aquel con infimas fuerzas al jeneral Ordóñez en 1817. Del núm. 11, Díaz pasó al núm. 3 de Chile, i luego fué su jefe, en premio de sus servicios i de su heroismo, alguna vez, empero, oscurecido por actos de残酷 que solo en épocas de tanto desconcierto pudieron pasar desapercibidos o quedar sin la debida corrección (1).

Hemos visto cómo durante dos años se había mantenido en Concepcion al lado del jeneral Freire, defendiendo aquella plaza i tomando, junto con Rivera, una parte conspícua en el combate de la Alameda, que fué, puede decirse así, la última batalla campal de nuestra guerra de emancipacion.

Robusto ya con este resfuerzo, el coronel Prieto abandonó su actitud defensiva i marchó resueltamente sobre Benavides, seguro de batirlo donde quiera que lo encontrase. Al amanecer del dia 8 ocupó el balseadero de Cocharcas con la intención de pasar el Ñuble i obligar al mowntero a presentarle batalla en los llanos de San Carlos (2). Pero como éste se había retirado el mismo dia i repasado el río por Cato, internándose en la Montaña, púsose a perseguirlo aquella misma

(1) Díaz no carecía de cierta educación intelectual segun se descubre en algunas de sus cartas conservadas en el ministerio de la guerra. Pero como jefe, era duro, incivil i aun se permitía fusilar los desertores de su cuerpo sin formarles la correspondiente causa.

(2) En esto nos atenemos al parte oficial del coronel Prieto. Pero segun el coronel Zañartu no pasó el Ñuble toda la división de Benavides sino solo el capitán Alarcón con el objeto de arriar ganado. Zañartu refiere tambien que los dragones en que él servía pasaron el Ñuble por Cocharcas i se replegaron cuando supieron que Alarcón había vuelto a repasar el río.

Sobre el paso de los dragones, aunque no lo menciona Prieto, no puede haber duda; pero respecto del movimiento jeneral de Benavides creemos que la felicísima memoria del coronel Zañartu padece esta vez algún error.

noche i todo el resto del siguiente dia (9 de octubre) en medio de una desechar tempestad, que no fué parte a detenerle.

Acampóse la division patriota en un bosque en la noche del 9, i sus espías i partidas avanzadas mandadas por Rubilar, el capitán Silverio Arteaga i el *Macheteado*, comenzaron a dar a Prieto aviso tras aviso de que Benavides se hallaba situado a dos leguas de distancia, cerca de un paraje llamado las Vegas de Saldias, (del nombre de un antiguo poblador de Chillan), que forman un angosto desfiladero sobre las barrancas del torrentoso río que bañaba la última ciudad.

Con esta nueva, Prieto movió su campo a las dos de la mañana. Pero el astuto Benavides, sospechando que se le perseguía de cerca, había empezado a esa misma hora su retirada hacia el Chillan, mui crecido en esas horas con las aguas de un prolongado temporal. Para engañar al enemigo había dejado encendidos sus fuegos i apostados los centinelas necesarios con órdenes de mantener un finjido alerteo en el campo. No tardaron éstos en caer, sin embargo, en poder de Rubilar, así como el ficial don Jacinto Ruiz que los mandaba, i sobre cuya captura hubo sospecha por los suyos de haber sido una traicion. El campo realista estaba profundamente desmoralizado.

Aquella misma noche se había retirado a la Montaña en busca de sus antiguas guaridas i llevándose al sargento de corneta Tomás Gómez, mozo valiente, aragonez de nacimiento, i que había venido en los cazadores-dragones de la expedición de Cantabria, al capitán Torrealba también español, al oficial Pedro Díaz de Lavanderos, que servía a su pesar bajo el pendón del verdugo de su padre, al célebre Pablo Zapata de quien daremos razón en breve, i hasta sesenta parciales que iban a servirle de base para armar nuevas i más terribles gavillas. Decíase que Pincheira había tenido un disgusto aquella noche con Benavides, porque el último no quería pelear, i para vengarse de las amenazas que éste le hiciera de fusilarlo, le sublevó aquel trozo de sus tropas.

Cuando la luz del día aclaró el bosque i los caminos, Prieto apercibió al fin por entre los espacios de los árboles la columna de Benavides que se precipitaba confusamente al río. El primero en meterse a la corriente, fiado de su buen caba-

llo, fué el mismo cobarde montonero a quien seguía su asistente con una carga de barriles de vino, (artículo esencial del parque de aquel bandido depravado) i la hermosa mujer de Alejo Lagos, que parecía seguirle sin estrema repugnacia (1).

El coronel Prieto avanzaba entre tanto con su línea formada en orden de batalla, su infantería en el centro, al mando de los comandantes Díaz i Pérez García (que conducían el primero su cuerpo i el segundo las milicias de Talca i de Chillán); los cañones en los flancos de aquella al mando de Márquez i la caballería en alas, Cruz por la derecha con los cazadores i las partidas de Arteaga i Rubilar, avanzados por aquel flanco; i los dragones de la República, al cargo del capitán don Francisco Búlnes, que tenía a sus órdenes ese cuerpo desde la separación del comandante Torres. Su valeroso hermano don Manuel, mandaba una partida de tiradores escogidos del cuerpo de Cruz, i por último, un capitán Capilla servía de escolta al jeneral en jefe con sesenta húsares, postre resto del cuarto escuadrón de granaderos a caballo con que el comandante Viel había abierto la campaña de 1820 (2).

Apénas, pues, hubo divisado el coronel Prieto la posición del enemigo i la actitud crítica en que se encontraba, estrechado contra el río salido de su cauce, ordenó que la caballería lo cargase; pero aun ántes de que Rubilar, Arteaga i el *Macheteado* llegasen al sitio con sus guerrillas, ya el enemigo huía en desordenada derrota, echándose unos al río, donde perecían miseramente ahogados, o escapando a la Montaña tras los pasos de Pincheira.

Los únicos que intentaron hacer alguna resistencia fueron

(1) Como en otra parte dijimos, hablando de los amores de Lagos, esta mujer que para casarse había dejado de ser patriota, había pasado ahora a ser realista, cuando su marido tomó servicio en nuestras armas. Su captura o bien su fuga con Benavides había tenido lugar al siguiente día de la bazaña ejecutada por su marido, apoderándose de Neira. «Saqueó», dice Castellon hablando de las depredaciones de Benavides delante de Chillán, la casa de Alejo Lagos, llevándose a su esposa, jóven de buen parecer, i esto causó sensible impresión a su marido.» Este parece, sin embargo, la rescató aquel mismo día i volvió a ser feliz a su lado, hasta que dando de nuevo en sus propensiones de montonero i sableador, lo fusiló un sublejado de campo años mas tarde. En estos pormenores están conformes Castellon, el coronel Zañartu, el oficial de Benavides Saltarello i los señores Gazmuri de Chillán.

(2) Parte de la batalla de las Vegas de Saldías, enviado por el coronel Prieto desde Chillán el 27 de octubre i que fué publicado con notables errores en la *Gaceta Ministerial de Chile* del 17 de noviembre de 1821.

los bravos Seños i Agustín Rojas, que desplegaron en la ribera sus *Guías*, Dragones; pero en medio del pánico los primeros tiraron sus armas, mientras que el caballo del valiente Rojas enredado en las cangrejeras del río cayó con él. Llevaron al esforzado mozo, desnudo ya, a virtud de la rapacidad peculiar de las tropas colecticias, i lo presentaron en hábito humilde, pero con ánimo levantado al mayor jeneral Elizalde, a quien le pidió la vida para decir sus culpas i morir como cristiano. No le concedió aquella gracia el airado viejo, i aca-

so por esto él no la tuvo tampoco en el campo de Lircay, que así corre la suerte i el destino de los hombres (1).

El fusilamiento de Rojas en el campo del encuentro: hé aquí lo que constituyó la mal nombrada *batalla de las Vegas de Saldías*, que no fué, como la de Curalf en 1819, sino el último desenlace de una dispersion que había comenzado junto con la campaña, i en la que el ejército de Prieto *no perdió un solo soldado*, ni tuvo siquiera otros heridos que los que las ramas de los árboles habían lastimado en la carrera de los caballos (2).

Háse dicho por esto que fué el jeneral Búlnes el que ganó esta *batalla*, porque llegó al sitio con sus tiradores ántes que Zañartu i Silverio Arteaga con los suyos (3). Otros dan la glo-

(1) El coronel don Francisco Elizalde era argentino de nacimiento i un ríido disciplinario, severísimo en el cumplimiento de la ordenanza. En 1827 era comandante de armas de Santiago i pereció en la batalla de Lircay en 1830. No tenía reputación de valiente, pero era un oficial facultativo muy aventajado.

(2) El coronel Prieto calculaba en trescientos el numero de los muertos i ahogados del enemigo i otros tantos prisioneros. Se recogieron también del campo ciento cincuenta fusiles, ciento ochenta lanzas, dos cajas de pistolas, cuatrocientos tiros de fusil, trescientos caballos, quinientos animales vacunos, que se llevaban robados i un botiquín completo.

Además de la muerte de Rojas ahogóse en el río el famoso Elizondo, i poco después un capitán de milicias llamado Antonio Solar que mató al padre Waddington, que era para Benavides lo que fué Amirall para Sánchez, un consejero íntimo, Waddington fué hecho prisionero i lo conducían a la capital cuando, con el pretexto de que intentaba fugarse, lo mató su propio custodio.

La mayor parte de los jefes de Benavides escaparon con él hacia Tucapel. Solo Francisco Rojas huyó a la Montaña, cuando vió caer a su hermano, i fué a ser el mejor lugar teniente de Pincheira hasta que él mismo lo entregó.

“Del ejército de Prieto, dice el coronel Zañartu, no hubieron muertos ni mas herido que el caballo que montaba don Manuel Búlnes, que salió con un balazo en una mano.”

(3) El autor de una biografía anónima del jeneral Búlnes dada a luz en 1845 (i que por algunos se atribuye al publicista argentino don Juan Bautista Alberdi) asigna, en efecto, el éxito de esta jornada al joven Búlnes. «La derrota de Benavides, (dice en la páj. 20) fué en términos tales que cuando el ejército del jeneral Prieto llegó al campo de batalla no halló enemigo con quien combatir. En ese momento, añade, espiró a los filos de la espada del capitán Búlnes.

ria al jeneral Cruz, porque soltó sus cazadores por el monte a esterminar los fujitivos (1). Otros, en fin, la atribuyen con mas justicia al mismo jeneral en jefe.

Pero la verdad única que es lícita a la historia es la de los hechos consumados, i éstos han dejado establecido con indestructible evidencia que fué Benavides el que se derrotó a sí mismo, sacando a campaña una tropa colecticia, reclutada por fuerza, armada artificialmente con fusiles i sables que le servian de embarazo, mal montada, peor conducida por él, que nunca fué sino un cobarde, i por último privada de sus mejores jefes como Zapata, Neira i el mismq. Pico, que venia desazonado i violento, obedeciendo a un mandon a quien odiaba i a quien no tardaria en repudiar abiertamente.

No es esto, empero, negar justicia a los honrosos esfuerzos de nuestros soldados ni del benemérito caudillo que los guió en aquella breve campaña con un acierto igual a su ventura. Si Benavides hubiera presentado la batalla, igual habría sido su suerte; i la gloria de los nuestros, único i sagrado objeto de estas páginas, no habría ganado mayor lustre que el que habían adquirido en tres años de combates i de una constancia superior aun a su inmortal heroísmo.

un jefe antagonista." Pero ignoramos quién haya podido ser éste si no es el capitán Rojas. El coronel Zañartu, que se halló en aquel encuentro al mando de una partida de dragones, confirma en una relación reciente los honores tributados al jeneral Búlnes por su conducta en aquel día. «Los tiradores, dice, volvimos a ocupar nuestros puestos i marchamos siguiéndonos el ejército. Pero como Búlnes era más valiente, llegó con sus ochenta cazadores i destruyó las caballerías que mandaba Rojas i se hallaba colocado a vanguardia de su infantería, que fué derrotada sin tirar más que unos cuantos tiros, pues sus mismos compañeros lo atropellaron en la arrancada. Así es que los otros comandantes de tiradores no alcanzaron ni a untar la hoja del sable, a no ser que lo hubieramos hecho en la sangre de los muertos.»

(1) El comandante Cruz salvó de la matanza a un muchacho que le había servido de asistente i se había pasado al enemigo. Iban ya a tirarle, después de confesado, cuando impidió la ejecución. Este mismo muchacho, conocido después con el nombre del *nino resucitado*, sirvió muchos años con fidelidad al jeneral Cruz (Zañartu, Memoria citada).



CAPITULO XX.

El coronel Prieto persigue a los dispersos de las Vegas de Saldías i se le entregarán en gran número.—El intendente sustituto Rivera hace ocupar a Arauco, i esta plaza es incendiada por el enemigo al retirarse.—Misión del capitán Hall en Arauco en la fragata *Conway* i sus aventuras con el cacique Peñoleo.—Prieto en Concepción.—Horrible estado de esta ciudad i de sus campañas.—Despacha al capitán Bulnes con una fuerte división i los indios auxiliares para operar en la alta frontera.—Se prepara él mismo para entrar en la baja frontera en combinación con aquél.—Los jefes de Benavides se amotinan contra él i lo deponen.—El coronel Pico asume el mando superior en Quilapalo.—Carrero se acerca a Arauco, i se pasan varios de sus capitanes.—Muerte del capitán don Pedro Alemparte.—Rindense algunos de los sayones de Benavides i asaltan a éste en el Rosal, con muerte de varios de sus oficiales.—Benavides se retira a Lebu.—Comunicaciones que dirige al coronel Prieto ofreciéndole pacificar la Araucanía i entregársela a los jefes españoles.—Al propio tiempo se alista para fugar al Perú i se embarca en una lancha con su mujer i siete de sus secuaces.—Es traicionado por éstos i obligado a recalcar a la costa de Topocalma.—Su captura i curiosa rivalidad que ésta despierta.—Su viaje a Santiago i oficio que dirige al general O'Higgins, tratándolo de igual a igual.—Su entrada irrisoria en Santiago.—La madre del abanderado Romero.—Proceso de Benavides.—Ofrece rescatar su vida por dinero.—Su ejecución i juicio de su memoria.—Regocijo que su castigo causa en todo el país.—Destino de sus compañeros.—Cruelés, pero características notas de Freire i de Prieto solicitando la entrega de Benavides para ajusticiarlo en la provincia de Concepción.—Comienza el rol histórico del coronel Pico.

Después de la dispersión de las Vegas de Saldías, que no reflejaba sobre el vencedor sino una mediocre gloria militar, procedió el coronel Prieto de una manera en todo diversa a la que había adoptado el general Freire después de su heroica victoria de la Alameda de Concepción. En lugar de amarrar bancos

i levantar horcas en la plaza pública para castigar desertores i espías, volvió a promulgar el mismo indulto jeneral que había expedido despues del combate del río de Chillan en diciembre de 1820.

Los resultados de esta sagaz providencia fueron rápidos i abundantes. Entre el Chillan i el Laja, a cuya orilla llegó Prieto al dia siguiente de la batalla en persecucion de Benavides, se pasaron a sus filas no ménos de trescientos de los mejores soldados del bandido, que iban arrojando sus armas por todos los senderos que conducian al último de aquellos afluentes i al Biobio, guardados por las guerrillas de Quezada i Dámaso Morales, segun oportunamente dijimos. En un solo dia se presentaron en Rere a estos guerrilleros no ménos de nueve oficiales presididos por aquel capitán del núm. 1 de Coquimbo don José María Calvo que había sido hecho prisionero por Benavides en su entrada a Talcahuano hacia dos años, i quien, por conservar su vida, servia mal de su grado bajo sus banderas.

Satisfecho de aquellos resultados, regresó Prieto a Chillan aprosuradamente, i dejando aquella plaza al cargo de su mayor jeneral el coronel Elizalde, voló a Concepcion para completar los resultados de su victoria. Sabia por experiencia que ésta no seria jamas completa, sino cuando hubiese caido en poder de nuestras armas la guarnida de Benavides, i si era posible su propia persona.

El coronel Rivera, sin embargo, se había anticipado a aquella prevision. Apénas llegó a su noticia en la mañana del 12 de octubre la dispersion de los montoneros a orillas del río Chillan, desprendiéndose de la poca fuerza con que garnecía a Concepcion, envió a toda prisa en la mañana del 16 de octubre una corta division al cargo del moro Quintana i del capitán del núm. 1 de Chile don Jacinto del Río, a fin de que se apoderasen a toda costa de la plaza de Arauco, embarcándose en la corbeta *Chacabuco*, recién llegada a Talcahuano por órdenes del gobierno de Santiago.

La pequeña columna de Quintana fué desembarcada, en consecuencia, no sin alguna dificultad, en la ensenada de Colcura, i la *Chacabuco* continuó su rumbo hacia Arauco, cuya

plaza cañoneó en la tarde del 17 sin éxito alguno de importancia (1).

A la mañana siguiente, sin embargo, cuando los jefes que allí mandaban por Benavides, (i que, segun parece, eran su propio secretario don Nicolas Artigas i un oficial Millas, que hacia las veces de gobernador político del pueblo) supieron la aproximacion de Quintana, evacuaron el puesto poniendo fuego a la ranchería de que se componia la poblacion, quemaron los dos buques que aun conservaban en Tubul (el *Hercelia* i la fragata *Perseverance*) i lleváronse consigo al capitán del *Ocean*, Mr. Moisson i a los pocos marineros, que a cargo de éste habia dejado Benavides al emprender sobre Chillan (2).

(1) Segun Hall, el fuerte de Arauco consistia en esa época en un circuito de trecentas yardas en cuadro, rodeado de un muro de doce pies de alto con dos torreones en los ángulos principales armados de cañones, todo lo que fué derribado por el terremoto de 1835.

(2) En otra parte hemos dado cuenta que los capitanes de la *Perseverance* i del *Hero* habian sido fusilados. En cuanto al capitán del *Hercelia*, Mr. Sheffield, logró fugarse con el piloto del *Hero* i nueve marineros en un bote de que se apoderó por sorpresa, i en el cual, habiendo pasado a la isla de Santa María pudo tomar asilo en un buque ballenero, a cuyo bordo se dirigió a Valparaíso. Allí dió inmediatamente parte al comodoro inglés, Sir Tomas Hardy, jefe de la estación naval del Pacífico, de lo que había acontecido, i en consecuencia desapareció aquél en el acto a Arauco la fragata *Conway* que acababa de llegar de Inglaterra al mando del célebre escritor i viajero Basil Hall.

El comodoro americano, que no tenía buque de que disponer, dió tambien sus plenos poderes a Mr. Hall para entenderse con Benavides, considerando a éste como un *jeneral español*, encargando ambos estrictamente la mas rigurosa *neutralidad* entre el pirata asesino i las autoridades patrias.

En consecuencia, Hall, sabiendo en Talcahuano que Benavides se había internado a Chillan, pasó a Concepción, i según el mismo refiere, solicitó del coronel Rivera un pasaporte para ir a negociar con Benavides sobre las presas que éste había hecho en Arauco i sobre la devolución de los cuarenta i tantos marineros que había llevado consigo enrolados en la infantería. Rivera se opuso a aquella indignidad, diciendo al capitán inglés que Benavides no era sino una bestia feroz (*wild beast*) i que el solo acto de ponerse al habla con él sería una mengua para su nación.

El capitán Hall resolvió entonces aguardar el resultado de la batalla que se esperaba a la sazón por horas, i cuando tuvo noticias de la derrota de Benavides en Saldías, se dirigió a Arauco, a cuya rada llegó el 18 de octubre, en los momentos mismos en que ardían los buques i el caserío, compuesto, según él, de cincuenta i seis casas o ranchos. Inmediatamente desembarcó i supo por Quintana que el capitán Moisson había sido internado; pero que los marineros que habían salido a campaña estaban libres i le serían entregados inmediatamente.

Hall cuenta muchas curiosas incidencias de aquella expedición en su obra varias veces citada, que hacen esta parte de sus viajes sumamente amena, sobre todo, al referir sus negociaciones ya contadas con el cacique Peñoleo. Hall refiere también haber tomado a bordo de su buque varias toneladas de carbón de piedra de las minas de Talcahuano, compradas al precio de tres pesos tonelada, puesto a bordo.

Cuando Quintana subia, pues, la cuesta de Villagran en la mañana del 18 de octubre, pudo divisar las mismas llamas que habian obligado al jeneral Freire a retroceder despues de sus victorias en el otoño anterior desde la márgen del Laraguete, que corre al pie de aquella sierra. El comandante patriota marchó, no obstante, con mas rapidez, i en la noche de aquel mismo dia se acampó en lo alto del peñon de Colocolo, a cuyo pie ardian los escombros del pueblo que durante tres años habia sido teatro de tantos i tan desastrosos crímenes (1).

Al llegar, pues, el coronel Prieto a Concepcion en los ultimos dias de octubre, ya la llave maestra de la resistencia de Benavides estaba en nuestras manos; pero como se sabia que el mismo bandido vagaba en las inmediaciones de aquel recinto, seguido de muchedumbre de indios alzados, como despues de Curalí, resolvio aquel avisado jefe emprender en persona sobre la costa hasta exterminar los últimos restos del malvado i, si era posible, poner de una vez fin a su horrible existencia.

Luchando siempre con todo jénero de penurias i con solo cien pesos de quinientos que le habia prestado un vecino (2), se preparó, en consecuencia, a hacer una *entrada en la tierra* por la baja frontera.

Al mismo tiempo habia hecho situarse en Santa Juana al comandante don José María de la Cruz con un grueso de cazadores i la guerrilla del capitán Salazar; habia nombrado comandante de la plaza de San Pedro al capitán Calvo, confiando la mas importante de Arauco al ya nombrado capitán don Jacinto del Río, hombre prudente i animoso i, por ultimo, formado con destacamentos de todos los cuerpos de caballería

Despues de un mes de excursion regresó la Conway a Valparaíso. El capitán Sheffield del *Hercules* le había servido de práctico en el viaje. Poco mas tarde el capitán Moisson logró escapar de los indios i llegó a Valparaíso con unos pocos marineros, últimos restos de las piraterías de Benavides en la cesta de Arauco.

(1) Parte de Quintana a Rivera.—Arauco, octubre 18 de 1821.—(*Archivo del ministerio de la guerra*).—Quintana no tenía suficientes fuerzas para perseguir la guarnición de Arauco en su retirada; pero envió en su seguimiento al caciique Peñoleo, quien alcanzó solo dos rezagados i una mujer. A uno de aquellos le dió muerte; el otro lo compró Quintana en cuatro pesos para tomar noticias, i en cuanto a la mujer, por la que pidieron treinta pesos, no hubo quien los tuviera o se los quisiera dar, excepto el capitán Hall, según luego contaremos.

(2) Don Ramón Lantao de Chillan.—Parte de Prieto a Freire,—Arauco, diciembre 31 de 1821.

una division de cerca de cuatrocientos jinetes aguerridos, que puso a las órdenes de su sobrino, el brillante capitán don Manuel Bálnes, para operar por la alta frontera. Ordenó al propio tiempo se incorporasen en esta columna cien infantes escojidos, i un cañón de montaña i todos los indios auxiliares que habían venido desde Lumaco a las órdenes de Coihuepan i de su principal lugar-teniente el bravo Peñoleo (1).

Tomadas todas estas medidas partió el mismo Prieto a su campaña el 17 de diciembre, llevando consigo la mayor parte de la guarnición de Concepción, cuya plaza quedó a cargo del coronel Rivera, hasta el regreso del jeneral Freire, a quien se aguardaba por momentos de la capital, donde continuaba exigiendo auxilios. En los últimos días de 1821 llegó, sin embargo, el popular caudillo al centro de los suyos i de sus hazañas, con las manos vacías de socorro, pero acariciando ya en su pecho aquella resolución estrema que le hizo desenvainar meses más tarde su prestijiosa espada contra el gobierno cuya irresponsabilidad i cuyos odiosos i consentidos peculados habían desbordado la paciencia de los pueblos.

(1) Hemos dicho que el capitán Hall estuvo en negociaciones con este salvaje, para rescatar una mujer que había caído en sus manos en Arauco i por cuya libertad exigía treinta pesos. Ofreciélos el compasivo marino; pero la cautiva ya estaba demasiado bien hallada con el indio, i no consintió en salir de su poder. Hubo, pues, de quedar el gallante inglés muy desairado de su empresa i de la brutal manera como le recibió Peñoleo. «Era éste (dice Hall haciendo su retrato en la páj. 360 de su obra citada), un hombre alto, de anchos hombros, con una enorme cabeza colocada sobre una cara cuadrada, en cuyo centro se distinguían dos pequeños ojos ocultos por las guedujas de sus espesos cabellos, que le caían por las mejillas hasta los hombros, dando a todo su conjunto, desde el postigo de la ventana a que se hallaba asomado, el aspecto de una colmena de abejas.»

Hé aquí como el coronel Prieto daba razón por su parte de la salida de Peñoleo i de sus indios con la división del capitán Bálnes, en carta al Director, de Concepción, noviembre 14 de 1821.

«Sin embargo, por hacer marchar a los indios, que han consumido aquí un caudal en víveres, vino, agasajos i dinero, he dispuesto que salga una división de cerca de quinientos hombres, asociada de los caciques amigos. Estos no querían irse sin fuerza. Yo no podía moverme, i era preciso no mandarlos descontentos cuando ellos estaban tan bien dispuestos. Han mandado llamar su intendida i piensan caer sobre Mariluan i después sobre los demás. El éxito parece será feliz.

«Pero señor, añadió, volviendo al eterno tema de la escasez del sur, víveres faltan i caballos. No puede obrarse por esta causa como es preciso. Haga que venga todo prontamente. Los piquetes de la frontera toda, i su división de Arauco consume mucho. Acuérdese de la promesa que me hizo en su apreciable última, que me manda ia todo lo preciso.»

En esta misma carta decía Prieto que no tenía «fuerzas con que cubrir a Santa Bárbara i Tucapel i que su escasez de recursos era tal que le sería preciso «robar al vecindario, para dar de comer a la tropa.»

El estado de desolacion a que habia llegado, a virtud de la guerra i del desamparo ingrato de la capital, la finlita provincia de Concepcion, nodriza de sangre de nuestra libertad, no podia ser, por otra parte, mas lastimoso; i la vista de aquellos pueblos desnudos i hambrientos i de aquellos campos cubiertos de abrojos i de los huesos de sus propios hijos, no podia menos de causar dolor profundo en el ánimo jeneroso de aquel caudillo que venia de los alegres i ostentosos saraos de la capital, vestida a la sazon con todas las galas de sus triunfos i dueña ahora de la opulenta Lima, de cuyo fastuo considerábase señora, como ántes fuera menesterosa esclava. “En el curso de nuestra romeria, dice un viajero que por aquellos mismos dias visitó a Concepcion i su campiña (1), atravesamos muchas comarcas que habian sido evidentemente pobladadas, pero que a la sazon se hallaban desiertas sin ofrecer otra perspectiva que la de los escombros de sus antiguas moradas. Ricas praderas i tierras arables de la mejor calidad, estaban cubiertas de abrojos, sin que se descubriese en el horizontes un solo ser humano, ni una bestia, nada, en fin, que tuviese vida. La guerra habia trasformado este pais en pocos años i reducidolo a un estado de tan completa desolucion como los desiertos arenosos del Perú. Manzanas enteras, añadia en seguida haciendo la triste pintura del pueblo, que otro viajero comparara meses ántes a las ruinas de Palmira (2), habian sido quemadas i reducidas a montones de escombros, de tal modo cubiertos de malezas que era dificil distinguir si aquellas ruinas habian pertenecido alguna vez a la mansion del hombre. El pasto crecia en las veredas i las pocas casas que se conservaban todavia en pié parecian estar allí solo para marcar mas vivamente el contraste de la destruccion que por todas partes la rodeaba” (3).

Entre tanto, i miéntras se aguardaba, por una parte, el re-

(1) Basil Hall, Viajes citados, tomo I, páj. 337.

(2) El autor de la obra anónima citada con el título de *Three years residence in Chile*, páj. 57.

(3) El capitán Hall asegura no haber visto una sola alma en las calles de Concepcion, excepto una familia que estaba haciendo un misero almuerzo en un fogon arruinado a la pared de la arruinada catedral. Añade que el pasto cubria de tal manera las calles que llegaba a la redilla de los transeuntes.

greso del jefe de la provincia i del ejército i operaban por la otra en ambas fronteras las divisiones de Prieto i de Búlnes, fórzoso nos es, a fin de consultar la lójica i la claridad del relato, retrogadar de nuevo, hasta la disperción de las Vegas de Saldías para seguir a los caudillos vencidos en esa jornada por los oscuros derroteros de su fuga, de sus riñas i la posteriora de las traiciones que habian surjido entre ellos mismos.

Apénas, en efecto, habia pasado Pico el Biobio con los escasos restos de las Vegas de Saldías, reunidos a fuerza de enerjía i de constancia por él mismo, por Senosiain i Carreiro, que eran, despues de la muerte de Zapata, sus principales lugar-tenientes, cuando estalló en el pecho de aquel caudillo la ardiente zaña que habia venido acumulándose contra el hombre que por su impericia i su cobardía malograra sus espléndidos i terribles triunfos de 1820.

Aquellos tres hombres, aliados por su nacimiento peninsular contra el vil criollo que los habia perdido, se combinaron fácilmente en consecuencia, desde el primer dia de su retirada, despues de su última derrota, en quitar el mando a Benavides, a quien acusaban de inepto, de cobarde i aun de traidor.

Persuadiánse en efecto, aquellos jefes que todas las vacilaciones i contramarchas de la campaña que acababan de emprender sobre Chillan bajo tan buenos auspicios, no podian ser sino el fruto de secretas combinaciones de su jefe con los insurjentes, i como sabian por experiencia personal que Benavides era capaz de todo jénero de crímenes, no dudaban de que, una vez perdido, no tardaría en entregarlos, a trueque de salvar su vida. No se equivocaban a la verdad sino en la cuenta del tiempo, porque el último acto público de Benavides, como caudillo, fué la promesa de vender a sus compañeros i su última protesta ántes, de morir, una maldicion a todos los capitaneos peninsulares que habian servido bajo sus órdenes.

No fué difícil a los conjurados ponerse de acuerdo. Los tres eran paisanos i al propio tiempo los únicos jefes de prestijio entre los montoneros i los indios.—Rojas i Elizondo habian muerto.—Mariano Ferrebú, capturado por esos mismos dias en los bosques de Santa Juana por el comandante Cruz, habia

sido fusilado (noviembre 6 de 1821). Bocardo se había retirado con Villeuta i Briones de Maldonado a la quebrada de Quilapalo, donde luego deberían capitular. El elemento realista, fiel, intransigente, terrible, representado por Pico durante todas aquellas campañas, se sobreponía ahora encarnado en aquel triunvirato de hombres fanáticos i valientes, últimos representantes de la conquista castellana en nuestro suelo.

Finjieron, sin embargo, adhesión a Benavides, esperando oportunidad más favorable, i siguieron a su servicio en la otra márgen del Biobio. Acordóse allí por el último que Pico quedase en los llanos con una fuerza de trescientos hombres i las indiadas de Mariluan, mientras que Carrero, a título de pariente del caudillo, pues hemos dicho se había casado con una sobrina suya, le acompañaría hacia la costa escoltándolo con su escuadrón.

Mas, a las pocas jornadas, i encontrándose no lejos de Arauco, delante de cuyos muros pasara Benavides apostrofando sus centinelas con la insolencia propia de los fanfarrones, Carrero, que era prestijioso por su valor entre los suyos, levantó su escuadrón aclamándole en nombre de la cobardía i de la traición de que sin reboso acusaba al caudillo del Rei. Tuvo lugar este suceso en las posesiones de los caciques llamados Malilos, en los últimos días de noviembre de 1821, e inmediatamente Carrero se dirigió a sitiар Arauco (1).

En vista de aquella novedad, no cupo otro partido a Benavides que la fuga i con dificultad pudo salvarse escapando hacia Lebu, seguido solo de cinco hombres que le fueron fieles. Avisado inmediatamente Pico del buen éxito de la conjuración por el lado de la costa, asumió sin dificultad el mando superior a título de su graduación i de su influjo en la tropa i en los indios, cuyo toqui principal, su compadre Mariluan, le profesaba una amistad sin límites.

Desde aquel momento don Juan Manuel de Pico es el ver-

(1) Parte del comandante Cruz.—Santa Juana, noviembre 27 de 1821.—Parte del comandante de Arauco don Jacinto Ríos, noviembre 28 de 1821.

En vista de estos partes el coronel Prieto juzgó equivocadamente que el plan de Carrero era entregar a Benavides a los patriotas i solicitar la paz. Bajo esta impresión escribió una carta a Carrero, ofreciéndole su apoyo, pero sin que este paso tuviese ningún resultado, al menos por el momento.

dadero i único representante del rei en Chile, i el bandido Benavides, prófugo en los bosques, solo vivirá para meditar la última traicion que brotará todavia de los horribles arcanos de su alma.

Mientras Carrero, en efecto, en persecucion de los planes que traiia combinados con Pico se presentaba delante de Arauco con su escuadron en los últimos dias de noviembre, Benavides, desobedecido de todos, corria a esconderse en los bosques de Lebu vagando de tolderia en tolderia entre sus antiguos aliados que tanto le habian temido i que ahora le volvian con desprecio las espaldas.

Si Carrero hubiera tenido la fortuna de reconquistar a Arauco, habria sido mas que seguro algun intento de Benavides para reasumir su poder. Pero el valiente Rios rechazó con el cañon del fuerte la columna del jefe español, i saliendo en seguida al campo la obligó a dispersarse en las selvas vecinas. Mucha parte de la tropa organizada del último se aprovechó entonces de su proximidad para arrojar sus armas i acojerse al indulto concedido. Conspicuo entre éstos fué en aquella circunstancia el capitán don Jervasio Alarcon, quien se pasó a Arauco llevando consigo a su esposa, (doña Nieves Alemparte) jóven que había pertenecido a una de las familias de Concepcion mas adictas i mas entusiastas por la causa de la patria (1).

Despejado el campo de enemigos armados, el comandante de Arauco se contrajo a perseguir a Benavides en sus asilos de Lebu. Despachó con este objeto a un teniente llamado Rodríguez (que talvez no era otro que el célebre *Macheteado*) encargándole lo sorprendiera en un sitio conocido con el nombre del Rosal en el centro de las hermosas vegas de aquel río. Cayó, en efecto, a

(1) Por una coincidencia singular, en el mismo dia en que Alarcon se entregó en Arauco se embarcaba en un bote despachado por Rios a Ta'cahuano, llevando correspondencia el valiente capitán don Pedro Benavente (hermano de la esposa del capitán español, i de cuyo preclaro valor hemos de hablar mas adelante); i habiéndose levantado un fuerte viento, zozobró la embarcacion, ahogándose Alemparte i la mayor parte de los tripulantes. Solo escapó a nado el teniente don Pablo Zorrilla conductor de la correspondencia.

Alarcon tomó aquel mismo dia servicio en el ejército patriota i pasó a incorporarse en la division del capitán Búlnes, a la que prestó eficaz cooperacion por su conocimiento de los lugares i de los pobladores. Como dijimos ántes, este oficial existe todavia en Chillan, i es uno de los poquissimos que sobreviven de aquella época.

media noche sobre aquel punto la partida patriota; pero Benavides, cuya suspicacia no le abandonaba, se habia retirado a dormir a otro lugar de la montaña. Fueron aprehendidos, sin embargo, por el oficial patriota, los capitanes de Benavides Dámaso Herquiñigo i Manuel Arregui, aquel mismo huérfan o que Quintanilla recomendaba desde Chiloé por sus *excelentes potencias*, i que habia conquistado en efecto sus grados por su juvenil denuedo. En atencion a sus pocos años i a que vino desnudo del monte a presentarse, le perdonaron la vida; pero Herquiñigo, que era acusado de cruel con buenas pruebas, fué en el acto pasado por las armas (1). Igual suerte tuvo el oficial don Miguel González, con la circunstancia de haber pecado a filo de sable, segun la costumbre mas usala, por *barata*, en esa época en que la pólvora valia su peso en dinero. Obtuvo tambien en esta ocasión su libertad aquel desgraciado capitan Zabala, pasajero o sobrecargo en el bergantín *Ocean*, a quien Benavides enroló a la fuerza en su escolta, i se encontraba ahora asilado en aquél sitio (2).

Este nuevo golpe acabó de perder a Benavides. Los indios le negaron el agua i el fuego, prohibiéndole aun el que comiera de la carne de sus yeguas, por lo que tuvo que dispersar diez hombres armados que le servian de custodia, i buscar un último refugio en un sitio rodeado de montañas llamado Pi-maiquen, donde esperaba procurarse un albergue mas seguro que el que le ofrecía la vecindad de Arauco. Antes de alejarse, sin embargo, dos de sus confidentes de aquella plaza, hombres capaces de toda perfidia, pues habian sido sus cómplices i sus discípulos, llamados Dionisio Aguayo i Jorge Arévalo, vecinos ambos de la costa, lo sorprendieron una noche en su gnarida i solo pudo escapar ocultándose en camisa en la espesura del bosque. “Ya el bandido no tiene asilo alguno,

(1) El coronel Prieto refiere en su parte de la batalla de Solidas que estos dos oficiales murieron en el combate, lo que es enteramente inexacto.

(2) El oficial realista Martel recibió tambien un balazo en el cuerpo, pero no consta si murió de él o si fué perdonado.—Parte del comandante de Arauco don Jacinto del Río,—Arauco, noviembre 19 de 1821.—Parte del coronel Prieto.—Corcepcion, noviembre 21 de 1821.

escribia Prieto al Director el 23 de noviembre. Todos sus amigos lo abandonan" (1).

De allí dirijóse Benavides secretamente a la embocadura del Lebu, acompañado de su mujer, de su secretario Artigas i del italiano Mayneri, digno por sus crímenes de ser su último amigo i su último amparador.

Antes de alejarse de la vecindad de Arauco había dispuesto tambien Benavides, haciendo ostentacion de su autoridad ya perdida para siempre, que le sucediese en ella su cuñado el capitán don Eusebio Torres, hombre inepto i cobardé que vivia escondido en las montañas (2).

Fué en estas soledades donde Benavides meditó la postrera infamia de su infame vida. A los pocos dias de haber llegado a la boca de Lebu, i finjiéndose todavia el caudillo de una honeste poderosa, osó proponer al Director mismo del Estado una *transaccion*, cuya base seria la entrega de los mismos hombres, terribles pero leales, que le habian quitado el poder acusándolo de traicion (3).

(1) Arévalo i Aguayo habian sido los brazos fuertes de Benavides en sus maldades i en sus estorciones para proveer de víveres a Arauco, en cuya ciudad vivian. El primero habia seguido al caudillo en su desgracia, pero en una ocasión en que se aproximó a Arauco con una comisión de aquel, Aguayo lo persuadió que debía abandonarlo i así lo hizo, sirviendo de guía para la sorpresa de que acabamos de hablar. Arévalo era notable por su valor i sus fuerzas hercules i tenía un hermano o pariente de su mismo apellido llamado Javíer, del que en otra ocasión hablaremos. Aguayo vivia todavía en 1819 en una pequeña chácra que poseia cerca de Arauco.

Otro de los pasados de Benavides fué el alférrez don Juan de Dios Azócar, hombre valiente, pero vil, el mismo que hemos dicho empleaba aquel en sus fusilamientos nocturnos de capitanes de buques, espías i prisioneros, i de quien tendremos ocasión de hablar mas adelante. Si embargo, este hombre mereció por sus servicios i sus traiciones ser nombrado capitán en Arauco por el año de 1825. Así lo escribió al comandante Picarte con fecha de marzo 23 de aquel año, i en su carta se encuentran estas ruines palabras que dan una idea de su carácter: «Inter Dios me preste vida, puede Ud. contar con un criado que deverá clama i pretende deseo *siquiera de labarte los pies.*» Tales eran los hombres a quienes Benavides (que no era sino un Azócar i un Arévalo, con un poco de mas astucia i de mas perfidia) hacia sus íntimos confidentes!

(2) Era éste el mismo oficial Torres casado con la Paz Benavides, hermana del monstruo, i que hemos dicho fué mas tarde gobernador de Constitución.

(3) No hemos encontrado el pliego oficial en que Benavides hacia sus propuestas de pacificación de la Araucanía; pero las dos cartas siguientes datadas del campamento de Lebu existen en el archivo del ministerio de la guerra.

“Señor comandante de la plaza de Arauco.—Campamento de Lebu, diciembre 12 de 1821.—Muy señor mio i de mi mayor aprecio. El conductor de esta correspondencia va encargado de pasar secretamente i con la mayor reserva a Concepción con el interesantísimo objeto de entregarla en mano propia al señor gobernador intendente don Joaquín Prieto, sin que persona alguna penetre ni entienda el fin que lleva esta comunicación, pues en la reserva i sijilo con-

Pero aun aquel ardid ocultaba una nueva trama del pérvido asesino; porque al propio tiempo que ofrecia pacificar la Araucanía estaba meditando su fuga al Perú, donde se proponía continuar hostilizándonos. Con el auxilio en efecto de Mayneri i su experiencia náutica, resolvió a mediados de enero de 1822, un mes despues de escritas sus pérvidas comunicaciones al coronel Prieto, acomodar una embarcacion que se encontraba fondeada en el río Lebu i habiendo colocado en ella una cantidad suficiente de víveres para un largo viaje i cuatro odres de agua, embarcóse con su mujer en aquella débil quilla, acto de resolución verdaderamente extraño en un hombre tan

siste el feliz resultado. Le ruego, pues, que en obsequio del mejor servicio del Estado, se digne permitirle el pase a aquella ciudad, encargando en su tránsito el mayor disimulo i reserva que tanto conviene, i que pueda regresar del propio modo; en el concepto de que si persona alguna entiende esta comunicación, se malogrará la grande obra que se encierra en ella, cuya advertencia me tomo la satisfacción de prevenirle, como tan interesado en el progreso de las armas de la patria; i mediante su favor espero tenga esta interesantísima diligencia todo el acierto que me promete.

“Deseo a Ud. la mejor salud i que mande como guste a éste su atento servidor.—Q. B. S. M.—*Vicente Benavides.*”

“SEÑOR DON JOAQUIN PRIETO.—Campamento de Lebu, diciembre 12 de 1821.
—Mui señor mio de mi distinguido aprecio:—Por la correspondencia oficial que tengo la honra de dirijirle con esta fecha, se impondrá US. que mis deseos para transar las diferencias i finalizar esta infructífera guerra, i de tranquilizar a favor del Estado de Chile toda la tierra de indios; cuya grande obra protesto desde luego concluir haciendo el mayor esfuerzo posible, si US. tiene la bondad de admitir mis proposiciones, i dar cuenta de ellas inmediatamente i con la mayor reserva posible al excelentísimo señor supremo Director del reino, recomendándole US. que para lograr algunas empresas de consideración que yo pueda proporcionar, es de precisa necesidad que se reserve de toda persona esta comunicación, i de los ingleses, americanos i europeos, pues unos i otros llevan todas las noticias a la capital de Lima; i todo el acierto de mis proposiciones consiste en el sijilo i reserva; i despues de la aprobación superior, se dignará US. avisarme el resultado favorable para dar principio a la obra proporcionando al conductor tránsito seguro i reservado para facilitar las contestaciones, para evitar que ninguno pueda penetrar nuestra correspondencia, la cual bien dirigida ha de tener el éxito deseado, i US. la satisfacción de ver en tranquilidad estos destinos.

“Deseo a US. la mejor salud, i que disponga de la de éste su atento servidor, mandando en cuanto gusto i me contemple útil.—Q. B. S. M.—*Vicente Benavides.*”

No sabemos si el gobierno de la capital prestó alguna atención a esta última felonía de Benavides. Lo que es el jeneral Freire, la juzgó con acierto en la siguiente nota escrita al ministro de la guerra, en contestación, según parece, a una consulta que éste le hacía.

“Quedo impuesto de la comunicación reservada del caudillo Benavides con el comandante de la segunda división, brigadier don Joaquín Prieto. Yo quisiera que tuvieran éxito felíz sus proposiciones para que terminasen las desgracias que tantas veces nos ha ofrecido, pero este infame sin buena fe, honor ni vergüenza, jamás creo que verifique estos intentos. Al fin, si se proporciona, nos aprovecharemos de lo favorable, sin perder de vista que siempre su objeto es el engaño; lo que comunico a US. para que se sirva ponerlo en conocimiento de S. E.—Dios guarde a US.—Concepción, enero 4 de 1822.—*Ramón Freire.*”

cobarde i vacilante de ánimo como era Benavides. Le acompañaba su secretario don Nicolas Artigas (1). Mayneri dirijia la parte marítima de la expedicion con el alférez don José María Jaramillo, tres soldados i un indiecito hijo del cacique Gudel, gobernador del *ayllereyue* de Arauco. Nueve era el total de los tripulantes del débil esquife.

Hízose éste a la vela el 21 de enero de 1822 i cargado por los vientos reinantes del sur navegó con tanta prisa que el 30 de ese mismo mes se hallaba frente a los farellones de la costa de Topocalma, célebre ya por los contrabandos de la malhadada fragata *Escorpion* en 1809, como lo volvió a ser mas tarde por el naufradio del jeneral Freire i parte de su ejército en aquellos parajes tormentosos.

El curso de la navegacion prometia al prófugo bandido un feliz acierto en su atrevido intento para salvarse mas allá del mar; pero un Dios justiciero había dispuesto que el monstruo de la traicion espiara sus crímenes por la traicion misma. El infiel Mayneri había embarcado, en efecto, solo el agua suficiente para llegar hasta la altura de Valparaiso, a fin de obligar a Benavides a tocar en tierra i entregarlo inerme al gobierno patriota.

No dejó de sospechar Benavides con su acostumbrada suspicacia el lazo que le tendía su confidente i aun su propio secretario, quien declaró en su proceso haberse puesto en combinación con Mayneri desde su salida de Lebu. Sostuvo, pues, aquél con ellos i especialmente con el último acaloradas disputas sobre el rumbo que llevaba la lancha, a la que Mayneri,

(1) Mui pocas noticias dignas de notar tenemos de este personaje. Parece que pertenecía a una de las familias de mas alta alcurnia de Concepcion, i aunque realista, tenía parentes de importancia en el bando patriota. Antes de esta época solo hemos sabido que en 1815 fué gobernador de Lináres, i después de 1822 ignoramos cual sería su suerte.

Mucho mas importante que éste fué su hermano don José María Artigas, vocal de la junta patriota de Concepcion organizada por el doctor Rozas en 1812 i secretario del cruel Atero en la época de la reconquista. Parece pasó después con Sánchez a Valdivia, segun vimos por sus cartas a Benavides desde aquella ciudad, a principios de 1819. A pesar de su adhesión ostensible a la causa real, Artigas, que obraba como asesor de Sánchez, mantenía secretas relaciones con el gobierno patrio, segun puede verse en el documento núm. 13 del Apéndice; i talvez en atención a estos servicios peligrosos fué que más tarde se perdonó en Santiago a su mas culpable hermano.

El capitán Artigas que murió en Longonilla era hijo de esta notabilidad revolucionaria.

según su confesión, hacia desandar por las noches una parte de la jornada del día precedente.

La prevision del jenoves había surtido entre tanto todo su efecto. La intensa sed que produce el viento que azota las olas en las horas mas ardientes del estío devoraba las entrañas del asesino i postraba en desaliento profundo la escasa tripulación del barquichuelo, cuando, avistando no lejos la playa, Benavides ordenó a uno de los soldados que hacían el servicio de la lancha, formase una balsa inflando dos odres vacíos del agua consumida a fin de que desembarcarse, i dirigiéndose al primer lugar habitado, solicitase socorros de agua para un capitán inglés que hacía por aquella costa el comercio de choros i de vino. La estratagema era bastante grosera, pero no cabía otra diversa en tal apuro.

El soldado, cuyo nombre era Francisco González (1), salió en tierra por medio de las rompientes i se dirigió a la casa de un vaquero de la hacienda de Topocalma, propiedad de don Francisco Fuenzalida, uno de los asociados en la triste negociación de la fragata *Escorpión*. Pero fuese que González a cuenta de sus propios males quisiese perder a su jefe, fuese que estuviese de acuerdo con Mayneri, en lugar de pedir socorro para su jefe, reveló su presencia, su fuga i el conflicto en que se hallaba. El vaquero corrió a dar aviso a su patron i éste pasó en el acto la noticia a un hacendado de la vecindad llamado don Francisco Hidalgo, al juez del partido o subdelegado, don José Antonio López de Lisboa i al juez de playa don Tomás Caroca.

El alboroto de estas buenas jentes no tuvo límites delante de aquella novedad que iba a hacerles directamente partícipes del castigo de aquel monstruo aborrecido, cuyo solo nombre llenaba de pavor todas las comarcas. Inmediatamente dieron aviso a Valparaíso para que interceptaran la embarcación del pirata si seguía al norte, i al propio tiempo comunicaron la nueva al gobernador de San Fernando, de cuya jurisdicción dependía aquel territorio, para que por su conducto caminase aquella aceleradamente hasta la capital.

(1) Se nos ha asegurado que hace poco este individuo era sargento de línea en uno de los cuerpos cívicos de la capital; pero ha muerto últimamente.

En esto habia transcurrido cerca de dos dias i solo en la tarde del 1.^o de febrero pudo volver González a dar aviso a Benavides de que estaban listos los recursos que necesitaba para proseguir su viaje.

En la mañana del 2, apremiados mas por la sed que por el engaño, Benavides i su comitiva bajaron a tierra i dirijeronse al rancho del vaquero donde les aguardaba, puesta en celda, una considerable partida de huasos, reunidos en las haciendas vecinas i que se hacia llegar poco a poco a aquel sitio para no suscitar sospechas.

Benavides era, con todo, demasiado suspicaz para no comprender desde el primer momento que estaba traicionado i perdido sin remedio. Ocurrió entonces a la impavidez de carácter, que tantas veces le habia servido de máscara en sus intrigas i solicitó un espresso para remitir al Director un pliego urgente. ¡El salteador de Arauco queria entenderse de hombre a hombre, de caudillo a caudillo, con la primera autoridad de la República!

Dijeronle que esta diligencia se haria al dia siguiente, i entre tanto le llevaron a pasar la noche en las casas de la hacienda de Topocalma, distantes una legua de la playa, donde se consultaba mejor su seguridad. Sin embargo, desde que Benavides habia elejido el camino de la diplomacia, depuso toda idea de resistencia i entregó sus armas i las de sus compañeros.

Al dia siguiente, 3 de febrero, púsose en marcha en dirección a Santiago, i por el rumbo de San Fernando, la comitiva de prisioneros, habiéndose suscitado ántes entre todos sus captores una serie de rivalidades, que ponian de manifiesto esa eterna puérilidad del alma humana que solo necesita una leve ocasion para mostrarse en la superficie de las mas graves de sus acciones. Los dos hacendados de Topocalma, Fuenzalida e Hidalgo, se disputaban, en efecto, la prioridad de la captura, i ambos vinieron hasta Melipilla para escribir una nota mancomunada en que esponia cada cual su participacion en el suceso; en seguida, fuéreronse de voces i aun llegaron a amenazas de hecho el juez territorial Lisboa i el juez de playa Carraca, riñéndose en las casas de Topocalma sobre a cuál cabria

la custodia del reo; mas como el primero trajese una partida de tropa armada, al mando del sargento mayor de milicias don José María Argomedo, hubo de cederle el juez marítimo, i contentóse con el dominio de la lancha varada en los límites de su jurisdiccion. Por último, alborótose a su turno el gobernador de San Fernando, que lo era el coronel de milicias don Bernardo Uriarte, i enorgullecido con que aquella gloria cupiese *a la gran Colchagua*, segun sus espresiones de júbilo al comunicar la nueva en la capital, montó a caballo para traer al bandido a su pueblo i conducirlo él mismo a Santiago. Pero al propio tiempo el Director había enviado a su encuentro al jefe de su escolta, Merlo, con cincuenta cazadores. Surgió, en consecuencia, una nueva disputa entre Uriarte i el último en que éste, exhibiendo sus órdenes i las bocas de sus carabinas, obtuvo la cesión definitiva del codiciado reo.

Entre tanto, éste había llegado el 4 de febrero a la hacienda del Rosario, i desde aquí escribió una nota oficial al director O'Higgins que vamos a copiar íntegra en seguida, porque se halla reflejada en ella toda la vileza i todo el cinismo de aquel forajido, cuyas dos grandes pasiones fueron la sangre i la mentira.

Esa pieza histórica dice como sigue:

“EXCELENTISIMO SEÑOR—Teniendo comunicacion con el señor gobernador intendente de la provincia de Concepcion don Joaquin Prieto i tratado el modo de la pacificacion de la tierra, cuyos servicios me obligaba desde luego a hacer mui gustoso en favor de la sagrada causa de América, i habiéndome anunciado dicho señor en su última nota, de que en aquella fecha, ponía todas mis propuestas en la suprema noticia de V. E. i de que no dudaba mereciesen la superior aprobacion de V. E., *me precipité a venirmé*, porque no fuesen enteramente descubiertas mis ideas por aquellos enemigos, embarcándome, i conduciéndome para esta costa un práctico a tratar con V. E. este negocio que ya me parece logrado, i tambien Chiloé, sin aventurar un hombre. Este es el objeto de mivenida, i no ningun otro, i espero que la justificada integridad de V. E. que despreciando su acostumbrada benevolencia mis yerros pasados, i mirando al bien jeneral, se sirva de dispensar-

me un rato de audiencia, asegurándole por lo mas sagrado, mi buen proceder i tranquilidad de aquellos territorios.

“Yo, en el momento de haber saltado en tierra me presenté al amo de la hacienda don Ramon Fuenzalida, i a don Francisco Hidalgo, a quiénes hice entrega de la embarcacion, i de todo; i les pedí un mozo para que acompañase a don Nicolas Artigas (sujeto sabedor de este asunto desde un principio), hasta esta capital a disposicion de V. E. quien debia de conducir un pliego a la mayor brevedad, lo que no pudo efectuarse por haber llegado a la sazon el diputado don José A. Lisboa, acompañado del sargento mayor don José María Argomedo, a aprehenderme, que lo verificaron sin el menor embarazo ni resistencia de nuestra parte.

“Dios guarde a V. E. muchos años, Rosario 4 de febrero de 1822.—Excelentisimo señor.—*Vicente Benavides*.—Excelentisimo señor supremo Director del Estado de Chile don Bernardo de O’Higgins.”

Entre tanto, aquellas marchas i contra-marchas nacidas del pueril honor de guardar la persona de un malvado, demoraron la llegada de éste a la capital por mas de una semana. Pasaronle por Melipilla, i el 13 de febrero llegaba a los suburbios de Santiago, donde se le detuvo por órdenes del ministro de la guerra Rodríguez Aldea. Queria preparársele la irrision de una entrada triunfal, a fin de que el ludibrio del pueblo borrase de los corazones el espanto que inspiraba su solo nombre. Hicieronle vestir su uniforme de coronel español (1), encontrado en su equipaje, i colocándole una tira de papel a manera de banda sobre el pecho, lo montaron en un asno desorejado, llevando en su sombrero de felpa un letrero que decia. *Yo soy el traidor e infame Benavides, desnaturalizado americano* (2).

De aquella manera cruel i burlesca penetró Benavides i su

(1) Se ha asegurado jeneralmente que Benavides obtuvo los despachos de brigadier español; pero si así fué, no llegaron aquellos a su poder. Sus últimos despachos regulares fueron de coronel; pero sus facultades militares, delegadas por Pezuela, se estendian a las funciones mas altas de la milicia, como nombrar jefes i expedir nombramientos hasta de coronel, como lo hizo con Pico despues del Pangal; pues para ello tenia la firma en blanco del virrey.

(2) TORRENTE, tomo III, páj. 323.

comitiva dentro de un cuadro de infantería, que le abría paso por medio de la compacta muchedumbre, dirigiéndose desde la Alameda por la calle de Ahumada, a la plaza de armas. A las puertas de la cárcel pública, en un ángulo de aquella, afanosos obreros, construían ya el andamio especial de su patíbulo (1).

El pueblo había permanecido sombrío pero tranquilo delante del salteador a quien ahorró los insultos i los golpes con que aturdieron al cruel San Bruno, verdugo de un populacho para quien Benavides era solo una especie de monstruo mitológico. Solo vióse que al penetrar en la plaza cierta señora conocida se precipitó sobre uno de los soldados del cuadro en que venía el asesino de Tarpellanca, i arrancando a aquél la bayoneta, intentó lanzarse sobre el prisionero, llamándolo asesino de su hijo. Era la madre del abanderado Romero del númer. 1 de Coquimbo, que no fué dueña de su horror a la vista del inmolador de su sangre.

Encerrado en un calabozo i rodeado de todo género de seguridades, comenzóse inmediatamente el sumario de los reos. Era esto una mera fórmula, porque los crímenes de Benavides tenían un carácter tan público que escusaban toda indagación. Su proceso estaba ya consignado en cada una de las notas oficiales escritas desde el sur en los tres últimos años, cada una de las que contenía la noticia de alguno de sus atroces delitos o de sus alevosías sin nombre.

Limitóse el juez de derecho, que lo fué el asesor del ejército del sur don Gabriel Palma, a ciertas averiguaciones que se rosaban sobre las operaciones ulteriores de la guerra, como el número de tropas i de armas que habían quedado ocultas a su salida de Arauco, o sobre la política del día empeñada en probar la complicidad del partido carrerino, (cuyo infeliz caudillo acababa de ser inmolado, (setiembre 4 de 1821) con las atrocidades del jefe de bandas en el Biobio.

Este, por su parte, fiel a sus viejas prácticas, urdió un tejido descarado de mentiras i calumnias acusando a otros de todas

(1) Segun una carta publicada en el *Argos* de Buenos-Aires del 22 de marzo de 1822, citada por el señor Barros Arana, se mandó construir expresamente una horca muy elevada para Benavides. Con motivo de estar abolido este jérero de suplicio ya no existían los utensilios correspondientes.

las iniquidades de que era único i responsable autor. De las matanzas de Santa Juana acusaba, por ejemplo, al capitán español Arias; de las de Tarpellalca i Yumbel al lenguaraz Tiburcio Sánchez, i por último, de los asesinatos de los capitanes ingleses i americanos en Arauco al virei Pezuela i al mismo Fernando VII, sin duda a virtud de la real orden que había expedido el último para que se fusilase a todos los extranjeros que se hallaban sirviendo contra sus banderas en América. Su última maldición fué, sin embargo, dirigida a aquella misma España, cuyo nombre quiso renegar antes de morir, "porque quería hacer ver, dice su propia declaración que le quedaba el sentimiento de haber conocido tan tarde las máximas i carácter de los españoles que hacen la guerra en América, los que se sirven de los hijos del país, para despreciarlos luego que no los necesitan, porque ellos son preferidos en los empleos i mando de las tropas i jamás hacen confianza de otro que no sea de los mismos; que a pesar de los servicios que el confesante les ha hecho, siempre lo han desatendido i procurado sacrificarlo, i que morirá con el dolor de no haber hecho ver al mundo con sus operaciones la infame conducta de los españoles en América, pues al fin le pagaron sus servicios i grandes compromisos, sublevándose el resto de ellos que quedaba a sus órdenes."

El último acto público de aquel apóstata consuetudinario debía ser, pues, una apostasía!

Al fin de una semana, tiempo demasiado largo para la impaciencia pública, el juez sumariante espidió su dictámen de muerte, el que, acojido por el Director como sentencia definitiva, mandó se ejecutase "del modo mas público, (según las palabras de la nota aprobatoria, fecha 21 de febrero, que lleva en el proceso la rúbrica de O'Higgins), debiendo ser ahorcado i quedar pendiente su cadáver hasta ponerse el sol, i su cabeza i miembros mas principales remitidos a la provincia de Concepción para que el señor intendente los mande colocar en altas picas en los lugares mismos donde ha cometido los mayores delitos i el resto de su cuerpo sea quemado por el verdugo a estramuros de la ciudad."

En la noche de aquel mismo día se notificó el fallo al reo

i se le puso en capilla. "Como a las diez i media de la noche, dice el alguacil encargado de estas diligencias, en que recibí esta sentencia, entré a la cárcel al calabozo en que se halla Vicente Benavides i le hice saber la sentencia que antecede, leyéndosela toda i luego la tomó i besó i puso sobre su cabeza en señal de resignacion i para que conste doi fé de ello."

Aquel acto de humildad i de mansedumbre tan ajeno al alma soberbia del caudillo del Biobio, no era talvez una hipocresia ni una debilidad. Habia comenzado ya en él esa transformacion profunda que opera en nuestros hombres del pueblo la vista del crucifijo i del verdugo; la eternidad i el cadalso. Benavides habria sido capaz de engañar a Dios; pero no a su señora de Mercedes, a la que profesaba un culto ciego i tan antiguo como su primera oracion, ateniéndonos a su propio testimonio. Entregado a su fé honda i feroz, a la espacion de su larga cadena de culpas, a la esperanza de la clemencia celeste, que por una dulce lei de igualdad, no se niega ni a los pechos mas empedernidos por el crimen, el salteador de los bosques de Arauco, comenzó a deponer hora tras hora todas sus ambiciones, su orgullo, sus recuerdos, los odios de la venganza que ardian en su sangre, el amor mismo sensual, pero arrebatado que le inspirara hasta entonces su compañera de tálamo i de cautividad (1).

Cuando Benavides se presentó, pues, en la mañana del 23 de febrero de 1822 al pie de la horca, erijida sobre una alta plataforma delante del vestíbulo de la cárcel, no era ya un soldado que llevara en su frente erguida el reflejo de sus victorias, no era un caudillo a quien sostuviera la fé de una creencia, no era un mártir siquiera que iba a sellar con su sangre la última página de una leyenda de dolor, era simplemente el

(1) En sus primeros interrogatorios, Benavides manifestó gran altivez i casi insolencia con su juez; pero fué declinando poco a poco en su fuerza hasta que co vencido de que iba a morir, ofreció que si se le perdonaba la vida i se le dejaba salvo en algún puerto del Perú pagaría al gobierno veinticinco mil pesos de rescate, propuesta que naturalmente fue tratada como mierda.

En sus últimas horas solicitó tambien la gracia de pasar reunido con su mujer en su calabozo, la que le fué concedida. La celda de Benavides en la cárcel pública era la ultima en el costado izquierdo del segundo patio, junto a la galera, sitio que no es ciertamente desconocido al que esto escribe.

Debemos estos datos a la bondad del señor doctor don José Gabriel Palma, juez decano de la Corte Suprema, a quien, como auditor de guerra del ejercito el sur, le cupo formar su proceso a Benavides.

criollo devoto de Quirihue que encomendaba su alma a la virgen de su culto. Por esto cuando lo arrastró una mula en un ceron que llevaba atado a la cola, solo se le escuchaba que iba profiriendo, en medio del inmenso pueblo que asistia en silencio a su castigo, imprecaciones a lo alto, repitiendo de momento en momento estas palabras de suprema angustia: *madre mia de Mercedes! madre mia de Mercedes!* I aquellos fueron los últimos ecos que se oyeron de la víctima cuando colocada sobre el aparato fúnebre, el verdugo empujó la tabla fatal, i balanceóse su pesado cuerpo en el espacio con las convulsiones horribles de la postrer agonía...

“Certifico que en la mañana de este dia, dice la diligencia que da cuenta de su suplicio i del final destino de sus huesos, a las once i media de ella se ejecutó la sentencia que previene el decreto marjinal en el reo Vicente Benavides, quedando su cadáver pendiente en el suplicio hasta la hora prevenida, en la que el teniente del alguacil mayor de ciudad, asociado conmigo el presente escribano receptor, hizo que el verdugo descolgase el cuerpo i le ordenó mutilase sus principales miembros: a saber, la cabeza, brazos i piernas, quedando el resto de él entregado, así mismo, al ejecutor i en su consecuencia fué llevado al llano denominado de Portales, donde ha sido quemado por manos del propio verdugo.”

Tal fué el fin de Vicente Benavides, un saltador vulgar levantado por las ocurrencias inevitables de su edad a la categoría de un gran malvado. La historia ha hecho hasta aquí a su horrible nombre la ofrenda injusta del fallo que solo se debe a los caudillos que representan una tradicion o conducen un propósito, por culpables que sean sus actos i su enseña. Pero renegado de todos los bandos que surjieron en la cuna de la misma República, no se albergaba en cada uno sino el tiempo que le había de conducir al opuesto. Manchado con todo jénero de crímenes, en nombre de la causa real, la maldijo cuando se encontró frente a frente del patibulo, i ántes le inmóvil nuestra mas pura sangre vertida a sus ojos i muchas veces por sus propias manos. Niños, mujeres, ancianos, soldados campesinos, extranjeros, a quienes no conocia, bárbaros, cristianos, sus dudos, sus amigos, sus compadres, todo lo hacía

victima propicia a sus furias infernales, i despues no conocia mas vergüenza ni mas arrepentimiento que la mentira i la impostura!

Nacido en una época normal i en medio de una sociedad organizada, Vicente Benavides no habria tenido otra fama que la de un galeote i habria pasado su vida lejos de los bosques que engrandecieron sus delitos con su sombra, guardado bajo los ladrillos de una bóveda, cumpliendo las groseras tareas del presidario i del felon.

Pero quiso su destino el hacerle soldado cuando todo se militarizaba en derredor suyo, i por esto, un vil delito cual es la desersion al enemigo, le dió sus galones, como mas tarde otra vileza, el pacto de servir de espía a los suyos propios, le puso en aptitud de proclamarse caudillo.

“Como desertor al enemigo, decia con justicia, pronunciando su sentencia en nombre de la posteridad, el diario oficial de aquella época (1)-debia morir; como violador tantas veces del derecho de guerra perdió todo honor militar, hasta el debido a los prisioneros, i como pirata i como bárbaro destructor de pueblos enteros, era preciso darle un jénero de muerte que vengase a la humanidad” (2).

No cerraremos estas lúgubres páginas sin proyectar sobre

(1) La *Gaceta ministerial* del 23 de febrero de 1822, publicada estraordinariamente con ocasión de la ejecución de Benavides.

(2) Varia fué la suerte de los compañeros de Benavides después de su suicicio.

Su mujer, habiendo sufrido algunos meses de prisión, fué enviada a Concepción junto con el hijo del cacique Gudel, i después de haber habitado bajo el techo de las monjas trinitarias, por disposición de la lei, se refugió en una casa particular en la que todavía existe, según dejamos recordado. Allí la conocieron en 1833 el general Miller i en 1839 el historiador Gay, a quienes dió con franqueza i animación todos los detalles de sus aventuras i desgracias.

El secretario Artigas fué indultado, según se dijo, por influencias de familia (pues era pariente del general O'Higgins), i también por los servicios secretos de su hermano don José María a que ya hemos aludido. Parece que desde entonces se estableció en Santiago, donde ha dejado familia.

Mayneri, desterrado al Perú, se hizo, como es sabido, corsario i causó graves males en la costa, sirviendo bajo las órdenes de Quintanilla, hasta que fué capturado en la costa del Perú en 1824 por la corbeta francesa la *Diligente*, a la que Mayneri atacó como pirata.

Algunos años después alguien le vió en la Coruña, donde desempeñaba un puesto oficial i donde probablemente fallecería.

En cuanto al alférez Jaramillo i los soldados que le acompañaban, se contempló el gobierno con infijirles castigos de poca monta o alistarlos en los cuerpos del ejército. González, como hemos dicho, fué sargento brigada muchos años, de uno de los cuerpos cívicos de la capital.

ellas una sombra mas que les es propia. Tal es la del justo pero inhumano regocijo con que las poblaciones del sur recibieron la nueva de la prision del mónstruo que durante tres años les habia quitado sus techos, haciéndoles comer el pan escaso de las guarniciones i de las guardias, mojado en sus propias lágrimas o en la sangre del hermano. Natural i casi lícita era aquella alegría i el ahínco de consumar por sus propias manos la inmolacion del hombre que había sido el verdugo de cada aldea; pero la historia que juzga de las pasiones i aun de los dolores humanos con la impasible serenidad de su misión, acojerá siempre con un penoso esfuerzo documentos como los que van a leerse, escritos por los vencedores de Benavides, en nombre de los pueblos mas adclantados de la República, entonces como ahora, en las provincias de ultra-Maule, de Chillan i Concepcion.

Aquellos decian como sigue:

“Chillan, febrero 11 de 1822.—Señor excelentísimo.—Se nos acaba de anunciar por noticia de Talca que el infame Benavides con su familia i unos cuantos de sus principales secuaces han sido tomados en la costa de San Fernando. Esta plausible noticia, que ha venido tan a tiempo para acabar de solemnizar nuestras funciones nacionales, ha conmovido los ánimos de nuestros beneméritos compatriotas de tal suerte que, unánimes han gritado *se suplique a V. E. por la persona de este mónstruo para aplicarle acá el castigo de que es acreedor*. En esta virtud, el cabildo de esta ciudad se atreve a elevar a V. E. esta súplica i yo igualmente recomiendo a V. E. dicha solicitud implorándole por el dia grande de mañana nos conceda esta gracia para desagravio de los insultos que ha sufrido esta desgraciada provincia por ese mónstruo de iniquidad. Si ya no tiene lugar nuestra súplica, por haber dispuesto V. E. de él, *al menos concédaremos la cabeza para fijarla en un palo para eterno escarmiento i que acompañe a la de su compañero Zapata, i una mano para mandarla a Venancio, para que con ella corra la flecha i se noticie en toda la tierra este feliz suceso de nuestras armas* (firmado).—Joaquin Prieto.—Excelentísimo señor don Bernardo O'Higgins.”

Concepcion, febrero 13 de 1821.—Con fecha 7 del corrien-

te se me ha comunicado por el teniente gobernador de San Fernando i Curicó haberse preso en aquella costa al mónstruo de Benavides, i no habiendo una cosa mas regular que donde se cometan los crímenes, ahí deban espiarse por sus autores, para darle el lleno a este principio, me tomo la libertad, por el conducto de US., de hacer presente a S. E. el supremo Director que haciéndose conducir aquí, no solo con proporcion a sus atroces hechos recibirá el castigo, si así fuese del agrado superior, sino que influirá en gran parte a que cesen los ardores consiguientes a la guerra cimentada bajo principios desconocidos por ese antagonista de la humanidad, pues sus allegados, al ver el fin de su bárbaro caudillo (i que no lo creerán a menos que no divisen lo material de su persona), no se convencerán de la suerte que le ha cabido i que éste es el término que todos ellos deben de esperar.

“De su traída serían incalculables los beneficios, que dinarian, mui en particular en la quietud de los ánimos de aquellos habitantes que han sido corrompidos por su ejemplo i comprometidos por los hechos de él. De este modo los asesinatos calmarian i los habitantes del campo podrían cultivar sus terrenos que hoy se hallan infructíferos, la agricultura tomaría su lugar i la provincia dejaría de ser estéril. La avencencia de los ánimos sería sin disputa el resultado de su comparecencia personal, i entonces, no teniendo qué pensar en evitar las desgracias que se ofrecen por esta clase de enemigos, me dirijiría al único objeto de adelantar las discordias intestinas entre los indios que tantas ventajas ofrecen a la estension i riqueza rural de la provincia, lo que talvez no será posible emprender mientras tanto haya huestes de hombres que quieran el exterminio de la población de estos países por defender la caduca causa de Fernando de España. US., que es el resorte eficaz, a fin de adelantar los progresos de estos habitantes; espero que sea el móvil mas empeñado con S. E. para que acceda a este plan.—(firmado). —Ramon Freire.—Señor Ministro de la guerra.”

La respuesta del gobitrno directorial fué conforme a estas misivas. El mismo dia en que se recibieron en la capital, salió para Concepcion el verdugo llevando en una mula aparejada la

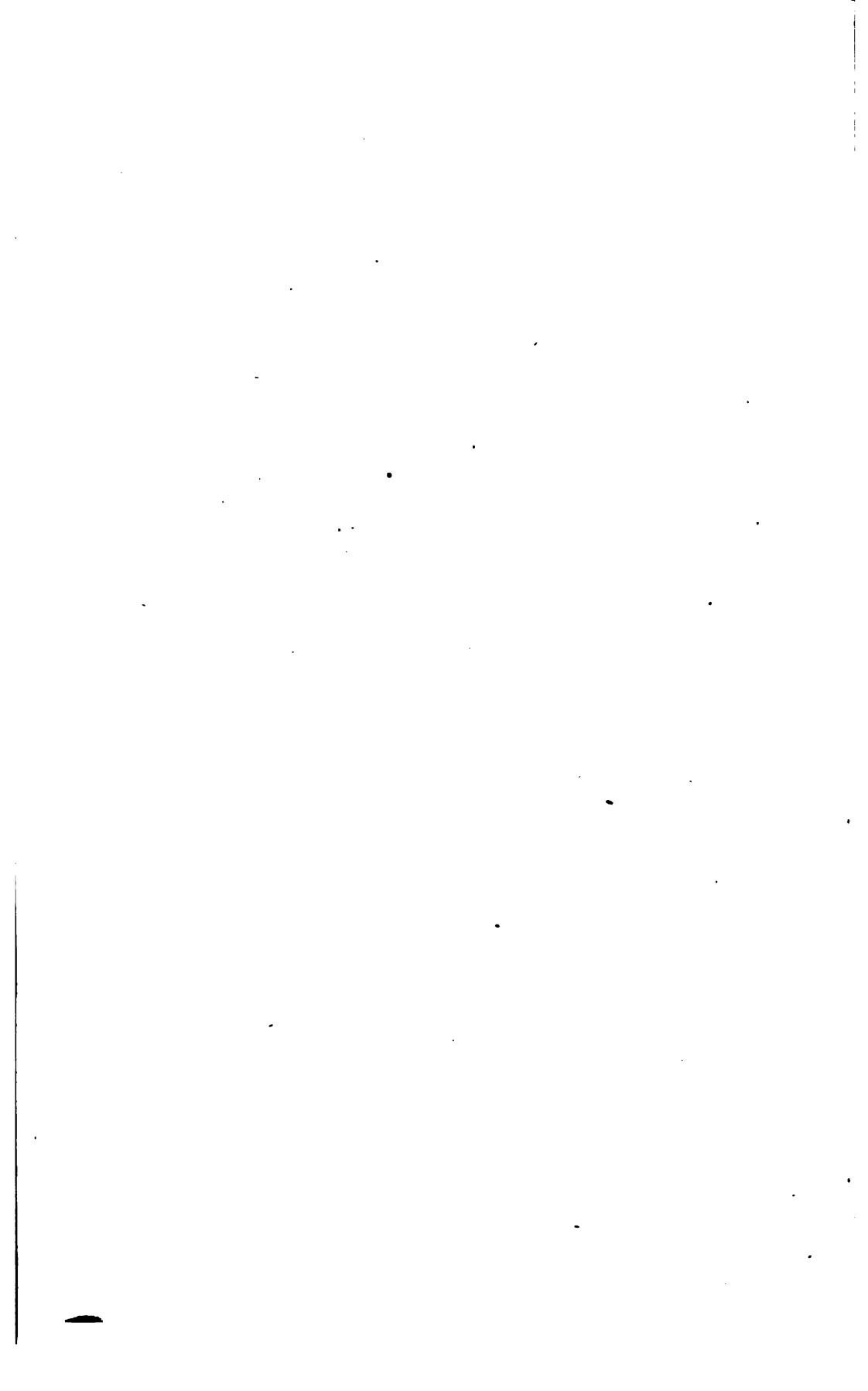
cabeza i los brazos del bandido, cuyas lívidas facciones iban a contemplar con una cruel alegría los campos i los pueblos que tanto le habian odiado.

Tocaria aquí a su último término esta historia que la muerte i los suplicios hace ya fatigosa, sino fuera que la personificación de la guerra a muerte en Benavides no hubiere sido, como en otra ocasión lo hicimos presente, una usurpación injustificable cometida por la tradición, a virtud solo del falso criterio de los acontecimientos i del ofuscamiento natural de las muchedumbres delante de los nombres mas o menos oscuros que se alzan del seno de las revueltas.

Cuando Benavides huia, pues, desde Lebu para morir en la plaza pública de Santiago, no era sino un mísero prófugo. Quien había tomado su puesto, era el mismo a quien él, sin mas derecho, que un despacho ya caducado, se lo había mantenido en violenta usurpación.

La guerra a muerte no terminará sino con el último día del coronel don Juan Manuel de Pico, el primer lugarteniente de Benavides en los tres años que llevamos narrados de estas guerras (1819—1821) i su sucesor durante otros tres que aquella se prolongó (1822—1824).

Este epílogo rápido i sinistro es el que vamos a narrar en unas pocas páginas para dar a esta historia su remate lógico, oportuno i verdadero.



CAPITULO XXI.

Plan que se propone el coronel Prieto para terminar la guerra.—La Araucanía considerada estratégicamente.—Zona de la costa desde Arauco hasta Valdivia.—Boroa.—Zona de los llanos.—Sistema actual de colonización con relación a la pasada guerra.—El coronel Prieto expedito desde Arauco sobre Tucapel.—Encuentro de los Lobos i peligro en qué se hallan los comandantes Viel i Beauchef.—Combate de Cupaño.—Prieto se retira sin obtener ventajas.—Esplícacion que da el jeneral Freire de su infructuosa campaña.—Se retira a Chillán con los restos de su división i de ahí a Santiago, donde es ascendido a mariscal de campo.—Operaciones del capitán Búlnes en la alta frontera.—Heroicos combates de Gualeguaiqu i de Niblinto.—Búlnes avanza hasta el río Imperial.—Sangriento combate del Cautén.—Episodios personales del capitán Búlnes.—Eusebio Ruiz.—Desastrosa retirada de Búlnes sobre Nacimiento.—Llega la noticia del motín ocurrido en Osorno i de la muerte del gobernador Letelier.—Gravedad de este suceso en aquellas circunstancias.

Empeñados en seguir a Benavides hasta el pié de la horca, a fin de guardar la rigorosa unidad de esta múltiple historia, nos hemos apartado por considerable tiempo de las fronteras en que aquella palpitaba todavía como un gigante herido que se revuelca en su agonía.

Acudimos de nuevo a su terrible desarrollo, pues aun hállase lejos de su término. El suplicio de Benavides había sido solo un episodio, i no había sido un desenlace.

Dijimos que en los dos meses que sucedieron a la dispersion de Saldías, batalla en todo semejante a la de Curalí en 1819,

el coronel Prieto se ocupaba en organizar en Concepcion dos divisiones con las que se proponia hacer producir a aquella todos los frutos que el mariscal Freire habia desdenado recojer despues de la victoria que acabamos de recordar.

Confio, en consecuencia, una fuerza de quinientos hombres a su sobrino el ya acreditado aunque imberbe capitan don Manuel Búlnes. El 14 de noviembre despachólo acompañado de las indias de Coihuepan i Peñoleo para que operasen contra los restos de la columna realista batida en el Chillan i que Pico i Bocardo, sostenidos siempre por Mariluan, habian conseguido reunir en los partidos de la alta frontera.

El mismo Prieto se proponia pasar en persona con todo el resto de las fuerzas a pacificar de una manera definitiva todas las comarcas de la costa hasta Tucapel, donde suponia que Benavides buscaria un ultimo refugio. Su bien combinado plan consistia en arrollar los indios i montoneras que se le opusiesen en la marcha, llegando, si era posible, hasta el Cauten, internarse por Ilicura i darse de esta suerte la mano con la division del capitan Búlnes que deberia venir por las comarcas llamadas de arriba hasta Lumaco i hasta el Cauten mismo.

Hácese al llegar aquí indispensable una breve pausa en esta relacion a fin de fijar la atencion del lector en el nuevo teatro en que va a desarrollarse la guerra a muerte, alejada ya, a fuerza de batallas i de suplicios, de la gran linea fronteriza. Chile propiamente, el pais civilizado, cristiano i español quedaba ya pacificado. Es por tanto el pais de los bárbaros el que debemos recorrer a la ligera para mejor hacernos cargo de sus acontecimientos, ya que en el capitulo VI de esta obra solo bosquejamos a grandes rasgos los mas salientes perfiles de su topografia i los orígenes mas marcados de sus razas.

El hermoso territorio que se estiende entre el Biobio i el Calle-Calle, dilatase por mas de ciento treinta i cinco leguas, segun el itinerario postal del rei, i aunque en lo mas de su extension es boscoso, puede considerarse en su conjunto como una serie de llanos i colinas regadas por numerosos rios que se crean en sus propias lagunas o brotan de la humedad de sus selvas seculares. De norte a sur solo lo interceptan en su mitad bo-

real la gran cordillera de Nahuelbuta que comienza en Santa Juana, a orillas del Biobio i va a terminar cerca de Puren, a inmediaciones del Cauten. Pero en el resto de su topografía solo se destacan de su superficie dos grandes masas trasversales que interceptan el camino de Concepcion a Valdivia, corriendo paralelas a la distancia de cincuenta leguas desde los Andes al mar. Son éstas la *sierra de Tirúa*, que desciende al Pacífico frente a la Mocha (que no es sino un promontorio truncado de aquella cadena sumergido por las aguas) i la *montaña de Quenué*, cincuenta leguas mas al sur, que baja tambien desde los Andes hasta la playa del Océano. Es la primera de aquellas cadenas, la mas famosa en nuestras guerras, i su ascenso forma la áspera senda que comunmente se llama *camino de los riscos*, levantando por si sola la frontera natural que debe contener por el sur la futura i hermosa *provincia litoral* de Arauco, perfectamente diseñada entre el mar i la sierra de Nahuelbuta, entre el Biobio i el Tirúa, que corre al pie de aquella, i cuyo centro ocupa, como su capital inevitable, la naciente pero próspera colonia de Lebu.

La segunda montaña es de mas difícil tránsito i mas húmeda i empinada que la de Tirúa, siendo de su áspera cuesta de la que dijo el poeta castellano:

“Ni entre tantos peñascos i pantanos.
Mezcló tanta maleza i espesura
Como en este camino defendido.
De zarzas, breñas i árboles tejidos.”

Cierra por esto propiamente aquella cadena las fronteras meridionales de la Araucanía, puos mas allá de su cima, se extienden los campos de Valdivia, de la Union i de Osorno. Es en consecuencia su cumbre el camino usado por los correos i por los rudos ganaderos de aquellos llanos que tardan a veces meses enteros en conducir sus *piños* por entre aquellas breñas hasta las haciendas fronterizas.

Otra de las peculiaridades de la formacion de estas comarcas, es que a cada uno de aquellos contrafuertes que los Andes arrojan al Pacífico corresponde un gran río. A la sierra de

Tirúa, el Imperial, que la riega por su falda del sur; a la montaña de Queule, el Tolten, que corre por sus declives del norte.

Por manera que dominados hoy con apropiados reductos aquellos pasos, i pobladas por colonias agrícolas i militares las riberas de aquellos ríos, puede decirse que la Araucanía de hecho no es una dependencia geográfica de Chile sino una serie de provincias en ciernes de nuestra organización política i municipal. Las posesiones de Lebu, Quidico, Tolten, Collico i Queule, que en los seis años corridos desde 1862 han ido surgiendo a lo largo de esta costa en el espacio exacto de cien leguas, son, pues, los eslabones de la gran cadena con que la mano de la civilización se empeña en atar a nuestro adelanto la tenaz barbarie de aquel país inculto e infiel. La reedificación de la Imperial, a lo que se ha opuesto más que todo la difícil barra de su río, es el único vacío que falta por llenar en aquel bien concebido sistema de fronteras marítimas, pero el punto avanzado de Quidico, entre los últimos declives de la montaña de Tirúa, lo reemplaza hasta aquí medianamente.

Ahora, emprendiendo una excursion geográfica a lo largo de los caminos que servirán de ruta a nuestras expediciones militares por el norte i por medio-día de la Araucanía, tenemos que desde el fuerte de Arauco, antigua cabecera cristiana de la parte boreal de aquella, parten tres caminos hacia el interior, pero siempre por el lado de la costa.

El primero es el más allegado a la cordillera de Nahuelbuta i se llama *de los Ríos*, porque va serpenteanando entre las vertientes de todos los que descienden de aquella sierra al mar, como el Tubul i el Lebu. El segundo es más recto i atravesando por su centro la famosa garganta de la Albarrada i el llano de Cupaño va a reunirse con el primero cerca de Tucapel viejo, donde forma una sola senda hasta llegar a la cuesta de Tirúa. Resúñese también aquí la tercera senda que viene por la playa del mar, rebanando despeñaderos que le hacen peligroso i de mas vasto circuito.

Confundidas en una sola aquellas tres vías al pie del monte de Tirúa, presentanse dos caminos al viajero que se dirige *tierra adentro*; el de *los riscos* que hemos ya nombrado i que

no es sino la asperísima cuesta del cerro de Tirúa, i el de los *Pinales*, que haciendo un rodeo hacia el oriente conduce por una ruta mas larga pero de mas fácil tránsito hasta la Imperial.

En cuanto a los caminos o mas bien pasos de aquel territorio hacia el oriente, al traves de la cordillera de Nahuelbuta que la domina en toda su estension de norte a sur, solo existen propiamente dos, el llamado del *Purgatorio*, que conduce de Colcura a Santa Juana, i el de *Ilicura* que se dirige desde Tucapel viejo a Puren i de aquí a Lumaco i a los Llanos. Es éste el paso conocido con el nombre moderno de Lalnahue (por la laguna así denominada), i es tan áspero i montuoso "que un destacamento, dice uno sus últimos exploradores, lo atravesaria con dificultad" (1).

Desde el Imperial al Tolten el camino de la costa es casi siempre llano por entre vegas, bosques i medanales hasta pasar el Queule i encontrarse detenido por su alta montaña.

Las proporciones de distancias entre aquellos parajes están sometidas en gran manera a los mismos accidentes del terreno que recorren. Por la vía mas recta de Concepcion a Arauco, pasando por San Pedro, Lota, Colcura i la cuesta de Villagra hai diez i nueve leguas castellanas, i desde Arauco a Tucapel viejo atravesando la Albarrada, Cupaño, el río Lebu (distante doce leguas de Arauco) i el antiguo Cañete hai veintiscis. Desde Tucapel a la Imperial, situada en el centro de la Araucanía propia, corren otras treinta leguas, contando con la vuelta de los *Pinales* o con las quebradas i repechos del camino de los *Riscos*. Casi igual distancia de la que separa a Tucapel de la Imperial divide a ésta de Tolten, i no es mayor la que hai que recorrer desde este último río hasta Valdivia.

De las fieras tribus de bárbaros que poblaban en aquella época todo este litoral hemos hablado ya bajo la denominación general de los *Costinos*. Por esos días podían aquellos presentar

(1) SEÑORET, Memoria citada de 1862. El capitán de corbeta don Oscar Viel, visitó también aquellos senderos en ese año. Puede verse su interesante descripción de ellos i de la laguna de Lalnahue (la antigua Ilicura de los conquistadores) en una memoria enviada por aquel oficial al ministerio de marina desde de la boca del Lebu, con fecha de abril 7 de 1862.

entre el Biobio i el Imperial dos o tres mil lanzas, como hoy se-
ria difícil reunir otros tantos centenares, tan grandes fueron los
estragos de la guerra que los devoró durante los diez años tras-
curridos desde el desembarco de Pareja (1813) hasta la muer-
te del coronel Pico en 1823 (1).

Las tribus mas valientes, sin embargo, de aquella zona, fue-
ron las de Puren, que a las órdenes de su cacique principal Ca-
trileu, no cesaron de dar malones, ya a los indios patriotas de los Llanos, ya a los cristianos mismos por toda la costa de Arau-
co. Seguían despues, entre el Imperial i el Tolten, los célebres
boroanos, cuya raza es conocidamente extranjera, sea por el en-
troncamiento de las españolas cautivas en la ruina de las sie-
te ciudades (1600), sea (como lo han supuesto algunos de la
escuela de los romanceros de la Eliza Bravo), a virtud de al-
gun naufragio ocurrido en aquellas costas.

Ello es lo cierto que los boroanos no por tener ojos azules,

(1) Segun Señoret, la población indígena que existía en 1862 entre Arauco i Lebu, no podía pasar de mil individuos i desde el último punto al Imperial, conceputaba que no debían contarse mas de tres mil quinientos. El capitán Viel, asegura que en las reducciones interpuertas entre Tucapel viejo i la laguna de Lajinahue no existían sino cuatro caciques, que a lo mas podrian disponer de cuatrocientos setenta i cinco mocetones. El señor Domeyko, que visitó aquella parte de la Araucanía en 1815, cree, por su parte, que entre Tucapel i Quidiaco o la montaña de Tirúa no podían reunirse mas de seiscientos lanza.

Estos indios son en el dia completamente mansos, i su territorio está de tal modo ganado por nuestra posesión actual, que solo por tradición puede considerarse como indígena. Entre Lebu i Arauco, por ejemplo, hai para mil indios mas de cinco mil fronterizos, segun el capitán Señoret, i esta desproporción se ha aumentado ahora con el desarrollo de la colonia de Lebu.

Por otra parte, estos indígenas son ahora mas pacíficos que los mismos criollos i viven entregados a la labranza, a la pesca i otras industrias con mas congregación que aquellos, segun tuvimos ocasión de notarlos personalmente en una feria a que asistimos en Lebu en diciembre de 1866.

Estos son los indios llamados (apreciativamente *chorogos*, a causa de su si-
tuación marítima) por los soberbios llanistas, i de ellos se expresa en los si-
guientes términos el capitán Señoret en su memoria recordada. «Los indígenas
conservan algo en su, a pecto de la fuerza de sus antepasados; pero aunque
las costumbres sean las mismas, se puede decir que en tiempo de su indepen-
dencia, su carácter ha sufrido ya una grande modificación i se habla, a mi ver,
perfectamente preparado para hacer de ellos ciudadanos laboriosos, intelijentes
i sumisos a la lei.

«El que experimenta sus virtudes hospitalarias, la moderación de su trato,
su rectitud a lo justo i a lo injusto, el orden que reina en sus habitaciones, i lo
bien labrado de sus campos, no podrá creer que este infeliz pueblo ha luchado
i lucha todavía contra la corrupción mas desenfrenada, cual es generalmente
la de nuestros fronteños, verdaderos bárbaros sin mas conciencia ni lei que
su codicia. Es sin embargo la verdad.»

No faltó solo agregar, para hacer más completa esta reseña, que en 1867 Le-
bu tenía una población de seiscientos veintiocho habitantes, Quidiaco de dos-
cientos veintiseis i Tolten i Queule de setecientos.

pelo alazan i narices aguileñas, son ni menos bravos, ni menos ladrones, ni menos bárbaros que los demas araucanos, distinguiéndose únicamente entre ellos por su mayor ajilidad para mover sus *campos* i emprender sus lejanos malones. Los boroanos, al mando del poderoso cacique Calbuqueo, fueron las tropas ligeras de los ejércitos araucanos en la guerra de que damos cuenta.

Hacia el naciente del Boroa existia la estensa reducción de Maquegua, cuyo cacique principal era el respetado Ancamilla, quien para el prestijio de su sola persona, mantenía al derredor de sus posesiones no menos de cien *conas* o mocetones de guerra. Mas hacia la cordillera, i ocupando ya la rejion subandina existia el célebre Curiqeo, indio esforzadísimo, caudillo de las reducciones de Trutrú i Llaima, cuyo ultimo es el nombre que se da al Imperial en sus primeras aguas.

Al sur de Maquegua i de Boroa estendíanse las tribus de Villa-Rica, Pelacahuin, Dagnol i Pitrusquen, sitio la última, donde el célebre Calfufura, monstruoso por su obesidad, escondia su malal, segun mas adelante hemos de ver al contar las expediciones a la tierra emprendidas desde Valdivia.

Por el norte del Imperial estiéndense desde Lumaco hasta Angol las reducciones de los Llanos; con las que somos ya familiarés, pues de todos estos parajes anticipamos ya alguna noticia, cuando la narracion de los acontecimientos lo hacia necesario. Allí era donde Venancio tenia su célebre *Malalche*, no lejos de la ribera norte de aquel río. Seguia el terrible Lempí, señor de Lumaco a la par con Lorenzo Peñoleo, que hemos visto fué el terror de los indios godos de Puren i de Boroa, i seguian mas al norte Colipí i sus angolinos, junto a la famosa reducción de Collico, de la que era caudillo Mariluan. Por ultimo, por la ribera del Malleco, hacia los Andes, tenia fijo sus reales entre inaccesibles laderas el sombrío Maguil.

Otro de los rasgos peculiares de este admirable territorio, es su sistema fluvial, porque de su seno toman curso los tres mayores afluentes del río-rei de Chile, despues del Laja, que con sus numerosos pero someros tributarios le entra por la banda del norte.

El Bureo, en efecto, angosto serpenteano entre bosques i la

deras i cabando su lecho por entre plataformas sobrepuertas que dan a su curso una rapidez vertiginosa; el Duqueco con sus altas barrancas i sus quebraderos, especie de rápidos como los del San Lorenzo o las correntadas del Maule, i por último, el majestuoso Vergara, parten todos en diversas direcciones recebiendo innumerables tributarios hasta que formando una verdadera red entre sus fértiles campiñas, van a vaciarse en el gran río, no lejos los unos de los otros. El último, sobre todo, presenta, bajo un aspecto militar i mercantil, sea que se le contempla para los usos de la guerra o de la colonización, un trazado verdaderamente admirable, porque bajando el Malleco de los Andes i el Picoquen, que son los que primitivamente lo forman, de la opuesta cordillera de Nahuelbuta, van a encontrarse, después de un curso análogo de cerca de veinte leguas, en el medio de los Llanos, donde confunden sus aguas i las envían por un ancho cauce hasta la plaza fronteriza de Angol (treinta i un quilómetros), i desde este punto estratégico, por una estuaria navegable (cuarenta i seis quilómetros), hasta el Biobio, a la vista de Nacimiento. De aquí la importancia militar de esta última célebre plaza de guerra, de la que doña Catalina de Erauzo (la monja alferez) dijo "era buena solo en el nombre (*nacimiento*) i en lo demás una muerte" (1), i en efecto que así lo ha sido durante tres siglos de bárbaros i cristianos.....

Al entrarle el Vergara por una ancha boca de no menos de trescientos metros, ofrece el Biobio el aspecto de una dilatada laguna, i así corre lentamente con una corriente de tres millas a la hora hasta besar el pie de los cerros, llamados en el lenguaje poco púdico de los geólogos —*las tetas*,—después de haber pasado en la vecindad de San Carlos de Puren, por *los cuartos*, donde las faderas lo estrechan en un cauce de sesenta i siete metros, mientras que en Pileu, cerca de Santa Juana, su somera anchura mide no menos de dos mil trescientos metros o más de media legua (2).

(1) Historia de la monja-alferez, compilada por don Joaquin María de Ferrer, páj. 32.

(2) El último territorio fluvial que hemos descrito al sur del Biobio, es el que se encuentra actualmente en vía de activa colonización i donde se levantan entre los afluentes del Vergara, que corre de sur a norte como el Longomi-

Tal era, a vuuelo de ave, el terreno estratégico de las campañas que los vencedores de las Vegas de Saldías iban a emprender contra los últimos restos de los sostenedores del rei i sus aliados.

En consecuencia de los planes militares que dejamos recordados al principiar este capítulo, el coronel Prieto púsose, pues, en marcha desde Concepcion a principios de diciembre de 1821 con una division que numeraba mas de mil hombres, i se componia del batallon Carampangue, de doscientos soldados del número 1, de dos escuadrones de cazadores de la escolta i cuatro piezas de artillería, al mando del mayor Picarte, Iban tambien en calidad de voluntarios los valientes comandantes don Jorje Beauchef i don Benjamin Viel, que habian salido de Santiago, (donde a ambas retenian secretos de corazon) veinticuatro horas despues de haberse recibido la noticia de que Benavides habia pasado el Biobio i marchado contra Chillan.

Detúvose aquella columna algunos dias sobre los escombros aun humeantes de Arauco, i allí fué donde su jefe recibió las aleves proposiciones de traicion que Benavides le dirijiera desde su escondite de Lebu i de que ya tenemos dado cuenta. Sospechando, sin embargo i por lo mismo, el coronel Prieto, que

lla (con cuyo río ofrece entre otras esta rara analogia en el curso de las aguas), las poblaciones de Angol con mil quinientos veinte habitantes (1867) i la de Mulchen con dos mil doscientos diez i nueve.

El territorio colonizable ha sido calculado solo en quinientas mil hectáreas, i aunque el de la costa es mucho mayor (Señoret lo regula en setecientos setenta i un mil docecientas veintiocho hectáreas), la calidad de su terreno i su posición le da una inmensa ventaja.

En una interesante memoria publicada últimamente sobre los progresos de la colonización de Arauco, por don Luis de la Cuadra (*Ferrocarril* del 13 de abril de 1868; encontramos la siguiente descripción hidrográfica de aquella comarca que ayudará a su mejor inteligencia.

“El río Renaico, dice Cuadra, baña en su curso, excelentes campiñas susceptibles de toda clase de cultivo. El Vergara, río importantísimo, en un curso de cuarenta quilómetros no mas lleva este nombre, es decir, desde la confluencia de los ríos que lo forman, que son el Malleco i el Picoquen, hasta su confluencia con el Biobio, que entonces toma este nombre. El río Malleco, que tiene su origen en la cordillera i cruza una inmensa estension, engrosa sus aguas con el estero Huequen, que se le junta a la altura de Angol, dos quilómetros rectamente al oriente. El Picoquen, que se une al río de los Sauces frente al cuartel militar de Angol, corre hasta desembocar en el Malleco, como ántes se dijo. El río de los Sauces corre en un sentido de sur a norte; tiene su origen en el llano, desde el pie de los cerros de la cadena central, i su corriente es lenta.

“La parte de terreno que cruzan los ríos enumerados es feraz i por consiguiente de la mejor calidad para las variadas empresas agrícolas. Alienta en mucho a los moradores de estos lugares las bondades del terreno.”

aquel ardido envolvía alguna nueva i siniestra tentativa del obstinado salteador, resolvió marchar con mas presteza hasta encerrarlo en su propia guarida. Tomó con este objeto el camino de la Albarrada, el mas central i el mas corto, dirigiéndose a la cuesta de Cupaño, regada por el Lebu, doce leguas al sur.

En la tarde siguiente, a la salida de la columna de Arauco, llegó aviso al coronel Prieto de que una gruesa división de indios i montoneros se encontraba acampada en una alta meseta que se extendía tierra adentro a orillas del río Lebu, i resolvió sorprenderla. Marchóse en consecuencia toda aquella noche con increíble esfuerzo para pasar la artillería por desfiladeros inaccesibles; mas frustróse el golpe por la inevitable tardanza i el haber amanecido. El campo enemigo, al contrario, había tenido lugar de prepararse para resistir a los nuestros i aun para sorprenderlos en la marcha. Bastó, sin embargo, la artillería de Picart para poner aquellas hordas indisciplinadas en completa dispersión. El comandante Beauchef intentó perseguirlos al mando de un pelotón de cazadores; pero llevado de un temerario ardor, adelantóse de tal suerte por entre los senderos del bosque, sableando un grupo de bárbaros, que estuvo al sacrificar así mismo su noble vida. "Después de haberlos corrido, refiere él mismo en sus Memorias, un gran tramo, llegaron los indios a las lomas en que están situadas las casas de los lenguaraces Lobos, i nos hicieron una media vuelta seca. Estaba yo a la cabeza de los cazadores con el bravo oficial Valenzuela que los mandaba, saliendo del desfiladero que desemboca en las lomas i nos mantuvimos firmes. Ordené a los cazadores no hacer fuego con sus tercerolas i me quedé con una pistola en la mano i el sable colgando de la dragona. El indio que estaba al frente del grupo me estaba midiendo el lanzazo, i los otros otras con las lanzas cruzadas i tendidas sobre el pescuezo de los caballos. Yo con frialdad le dije que avanzase un poco más, pues le tenía casi a la boca de mi pistola, i ésto los desconcertó porque suponiendo tal vez que todo el regimiento venía con nosotros, volvieron rienda con mucha furia. Entonces solo conocí mi imprudencia i el oficial me dijo: *Mi comandante,*

la hemos escapado buena, pues al menor movimiento de sorpresa estábamos perdidos!"

Escapado el valeroso frances de aquel inminente riesgo, pues quien vuelve la espalda al indio perece sin remedio, cayó en otra eclada su compañero el comandante Viel, que había venido en su socorro con los cazadores del comandante Cruz. Observando efectivamente aquel bizarro jefe, que un grueso de indios reunido en la opuesta orilla del angosto Lebu, hacia manifestaciones de parlamentar, metióse en medio de ellos para inspirarles confianza, seguido de dos o tres soldados i un lenguaraz. Conoció éste, sin embargo, en el momento el propósito de los bárbaros, e hizo una señal a su jefe para que escapase. "Diciéndoles entonces Viel, cuenta un testigo de vista de aquel lance, que iba a buscar una carga de aguardiente al otro lado del río, dió espuelas a su caballo, rompió el círculo, i se tiró al río. Los indios codiciosos i borrachos, le miraban con la boca abierta; mas cuando volvieron en sí, Viel ya estaba salvado. Sus compañeros fueron hechos pedazos, i cuando pasamos el río encontramos sus miembros esparcidos i palpitantes" (1). Los nombres de estos desgraciados eran Francisco Betancur, ladino que acompañaba la división i un alfírez Saavedra que había servido con Benavides (2). Tales eran las diarias ocurrencias de aquella guerra delante de la que las campañas de las primeras épocas de la revolución, parecían solo brillantes evoluciones militares (3).

El horror era, pues, común, i bárbaros i cristianos se median con la misma espada!

(1) BEAUCHEF, Memorias citadas.—El oficial Saltarello, ya pasado a la patria i que en esta expedición iba encargado del parque, confirma la veracidad de estos lances de que fué testigo presencial.

(2) Datos del oficial Saltarello.

(3) «Dividió, añade el mismo Beauchef, hablando de este encuentro, un indio a quien los cazadores traían a sablazos. Jamás he visto un hombre más robusto i duro para morir. Tenía la cabeza, la cara i los manos cubiertas de sablazos, i era imposible distinguir una sola de sus facciones, i, sin embargo, se mantuvo a caballo hasta que aburridos de sablearlo, un cazador lo agarró por los cabelllos i lo tiró al suelo, donde lo ultimaron.»

Saltarello refiere, por su parte, un hecho casual bastante curioso ocurrido en esta ocasión. Un oficial Quiruga que había salido en persecución de los indios, volvió con un grupo de cazadores conduciendo solo un indio prisionero. El mayor Picarte, equivocando la partida de Quiruga con un grupo de indios le tiró un cañonazo, i resultó que la bala mató al prisionero sin hacer ninguna mal a los otros.

Continuó Prieto avanzando hasta Tucapel, i el 26 de diciembre se encontraba en Cupaño, sitio que mas tarde (1851) adquirió una triste celebridad por la inmolación del capitán Zúñiga i sus tres hijos. Allí dió descanso a su tropa, i despues de un breve reposo, dirigióse a trasmontar la áspera cuesta de Cupaño.

Desde que la division comenzó a subir por el estrecho sendero de la montaña, llamó la atención de los soldados i oficiales la presencia de un indio que montaba en un brioso caballo se mantenía siempre a la vista, alejándose a medida que avanzaban los nuestros. No ocurrió, sin embargo, novedad i la columna ganó la altura que coronaba una dilatada meseta rodeada de bosques al perecer impenetrable, i cubierta de una espesa alfombra de pasto, maduro ya con los calores del estío. Previendo un lance en aquel terreno favorable al indio, que busca siempre el campo llano para usar con ventaja su lanza i su caballo, el comandante Beauchef, que venía haciendo las funciones de cuartel-maestre, formó la tropa en orden de batalla, la infantería en columna dispuesta a resolverse en cuadro, la caballería por los flancos, la artillería i parque al centro, con algunos tiradores a vanguardia i los doscientos soldados del número 1 confiados al comandante Viel, cerrando la retaguardia.

En esta disposición avanzaban los patriotas por el llano en medio de un profundo silencio, "cuando de todas partes, dice Beauchef, nos vimos asaltados de innumerables bandas de bárbaros." Felizmente, i como salieran éstos en direcciones encontradas, fueron a estrellarse los unos contra los otros en la planicie, no consiguiendo arrebatar de los nuestros sino un artillero que murió al filo de sus lanzas. En ese mismo momento, apresurando el paso el comandante Viel, se dirigió con su retaguardia a cerrarles los senderos del bosque por donde habían salido, i los indios, temerosos de esta maniobra, tomaron su *culcuy* (1) i se retiraron otra vez a la espesura."

La columna, libre de aquella emboscada, vióse inmediata-

(1) Especie de corneta formada de un cuerno con el que se dan la alarma los indios, pudiendo trasmitirse en pocas horas a todo el país. Beauchef en sus Memorias lo llama equivocadamente *el curel*.

mente envuelta en un peligro mucho mas serio. Los indios, a semejanza de los pampas i de las pieles-rojas que ha inmortalizado la pluma de Cooper, prendieron fuego a la pradera por diversos rumbos, convirtiéndola con una rapidez asombrosa en una inmensa hoguera. No perdió su presencia de ánimo el coronel Prieto en tan angustioso momento. Como era hombre precavido, había llevado en su parque una cantidad de herramientas a propósito para abrir caminos, i haciendo armar pabellones a la tropa en un pequeño espacio en que el pasto menos maduro le ofrecía algun reparo, ordenó que cabaran un foso ancho i poco profundo que contuvo la violencia del fuego, mientras que Picarte con sus cañones ahuyentaba las bandas de salvajes que con una alegría feroz venían siguiendo por entre el humo los progresos del incendio, seguros ya de una matanza a su sabor.

Este apurado lance advirtió, sin embargo, al jefe patriota de las graves consecuencias que podía traer a sus armas aquella campaña de emboscadas en que no se conseguía ninguna ventaja militar, porque ni los indios presentaban batalla ni era posible descubrir la guarida del bandolero, que por esos mismos días se ocupaba de engañarlo con falsas protestas de amistad i de perdón. Al amanecer, pues, del siguiente día comenzó su retirada sobre Arauco, a cuya plaza llegó el último día del año de 1821. "Faltaba la esperanza (dice el mismo Prieto en el parte de su jornada, que envió al intendente Freire desde aquel sitio el propio día de su regreso), de que Benavides se presentase a un nuevo choque. Me había convencido de que los indios no estaban dispuestos a recibir nuestras insinuaciones amistosas. Conocía que el adelanto de nuestra marcha no era sino una jornada militar que sin traernos la menor ventaja, arruinaria al todo nuestras cabalgaduras ya bastante maltratadas. Las municiones iban a consumirse, estando nosotros a mucha distancia de nuestros recursos; porque así lo exigía la incessante hostilización que nos hacían los indios, prevaleidos de su movilidad i práctica en estos lugares montuosos. Los víveres se menoscababan con la perdida continuamente ocasionada por la escabrosidad de las montañas. El número de los enemigos se iba aumentando en

proporcion que los estrechábamos en sus bosques. Las fatigas se hacian intolerables a los soldados que por necesidad, pasaban las noches en claro desde nuestra internacion. Los espías ya nos faltaban porque no se atrevian a alejarse a cortas distancias. En fin, por todas partes se representaban inconvenientes, dignos de discutirse con la mayor escrupulosidad. Determiné, por lo tanto, retirarme prosiguiendo la guerra i devastacion de las casas i sembrados de estas jentes, que era sin duda el mayor mal que podiamos hacerles" (1).

El coronel Prieto permaneció todavía algunos días encerrado en Arauco, a donde llegaron a molestarle los indios que habían venido hostilizando su retirada (2) i luego, dejando al mayor Picarte al mando de aquella importante plaza, pasó a Chillan conduciendo algunos restos de la division que hacia catorce meses había sacado de la capital. Poco mas tarde, a fines de marzo de 1822, dejó aquel pueblo en medio de las afectuosas demostraciones del vecindario i de su cabildo (3),

(1) A estas crueidades i especialmente al degüello del cacique de Llico Juan Nuculman es sin duda las que mas tarde aludía Pico en su carta a Freire, para convencerlo de que los costinos habían derrotado a Prieto i de que jamás harían la paz con los patriotas.

(2) Segun un despacho de Prieto a Freire, datado desde Arauco el 9 de enero de 1822, se veia aquél en serios conflictos porque se lo había anunciado que dentro de siete días vendrían los indios de todas las reducciones de las costas a sitiár la plaza, engresados con cien pebuanos o llanistas mandados por Mariluan. Su situación era tanto mas alarmante cuanto que hallándose reducido a los escombros de Arauco no tenía forrajes para sus caballos, hacíase preciso ir a traer el agua para la bebida al río Caramangue i no le quedaban vivieres sino para cuatro días.

Sin embargo de estos apuros, había conseguido mandar ciento cincuenta hombres, a reforzar la guarnición de Santa Juana, que se encontraba amagada por Pico i sus secuaces, i había despachado el mismo día 9 de enero en que escribía, al comandante Beauchef a sorprender a Carrero, que se hallaba alborotando a los indios en las orillas del Lebu. Esta expedición se frustró, segun refiere su propio jefe, por la inadvertencia del oficial que llevaba la vanguardia, quien dejó escapar unos indios que dieron la alarma al enemigo.

(3) En la Gaceta ministerial del 6 de abril de 1822, puede verse la pomposa proclama con que el coronel Prieto se despidió de los chilanejos con fecha 22 de marzo de 1822.

El mismo Prieto había solicitado su separación de aquel puesto, segun se demuestra por la siguiente solicitud dirigida al ministro de la guerra.

“Señor Ministro.—La division que saqué de esa capital para auxilio de esta provincia está hoy ya enteramente destruida i ha cesado por consiguiente el objeto de mi comisión. Los dragones han pasado todos a Yumbel a organizarse, sin depender de esta division i los restos del batallón de infantería están destinados a los cazadores a caballo, que pertenezcan a la división primera: de suerte que solo queda una compañía de artillería que creo será luego repartida en algunos puntos de la frontera i algunas milicias de esta ciudad.

“Parece, pues, que cuando la fuerza que yo mandaba ha tenido este aniquilamiento, cuando yo me ocupe en el ejército un destino correspondiente i cuando

llegando a la capital en los días de semana santa que él pudo festejar con los despachos sucesivos de brigadier i de mariscal de campo que recibió en premio de sus distinguidos servicios.

En definitiva, la campaña de la baja frontera había sido casi del todo infructuosa, pues el coronel Prieto volvía de ella sin mas trofeos que unas cuantas familias de emigrados arrepentidos, algunos desertores del enemigo i unas pocas armas de las que Benavides había dejado escondidas en las montañas de la costa. Pero ni había llegado a Tucapel, ni había conseguido apoderarse de Benavides, ni aun reducir a Carrero, que daba ya señales de querer acomodarse a nuestro sistema, i todo esto costábale no ménos de siete muertos i ocho heridos, pérdida que no podían compensar los pocos bárbaros que los comandantes Cruz i Beauchef habían hecho saquear en los senderos.

Mui diversas en sus peripecias si bien semejante en sus resultados había sido la campaña que había conducido por la alta frontera el intrépido capitán Bálnes. Aunque imberbe todavía, pues a la sazon había cumplido apénas veintiún años, este bizarro oficial tenía bajo sus órdenes una división de quinientos soldados escogidos, fuera de innumerables cuadrillas de bárbaros auxiliares. Formaban aquella destacamentos de todos los cuerpos de caballería; cazadores, mandados por los dos valientes Ruiz, Ventura i Eusebio; dragones, a las órdenes de don Francisco Bálnes, oficial de escasísimo mérito en el campo i fuera de él, i un puñado de granaderos, últimos restos del cuarto escuadrón que comandó el comandante Viel i que se hallaba ahora a las órdenes del teniente argentino don José María Videla.

Hacia también parte de esta escogida banda la guerrilla del valiente capitán don Luis Salazar, compuesta de cincuenta

la provincia está hoy sossegada i sin riesgo de enemigos, puede concedérseme el permiso para pasar a mi regimiento, que hace tanto tiempo a que no lo veo.

Sobre este particular, espero que U.S. se servirá consultar al señor supremo Director del Estado, a fin de que dé libera lo que fuere de su agrado justificado, i cuando su integridad no tuviere la dignación de acceder a mi solicitud, espero se sirva concedermee licencia por un mes para pasar a esa ciudad, así para arreglar los negocios de mi cuerpo como los particulares de mi familia, i luego regresaré al puesto a que fuése destinado en esta provincia.—Dios guarde etc.,
Chillán, febrero 4 de 1829.—Joaquín Prieto.—Santo ministro de la guerra.

hombres aguerridos, i una compañia de cien soldados del Carrampangue al mando del capitán don José María Quinteros. Habíasele agregado, ademas, un pequeño cañon de campaña, arma indispensable en toda operación contra los bárbaros.

Hemos dicho que con estas fuerzas había salido el capitán Búlnes de Concepción el 14 de noviembre acompañado de las indias de Venancio, Peñoleo i Lempí, que eran las tres mas famosas lanzas que tenía la patria en la tierra de los bárbaros. El objeto de sus operaciones, como ántes tambien lo referimos, era destruir las fuerzas que Pico i Bocardo organizaban, el primero en Mulchen i Collico, territorio de Mariluan, i el segundo en su asilo de Quilapalo; i descender en seguida por todas las reducciones enemigas, castigándolas por el fuego i la espada, hasta llegar al Imperial i dar un golpe rudo e inesperado a los indios de Trutrú, de Puren i de Boroa, que por aquella parte se ocupaban en maloquear a las tribus fieles a la patria, acaudillados aquellos por los esforzados caciques Curiqueo, Catrileo i Calbuqueo. En seguida, combinándose por el paso de Ilicura, en el vértice de la cordillera de Nahuelbuta i la montaña de Tirúa con la division del coronel Prieto, debían operar reunidas i pacificar por completo la Araucanía, por cuyo circuito correrían ámbas fuerzas.

Para ejecutar este plan, el capitán Búlnes fué a situarse en Nacimiento, donde refrescó sus tropas ántes de internarse tierra adentro.

Encontrábase en aquella plaza, o mas propiamente en sus vegas vecinas, pues el recinto se hallaba convertido en un montón de escombros, cuando en la madrugada del 24 de noviembre, diez días despues de su salida de Concepción, recibió por sus esploradores noticia cierta de que el coronel Pico se encontraba en Gualeguayco, punto situado en tierras de Mariluan, a la cabeza de una fuerza de ochocientos hombres, de los que seiscientos eran indios i el resto montoneros, todos a caballo.

En el acto el oficial patriota movió su campo, i caminando todo aquel dia i la noche subsiguiente, llegó sobre el enemigo con la primera claridad del sol.

Preparóse inmediatamente para la batalla, colocando la

infantería en el centro de su línea, los granaderos i cazadores a la derecha, los dragones de su hermano a la izquierda i destacando a vanguardia al invencible Eusebio Ruiz con ochenta tiradores. Los indios, en número de quinientos, fueron colocados por los flancos, divididos en dos grupos, al mando de Venancio i Peñoleo.

En esta disposición aguardó la división patriota la del enemigo, que había hecho una evolución amagando retirarse hacia Lumaco. Pero al cabo de dos o tres horas se presentó en línea i lanza en ristre.

Los jinetes de Búlnes, que habían estado toda la mañana impacientes al pie de los caballos, a los que habían sacado los frenos, saltaron sobre sus monturas, desenvainaron los sables i conducidos por el mismo Búlnes, los dos Ruiz i Salazar, rompieron la línea enemiga i la hicieron volver espalda. Mas en ese momento, el más crítico en combates de este género, los indios de Venancio se precipitaron en tropel, i envolviendo a los propios nuestros, dieron una ventaja momentánea al enemigo. Rehízose éste i cargó a los jinetes patriotas hasta su línea de infantes; pero la última sostuvose a su vez con admirable firmeza. “La muchedumbre de indios, dice el mismo capitán Búlnes en su parte de la jornada (1), que pasaron adelante, no dió lugar a mis soldados a que operasen como debían, volviendo caras los indios, lo que obligó a mi tropa a retirarse en orden a retaguardia de la infantería que era el único apoyo que tenía, con un vivo fuego de ésta, propio de la bravura de estos enérgicos infantes.”

Reorganizada, empero, a toda prisa la línea de los patriotas, cargaron de nuevo sobre Pico, cuya tropa se había desunido en la embestida, i esta vez no resistió el empuje de los nuestros. Quedaron éstos en consecuencia dueños del campo donde yacían ochenta cadáveres, e hicieron unos pocos prisioneros “que fueron inmediatamente fusilados,” dice en su parte el vencedor. La pérdida de éste había consistido solo en doce muertos i cuatro heridos.

Distinguérönse en este encuentro los capitanes Quinteros i Alarcon, aquel mismo don Jervasio que había militado duran-

(1) Gualguayco, noviembre 26 de 1821.—(Archivo del ministerio de la guerra).

te siete años bajo el pendon real, abandonándolo al fin, hacia poco, delante de los muros de Arauco, para ir a servir contra sus antiguos jefes i al lado de su hermano. El capitán Búlnes hace elogios especiales de su conducta en aquel hecho de armas i le honró confiándole el parte en que daba cuenta de él a sus superiores.

Quinteros era un valiente soldado fronterizo. Nacido en los Anjeles i de una familia adicta, como lo era todo aquel pueblo, al jeneral O'Higgins (propietario de la valiosa hacienda vecina de las Canteras), tomó servicio desde los primeros años de la guerra i se distinguió en todas sus campañas por su moralidad i su valor. Era un hombre de carácter tan alegre como intrépido, i al comenzar a batirse solía adelantarse de su tropa para retar con grandes voces al enemigo, porque decía que esto le daba valor i lo comunicaba también a sus soldados (1). El jeneral Búlnes declaró mas tarde que a este oficial i a sus heroicos infantes había debido principalmente el mediano éxito que obtuvo en aquella campaña tan rápida como terrible (2).

Entre tanto, Pico, apesar de la carnicería que hicieron en los suyos nuestros sables, no se dió por vencido, i al contrario, con la audacia i rapidez quo descubría en todas sus combinaciones estratégicas, tomó de nuevo el campo a la mañana siguiente con cerca de mil i quinientos entre bárbaros i cristianos.

Marchaba a su vez el capitán Búlnes por la márgen del Malleco, adelantándose hacia los Llanos, cuando a las tres de la tarde descubrió la cabeza de la columna enemiga que venía a su encuentro. Juzgó al principio que era algún resto de los dispersos del dia anterior i se apresuraba para arrollarlo, cuando con no pequeño asombro descubrió su excesivo número.

Sin desmayar por esto, subióse apresuradamente a un pequeño cerro que encontró a sus inmediaciones i que es conocido con el nombre de Niblinto; i allí, formando en cuadro

(1) Apuntes del coronel Zañartu.

(2) Memorias citadas de Beauchef.

su escasa infantería i colocando su único cañón en uno de los flancos, aguardó el arranque del enemigo, que a su vez no tardó en ponerse al alcance de sus fuegos. Su caballería estaba encerrada dentro del cuadro para obrar en el momento oportuno.

El enemigo, seguro de su triunfo, cargó en masa sobre la pequeña columna patriota; pero como el cañón de los nuestros le causase considerable estrago en esa formacion, Pico dispuso que fraccionada su tropa en diversos grupos, atacassen éstos al cuadro patriota en todas direcciones. El momento era grave e inminente. Una vacilacion, un rechazo parcial, un claro abierto por el pecho de un caballo en las paredes de nuestro cuadro, i el dia era perdido con indecible desastre. Pero el heróico mancebo no perdió un instante su serenidad de espíritu. Ordenó al valiente Salazar que saliese con su guerrilla por la derecha de su posición i a Eusebio Ruiz por la izquierda, con cincuenta tiradores de todos los destacamentos de caballería i cayesen sobre las divisiones parciales del enemigo.

Hicieronlo así aquellos dos hombres temerarios, i aunque Salazar fué herido en el primer encuentro, lo que desalentó un tanto su tropa, vino a sostenerlo el alferez Cabrera con veinte i cinco granaderos a caballo, en los instantes en que por otra dirección cargaba el alferez Nayarro con igual número de dragones.

“En esta situación, dice el mismo vencedor en aquel heroico hecho de armas, hago abrir claros en el cuadro i ordeno salir toda la indiada.”

La batalla estaba ya ganada.

Faltaba la matanza.

I ésta fué la que ejecutaron los bárbaros con su acostumbrada残酷. Sesenta cadáveres quedaron en la falda del cerro, i entre éstos el del teniente de indios Celestino Burgos, i dos oficiales. De la columna patriota solo perecieron tres soldados i hubo cinco heridos, ademas de Salazar.

Enorgullecido el jóven capitán por aquellos dos brillantes triunfos, obtenidos uno en pos de otro con horas de diferencia, penetró resueltamente en los Llanos en dirección al Impe-

rial, i despues de un mes de atrevidas marchas i de encuentros parciales pero cotidianos, vino a presentar batalla al terrible Curiqueo, indio esforzadísimo, señor de Trutrú, i especie de toqui i de supremo *machi* a la vez de las reducciones del sur del Imperial. Salióle aquel al frente de las innumerables huestes de Boroa, Puren i otras comarcas donde se conservaba intacto todavía la antigua bravura de las *aucas* (1).

No han quedado detalles de aquel terrible hecho de armas, lo que demuestra con evidencia que fué un desastre para las nuestras. Sábase solo que la batalla duró seis horas, que tuvo lugar a orillas del Imperial, que en ella murió combatiendo heróicamente el cacique Curiqueo junto con doscientos de los suyos, i que Eusebio Ruiz recibió dos lanzadas en la cabeza i en un muslo, ejecutando, según era su costumbre, acciones de un valor increíble i temerario (2).

En una obra de diverso género hemos contado la vida i las hazañas mas conspícuas de este bravo chileno, hijo de Nacimiento (3), i nos bastará recordar ahora que su cuerpo mismo era su mejor hoja de servicios, pues llevaba en él las señales de todas sus proezas.

En el combate de las caballerías de San-Martin i Ossorio en el llano de Quechereguas (1818), que fué su primer ensayo, había recibido, en efecto, un lanzazo en el costado izquierdo. Embarcado despues en la escuadra de lord Cochrane, una bala le atravesó el pecho en la entrada del río Guayaquil; despues ya vimos como salió librando en su duelo con Zapata cuando los indios le sacaron con sus lanzas del caballo, i ahora le encontramos acribillado con otras dos heridas, que ciertamente no serían las últimas, como que apenas fué dable reconocer su cadáver en el campo de Longomilla, tanto había sido preciso mutilarlo para arrancar a la carne aquella fiera vida.

De todas suertes, lo que resultó de aquel sangriento combate fué la retirada desastroza de nuestra disminuida colum-

(1) El biógrafo citado del jeneral Búlnes, hace subir a cuatro mil el número de combatientes que presentó Curiqueo.

(2) Biografía citada del jeneral Búlnes. Hoja de servicios del comandante don Eusebio Ruiz. Parte de Freire al Director, Concepcion, enero 17 de 1822. —(*Archivo del ministerio de la guerra*)

(3) Historia de los diez años de la administración Montt, tomo IV.

na i de nuestros auxiliares. El mariscal Freire en su lacónico parte de aquellos acontecimientos, declara únicamente que el retroceso del capitán Búlnes sobre Nacimiento tenia por motivo las instigaciones del cacique Coihuepan, en la vecindad de cuyo malalche habia tenido lugar la batalla. Queria el último venir a castigar a Mariluan, su émulo en el norte de los Llanos, despues que habia quitado la vida a Curiqueo, su mas odiado adversario en el sur. Mas la manera como se ejecutó aquella operacion no revela que fuera a virtud de un plan estratéjico sino de un serio desastre. "A pie, dice el biógrafo citado del jeneral Búlnes, hicieron aquella dilatada marcha, por haberse acabado los caballos, tanto en las correrías como sirviendo de único alimento que los librara de perecer de hambre."

Cierto dia, despues de esta terrible campana de cuatro meses, anunciaron al jeneral Freire en su palacio de Concepcion la presencia de un hombre de aspecto selvático, con su rostro envuelto en las guedejas de una larga melena i cubierto su cuerpo por un poncho rojizo i lleno de insectos inmundos. Aquel hombre, especie de mendigo, enflaquecido por el hambre o la intemperie, era el jóven i bizarro capitán Búlnes que volvia de su *entrada a la tierra!* (1)

Tal habia sido el escaso fruto de aquella doble i simultánea campana, que si es cierto presentó lances brillantes, habia a la postre terminado, como la de Alcázar i Freire a principios de 1820, en una doble retirada, dejando al enemigo mas ufano ahora que ántes de acometerle.

El atrevimiento de los indígenas, que solo juzgan de las cosas por sus apariencias, iba, pues, a crecer de punto con este éxito, al paso que el obstinado Pico encontraria nuevos motivos

(1) El mismo jeneral Búlnes, tan reticente de costumbre respecto de los actos de su vida pública, solia contar en el seno de sus amigos de intimidad i de su familia, episodios como el que acabamos de mencionar. Añadia el jeneral que en aquella ocasión no lo concocio su antiguo jefe, sino despues de haberle asegurado que era su propio ayudante, tan desfigurado venia.

Referia tambien de la misma manera el jeneral Bulnes, reprochándose lo que contaba como una acción indigna, que estando al punto de perecer en esta retirada por la lanza de un indio que le venia rompiendo la manta por la espalda, gritó a un soldado que lo socorriese. Interpuso el bravo noblemente, pero el indio lo dejó muerto, sin que su jefe viniera a su vez a salvarlo. Este era el reproche que se hacia así mismo con dolor el jeneral Búlnes, en su vejez, añadiendo que en esta sola ocasión durante todas sus campañas se había contrido su vida en inminente peligro.

i nuevos elementos para continuar aquella guerra que no debia tener fin sino junto con su vida.

Un suceso melancólico i terrible habia venido por otra parte a dar creces a las esperanzas de los realistas, que aun quedaban asilados en las montañas i a despertar hondas alarmas en el pecho de sus caudillos en el sur de la República.

Cuando el coronel Prieto se retiraba, en efecto, a Arauco de su expedicion sobre Cupaño, en los últimos dias de diciembre de 1821, un montonero del enemigo se habia adelantado hasta ponerse al habla con los flanqueadores de retaguardia de la columna patriota i habia comenzado a gritarles: *¡Vayan a Valdivia que serán bien recibidos!*

El coronel Prieto no dió importancia a aquella vocería ni al rumor que se esparció de un gran desastre ocurrido en aquella plaza. "Pero apénas hubo llegado a Arauco, dice el coronel Beauchef en sus *Memorias*, cuando recibió un parte del comandante Búlnes en que le daba pormenores de sus operaciones en la tierra de los indios, i entre otras cosas le decia que debia la salvacion de su division a la intrepidez de un destacamento del núm. 3, mandado por el bravo capitán Quinteros; que habia sido obligado a retirarse, i que en Valdivia las tropas se habian sublevado dando muerte al gobernador i nueve oficiales, cuyas noticias las habia recibido por los indios amigos i estaba persuadido de que eran verdaderas" (1).

Esta triste ocurrencia, mas triste todavía en los momentos que escribimos, a virtud de insensatas analogías, interrumpe en cierta manera el orden natural de los sucesos i hace una entrada brusca pero inevitable en el argumento de este libro. Pero la misma hilación lógica de los sucesos nos conduce a referirla con todos sus lugubres detalles, ántes de asistir al final desenlace de la guerra a muerte.

(1) El coronel Prieto decía al jeneral Freire desde Arauco, el 9 de enero de 1822. «El suceso de Valdivia lo gritan ya los enemigos.»

CAPITULO XXII.

Operaciones en Valdivia despues de la captura de los castillos. — Santalla i Bovadilla se retiran al Maullín i los persigue el guerrillero Agüero. — Lord Cochrane, arrastrado de su desenfrenada codicia, despoja los almacenes de Valdivia de todas sus municiones de boca i guerra i deja abandonado a Beauchef. — Diríjese éste a Osorno para mantener su división. — Patriotismo de los Llanos en oposición al espíritu realista de Valdivia. — Rehusa Quintanilla recibir en Chiloé las tropas de Santalla i Bovadilla i vuelven éstos a reconquistar a Valdivia. — Resuelve Beauchef salirles al encuentro a pesar de la inmensa inferioridad de sus fuerzas. — El capitán Labbé. — Heroico combate del Toro i espléndida victoria que corona las armas de Chile. — El granadero Ferrer. — Guerrilleros realistas al norte de Valdivia. — El fraile Razela i el sargento Palacio. — El lenguaraz Calcufo i el cacique Calcufura. — El teniente Alemparte se apodera de Razela i de su correspondencia. — Conspiración que ésta descubre i fusilamiento del padre de Palacios. — Llega de gobernador a Valdivia el oficial de ingenieros Letelier i su carácter. — Beauchef se pone a sus órdenes con noble abnegación. — El oficial Sayago capture a un espreso de Benavides a Quintanilla, anunciadóle su ocupación de Concepción i pidiéndole que invada la Araucanía por el sur. — Medidas militares que toman en consecuencia Letelier i Beauchef. — Pasado el verano resuelve el último trasladarse a Santiago i se amotina su tropa. — Presidarios incorporados en la división que conquistó a Valdivia. — Aparece en la primavera de 1821 una partida enemiga en el Cañal. — Letelier se traslada en consecuencia con la guarnición de Valdivia a Osorno. — Terrible miseria de los soldados i dureza de Letelier i algunos oficiales. — Los amores del sargento García. — Una novela histórica escrita por el escribano de Osorno. — Conspiración de los sargentos del batallón Valdivia i muerte desastrosa del comandante Letelier i de los oficiales Valdovinos, Cortez, Anguita, Alfaro, Viel, Carvallo i el guarda-almacenes Lagos. — Fuga de Vicenti i otros oficiales. — Alarma que estos sucesos producen en la frontera. — Resuélvese adoptar el camino de la diplomacia para conjurarlos.

Al referir algunas de las peripecias aun desconocidas de la captura de Valdivia, permanente cuartel de reclutamiento i macén de pro-visiones de guerra de Benavides durante sus primeras campañas, no dimos noticia, por no anticipar sucesos, de la suerte que había corrido la guarnición realista

de aquella poner la plaza, i que se componia nada menos que del ejército con que Sánchez se había retirado de las fronteras en 1819. Solo los escasos destacamentos de los castillos del sur, cuyo total no llegaba a doscientos hombres, fueron, como hemos visto, acuchillados o hechos prisioneros con su jefe don Fausto del Hoyo.

El grueso de las tropas, existia en los castillos del norte i especialmente en Niebla, que era el mas formidable. Pero el comandante Santalla, que allí mandaba, al ver tremolar en los torreones del Corral la bandera de la patria, aturdíose de tal suerte que abandonó el puesto con una fuerza superior en mucho a la que había conducido Cochrane en su expedición.

En Valdivia se reunió con el comandante Bovadilla que mandaba la caballería, i en la tarde misma de aquel dia (febrero 4 de 1820) abandonaron ambos la plaza con una columna de seiscientos veteranos, doblado número de los que los habían desalojado de sus inespugnables posiciones.

Era Santalla un gallego hercúleo, que tronchaba entre sus dedos un peso fuerte, pero enano de corazón i solo aventajado en cobardía por Bovadilla, digno de su nombre. Mandaba aquel el segundo batallón del veterano regimiento de Cantabria que había dado nombre a la expedición en que vino incorporado desde España en 1818, i el último era el jefe del cuerpo de caballería de cazadores-dragones, única fuerza de caballería regular de aquella división. I como sucedió que ambos jefes tuviesen igual graduación, i el viejo Montoya gobernador de la plaza, se encontrase por sus años incapaz de todo mando, pusieronse a disputar sobre cuál asumiría el puesto de comandante superior, a medida que iban arrancando. Era este lance en gran manera semejante al que aconteció entre Viel i O'Carrol antes del Pangal, con la diferencia, empero, de que la rivalidad de los comandantes españoles era para la fuga, i la de los jefes patriotas fué para pelear i morir.

Ello es lo cierto, que después de haber hecho algunos amagos para recobrar la plaza, pasaron por Osorno el 18 de febrero a las diez de la noche, tirándose al río Rahue en desorden a

do tropel, a la vista de algunas partidas de huasos desarmados que se habian levantado en los Llanos, i no vinieron a contener su carrera sino a orillas del Maullin, frente a Chiloé, despues de un galope de sesenta i cinco leguas (1). Santalla i Bovadilla iban diciendo que pronto volverian "a hacer cenizas a los insurgentes" (2).

Entre tanto, sucesos no menos notables, habian tenido lugar en la division patriota. Lord Cochrane, a pesar de las sensatas reflexiones de Beauchef, se habia obstinado en ir a dar un golpe de mano sobre Chiloé, del que salió tan mal librado que perdió la mitad de su jente de desembarco i hubo de volver desconcertado a Valdivia. Como para desquitarse, empero, de aquel fracaso, subió al pueblo desde el surjidero del Corral i despachó desde allí cuanto pudo reunir bajo el nombre de botin. "Veinte cajas de plata labrada, (último resto de las opulentas iglesias de Concepcion, que habia traído consigo Sánchez), yerba-mate, tabaco, azúcar, papel, cebo, tablas de alerce, todo, todo, dice Beauchef, lo hizo trasportar a bordo," fuera que de los almacenes reales del Corral sacó la pólvora, las balas i cuanto cañon tenia algun valor de comercio, por ser de cobre o de bronce, i se marchó con la presa a Valparaiso, para depositarla en su propia bodega. En esto el noble lord era lójico. El no sabia sino pelear i acumular dinero, i cuando no tenia enemigos al frente, no pudiendo ser héroe, se hacia mercader. No son por esto sus *Memorias*, en que acusa a Chi-

(1) Un patriota de Valdivia llamado Juan Anjel Agüero organizó a toda prisa una fuerza de voluntarios que en pocos días llegó a contar setenta i siete hombres. Uniéose a ésta el influente hacendado de los Llanos don Juan Manrique i don Diego Plaza de los Reyes i don Pedro Santibáñez, vecinos de Osorno, cuyas partidas fueron las que precipitaron la fuga de Santalla. Bovadilla se hallaba el 15 o 16 de febrero en el molino de don José Guarda, no lejos de Valdivia, con ochenta cazadores, según escribía Agüero al gobernador de Valdivia el día 19, i esto dió lugar a que se corriera en el pueblo que volvían a retomarlo los españoles. Pero una sencilla estratagema de Beauchef que se hallaba todavía en el Corral con su tropa, bastó para disuadirlos de aquel propósito, si es que lo tuvieron. Mandó, en efecto, que en el lugai de Piche, vecino al que ocupaba Bovadilla con sus cazadores, mataran cinco vacas, diciendo que marchaba con toda su fuerza, i como se calcula que una rez dación para cincuenta soldados, cayó Bovadilla en el lazo, lo que no es de extrañar, si es cierto, como se dice, que su carácter estaba a la altura de su apellido.

(2) Despacho citado de Agüero.—Parece que lo que mas precipitó la fuga i confusión de los realistas fué la deserción de un sargento llamado Alberdas que se pasó en Osorno con el destacamento que mandaba.—(Datos comunicado en 1866 por el antiguo tesorero de Valdivia, residente en esa época en Osorno, don Juan Félix Alvarado).

le en cada página, de ingrato i parsimonioso, una inconsecuencia ajena de su extraordinaria vida, porque, al contrario, era lójico que un aventurero de su categoría escribiese el recuerdo de sus inmortales hazañas en las páginas en blanco de un libro de mostrador.

Acomodados sus atados, i dejando de gobernador político del pueblo a virtud de una acta popular, (firmada el 8 de febrero) al honrado vecino don Vicente Gómez, el conquistador de Valdivia se hizo a la vela a fines de febrero, sin dejar a Beauchef mas instrucciones ni mas recursos que un pliego en que le decía se mantuviese con su tropa en Valdivia esperando órdenes del gobierno. "Me quedé aturdido al recibir esta carta" dice Beauchef; pero olvidaba que lord Cochrane lo había dejado solo porque lo conocía.

La posición del jefe patriota en aquella apartada i vasta provincia, no podía ser mas crítica. Solo tenía a sus órdenes un puñado de hombres, reducidos ya en un tercio de su número en dos combates, mientras que los fujitivos de la plaza se hallaban todavía en el continente con una fuerte división, al paso que Quintanilla podía venir desde Chiloé con otra mas numerosa en pocas horas. El pueblo de Valdivia, por otra parte, era evidentemente hostil a la causa patriota, como colonia que había dependido directamente de Lima, al propio tiempo que por la carencia del *real situado*, que era su pan de cada dia, no tenía recursos de ningún género para sostener la tropa recién llegada. El avaro lord se había llevado hasta la harina que tenían acopiada los realistas para su subsistencia.

Sucedió, en consecuencia, que a los ocho días de la partida de Cochrane, el gobernador Gómez puso en noticia de Beauchef, que no tenía una sola ración que dar a sus soldados.

Felizmente, i por un contraste natural de lo que sucedía en la ciudad, la comarca de los Llanos, que comienza diez leguas adentro del terreno montuoso en que la capital de aquel hermoso territorio se halla situada, ofrece todo género de socorros, como que sus *campanarios*, o haciendas de sembrados, son el granero de la provincia. Sus habitantes, acostumbrados a su independencia, buenos jinetes i enseñados a be-

licosos por los indios de que viven rodeados, se habian adherido ademas desde el principio de la revolucion a la causa de la patria, i de aquí habian surjido las montoneras de que ya hemos dado cuenta. Osorno era el cuartel jeneral de los patriotas, como Valdivia lo habia sido de los partidarios i de los soldados del rei.

Apremiado por el hambre, Beauchef resolvio en consecuencia marcharse con su tropa a Osorno, a donde llegó en los últimos dias de febrero, habiendo recibido en todo su tránsito las mas entusiastas ovaciones de los campesinos i de los indígenas (1).

Apénas se habia instalado el jefe patriota en sus nuevos cuarteles, cuando el gobernador de Osorno, Plaza de los Reyes, recientemente nombrado, puso en su conocimiento una alarmante nueva. Indignado el pondonoroso Quintanilla por la cobarde fuga de los defensores de Valdivia, rehusó recibirlos en sus cuarteles de Chiloé, diciéndoles que si querian militar en sus banderas, lavasen primero las suyas de la mancha de su fuga.

Volvian, pues, ahora los infantes del Cantabria en número de doscientos sesenta i ochenta dragones con dos piezas de artillería, al mando del pomposo don Gaspar de Bovadilla. Su número era de cuatrocientos, con treinta i siete oficiales. Era toda, ademas, tropa aguerrida, de las que nuestros poetas acostumbran llamar vencedores de Bailén, como si Bailén hubiese sido una batalla i no una capitulacion.

Beauchef no tenia, por su parte, sino ciento cincuenta soldados que habian merecido de un oficial español el triste apodo de *baraja sucia*, por su desnudez i su miseria, pero que bajo las hilachas de sus ponchos ocultaban el corazon de los heroes (2). Componian aquel número los restos de los soldados

(1) «No hallo expresiones bastante fuertes, decia a este propósito el mayor Beauchef en su parte al almirante Cochrane, escrito desde Osorno el 26 de febrero, para participar a U.S. el entusiasmo con que nos han recibido los habitantes de los Llanos. Se puede decir con justicia que es en estos lugares donde existe el verdadero patriotismo.»

(2) «Cuéntase por una tradicion que ha quedado entre los camaradas del conquistador de Valdivia, una aventura característica de su jenio de soldado que apuntaremos de paso. Al ver un jefe español, acaso el coronel don Fausto del Hoyo, gobernador de la plaza, el triste aspecto de los voluntarios chilenos, descalzos, sin morriones i casi desnudos, esclamó con jenial altivez:

del núm. 3 i la compañía de granaderos del núm. 1, que mandaba ahora en reemplazo de Beauchef, que la había formado i de la cual se enorgullecía, el capitán don José María Vicenti, un hombre patriota pero vulgar, hijo de un oficial de artillería que sirvió como ingeniero durante la colonia, i que había comenzado su carrera en el ejército de Mendoza en 1816.

El capitán Valdovinos, que mandaba el destacamento del núm. 3, era hombre de muy diverso temple, pero tan vicioso i holgazán como era duro i valiente en el manejo de su tropa. Capaz para toda empresa atrevida, hallabáse desgraciadamente en aquél momento en los Llanos, disfrutando una corta licencia que se le había concedido.

No quedaban, pues, a Beauchef para oponer a la columna de oficiales que tenía Bovadilla sino el capitán don José María Labbé, hombre arrojadísimo, de quien hemos dado cuenta en otro libro (1); el bravo teniente don Pedro Alemparte, de cuyo desgraciado fin ya hemos hecho relación; el alférez don José María Muñoz, natural de Córdoba, i su propio ayudante el teniente del núm. 1 de Chile don Dionisio Vergara, hijo de Talca, el mismo que había defendido a Talcamávida en 1819, i que no podía ser sino un valiente desde que Beauchef, le había elegido para su inmediato servicio.

Al amanecer del 3 de marzo presentóse Beauchef en el cuartel, e hizo disponer la tropa para marchar, después de haberla arengado en términos enérgicos, pero cuya traslación literal no sería propia de estas páginas, a pesar del apoteósico que Victor Hugo ha levantado a las palabras de Cambronne en Waterloo.

Aquellos bravos contestaron a su jefe con aclamaciones de entusiasmo; i montando incontinenti en buenos caballos recojidos por la diligencia del gobernador Reyes, marcharon al encuentro

; Vaya! ¡Que nos hayan ganado la parada con una boraja tan sucia! a lo que indignado Beauchef, que yacía casi exánime sobre un banco aquejado de sus heridas i de la fatiga de la marcha, levantóse aceleradamente i dió al activo prisionero tan certero golpe en el rostro que le derribó al suelo. Este era el sanguinario con que concluían sus disputas los soldados de aquella época."—(*Biografía de don Jorge Beauchef*, publicada por nosotros en 1838 en la *Revista del Pacífico*).

(1) *Vida de don Diego Portales*, tomo I, pág. 118.

del enemigo. Solo Vicenti consintió en quedarse alegando una repentina enfermedad, en lo que no había engaño, pues el miedo es un mal como otro cualquiera, salvo que no ataca el cuerpo sino el alma.

En la fecha recordada salía en consecuencia con su pequeña columna de Osorno el temerario oficial francés, i habiéndose reunido el dia 5 con el capitan Labbé, a quien había despedido anticipadamente con una guerrilla para recojer ganados, dispuso su marcha sobre el enemigo en la siguiente forma:

Confió a Labbé la vanguardia compuesta de cincuenta granaderos i le ordenó que marchando siempre a una corta distancia de la columna principal, se hiciera firme en cualquier sitio en que encontrase al enemigo hasta quemar su último cartucho. El centro lo llevaba el mismo jefe con ciento tres soldados i a la retaguardia venía el patriota Agüero custodiando el ganado i dos cargas de municiones. El resto de éstas lo había distribuido en número de cincuenta tiros por soldado.

El enemigo, por su parte, que se hallaba ya muy inmediato, se había parapetado en una hacienda de vaquería llamada el Toro, colocando su infantería en los corrales que servían al ganado, i sus cañones en el declive de la colina en que se hallaba situada la casa de aquella apartada estancia.

Avisado además Bovadilla por un chilote prisionero a quien Beauchef mandó de espía (i que no supo hacer su papel, cuando lo sentaron en el banco por vía de presión) del número de los patriotas i de la disposición de su marcha, adelantó por la garganta en que serpenteara el sendero, dos gruesos pelotones de infantería para cerrar la espalda de la osada columna i cojerla sin disparar un tiro dentro de una trampa.

Beauchef avanzaba entre tanto, caminando lentamente, cuando de improviso siente a corta distancia los disparos de un vivo tiroteo. Era Labbé que se veía asaltado por los dos gruesos trozos de infantería, que se hallaban emboscados en ambos flancos del camino, i que había sido sorprendido, porque su avanzada, compuesta de ocho hombres i un caballo, fué rodeada en una vuelta de la senda i obligada a rendirse sin disparar un solo tiro. Labbé, sin embargo, era hombre que sabía cumplir las órdenes de su jefe i, aunque lo

asaltara en todas direcciones un enemigo diez veces superior en fuerza, sostuvo el puesto con un sínclito heroísmo hasta quemar el último cartucho. Alarmado, con todo, por la disparidad de la fuerza, i viendo en el suelo una buena parte de sus bravos, comenzaba ya a perder terreno, cuando ve llegar a Beauchef, jadeante de cansancio, seguido de los suyos. Conoció al punto el valeroso jefe que aquel era el momento decisivo del combate, i tomando un fusil de encima del cadáver de un soldado, se arrojó sobre el enemigo, disparando contra un oficial que tenía a su frente i al que trajo al suelo (1).

Bovadilla, por su parte, turbado, a pesar de sus terribles ventajas de número, de armas i de posición, creyó que era llegado el momento de hacer obrar su caballería i la mandó cargar por la cuchilla abajo, al mando del capitán don Miguel Senosiaín, él mismo a quién tan conocido tenemos en esta relación. Aquella maniobra dió la victoria a los patriotas.

Los cazadores-dragones daban, en efecto, su carga sobre la línea misma de sus infantes, más que sobre la nuestra, que en ese momento comenzaba a arrollarla, i de aquí resultó tal confusión, que enredándose los jinetes con la gente de a pie, no atinaron ni unos ni otros a defenderse del ataque de frente de los nuestros, i voltearon las espaldas. "El grito de *a la bayoneta!* fué entonces general, dice Beauchef, orgulloso de sus soldados, i nos precipitamos como un rayo sobre el enemigo, victoreando a la patria i tocando a degüello con dos o tres cajas i pífanos que traía. El enemigo se aturdió con aquel ímpetu. Luego nos encontramos con un escuadrón en desorden envuelto con su infantería, i mis soldados, haciendo un fuego terrible i nutrido sobre este grupo, lo pusieron en completa derrota."

Los dos cañones, cuarenta muertos, ciento seis prisioneros, doce oficiales, toda la columna enemiga en una palabra, cayó en nuestro poder, escapando solo Bovadilla i sus cazadores, pero dejando aquél su gorra i su capa como muestra de su espanto. Nuestra pérdida consistió solo en once muertos i

(1) "En aquel momento, dice Beauchef, se apareció un oficial de caballería. Le apunté i lo tiré al suelo."

quince heridos. Fué digno de especial memoria entre aquellos, uno de esos hombres del pueblo cuyo nombre solo el aca-
so nos conserva alguna vez i que en ésta débese a la admiracion del propio jefe a quien obedecia. ‘En el momento de car-
gar a la bayoneta, dice Beauchef, vi un grupo de mis granade-
ros rodeando uno de los suyos que se defendia solo contra toda
una compañia enemiga. Tenia tomado su fusil por la boca
i se defendia a culatazos contra todos. Estaba cubierto de san-
gre i por su alta talla parecia un Hércules. Mas sentí mucho no
poderle salvar, porque en el momento de llegar a rescatarlo re-
cibió once balazos. Este hombre, bravo granadero del númer.
1, se llamaba Santiago Ferrer.’’ Preciso es añadir que el
númer. 1 de Chile se habia formado en 1817, despues de Cha-
cabuco, con rotos de Santiago!

En la larga cuenta de nuestros hechos de armas, no recordamos ninguno mas verdaderamente heróico, que el sostenido en el Toro, allá en los confines mas remotos de nuestro continente. Hubo en el curso de aquellas guerras, defensas sin disputa admirables, como la que hizo Valenzuela en Troca-
yan en 1813 i la de Quintana en Yumbel en 1819. Pero sa-
lir al encuentro de un enemigo casi triple por su número, sin
retirada, por desfiladeros, en un pais ignoto, en el ultimo
rincon de Chile, con el ánimo sublime de morir, es algo que
solo cabe en el alma grande de los héroes, i tal era sin dis-
puta la de don Jorge Beauchef.

Despues de la accion del Toro, el jefe patriota se retiró con
sus tropas a Valdivia, donde fué recibido con todas las espre-
siones del regocijo popular, el 10 de marzo de 1820.

Mas, apénas habian cesado los afanes del jefe militar de
Valdivia por los confines meridionales de la provincia, cuando
su atencion fué llamada seriamente por el norte. El soplo del
bandido de Arauco llegaba ya a aquellas comarcas que habian
vivido hasta allí en una tranquilidad secular.

Tan oportuna habia sido, en efecto, la captura de Valdivia,
en el sentido de arrebatar a Benavides su base mas próxima
de operaciones i el punto estratéjico de una retirada, que cuan-
do lord Cochrane venia navegando en demanda de los casti-
lllos, un correo del bandido galopaba por los senderos de la

Araucanía en solicitud de urgentes auxilios. "Incluyo a U.S., decia a este propósito el almirante al ministro de la guerra desde la rada de Valdivia el 25 de febrero de 1820, la correspondencia de Benavides, cuyo correo ha sido sorprendido al entrar a la ciudad, por la que parece que ese miserable desnaturalizado está tan destituido de dinero, pertrechos militares i amigos, como de sentimientos de humanidad, i que ya, no pudiendo recibir auxilios de Valdivia, no podrá inquietar mas la provincia de Concepcion, a cuyo hermoso país espero regresarán seguros sus habitantes a sus abandonados hogares."

Al propio tiempo que las tropas peninsulares se retiraban por el sur hacia el Maullín, algunos vecinos de la realista Valdivia, amamantados con el *real situado* del antiguo presidio, salieronse a su vez en dirección al norte i levantaron una mantonera en las orillas del río Cruces, que tiene fácil comunicación por agua con Valdivia. Eran los principales de este grupo don Camilo Figueroa (de cuya correspondencia con Benavides ofreciéndole retomar a Valdivia, hemos hecho ya mérito), el oficial del antiguo batallón fijo de Valdivia don Juan Carvallo, un fraile natural de Galicia llamado Salvador Razela, de la Propaganda de Chillán, especie de Ferrebú con cogulla, i un mozo del apellido de Palacios, hijo de un barbero de Valdivia, acérximo realista, i que tenía el grado de sargento en la milicia provincial.

El principal cuidado de los mantoneros había sido ganarse la amistad de los indios que habitan en las márgenes del Cruces i de los ríos vecinos hasta Pitrusquen, Dognol i otras reducciones en ambas márgenes del caudaloso Tolten. Pero los últimos, aunque más dóciles i mansos que los araucanos propios que habitan entre el Cautén i el Biobio, se habían dividido, como éstos, en dos parcialidades. El cacique de Cruces, llamado Juan José, hombre bravo i de influjo, había tomado inmediatamente partido por la patria; pero el de Pitrusquen, llamado Calcufula, que era, según ya contamos, una mole humana de seis quintales, se mantenía adherido al rei i se hacía fuerte en su *malal*, respetado por todas las tribus vecinas por su "queza en ganados i en bosques de manzanos, como por su

enorme corpulencia, motivo de adoracion para aquellos bárbaros que se maravillan de todo lo sobrenatural.

Servia de intermediario entre los montoneros i los indios un lenguaraz que habia venido desde Arauco enviado por Benavides, cuyo nombre cristiano era Jaramillo, pero que al estilo de los turcos, habia adoptado el apellido indíjena de Calcufu, i de quien Beauchef dice, hablando de sus fechorías, que “era una especie de demonio,” calificativo no del todo desacertado porque su nombre adoptivo significa *brujo* en idioma indíjena.

A poco de haber organizado aquella fuerza, que los realistas de Valdivia sostenian a la par con los indios de Pitrusquen, se retiraron de ella, ignoramos por qué motivo, Figueroa i Carvallo, quedando solo a su cargo el fraile Razela, el sargento Palacios i el lenguaraz Calcufu. La primera hazaña de los últimos fué en seguida sorprender al cacique Juan José i degollarlo.

Como supiese Beauchef este atentado i culpase de él al fraile, a quien suponia inspirador de Palacios, i embaucador de los indios semi-idólatras i semi-católicos, de aquellos parajes, concibió el atrevido proyecto de arrebatarlo de en medio de su campo. Confío esta empresa al atrevido oficial don Pedro Alemparte, enviándolo una noche, “lóbrega i tempestuosa, de las mas crueles de aquel tiempo” (1), por el río Cruces en un bote con unos cuantos soldados. I tan feliz anduvo aquel, que se hizo dueño del fraile en la choza en que se hallaba asilado en la reducción de Arique, i lo condujo a Valdivia, junto con sus papeles, su concubina i equipaje.

Del exámen de aquellos, resultó una revelación en estremo grave i que pudo tener consecuencias terribles para Beauchef i la plaza. Con las fatigas de las últimas campañas, habíanse abierto las heridas que aquel había recibido delante de Talcahuano en 1817, al punto de verse obligado a guardar la cama durante meses enteros. A fin de curarse, púsose en manos de un medicastro español que allí se hallaba prisionero i que había hecho íntima amistad, acaso por simpatias profesionales, con el barbero, padre de Palacios.

(1) Parte del gobernador de Valdivia, setiembre 10 de 1820—(*Archivo del ministerio de la guerra*).

Meditaba el último el que su hijo, que aparecia ahora como el jefe militar de la mantonera, diese un golpe de mano sobre Valdivia, i para asegurarse de la cooperacion del fraile Razela, hizo que el médico le escribiese, a titulo de paisano, una carta, revelándole el plan i exijéndole por su pronta ejecucion. Segun sus combinaciones, la mantonera debia venir embarcada por el rio i apoderarse del pueblo por sorpresa, a media noche, tomando el cuartel, que se hallaba en la vecindad del rio, i asesinando a Beauchef "que se encontraba podrido en su cama, decia el médico asesino, i a todos los patriotas." La carta que contenia estas horribles confidencias era la que Alemparte habia quitado al fraile.

En el primer arranque de su indignacion, Beauchef, que como todos los hombres magnánimos era susceptible de una estrema exaltacion, quizo hacer fusilar al médico, al fraile i al barbero, pero se limitó despues al suplicio del último, que era el verdadero instigador, i envió los otros a Santiago. Así terminó aquel primer intento de conspiracion, presajio de otros muchos en aquellas apartadas comarcas.

Apesar de su clemencia, tan luego como se hubo recobrado i el tiempo recio de aquellos climas se lo permitió, Beauchef dirigióse a castigar a los montoneros, de una manera conforme a sus gustos i a su profesion. Con una fuerza de trescientos a cuatrocientos hombres, se internó por entre los ríos i bosques seculares que forman aquellas rejones verdaderamente primitivas, i no se detuvo hasta no tener en sus manos al apadrinador principal de los realistas, el cacique Calcufura, que no pudiendo huir por su excesiva obesidad fué tomado en su propio *malal*. Tembló el indio por su castigo i la fama de bravura que tenia el jefe francés; pero prometió enmienda permanente, i lo dejaron en paz despues de haberle comido sus carneros i bebídole la chicha de sus manzanales. Al regresar a Valdivia, Beauchef dejó una guarnicion de ochenta hombres en la mision de Cruces, siete leguas distante de aquel pueblo, donde existia un fortín antiguo de aquel mismo nombre.

Ya por esta época, había tenido lugar una mudanza mal aconsejada que iba a ser causa de los desastres que aflijieron

la provincia i provocaron la tragedia, cuyo recuerdo es el tema principal de esta digresion histórica.

En los mismos dias en que Beauchef se llenaba de gloria en el Toro, el gobierno de Santiago nombraba gobernador de Valdivia al sargento mayor de ingenieros don Cayetano Letelier, i éste tomaba posesion de su empleo el 4 de mayo de 1820.

Era Letelier un oficial de mérito, natural de Talca, i oriundo (como los Pradel, los Castellon, los Morandé, los Lois, los Montaner i otras familias chilenas, mas o menos conocidas en la actualidad) de los mercaderes franceses que desde el reinado de Felipe V comenzaron a venir a la América, i en especial a Chile. Su padre lo habia enviado en consecuencia a hacer sus estudios militares en las escuelas i en los ejércitos franceses, en cuyas filas, militando en España, habia alcanzado el puesto distinguido de capitán de ingenieros.

En esta categoria pasó a Chile despues de Maipo, i nombrado segundo jefe del número 3 de Arauco, como Beauchef lo era del número 1, habian hecho ambos todas las campañas del sur en 1819, bajo las órdenes de Freire. Su calidad de ingeniero habia sido la causa determinativa de su empleo en Valdivia, cuya plaza tuvo desde antiguo un gobernador de aquella profesion.

El noble Beauchef sin agraviarse por aquel cambio, que otro babria tomado a deshonor, hizo a Letelier la acogida de una camarada leal, i no solo le entregó gustoso el mando sino que se puso inmediatamente bajo sus órdenes, a pesar de no haber recibido instrucciones a ese efecto del gobierno.

Letelier, por su parte, era un perfecto caballero i un valiente soldado. Franco, fino, amable, lleno de prendas personales, segun el retrato que de él nos ha dejado el mismo hombre a quien desposeyó, tenia, sin embargo, un triste vacio en su naturaleza; i esa fragilidad funesta vino a dominarla por entero una mujer imperiosa, pero sin corazon i sin belleza, que en la ausencia de su marido, pasó a vivir bajo el techo del nuevo funcionario, ejerciendo sobre su espíritu el mas inaudito i deplorable predominio.

De esta pasión culpable i de otra menos insensata pero aca-

so mas ardiente que bullia escondida en el alma de un joven soldado, iba a nacer la tragedia cuyos lances vamos en breve a narrar.

A poco de haber llegado, en efecto, el gobernador Letelier, tuvo lugar un acontecimiento casual que lo obligó a entrar en campaña i aproximar parte de sus fuerzas a la ciudad de Osorno, sitio del fúnebre drama.

Marchaba cierto dia del mes de octubre de 1820, por uno de los caminos vecinos a Valdivia, un joven del pueblo llamado Sayago (el mismo que acaba de morir con honrada memoria en su ciudad natal), que se había manifestado entusiasta secuaz de la patria; i habiendo encontrado un individuo sospechoso que galopaba hacia el sur, quiso detenerlo. Resistióse el forastero, sacaron ambos los sables, i derribándolo Sayago, lo trajo prisionero i lo entregó a Beauchef. Aquella presa casual era una adquisicion preciosa, casi providencial. El emisario era un hijo del lenguaraz Calcufo que se dirijía a Chiloé, enviado por Palacios i su propio padre con comunicaciones suyas i de Benavides en que éste anunciaba a Quintanilla sus triunfos del Pangal i Tarpellanca i le pedían que invadiera el continente por el sur. Con aquel motivo el mismo Palacios se aproximaría a Osorno para obrar todos en consorcio.

Letelier i Beauchef comprendieron entonces los peligros en que iba a verse el sur de la República i con particularidad la provincia limítrofe de Chiloé donde mandada un jefe activo i emprendedor. En el acto resolvieron, en consecuencia, ocupar a Osorno con una division considerable, a fin de imponer respeto a Quintanilla, que dueño de Carelmapu i de toda la ribera izquierda del Maullín, se encontraba solo a cuarenta leguas de aquella plaza.

Beauchef partió, en consecuencia, en los primeros días del verano de 1820 hacia la misión de Quidico, en la medianía de Valdivia i Osorno, con el objeto de levantar dos escuadrones de caballería en los Llanos i cubrir la línea de Osorno i del Río-Bueno, que parte por el centro aquellos hermosos lugares.

Consiguióse con estas medidas que Quintanilla no inten-

tase en aquella estacion propicia expedicionar en el continente, i cuando volvió la época de las aguas, Beauchef, juzgando ya asegurada la tranquilidad de la provincia, despidióse de Letelier i se embarcó para Valparaiso en junio de 1821.

La separación de Beauchef, fué un golpe mortal para Letelier que desde aquel dia no contó sino amarguras. En el instante mismo de dar a reconocer como jefe del batallón al mayor Vicenti, en reemplazo de Beauchef, los soldados tomaron las armas en la lista de diana i “pidieron imperiosamente, dice el mismo Letelier, que el mayor Beauchef quedase i que solo a él lo querían por comandante” (1).

Este incidente, que tuvo lugar el 26 de mayo de 1821, dió a conocer a Letelier lo que valía Beauchef, i, a lavez, lo que tenía que esperar de sus soldados.

Habíase formado, en efecto, con los gloriosos restos del número 1 i del 3 de Chile, escapados del asalto de Valdivia, del de los castillos de la Corona i de Agüi en Chiloé i del Toro en Osorno, un batallón llamado *provisional*, que se ha conocido también con el de *Chunimpan*, (por el nombre popular de una moneda que se selló para su pago), i que oficialmente se denominaba entonces *Valdivia*. Aquellos soldados eran leales, sobrios i valientes, i éstos habían sido los q're en un momento de entusiasmo i de dolor pidieron que no se les quitase su adorado jefe. Mas, por desgracia, habíase completado su número i llenado sus vacantes con una recluta de doscientos hombres que se sacaron de los presidios de la capital en los primeros meses de 1820. Entre estos recién llegados, a quienes Beauchef calificaba simplemente de *facinerosos*, había algunos de esos espíritus que por desgracia no han sido poco comunes en nuestro pueblo, desde el mulato Alejo a Benavides.

El contacto de esta gente, por una parte, i por la otra la dura miseria a que se veían reducidos aquellos infelices, sin tener abrigo en aquel clima rigorosísimo i careciendo casi siempre de alimento, produjeron una sorda fermentación, que no hacia sino aumentar hora por hora la aspereza de los oficiales i los tristes i mezquinos monopolios a que algunos de

(1) Despacho de Letelier al ministro de la guerra.—Valdivia, mayo 27 de 1821.—(Archivo del ministerio de la guerra).

ellos se entregaban, para esplotar la escasez misma de la tropa. Distingúanse entre los mas odiados el mayor Vicenti, jefe del cuerpo, el teniente don Domingo Anguita, natural de Concepcion i gran apaleador de soldados, i el mismo Letelier, a quien, debilitado su prestijio de hombre i de jefe por el escándalo de sus amores, acusaban de ser la causa motriz i responsable de aquella situación. I así era en gran parte por desgracia.

Otro amor, ménos ilejítimo, pero no ménos ardiente que el del jefe vino a echar su pábulo en la escondida hoguera. Habíase apasionado de una bella señorita de Osorno, llamada doña Nieves Fontalba, hija de uno de los vecinos mas respetables del pueblo, el sargento de la segunda compañía del batallón que llamaremos en adelante Valdivia, don Juan García, joven de buenos sentimientos i mediana educación, que vió en breve pagada su lícita ternura. Pero los padres de la niña, humillados por la posición subalterna del mancebo, desairaron su súplicas i lo despidieron de la casa, en medio de la burla de los jóvenes i aturdidos oficiales a quienes había hecho sombra o placer la avanzada pretensión del sargento.

Aquella aventura encendió en el pecho del incauto soldado, ciego de amor i de despecho, un volcán de ambición; i arrebatado por ella, púsose a la inicua tarea de sublevar la tropa, sin cuidarse de los males sin cuenta que su temeridad traería consigo. El arrebatado mozo quería solo obtener a todo trance la posesión de su amada, i puesto que le desdeñaban porque llevaba en sus puños la simple jineta de sargento primero, él se pondría a costa de su vida i, si era preciso, a costa de la de todos sus superiores, las charreteras de jefe, para llegar a su fin.

La empresa de García no era difícil. La paciencia de los soldados estaba ya agotada. La mayor parte no vestían sino los restos de una bayeta blanca tejida en Chillan i que el uso había convertido en harapos (1). Desde su llegada a Osor-

(1) Segun las comunicaciones de Letelier, archivadas en el ministerio de la guerra, no se habían recibido en Valdivia desde que tomó el mando en mayo de 1820 hasta mayo del año siguiente, sino cuatro mil pesos, mitad en dinero i mitad en víveres, algunas provisiones que llevó la Chacabuco en diciembre

no, no se había pagado a la tropa sino un suplemento de ocho reales, a pesar de que se hacia trabajar a la intemperie en levantar reductos en los caminos que conducían a Chiloé, i en todo jénero de fatigas militares. No se les daba de comer si no una miserable ración de trigo i, por último, sus superiores, en vez de endulzar sus fatigas, se las hacían más amargas con su dureza, ejercida principalmente sobre los sargentos. “El trato de los oficiales, dice García en un documento público que tenemos original en nuestro poder, es bien público. De su orgullo e insolencia no se exceptuaban ni aun los sargentos hasta el estremo de recibir palos i otros impropios” (1).

Entre estos hombres, sobre cuyo ánimo García por su educación ejercía un predominio decidido, encontró el último ardientes secuaces, pues de su primera junta resultó que cada uno tenía algún agravio que vengar. Entre los más vehementes se notaban los sargentos Andrés Silva, Miguel Bustamante, José Galaz i el cabo José Casas.

No se proponían, sin embargo, aquellos soldados, muchos

de 1820, cuando la guarnición se estaba muriendo materialmente de hambre, i un poco de ropa remitida por el bergantín *Brujo* en mayo de 1821.

Por esta misma época el ministro de hacienda i de guerra Rodríguez Aldao había enviado a Valdivia a cargo del oficial don Pedro Uriola, con quien hizo compañía, un cargamento de víveres cuyo valor llegaba a treinta mil pesos!

(1) Este curioso documento, muy deteriorado por el curso del tiempo, no fué obsequiado en Chiloé por el amable escribano de Ancud don Rudecindo Morales, quién residió muchos años en Osorno, i quién, a pesar de ser escribano, ha ensayado en uno de nuestros diarios del sur el arte difícil de la novela histórica, con el argumento de los mismos sucesos que narramos. La primera parte de la novela, que es la única publicada, está dividida en seis cuadros cuyos títulos son los siguientes: I. *De todo un poco.* — II. — *Disertación.* — III. *El vaso de orfebrería.* — IV. *El poder de los vicios.* — V. *El parte, i VI. Quien no se arriesga no pasa el río.*

Figuran en la relación Letelier (de quien dice el autor, que «era robusto, ágil, blauco, transparente, fiato, ojos redondos i grandes, amarillentos como los del gato,») el teniente Anguita, «que se levantaba de mal humor cuando no había mandado aplicar algunos centenares de palos,» i un personaje fabuloso llamado Vevar o el *Jigante de Trumao*.

Sobre los motivos que el señor Morales tuvo para no hacer como nosotros una historia verdadera de aquellos trágicos sucesos i sí solo una novela histórica, hélos aquí, según él mismo los señala. «Los años pierden en su órbita fatal de exterminio que describe el rumbo de las cosas humanas, i veremos tan solo en el prisma engañoso de la vida imágenes añijadas, alimento de superficialidades, inveteros miltitudes i una que otra verdad trazada con el disfraz de novela, para que el júicio de impresa no se nos caiga encima.”

Por consiguiente, los que quieran escribir la historia sin temor de jurados pueden leer la divertida novela del escribano Morafes en los números de la *Tarantula de Concepción*, publicados desde el 14 de setiembre al 14 de diciembre de 1866.

de los que se sentian justamente orgullosos de sus recientes glorias, cometer un crimen salvaje que llevara la desolacion al pueblo ni la muerte al cuerpo de oficiales. Los mas enconados querian solo matar al mayor Vicenti i al teniente Anguita, en quienes concentraban todo su odio.

En cuanto a Letelier i otros subalternos, se contentarian con arrestarlos i destituirlos de sus puestos para ocuparlos ellos. Esto ultimo, era lo esencial para el jefe de los conjurados que queria presentarse en la casa de su amada con los despachos de comandante, aunque fuesen expeditos por su propia autoridad (1).

Era la noche del 13 de noviembre. Llovia con lo violencia propia de aquellas zonas, i en medio de la lobreguez del pueblo bailaban los oficiales en la casa de un vecino llamado Casas, que solia prestarse a aquellos pasatiempos por una corta suscripcion. Los sargentos i soldados velaban a su vez en sus cuadras transidos de frio, hambrientos e indignados. Dos compagnias se hallaban en el cuartel situado en la plaza; otra cubria con la caballeria el punto llamado la *Trinchera*, una legua al sur por el camino de Osorno a Chiloé, i por ultimo, el resto del batallon existia en el fuerte llamado ántes de Santa Isabel i ahora de Mackenna, en la confluencia de los rios Rahue i Damas, que bañan los suburbios de la villa. En este punto se encontraba el sargento Garcia i en el cuartel de la plaza hallabanse Silva, Galaz, Bustamante i otros de los conjurados.

Terminado el baile a la media noche, los sargentos acantonados en la plaza hicieron tomar las armas a la tropa, i poniéndose a las órdenes de Silva, marcharon a la casa del gobernador, situada en un ángulo de aquella, junto a la parroquia, con el objeto de reducirlo a prision.

Letelier habia recibido aquella mañana un denuncio misterioso que un desconocido dejó escrito en un papel sobre la pila de agua bendita de la iglesia parroquial, porque aquel dia era domingo. Recojióle el vecino don Félix Flores i lo

(2) «Harto diferente era este plan del que se ha atribuido a los sargentos del 8.^o de linea Escasini, Salas, Bisquert, Navarro, Earahona i el soldado Manuel Martínez, de la guarnicion de Tolten, en el parte del coronel Carvallo de 5 de marzo de 1869, cuyo suceso, si hubiera tenido lugar, labraria sin duda sobrepujado en horror al de Osorno.

entregó al cura de Osorno, que era el conocido mercedario frai Miguel Ovalle (1), en cuya propia casa habitaba Letelier. Pero éste, acostumbrado ya a aquellos avisos, lo despreció, i dormía tranquilo en su cama cuando la vocería de los sublevados le hizo conocer su engaño. Como era un hombre de honor, visitióse a toda prisa con su traje de parada, i a pesar de los ruegos del cura Ovalle, salió a la puerta de la casa, llevando desnuda la espada i resuelto a sofocar el motín o vender cara su vida. Encontrándose en el instante con el grupo de amotinados que penetraba en la casa, les apostrofó sobre el delito con que manchaban sus glorias, frescas todavía, i les ordenó que se retirasen a su cuartel. Los soldados no le dieron, sin embargo, tiempo para hablar. Uno de los mas frenético le clavó un bayonetazo por la espalda en los momentos en que Silva le asestaba con su fusil un tiro en el corazón. El infeliz jefe quedó en el instante hecho cadáver, sobre una campana en cuyo canto había hincado una rodilla para mejor defenderse.

Mientras esto sucedía en una estremidad de la plaza, otros de los conjurados útimaban en su cama al capitán Valdovinos, que se hallaba aquella noche de guardia en el cuartel. Mataron tambien allí mismo al maestro de víveres Patricio Lagos, porque para muchos el motín era solo una venganza del hambre.

Cometidos aquellos crímenes, la furia de los soldados, en quienes la sangre produce una embriaguez semejante a la del alcohol, no conoció límites. Dirijéreronse en tropel al fuerte donde se hallaba García, un tanto vacilante, i una vez unidos con su tropa, se desbandaron todos por el pueblo, quienes a poner las casas a saqueo, quienes a insultar el pudor de las familias, los mas a buscar a sus jefes en sus alojamientos para matarlos. Al desgraciado Anguita le encontraron tan profundamente dormido, a consecuencia sin duda del pa-

(1) Era éste el mismo predicador a quien el conde de la Conquista obsequió quinientos pesos por un sermón patriota en 1810 i que existía en su convento de la Merced de Santiago, donde fué muchas veces provincial, en 1850, ya muy anciano.

Se nos ha referido tambien en Valdivia, que el gobernador de Osorno don Diego Plaza de los Reyes ofreció a Letelier, por aquellos días, una suma de quinientos pesos (único caudal que talvez existía en el pueblo) para apaciguar el encoso de los soldados; pero que éste los rehusó tercamente, pues era un inflexible disciplinario.

satiempo de aquella noche, que se dijo se dieron el bárbaro placer de velarlo en su propia cama, poniendo al pie de ella cuatro candeleros, i despues lo despertaron a balazos. Otros de aquellos infelices, como el capitán don Miguel Cortez i el teniente don Miguel Alfaro, que habitaban en una misma casa, fueron conducidos desnudos al cuartel, i allí los mataron a bayonetazos en medio de una infernal algazara.

Otros pocos habian conseguido huir u ocultarse, pero en vano. Al teniente argentino Carvallo, único de los héroes del Toro que pereció en aquella *noche triste*, lo hallaron ensillando un caballo a orillas del río, i cubierto de bayonetazos lo echaron al agua todavía medio vivo.

Por último, al teniente don Juan de Dios Vial, que había conseguido esconderse encima de una viga, un soldado tartamudo lo mató tirándole un balazo desde abajo (1).

El odiado Vicenti había logrado entre tanto escapar, conducido por un cabo llamado Juan Castro hasta un *potrero*, (nombre que en Valdivia dan a las estancias, labradas por el hacha en las montañas) llamado el Buitre, en las vecindades de la cordillera. Allí se le reunió tambien el capitán Labbé, a quien la tropa, lejos de perseguir, aclamaba como jefe en la noche del trastorno.

Entre los otros oficiales, el capitán don Simón Antonio Santucho, argentino de nacimiento, fué preso i maltratado—pero como se hallase por dicha suya destacado en la *Tinchaera*, escapó la vida, gracias a que la calma volvía al ánimo de los sublevados, hartos ya de sangre.

Tal fué la hecatombe de Osorno, fruto, por una parte, de las tristes pasiones humanas i, por la otra, del injustificable abandono en que un gobierno imprevisor mantuvo aquellas remotas

(1) El coronel Zañartu atribuyó este género de muerte al teniente Anguita, i añade que el soldado tartamudo que lo mató solía decir que el desgraciado oficial había caído como una *totóta*, por lo que le pusieron este sobrenombre hasta que en 1835 murió asesinado, según se dijo, por sugerencias de un parente de Anguita. Sin embargo, el respetable vecino de Valdivia don Juan Félix Álvarez, que según hemos dicho, residía entonces en Osorno, nos ha referido los sucesos de aquella noche como los dejamos apuntados. Su relación está ademas confirmada por la de los señores don Juan Francisco Adriásola i don Francisco Aguirre, ministros actuales de la tesorería de Valdivia i por la que hace años oímos al oficial don Ramón Nieto, que entonces era teniente del Valdivia.

guarniciones. El lance fué horrible costando la vida de nueve oficiales i entre ellos de un jefe distinguido; pero lo que lo hizo casi tan terrible como su propio horror fué la ebullicion de pasiones que a la vez concurrieron a su estallido. El motin de Osorno fué un verdadero drama de odio i amor, de hambre i de venganza.

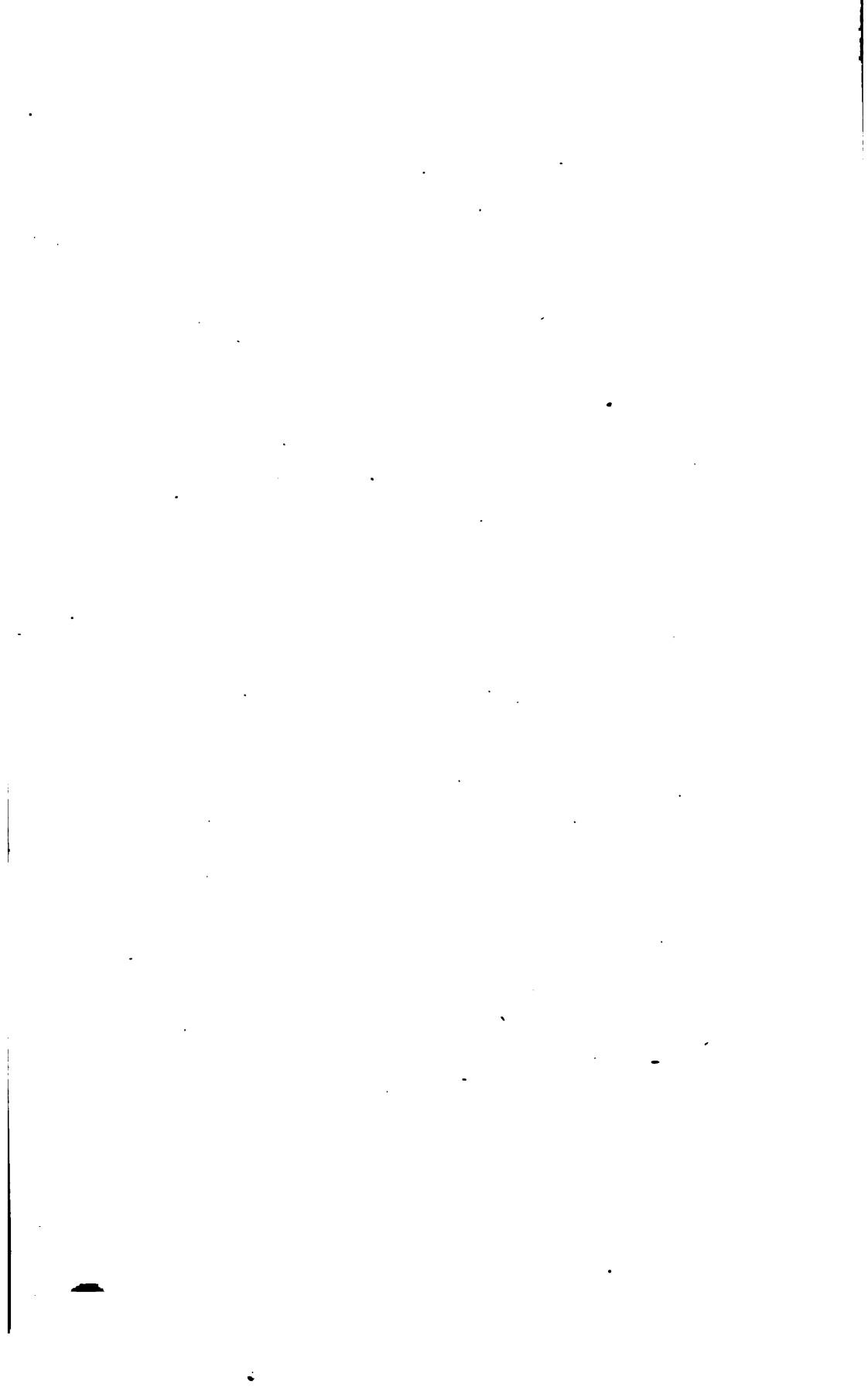
Era ésta, pues, la nueva que los mонтонeros de Arauco anuncianaban a los soldados del coronel Prieto en su retirada de Cupero, cuando le gritaban en los últimos dias de diciembre de 1821. *Vayan a Valdivia que serán bien recibidos!*

El influjo de aquel suceso, abriendo de nuevo aquella línea de operaciones al enemigo i poniéndolo en contacto con el archipiélago iba, pues, a dar nuevos brios a los vencidos de Saldivias. Uníase a ésto el mal éxito final de las operaciones del coronel Prieto i del capitán Búlnes en la tierra; el alzamiento en masa de los indómitos indios boroanos que habian ocurrido a la batalla del Cauten con Curiqueo i, lo que era mas de temerse, la actitud misma de la tropa sublevada que podia entregar otra vez a la España los castillos de Valdivia, i al propio tiempo, levantar toda la Araucanía, dando a la guerra que parecia estinguirse, exhausta ya de sangre, proporciones verdaderamente colosales.

Hacíase en consecuencia preciso tocar en tal conflicto, tanto en Valdivia como en la línea del Biobio, los recursos de la diplomacia antes que los de la fuerza, i éste fué el prudente partido que se adoptó por el gobierno.

Llamóse apresuradamente a Santiago al comandante Beauchef, para confiarle la primera de aquellas misiones.

Respecto de la última, vamos a ocuparnos en seguida de su iniciativa i de su éxito, volviendo otra vez a resumir el interrumpido camino de los sucesos de la guerra fronteriza.



CAPITULO XXIII.

Gravedad que atribuye el jeneral Freire a los acontecimientos de Osorno.—Negociaciones que en consecuencia entabla por medio del coronel Lantaño con Pico i Bocardo.—Inflexible actitud del primero i notable carta que escribe a Ferrebú despues de la deposicion de Benavides.—Noble respuesta de Pico a Freire.—Sarcasmos sangrientos que dirige a Lantaño, a quien desafia.—Intrigas de Bocardo.—Capitula entregando cuatro mil emigrados en Quilapalo.—Pico se niega a tratar i ataca a Búlnes en Mulchen ántes de la capitulacion i en Pilic despues de ella.—Reto del capitán Neira.—Pico se retira a Bureo i lo persiguen Búlnes i Lantaño.—Parte de éste sobre sus operaciones.—El capitán Búlnes en 1822.—Aliados principales de Pico.—El jeneral don Francisco Mariluan i el toqui don Juan Maguil Huenu.—Singularidades de este indio notable.—Campañas ignotas de 1822 en el corazon de la Araucania.—Operaciones militares al sur del Imperial.—Espedicion que se organiza en Santiago para pacificar a Valdivia al mando de Beauchef e instrucciones de éste.—Sucesos que habian tenido lugarantes de su llegada en Osorno i en Valdivia.—Los sargentos sublevados se proclaman jefes i oficiales de la tropa i juran fidelidad a la patria.—Nombran gobernador politico a don Pedro Fuentes.—Curiosa ceremonia que celebran en el paso del Truinao para obtener el perdon.—La presencia de Beauchef por sí sola restituye el órden.—Nueva conspiracion de los sargentos i su castigo.—El sargento Palacios sorprende el castillo de Cruces, degollando al comisario de naciones Uribe.—Beauchef resuelve expedicionar contra Palacios i sus aliados internándose hasta Boroa.—Los indios del Tolten, segun el cirujano Leyghton i el aleman Treutler.—Beauchef en el malal de Calcufura.—Combate de Pistruequen.—El capitán Arrengoen.—Castigo del lenguazaz Calcuso.—El diario del cirujano Leyghton.—Beauchef cruza el Tolten i se le incorpora el sargento Montero con los indios de Venancio.—Datos inéditos sobre aquel soldado.—La division patriota penetra en el malal del cuci-que de Boroa Melillan i lo capturea.—Entrega éste a Palacios i regresa Beauchef a Valdivia.—Suplicio de Palacios.

No se habrá echado en olvido que la primera noticia de la catástrofe de Osorno había llegado al campo patriota quando, en los últimos días de diciembre de 1821, se retiraba el coronel Prieto de su infructuosa campaña a Tucapel.

La alarma que aquella nueva despertó en el ánimo de los

caudillos republicanos fué tan intensa i tan súbita como el regocijo que causó a los ya descorazonados partidarios del rei.

Imaginábanse aquellos; que la tropa sublevada habria ocupado a Valdivia; i que, temerosa del castigo, o bien entregaria esa plaza al diligente Quintanilla, o bien se internaria por la Araucania, en demanda de Benavides, amparador inevitable de todo el que se presentase a su consideracion, con el título de un gran crimen. I de aquí venia la natural zozobra con que desde la primera hora se habia recibido tan funesta nueva.

Preocupóse, en consecuencia, de poner oportuno atajo a aquella negra nube que soplaba del sur, el mariscal Freire, que, como hemos dicho, habia reasumido en la última quincena de diciembre, el mando político i militar de la provincia de Concepcion.

Juzgó con sagacidad el ya esperto caudillo de las fronteras, que era mas acertado arbitrio para deshacer aquel nuevo peligro, el de la diplomacia que el de la pólvora. Los brazos estaban cansados de matar. No quedaba ya sangre en las venas de un pueblo que habia pasado tres años ocupado de la eterna tarea del degüello.

El mariscal dejó quieta su espada, i escribió al último jefe español en Arauco i a sus principales lugar-tenientes, con fecha 1.^o de enero de 1822, como un mensaje cordial de año nuevo, una carta conciliadora, ofreciendo jeneroso indulto por todo lo pasado en nombre de la sangre vertida estérilmente en el suelo de la patria i de la gloria conquistada por nuestras armas libertadoras en países extranjeros.

Para dar mas vigor a aquellas insinuaciones, dispuso el jeneral Freire que marcharan a su destino de Quilapalo, donde a la sazón se hallaba Pico con Bocardo i sus principales secuaces, por la mano de un comun amigo. Fué éste el coronel don Clemente Lantao que, hecho prisionero en el Perú por San-Martin, habia devuelto a su patria su afecion i su espada. Despues de una tentativa infructuosa para ganarse la voluntad de Quintanilla, a cuyo gobierno habia sido enviado como plenipotenciario, Lantao pasó a situarse con una corta fuerza en Tucapel, a fin de observar a Pico en las cabeceras del Biobio i a los Pincheiras en las gargantas andinas.

A su vez, Lantaño eligió como portador de los pliegos del intendente Freire i de los que él mismo dirijiera a Pico, a Bocardo, al padre Jil Calvo i al lenguaraz Rafa Burgos, un soldado cuya presencia no podía ser ingrata a los asilados de Quilapalo: —aquel valeroso capitán Neira, que perdonado al pie del suplicio en Chillán, había prometido a sus jenerosos aprehensores el consagrarse la misma vida que le concedieran.

Neira cumplió su comisión, pero sin éxito.

El ánimo del coronel Pico se hallaba dominado por una de aquellas resoluciones irrevocables que conducen solo a la cúsipide o a los abismos del humano destino, i nada sería suficiente ni para atemorizarlo ni para deslumbrar su impasible i sombría pero casi sublime lealtad.

De esta disposición de su espíritu nos ha quedado un interesante testimonio en una carta que escribió poco después del desastre de las Vegas de Saldías (i cuando ya había depuesto a Benavides), al cura Ferrebú, exhortándolo a la constancia; i como este género de documentos es por su naturaleza rarísimo, i lo debemos nosotros al acaso, vamos a reproducirlo íntegro en seguida (1). Dice así:

“Señor don Juan Antonio Ferrebú.—Quilapalo, diciembre 13 de 1821.—Mi estimado amigo: Los trastornos ocurridos en estos desgraciados tiempos con la derrota que los enemigos nos hicieron, la aproximación de ellos en esta frontera, la expedición de tropas con que han auxiliado a la tierra i las siempre buenas, premeditadas i sabias disposiciones del memorable Benavides, nos han puesto en un estado que casi hemos sufrido; pero como *Dios tiene esta causa por suya i no quiere se pierda*, puede medio contenerle algo, particularmente sabiendo a fondo, como lo sé, las ideas i planes de Prieto; pues le llevo tomado dos espías i un correo que ayer le agarraron con oficios los indios en el tránsito de Angol, donde el comandante Búlues, que está en la tierra, pide seis cargas de municiones para venir a destruir estos puntos con su división e indios i después finalizar con la costa por el punto de Tucapel.

(1) Esta carta existía original entre los papeles del coronel Picarte, i es el único documento autógrafo que de aquel jefe conocemos, con la excepción de dos cartas suyas que existen en el Ministerio de la Guerra.

Pero ya tenemos todas las medidas tomadas i caminos cubiertos, i espero no progresarán por haber cobrado algun respeto con la mortandad que experimentaron cuando entraron, la muerte de Venancio (1) i otros caciques principales.

“Amigo, el portador, que es Garreton (2), lleva encargo de imponerle del pormenor de todo, que por falta de tiempo no lo verifico aquí por escrito, pero sí espero le insinúe Ud. el pormenor de los acontecimientos de ésa i el eco que ha causado la quitada de Benavides, con otras cosas que nos sean útiles para nuestro adelantamiento i que Ud. no ignorará cuáles son, segun nuestras conversaciones antiguas, pues nos servirán muchísimo sus insinuaciones a mi compañero don Vicente Bocardo i a mí, para norte de nuestras operaciones i bien general. Sobre los intereses consabidos de aquel sujeto no me deje de tocar su puntito.

“Amigo: no se puede Ud. figurar el sentimiento que tengo por la desgracia acaecida en mi invariable Mariano, i mas, habiendo dimanado de las *brutas* disposiciones de Benavides i la falta tan grande de no haberle ordenado ocurriese a la combinación hecha del plan que se formó. Pero, amigo, qué se ha de hacer? Paciencia, paciencia, dirá Ud. con unos sacrificios tan repetidos i continuos en disposiciones de oficiales beneméritos i floridos que hemos perdido! No quiero proseguir adelante ni recordar fúnebres memorias, i sí solo de ver si se puede recuperar de lo perdido alguna cosa.

“No veo las horas de verlo para darle un fuerte abrazo, i mientras lo consigo, reciba finos recuerdos de mi compañero Bocardo, i Ud. mande a su invariable amigo.—*Juan Manuel de Pico.*”

La respuesta de Pico al mariscal Freire, fué en consonancia de estos antecedentes, digna, mesurada i a la vez enérgica. Si hubiera sido dada por un soldado de la patria, acaso la historia habría tenido el derecho de llamarla sublime. “Las victorias lisonjeras a favor de sus armas que Ud. me anuncia,

(1) Esta era una de las muchas voces falsas, comunes en tiempo de guerra.

(2) El mismo don Pedro Garreton, que figura en el proceso del coronel Vidaurre (1837), como gobernador de Casablanca i que Benavides intentó mandar de parlamento a Carrera en el invierno de 1821.

(le decia contestando su misiva el 14 de enero de 1822), *i otras tantas mas que fuesen, no deben acobardar unos corazones bien formados.* De manera que si se nos contempla con menos fuerza a las de su ejercito, el sosten que hago seeme debe tener, no por el de un jefe tenaz, *sino por el de un jefe constante de honor i virtud.*"

Recordábale en seguida su juramento de fidelidad a su soberano; la importancia militar de su alianza con aquellos bárbaros que el jeneral-intendente aparentaba desdeñar, "sin recordar, decíale, el jefe español, que de su seno nacieron aquellos Caupolicanes, Lautaros i Tucapeles que humillaron los grandes hombres de la conquista;" apuntábale la mala estrella que había acompañado al coronel Prieto en su entrada a la tierra por la costa i atribuísase como una victoria el esforzado combate sostenido por él mismo contra Búlnes en Gualeguayco. Hacíale tambien presente que aunque consideraba ociosos los papeles en aquella guerra, recibiría, conforme a la lei, sus emisarios, cuyos desmanes estaba empero dispuesto a castigar severamente, i concluía por fin, remitiendo el desenlace de la antigua querella, aun no dirimida, al albur de las armas, cuyo poder no temía, "pues Ud. sabe bien, esclamaba al terminar su noble epístola, *que si ni a la muerte misma le tememos, cómo temeríamos a sus amenazas?*" (1)

Con Lantaño, de quien había sido amigo i camarada, el soberbio montañez empleaba un lenguaje diferente. Autorizado por su ínclita lealtad a su rei i a su patria, empuñaba el látigo de la ironía i con ambas manos flajelaba el rostro del tránsfuga, reprochándole su delito. "¡Ai! mi amigo don Clemente, le decia, si cosas raras presenta el universo, nunca con mas abundancia que en tiempo de revolucion! Quién creería que Ud. fué el que causó en la provincia de Concepcion todo género de males, a fin de exterminar a esos que hoy dia llama compatriotas? Nunca, nunca me fiaría de un hombre que no fué fiel a su Dios ni a su R. E. I. (*rei*). A dónde, dónde está

(1) En el Apéndice, núm. 11, puede leerse íntegra esta notable carta del coronel Pico, así como la que escribió a Lantaño, i algunos fragmentos de la contestación que al último enviaron Bocardo i el cura Calvo.

aquel juramento de fidelidad que tiene Ud. hecho? Dígame quién se lo ha relajado."

I luego, descubriendo siempre en el fondo de su ironía las dos grandes pasiones de su alma, el fanatismo i el amor de los combates, le hacia la caballeresca proposicion de batirse en campo abierto. "Los desafíos, le decia, como para disculparse con Dios de su heroismo, son buenos i santos cuando miran al bien comun. En este supuesto, lo invito a Ud. a cara descubierta para el dia que guste; promediemos el camino; designemos el campo i día, i venga Ud. con su fuerza que yo iré con la mia; tendremos la entrevista, i la suerte de las armas será el mejor testimonio de si estamos o no con la suerte adversa, como Ud. me supone en su apreciable."

Lantaño aceptó aquel reto, pero no con arreglo a la lei de los palenques sino a la de su astucia i a la de su propósito de desengañar con su influencia a los sectarios de aquel caudillo empecinado. "Por la correspondencia de estos hombres, decia aquel el 15 de enero al mariscal Freire, conozco que no tienen mas remedio que la pólvora i la bala."

No obstante esta primera contrariedad, aquel astuto guerrillero continuó con teso su plan de intriga i de reducción en el que, parece, prestóle un eficaz concurso el convertido Neira, agregado ahora a la division del capitán Búlnes, acampanada en Nacimiento.

Maduro ya el fruto de esta sorda i tenaz intriga, combinaronse Búlnes i Lantaño para rodear la posición de Quilapalo, marchando aquel desde Nacimiento al vado de Coihue, donde debía reunirse con el último, que, a su vez, saldría de Tucapel pasando por Santa Bárbara.

Hízose así, en efecto, i ambos campos se movieron simultáneamente el 21 de marzo de 1822.

Apesar de que Bocardo i sus principales jefes, Briones de Maldonado, Villeuta i Arias, así como su cortejo de clérigos i frailes, i el mismo cacique Colimán, señor de Quilapalo, estaban secretamente convenidos en deponer las armas i entregar su asilo a los patriotas, érales preciso luchar en secreto con la airada oposición que a sus miras oponía Pico, secundado por su lugar-teniente Senosiain i su fiel aliado Mariluan. A

ese fin dirijíase el despliegue de fuerzas que los dos caudillos patriotas iban a ejecutar a la vista de Quilapalo.

Pico, sin embargo, sea que ignorase la rapidez con que cundía entre los suyos la defeción, sea que tuviese todavía alguna esperanza en el azar de las armas, salió al encuentro de Búlnes el 24 de marzo, en la campiña de Mulchen, que es hoy una ciudad, con un grueso de indios i un puñado de tiradores (diez i ocho a veinte hombres), último resto de aquellos terribles dragones del Pangal que le dieron en *cuatro minutos* la mas espléndida victoria de la guerra a muerte. Búlnes pasó, sin embargo, a filo de sable sobre aquellos restos desmoralizados, i el 26 de marzo estaba ya unido a Lantaño a la vista del lugarejo de Quilapalo, donde existían a la sazón no menos de cuatro mil emigrados, bajo la autoridad de Bocardo, fundador de aquel campamento.

Las negociaciones directas del último con Lantaño habían comenzado el 22 de marzo, hablándose los dos jefes, Biobio de por medio (que allí corre muy angosto como torrente de montaña), aquél, en el lado de Quilapalo, i el otro en el de Santa Bárbara. Bajo la salvaguardia de aquella frontera, tres siglos disputada, entendiéreronse al fin los dos rivales, solicitando Bocardo un armisticio previo de veinticuatro horas para reducir la obstinación de Mariluan.

Concediésole aquel término; mas como se cumpliese la hora sin haberse recibido aviso de lo que se meditaba en el campo de los realistas, Lantaño mandó en la tarde del 23 que se canonease la orilla ocupada por aquellos, i en seguida pasó el río para llevar adelante la combinación concertada con la división que venía desde Nacimiento.

Esta medida precipitó el desenlace de las negociaciones, i el 27 de marzo el obstinado caudillejo de Quilapalo que había sido, después de Pico i Benavides, el brazo fuerte de la causa real en la ribera izquierda del Biobio, se rindió bajo una capitulación de guerra, que garantizaba a él i a los suyos la vida i sus propiedades. Entregáronse junto con él trece oficiales, casi todos criollos, siete frailes, diez i ocho soldados armados de carabina i no menos de cuatro mil desventuradas personas, la mayor parte de condición acomodada, que habían padecido

en aquellas breñas, hambres i dolores sin cuento por espacio de tres años, en nombre de una noble pero mal comprendida fidelidad (1).

¿Cuál había sido, entre tanto, la suerte de Pico despues del desenlace de Quilapalo?

Obstinado, sombrío i terrible el noble *godo* había retirándose con su lealtad inmaculada a las tolderías de su fiel compadre Mariluan, situadas en Collico, de donde aquel era señor.

Envieron los patriotas en su seguimiento cincuenta tiradores al mando del ayudante don Jose Ignacio García (conocido mas tarde por el *Pizorro*). Pero tanta diligencia habíase dado el jefe perseguido, que una semana escasa despues de la rendicion de Bocardo, presentaba de nuevo batalla a sus rivales en la orilla del estero de Pile, uno de los affuentes

(1) Los nombres de las personas mas notables que capitularon en Quilapalo junto con Bocardo son los siguientes: comandante, Pedro Pablo Villeuta; capitanes, Raimundo Arias, José María Acuña, José Ignacio Zabala (del bergantín *Ocean*); ayudantes, Nicolas Rute (europeo i ayudante de Senosíam), Antonio Ibar.—Curas, Mateo García, Pedro Espinosa, Jil Calvo, Frailes, Antonio Curiel, Ramon Manrique i Juan Silva.—(Comunicaciones de Bulnes i Lantao del 29 de marzo de 1822 publicadas en la *Gaceta ministerial* del 13 de abril del mismo año).

La nueva de este suceso causó una impresion considerable en la capital. «Anoche, decía el brigadier Prieto al mayor Picarte desde Santiago el 11 de abril de 1822, hemos recibido la noticia de la entrega del perverso Bocardo. La hemos celebrado los que conocemos la importancia de este bicho como Ud. puede figurarse.»

Del destino posterior de los mas conspicuos capitulados de Quilapalo solo ha llegado a nuestra noticia el de Bocardo i de Jil Calvo.

Del primero refiere Torrente que fué reducido a prisión en Santa Bárbara en los momentos en que se estaban quemando fuegos de artificio en honor de los que el historiador peninsular llama su abominable traicion. Condujéronle a Santiago i allí estuvo mucho tiempo encerrado en el depósito de prisioneros. Pero en 1825 se hallaba libre, i llevado de sus hábitos turbulentos i siempre influido de un principio de fanatismo, se le vió tomar parte en el tumulto clerical que tuvo lugar en Santiago en 1825 con motivo del extrañamiento del obispo Rodríguez. Uno de sus compatriotas (don Nicolas Pradel) le reconoció entre los mas furibundos de los agitadores que invadieron ese dia el palacio de gobierno, i aun se dice que habiéndole conocido don José Miguel Infante, que era entonces presidente provvisorio, lo mandó arrojar de la sala.

Casóse despues en Santiago con una señora Santa-María, pariente suya, i vivió muchos años retirado i oscuro en una de sus propiedades de Rere.

En cuanto al cura español Jil Calvo, lo que se sabe de él es que era un hombre de un carácter afable i de una memoria prodigiosa. Decíase que había sido maestro del general O'Higgins en Chillán, aunque este honor lo ha disfrutado el padre Javier Ramírez, autor del *Cronicon Imperial*, quien indudablemente enseñó primeras letras a aquel caudillo antes de su viaje a Europa. En 1836 Calvo vivía todavía i murió poco despues muy anciano de capellan de las monjas Trinitarias en Concepción.

del Biobio, que le entra por el sur en la vecindad de Santa Bárbara.

Fué aquella una batalla indíjena, en todo semejante a la de Gualeguayco i de Niblinto. A media legua del sitio en que Pico había colocado sus indiadas, en número de muchos centenares (el parte no dice cuántos), formaron Búlnes i Lantaño su linea de batalla, la infantería al centro, jinetes por ambos flancos, los cañones de montaña en el intersticio de unos i otros, i las guerrillas i tiradores al frente. Mandaba aquellos las últimas, como era de costumbre, el valiente Salazar i los dos Ruiz (Ventura i Eusebio).

Atacaron éstas con denuedo i se fueron sable en mano sobre las lanzas de los indios de Mariluan i de Maguil, que eran los mejores guerreros de la Araucanía, pero luego hubieron de volver caras arrollados por el empuje de los bárbaros. Entrataron entonces en la pelea con sus lanzas Coihuepan i Peñoleo, que andaban de auxiliares, pero los llanistas de Collico i los huillches de la montaña, saliendo de un bosque de improviso, los dispersaron por la vega del estero, como a Salazar. El lance se hizo en estremo apurado.

Dispusieron entonces los jefes patriotas que toda la línea cargase simultáneamente entrando en el entrevero la compañía de plaza de Chillan i las milicias de ese distrito que venían con Lantaño, i esto cambió la suerte del dia huyendo en consecuencia los indios del rei con pérdida de sesenta de los suyos que quedaron muertos a filo de sable. Persiguíos Búlnes hasta el Bureo i no tuvo mas pérdida que la de doce muertos, de los que solo dos eran cristianos i diez i nueve heridos. Pereció tambien allí como bravo el oficial de milicias don Juan de Dios Pintos, cuya pérdida lamenta en sentidos términos su jefe.

Ocurrió tambien en este encuentro un lance que despues no ha vuelto a verse en nuestras guerras. Aquel valeroso capitán Neira, cuyas proezas han sido un tema casi familiar en estas páginas, observando que de las filas enemigas se adelantaba un jinete provocando a quien quisiese, a singular combate, solicitó del capitán Búlnes (a cuyas órdenes ahora servía) permiso para ir a responderle. Pusieronse así al habla los

dos guerrilleros, mas él del rei observó al de la patria que el caballo que montaba era superior al suyo, i por tanto, dijole a voces que declinaba el tressafo. "Desmontóse inmediatamente Neira del caballo, cuenta el narrador de este episodio (1), i apartándose a un lado, dijo a su contrario. *No quiero ninguna ventaja; estoí a pié; ven tú lo mismo, i pelearemos con armas iguales.*"

La contestacion del godo fué volverse cabizabajo a sus filas en presencia de las dos líneas enemigas que habian hecho alto para presenciar aquel palenque. Sin duda el retador de Neira le había reconocido al acercarse, i por esto tuvo miedo.

Tal fué el combate de Pile, el ultimo de aquellas campañas que mantuvo el carácter de las primitivas mandoneras nacidas junto con nuestra guerra de emancipacion, i en las que había predominado hasta allí el elemento criollo sobre el de los bárbaros. En adelante la guerra sería esencialmente jentil, indígena, araucana. La espada del jóven capitán Búlnes había radicado para siempre en la márgen izquierda del padre de los ríos de Chile, la frontera meridional de la civilización, como diez años mas tarde (1832) cumpliría a él mismo, elevado a uno de los mas altos rangos de la milicia nacional, señalar en la cumbre de los Andes, libres hasta del último enemigo, la era definitiva en que terminó nuestra guerra continental, iniciada hacia ya veinte años.

Era a la sazon el jeneral don Manuel Búlnes un mancebo jentil, esbelto, hermoso de rostro, eximio jinete, ejid en el manejo de las armas i de un valor entero i tranquilo en la linea, terrible i ciego en medio del combate. Apuntaba apénas en su labio el bozo de la adolescencia, i ya era capitán i comandante en jefe de divisiones tan aguerridas i numerosas como las que en aquella época solian mandar los mas expertos jenerales. Como soldado, en todas partes se había hecho conspicuo. Su primer servicio activo en nuestras armas había sido el llevar en sus manos, casi infantiles, el estandarte de aquel glorioso cuerpo de cazadores a caballo que crió Freire en 1817, como el jemelo chileno del rejimiento de granaderos argentinos

(1) El tesorero Castellon, Memoria citada.

que trajo San-Martin, i en aquellas nobles filas habia ido levantándose en renombre i en grados militares donde quiera que se presentase. En Maipo habia sido hecho teniente; en el combate del cerro del Centinela promovido el gobierno a capitan; de las derrotas mismas salia con la gloria de una promocion, pues al dia siguiente del Pangal le hizo Freire su ayudante de campo. Por ultimo, por sus hazañas recientes habiale ascendido el Director al grado de sargento mayor de caballería, i honrándole con el titulo de miembro de la Lejion de Honor, institucion aristocratica, pero en la que habian sido inscritos todos los nombre ilustres de nuestra emancipacion. No hubo, con todo, en los pocos dias de su duración un nombre mas juvenil ni mas brillante escrito en sus registros que el del "distinguido mayor Bálnes," como le llamaba ya su propio jefe, que nunca fué prodigo de alabanzas para con sus subalternos (1).

Despues de su triunfo de Pile, Bálnes i Lantaño penetraron en los campos de Collico, vecinos a Angol i a Mulchen, talando las reducciones del obstinado Mariluan, que defendia ahora en prò de los verdugos de su raza las ruinas de sus ciudades arrasadas por la tea de sus mayores; mas "como no encontraran a nadie con quien pelear," segun la soldadesca expresion del coronel Lantaño, retiráronse ambos caudillos, éste a su posicion de Tucapel i el mayor Bálnes a la de Nacimiento (2).

(1) Despacho del jeneral Freire al Director.—Concepcion, abril 20 de 1822.—(Archivo del ministerio de la guerra).

(2) Hé aquí el parte compendioso que pasó el coronel Lantaño al ministro de la guerra de sus operaciones durante las tres semanas en que habia estado ausente de Tucapel, i en el que se contienen algunos datos interesantes que no hemos apuntado en el texto.

—Tengo el honor de comunicar a U3 que el 27 del pasado entré a Quillapale con mi caballería i pasé a distancia de una legua abajo de Santa Bárbara, punto que sostuve cuatro días en el vado llamado Coihue el 28 en la noche, i a sus inmediaciones encontré al reverendo padre frai Jil Calvo llevándome recado de don Vicente Boardo i de sus oficiales, anunciadome de éstos que si los indultaba de la vida se entregarian con toda su jente. Les contesté que cumpliría en todas sus partes con lo quo le decían en oficio de fecha 23, a mi llegada a aquel fuerte de Santa Bárbara, i que no le asistiese ninguna desconfianza, que el gobierno de la patria no engañaba a nadie, lo que se verificó indultiéndolo a él i a todos a nombre de la supremacía.

—Hice trabajar veinte balsas, comisionando algunos oficiales de los entregados para que activasen el paso de tantas familias, que demoraron cuatro días el repasar el río, auxiliándolas en lo que estuvo a mis alcances como tambien los hice custodiar hasta Tucapel con la compañía de infantería núm. 7 que tenga,

El coronel Pico, por su parte, pasó a situarse con su campo de indios i su escolta de veinte i cinco a treinta cristianos, que mandaba Senosiain, en las orillas bajas pero montuosas del Bureo, otro de los afluentes del Biobio, que despues de recibir las vertientes de los Llanos se vacía en aquellas aguas cerca de Negrete. Aquel punto era estratégico, porque ademas de ser de fácil defensa, le permitia tener siempre al alcance de sus influjos i de sus órdenes las reducciones de los Llanos i de la Montaña, que la noble adhesion de Mariluan i de Maguil le conservaban fieles, a virtud del predominio que su valor le habia creado entre los bárbaros i de la constante sujecion en que les mantenían los arteros leguaraces Francisco i Tiburcio Sánchez i principalmente el viejo Rafa Burgos, que tambien le acompañaba.

No es permitido a la critica de la historia aceptar como verídicos los pomposos discursos que el narrador de las glorias peninsulares en nuestro suelo (1), pone en los labios de los últimos aliados de Pico i del rei, Maguil i Mariluan para hacer alarde de su bien probada fidelidad; pero lo que la crónica de aquellos tiempos ha dejado fuera del palio de la duda, es que a aquellos dos hombres bárbaros debió el último jefe español en Arauco la prolongacion de sus terribles campañas en los años subsiguientes.

Eran los caciques don Juan Maguil Hueno (*Pasto del cielo*) i don Francisco Mariluan. (*Cuatro huanacos*) dos bárbaros sin duda mui notables por sus cualidades guerreras, aunque el primero aventajaba al ultimo en todo lo que no fuera el valor ciego del combate.

Mariluan habia sido educado en su niñez por los misioneros de Chillan (2), donde adquirió una mediocre posecion de

a mi mando, poniéndome yo en marcha con mi caballería reunido con la division de Nacimiento al mando del capitán don Manuel Búlnes i con los indios amigos. A las doce del dia avistamos una gran partida de indios a las inmediaciones de un bosque; nos dirijimos hacia ellos, los atacamos i logramos con felicidad el dispersarlos i derrotarlos, cargándolos mas de tres leguas, teniendo la satisfaccion que al otro dia los internamos hasta las inmediaciones de la casa de Mariluan, i no encontrado a nadie con quien pelear, nos retiramos, lo que comunico a US. para satisfaccion del supremo Director de nuestra República.—Dios guarde; etc.—Tucapel, 17 de abril de 1822.—Clemente Lantao

(1) TORRENTE, obra citada.

(2) TOMAS SUTLIFFE, *Sixteen years in Chile and Perú*, páj. 158.

la lengua castellana i algunas nociones de gobierno i religion, que le afirmaron despues en su culto por el rei de Espana, simbolo para su idolatria de la divinidad en la tierra. Por lo demas, era un indio sumamente bravo, batallador, que para alentar a los suyos se tiraba del caballo en medio del combate i peleaba a pie sin mas arma que su lanza. Membrudo, pero pequeno de cuerpo i de rostro duro i atesado, veiasete siempre adelante de sus mocetones amolucandolos con el *ya, ya, lape! lape!* que precede al toque del *culcuy* antes de las cargas, i no volvia a retaguardia sino con la lanza chorreando sangre o derramandola el de sus heridas. Pagabase mucho como todos los salvajes de las lisonjas de los *huincas*, de los mensajes que le finjian del rei i de los agasajos que en su nombre le ofrecian. Semejante en esto al ostentoso Colipí, gustaba vestirse en los dias de gala con sombrero apuntado i una casaca roja recamada de oro que habia pertenecido a algun brigadier o al vestuario de una compania de la legua. Por nada tampoco consentia en que omitieran el *don* de su tratamiento, i tenia a orgullo el ser compadre de un jeneralisimo del rei, como a la sazon lo era Pico.

Fuera de esto, no era un salvaje feroz ni perverso como Chiuca, Peñoleo, Calcuura i otros caudillejos del rei o de la patria que empuñaban las lanzas solo por razon de matanza o de botin. Parece al contrario que encontraban facil acceso en su rudo pecho los sentimientos tiernos, al punto de que, como en breve hemos de ver, puso por condicion esencial para ajustar la paz, el que se le devolviese una hija pequena que le tenian cautiva, i cuando al fin sujetose a nuestras leyes, junto con los Sanchez i Senoisain en 1827, la prenda de mayor valor que pudo ofrecer en seguridad de su honradez fué entregar al jeneral de nuestro ejercito a su adorado hijo Fermin (1).

Maguil Huenu, llamado *Bueno*, no porque lo fuera, sino por la poca pericia de los cristianos en las lengüistica de los nombres bárbaros, era un hombre mui superior a Mariluan i a todos los indios mas prominentes cuyo nombre nos ha dejado la historia de la revolucion.

(1) SUTLIFFE, obra citada, páj. 158.

Sospéchase por algunos que Maguil tenía un orfjen mestizo porque sus facciones rectas i su tez blanca acusaban su mezcla con la raza de los *huincos*. El mismo, que tenía entre sus raras prendas, como Benavides, el don de la impostura, decía que era "hermano del jeneral don José María de la Cruz," i por esto le ofreció sus lanzas en 1851 i aposentó a sus amigos años mas tarde, a la postre de sus días, i cuando ya había enterado, segun el sentir de sus contemporáneos, la cuenta de un siglo.

Ya en distinta ocasión i con motivos de otras guerras, hemos dado cuenta de su extraño carácter i de las opiniones que hombres que le conocieron en la intimidad o habitaron bajo su techo por años dilatados, han emitido sobre su existencia. "Maguil (decianos hace seis años en una obra histórica (1) relativa a nuestras discordias civiles, en que de continuo aquel indio se envolvía por odio a Colipí), había comprendido el carácter esencialmente supersticioso de los indígenas i explotaba su credulidad en todos sentidoś para granjearse el prestigio de consejero supremo de los bárbaros. Era jeneroso de lo suyo i de lo ajeno, al punto de no tener mas propiedad que su pajizo rancho. Valiente, experimentado, porque era ya muy viejo i de suyo sagaz, aparentaba tal austeridad en sus hábitos i rodeábase de tantos misterios en la soledad en que vivía, acompañado solo de sus numerosas mujeres, que no le había sido difícil persuadir a todas las tribus, i aun a las de su implacable rival Colipí, de que era un ser sobrenatural, una especie de *machi* o brujo supremo, a quien todos llamaban el *Bueno*. "El cacique Maguil, dice en unos apuntes autógrafos que tenemos a la vista, el único de los cristianos que haya encontrado acceso hasta la intimidad i el techo de aquel bárbaro (2), dominaba solo con la persuacion hasta el extremo de constituirse en un verdadero Mahoma, pues tenía la habilidad de haber persuadido a todas las tribus que le diesen su poder para ser él solo la persona que las representase al frente de cuanto ocurriese con los cristianos. Este hombre les ha-

(1) Historia de los diez años de la administración Montt, tomo IV.

(2) Don Bernardino Pradel, que estuvo asilado en las tolderías de Maguil, durante cerca de tres años, a consecuencia de la revolución de 1859.

cia creer en cuanto le convenia i sujeria astutamente, a fin de que los mismos indios le temiesen por el poder que le daban los generales Cruz i Urquiza, siempre haciéndoles consentir que el dia que él quisiese le mandarian soldados aquellos jefes" (1).

"Mantenia constantemente comunicacion con Urquiza i principalmente, con el cacique principal de Puelmapu, que se llama Calfucura, i es nacido en los llanos de la provincia de Valdivia, quien gobierna a los indios de las pampas de Buenos-Aires.

"Tenia engañado a este cacique hasta hacerle consentir que contaba con millares de lanzas para auxiliarlo, i mantiene éste hasta hoy testigos, hijos de Maguil i otros caciques, para que estén recibiendo raciones cerca de Calfucura, de las que da el gobierno arjentino."

"Maguil, añade Pradel, hacia creer a los indios que era adi-

(1) Esto mismo confirma el teniente de la marina americana de la expedicion de Gilles E. R. Smith, que le visitó en 1853, acompañado por el lenguaz Pan-tal-on Sánchez, hijo de uno de los antiguos Sánchez de San Carlos de Puren. Refiere aquel viajero en su interesante obra titulada *The Araucanans*, páj. 253 que Maguil hacia muchas preguntas sobre Buenos-Aires, Lima i en especial de Espana, sorprendiéndose en extremo (i no sin razon en nuestro concepto), que una mujer estuviese gobernando aquel país. Preguntaba tambien por el pais de los avalorios i de las chaquiras (el llançato de los indios), que los mercaderes de la tierra le habian hecho creer se cojan de las gotas de los árboles por jinetes que andaban en caballos lijeros como el viento, pues si aquellos eran sorprendidos por el sol en el bosque morian sin remedio.

Como ántes dijimos, Maguil fué el asolador de los Anjeles cuando en setiembre de 1820 lo abandonó Alcázar, i concluida la guerra no capituló, como Mariano en 1825 i 27, sino que se encerró por cerca de veinte años en su malal, haciendo algunas excursiones a las Pampas donde tenía gran prestijio

En 1840 volvió a ponerse en comunicacion con el gobierno chileno, enviando a su hermano, el cacique Queyputro a ofrecer sus respetos al comandante de fronteras que a la sazon lo era el coronel don Manuel Zañarta. Le invitó éste para que pasara a los Anjeles, pero se negó diciendo que allí había hecho muchos males i puéstose de poncho las casullas de la iglesia parroquial, por lo que prefería quedarse en su casa.

Se aumentó su prestijio considerablemente por la muerte de Colipí en 1850, que le dejó sin rivales. La muerte de este cacique, dice el jeneral Cruz en una memoria que escribió en 1850 sobre el estado de las fronteras, aludiendo al sospechado envenenamiento de Colipí, es un incidente que ha hecho variar completamente el estado de las tribus i frontera, situación que debe tenerse muy a la vista, pues que en su desaparición se ha destruido el contrapeso establecido entre los tres Butalmapus de esta parte de la cordillera, lo que refuye muy directamente en la posición de aquella. Esta pérdida es tanto mas de sentir cuanto influye en el aumento de prestijio del cacique Maguil, cabeza de ese Butalmapu montañés o andino, indio astuto i sagaz para promover i mantener sus relaciones de amistad i alianza con los caciques de las otras tribus, desconfiado, suspicaz, altanero en las muy pocas relaciones que tiene con los españoles, i extremadamente simulado para ocultar sus intentos i aspiraciones, que entre ellos son de gran valor i lo que le ha dado una gran influencia."

vino, que tenia un toro, un caballo, etc, con quienes consultaba todo, i cuanto decia a este respecto lo creian como si lo viesen.”

Su figura personal era en estremo imponente aun en su última vejez. “Derecho aunque no vigoroso, dice de él un viajero que le visitó en 1853 (1), veíanse brillar sus ojos penetrantes a través de las guedejas de su pelo negro, apenas teñido de leves canas, i aunque algunos le creen mayor de cien años, representa a la sazon sesenta escasos. Su nariz es ligeramente aguileña, su barba macisa, su voz profunda pero robusta i revela en su acentuacion el hábito del mando. Habla con entereza, pero como pesando el valor de cada una de sus palabras i escucha con atencion, como corresponde al que ha sido elegido por su sabiduira para presidir sobre los destinos de la nación.”

Tales eran los dos hombres que iban a prestar el concurso de su sangre de sus alianzas i de sus heredades al coronel Pico en sus correrías por la Araucanía, i que le llevarian errante de selva en selva durante los dos últimos años de su vida, hasta que en una noche tenebrosa le quitó la vida un heroico mozo en medio de su campo.

De lo que aconteció en esa guerra entre bárbaros i cristianos casi no ha quedado otra memoria que los confusos recuerdos de la tradicion, pues los indios no usan otro boletín en sus malocas que la flecha ensangrentada que va corriendo de *ayllereyue* en *ayllereyue* (2), i en cuanto a los cristianos, o habian olvidado el uso de la pluma con el oficio de la espada, o carecian hasta de los útiles precisos para escribir. Ello es lo cierto que de las contiendas de la alta frontera entre el Bío-bío i el Imperial durante el año 22 no ha quedado en nuestros archivos sino vagas indicaciones con las cuales no es posible tejer el argumento de una relacion digna de fe (3).

Lo único que puede decirse es que Pico i sus aliados sos-

(1) El teniente Smith en su obra citada, páj. 252.

(2) Subdivision administrativa del cacicado como éste lo es del *butalmapu*, i éste del *mapu* o país.

(3) Solo Torrente que escribió por aplantes de Senosiain, segun se deja, ver señalo algunas fechas inconexas. En las hojas de servicios del general Búlnes i de Eusebio Ruiz se encuentran también algunas alusiones, pero nada mas.

tuvieron despues del combate de Pile, una serie de encuentros sangrientos, disputando a los patriotas cada palmo de terreno hasta el Cauten. Las crónicas señalan en esos combates el de Bureo, el de Puren, donde Pico i Mariluan fueron heridos, i por ultimo el de Luinaco en que corrió la sangre a torrentes. Hácesenos, empero, necesario para añadir algun detalle a esa lucha tenebrosa pedir su lenguaje prestado a la novela desde que el historiador severo no puede ya comprobar la narracion exacta de los hechos. "Una de las bandas realistas que quedaron en las frontteras, dice un escritor de costumbres que supo mejor el chiste que la historia, era mandada por el coronel Pico. Su jefe añadia a la bravura la dureza sanguinaria a que se habia habituado en muchos años de esa guerra a muerte que se hicieron, a lo ultimo, los campeones de Fernando i los independientes. Varias tribus araucanas, aliadas suyas, la acompañaban en sus correrías, albagados por el incentivo del robo i de la matanza. La guerrilla de Pico, ni daba ni pedia cuartel: el incendio i toda clase de atrocidades dejaban marcados los sitios de sus campamentos, los teatros de sus ataques i las huellas de sus marchas i contramarchas. En aquella fecha ya no se trataba de defender o de reconquistar al pais. Una rabia infernal, la sed de sangre i de venganza; el instinto esterminador del tigre mantenía la lucha i ajitaba a los combatientes" (1).

(1) VALLEJOS, *El último jefe español en Arauco*.—(Colección de los artículos de Jotabeché, pág. 256).

Entre los escasos documentos que arrojan alguna luz sobre los sucesos militares de aquella época tenemos, sin embargo, a la vista una carta dirigida desde Pilquen, con fecha de junio 23 de 1823 al comandante don José María Cruz por don Agustín Burgos, hijo del comisario jeneral Rafa, en que le insinúa ciertos propósitos de paz, manifestados por Mariluan, a condicion de que le entregaran una chinita, hija suya que los cristianos le tenían cautiva. Con este motivo el mismo Mariluan enviaba a Cruz el espresso portador de la carta i en ella le decía Burgos lo siguiente: "Me ha prometido Mariluan que todos se darán las manos i se hará una paz jeneral. El me dice que quiere una de sus hijas primero para dar crédito, i como él jamas ha tenido un recado de aquejillo jefes, es el motivo que esté algo escabroso i luego que los mas de los días recibe mensajes de la costa de Boroa a saber si está firme, porque también suele correr la voz que Mariluan se ha entregado."

Algunos meses mas tarde, si es sincera la relación de Burgos, Mariluan había cambiado totalmente de intenciones, pues el 23 de diciembre de 1823 escribía a Freire enviándole un reto a muerte contra Venancio Coihuepan i de Lempi. "Aunque es de tanta opinion, le decía, hablándole del ultimo, eso es lo que yo solicito, pelear como un valiente como él."—(GAY, *Historia de Chile*, tomo VI, pág. 501).

No sucede felizmente otro tanto con las operaciones militares que en aquellos años se emprendieron al sur del Imperial, a cuyo territorio vamos a trasladarnos por un breve espacio, anudando aquí el hilo roto en el capítulo anterior de los graves i trascendentales sucesos que tenian lugar en la Araucanía del sur por la banda de Valdivia.

La noticia de la catástrofe de Osorno había tardado dos meses en llegar a la capital. Sólo oficialmente el intendente de Concepcion por una lancha que arribó a Talcahuano en los primeros días de enero, conduciendo una comisión diputada por el cabildo de Valdivia cerca del supremo Director para poner en su conocimiento las desgracias ocurridas i los peligros que rodeaban la situación. La correspondencia oficial fué despechada en consecuencia aceleradamente por tierra, i la lancha hizo rumbo a Valparaíso. Desdichadamente, aquella frágil embarcación fuó arrebatada por un huracán a la altura de Constitución, pereciendo en el naufragio entre sus tripulantes los jenerosos patriotas don Vicente de la Guarda i don Manuel Antonio Moreno, que habían aceptado por amor a la República el mandato del cabildo de Valdivia en tan crítica coyuntura (1).

Fácil es imaginarse la impresión profunda que aquella novedad produjo en los consejos de gobierno. Creyóse ver perdidas en una hora las conquistas preciosas que había hecho el genio de Cochrane i el heroísmo de nuestros soldados en los confines del sur (2).

(1) En el Apéndice, bajo el núm. 12, publicamos el poder conferido a estos beneméritos ciudadanos por el municipio de Valdivia i el oficio del gobernador Guarda en que daba cuenta del suceso de Osorno.

(2) Hé aquí el oficio reservado en que se comunicó por el ministro de la guerra al gobernador de Valparaíso la noticia de los sucesos de Valdivia.

“Santiago, enero 11 de 1822.—Reservado.—Con el mayor sentimiento acaba de recibir S. E. el señor Director, por el conducto del intendente de Concepcion una comunicación de Valdivia, fecha 27 de diciembre, en que don Jaime de la Guarda avisa que el 15 de noviembre último fué fusilado en el campamento de Osorno el meritísimo gobernador don Cayetano Letelier por la tropa sublevada, que igual suerte tuvieron los capitanes don Manuel Valdovino i don Miguel Cortez, los tenientes don Domingo Angueta, don Juan de Dios Vial i don José María Carvallo i el subteniente don José Miguel Alfaro, escapando el resto de oficiales presos o fugados, que consiguientemente a esta desgracia se empeñó el interés patrio de algunos vecinos en aquietar la commoción, se eligió gobernador a don Pedro de la Fuente, pero que viendo estaba allí confinado por el gobernador a quien siempre obedece la tropa, se nombró a don Jaime Guarda.

“Como esta comunicación vino en una lancha i ésta ha seguido para Val-

Inmediatamente se hizo algunos aprestos militares i navales para dominar el lejano pero grave peligro, i se envió un espreso a Concepcion, llamando aceleradamente al comandante Beauchef, que hemos dicho militaba a la sazon en las fronteras.

Vino éste volando; se alistaron dos compañías de la propia Guardia de Honor, que jamas hasta entonces, había dejado sus cuarteles de Santiago, i una del núm. 7, batallón recien creado; se dispuso que en Valparaiso se alistase la compañía de plaza i por último se ordenó aproantar el navio *Lautaro*, que debia conducir aquellas tropas a Valdivia.

No era, empero, aquel jénero de preparativos el que conducia de una manera pronta i eficaz a la pacificación de los alborotos del sur. No eran bastantes a aquel árduo objeto las bayonetas de una division militar. Un nombre, un prestijio, un rayo de la gloria del asalto de los castillos i de la heroica hazaña del Toro seria suficiente para aquella empresa. Lo que no hiciera el coronel Beauchef, presentándose solo i sin mas armas que su espada ceñida a la cintura, no lo conseguiría entre los sublevados sino una guerra tan cruel i prolongada como la que había sido precisa par cosegar la provincia de Concepcion i como las dos que despues costaría el rescate de Chiloé.

Comprendiólo así el gobierno directorial i ofreció al noble soldado en premio de su conquista, otra que seria no menos dulce a su corazon. Beauchef, como Viel, Acosta i muchos otros de los oficiales europeos que vinieron a prestarnos su concurso, encontraron bajo el techo de la hospitalidad que entonces se dispensaba por decreto, entre las familias patricias a los recien llegados, un corazon que latiera junto al suyo. El amor es un jemelo de la gloria i todos aquellos soldados fueron felices. Pero Beauchef, como muchos otros, había en-

paraíso con la correspondencia a cargo de don Juan José Moreno i de don Vicente de la Guarda, me ordena S. E. prevenga a US. que inmediatamente que lleguen, trate US. de que la noticia no se divulgue bajo el aspecto horrible que trae; que recoja US. la correspondencia particular i de oficio que traieren i la remita por la posta; que queden incomunicados los marineros i vengan solo los dichos Moreno i Guarda; que se aliste el navio *Lautaro* i se procure la pronta salida de la *Peruana* para que en Valdivia no escaseen los recursos i encallen los proyectos que hayan tenido los incitadores del hecho referido.
—Dios guarde etc.—José Antonio Rodríguez Aldao—Al gobernador de Valparaiso.”

contrado embarazos añejos en su noble afecion vinculada en una de nuestros mas aristocráticos nombres.

El gobierno, en consecuencia, por el órgano de su astuto ministro de guerra Rodríguez Aldea, ofreció hacer desaparecer aquellos obstáculos, i Beauchef marchó a Valparaíso dejando un poder legal para celebrar su matrimonio con la señorita Manso i Rojas, al dia siguiente de haberse dado a la vela.

Llevaba solo consigo el héroe del sur trescientos hombres, la mayor parte reclutas que jamas habian visto el fuego (1); pero en cambio le acompañaban algunos oficiales de mérito distinguido. Notábanse entre éstos el capitán Jiménez i los oficiales Riquelme i García, que fueron despues jenerales. Su segundo en la expedicion era el valiente capitán don Patricio Castro, que ha muerto no ha mucho en la graduacion de coronel. Mandaba la compañía de plaza de Valparaíso el sargento mayor don Manuel Antonio Labbé, i en ella iba incorporado tambien aquel dragon Verdugo, que seguido de su eterna cautiva del Monte Blanco, habia llegado a servir en aquella tropa. Ahora, sin embargo, iba a darle su ultimo adios.

Pero entre todos aquellos soldados mas o menos oscuros en aquel tiempo, descollaba un adolescente a quien una presentacion en el teatro i un almuerzo despues en el café habian hecho el amigo, el discípulo, el compañero de glorias de Beauchef, como le hicieran despues su propio sucesor en el alto puesto que éste se habia conquistado en la milicia. Aquel adolescente era el joven ingles don Fernando De-Vic Tupper, que habia solicitado enrolarse en la expedicion de Valdivia como simple voluntario, desdoblando una posicion ventajosa que le creaba su carrera en el comercio (2). El gobierno, no obstante, le ha-

(1) La composicion de estas fuerzas era la siguiente, segun un estado enviado al ministerio de la guerra por el gobernador de Valparaíso Zenteno con fecha 3 de abril de 1822, a saber:

Artillería.....	22 plazas
Guardia de Honor.....	148 —
Núm. 7.....	113 —
Compañía de caballería de plaza de Valparaíso.....	48 —
Total.....	331 plazas

(2) Véase la obra titulada *Family records* por Ferdinand Brock Tupper, páj. 49 i siguientes.

bía enviado, a pesar de su desprendimiento, los despachos de capitán de milicias.

Cuando todo estuvo listo (i en esto se empleó cerca de tres meses, pues tal era entonces la misera situación militar i financiera de la República), hízose a la vela la expedición en el *Lautaro* i la *Chacabuco*, bajo la conducta del capitán de navio don Carlos Wooster, el 1.^o abril de 1822 (1).

Qué había sucedido, entre tanto, en el intervalo de cerca de medio año que se había mantenido impune i triunfante la rebelión de Osorno?

Para honra de aquellos hombres que habían hecho un motín de hambre i de desesperación, pero no de infidelidad a sus banderas, debe decirse que jamás vino a la mente de ninguno de ellos el pensamiento vil de entregar la provincia al enemigo.

Por otra parte, en la hora misma del sangriento conflicto, habíase presentado en medio de la turba ensurecida por el exceso mismo de su venganza, un hombre que había sabido conservar iloso su prestigio entre los amotinados; i arengándolos sobre los cadáveres mismos de sus jefes, había conseguido hacerlos volver a una saludable moderación. Era aquel el comisario militar de aquella división don Rafael Pérez de Arce, a quien ausilió poderosamente el teniente don José de Mesa, que habiendo venido de parlamentario de Chiloé se había pasado a nuestras armas.

El sargento García, para quien el trastorno del 15 de noviembre no había sido una conjuración ni un motín, sino una simple intriga amorosa dirigida a obtener la mano de su amada,

Los antecedentes biográficos del coronel Tupper fueron también comprendidos por nosotros, así como los de Beauchef i Wooster, los jefes de esta expedición a Valdivia, en la *Galería nacional de hombres célebres de Chile*.

(1) «El lunes 1.^o de abril, escribía Zenteno al ministro de la guerra, el 3 de aquel mes, se embarcaron las tropas destinadas a Valdivia, anunciando la victoria con mil alegrías vivas.» El dragoon Verdugo, por su parte, da cuenta de su partida con estos estraños términos: «Nos hicimos a la vela el día cinco de abril, sábado santo, después de gloria. Nuestra expedición llevaba más de mil combatientes en nueve buques.»

Preciso es advertir que Beauchef llevaba también instrucciones para dar un golpe de mano sobre Chiloé que a la sazón se suponía indefenso, pero tal aventurado intento no tuvo felizmente lugar por contrariedades de la estación ya demasiado avanzada. El pliego de instrucciones para expedicionar sobre Chiloé se publicará en otra ocasión. El relativo a sus operaciones en Valdivia se da a luz en el Apéndice bajo el núm. 13.

consintió en todos los partidos que le abrieron Arce i Mesa, a trueque de ver realizado aquel deseo, como en efecto alcanzólo. Por manera que era el aliento de una mujer el que venia desde la capital a apagar aquella hoguera de pasiones i era el aliento de otra la llama que lo había encendido. La historia de los pueblos será siempre por esto la historia del corazón.

En consecuencia, el mismo día del motín, el sargento García, promovido de propia autoridad al puesto de comandante del batallón Valdivia, había hecho publicar un bando protestando su fidelidad a la patria, inspirando confianza al vecindario i explicando las causas verdaderas del levantamiento i de sus castigos (1).

En seguida había dirigido, con fecha 17 de noviembre, una invitación al cabildo de Valdivia solicitando se presentase en cuerpo en las márgenes del río Bueno i en el paso de Trumao (promedio entre Valdivia i Osorno), en cuyo paraje debía hacerse con un extraño ceremonial de ritos religiosos i principalmente militares el nombramiento de un gobernador político i de guerra que reemplazase a Letelier, i al mismo tiempo firmase una acta implorando el perdón supremo por los delitos cometidos en la terrible noche del 14 al 15 de noviembre.

Accedieron a todo por temor o prudencia los cabildos de Osorno i de Valdivia, i el 28 de noviembre tuvo lugar la ceremonia en el Trumao, resultando electo para gobernador, el confinado político don Pedro de la Fuente, antiguo i exaltado patriota, natural de Curicó, que espiaba en aquella provincia su afición al partido de los Carreras i su amistad con Manuel Rodríguez, en cuyas hazañas, durante los años de la reconquista, había sido principal cooperador (2).

Merced a su prestigio personal, el gobernador Fuentes logró aplacar los excesos; pero temeroso de que su participación en aquellos sucesos se atribuyera a otros fines, que lo de su sincero patriotismo, renunció su puesto después de un mes de

(1) En el Apéndice, bajo el n.º 14 publicamos esta pieza cuyo original existe en nuestro poder, según ántes dijimos.

(2) En el Apéndice, con el n.º 15, publicamos las notas relativas a esta elección i su curioso ceremonial.

ejercicio el 22 de diciembre de 1821. En consecuencia, fué nombrado en ese dia gobernador por el cabildo el honrado vecino don Jaime de la Guarda, tesorero de la provincia, por cuya disposicion sellóse en la plaza una moneda provisional que se llamó *Chunimpa*, de lo que vino que a los sublevados, entre los que se distribuyó, se les llamase por apodo *los Chunimpes* (1).

Fué este último funcionario, como hemos visto, el que con una lenidad, altamente reprobada por el gobierno de Santiago, dió cuenta de los trastornos ocurridos i mantuvo el estado anómalo de la provincia hasta la llegada de Beauchef.

En cuanto a los sargentos autores del motín i de la matanza, cada uno habíase asignado con inaudita impavidez un rango principal en el batallón que habían deshonrado. García se llamó comandante i se había casado; el sargento de los granaderos del número 1, José Teodoro Soto, arrogóse el título de mayor, vistiendo el propio traje del desgraciado Letelier. Los sargentos Miguel Bustamante, hombre hercúleo pero cobarde, i Andrés Silva que había sido el asesino del gobernador, eran capitanes i se habían situado con sus compañías, aquel en la misión de Cudico i el último en el castillo del Corral. Por último, un sargento segundo de la segunda compañía, llamado Galaz, i un cabo del nombre de Casas, i por apodo *Casitas*, principales i perversos ejecutores en los asesinatos, tenían la graduación, el primero, de teniente i de alférez el último.

El fermento de la tropa no había cesado por ésto, i al contrario iba en creces con la insolencia de aquellas usurpaciones. De aquí surjieron un motín tras otro motín contra la nueva oficialidad, encabezados por los que a su vez querían sucederles. En consecuencia de este vértigo, García hizo fusilar en el fuerte de Santa Isabel dos clases del batallón llamado Toledo i Baeza i nueve de sus cómplices. Poco más tarde, cuando el batallón se dirijía de Osorno a Valdivia, ocurrió otro amago de sublevación en el paso del Trumao, i en con-

(1) La moneda sellada ascendió a la suma de diez i ocho mil pesos, pero era aquella tan de mala calidad que el gobierno mandó abonar a los tenedores de ella solo tres reales por peso.

secuencia perdieron la vida en el banco los soldados Sobarzo, Poblete, Santa-Ana, Cáceres i los cabos Cabrera i Machuca.

Tal era la actualidad de Valdivia cuando la *Lautaro* echó sus anclas en el surjidero del Corral en los primeros días de abril de 1822.

Dijimos ántes que las tropas enviadas eran inoficiosas, i así resultó en verdad. Cuando Beauchef se presentó en la playa del Corral acompañado solo de sus ayudantes Tupper i Jiménez, los soldados le saludaron con esclamaciones de un gozo indecible, i bastó una simple insinuacion de aquel jefe, que adoraban aun en medio de sus culpas, para amarrar en su presencia al malvado Silva, que había intentado disparar sobre los buques con los cañones del Corral, puestos por su órden al mando de un antiguo soldado de artillería, español de nacimiento, llamado Rubio.

Otro tanto sucedió en Valdivia, i allí despues de mil dramáticas peripecias que en otra ocasión hemos contado (1), el heroico jefe patriota aclaró con su enerjía aquel caos de sangre. I escapando esta vez, como en 1820, a los puñales de ingratatos asesinos (2) hizo justicia en éstos, mandando fusilar, con-

(1) *Biografía del coronel Beauchef* ya citada.

(2) Desconfiando algunos de los sargentos criminales de la benignidad del gobierno i de Beauchef, resolvieron matar a éste i a sus principales oficiales al pasar la lista de retreta de una oscura noche de mayo. Pero avisado Beauchef por un sargento llamado Marin, que había pertenecido a sus granaderos del núm. 1, tomó con la mayor serenidad sus disposiciones i en el acto de consumar su crimen, los desarmó a la vista de sus soldados, que aplaudieron su temeraria intrepidez.

Beauchef cuenta este suceso prolijamente en sus *Memorias*; pero bastará dar una idea de este episodio el que copiamos unas pocas líneas de la relación del dragon Verdugo, que en esta ocasión está conforme con la de su jefe, excepto en que éste dice que fué el sargento Barbosa, quien se hizo cargo de asegurarse del asesino Galaz. Sin embargo, como nosotros no citamos el testimonio de Verdugo sino para lances puramente personales, le cedemos sin esquúpulo la palabra en esta vez, porque bien pudo suceder que ambos (Barbosa i Verdugo), recibiesen aquella comisión.

“Al toque de retreta, dice Verdugo, todos ocurrimos a ella para dar cumplimiento a nuestra comisión. Ellos tambien (los conjurados), estuvieron listos al llegar al cuarto de guardia. Este era un salón grande, i yo, en cuanto entré, veo sentado al capitán Galaz en un sofá que estaba cerca de la mesa donde estaba la vela, i al mismo tiempo me le fui a su derecha. Tocase a lista, i luego el parte; se retiraron los sargentos; la guardia queda formada; entra Bustamante; saca un atado de cigarrillos, i con mucha sumisión le dice al coronel, *Mi coronel, un cigarrito, señor!* El coronel lo toma i se hizo el que a iba prenderlo i da la señal preventiva. Yo había sentido a Galaz amartillar la pistola; pero todo fué dar la señal el coronel, que yo no lo dejé moverse porque un puñal le afirmé al costado i cargué encima de él todo mi cuerpo; la pistola se disparó para el suelo; a esto se viene Bustamante con los soldados de guardia sobre nosotros; Tupper los detiene en la puerta, i cuando los soldados echan los fusi-

forme a sus instrucciones secretas, a los principales delincuentes en el castillo del Corral. Cupo este duro, pero merecido castigo, a Bustamante, Galaz, Casas, al español Rubio i al impávido matador de Letelier Andres Silva, cuya cabeza fué ensartada en una picota en la plaza de Osorno, frente a la casa donde Garcia, retirado de la vida activa, pasaba su luna de miel con su bella doña Nieves, cuyo regalo de boda habian sido siete cadáveres mutilados (1).

Desembarazado de castigos, ajenos a su índole magnánima, i de las lluvias del invierno que en aquel clima enajenan todos los movimientos de la vida, el coronel Beauchef, "despues de haber concedido algunos dias al amor," segun él mismo dice injenamente al contar la romántica visita de su novia a aquellas soledades, resolvio expedicionar contra los indios de Boroa, que habian dado asilo al guerrillero Palacios i al lenguaraz Calcuso, despues del escarmiento que habia impuesto hacia ya dos años al monstruoso cacique de Pitrusquen, el obeso Calufura. Un nuevo crimen, en menores proporciones pero tan horrible como el de Osorno, hacia indispensable poner fin a las depredaciones de los montoneros i de sus aliados, sostenidos hasta esa época, "por los correos i mensajes diarios, decia el gobernador Letelier, que les enviaba el monstruo infernal Benavides."

les adelante en prevencion de hacernos fuego, el oficial Sayago los contiene i los exhorta al órden, lo que obedecieron. Mientras nosotros cada uno aseguraba al suyo, nuestro coronel, como un rayo, se lanza a las cuadras, i habiendo encontrado a toda la compañia de cazadores, todos con los fusiles en mano, prontos ya para salir, pues habian oido el tiro, que era la señal de ellos, el coronel se les presenta i les dice: "Cazadores! ¡qué vais a hacer? todas las balas que tenéis, tiradas a este pecho o dejad vuestros fusiles, que ya tengo prenos a todos vuestros oficiales que os tenían engañados i que querian arrastraros a otro nuevo crimen mas horrendo que el primero, que aun estaba olvidado i perdonado por vuestro gobierno," i los soldados se desarmaron.."

(1) El suplicio de estos reos tuvo lugar el 9 de mayo de 1822. El mayor Barceló, que fué el comisionado para su ejecucion, nos testificó en Ancud, donde actualmente reside, que todos habian muerto como mueren los soldados chilenos, con increible entereza.

En cuanto a los demas culpables, Garcia fué perdonado a virtud de su moderacion, i despues de un corto destierro en Concepcion, fuése a residir a Osorno, donde todavíá vivia en 1866, medianamente acinodado, i con el titulo honorífico de oficial de nuestra guardia nacional. De los otros sargentos, Soto, Crespo i Pulgari se remitieron a disposicion del gobierno en la corbeta *Chacabuco*, a cuyo bordo llegaron a Valparaiso el 6 de julio de 1822. De los que no se habian comprometido, como el sargento Juan Barbosa, natural de Aconcagua, solo se sabe que alcanzó algunos años despues (1829) el grado de capitán de ejér-

Aquel crimen había sido el degüello aleve del comisario de naciones don Leandro Uribe i de algunos de los suyos en el fuerte Cruces, ejecutado por los indios comarcanos del Tolten, acandillados por Palacios i el mismo Calcufo, quien mató por sus propias manos al infeliz comisario que era su pariente.

Después de este atentado, Florentino Palacios se había dirigido a esconderse en el *malal* del poderoso cacique Melillan, señor de Boroa. I allí, a la distancia de mas de sesenta leguas hacia al norte de Valdivia, resolvió el gobernador de la provincia ir a infligirle un final escarmiento.

Enlázanse aquí de esta manera las operaciones militares de la Araucanía durante al año de 22 ejecutadas al norte del Imperial, (a cuya ribera sur yace la célebre comarca de Boroa), i que habíamos dejado perdidas casi por completo en las confusas tradiciones de los bárbaros.

El 17 de diciembre de 1822, el coronel Beauchef comprendió su marcha a la cabeza de una columna de trescientos infantes que no llevaban mas arreos de campaña que su fusil, sesenta tiros en su cartuchera, un grueso poncho contra la intemperie i un pellejo de carnero en que dormir. El mismo dia se le reunió en San José una pequeña columna de caballería, compuesta principalmente de la compañía de plaza de Valparaíso, que había invernado en Osorno i que vino directamente a aquel sitio al mando del capitán Labbé. Allí le aguardaba también el mayor Rodríguez, un rudo jefe de montoneras, que desde el asalto del castillo de Cruces por Calcufo i Palacios se había ocupado en talar con graves hechos de crueldad todas las reducciones enemigas situadas al sur del Tolten. Los indios aliados dependían, sin embargo, mas directamente del comisario de naciones don Luis Agurto, sucesor de Uribe i que acompañaba a Beauchef en calidad de *lengua general*.

Aquella campaña no iba a ofrecer un interés militar. No es el hombre el que está llamado a defender aquellos territorios; es Dios. La naturaleza ha revestido esas rejones de una cota de malla secular atada sobre la espalda de las montañas por lazos de ríos invadables i por senderos en que solo un jinete puede marchar de frente llevando el caballo por el dies-

tro. Boroa es en sí misma un inmenso *malal*, i de aquí venia el atrevimiento i la impunidad de sus guerreros.

Por otra parte, los indios de aquellas comarcas que corren por la ribera meridional del caudaloso Tolten, en cuyo territorio iba a desarrollarse esta rápida campaña, ofrecen el fenómeno de una índole comparativamente benévolas, que no está en razón ni del clima, ni de la raza, ni de la topografía, ni de la industria siquiera, pues no puede decirse que sean ni pastores ni labriegos. Si alguna cosa son, sin ser tampoco cristianos ni jentiles, es ser borrachos. Viven tendidos de vientre, bajo la sombra de sus inmensos manzanares silvestres, i puede decirse que su ebriedad dura todo el tiempo que dura la cosecha de aquellos i la chicha que producen, cuyo intervalo mas o menos se prolonga de enero a enero (1).

En la mañana del 18 de diciembre emprendióse la marcha sobre el *malal* de Pitrusquen, situado en la vecindad del Tolten, con el objeto de incorporar en la division los indios amigos del veleidoso cuento gordo Calcufura.

Veinte indios, al mando de su cacique, llevaban la descubierta; seguía a pocos pasos la caballería al mando de los oficiales Rodríguez i Labbé (que es preciso no confundir con el valiente capitán del número 1 de que ántes hemos hablado) (1); por último, el grueso de la infantería con Beauchef a la cabeza i a retaguardia.

(1) «Estos indios, dice un cirujano inglés que iba en la expedicion, no eran en manera alguna como yo me lo había imaginado; parecían en extremo mancos i ascinados. Son por lo comun de baja estatura, morenos, de rostro obulado, ojos negros, pequeños i penetrantes, muy poca frente, narices aplastadas con anchos respiraderos i boca grande, armada de dientes blancos i regulares.» —(*Diario del cirujano don Tomás Leyghton* publicado como Apéndice en la obra titulada *Travels in Chile and la Plata by John Miers* (1826) tomo II, páj. 473).

El célebre viajero alemán Treutler, en su famosa obra de charlatanismo científico sobre los indios de Valdivia, maldice, por su parte, en cada página los sentimientos poco hospitalarios de aquellos, cuya des cortesía con los forasteros ha llegado, según él, al punto de dar a sus perros el nombre de *aleman*, en odio a los colones de Valdivia. «Esta circunstancia cuenta Treutler (pág. 50 de su obra), me hizo volver muchas veces la cara cuando en su presencia los indios llamaban a sus perros con aquel nombre. «Pero acaso lo que los indios de Valdivia decían era solo *animal!* como lo dicen nuestros guasos. La cuestión filólogica importa poco, sin embargo, en este caso, pues mas o menos *animal* o *aleman* daba lo mismo para el autor citado.

(2) Aquel se llamaba José María i el último Manuel Antonio. Verdugo que sirvió con él desde 1819 a 1820 i que no le quería nada bien, dice de él en cuanta ocasión se le presenta, que era un *grandísimo cobardo*. Sería por ésto que el cirujano Leyghton lo hizo fraile, pues nunca lo llama sino el capitán L'Abbé.

En esta disposicion, la columna llegó a Pitrusquen sin novedad notable en la noche del 21 de diciembre, despues de tres dias de fatigosa marcha. Hallábase el *malal* de Calcufura, del cual Beauchef tomó posesion militarmente para su alojamiento, contiguo a una deliciosa llanura en la que crecian silvestres la papa i el frejol, cuyas legumbres sirvieron para aderezar las vacas i carneros gordos del opulento cacique, cojidos como presa de guerra.

Pasó allí aquella noche i la siguiente la columna patriota con harto dolor del dueño del *malal*; pero habiéndose sabido que el sargento Palacios i Calcufu venian con un grueso de indios de Boroa a dar malon a nuestros aliados al sur del Tolten, levantóse el campo en la madrugada del 23 de diciembre, iluminado, ántes que por el sol, por los gloriosos resplandores del vecino Villa-Rica que se levanta en el horizonte como un faro inmenso, dominando todas las planicies de la Araucania i de Valdivia hasta Osorno.

Beauchef destacó, en consecuencia de la aproximacion del enemigo, al mayor Rodríguez con la compañía de granaderos de su batallón al mando del valiente Tupper, sostenida por cincuenta caballos i los indios de Agurto, que con los incorporados en Pitrusquen, pasaban ya de doscientos.

Por su parte, Palacios venia avanzando contra Pitrusquen, enteramente ignorante de la presencia de Beauchef i de sus tropas; de manera que cuando encontró la descubierta de indios del mayor Rodríguez la atacó con intrepidez i la puso en completa fuga. Su hueste se componía de trescientos bárbaros i algunos *huincas* tiradores.

Por desgracia, en aquel preciso momento, la vanguardia patriota se hallaba comprometida en el paso de un angosto desfiladero en que ni los caballos ni los infantes, estrechados por murallas paralelas de altas *quillas*, no podían desenvolverse ni atacar la masa de indios que se agrupaba a su frente. "En tal situación, dice un testigo de vista (1), no había sino dos alternativas, o retroceder sobre Pitrusquen, o forzar el paso que obstruían los indios. Resolvióse adoptar la última. Un cabo i cinco soldados iban adelante, siendo la acometida precedida

(1) El cirujano Leyghton, *diario* citado, tomo I, paj. 486.

de una descarga jeneral. La infantería avanzó entonces en columna, i despues de los primeros disparos, los gritos de nuestros indios auxiliares i el traquido de los caballos, nos anuncio que el enemigo iba en retirada."

En efecto, apénas habia comprendido Palacios, por los numerosos disparos de fusil que se encontraban allí fuerzas de Valdivia, volvió precipitadamente las espaldas, i pasando a nado el anchuroso Tolten, habíase escondido de nuevo en los parajes inaccesibles de sus aliados. No ménos de cuarenta calívres, la mayor parte indios de una i otra fuerza, habian quedado en el campo. Un distinguido capitán de artillería, sueco de nacimiento, llamado Arrengoen, i que seguia a Tupper en aquella campaña por las mismas razones de entusiasmo militar que traian al último al lado de Beauchef, escapó milagrosamente con la vida en aquel lance, pues por placer iba adelante con la descubierta indíjena (1). Cojióse tambien poco despues del combate un indio boroano que fué entregado a sus implacables enemigos de Pitrusquen para ser inmolado, segun la bárbara lei de sus feroces guerras. Montado sobre su caballo i conociendo que no tenia esperanza alguna de salvar, aguardó impasible que le acribillaran a lanzadas, i "aunque sus primeras heridas, dice un testigo que contemplaba con horror su sacrificio, no eran mortales, no arrojó ni un grito, ni un jemido. Apretó los dientes, contuvo su aliento i sufrió sin moverse su horrible martirio" (2). Tal es el mudo e impasible heroismo de los bárbaros!

Acampóse Beauchef en la noche de aquel dia a la entrada del desfiladero en que habia tenido lugar el combate de la mañana, porque el indio no pasa jamas, despues de oscurecida la luz, por sitios donde yacen cadáveres. A la siguiente madrugada continuó su marcha descendiendo por la ribera izquierda del

(1) *Memoria de Beauchef.—Diario de Leyghton.*—En unos apuntes inéditos del último, que ha tenido la bondad de comunicarnos su estimable hijo el señor farmaceútico Leyghton, i cuyo mayor interés se refiere a la escuadra libertadora de la que Leyghton había sido cirujano, se cuenta que Arrengoen, si bien escapó con la vida en el desfiladero de Pitrusquen, perdió el corazón en Valdivia, donde sus amores le hicieron establecerse en 1824. No hemos encontrado despues ninguna noticia de este oficial, cuyo valor i carácter elogia mucho Beauchef.

(2) *Leyghton, diario citado, páj. 490.*

Tolten, siempre en persegimiento de la banda de Palacios (1).

En consecuencia, el 28 de diciembre comenzó a pasar la infantería el caudaloso río, que en aquella parte tenía cerca de nueve cuadras de estension, corriendo por una amena llanura, i en todo el dia solo pudo ganar la otra orilla el capitán Tupper con sesenta hombres de la compañía de granaderos. El 29, en medio de una copiosa lluvia que duró dos días, pasó el resto de la division.

Apénas había avanzado la última unas pocas leguas hacia el norte del Tolten, cuando se presentaron a Beauchef diez hombres de extraña figura, casi desnudos, con largos cabellos, que hablaban con dificultad el español, pero que se diferenciaban de los indios en sus rostros perfilados i en que llevaban en sus manos, en lugar de la quila indijena, tercerolas extranjeras. Eran el sargento Juan de Dios Montero, que venia con sus compafieros del *malalche* de Venancio, donde ántes dijimos lo había dejado el mayor Ibáñez en marzo de 1821, cuando expedicionó a la tierra despues de la batalla de Concepcion (2).

(1) El dia 25 fué sorprendido por los indios amigos el anciano lenguaraz Jaramillo, o Calcufo, a quien Leyghton llama tambien *Calcaref*. Beauchef asegura en sus *Memorias* que inmediatamente lo hizo fusilar poniendo su cabeza en un palo, a orillas del camino. Pero Leyghton, que escribia en los sitios mismos de los sucesos i a medida que tenian lugar (pues su narracion es un diario), refiere que aquel se ofreció como guia para sorprender a Palacios, i condujo en efecto, un destacamento a su guarida, logrando aquél, sin embargo, escaparse. Mas, nada dice de su fin. Las palabras de Beauchef son las siguientes: «Hice formar un consejo de guerra verbal para juzgar a Calcufo i fué sentenciado a la pena capital por traidor a la patria, acusado i convencido de varios homicidios, por lo que se ejecutó en el acto, i su cabeza fué puesta arriba de un palo en el mismo lugat para servir de ejemplo a los demás.»

El silencio del doctor Leyghton en esta parte no deja de ser extraño, pues escribió su diario como humanitario i no perdona ocasión de ponderar la crudeldad de los patriotas. Esta circunstancia hace reír a Beauchef en sus *Memorias*, pues este jefe no comprendía que pudiera tratarse a los bárbaros sino a filo de cuchillo.

(2) Es llegado el caso de cumplir la promesa que hicimos en el capítulo XIV, de dar a conocer ciertos antecedentes inéditos de este soldado, conocido solo por la vaga e inexacta tradición que nos ha dejado Vallejo en su *Francisco Montero*.

Juan de Dios Montero era natural de Concepcion i en 1817 había sentido pliza de soldado en el batallón número 3 de Arauco (después *Carampanque*) en el cual, segun el coronel Zañartu, fué asistente de su hermano don Vicente. No sabia leer ni escribir i era un hombre de pobre figura, delgado, de rostro agudo i algo chueco para andar. Todo lo que tenia de imponente era su corazón.

Hemos visto que en el combate del Centinela el 9 de diciembre de 1819, donde era cabo, se condujo con tal heroísmo que, a pesar de su humilde rango, le recomendó especialmente en su parte el mayor Quintana. Su hazaña de Talca-

Anunciáronle éstos que los lugar-tenientes de Venancio venian en pos de ellos, con número de mas de trescientas conas, para cooperar al castigo de los soberbios boroanos. En efecto, habiendo adelantado su marcha, Beauchef, encontró a aquella en una dilatada pampa. "Caminaba con cautela, dice aquel mismo jefe en sus *Memorias*, de modo que al entrar en la pampa mi division estaba formada en cuadro, i apénas había avanzado unos pocos pasos cuando los indios salieron por todas partes del bosque, a toda rienda i gritando como si viniesen a atacarme."—"Nosotros estabamos recelosos, añade a su turno el dragon Verdugo, que allí tambien venia con su lengua intrusa cuanto ponderativa, i cuando se retiraron como cuatro cuadras de nosotros i volvieron formándose como para darnos una carga, mi capitán se acercó i me dijo: *Mi teniente, si en algo le he ofendido perdóneme por Dios, pues aquí todos vamos a ser víctimas. No ve como la indiada se ha dividido al frente, a retaguardia, a derecha e izquierda i se nos van a venir a la carga.* Esto me estaba diciendo mi capitán cuando soltaron un gran grito a una voz toda la indiada, i en seguida se viene hacia nosotros con sus lanzas enristradas formando un ruido

huano, tan poéticamente contada por Vallejos, le hizo ganar la jineta de sargento de cazadores a caballo i con esta graduacion entró a la tierra con Ibáñez a fines de diciembre de 1820.

Habiéndose quedado, segun entonces dijimos, al lado de Venancio, casóse allí a la usanza de la tierra, con una india llamada Juana, (según refiere su compañero de armas, el sargento de inválidos González, citado en otra ocasión), de la que tuvo varios hijos. De éstos conoció algunos en Maquegua el coronel Zanartu en 1819, i llevaban todavía el nombre de su padre.

Después de correr toda la Araucanía, dando malones a las *reducciones godas*, Montero no quiso aceptar los ofrecimientos de Beauchef para llevarlo a Valdivia.

Continuó su vida errante i batalladora durante los años de 1823 i 24, pero siempre subordinado a Venancio i al gobierno patrio. Ascendido a alferez, entró en diciembre del último año, a la cabeza de setenta tiradores, a la tierra de los pehuenches, en persecución del cacique Melipan, i llegó hasta las salinas, sitas a la otra banda de la cordillera, de las que se apoderó, quitando este importante recurso a los indios enemigos, que no pueden subsistir sin aquel artículo. Por este servicio le recomienda al gobierno el intendente de Concepción don Juan de Dios Rivera en nota de marzo 3 de 1825, i éste es el último documento fidedigno que nos queda de su memoria.

Es conocido el romántico fin que le atribuye Vallejos, haciéndolo asesinar por orden de Rosas en el cuartel del batallón Suipacha en Buenos-Aires, cuando ya había ascendido a coronel. Pero todo ésto en nuestro concepto no pasa de una feliz inventiva para los efectos del drama. Mas probable es que Montero pereciera junto con Venancio en el combate que éste sostuvo con los indios Pampas cerca de bahía Blanca a los confines de Patagonia, i solo en el humilde puesto de alferez de Chile o capitán de indios. Talvez fué llevado prisionero a Buenos-Aires i se le fusiló allí, de lo que Vallejo acomodó su bien urdido cuento.

espantoso i una griteria horrorosa. Pero al llegar sobre nuestras filas volvieron cara con mucha prontitud i volvieron a cargar al campo, dejándonos a nosotros en la oscuridad del polvo, siendo ésta una costumbre que ellos tienen en seña de honor i el gusto que manifiestan por hallarse con jentes amigas” (1).

Por fin, despues de una marcha en estremo prolongada i fatigosa, Beauchef llegó al *malal* de Melillan, en el corazon de las montañas de Boroa (2), i seguido de cien indios a pié, pues los caballos no podian ya transitar por aquellas asperezas, se apoderó en persona del árbol derribado que cerraba la entrada del reducto, en cuyo acto hirieron a su lado un granadero de los que le habian seguido. Melillan, sin embargo, huyó al bosque, i el misterioso recinto con sus rebaños i sus mujeres quedó por nuestras armas.

Vino el indio a poco a presentarse a Beauchef prometiendo entregar a Palacios ántes de quince dias, si se le daba libertad; i juzgando suficiente el castigo recibido i aquella promesa, Beauchef pensó solo en retirarse a Valdivia donde volvió a entrar el 13 de enero de 1823 (3).

(1) Sin embargo de estas demostraciones de amistad, refiere Beauchef que los caciques que venian al mando de aquella indiada tuvieron la singular pretension de que disolviera allí mismo sus fuerzas i las distribuyera entre las diversas reducciones, en la forma que habian quedado las de Ibáñez con Venancio i sus aliados en 1821.

Estaba el jefe patriota rodeado de mas de treinta de estos bárbaros, acompañado solo del comisario de naciones don Luis Agusto i situado treinta pasos al frente de su tropa formada en cuadro, notó que su intérprete, palidecía de muerte al oír las amenazas i pretensiones de aquellos. Pero Beauchef no sabía palidecer en tales casos, i agitando su sable comenzó a dar tantos golpes a diestro i siniestro que los caciques se pusieron mansos como corderos.

Al referir este incidente en la Biografía citada del coronel Beauchef (1858) paramos un pequeño error de detalle que queda rectificado en esta nota.

(2) Segun el cirujano Leyghton, cada una de las reducciones de Boroa i del Tolten tienen su *malal*, especie de castillos feudales de aquellos señores de la tierra. El de Melillan estaba situado en un alto promontorio, cortado a pico en todas direcciones, rodeado de anchos i profundos fosos, con una fuerte palizada de rebollines de nueve pies de alto, i teniendo su única entrada obstruida por una serie de áboles derribados. En uno de estos fuertes indígenas fué capturado Caupolicán por la traicion de uno de los suyos.

(3) Melillan cumplió su palabra i Florentino Palacios, que era un bizarro mozo de veintiseis años, espiró en el cadalso en el mismo sitio en que había percido dos años ántes su desnaturalizado padre. El señor don Bernardino Bravo, oficial de artillería en esa época, i que hizo a Palacios su última guardia, nos ha referido que sufrió su desdicha con gran presencia de ánimo.

En cuanto los soldados de Montero, solo dos con intieron en quedarse en Valdivia, siguiendo los otros la suerte de sus jefes. Todo lo que pidieron a Beauchef fue un poco de pólvora i tabaco, artículos de un lujo inapreciable en aquellas comarcas.

El coronel Beauchef, que entonces, segun la expresion de un contemporaneo (1) "habia llegado al colmo de su gloria," estaba llamado a no tener sosiego, mientras se hallase en aquellas rejones llenas de la fama de su nombre. Apenas, en efecto, se habia descalzado las espuelas despues de su rapida pero dura campana, cuando se presento un espresso que habia ido a buscarlo al *malal* de Boroa i que le habia venido pisando los pasos en su retirada.

Era un emisario del jeneral Freire, portador de una orden oficial, para que siguiese con su division hasta el Biobio, atravesando toda la Araucania. Enviabale tambien el mariscal una carta privada participandole que el ejercito del sur se habia sublevado i marchaba bajo sus ordenes contra la capital.

Esta novedad, que iba a introducir un cambio imprevisto i trascendental en las operaciones militares de las fronteras, nos conduce naturalmente, a virtud de las bruscas mudanzas tan frecuentes en una narracion como la presente, desde las orillas del Calle-Calle a las del Biobio, de las que hemos estido por tanto tiempo separados.

Algunos de los soldados de Montero eran conocidos por los amigos con el nombre de *Valdivia-huincas* porque seis de ellos se desertaron del batallon Valdivia cuando ocurrio la muerte de Letelier i despues de una marcha de dos meses con increibles trabajos llegaron al *malalche* de Venancio. Eran estos oriundos de Curicó i se llamaban, segun el sargento Gonzalez, antes citado, que les vió llegar, Salvador Espinosa, Juan de Dios Alvear, Juan Ayala i Francisco Valdivia. De los otros dos no se recuerda.

(1) El cirujano ingles Leyghton, en sus *Apuntes* ineditos ya citados.



CAPITULO XXIV.

Doble carácter de la revolucion que depuso al director O'Higgins.—En Concepcion es solo el grito de la desesperación i del hambre en el ejército i en las poblaciones.—Cuadro de espantosa miseria en todas las comarcas de ultra-Maule.—La junta revolucionaria de Concepcion i el general Freire en su proclama a los pueblos, declaran que el hambre es la causa motriz de su levantamiento.—Operaciones de 1822 en la baja frontera.—El cura Ferrebú asedia a Arauco con numerosas indiadas.—El intendente Freire envia al mayor Picarte a levantar el sitio i avisa al gobierno de Santiago que no responde de la provincia.—Picarte derrota a Ferrebú en Chibilinco.—Levanta el sitio de Arauco i entabla negociaciones con Carrero que ofrece incorporarse a nuestras filas.—Ambos jefes combinan sacar las monjas Trinitarias de Tucapel, i suerte que éstas habían corrido desde su salida de Concepcion en 1818.—Situacion general de las fronteras en el verano de 1822.—Combates en la alta frontera en 1823.—Excursiones de los Pincheiras entre el Nuble i el Maule i considerable prepotencia que adquieren en aquel año.—La montonera del Colliguay i sus escursiones en las provincias limítrofes de Santiago, Aconcagua i Valparaiso.—Viaje de la fragata *Monteagudo* del Callao a Valparaiso con quinientos prisioneros españoles i horribles crudidades que comete con ellos el oficial Palacios.—Muerte desastrosa de este asesino i sus principales cómplices.

La revolucion de 1823, que trajo al suelo al director O'Higgins i a su privado Rodríguez Aldea, tuvo un doble carácter. En Santiago fué un irresistible levantamiento de la aristocracia cívica i de los hombres grandes del año diez que se alzaban contra el dictador de Penco i contra el ascensor de Gaínza, penquista tambien, pues ámbos eran hijos de Chillan.

La sublevacion del ejército del sur, acaudillado por el matrascal Freire, tuvo una índole, una razon, un fin muy diverso.

Fué la protesta de la dignidad ofendida por un olvido de cuatro años; fué la ira de los soldados desnudos, insolutos en sus pagos, vilipendiados, por las intrigas de los politicastros mercaderes, i por los contratistas del fraude; fué, por último, el grito del hambre que necesitaba para saciarse mezclar al pan el agrio sabor de la venganza.

No entra en el plan de esta memoria puramente militar, como aparece de su título, la narración prolífica de aquel acontecimiento, referido hasta aquí suscintamente, aunque por expertos escritores. Pero nos detendremos algun tanto en aquellos incidentes que conduzcan a poner en evidencia el carácter verdadero del levantamiento del 2 de diciembre de 1822 en Concepción, cuyos móviles locales fueron mui diversos de los mas vastos del trastorno del 28 de enero de 1823 en la capital.

Hemos dicho que el mariscal Freire había regresado a Concepción en los últimos días de 1821, sin haber alcanzado otro fruto de su insistencia para obtener auxilios que efímeras esperanzas i que, aprovechando su ausencia, un jefe que comenzaba a aparecer públicamente como su émulo, le arrebataste la gloria de dar fin a aquella tan dura i prolongada campaña. Sabía, sin embargo, que sus contrariedades no tenían por albergue el sano corazón del Director, que siempre le diera testimonios de su amor, i con justicia culpaba del abandono de su ejército i de sí mismo al ministro de la guerra Rodríguez Aldea, de quien decía que se había declarado *su gallego* (1).

A tal punto había llegado, a la verdad, el inaudito desamparo de las fuerzas de las fronteras por el gobierno de la capital, que, a su regreso, el intendente Freire no encontró en la maestranza de Concepción sino *sesenta paquetes de cartuchos a bala* (2).

Respecto de víveres, de sueldos, de vestuarios, de todo lo que constituye, en fin, el material de un ejército, las cosas no se hallaban mejor aparejadas. “Temo, decía por aquellos mis-

(1) Carta de Freire a O'Higgins de 26 de abril de 1822.—(*Ostracismo de O'Higgins*, pág. 401).—En esta obra puede leerse la serie de cartas cambiadas entre aquellos dos caudillos que ponen de relieve el verdadero carácter de la insurrección de Concepción.

(2) Despacho de Freire al ministerio de la guerra.—Concepción, enero 5 de 1822.

mos días (1) aquel jefe, que al ejemplo de Valdivia no suceda aquí igual catástrofe, si, lo que no es de esperar, se echan en olvido las que aquí se sufren i los trabajos i dura campaña que hacen estos soldados. "Respecto de su alimento, añadía en carta privada al Director del 26 de abril (la misma en que llamaba a Rodríguez Aldea *su gallego*) las guarniciones de las fronteras habían llegado hasta a comer perros, yeguas i mulas" (2).

(1) No parecerá creible, después de lo que dejamos referido sobre el motín de Osorno, que el ministro Rodríguez Aldea (que por aquella época había enviado a Valdivia una especulación de treinta mil pesos en víveres, según ya dijimos), se atreviese a sostener que los soldados de Letelier estuviesen bien pagados. Sin embargo, así lo hizo escribir en una carta que dictó a O'Higgins i que hemos publicado en otro trabajo histórico (*Ostracismo de O'Higgins*, páj. 411), añadiendo en esa comunicación que el día del motín «se encontró dinero en la comisaría de Valdivia. . .»

(2) Estas terribles revelaciones están confirmadas por los testimonios de casi todas las plazas fronterizas.

El mayor Picarte, en efecto, escribía desde Concepción al coronel Prieto, el 24 de agosto de 1822 estas palabras: «Así es que los puntos de la frontera parecen i se dan por felices los que hallan mulas, caballos o perros que comer.» (*Papeles del coronel Picarte*).

El jefe que sucedió a éste, poco más tarde, en la administración de la maestranza de Concepción, encontró que los soldados habían empeñado casi todas las piezas de la maquinaria para comer, i aun se habían llevado las *pertas* para venderlas.

De Chillán escribía al mismo Picarte el 17 de agosto de aquel año el alférez de artillería don José Dolores Díaz (destacado allí con dos cañones), que enviaba un cabo por cualquier auxilio «pues hai días que los soldados se quedan sin comer, i después de ésto necesita atención la grandísima desnudez en que viven.» Sobre este mismo propósito, el oficial de artillería Escala, destacado en Yumbel, decía a su jefe el 6 de marzo de aquel año, que habiendo entrado un soldado en reemplazo de otro, había quitado al que salía la chaqueta para dársela al recién inscrito, lo que no es de extrañarse, pues ya hemos visto en el caso de Zapata lo que valía una chaqueta en aquella guerra hecha en pelota, según la cruda expresión del capitán Quintana, de quien antes la citamos. No podemos dejar de recordar también sobre este mismo particular las candorosas pero ardientes palabras de súplica que empleaba un cabo llamado José Jaque en una carta escrita en Yumbel al mayor Picarte el 28 de setiembre de 1822, para pedirle un par de pantalones i ocho pesos para su mujer. «Me obligo a pagárselos, le decía, con el mucho o poco sueldo que alcance, que será uno de los beneficios i linosnas que nuestra señora del Carmen se la corresponderá, i quedo también esperanzado en el par de calzones que le mandé suplicar me hiciese la gracia de darme porque me hallo desnudo.»

El único cuerpo que se pagaba con puntualidad era la *guardia de honor* que se mantenía apoltronada en Santiago. «El batallón número 3 (*el Cavampangue*), decía a principios de 1823 el *Tízón republicano*, número 5, en mas de cinco años no ha sido ajustado ni una vez, i el menor soldado es un héroe.»

Para completar este lugubre cuadro, nos parece conveniente dar a luz los siguientes característicos documentos que hemos encontrado también entre los papeles del coronel Picarte.

«Amigo Prats. —Tenga Ud. la bondad de mandarme seis mazos de tabaco.—Concepción, 10 de setiembre de 1822.—Ramon Picarte.»

«Señor don Ramon Picarte.—Mi amigo: por el bando últimamente publicado se nos ha prohibido vender un solo mazo de tabaco, si no es al Estado; yo he hablado ya sobre ésto, pero no se me ha dado todavía la contestación, i si hoy

El horror de aquella situacion alcanzaba, al punto de que en las calles mismas de Concepcion una madre desesperada habia estrellado contra las piedras un hijo que su escualido seno se negaba a alimentar, miéntres que un padre, mas desgraciado todavia, se habia ahorcado, oyendo los lamentos de su familia sin poderlos remediar (1). En otros puntos, como en Tucapel, la jente se moria materialmente de hambre a la vista misma de la impotente autoridad. "No puede esplicarse Ud. (escribia a Freire el coronel Lantaño, comandante militar de aquella plaza, con fecha 4 de octubre de aquel terrible año), la miseria tan grande en que he venido a encontrar este partido, pues *hai dia que mueren tres i cuatro de necesidad, i cuando menos, uno.* No han dejado un caballo que no se lo hayan comido."

Tal era la guerra a muerte al aproximarse su desenlace, solo por la estenuacion de los brazos que cargaban la lanza i el fusil!

¿I en vista de todo esto podia aquel noble pueblo mantenerse impasible por mas tiempo? Podia su desairado jefe, sobre

me contestase el señor jeneral i pudiese yo vender; tendré mucho gusto en servir a Ud.—R. Prats."

"Señor don Ramon Picarte.—Colcur, agosto 31 de 1822.—Para hacer mayor memoria de Ud. a lo indio, espero me mande *dos galletitas* i una botella de vino para un *lampayo*.—Su apasionado, Millas".

El capitán don José Miguel Millas que pedía dos *galletitas* para su festín indígena, era el comandante militar de Colcural

El mismo Picarte, a p'sar de su puro patriotismo i de su estoica paciencia, urjido mas que por el agujion material del hambre, por su pundonor puesto por ella en diaria prueba, llegó a enviar su renuncia a la capital. "Es evidente, decia en ella, la absoluta imposibilidad de existir en Concepcion cuando de ella propia emana el comprometimiento de mi buen nombre. Porque como sea indispensable tocar cualesquiera arbitrio para la diaria alimentacion, me es forzoso empeñar mi crédito con personas que me socorren en especies que no he menester, i al reducirlas a dinero me acarrean la pérdida de la mitad de su valor, de suerte que llegado el pago, aunque me deshaga de cuanto tengo, no alcanzo a cubrir, como, que las urjencias continúan i duplican los préstamos, dando lugar a que sin culpa se diga de mí que contraje empeños de que no podía salir."

Justo es añadir aquí que el estado financiero de la capital, confiado a la rapacidad de un puñado de monopolistas, no era mejor. El coronel Prieto promovido en un solo mes, despues de su regreso, a brigadier i mariscal de campo (por hacer sombra a Freire) escribia a Picarte con motivo de las quejas de este, lo que sigue en carta de mayo 21 de 1822. "Basta decir a Ud. que año i medio de sueldos que se me adeudan, no he conseguido para mí mas que trecientos pesos, con lo que me tiene Ud. que no me entiendo de *drogas para vestirme*, pues esto está fatal i muy caro todo."

I si un mariscal de campo no podía vestirse sin *drogas*, cómo andarian los soldados!

(1) Carta de Freire al Director.—Concepcion, setiembre 4 de 1822.

cuyas glorias se proyectaba ahora estudiósamente la sombra de un rival que había minado hasta sus más íntimas aficiones, desentenderse de tantos i tan inmerecidos agravios? (1)

Nó. Si la revolución de Concepción contra el Director fué justa en un sentido político, como necesidad local, era urgente, imprescindible, forzosa de todo punto; i por esto la junta revolucionaria organizada el 2 de diciembre de 1822 se expresaba al formular sus cargos al director O'Higgins con las siguientes testuales palabras en el oficio de desconocimiento de su autoridad.

“Cuando consideramos, señor Director, que V. E., hijo del país, ha reducido a sus infortunados hermanos de esta provincia al miserable estado a que están constituidos, se absorbe nuestra reflexión. Queremos buscar colores con que cubrir a la faz del mundo sensato estos procedimientos que degradan a V. E. i justifican nuestras quejas, i no encontramos ningunos para ambas objetos. Así, pues, tenga a bien oír la crítica aplicable a quien la haya causado, i nosotros, dando el primer paso de hombres, hagamos ver que sentimos i operamos como tales, i que el hábito de la servilidad no nos ha destruido la potencia de pensar i la acción de ejecutar.

“La falta de numerario para sostener el ejército, la desnudez, hambre i demás calamitosas miserias que ha padecido, nos persuadieron se trataba de su disolución. El alto desprecio con que se han mirado los justos reclamos de este pueblo para la terminación de esta guerra de sangre que nos ha asolado la provincia; la fría indiferencia en auxiliarnos en nuestros apuros de Talcahuano; las órdenes para que se permitiese a determinados hombres la exportación de granos para la otra provincia, en circunstancias de morirse las jentes de necesidad en ésta; por último, la destructora lei de la división de la provincia en partidos, nos prueban a la evidencia que es ya

(1) Por el mes de setiembre de 1822 era muy valido en Concepción que el mariscal Prieto iba a marchar a reemplazar al mariscal Freire en el mando del ejército i de la provincia. El primero, sin embargo, desmentía con indignación aquél aserto. «Yo no sé, amigo, escribía al mayor Picarte desde Santiago el 5 de octubre, quién es el que corre estas noticias tan raras en ésa. Parece que hai un jenio esterminador entre nosotros que se complace de desunir los ánimos de los jefes a fin de que no hayan unos con otros confianza ni amistad entre ellos.»

H llegado el tiempo que reclamemos el goce de nuestros imprescriptibles derechos, i de que removamos los obstáculos que se oponen a nuestra libertad civil, pues, nuestra paciencia llenó las medidas del sufrimiento” (1).

No nos corresponde seguir el desarrollo de la insurrección de Concepción en el sentido de su influencia política ni de los cambios que produjo en el gobierno de la República. Nos bastará a este respecto decir únicamente que el jeneral Freire andaba en Valparaíso el 6 de febrero de 1823, llevando consigo la mayor parte del ejército de la frontera (inclusa la infantería que Beauchef había traído por mar de Valdivia a Talcahuano) i que el 15 de aquel mismo mes penetraba en Santiago en medio de las ovaciones de un pueblo que le proclamaba su libertador. La caballería había marchado por tierra al mando del comandante Borkosque (2).

La indefensión en que quedaron las fronteras por la traslación a la capital del ejército que las guardaba, habría acarreando graves dificultades a la pacificación de aquellos territorios si coetáneamente con el movimiento de las tropas no se hubiesen operado cambios favorables i casi radicales en el campo de los enemigos. El comandante Carrero con la mayor parte de la división con que hostilizaba la baja frontera después de la partida de Benavides, se había al fin acogido a nuestros indultos, i no solo entregado sus armas sino vuélto las contra sus antiguos amigos.

(1) Estos mismos conceptos se hallan confirmados en la proclama que, al mismo tiempo (diciembre 12 de 1822), el jeneral Freire dirigió a los pueblos de Chile.

“Encargado del mando de la provincia de Concepción, i del ejército que la custodia, decía en ella, no he perdido un momento para perseguir a los enemigos de su libertad. Los esfuerzos de mis tropas han triunfado siempre de los peligros que las cercaban; pero sus triunfos jamás han podido ser completos por las maquinaciones e intrigas del gobierno de quien dependían. He clamado incessantemente por el remedio de varios abusos: he solicitado los recursos de que carecía; mas, al paso que se repetían mis clamores, se aumentaba la indiferencia estúpida del tirano. Siendo su objeto dilatar la guerra, para permanecer más tiempo en la usurpación del mando que ejerce contra la voluntad de los pueblos, no ha cuidado sino de aniquilar a estos habitantes, para que así ni aun con estos auxilios contase mi ejército. ¡Miras hostiles i depravadas! Vosotras sois la causa de la miserable situación en que hoy se halla esta parte preciosa de Chile!”

(2) Del coronel Puga, dice equivocadamente el señor Santa-Maria en su interesante memoria histórica sobre la caída de O’Higgins. Puga se hallaba en las provincias del centro, i en Quechereguas sublevó los cazadores que mandaba el coronel don José María de la Cruz.

Preciso es recordar con alguna dentencion los antecedentes de este importante episodio.

Despues de la retirada del coronel Prieto desde Cupaño (punto en que interrumpinos la narracion de las operaciones de la costa para trasladarnos a Valdivia), en los últimos dias de diciembre de 1821, habia quedado al mando de la baja frontera, como ántes dijimos, el mayor don Ramon Picarte, sin disputa el jefe mas adecuado para aquel puesto por su pericia en las armas i por su carácter a la vez enérjico i conciliador.

Mediante sus prudentes medidas i auxiliado por el invierno, único aliado de la paz de aquellas reijones, consiguió mantener las tribus comarcanas hasta el Imperial en una comparativa quietud, al paso que Beauchef desde Valdivia, Búlnes desde Nacimiento i Lantaño desde Tucapel, mantenian en jaque a los bravos boroanos al sur de aquel río, a los llanistas desde Lumaco hasta Angol i a los pehuenches desde Trapa-Trapa, en tierras del cacique Mulato, hasta el *malal* de los Pincheiras en Malbarco.

Mas apénas habia vuelto la primavera con sus tempranas meses i forrajes para el hombre i la bestia, la guerra habia recommenado otra vez en toda la línea de la baja frontera desde Tucapel viejo a San Pedro. A Benavides habia sucedido ahora aquel terrible cura Ferrebú que hacia diez años no se desmontaba del caballo haciendo a los republicanos una guerra de sangre i fanatismo, en nombre de su rei i de su Dios. El suplicio de su hermano, en Santa Juana, en los primeros dias de noviembre de 1821 no habia hecho sino ahondar la sima en que se ajitaban sus indomables pasiones.

Mediante su influjo entre los bárbaros, ensoberbecidos todavía por la forzosa retirada de Prieto desde Cupaño, lanzáronse aquellos en los primeros dias de octubre de 1822 en número de mas de ochocientos contra las plazas de la costa, embistiendo a la vez a Arauco, Colcura i San Pedro.

Mediante la ausencia accidental del mayor Picarte, que habia pasado a Concepcion por asuntos del servicio, mandaba en aquella plaza el oficial don Jacinto del Río, valiente soldado, como su hermano don Antonio, ambos capitanes del núm. 1 de Chile, i antiguo gobernador, el último de la plaza de Talca-

mávida. Del Rio era un hombre de corazón robusto, i a pesar de la sorpresa, del número i mas que todo de la absoluta carestía de víveres (pues todo el sur se hallaba en un positivo estado de *famine*), resolvió hacer una resistencia desesperada dentro de sus muros.

A las cuatro de la tarde del 8 de octubre el recinto de Arauco estaba completamente rodeado por tres divisiones de indios que mandaban Ferrebú en persona, Carrero, un chilote llamado Melchor Mansilla i algunos guerrilleros de fama como Clemente González i Javier Arévalo. La columna de Ferrebú era la mas numerosa i se situó frente a los cañones del reducto, pero lejos de su alcance. Carrero se acampó al sur i la partida de Mansilla cubrió por el norte la línea vecina del Carampangue para privarles del agua, pues solo podían obtenerla los sitiados de aquel río.

No era, sin embargo, la intención de Ferrebú el adueñarse de aquella plaza a viva fuerza, pues bien sabía que el indio tiembla delante de las *piezas*. El feroz cura esperaba que el hambre hiciera lo que no podían obtener sus lanzas, i por esto sus guerrilleros llegaban a galope hasta los muros i gritaban a los soldados patriotas “que se habían de morir de hambre o entregarse” (1).

La única empresa militar que habían ejecutado los asaltantes, consistió en la captura de un grupo de mujeres que Del Rio había mandado a *marisquear* por la playa, i que sorprendidas en la tarde del 8, no pudieron ser protegidas por un destacamento de doce hombres de caballería que el gobernador hizo salir. Arrollados éstos por los indios, volvieron a pie a la plaza dejando tres de los suyos en el campo i cautivas las mujeres. Al día siguiente, sin embargo, los sitiados hicieron una salida a caballo i tuvieron mejor éxito. “Ayer, escribía el gobernador el 10 de octubre al mariscal Freire, salió Azócar con siete tiradores, i cuarenta i tantos no fueron capaces de cargarlo, porque todo lo que hacen ellos es gritarnos insultos i revolver sus caballos” (2).

(1) Parte de del Rio a Freire.—Arauco, octubre 10 de 1822.—(*Archivo del ministerio de la guerra*).

(2) Parte arriba citado.—El Azócar que se menciona aquí es el mismo sayón de Benavides, que quería más tarde, según dijimos, lavarle los pies a Picarte.

Al mismo tiempo que esto sucedia en Arauco, una gruesa columna se habia dirigido a atacar el pequeño fuerte de Colcura, que se componia simplemente de una palizada, pero aunque la asaltaron en número de mas de trescientos, defendióla denodadamente por mas de dos horas con un puñado de soldados el capitan Millas. Pasaron entonces los indios a San Pedro hasta ponerse a la vista de Concepcion, "matando i robando cuanto encontraban a su paso," decia el capitan de Colcura al jeneral en jefe (1). El sitio de Arauco continuaba, entretanto, estrechándose por horas, i no habia posibilidad de enviarle socorros de víveres i pólvora sino por mar. Millas sentia desde su fortín el recio cañoneo de los sitiados, i aunque habia recibido algunos víveres conducidos por el alférez Cazorla, de cazadores a caballo, no se atrevia a despacharlos, pues el enemigo ocupaba con sus fuerzas el paso del Campangue. "La plaza de Arauco, decia entretanto a Freire el 10 de octubre, se halla en perfecto sitio i está obligada a rendirse de hambre."

Al recibir ya por la décima vez en aquella guerra desoladora de cuatro años tan alarmantes noticias, el macisca Freire no fué dueño de contener su indignacion delante de los hombres que por artería política le tenian reducido a la impotencia. El 18 de octubre escribió al ministro de la guerra Rodríguez Aldea anunciándole que si no era inmediatamente socorrido con municiones, víveres i dinero, se veria obligado a abandonar la línea de las fronteras, de cuyo acto desesperado, solo el gobierno de la capital seria responsable (2).

(1) Despacho del capitan don José Miguel Millas al intendente Freire. — Colcua, octubre 9 de 1822. — (*Archivo del ministerio de la guerra*).

(2) He aquí íntegramente esta comunicacion tal cual se encuentra en el archivo del ministerio de la guerra.

— Señor Ministro. — Por los partes que orijinales tengo el honor de incluir a U.S. se instruirá debidamente del estado del ejército i nuevos males que ocasionan a la provincia los indios bárbaros en union de una parte de españoles que aun existen entre aquellos. La obstinacion solo puede vencerse oponiendo la fuerza, pero como ésta se mira desprovista de lo mas esencial, hasta de los artículos de subsistencia, para poder permanecer en los puntos donde lo exige la necesidad, los mas bien meditados planes quedan sin efecto, refuyendo todo contra los infelices pueblos que no alcanzan a penetrar el origen de la desagacion absoluta de recursos. Tal es la falta de éstos, que probablemente será necesario desamparar la frontera en cuyo caso es fácil prever el grado de insolencia en que se pondrian los enemigos.

— En tan apuradas circunstancias no estrañará U.S. que yo me apresure a exigirme de la responsabilidad que me estrecharia en el solo caso que no se me diera

Pero al mismo tiempo, sin poder desentenderse de la gravedad de los sucesos que surjían, despachó con la mayor diligencia posible al mayor Picarte con una corta división i cuatro piezas a levantar el décimo sitio de Arauco. A pesar del mas vivo empeño tardóse no ménos de una semana en salir aquella expedición. Tal era el estado de absoluta destitución de aquel ejército aniquilado por el hambre i la ajena i distante infamia.

Picarte emprendió su marcha el 18 de octubre, i batiendo en la caleta de Chivilinco, dos leguas al sur de Lota, las indias de Ferrebú, a las que mató catorce hombres, penetró en Arauco con pérdida de solo cinco de los suyos. Ferrebú i Carrero retiráronse en consecuencia a Cupaño, dejando solo un cristiano prisionero. Era éste el valiente guerrillero Javier Arévalo, quien había sido envuelto en la playa por los tiradores de Azócar en los momentos que aquel se precipitaba a apoderarse de una lancha que llegaba con socorros.

Después del combate de Chivilinco, Carrero i Ferrebú se retiraron a Cupaño con su montonera i sus indios, resuelto el último a sostener una guerra de exterminio en venganza del inmolado hermano, pero dando muestras el primero (que en lo militar tenía todo el poder), de entrar en términos de avencimiento.

Con motivo del canje del guerrillero Arévalo, escribió una

lo preciso, mas negándoseme ésto si puedo responder de la seguridad del interior, ni ménos de la fidelidad del ejército que agota su paciencia, al paso que observa que aumentándose sus miserias, se aleja cada vez mas la esperanza de remedio. No solo lo desmaya la falta de dinero, que ni aun siquiera lo hui para gratificación de un espía, sino que también lo hace desconfiar de su suerte futura viendo el parque desprovisto enteramente de útiles de guerra para repeler las agresiones de sus contrarios. Los jueces políticos clamán por municiones en circunstancias de mirar a Pincheira aumentando su fuerza por momentos i los pueblos espuestos a ser víctimas de su ferocidad, como ya lo fué el del Parral.

“U.S., por su alto i delicado encargo, está en la precisión de proveer de remedio en tiempo. El responsable a la nación lo será U.S. precisamente i aun a Dios por la mucha sangre que se vierre infructuosamente. Por otro lado, es necesario penetrarse del poco honor que hace ya sostener una guerra cuya conclusión solo puede desproporcionar los auxilios.

“Para salir del estado de inseguridad, se han menester lo ménos cincuenta cajones de municiones a bala, la renovación del armamento de los escuadrones de cazadores, casi inútil ya por el mucho servicio que tiene, i el dinero posible a buena cuenta de mas de cien mil pesos que se le debe a este ejército de mi mando. Yo no necesitaba puntualizar tan individualmente estas faltas, supuesto que un ministro de la guerra tiene obligación de tenerlas a la vista, pero en mi justificación i descargo, no podré ménos de repetirlo, aun cuando por ello me resulte un concepto de cansado.—Dios guarde etc.—Concepción, octubre 18 de 1822.—Ramon Freire.—Al señor ministro de la guerra.”

carta benévolas i casi amistosa a Picarte, en la que, tratando de persuadirle de su sinceridad le decia "que al propio tiempo que guerrero, era humano." Algunos dias mas tarde volvió a escribir, ganado ya del todo por la benevolencia del jefe de Aranco, desde su campamento de Trihueco, insinuando proposiciones formales de reconciliacion. "Incluyo a Ud., mi estimadísimo amigo, decia a Picarte el 24 de octubre, la adjunta carta para el señor don Ramon Freire, que estimaré a su favor le dé curso inmediatamente por convenir así a la pronta contestacion que espero, i respecto a que dicha carta contiene preliminares de paz, se servirá Ud. hacer cesar toda hostilidad i movimiento de sus tropas, hasta la resolucion de su jefe, que yo verificaré lo mismo en estos destinos" (1).

Las proposiciones de Carrero fueron aceptadas sin dificultad, porque se reconocia su importancia como soldado i, por otra parte, su conducta durante toda la guerra no reflejaba ninguna mancha innoble sobre su nombre. Era Carrero, como en otra ocasión lo hemos dicho, un esforzado gallego, natural de Santiago de Galicia, i podia tener a la fecha de su incorporación en nuestro ejército, algo menos de cuarenta años. Era un hombre alto, moreno, membrudo, frio para pelear, de solo mediana educación, como se descubre en sus papeles. Habia venido a Chile en 1814 en el terrible batallón de Talaveras, i dijose de él que en la acción de Rancagua diera muerte a un capitán Zañartu, padre de los numerosos i notables oficiales de este nombre don Manuel, don Vicente, don Alejo i otros menos conocidos, que puede decirse se levantaron de la sangre de su padre para vengarla. Era entonces Carrero un simple

(1) Esta carta era escrita con motivo de un canje de prisioneros, o mas bien, de prisioneras, pues debía hacerse el de doña Nieves Bayona, mujer del antiguo intendente de Benavides, don Calisto de Lafuente, sus dos hijas i dos hermanas del guerrillero Azúcar, pasado a los patriotas.

En la misma comunicación en que Carrero hacia sus proposiciones pacíficas, decia a Picarte que se mantenía en armas para evitar el ser sorprendido por uno de los muchos ardides frecuentes en aquella guerra. "He acordado, le decía, el mantener en las inárdenas del Lebu un campo reunido de 400 hombres que deben subsistir en aquel destino, mientras se verifica el canje, pues yo siempre he tratado de buena fe, i espero que Ud. obrará del mismo modo, en un asunto tan sagrado i respetado por las leyes de la guerra, sino tambien por los elementos del derecho público; pero para evitar todo recelo i contener en caso contrario cualesquiera atentado, que no espero de su prudencia, subsiste dicha fuerza de observación para obrar en caso de que conviniese a la buena fe de nuestros pactos."

sargento, pero ya en Chacabuco había ascendido a oficial, i despues, en Talcahuano, donde se encerró con Ordóñez, obtuvo los galones de teniente. Con este grado vino a incorporarse, segun vimos, a las fuerzas de Benavides en 1819, pasando de golpe al puesto de comandante. Su prestijio había subido despues a virtud de la deposicion de Benavides, que él solo llevó a cabo por disposiciones de Pico. Desde entonces era él en la baja frontera lo que aquél en los Llanos, i aun obraba con entera independencia, segun él mismo lo decia oficialmente (1).

Freire i Picarte se apresuraron, en consecuencia, a aceptar la solicitud de Carrero que se reducia a admitirle en nuestras filas con la graduacion de sargento mayor de caballería, i esta resolucion se puso con urgencia en su noticia.

Mas los jefes patriotas, ántes de recibir en su campamento al comandante español, quisieron poner su secreta connivencia al servicio de una idea jenerosa i humanitaria, que sin su cooperacion podia fracasar. Tal era el rescate de las infelices monjas Trinitarias de Concepcion, que en número de treinta o cuarenta, se hallaban asiladas en los bosques de Lebu, en medio de la idolatria de los bárbaros.

La suerte de aquellas desventuradas religiosas movia a compasion todo corazon cristiano. Habian salido de Concepcion alusinadas por el gobernador del obispado de Concepcion don Joaquin Unzueta, digno familiar de la Inquisicion, pues éste era uno de sus títulos, i acérrimo realista, como la gran mayoria del clero de Penco, opuesto al de Santiago. Aquel sacerdote temerario persuadió a las crédulas e inofensivas monjas, que los vencedores de Maipo venian cometiendo todo jenero de sacrilicios sin respetar a Dios ni sus altares. Salieron en consecuencia despavoridas de Concepcion en la mañana del 24 de setiembre de 1818 en número de treinta i dos, acompañadas de tres capellanes, que lo fueron, el suyo propio don Bernardino Villagra, el franciscano Baltazar Simó i el dominico Valerio Rodríguez. Asistianlas tambien doce legas de su servidumbre.

(1) Comunicacion a Picarte.—Trihueco, octubre 16 de 1822.—(Archivo del ministerio de la guerra).

En esta forma, i custodiadas por destacamentos de tropas por ámbas orillas del río, marcharon hasta los Anjeles donde permanecieron hasta fines de enero de 1819. Dirijeronse en seguida a pie hasta Tucapel viejo, "regando con sus lágrimas cada uno de sus pasos," según decía el jeneral Balcárcel en uno de sus oficios de esa época i con la resolucion de seguir hasta Valdivia. Dificilmente puede la *vía crucis* de la revolución americana ofrecer un paso de mas dolor que el que presentaban aquellas alusinadas criaturas, ancianas las mas, achacosas, acostumbradas al regalo i al silencio de los claustros, marchando ahora a pie por entre los cenegales de las sendas, escuchando las maldiciones profanas de los soldados peninsulares i testigos de las impúdicas brutalidades de los bárbaros. Pero sostenidas por su fé i llevando alternativamente por sus propias manos un enorme crucifijo que les servía de pendón, llegaron al fin al asiento del antiguo Tucapel desangradas i casi agonizantes (1).

No pudiendo ya proseguir su ruta, el jeneral Sánchez consintió en dejarlas en un sitio conveniente en la boca del río

(1) Segun una relacion de las peregrinaciones de las monjas Trinitarias, escrita por una de ellas mismas i que existe original en poder del señor obispo de Concepcion, lo que mas amedrentó a aquellas infelices fueron las violencias usadas por las tropas del jeneral O'Higgins al retirarse de Concepcion delante de Ossorio en enero i febrero de 1818. Una de las partidas patriotas penetró en los claustros en busca de falsos tesoros escondidos por los realistas, i la dureza con que el oficial que la mandaba trató a las religiosas, les inspiró un pavor profundo.

Habíamos deseado tener a la vista la narración aludida de la monja Trinitaria, pero su digno poseedor nos ha ahorrado el trabajo de consultarla remitiéndonos un extracto de ella.

En ese extracto, cuya fecha es del 23 de abril último, el ilustrísimo señor Sánchez refiere en estos términos las causas que motivaron la salida de las monjas de Concepcion. «Con estos antecedentes, dice, (las violencias de la retirada de O'Higgins), a la noticia de una vuelta al sur de una parte del ejército de la patria en persecución de los vencidos en Maipú, el miedo de las religiosas se convirtió en terror, figurándose que esta ciudad de Concepcion iba a ser otra vez el teatro de la gueira. Pobres mujeres encerradas en sus claustros, se sobrecogían de espanto por los siniestros rumores que se hacían llegar a sus oídos. Indudablemente había en ésto exageración que explotaban los partidarios del rey para concitar la animadversión de las jentes contra la causa republicana. Lo cierto fué que el gobernador del obispado de aquella época, don Joaquín Unzueta, que fué también uno de los sitiados con el brigadier Oidoñez en Tulcahuano, se alarmó demasiado: consultó la opinión de otros eclesiásticos i por fin cedió a las insinuaciones del coronel Sánchez para que la comunidad religiosa de Trinitarias abandonase su convento, se dirijiese a Valdivia, atravesando la Araucanía i de allí se embarcasen para Lima, en un buque que el proporcionaría. Tal fué la resolución adoptada que se comunicó a las monjas, i éstas humildemente aceptaron, en la esperanza de volver a su convento luego que terminase la guerra.»

Lebu i en el punto mismo talvez en que existe hoy el fuerte de este nombre (1), despues de haber hecho construir un gran galpon que les servia a la vez de claustro i de templo, con algunas habitaciones por separado para los tres capellanes que las acompañaban.

Allí permanecieron aquellas piadosas siervas durante cerca de cuatro años en medio de las mas crueles privaciones del alma i la vida, alimentándose muchas veces de raices silvestres. Por fortuna, los indios, arrebatados de su natural supersticion, les ofrecian un respetuoso amparo, i aun suministraban limosnas a algunas de las hermanas que salian por las vecinas reducciones a recojer provisiones. Un antiguo i acaudalado propietario del sur de Chile, don Pablo Hurtado, que se hallaba desde 1813 emigrado en Lima, reunió tambien en esta capital una suma de setecientos pesos que envió en socorros de zapatos, vestidos i articulos de consumo, como yerba i azúcar, a aquellas infelices i a la verdad heroicas mujeres. "Privadas de todo, dice en su relacion citada el Ilustrísimo señor Sálas, ménos de su fe i confianza en la divina Providencia, endulzaron sus amarguras con la resignacion cristiana, i a pesar del rigor de las estaciones, del calor, del frio, del hambre, etc, la proteccion divina no les faltó. El altivo e indomable indio araucano las respetó, i hasta les llevó el alimento necesario en ocasiones que no lo tenian las pobres religiosas."

Empeñábase, pues, el intendente de Concepcion en restituir las a la posesion de su iglesia por la lástima que inspiraba su miseria, e inducido ademas por la idea politica de quitar a los bárbaros aquella cautivas, que su recelosa suspicacia contemplaba como rehenes.

Solo Carrero podia engañar a los indios, i en consecuencia convino con Picarte en que éste iria hacia Tucapel con una division en demanda de batirlo; que aquel se acamparia por la no-

(1) Decimos ésto, porque habiendo visitado estos lugares en 1866, el comandante del fuerte de Lebu, señor Godomar, nos informó que cubando los cimientos para levantar aquel, se había encontrado entre otros objetos unos anteojos de los llamados *antiparras* i que probablemente pertenecieron a las monjas o a alguna misión mas antigua que allí existió.

Segun Gay, las monjas variaron su residencia tres o cuatro veces durante su cautividad, ocupando diversos sitios del ameno i feraz valle del Lebu i aun menciona el del Rosal, lugar hermoso i pintoresco en medio de las vegas de aquel río.

che en un sitio vecino al galpon de las monjas; que éstas saldrían a media noche guiándose por un fuego que encenderían en el bosque los soldados de Picarte; que inmediatamente se pondría éste en marcha para Arauco, i que Carrero, finjiendo sorpresa, se lanzaría en su persecución, pero de tal manera que no ofendería a las tropas patriotas ni éstas deberían hacer fuego sino sobre los indios.

Todo se verificó en seguida con puntualidad i buena estrella, i las pobres monjas, montadas en ancas de los soldados patriotas vinieron de trasnochada hacia Arauco, rezando el rosario en altas voces, cuya cadencia se confundía en la oscuridad con el silvido de las balas⁽¹⁾.

Después de este importante servicio, Carrero se dirigió a Arauco donde fué cordialmente recibido i enrolado poco después (18 de enero de 1823) en las fuerzas que hacían la campaña.

Al terminar el año de 1822, que había comenzado por la fuga de Benavides i terminaba con la defeción de Carrero, el aspecto de la campaña del sur no era, por consiguiente, en manera alguna desfavorable a las armas de la patria. El gigante de la guerra a muerte había sido derribado en las márgenes del gran río que le había servido de cuna, i las convulsiones que aun se observaban en su corazón no eran sino los espasmos de la postre agonía.

(1) Tuvo éste, lugar en la mañana del 15 de diciembre de 1822, según la relación citada del señor obispo Sáiz.

Este documento es el único que suministra alguna luz sobre este episodio apesar de contener muchos errores, propios de la situación de su autor, como por ejemplo, el de hablar del general Freire en lugar de Balcárcel; confundir al capitán realista Herquiñigo, ya fallecido, con Picarte, etc., etc.

Los informes de un antiguo soldado de Picarte, que fué a la *sacada de las monjitas*, llamado Santiago Ruz i que existe muy anciano en Santiago, ejerciendo la profesión de albañil, nos han sido también de alguna utilidad.

Durante los cuatro años de su cautividad en Lebu, solo murieron cuatro religiosas, i en el paso del Biobio en 1819 quedaron prisioneras otras tantas de sus novicias o sirvientes.

En 1867 existían todavía en Concepción cinco de las monjas de Tucapel, según nos lo ha referido el apreciable caballero don Ramón Picarte, a quien aquellas vieron con mucho regocijo, después de cincuenta años de encierro en su tranquilo claustro, como al hijo de su libertador.

Con la prisa de salvar las monjas, quedaron rezagadas dos de ellas que se ocupaban en pedir limosnas entre los indios. Temeroso Picarte de que fueran víctimas del furor de aquellos, ofreció la vida al guerrillero Javier Arévalo, que iba ya a ser fusilado, si conseguía salvarlas, i así lo hizo volviendo al cabo de pocos días con las dos ovejas estraviadas.

En toda la costa de Arauco solo quedaba el astuto clérigo Ferrebú al frente de algunos grupos de salvajes escarmentados, i existia para hacerles frente el prudente Picarte. Ajitábase en los Llanos el incansable Pico, seguido por do quiera que se encaminase de las lanzas de su fiel cuanto intrépido Mari-luan; pero al propio tiempo le atajaban el mayor Salazar i Eusebio Ruiz desde Nacimiento, aquel con su famosa guerrilla de voluntarios i el último a cargo de un grueso destacamento de cazadores a caballo; miéntras que el mayor Búlnes se mantenía en observación en el cuartel jeneral de Yumbel, teniendo a la mano, en caso de urgencia, la guarnición de Rere compuesta de ciento i cincuenta jinetes, al mando del viejo oficial don Juan Luna, llamado Sambruno por su severidad en los procesos militares, en que por lo comun hacia el oficio de fiscal. Por último, el coronel Lantaño observaba con doscientos hombres a los peluanches desde Tucapel i el mayor Escribano, con los pocos granaderos que sobrevivían al antiguo cuarto escuadron, guardaba contra los Pincheiras las avenidas de la Montaña que conducen a Chillán.

En esta situación, i ántes de emprender su marcha sobre Santiago, el mariscal Freire ordenó en los primeros días de diciembre un movimiento jeneral sobre toda la línea de las fronteras, para dejar éstas mejor aseguradas durante su ausencia (1).

En consecuencia, Eusebio Ruiz se movió desde Nacimiento hacia el Cautén a la cabeza de doscientos diez cazadores acompañados de los indios aliados de Venancio, i comenzó aquella oscura pero prodigiosa campaña de tierra adentro, en la que se mantuvo un año entero cortado por el enemigo,

(1) «Siendo indudable (decía el mariscal Freire al mayor Picarte el 14 de diciembre, en carta perteneciente a los papeles del último que original tenemos a la vista), el estado favorable del interior i la nulidad de los recursos enemigos, he adoptado el proyecto de hostilizarlos por todas partes, persuadido que éste es el medio seguro de hacerlos entrar en razón. En efecto, de Tucapel saldá dentro de breves días una partida de gauchaje con este objeto. De Santa Juana han salido ya mas de doscientos hombres a propósito para estas correrías. La división de la citada plaza de Tucapel se pondrá pronto en marcha para situarse en la plaza de Santa Bárbara, así como la de Yumbel en la de Nacimiento.

«Con esta intención previne a Ud. en mi anterior correspondencia tratase de hostilizarlos por ese punto i nuevamente se lo encargo como un negocio del mayor interés i que debe traer los más ventajosos resultados. Lo dicho se entiende en cuanto no se presenten obstáculos insuperables, pues no sería prudencia esponer nuestra fuerza a un contraste.»

vagando como un espectro hambriento i heróico en las comarcas meridionales, comprendidas entre el Imperial i el Calle-Calle. Al propio tiempo, los sargentos mayores Carrero, Búlnes i Urquiza avanzaron sobre los pasos de Ruiz i sostuvieron encuentros favorables, pero de los que solo nos han quedado las fecha o suscintas noticias. Sábase por esto únicamente que Carrero batió a su antiguo camarada Senosiain que al frente de ochenta caballos se le presentó en el Carrizal, partido de Santa Juana, resultando herido el obstinado jefe realista i muerto el caballo que montaba (febrero 16 de 1823) (1). Parecida fortuna encontró Búlnes en Collico atacando a Pico i Mari-luan (marzo 30) i por último el mayor arjentino Urquiza contra los últimos, a orillas del Duqueco (abril 7).

En medio de este desarrollo lento pero progresivo de la pacificación, solo los Pincheiras infundian serias inquietudes, porque, por lo mismo que sus guardias eran casi inespugnables, iban acogiéndose a ellas todos los dispersos de los encuentros parciales de la Araucanía i todos los malhechores que había creado la guerra a muerte entre el Biobio i el Maule.

Hemos ya referido incidentalmente, a medida que en esta narración encontraban apropiada cabida los diversos episodios de la existencia de aquellos malvados, su nacimiento en la hacienda de Lloylealemu, partido del Parral de la que eran inquilinos (2); la protección que le dispensaron desde 1817 los ha-

(1) TORRENTE.—Historia citada, tomo III, páj. 203.

(2) Es tan interesante fijar de una manera positiva el origen envuelto en tinieblas de estos hombres, que, a riesgo de repetirnos, vamos a consignar aquí algunos datos que con incansable investigación hemos conseguido, i nos parecen auténticos.

Aunque según el respetable testimonio del coronel Zañartu, el sitio donde nacieron los Pincheiras fué la hacienda de Lloylealemu, partido del Parral, nos inclinamos a creer con el general Freire que pertenecieron a la hacienda monjosa de Cato, en el distrito de Chillán. De esta misma opinión es nuestro inteligente corresponsal del Parral don Bernardo Villagran, a quien debemos algunos curiosos detalles sobre esta familia.

Sea lo que fuere, lo que parece indudable es que al comenzar la guerra a muerte, los Pincheiras eran inquilinos de la hacienda de Cato i allí iniciaron sus correrías. Su padre, llamábase Martín, i a la sazón era un honrado labriego, inquilino de aquella hacienda.

Los mozos Pincheiras, aunque solo figuraron tres (Antonio, Pablo i José Antonio), eran en realidad cuatro i en el orden siguiente.

Antonio, el mayor i el verdadero fundador de la gavilla, se alistó de soldado en el ejército del rei después de Clacabuco i se encontró en Maipo en calidad

cendados realistas de la vecindad de Chillan i entre estos don Manuel Vallejos, propietario de la estancia del Roble guacho, donde tuvieron su primer *malal*, i don Manuel Zañartu, dueño de la hacienda de Cato i uno de los primitivos instigadores de aquella mонтонera, segun las revelaciones oficiales del jeneral Freire ya publicadas; sus primeras operaciones entre Chillan, cuando aparecieron en setiembre de 1819 con Elizondo i un año despues con Hermosilla en 1820, i su primer asalto sobre las villas del llano, cuando O'Carrol les quitó el botin que habian sacado de San Carlos en el Monte blanco; los castigos i destrucción que alternativamente llevaron a sus inaccesibles valles, Victoriano i Arriagada, Torres i Viel, i cuyas operaciones estratégicas i fusilamientos en masa fueron tan estériles como las maniobras diplomáticas del coronel Prieto para reducirlos a las paz. Por último; queda ya referido, cómo, desecho al fin el mayor de aquellos bandidos i reducido solo a una escolta de cinco hombres, se habia incorporado en Tucapel a Benavides cuando marchaba sobre Chillan en setiembre de

de cabo. Vuelto a su casa, lo persiguió la autoridad de Chillan, como a José María Zapata, i de aquí vino que se hizo mонтонero, llevando a sus hermanos a las serranías de Cato, protejido por el dueño de ésta, segun el jeneral Freire. Antonio era un hombre valiente, furoz, obstinado, astuto, profundamente pér-fido, una especie de Benavides de la Montaña. No le faltaba tampoco como a Zapata cierta intelijencia i heroísmo. Segun en breve veremos, pereció en 1823.

Santos era el segundo en edad i el mas pacífico i de mejor carácter de los cuatro hermanos. Segun un despacho del comandante Barnachea desde Yumbel del 6 de mayo de 1823, anunciando al gobierno la muerte de Antonio, aparece que aquel le sucedió en el mando. Pero si así sucedió, no debió ser por mucho tiempo, pues se abogó en un río de la cordillera, en una de las frecuentes visitas que hacia a los pehuenches, sobre los que tenia mayor ascendiente que sus hermanos.

Pablo fué el verdadero sucesor de Antonio, i fue el mas feroz i villano de los Pincheiras. Era el tipo del salteador vulgar, porque ademas de aleve era cobarde, i por esto lo hizo morir el coronel Bulnes a filo de sable en 1832, sin dignar e oírlo. El ameno escritor francés, Teodoro Pavie, en su novela-histórica titulada *Les Pincheiras*, que publicó la *Revue de deux mondes* hace algunos años, dice que Pablo ejerció en su niñez el oficio de carbonero (*bûcheron*) en las montañas de San Carlos. Pero este pasatiempo literario no es un seguro guia. La obra de Pavie tiene algún interés con relación a las incursiones posteriores de los Pincheiras en la provincia de Mendoza, donde Pavie aparece en cierta manera como actor. Su relación ha sido publicada despues en un pequeño libro con el título de *Scènes et récits des pays d'outre-mer*.

Por último, José Antonio el menor de los Pincheiras, fué el que tomó a Mendoza en 1829 i capituló en 1832. Era, como Santos, de un carácter pacífico i siguió la guerra arrastrado por sus antecedentes i sus secuaces. En 1833 era administrador de una hacienda del jeneral Prieto vecina a Chillan, llamada el Quillat, i allí nos refería el jeneral Miller había pasado una noche con ese *buen hombre* en aquel año. Actualmente vive todavía ya muy anciano, en una pequeña propiedad, a orillas del Nuble, i allí nos ha prometido ir en breve a visitarle, para obtener mayores noticias, nuestro bondadoso correspondiente el ya citado don Bernardo Villagrán.

1821 i cómo había fugado a la Montaña la víspera de la dispersión de las Vegas de Saldías con una gruesa partida de los descontentos o de los descorazonados de la gran mонтонера. Entre aquellos dijimos, que eran los mas notables el capitán Francisco Rojas, el sargento de cornetas Tomás Gómez, el teniente Lavanderos, Gatica i varios otros hasta el número de sesenta. No era menos conspicuo en medio de éstos el célebre Pablo Zapata, un jóven decente de Chillán, a quien por una calaverada, propia de los pocos años, su familia había encerrado, cual otro Robinson, en la isla de Santa María, sin duda para que se corrijese con la vista del mar i el buen ejemplo de los toros salvajes, únicos habitantes en esa época de aquella soledad. El inquieto mozo habíase escapado, sin embargo, de aquel extraño destierro en una balsa de *puyas* o algas marinas, hacia la costa de Arauco, donde encontrando en armas a Benavides, las había tomado él mismo i marchado con él hasta la víspera de su última derrota.

El mayor de los Pincheiras, reorganizando su nueva mонтонера bajo aquella base i engrosándola con los pocos allegados que aun quedaban escondidos en la montaña al mando de Hermosilla, verdadero gamo de los Andes, hasta el número de doscientos hombres bien armados, hizo su segunda aparición en las villas del llano central, atacando al amanecer del 2 de mayo de 1822 la aldea de San Carlos i talando horriblemente sus campos i haciendas vecinas, donde no quedaron con vida sino las mujeres i los niños menores de nueve años. Al penetrar en el pueblo los contuvo, sin embargo, la metralla de un cañón, que el gobernador Muñoz había puesto sobre una trinchera i cuya puñalería, dice él mismo en su parte del encuentro, “estaba graduada a la mitad del cuerpo de un hombre” (1).

Pocos meses mas tarde los forajidos volvieron sobre el Parral, descendiendo al llano por el desfiladero de Virginin i el de Longaví, i en esta vez con mucho mayor horror i mas lamentables excesos que en sus dos saqueos previos de San Carlos. Hallábase aquella infeliz población enteramente indefensa, sin mas armas que seis carabinas, pues su gobernador,

(1) Parte de don Justo Muñoz. — San Carlos, mayo 2 de 1822. — *Archivo del ministerio de la guerra.*

don Alejandro Urrutia, vivia persuadido de que los bandidos se hallaban en los mas recónditos valles de los Andes, encerrados en sus tolderías de invierno. A virtud de esta misma confianza, los salteadores avanzaron por los llanos sin ser sentidos; penetraron en la villa a media noche, mataron al centinela que guardaba la puerta del cuartel i se apoderaron de la cárcel i la quemaron, dando suelta a todos los reos, que en el acto engrosaron sus filas, i despues de cometer los mas abominables excesos contra el pudor, durante un saqueo que duró tres horas, se retiraron al amanecer llevándose cautivas todas las mujeres i los niños, cuyos lugares redujeron a cenizas. Entre las desgraciadas víctimas de aquella sorpresa encontrábase el comerciante don Martin Hinostrosa, cuya casa incendiaron despues de haberle dado muerte i saqueado todos sus intereses. Solo escaparon del furor de aquellos sangrientos demonios los pocos vecinos que tuvieron tiempo de huir a los campos, donde consintieron en quedarse ántes que volver a sus profanados hogares, de los que no existian sino los muros. “Este vecindario, (decía el gobernador Urrutia el 28 de setiembre, al mariscal Freire), en medio de su consternacion, ha elegido el partido de trasportarse a los campos, porque en el pueblo no encuentra un asilo” (1).

El número de las personas asesinadas en el Parral llegó solo a ocho, pero pasaban de sesenta las que habian degollados en sus correrías por los llanos en aquel año, llegando a mas de mil el número de vacas que habian arreado de las haciendas (2).

(1) *(Archivo del ministerio de la guerra).*

(2) El vecino de Chillan don Ramon Lantao, en vista de estos estragos, propuso al director O'Higgins en 1822 un plan permanente para evitar los asaltos de los Pincheiras en el llano central que corre desde el Nuble al Maule. Consistia aquél en mantener fuertes guarniciones móviles en los pasos de Bustamante, Virguita i Longavi, que eran los únicos por donde los motoneros podían descender a la llanura. Pero el porvenir manifestó mas tarde que aquel sistema era inadecuado, pues fué preciso ir a buscar a los Pincheiras en el fondo de sus mas lejanos valles i aun hasta el otro lado de la cordillera, a fin de disolver definitivamente sus hordas. «La escabrosidad del lugar, (decía Lantao en su plan citado de junio 18 de 1822) que ha tomado para su asilo, la fregosidad de aquellos montes, la multitud de ríos i esteros que los circundan, la vacuidad (conocimiento) extraordinario de este bandido en aquellos territorios, i la fácil comunicación que tienen con varias reducciones de los pehuenches ultramontanos, le han dado siempre una seguridad a sus empresas i lo ponen a salvo, apesar de la pequeñez de su fuerza.»

En el verano de 1822—23 la situación de los asesinos de la Montaña había llegado por consecuencia al punto de ser una verdadera amenaza para la tranquilidad de la República, de modo que el volcán que se apagaba en las fronteras, brotaba con nueva fuerza en el corazón mismo de los Andes. “El caudillo Pincheira, decía a este propósito el 21 de abril de 1823 el comandante jeneral de armas de Concepcion Barnachea (que en ausencia de Freire i de Rivera hacia las veces de intendente), se incrementa cada dia con mas fuerzas, pues se me asegura se halla en el dia con cerca de cuatrocientos hombres, pues no hai ladron que no se le incorpore i en igualdad muchos desertores que se han ido de esta República, i a todos los recibe mui bien. De los de Pico se han pasado en estos dias tres oficiales al abrigo de este caudillo, i de este modo acrecenta sus fuerzas i solo se haya escaso de municiones.

“Tambien se me asegura tiene como mil quinientos caballos i muchas vacas i que se hallaba en disposición de salir para San Carlos a sacar trigos para invernlar i que para ello tenia como sesenta mulas dispuestas, cuyo parte lo he recibido hoi i he dado providencias a fin de que las jentes de aquel punto no se descuiden i se reunan para esperarlo.”

Así iban preparándose aquellas terribles hordas que años mas tarde (1827) habían de llevar el espanto hasta las mansiones mismas de la opulenta Santiago, cuando se precipitaron sobre el valle del Maipo haciendo lucir sus machetes en las faldas sub-andinas que dominan la capital.

En el año 22 estinguíose tambien la famosa montonera llamada comunmente del Colliguay que desde 1818 había asolado los campos limítrofes de las actuales provincias de Aconcagua, Santiago i Valparaíso, desde los cerros de Lampa, a la vista de las torres de Santiago, hasta Quillota i la aldea de Puchuncavi, vecina al mar, la que pusieron a saco i a degüello.

Formóse aquel grupo de bandidos de los dispersos de la batalla de Maipo, i compusose en los primeros tiempos de soldados peninsulares que ostentaban un ciego rencor cada vez que descendían de sus encumbradas guaridas a las haciendas de los patriotas i a los caminos reales de nuestras prin-

cipales poblaciones. Las cuestas de Prado i de Zapata, fueron muchas veces el teatro de sus atroces proezas.

En el gran macizo de cerros que se estiende desde el estero de Lampa formando una vasta cordillera, cuya cima vemos brillar de nieve desde nuestras ventanas, después de los temporales de agosto, hasta apoyarse en el gran nudo pórfirico de la Campana, faro grandioso del navegante en nuestras costas, habían encontrado aquellos bandoleros un punto casi inaccesible para esconderse después de sus correrías. La hacienda del Colliguay, desierta i árida hondanada, pero a la que no faltan paisajes de pintoresca soledad, era su cuartel jeneral en el centro de aquellas cerranías, i de allí descendian hacia el camino de Valparaíso por el estero de Caren, que baña el pequeño valle de Curacaví, o por los espolones de Zapata i de Prado; al paso que cuando eran perseguidos en aquellas direcciones, se allegaban a los declives del cerro de la Campana i descendian al valle de Quillota por Limache, o se descolgaban sobre el de Aconcagua por las profundas quebradas de Ocoa, cubiertas de palmares.

Tan aprisa se formó aquel grupo de salteadores después de la victoria del 5 de abril de 1818, que ya el 14 de ese mes eran aprehendidos cuatro de los rezagados peninsulares que se internaban en la sierra que acabamos de diseñar, por las dereras de Quillota (1).

Un año después, los bandoleros habían adquirido el número i la audacia de una verdadera mandonera, descendiendo sobre el valle de Quillota i ocultándose en las altas cerranías de Curichilenco que se levantan a la altura de mas de dos mil metros sobre el valle, bajo la (2) protección del marques de Cañada Hermosa, don Tomás Azua, en cuyo vínculo se hallaban aquellas situadas. Hízose preciso, en consecuencia, en mayo de 1819 enviar a Quillota un destacamento de cincuenta cazadores a caballo, al mando de los oficiales don Francisco Casanueva i don Juan de Dios Correa de Saa, a perseguir aquella terrible

(1) Comunicación del gobernador de Quillota, don Pedro Mena.—Quillota, abril 14 de 1818.—(*Archivo del ministerio de la guerra*).

(2) Dos mil doscientos doce metros, dice el señor Piassis en su trabajo de la comisión topográfica sobre la provincia de Aconcagua.

gavilla, i aunque el jefe del canton militar de Quillota, el coronel don Diego Guzman Ibáñez, hizo crueles escarmientos entre los montoneros i sus amparadores, no se consiguió jamas dispersarlos. Recuérdase todavía el heroísmo de un oscuro guaso de la hacienda del Melon, situada al pie de aquella sierra, llamado Tadeo Cabrera, a quien Guzman hizo fusilar en su rancho porque no revelaba el escondite de uno de los montoneros, pero que habiendo escapado ileso de las balas, se presentó al siguiente dia inerme en el despacho de su inmolador, a pedirle un salvo conductor para su asilado, i cuando de esta suerte obtuvo su perdón, solo consintió en entregarlo.

Por este mismo tiempo, a fines de 1819, fué cuando los montoneros, mandados por un sargento español llamado Nicolas Dorrego, insigne facineroso, saquearon la villa de Puchuncaví.

Tan grande era el terror que inspiraban aquellos desalmados en los campos del norte, donde jamas se había visto brillar ántes un sable, que fué preciso a un hacendado de la vecindad de Puchuncaví, reunir todos los inquilinos de su propiedad, en número de mas de cien individuos, para apoderarse de un solo montonero español, i aun así se les escapó atropellándolos con su caballo. Solo el *chape* del soldado peninsular quedó, como el famoso remo de Playa-ancha, en manos de un guaso llamado Juan Abarca que vivió siempre orgulloso de aquel trofeo.

A fines de 1821 quedaban todavía algunos restos de la montonera del Colliguay, i por noviembre de aquel año, el gobernador militar de Quillota, don Manuel Saavedra, solicitaba del ministro de la guerra permiso para entrar a la sierra con el propósito de estirparlos. "La principal mansion de este enemigo, decía en comunicacion del 25 de aquel mes, son los fragosos montes del Colliguay, jurisdiccion de Melipilla."

Por último, en el otoño de 1823 hicieron sus últimas i siniestras apariciones en el camino real de Valparaiso a la capital, i con tal audacia, que se hizo necesario despachar rápidamente de la última el 23 de abril de 1822 un destacamen-

to considerable de tropas para ponerlos a raya (1). Al mismo tiempo el teniente gobernador de Casa-Blanca, don Agustín López, había hecho salir de aquella villa el dia 19 de aquel mes dos partidas de veinte hombres, al mando de los oficiales don Ramon Covarrubias i don Simon Rojas, para que avanzando simultáneamente por las quebradas de Malgamalga i la cuesta de Prado, tratase de rodear los últimos restos de los impávidos salteadores. Esta medida dió lugar a que cayera en manos del gobernador de Valparaiso el mas famoso caudillo de aquellos, Nicolas Dorrego, que fué en el acto juzgado i condenado a muerte “como uno de los jefes, (dice Zenteno en su parte del 25 de julio de 1822), de la conjuracion del Colliguay i consumado salteador” (2).

No concluiremos esta relacion un tanto desencuadernada, por la naturaleza de los episodios que pasa en revista, sin hacer mencion de uno de los sucesos mas melancólicos de aquella época calamitosa i del que algo tenemos dicho en el capitulo IV de esta obra, al hablar de la catástrofe de San Luis. Tal fué el viaje del Callao a Valparaiso de la fragata *Monteagudo*, despachada por el monstruo de este mismo nombre, con quinientos inofensivos españoles en junio de 1822. Venia al mando de la guarnicion del buque un oficial santiaguino, verdadero vampiro, elejido por el ojo certero del buitre de todas las carnicerías americanas. Llamábbase aquel Florentino Palacios; i por robar a los infelices desterrados, se entretuvo durante los tediosos dias de la navegacion en fusilar a los que su mal humor, su miedo o su ebriedad le designaba en suerte cada dia. Formando de sobremesa un grotesco consejo de guerra con el teniente que le acompañaba i un pillo de plaza, llamado Concha (a quien por completar el número competente de vocales, hizo subteniente), sentenciaba a muerte entre el estrépito de las

(1) En el documento del Apéndice número 16 se encontrarán las instrucciones que con fecha 23 de abril de 1822, se dieron por el ministerio de la guerra al oficial encargado de esta fuerza.

(2) (*Archivo del ministerio de la guerra*).—El partido de Quillota quedó tan alborotado con las revueltas del Colliguay que en una querella de gobernadores que ocurrió algunos meses mas tarde (marzo de 1823), entre don Martín Rodríguez i don Enrique Fulner, depuesto por aquel, vinieron ambos a las manos en los callejones vecinos al pueblo quedando en el campo diez i seis individuos entre muertos i heridos. Algunos de éstos eran de los prisioneros del Colliguay. (*Tízon republicano*, número 6, del 31 de marzo de 1823).

copas uno o dos cada dia. Así fusiló, a los 15 dias de su salida del Callao, a un padre franciscano de los Santos Lugares i a un teniente coronel; al dia siguiente cupo igual destino a dos tenientes de artillería i un empleado de la comisaría militar. Poco despues iba a ejecutarse igual asesinato en la persona de un arrogante joven del comercio de Lima; pero indignado el capitán del buque, que era ingles, cubrió al joven con su cuerpo, reprochando a los verdugos su iniquidad i su barbarie. Por lo demas, tan horrible había sido el tratamiento de aquellos desventurados que muchos murieron de hambre en la navegacion i mas de cien de ellos pasaron al hospital de Valparaíso inmediatamente que la *Monteagudo* fondeó en aquella bahía (1).

No es un consuelo pero sí una terrible sancion de la justicia, el hecho de que los tres principales cómplices de aquellas horribles cruidades, Monteagudo, Palacios i el segundo de éste en el mando de la guarnicion, cuyo nombre se ha perdido, murieron a filo de puñal, el primero en las calles de Lima, el segundo en un ramada del llano de Maipo, degollado por una mano incógnita, i el último apuñaleado en su propio lecho por su concubina.

Entre tanto, la guerra a muerte se extinguia por sí misma, agotándose en su propia estenuacion i en su propio horror.

Los Pincheiras no eran sino salteadores de camino que no representaban ningun principio, ningun interes político, ninguna tradicion de lealtad.

Solo quedaban en pié el cura Ferrebú i el coronel Pico, los representantes de Dios i del Rei, que habian sido los dos grandes emblemas de la guerra colonial.

(1) Despacho del gobernador Zenteno.—Valparaíso, Junio 25 de 1822.—El gobierno envió mil pesos que se distribuyeron entre los infelices desterrados a razon de un peso cincuenta centavos a tres pesos por persona i otro tanto o mas hizo el comercio i el vecindario de Valparaíso. Despues de algunos dias fueron remitidos a Melipilla i Casa-Blanca, donde algunos comenzaron a ganar el pan i otros su fortuna en las haciendas vecinas. En Santiago existe en la actualidad uno de aquellos desgraciados que en el dia es dueño de una cuantiosa fortuna. Por mas pormenores de este lugubre episodio de la revolucion puede verse la *Revista de la historia nacional* del coronel Ballesteros, quien publicó algunos pormenores que le fueron comunicados por el guardián del convento de franciscanos de Guauras, quien confesó a las victimas a bordo de la *Monteagudo*. Miller hace tambien alguna mención de este suceso en sus *Memorias*.

Nos falta asistir, en consecuencia, solo al último acto de esta gran tragedia.

Cuando aquellos dos grandes actores hayan desaparecido para siempre de la escena, el drama de la guerra a muerte habrá encontrado su último desenlace.

CAPITULO XXV.

Ultimas operaciones del cura Ferrebú en la baja frontera.—El mayor Gaspar en Colcura.—El último sorprende las hordas de Ferrebú en el Laraqueta i las destroza.—Negociaciones con Ferrebú i falacias de éste.—Lo traiciona uno de sus capitanejos i es fusilado.—Juicio sobre Ferrebú.—Con su muerta queda completamente pacificada la costa.—Terrible parlamento del capitán Ríos.—Los indios costinos desde aquel dia segun el coronel Zañartu.—Operaciones de Pico en la alta frontera.—Sublevacion de los dragones en Tucapel i muerte del teniente Navarro.—Los Pincheiras atacan a Lináres i matan al gobernador Sotomayor.—Suerte póstuma de aquellos bandidos.—El jeneral Rivera abandona la cartera de la guerra i se dirige a pacificar a Concepcion.—Su opinion sobre el estado de la guerra mientras existiese Pico.—A consecuencia de la salida de la expedicion auxiliar del Perú en 1823, Pico resuelve dar un golpe de mano sobre Santiago, dirigiéndose por los valles centrales de la cordillera.—Desciende sobre Longaví i se sublevan los cazadores en Talca.—Intento de conspiración en Santiago.—El comandante delegado de fronteras Barnachea se aprovecha de su ausencia i negocia la paz con Mariluan.—Carácter de aquel jefe.—Regresa Pico a las fronteras en el invierno de 1823 i Mariluan rehusa pasar el Duqueco con sus indios.—Vanos esfuerzos de Pico para continuar la guerra.—Su retiro a Bureo.—Mariano i Pedro Verdugo, desertores de Pico, ofrecen al comandante de la guarnicion de Nacimiento descubrir la guardia de su jefe.—El teniente Lorenzo Coronado se ofrece a traer la cabeza de Pico.—Dramático fin del último jefe español en Arauco.—Concluye la guerra a muerte i en el parlamento de Tapihue se hacen las primeras *paces generales* con los araucanos, bajo el dominio de la República.

Cuando por la última vez hablamos de los sucesos de la baja frontera en 1822, dijimos que había quedado al mando de ella en Arauco el valiente i cauteloso mayor Picarte. Mas despues de la incorporacion de Carrero a nuestras banderas i de los choques que sostuvo con sus antiguos compañeros de armas, ocurrieron por aquella parte cambios personales de alguna

trascendencia. Picarte pasó a Concepcion, i de allí a Santiago donde fué a poco nombrado gobernador intendente de Valdivia (diciembre 3 de 1823). En su lugar había quedado el sargento mayor don Hilarion Gaspar, natural de Concepcion, oficial hoprado, formal, exacto como la ordenanza en todos sus deberes, i que por lo tanto pertenecía a esa clase de militares llamados entre nosotros vulgarmente *cumplidores*, en oposición al de *guapos*, tan abundantes en el hemisferio que habitamos.

Chile debe, entretanto, lo que es a los hombres *cumplidores* que ha tenido. Los *guapos* salvaron a la América i la perdieron, jugando su suerte a las batallas.

Parece tambien que por esta época se había abandonado a Arauco, donde no quedaban sino sangrientos escombros que guardar, porque encontramos establecido el cuartel jeneral de la baja frontera en el fortín de Colcura "donde, decía Gaspar a Picarte en una carta íntima del 1.^o de abril de 1824, que tenemos a la vista, los mas de los días tengo motivos para acordarme de Ud. por el empeño que tuvo para arrastrarme a este purgatorio."

El mayor Gaspar había sido en otras épocas amigo personal de Ferrebú, i a virtud de esos recuerdos propulsóse atraerlo a una reconciliación, que no podía existir sino bajo la base de un generoso perdón, imposible casi de obtenerse, de los actos militares i de otra especie ejecutados por el sanguinario cura desde 1813.

Mas, convencido el suspicaz guerrillero de que su gracia solo podía ser un milagro de sus santos, no tenía otro propósito que aumentar los males de sus enemigos i vengar de esa suerte la sangre recién vertida de su hermano. Como no era personalmente valiente, pues ninguna alma feroz es capaz del lejítimo denuedo que desprecia la propia vida, ocupábase solo en adiestrar sus indios para futuros *malones* i en azusar a sus lugar-tenientes, que lo eran Mancilla (el chilote); el capitán Juan Saes, del lugarezgo llamado los Ríos, un Leal i Clemente González, uno de sus más adictos. Por medio de estos capitanes sostuvo un encuentro con los indios de Venancio que vinieron a atacar su retaguardia por Tucapel el 21 de febrero de 1824; i

• aunque el éxito no le fué favorable, pudo enviar otra corta división contra Gaspar pocos días después. El jefe patriota vió al encuentro en el sitio clásico de la Albarrada que immortalizó don Francisco Lazo de la Vega, el gran batallador de la conquista, a corta distancia de Arauco, i de aquel choque el obstinado cura salió tan mal librado como del de Tucapel. Pereció allí el capitán Saes "hombre de bastante valor, decía Gaspar en su parte del 1.^o de abril, i el brazo derecho del buen Ferrebú." "Así irán cayendo, añadía el jefe patriota, hasta que llegue el finiquito del buen cura, que dice viene a visitarme con su indiada."

El cura no había engañado a su amigo Gaspar, i el 21 de abril, tres semanas después de su derrota de la Albarrada, su montonera marchó sobre Coleura con el objeto de intimarle rendición. Venía esta fuerza al mando de un oficial llamado Leal i se componía de ciento treinta i siete hombres, miéntras que el cura se quedaba con el grueso de los indios en Cupaño esperando el éxito del día.

Fué éste desastroso para las armas del rei como debía preverse. En la noche del 20 de abril, Gaspar emboscó una fuerza considerable a orillas del Laraquete, al mando del atrevido aunque vil Azócar, i éste al amanecer del 21 cayó sobre el campo de los invasores. Apénas opusieron éstos una atolondrada resistencia, muriendo los esforzados en el sitio i huyendo los mas a Cupaño. Los soldados patriotas fuéreronlos siguiendo hasta la Albarrada i no tuvieron una sola baja, miéntras que los montoneros habían perdido diez i ocho españoles i veintisiete indios, fuera de diez i seis de los últimos que quedaron prisioneros. Gaspar recomienda en su parte oficial la bravura de Azócar i del ayudante Manuel Rocha que había muerto de un golpe a un cacique enemigo, batiéndose con él de sable a lanza. Quedaron también como trofeos del encuentro diez tercerolas, diez i ocho lanzas i cincuenta i siete caballos.

La sorpresa del Laraquete fué el golpe de gracia del caudillo de la baja frontera. Comprendiólo así Gaspar, i volvió a llamarlo a términos de sumisión, pero aunque aparentaba acceder, de nada en realidad se mantenía más distante aquél hombre empecinado en la matanza i que había pasado ya diez

años derramando la sangre de sus compatriotas. "No demos materias negras i feas, decia desde Panguilemu el 6 de marzo de 1824 a Gaspar, contestando sus misivas de paz con estilo de misal, a los historiadores de estas nuestras tragedias. Aquí no ocupó otro lugar que el de un *mediador*, cuando pude conseguirlo de las desavenencias de Ud. con esta *nacion araucana*; i cada dia me hallo mas satisfecho el haber evitado *que sucediesen males sobre males*. El que algunos digan que si no hubiera sido por mí, la costa se les hubiese rendido a Udes., quisiera hallarme presente, i vería el mundo cuán distinto es i lo que he trabajado a fin de que estas indias no vayan, 'según lo desean, *hasta Santiago*. ¿I quién los contendría? ¿La corta guarnición de Colcura?"

Dos meses mas tarde mantenía todavía reacio, pero falaz, renovando sus promesas de mediación con los bárbaros, al punto que los atizaba en sus recores. "Si yo conjeturara, escribía desde su campamento de Panguilemu, no ya a Gaspar sino al comandante jeneral de la alta frontera Barnachea, el 27 de junio, que con pasarme se acababan o calmaban estos nuestros males, no solo me iría sino que hasta *mi persona i vida se la ofreciera para que dispusiera de ella, si necesaria fuese a su gobierno patrio*, i que dichoso i feliz me llamaría satisfacer por los que han errado sus principios i equivocado sus medios, i beneficiar, a los que suspiran por la paz. Proposición que en idénticas circunstancias vertió en su palacio de Concepción al nunca bien alabado señor Freire, como *tan mi amigo*. Ojalá me la hubiera aceptado para que el cielo hubiera recibido mi espíritu en obsequio i satisfacción de mis culpas; que acaso ellas serán la causa de esta negra desavenencia!" (1)

(1) Ferrebú hablaba de esta manera a Barnachea, a consecuencia de haberle comunicado éste que Mariluan había hecho la paz en los Llanos, i con este motivo se expresaba en su contestación en los siguientes términos, llenos de hipocresía i de falacia. «Me asegura Ud. en la suya que el comarcano don Francisco Mariluan había hecho enlace de su opinión al sistema patrio. Confieso alcé el corazón al cielo i di gracias por ver visos de paz con esta nación, i de mi parte le ofrezco la prueba nada equívoca que en esta región mediaría con mi corto influjo a fin de contener el torrente de irritación que éstos tenían con el gobierno patrio, como que todos verían el fin honesto del caso que ese sabio gobierno se había propuesto. Todo esto fué en circunstancias que estas indias se alistaban con grande afán i prevención para ir a hacer una visita a Colcura i San Pedro, en pago i recompensa de lo que el señor Picarte les vino a hacer.

Las perfidias del cura-soldado iban a tener, empero, un pronto fin i una cruel espiacion. En los últimos días de agosto pasóse al bando de Gaspar con diez de sus secuaces el guerrillero Clemente González, i se ofreció a entregar a su antiguo jefe. Tal oferta no podía mirarse con desden, i en consecuencia, sorprendido en su sueño en la espesura de un bosque, el desgraciado clérigo fué conducido a Colcura, donde en lugar de la mesa de malilla por la que tanto suspiraba, Gaspar le ofreció solo el banco de los ajusticiados, en el que pereció el 2 de setiembre de 1824.

El parcial historiador Torrente dice de aquella notable víctima de la guerra fronteriza que murió como un mártir de la antigüedad, exclamando “que perdería mil vidas en obsequio “de tan venerados objetos (la religión i la corona) i que no “era digno de entrar en el templo de la gloria, quien no imita “tara su heroico ejemplo, ántes que sucumbir a las sacrilegas “miras de los profanadores del altar i del trono” (1).

Mas los que hayan leido los últimos fragmentos de la corres-

a sus tierras como que no hai dia que en sus *coyagtunes* (*juntas*) dejen de hacer memoria de este caballero, de Venancio i Carrero, i como que les dejaron testimonios grabados para no echarlos en olvido. En efecto, puse en movimiento todos los resortes que conjecturé eran precisos para que no se verificase, haciéndoles ver lo conveniente que era pararse de malones i que se reconciliasen con los señores patriotas de Colcura, a donde tenía yo un amigo que le conocía mui de cerca, lo bien intencionado que era, i otras reflexiones según su estilo i ritos. Gracias al cielo, los convencí, contuve los desastres que de precisa necesidad tenían que haber sucedido i hoy dia han dado la orden que nadie pase el río Carampangue.”

Sin embargo, en carta del día siguiente al padre dominicano frai Vicente Ferrer, que había sido capellán de las monjas i se encontraba a la sazón al lado de Gaspar en Colcura, se burlaba de aquellas mismas nuevas que motivaban su fingido regocijo. «Ya que la bondad de Ud., decía el cura al buen padre, se dignó impartirme noticias, fueron, como dicen, del otro lado del mar, que sacándoles la cara, mui poco queda de neto de lo que necesitamos de los vecinitos, como de Lima, Arica, etc., etc. Yo los tengo, porque el señor comandante Pico me remitió los mismos originales, mas como yo tengo el gazzate, como Ud. me lo ha conocido, mui angosto, no dentran en mí las mui gordas, ántes no estén confirmadas.”

I luego, entrando en el terreno de la jocosidad, que no parecía ajeno al carácter de ninguno de aquellos guerrilleros, decía al mismo Ferrer, refiriéndose a Gaspar estas palabras.

“Quisiera, mi amigo don Hilarion, divertirme con buenas maillitas, como que es un famoso pasatiempo para esos destinos. ¡Cómo no ansiaré por irles hacer una visita i darme una buena, como dicen, pansada de sociedad, con unos amigos tan queridos como antiguos! Estos casi me arrebatan i atropello por todo, i mas teniendo, como tengo un par de caballos que mui cerca andarian de aquel nominado Bucéfalo pero al fin andendo vamos!”

(1) *Torrente*.—Historia citada, tomo III, páj. 203.

pondencia de aquel hombre falso i sanguinario que acabamos de reproducir, con sus propios enemigos, dudarán de la autenticidad de este discurso de ultra-tumba, porque en definitiva el cura Ferrebú no fué sino un hombre inícuo i detestable. Sacerdote de Dios, teñíase todos los días las manos en la sangre de sus semejantes; súbdito de un rei que apellidaba sagrado, hacia gala de una mentida lealtad en sus tratos con sus enemigos; cristiano, en fin, vivia escopdidio entre bárbaros idólatras i en persona los conducía contra su propia grei. Tal vez lo único que podria decirse en atenuacion de sus culpas fué que desde el suplicio de su hermano fué su vengador. Pero no debe tampoco echarse en olvido que había sido él mismo quien le arrastró con su influencia a la carrera en que encontró aquel fin, ni ménos dejar de hacer memoria de que la única venganza que es lícita a un hijo del altar, no es la lanza ni el revolver sino el llanto del alma, la espiacion consagrada por los santos ritos.

Con el suplicio de Ferrebú quedó completamente pacificada la baja frontera, i así lo comunicó Gaspar desde su *purgatorio* de Colcura al intendente Rivera, participándole que el camino hasta Valdivia estaba franco; que el último de los capitanejos del cura ajusticiado, Melchor Mancilla, se había acojido al indulto i que no quedando por tanto ya ningun enemigo por aquella parte, podía procederse a la reedificación de Arauco.

Igual convicción adquirió el jeneral-intendente en Concepcion. “No nos queda mas atención, escribia el 4 de setiembre de 1824 al ministro de la guerra, que la parte de los Llanos, de donde son caudillos el cacique Mariluan i el español Pico. El primero manifiesta buena disposición, i no tengo por dificultoso un avenimiento con él después de la caída de Ferrebú, que era quien lo sostenía en su indecision, por medio de quimeras de que era fecundo inventor. El segundo no impone por su situación i su suerte futura se divisa” (1).

(1) Ni Gaspar ni Rivera se engañaban sobre la completa pacificación de la costa Araucana. El primero anunciable el 29 de octubre de 1824, el mismo día en que Pico era sacrificado, que ya no quedaba un solo indio hostil, i el 18 de noviembre participaba que los costinos habían enviado sus embajadores a Yumbel para tratar de la paz jeneral a que los convidaba el comandante jeneral de fronteras Barnachea.

El parangon que hacia el intendente de Concepcion de Ferrebú i de Pico en el último concepto del párrafo que acabamos de copiar, no iba a resultar, sin embargo, tan exacto como en su confianza lo imajinaba. Del uno al otro, habia la distancia de un héroe a un sacristan.

Aquel hombre estraordinario que habia sostenido por sí solo en el corazon de la Araucanía la recia campaña que siguió a su último desastre de Pile, en abril de 1822 i que habia corrido lanza en mano por todos los llanos hasta el Cauten i por los valles de la cordillera hasta el *malal* de los Pincheiras, en las cabeceras del Maule, podia decirse que no se habia apeado del caballo un solo dia, una sola hora, pues cuando no le encontramos peleando, es seguro que, sin valerse de intermediarios ni correos, él mismo anda ocupado de preparar con su prestijio, su denuedo o sus maquinaciones, los medios de volver a rehacerse para sostener la causa a la que habia jurado obstinacion inquebrantable, sublime lealtad.

Su suerte habia sido desastroza en 1822, i ya hemos leído en las comunicaciones del comandante Barnachea de aquel año que hasta sus propios oficiales desertaban de sus filas para ir a engrosar las de los Pincheiras.

Mas al comenzar el año subsiguiente, una serie de accidentes desgraciados para nuestras armas i el alejamiento del ejército fronterizo, que habia marchado sublevado a la capital, sin contar con los encuentros desfavorables del Carrizal, Collico i Duqueco de que hemos hecho mención, vinieron a dar nuevas alas a sus esperanzas, nuevo temple a sus brios.

El 18 de marzo de 1823 los dragones que guarneían a Tu-

Alguna veleidad intentaron manifestar mas tarde, pero el capitán don Luis Ríos, que había reemplazado a Gaspar en el gobierno militar de la baja frontera celebró en Arauco aquél famoso parlamento, del que la tradición horrorizada no parece haber querido conservar sino una vaga memoria, i en el cual fueron sableados, segun en otra ocasión dijimos, cerca de un centenar de caiques i de mocetones que ocurrieron bajo la buena fé del parlamento. Aunque el hecho fué de una barbarie tan inaudita como su alevosía, todos los soldados de la antigua escuela, Zafarru, Salvo, Pórras, convienen en que fué de una eficacia terminante. «Este hecho fué bárbaro, dice el primero en sus interesantes apuntes tantas veces citados, pero lo cierto es que los indios costinos quedaron desde entonces tan humillados, que yo los he visto en 1848 i 51 entrar por la portada del recinto de Arauco con el sombrero en la mano i saludando con mucho acatamiento, mientras que los llanistas son hasta ahora muy soberbios.»

capel, desesperados por el hambre i la desnudez, se amotinaron, en efecto, i asesinaron al teniente arjentino Navarro, bajo cuyas órdenes estaban. A la noche siguiente un grupo de montoneros se precipitó sobre los potreros en que pacian los caballos de los granaderos del mayor Escribano, a seis cuadras de la plaza de Chillan, i arriaron aquellos, matando los dos soldados que los custodiaban. Por último, un mes mas tarde una horda de cien bandidos, al mando de Antonio Pincheira penetraba a sangre i fuego por las calles de Lináres (abril 26 de 1823), dando muerte al respetable gobernador don Dionisio Sotomayor, así como a su hijo político el escribano Pincheira i llevándose por botín las mas bellas jóvenes del pueblo.

Entre las que tuvieron aquella infeliz suerte contábase la hermosa doña Círmén Pedreros, recién unida al vecino don Doroteo Ibáñez i doña Clara Sotomayor, hija o pariente cercana del gobernador asesinado, i que para salvar su honra hubo de dar su mano en la Montaña a uno de los inmoladores de su propio padre (1).

Los bandoleros no escaparon, sin embargo, esta vez, tan impunes como en todos sus asaltos anteriores. Al saber el suceso de Lináres, marchó sobre ellos desde el Parral, donde se hallaba estacionado el valiente oficial don Julian Astete (2), a la cabeza de cincuenta carabineros i trescientos milicianos, i dándoles alcance a la entrada del boquete de Alico, por el que se retiraban embarazados con su botín, arremetió con ellos i los puso en fuga. Desgraciadamente pasaronse a los bandidos en el acto mismo de la refriega nueve de los soldados de Astete, lo que convirtió en desastre su éxito, perdiendo en el sitio el último su caballo i hasta sus arreos militares. Allí acabó, sin embargo, gracias a una bala perdida, su larga carrera de abominaciones el malvado Antonio Pincheira, fundador de aquella terrible gavilla (3).

(1) A Pablo Zapata.

(2) Hijo del antiguo gobernador de Talcamávida don Santos Astete, gran fusilador de montoneros i frailes, de quien ya hemos hablado.

(3) Segun nuestro citado correspondiente del Parral, don Bernardo Villagran, un soldado de artillería que quedó oculto en el monte fué el que mató a Pincheira, cuando éste regresaba a incorporarse a los suyos, después de haber perseguido a Astete.

Al tener conocimiento de aquellos graves sucesos, Pico redobló su energía i su actividad para reunir combatientes de cualquiera especie a fin de prolongar la guerra. "El pérrido de Pico, decía el comandante jeneral de fronteras desde Concepcion el 4 de abril de 1824 al intendente Rivera, no pára de hacer diligencias para sublevar soldados i bandidos en las campañas, pues el movimiento de Tucapel lo había colmado de gusto, i mandó veinticinco hombres de caballería i veinticinco de apié a recibir a los sublevados, por quienes tuvo pronto aviso. Luego le pidió indios a Mariluan para pasar a este lado, diciéndoles que ya no había patria, que la guarnicion de Tucapel se iba a pasar a ellos, que habían muerto al comandante i que a US. lo habían derrotado en Curicó i otras tantas mil nulidades de las que este salteador acostumbra" (1).

Entre tanto, i en fuerza de estos mismos desgraciados acontecimientos, había regresado a ocupar su difícil puesto de las fronteras el hombre, que despues de Prieto, o junto con él, había comprendido mejor aquella guerra. El coronel Rivera,

Aunque no corresponda a este lugar, siguiendo el sistema que hemos mantenido en este libro, de dar cuenta de la suerte posterior de los principales actores de ella, vamos a dar cuenta del último destino de los principales capitanejos de los Pincheiras.

Hermosilla tuvo la misma suerte de Pablo Pincheira, es decir, fué ajusticiado en 1832.

Francisco Rojas, organizó una partida de carabineros compuesta de los mismos pincheiranos i sirvió en ella como capitán, pero habiendo recibido unas lanzadas en la espalda en un combate que tuvo lugar en Angol, murió de pulmonía en 1834.

Pablo Zapata, que fué alfírez de esa misma compañía, hizo la campaña del Perú i se hallaba de instructor de caballería en los Anjeles cuando estalló la revolución de 1851. Tomó parte en ésta, pero no hizo nada de notable. Murió en las fronteras el 16 de enero de 1860.

Don Pedro Lavanderos hizo también las campañas del Peru i en 1850 era gobernador de San Bernardo. Murió poco mas tarde.

De Gómez, solo sabemos que fué herido en un ataque que dió a Curicó en 1825 i de Gatica que tomó servicio en el ejército de Chile como segundo de Rojas.

(1) "Así es que Pincheira, Pico i otros partidarios no han dejado de inquietarnos desde que se movió el ejército."—(Carta del alfírez de artillería don José Dolores Diaz al mayor Picarte.—Chillan, marzo 14 de 1823).

En la comunicación que acabamos de citar del comandante Barnachea, añade éste que Mariluan preató esta vez poca fé a las insinuaciones de Pico, pero los hechos posteriores no parecen confirmar este aserto. "Mariluan, decía entretanto Barnachea, le contestó que no le daba ningun indio, que él acababa de recibir comunicación del gobierno de Concepcion i que no le podía creer; que él mandaría saber a Yumbel, a ver si era cierto. En efecto, mandó pedir una carga de vino i que le contasen lo de por acá, i mui pronto se fué el propio con las noticias de que no había novedad en la patria."

promovido ahora a brigadier i a ministro de la guerra, habia abandonado precipitadamente este puesto a los cuarenta dias de haber asumido su cartera, i dirijidose a Concepcion con el cargo de intendente propietario, en los momentos en que Pico i los Pincheiras volvian a presentarse amenazantes.

El jeneral don Juan de Dios Rivera es, sin disputa, una de las mas elevadas nombradías de nuestra milicia, al paso que los hombres de la libertad civil no pueden pasar delante de su figura inmaculada sin la debida reverencia a su virtud republicana i a su abnegacion de ciudadano.

El brigadier Rivera i Freire (1) habia nacido, donde rodraron las cunas de casi todos los grandes soldados de la guerra de emancipacion de Chile, desde don Ramon Freire a don José Maria de la Cruz, desde don José Maria Benavente a don Manuel Búlnes; i, como algunos de éstos, habia recibido tambien casi en la cuna (1796) los cordones de cadete de dragones de la frontera. La patria lo hizo oficial, i despues de servir en la campanía de los *ausiliares* en las Provincias Unidas, hizo tan avenjada carrera que cuando se perdió la causa de aquella, ya era el segundo jefe de la Gran Guardia, el cuerpo favorito de don José Miguel Carrera, de quien fué ardiente partidario, al punto de haber contribuido poderosamente a la revolucion que éste hizo en Santiago para deponer a Lastra en 1814.

Vino de la emigracion a Chile, sin embargo, como simple capitan de batallon, i como tal se encontró en Chacabuco. Un año mas tarde mandaba ya en jefe un cuerpo, pues se batió en Maipo al frente del famoso número 1 de Chile, el mismo que

(1) Háse creido jeneralmente por este segundo apellido que los jenerales Freire i Rivera, a quienes unió la mas íntima amistad, eran parientes de consanguinidad; pero no era así, pues aquel apellido pertenecía a dos familias muy distintas. El padre del segundo se llamaba don Tadeo Rivera i su madre doña Josefa Freire, i solo vino a tener parentesco de afinidad con aquél cuando mas tarde se casó con su prima hermana, la respetable señora doña Rosario Serrano el 6 de febrero de 1825.

Del ilustre jeneral de quien ahora nos ocupamos se publicaron, al tiempo de su muerte, dos rasgos biográficos que hemos tenido a la vista, ademas de su hoja de servicios. El mas breve de aquellos fué publicado en el *Progreso* del 27 de julio de 1843, por el coronel don Bernardo Cáceres, amigo del difunto, i el segundo, que es un folleto de unas treinta páginas, se dió a luz en Valparaiso por J. B. P. (el doctor argentino don José Barros Pasoe), i a la verdad que uno i otro ofrecen muy poco interés para la historia i aun para la biografía de aquel distinguido oficial.

Hemos visto servir durante tantos años de prueba i de heroísmo en las fronteras.

Los méritos del coronel Rivera en esa guerra están estampados en cada una de las páginas de esta narración. Fue en ella la segunda persona del jeneral en jefe, i por esto le hemos visto hacer sus veces en todas sus ausencias. Comprometido en la empresa del último para derribar a O'Higgins, o más propiamente a su privado, confióle el nuevo gobierno la cartera de la guerra; pero haciéndose su presencia más necesaria en las fronteras, enviósele a ellas a fines de mayo de 1823, adornado su pecho con nobles cruces i la faja de jeneral de brigada, que comenzaba ya a hacerse el emblema característico del mando en la guerriera Concepción.

Tal era el jeneral Rivera en la época en que asumía el más encumbrado puesto de su provincia natal i que era todavía, como en el tiempo de los famosos *maestres de campo* de las fronteras, la segunda autoridad militar de la República. Quedaba iniciada en él la *dinastía penquista* que duró cerca de treinta años, estinguiéndose en un soldado que entonces también comenzaba a desollar por sus hazañas.

En lo privado, el jeneral Rivera era un cumplido caballero. "La suavidad de sus maneras, dice uno de sus biógrafos citados (1), la rijeza de su disciplina, la simplicidad de sus costumbres, la pureza de su moral, su fácil acceso, su jenial afabilidad, le hacían amar i respetar tanto de sus inferiores como de sus jefes".

El jeneral Rivera, dotado de la experiencia que la educación i el trato de los hombres acaudala mas que la natural malicia, no podía hacerse ilusión sobre el verdadero estado político i militar de la provincia de su mando, al menos mientras el terrible Pico, se mantuviese acosado como un león entre las breñas de los Andes i de la Araucanía, cuyo ultimo jefe, el intrépido i astuto Mariluan, dominaba aquel con la misma docilidad que a su caballo por la brida. "In España, escribió en efecto al gobierno de la capital el 1.^o de enero de 1824, aun no ha perdido la esperanza de ajitar estos puntos con sus incur-

(1) El doctor Barros Pazos en su *Biografía del jeneral Rivera*, páj. 14.

siones i la opinion pública desgraciadamente se observa en un estado lamentable” (1).

Preparábase en consecuencia para emprender nuevas campañas al interior de la Araucanía hasta exterminar a Pico, pues bien sabia por la experiencia de cada hora que mientras este hombre extraordinario alentara su vida no habria paz desde el Calle-Calle al Maule. Con tal objeto pedia oficialmente en aquella misma comunicacion que se le enviase para confiarle la ejecucion de sus planes militares, aquel capitán de veintidos años que tenia ya la fama de un jeneral experto. El intendente Rivera solicitaba en efecto dos escuadrones de caballería al mando del mayor don Manuel Búlnes, “cuya práctica en esta clase de guerra, decia el despacho, i un conjunto de buenas cualidades que lo adornan, lo hacen necesario i appetecible.”

Tan certero, entre tanto, era el juicio del intendente Rivera que al mismo tiempo que redactaba aquella nota en Concepcion, recibia en Yumbel el comandante de fronteras Barnachea un secreto aviso del lenguaz Rafa Burgos, ajente escondido ahora de la República, a la por con su hijo don Agustín, por el cual constaba que Mariluan en todo pensaba menos en abandonar a su querido jefe i compadre el coronel Pico. Al contrario, habíaseles vistos a ambos reunidos i confabulando planes de agresion en el punto llamado Pilguen, (sito en tierras de Mariluan) el 28 de diciembre de 1823, i allí se habia oido decir a Pico que al dia siguiente partiria para Lumaco a sacar indios i marchar en seguida sobre Yumbel (2).

Pero la audacia del terrible español le llevaria todavía mas lejos que a aquella aldea de las fronteras. Sabedor por esa época de que la capital quedaba desguarnecida a consecuencia del ejército de dos mil hombres que el jeneral Benavente llevó al Perú en auxilio de Bolívar en octubre de 1823 (3), Pico, a

(1) Archivo del ministerio de la guerra.

(2) Comunicacion de Barnachea a Rivera.—Yumbel, diciembre 31 de 1823.

(3) La division de Benavente, compuesta de dos batallones, el núm. 8 de Beauchef i 7 de Rondizoni, ambos con mil quinientos plazas, i setecientos caballos, a las órdenes del comandante Viel, zarpó de Valparaíso el 15 de octubre de 1823, i regresó a principios de enero de 1824, después de un crucero i acuartelamiento en Arica que no había tenido mas resultado que el degüello de nuestros caballos, que no fué posible reembárcar.

quién el rústico Barnachea llamaba simplemente *saltador*, había vuelto a dar cabida en su mente a aquel pensamiento osado que había sido su sueño de 1820 i que de seguro habría puesto por obra entonces sino lo hubiera estorbado la poltronería i estolidia taima de Benavides,—el pensamiento de apoderarse de Santiago por un golpe de mano.—“Noticioso Pico, escribia el mismo Barnachea a Rivera desde Yumbel el 22 de febrero de 1824, de que no han quedado tropas en Santiago, lleva su dirección a Curicó i si le va bien, adelantarse hasta San Fernando.”

Para estos fines proponíase Pico, según avisaban los traidores Burgos desde Pilguen, reunirse con los Pincheiras en su campamento de Maíbarco, i dando la vuelta al Descabezado del Maule i a las lagunas de Mondaca, descender sobre el valle de Quechereguas para apoderarse alternativamente de San Fernando o Curicó.

Pico no era hombre que mentía ni volvía atrás cuando se trataba de resoluciones atrevidas.

Un mes después descendía en consecuencia con los Pincheiras, cometiendo crueles depredaciones por el valle de Longaví (1), en los momentos mismos en que un grueso destacamento de cazadores acantonado en Talca, tomaba las armas a la voz de un cabo Ossorio (que pagó en breve con la vida su temerario intento) i aprisionando en su cuartel al jefe que los mandaba (el moro Quintana) pedían a gritos se les diese por comandante al bizarro Búlnes, amenazando con pasarse a los Pincheiras sino se accedía inmediatamente a su exigencia. No; no puede negarse que la aparición del *último jefe español en Arauco*, tenía algo de fatídico i terrible donde quiera que se presentase (2).

(1) Despacho de Rivera al gobierno.—Concepcion, marzo 18 de 1823.—(Archivo del ministerio de la guerra).

(2) Por esta misma época tuvo lugar en la capital misma un intento de revolución que se atribuyó a los oficiales don Tadeo Quezada i don Vicente Sotomayor, capitán de artillería el último, segregado recientemente a los castillos de Valdivia, cuya guarnición había mandado.

La intontona debió ser de poca monta, pues los dos acusados fueron puestos luego en libertad por orden del director sustituto don Fernando Errázuriz. Tuvo este suceso, sin embargo, la particularidad de que el *gobierno* en persona se trasladó al cuartel donde se temía estallase la conspiración i tomó todas las medidas para dominarla, según consta del siguiente oficio, cabeza de proceso del expediente sobre el particular, que se encuentra en el archivo de la comandancia de armas de Santiago.

Mas disipada por fortuna aquella borrasca, gracias a la prudencia de Rivera i a la duplicitad con que consintió en obrar el gobierno de Santiago engañando a los cazadores sublevados, (según resulta de los despachos del ministro de gobierno don Diego Benavente, desobedecidos por Rivera), volvieron aquejlos a sus banderas, i frustráronse de esta suerte los audaces planes del gran montonero.

Regresó entonces Pico por el centro de las cordilleras, i en el corazon del invierno, a los llanos de Angol; i allí volvió a llevar de nuevo el espanto de su nombre a las poblaciones fronterizas.

Pico había vuelto de los cantones de ultra-cordillera el 15 de junio de 1824, i ya el 3 de julio se encontraba pasando el Duqueco a la cabeza de trescientas lanzas de Mariluan, la mayor parte pertenecientes a las reducciones de Bureo i de Mulchen "con la agregacion, decia Barnachea en el despacho en que clamaba por socorros (1), de los salteadores desnaturalizados que se hallan a las órdenes del perfido Pico, viiniendo éste dirijiendo toda la division."

Fué en esta irrupcion, sin embargo, cuando el obstinado caudillo del rei comenzó a conocer que su estrella se escondia ya en el ocaso del destino. En los momentos mismos en que se

—Cuartel de San Diego, mayo 8 de 1824, a la una tres cuartos de la mañana.— «Se ha dado parte al gobierno que don Tadeo Quezada ha andado hablando a varios oficiales de la guarnicion para hacer una revolucion i entre otros el capitán de artillería Soto. Estando éste de guardia de prevencion en su cuartel hoy, pasó Quezada a dicha guardia i ha estado gran rato hablando con Soto. Al mismo tiempo se ha dicho al gobierno que en el Instituto dijeron hoy algunos alumnos «que esta noche triunfarían los liberales o quedarían para siempre bajo la ferula de los polucones.» Con este motivo pasó el gobierno al cuartel de San Diego, hizo cambiar el santo del dia, mandó poner sobre las armas los cuerpos, reforzó la maestranza con cincuenta hombres del 4.^o i dispuso que todos fuesen relvados i conducidos a este cuartel. Luego que llegó fué preguntado por S. E. si sabía el motivo porque lo traían i respondió ignorante. Igualmente se le preguntó qué visitas había tenido en su guardia i dijo que solo al oficial Nieto con su madama i que Quezada no había ido. Reconvenido sobre todos los particulares dijo que él no se había metido jamas en revolucion, aunque había oido que en estos días se corría la voz de intentarse una. Dijo que a Quezada conocía de vista i aun había estado en el café una noche con él i con N. Benzanilla. Quezada no sabía se hubiera hablado a algún oficial de su cuerpo, etc. Como negase todo mandó S. E. que permaneciese en arresto hasta el dia siguiente i que esta diligencia pasase al comandante general de armas para que instruyese la sumaria correspondiente, examinando a los oficiales de ella i a don Tadeo Quezada, a quien hará llevar inmediatamente al cuartel de cazadores. Benavente.

(1) Yumbel, julio 7 de 1824.—(Archivo del ministerio de la guerra).

hallaba pasando el Biobio con sus indiadas, Mariluan, ganado ya casi completamente a las seducciones de la paz por la confabulacion de los Burgos i las intrigas de Barnachea, le declaró que ni él ni sus mocetones pasarian a la otra orilla, pues estaban dispuestos a hacer las paces con los cristianos.

Auiquilados ya los indios del bravo cacique de Collico por una guerra que para ellos duraba mas de diez años, fatigados, descontentos de su lealtad a un rei que no les daba pueblos que saquear, i trabajados a la vez por las maniobras del astuto comandante Barnachea i el viejo e influyente *lengua jeneral* don Rafael Burgos i sus hijos, pasados, segun dijimos, secretamente a la patria, dieron, durante la ausencia que hizo Pico por la cordillera hasta mas allá del Maule, señales de querer someterse, i aun llegó su jefe a enviar embajadores que tratasen la paz en Yumbel con Barnachea. "Tengo la satisfaccion (decia este en efecto al gobierno el 20 de abril de 1824) de anunciar a V. E. que el principal caudillo, Mariluan, se reune a la nacion chilena. V. E. conoce bien el talento militar de este respetable corifeo, su fuerza i grande ascendiente en los ánimos de los subditos naturales. Este, pues, alzagado por mis invitaciones, me profesa amistad, i yo para establecerla sobre bases sólidas e inequívocas le he pedido me remita, en prueba de su sinceridad, sujetos de su mayor crédito. Lo efectuó, i lo son don José Guayquillanca, su sobrino; don José Payllamilla, sobrino del gobernador Dumacan; don Juan Marillanca, hijo del capitanejo de guerra Carricanca, dos capitanes de los principales, don Manuel Burgos i don Agustín Burgos, su hermano, i cuatro mocetones. Su solicitud es la que V. E. verá por las comunicaciones que le adjunto de don Francisco Mariluan i don Rafael Burgos. No he trepidado un momento en asentir a ella, i pienso empeñar mi crédito en caso que el estado no me preste fomento por falta de recursos."

Era el comandante Barnachea un hombre rudo e ignorante al punto de desconocer la ortografía de su propio nombre, que había aprendido a firmar sin saber por esto leerlo. Pero al mismo tiempo hallábase dotado de un espíritu tan fino, de una actividad tan infatigable i de un patriotismo tan ardiente que había llegado a ser un elemento indispensable en la orga-

nizacion del ejército de la fronteras en que ejercia el cargo omniciente de la alta i baja policía. Por esto le hemos visto siempre a la cabeza de todos los procesos i de todas las ejecuciones militares, como comandante de armas de Concepcion, i le vemos ahora trasladado a Yumbel con el título de "comandante delegado de fronteras," despues de haberse envuelto en ardientes querellas de jurisdiccion con el coronel Díaz sobre el mando militar de la provincia, en ausencia de los jenerales Freire i Rivera.

En vano fué, por consiguiente, que en aquella ultima escursion el obstinado Pico agotase su persuacion i sus halagos a fin de lanzarlos otra vez en la senda de las batallas. Su compadre ya estaba cansado de pelear. Prometióle aquel que Pincheira vendria a reforzarlo con doscientos hombres, apénas se abriese la cordillera, i aseguróle que habia recibido despachos de Ferrebú (que a la sazon aun vivia) en que le prometía su activa cooperacion por el lado de la costa; esforzóse en demostrarle que los cristianos solo trataban de burlar su fē para exterminarlo, i en fin díjole todo aquello que su fértil inventiva le inspiraba (1).

Todo fué, sin embargo, en vano, i Mariluan hubo de volverse a sus tolderías, miéntras que Pico, desabrido i siniestro, pero ni un solo instante acobardado, se retiró a las selvas del Bureo donde en otras ocasiones, tan aciagas como aquella, habia encontrado asilo i amigos.

Acércase ya al fin aceleradamente el desenlace de esta dilatada historia. Don Juan Manuel de Pico iba a morir!

Las negociaciones de paz de que eran escondidos ajentes los dos Burgos se desarrollaban lentamente i en el mas profundo sijilo. Pero el coronel Pico era demasiado sagaz para no comprender que estaba irremisiblemente perdido. El suplicio de Ferrebú fué una sombra mas descendida sobre su alma entristecida por la soledad, el abandono, los recuerdos..... Su vida en tal situacion le importaba poco sin su prestijio ni su mando, i en su propia indiferencia, juzgaba por lo ménos

(1) Todo esto consta de un despacho de Barnachea del 7 de julio de 1821, refiriéndose a las comunicaciones del lenguaz Burgos que se hallaba en el campamento de Pico i Mariluan.

seguros sus días, miéntras habitase en el campo de Mariluan, porque el indio como el beduino i casi todos los salvajes, practica con una inquebrantable fidelidad la mas dulce de las virtudes cristianas: la hospitalidad. No habian sido bárbaros sino cristianos los que habian vendido a Benavides i a Ferrebú. Cristianos serian tambien los que deberian vender a Pico (1).

Habíase retirado el jefe español a orillas del boscoso Bureo, en un punto vecino al que hoy ocupa la floreciente colonia de Mulchen, i allí vivia sosegado pero vigilante en compañía de los últimos restos de su banda i no lejos de la cabaña que habitaba su compadre Mariluan. Entre los cristianos que aun le permanecian adictos i reconocian su plena autoridad contabanse el comandante Senosiain, un capitán Lerzundi, hermano del jeneral de este nombre en el Perú i pariente del de España, a cuyo lado murió años mas tarde, el capitán don José Antonio Zúñiga, de melancólica memoria por su desastre de Cupaño (1851), los dos lenguaraces Francisco i Tiburcio Sánchez i un centenar mas o menos de soldados que vivian dispersos en los toldos de los indios, pero siempre sujetos a reunirse en pocos minutos a su lado, pues la mayor parte de ellos, así como los Sánchez i el mismo Mariluan, se hallaban al alcance de su voz.

En algunas ocasiones, cuando la penuria acosaba el pequeño

(1) Uno de los puntos históricos mas oscuros en esta relación es el de la muerte de Pico. Nos ha sido preciso para esclarecerlo, levantar un verdadero sumario de averiguaciones en el que nos han servido bondadosamente nuestro amigo el digno jeneral Piato, el distinguido escritor don Pedro Ruiz Aldea, residente en los Anjeles, el coronel Zañartu, el comandante Salvo, que en aquella época acababa de abandonar las filas realistas, i otras personas a quienes hemos consultado verbalmente, como el oficioso Saltarclo.

No ha contribuido en poco a crear la confusión de fechas, de nombres i lugares, la descripción de este suceso hecha por Vallejos bajo el título del *Último jefe español en Arauco*, en cuyo trabajo, si bien interesante bajo el punto de vista literario, usando mas libremente de lo que talvez era licito del dudoso permiso de la novela histórica, ha desfigurado la historia misma. Hace pasar, por ejemplo, la tragedia de Bureo en Quilapalo; convierte al teniente Coronado en un simple soldado a pie descalzo; anticipa dos meses la fecha del suceso i comete otros errores de detalle de mayor o menor monta.

Pero todo esto seria de poca consideración si el ameno escritor de costumbres no hubiese desconocido completamente el carácter de Pico, a quien pinta solo como un guerrillero feroz i fanático.

Siempre hemos creido que el peor enemigo de la historia es lo que se llama la novela histórica, i francamente no nos parece que se haga un gran servicio a la literatura nacional cultivando la última, hasta que no esté del todo creado el gran cuerpo de nuestra historia, particularmente en la época todavía embrionaria de su independencia.

campo de Burco, solia Pico despachar partidas lijeras al otro lado del vecino Biobio o del Vergara, para recoger víveres, i si era posible, armas i caballos. Una de estas partidas, habia atacado en la noche del 25 de julio la hacienda de un vecino, de los Anjeles llamado Mier i llevádose algunos caballos i un poco de vino, despues de haber dado muerte al mayor-domo que intentó hacer resistencia.

Quiso el mal destino de Pico que en una de aquellas partidas saliesen a fines de octubre de 1824 dos hermanos llamado Mariano (1) i Pedro Verdugo, a uno de los que el jefe español habia castigado en esos dias con azotes por haberle hurtado un par de espuelas. Deseosos de vengar su afrenta, los dos mozos resolvieron una noche desertarse de la partida realista i marcharse ocultamente a Nacimiento, donde ofrecerian entregar por sorpresa a su jefe. Los dos Verdugo eran dignos de su nombre, i lo hicieron bueno con el hecho.

Guarnecia entonces las ruinas de Nacimiento, pues plaza fronteriza ya no existia allí ni en parte alguna, el valiente mayor don Luis Salazar con su partida de voluntarios, la mayor parte orijinarios de aquel belicoso distrito. Constaba ésta de setenta u ochenta hombres, i los mandaban los capitanes don Pedro Sambrano i don Nicolas Salazar i los tenientes don Diego Salazar i don Lorenzo Coronado (2). Era este último un mancebo de pocos años i de frágil estatura pero que escondia en su débil apariencia el corazon de un leon. Habíale elejido por esto para su ayudante el bravo Salazar.

Cuando los dos Verdugo se presentaron en Nacimiento en las altas horas de la noche del 27 de octubre, cupo a Coronado, por las funciones de su destino, el interrogarlos, pues al principio, a virtud de la estrañeza de sus revelaciones, se les tomó por espías. El ayudante, no obstante, logró persuadirse de su sinceridad, i en seguida fué a dar parte a su mayor de

(1) José María lo llama Salvo, pero el jeneral Pinto, que ha tomado especialmente informaciones en el sitio mismo del suceso, Ruiz Aldea i Zañartu están conformes en llamarlo Mariano.

(2) Consta esta nomenclatura de una lista de revista de la guarnicion de Nacimiento, remitida por Salizar al ministerio de la guerra con fecha de 23 de noviembre de 1824. De ella aparece tambien que los voluntarios de aquella partida estaban comprometidos a servir por dos años.

lo que pasaba i pedirle permiso para ir con los Verdugo al campamento de Pico. "Mi mayor, le dijo, si Ud. me dá por guia uno de estos hombres, me comprometo a traerle la cabeza del coronel Pico" (1).

Salazar, que amaba por su bravura a Coronado, le opuso desde luego alguna resistencia; pero al fin dejóse vencer i consintió en que aquella misma tarde (la del 28 de octubre) marchase secretamente a ejecutar su temeraria empresa, a condicion, sin embargo, de que uno de los Verdugo quedase en rehenes en su poder i notificado de quo si su hermano hacia trahicion en el acto seria fusilado. Tocó a Pedro el quedar con los patriotas.

Coronado, entre tanto, había alistado buenos caballos, i acompañado solo de cuatro hombres, entre los que se contaba un Pascual Neira, llamado por su valor temerario *el Terror*, pírsose al caer la tarde del 28 en marcha para el campamento de Bureo (2). Mariano Verdugo le iba mostrando el camino, que corria por la montaña diez o quince leguas, i un poco, atrás venia una partida de veinticinco hombres con algunos cornetas para protejerle en caso de una celada.

Aquel dia había sido para Pico triste i sombrío como el presagio de la muerte. Sus compañeros le habian observado meditabundo, solitario i enturbiado su rostro, por lo comun espansivo i alegre en el trato íntimo, por el tórvo ceño que se fijaba en sus facciones en la hora de las batallas i de los fusilamientos. Habia comido aquella tarde en el rancho de los Zúñiga, pero ninguna de sus chanzas habituales habia servido de aderezo a su parco mantel. Por la noche estuvo algun tiempo en casa del lenguaraz Francisco Sánchez donde habia necesitado pesar alguna plata de chafalonía, último resto

(1) Relacion del jeneral Pinto.—Angol, abril 7 de 1868.

(2) Hemos dicho en otra parte que el sitio exacto en que tuvo lugar la muerte de Pico fué en la vecindad del que hoy ocupa el pueblo de Mulchen, en la confluencia del río de este nombre con el Bureo. Existe todavía a orillas de éste, i muy cerca de Mulchen la preciosa *Vega de Coronado*, «cuyo nombre tomó, dice el distinguido capitán Thompson en su *Memoria de exploración del Biobío i sus afluentes*, publicada en la Memoria de marina de 1863, desde que el valiente patriota Coronado se atrevió a penetrar solo en el campamento del coronel español Pico para darle muerte en medio de los suyos.» Thompson da equivocadamente el nombre de José a Coronado.

sin duda del opulento botin de su antigua mонтонера (1). Despues de esto, habia retiradose a su casa, que se hallaba un tanto apartada de la de los vecinos, acompañandole el capitán Lerzundi con quien conversó un rato ántes de echarse a la cama. Rezó en seguida sus oraciones acostumbradas, encendándose a la Virgen del Cármen de quien era gran devoto i durmióse profundamente.

No tenia Pico otros compañeros en su rancho que su asistente Siniago (2), que dormia probablemente en la parte de afuera, i un perro, que por haber pertenecido a un soldado de cazadores de la patria, llamaba Pico afectuosamente el *Insurgente*. Era éste un noble animal tan valiente como fiel, que si no podria salvar a su amo de la traicion de los hombres, al ménos sabria morir por él. ¡Un perro fué el postre amigo del último jefe español en Arauco!

No parece cierto que Pico se rodeara de minuciosas precauciones, como cuenta el pintoresco cuanto inexacto Vallejos, ni que se hiciera recíprocamente la guardia segun refiere Torrente, con el comandante Senosain. Se hallaba rodeado de adeptos, i por otra parte, vivia en cierto modo bajo la salvaguardia de una suspension de armas acordada secretamente entre Mari-luan i Barnachea, para que se preocupase de abrir portillos en la quincha de su rancho a fin de huir, como asegura Vallejos, en el caso de un conflicto. Si Pico hubiera tenido miedo de la noche o de la traicion, se habria ido a vivir entre sus vecinos. o habria hecho guardar su puerta por una guardia, pues tenia representacion i rango suficiente para adoptar aquellas precauciones.

(1) Comunicacion del señor Ruiz Ald. a.—Anjeles, marzo 12 de 1868, refiriéndose a doña Rosa Zúñiga i a don Nicolas Sánchez, deudos de aquella familia, que existen todavía. Doña Rosa conoció personalmente a Pico i recuerda perfectamente las circunstancias de aquel dia.

(2) Nos habiamos lisonjeado con la esperanza de obtener el testimonio de este individuo, pues se nos habia asegurado existia todavía en Quirihue. El digno señor don Pedro Benavente, vecino de aquel pueblo, lo hizo buscar sin fruto i otro tanto practicó bondadosamente en Concepcion el coronel Zañartu. Mas afortunado el señor Villagran del Parral, le conoció establecido en ese pueblo a donde llegó en 1828 como dependiente de comercio del antiguo i valiente capitán español don Juan Manuel Ulloa, uno de los capitulados de Chiloé en 1826. Siguiendo las indicaciones del señor Villagran hemos descubierto que Siniago murió en Santiago de *ahogos* (asma) en 1839. Su mujer, Juana Aguayo, murió hace dos años. Era una mulata dulcera, ya mui anciana.

Eran las dos de la mañana del 29 de octubre de 1824 i la noche se mostraba lóbrega i tempestuosa. Gruesos goterones, que caian esparcidos sobre las copas de los árboles por ráfagas pesadas i silvadoras del viento precursor de los huracanes, anunciaban la aproximacion de uno de esos temporales de nuestro medio-día, de cuya estraña violencia no tenemos idea los que vivimos en las rejiones comparativamente templadas de aquende el Maule. La hora, el bosque, el viento bramador, las densas sombras que todo lo cubrian, se harmonizaban en su pintoresco horror, con el horror de lo que iba a suceder.

Entre tanto, Coronado habia dejado apostada su escolta, ordenando que al primer grito de alarma tocasen a degüello los cornetas, a fin de hacer creer al campo enemigo que era atacado por una gruesa division, i de esta suerte poner el pánico, ajeno al servicio de su propia temeridad. Adelantose en seguida por entre los matorrales llevando desnudo su puñal i acompañándose solo de Neira i de otro de sus secuaces para hacer menos ruido. El viento agitando el bosque era su cómplice mas eficaz.

Sin ser sentido, el ágil mancobo ganó con sus dos compañeros la puerta del rancho en que dormia tranquilo el hombre cuya cabeza venia a buscar. De un envion el frágil madero que formaba la entrada, abrió paso, i los tres soldados penetraron en la oscura celda, husmeando su presa. Al pisar el primero los umbrales, Coronado recibió en la punta de su puñal el cuerpo del noble *Insurgente*, que, junto con sentirlos se lanzó al cuello de los desconocidos, dando espantosos ahullidos de rabia i alarma. Sobresaltado Pico, tiróse desnudo de la cama, i empuñando su sable, que mantenía siempre a su cabecera, arremetió como un desesperado contra los tres hombres cuyas figuras diseñaba el pálido fogon que ardía en el centro de la choza. Tres puñales cayeron a un mismo tiempo sobre su pecho, pero con un esfuerzo hercúleo llegó a la puerta i pudo dar algunos pasos hacia el campo en demanda de socorro. Mas al saltar un cerco bajo, que rodeaba su rancho, enredóse en los zarzales i dió tiempo a que Coronado cojiéndolo por la cintura le detuviera en su fuga. Estrecháronse

entonces el matador i la víctima sosteniendo un puñilato horrible. Desplegaba Pico sus robustas fuerzas, redobladas por la desesperacion que dan al cuerpo las ansias de la vida, mientras que Coronado, diminuto pero ágil i certero, blandia su puñal en el espacio buscando a su adversario la garganta. Era aquella la lucha del leon i del leopardo.

Al fin, desangrado el español, flaqueó de fuerzas, i los gritos que incesantemente profería de *compadre Mariluan! compadre Mariluan!* fueron enronqueciéndose hasta confundirse con el csterior de su agonía al filo del puñal (1).

La alarma se había dado, entretanto, en todo el campo enemigo, i los indios i cristianos comenzaban a salir de sus chozas, quienes en demanda de sus caballos i sus armas, quienes para ganar el bosque, mientras que la escolta de Nacimiento tocaba por diversos puntos la corneta a la carga! dando lugar así a que Coronado cortase al terrible godo la cabeza que había prometido a su patria i a su jefe. La copiosa lluvia que en ese momento comenzó a inundar los campos, vino a proteger su retirada, como ántes el viento había amparado su silencio.

A la mañana siguiente, Coronado entraba en silencio al fuerte de Nacimiento en la hora en que sus camaradas tomaban su frugal almuerzo, i sacando de sus alforjas la cabeza que había prometido, pásola con desenfado en manos del comandante de la plaza. Para el arrojado mozo su terrible hazaña no había sido sino una simple comision del servicio.

Salazar, ufano de una proeza que tenía tantas señales de heroísmo, si bien hubo en ella una inevitable alevosía, la presentó a sus subalternos como un trofeo preciado, haciendo

(1) Todos los narradores que hemos nombrado, incluso el mismo Vallejo, están de acuerdo con leves discrepancias en esta relación de la muerte de Pico. Solo Torrente deliberadamente dice que Pico murió en un combate en Burro el 29 de octubre de 1821 habiendo recibido dos grandes estocadas en la cabeza, lo que ha dado sin duda lugar a que Vallejos diga que tenía dos grandes cicatrices en el rostro. El señor Concha i Toro en su Memoria histórica sobre la época de 1824 a 1828, ha adoptado el error de Torrente. Es lástima que se haya estravido el parte oficial en que debió darse cuenta de este importante suceso. En el libro de comunicaciones del ejército del sur, existente en el ministerio de la guerra i que corresponde a 1821, no aparece el oficio núm. 99 que parece debía corresponder a la fecha de la muerte de Pico. Nada tampoco refieren sobre ese suceso los escasos periódicos de la época.

empero, una ostentacion burlesca que no era propia de hombres valerosos. "Estábamos almorcando los oficiales de la guardia, dice uno de los testigos de aquel lance, que ha sobrevivido a todos sus compañeros, cuando entró Salazar, que era el jefe, i nos preguntó con su acento gallego, porque este era su modo de hablar, si ya habíamos acabado de comer; le contestamos que sí, i entonces él dijo, "pues entonces voi a servirles los postres, venga una fuente," i cuando ésta se trajo, depositó en ella la cabeza de Pico, que acababa de entregársela Coronado...." (1).

Afrenta indigna de un rival ya caido, cuyas cenizas demandaban una compasiva sepultura i su nombre la justicia que se debe a los que ya han dejado de ser campeones de una causa odiada, para ser solo sus mártires! (2)

Era aquél, con todo, un fin apropiado para aquella guerra de sangre i de puñal que había comenzado en Santa Juana por el banquete que Benavides diera en 1819 al desgraciado parlamentario Torres ántes de mandarlo degollar!

Aquella misma tarde la cabeza de Pico fué enviada a Concepción, donde estuvo espuesta durante tres días a la compa-

(1) Comunicación del comandante Aguilera a don Pedro Ruiz Aldea, trasmisita por este en carta de los Anjeles, abril 22 de 1868.

(2) La tradición íntima se ha anticipado a la historia para hacer justicia al desgraciado Pico. Hemos consultado las impresiones de la mayor parte de los hombres de concepto que de aquella época existen todavía en el sur, i todos, a la par que declaran su horror por Benavides, que no fué sino un saqueador, aseguran que Pico ha dejado una reputación muy parecida a la que se conserva, en su tanto, de los Carreras, Manuel Rodríguez i otras tantas víctimas de la revolución. "He vuelto a averiguar, nos dice nuestro comediado amigo don Pedro Ruiz Aldea en carta de 12 de abril desde los Anjeles, sobre el carácter de Pico, i siempre saco en limpio esta frase hombre bueno, valiente i muy devoto. Otros dicen: "Era buen mozo, harto jinete a pesar de ser español, de muy bonita letra i hablaba i escribia a su tiempo."

No ha contribuido poco a desfigurar i casi a hacer odioso el carácter de aquel hombre notable el retrato enteramente de fantasía que nos ha dejado da él, pintándolo como un montonero salvaje el escritor Vallejos. "Pico, dice en su animado cuadro sobre la muerte del caudillo, era un español de cuarenta años, alto, robusto, de rostro atezado i de maneras i hábitos salvajes, lo mismo que la vida que llevaba i la profesión que ejercía: su mirar misántropo descubría al montonero: dos hondas cicatrices desfiguraban notablemente los perfiles naturales de su cara, sus fuerzas habrían hecho honor a cualquiera otro hijo de Castilla, a cualquier cacique araucano, i eran ellas el único prestigio que mantenía alguna subordinación que se hallaba bajo sus órdenes. Desconfiado por carácter, o mas bien, por las circunstancias i hombres de que se veía rodeado, no tenía otro amigo que un perro, al cual, no obstante, había puesto el nombre de *husurjente* i era este animal su sola guardia cuando dormía, la sola escolta que cerca del español marchaba."

sión i al asombro, bajo el pórtico de la cárcel. Trasladáronla en seguida a Yumbel, cuartel jeneral a la sazon de la alta frontera, i allí la mantuvieron clavada en una pica durante los tres meses mas ardientes del estío. ¡Cosa extraña i a la vez terrible! Así había estado espuesto el primero de los caudillos españoles que penetraron en Chile en la plaza del Cuzco hacia ya tres siglos, salvo que para Almagro hubo la compasion de un negro que le dió sepultura, miéntras que fueron los cristianos los que mas cruelmente escarneциeron los restos del *último jefe español en Arauco*, defendido en su última hora solo por un perro....

La decapitacion de Pico puso por sí sola término definitivo a la guerra a muerte.

“Desde aquel dia, dice uno de los propios soldados que había militado a sus órdenes, (1), ya empezaron los indios a tranquilizarse por la muerte de este jefe.”

Dos meses mas tarde, en los primeros días de enero de 1825, reunidas todas las reducciones en el campo histórico de Tapihue, vecino a Yumbel, donde se habian celebrado todos los grandes parlamentos del siglo XVIII, con excepcion del de Negrete (1); hicieronse por la primera vez, durante el dominio de la República, *las paces generales* (10 de enero de 1825) que prometian a nuestro suelo una era de ventura i la lenta pero inevitable unificacion de aquel país que se llamó nuestro enemigo hasta el momento en que el coronel don Juan Manuel de Pico, el último jefe español en Arauco, exhaló su poster suspiro en el campo de Bureo.

Chile recobró entonces en toda su plenitud su magnífica

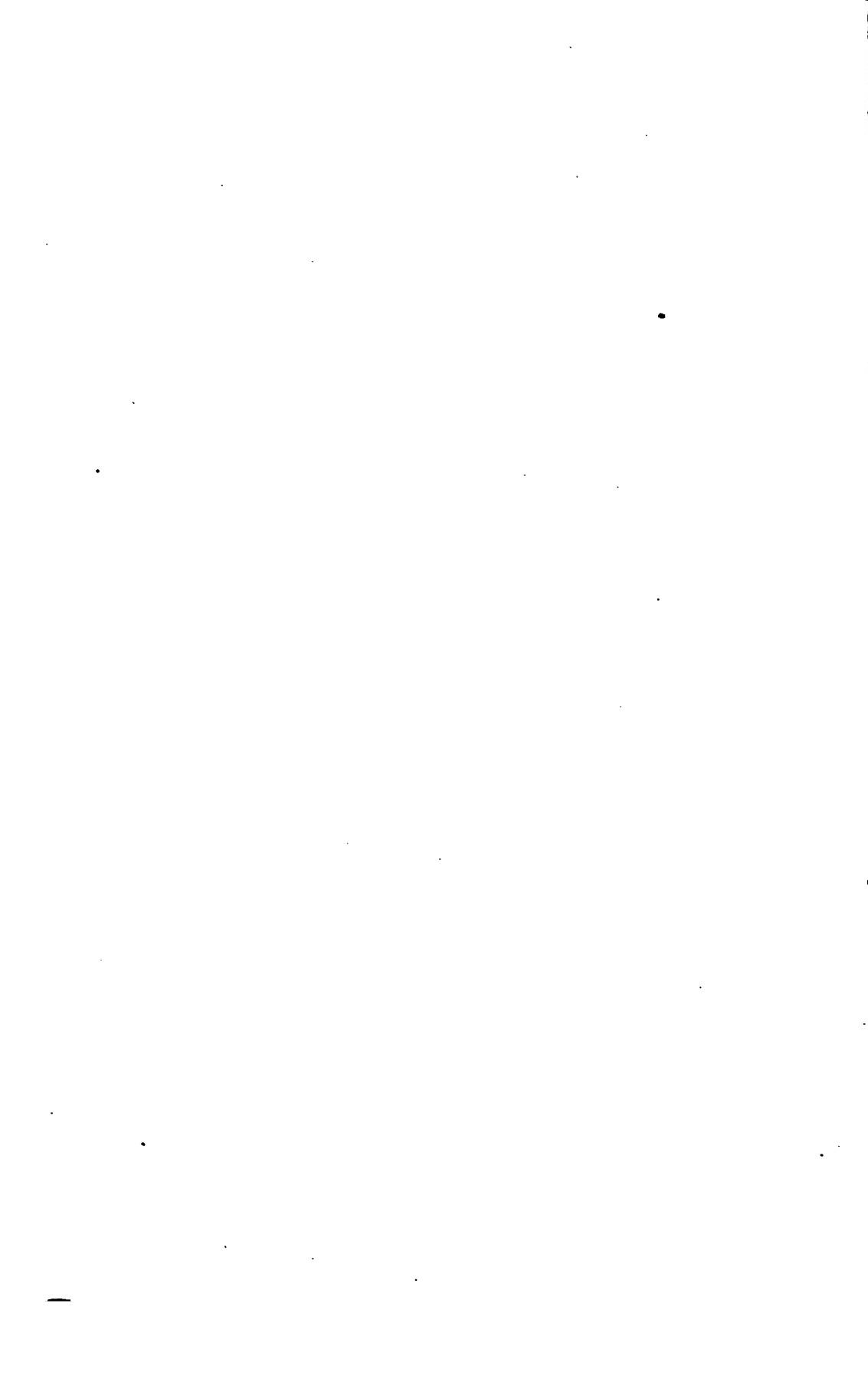
(1) El comandante Salvo, carta citada.

(2) Los parlamentos de 1716 bajo Ustariz, de 1738 bajo Ortiz de Rozas, de 1746 bajo Manso i de 1774 bajo Jáuregui. Tapihue es un estero arenoso pero que ofrece algunos espacios llanos entre las colinas de Yumbel i dista siete leguas al oriente de esta plaza. El jeneral Freire debió venir en persona a este parlamento i se le aguardaba en Yumbel el 16 de enero de 1825, pero sus atenciones de la campaña de Chiloé, probablemente se lo impidieron.

unidad, base de su grandeza, i asumiendo oficialmente su verdadero nombre de Nacion (1), tomó su puesto de soberano entre los demás pueblos del Universo.

(1) El nombre indefinido de *Patria* que había adoptado Chile por una intuición puramente filosófica, desde las primeras campañas de la independencia, i que por lo tanto ha sido el que nosotros hemos seguido en esta relación, solo se cambió oficialmente por el de *Chile* en 1824. Decreto de 30 de julio de ese año firmado por el director Freire i el ministro del interior don Francisco Antonio Pinto.

FIN.



APÉNDICE.

PIEZAS JUSTIFICATIVAS.

Segun dijimos en el lugar respectivo, hemos reservado para el Apéndice solo aquellos documentos que tenian "alguna extension o que no se encontraban intimamente ligados con la relacion del testo.

La nómina de aquellos es la siguiente:

- Documento núm. 1. Instrucciones de Benavides prescribiendo la guerra a muerte en 1819.
— — 2. Oficio de Benavides al virrey del Perú dando cuenta de la matanza de Tarpellanca.
— — 3. Piezas relativas al asesinato del doctor don Prudencio Lazcano.
— — 4. Instrucciones del coronel Prieto al marchar al sur con la segunda division en octubre de 1820.
— — 5. Instrucciones al comandante don Pedro R. Arriagada, nombrado jefe de bandas para hacer la guerra de vandalaje en 1820.
— — 6. Notas cambiadas entre el jeneral Prieto i el ministerio de la guerra, con motivo de las órdenes de éste para hacer una guerra de vandalaje contra Benavides.

- Documento núm. 7. Bandos de Benavides durante su ocupación de Concepcion en 1820.
- 8. Correspondencia entre el jeneral Freire i Benavides, con motivo del armisticio propuesto por el último a fines de 1820.
 - 9. Carta de Benavides al jeneral don José Miguel Carrera, proponiéndole su alianza, ántes de emprender su campaña de 1820.
 - 10. Instrucciones al teniente Mainery para hacer el corso en 1821.
 - 11. Correspondencia de Pico, Bocardo i Jil Calvo con el jeneral Freire i el coronel Lantano, negándose a capitular en Quillapalo.
 - 12. Piezas relativas al motín de Osorno en noviembre de 1821.
 - 13. Instrucciones dadas al coronel Beauchef para la pacificación de Valdivia en 1822.
 - 14. Bando del jefe del motín de Osorno, explicando las causas de aquél.
 - 15. Correspondencia del jefe del motín de Osorno con el cabildo de Valdivia i ceremonial por el que se nombró nuevo gobernador i se firmó el acta de perdón de los sublevados.
 - 16. Instrucciones para perseguir el vandalaje en el camino de Santiago a Valparaíso en abril de 1822.

Número 1.

Instrucciones de Benavides estableciendo la guerra a muerte en 1819.

Instrucción a que deben ajustarse los comandantes i oficiales de la división de mi mando que van a emprender la marcha con su tropa a los puntos i partidos de la otra parte del Biobio, sujetándose en un todo a ella, cumpliendo con lo que a cada uno le tocare; i son las siguientes:

1.º Todo Comandante de escuadron, capitán de compañía, u oficial subalterno que a su cargo lleve tropa, i sea destinado a cubrir alguno partido de la provincia, luego que haya recibido ésta, emprenderá la marcha con el mayor orden, no permitiendo que por ningun motivo ni pretesto, se separe de su fila ningun soldado, ni individuo que lleve a sus órdenes.

2.º Debe guardar la mayor urbanidad i politica con todos los habitantes del tránsito o avecindados, i lo mismo harán observar a todos los que les estén subordinados.

3.º Para el mejor acierto de todas las operaciones, se asociará i consultará con el sujeto que a cada comandante le acompañe para que con sus conocimientos i luces que preste, asegure la subsistencia de la division i su fomento.

4.º Todo auxilio de carnes, bagajes, u otros auxilios que necesiten, deberán pedirlos por conducto de los jueces territoriales, i no subviniendo esta autoridad, deberá franqueárlas el sujeto con quien va asociado, i cuando no los proporcione por un inconveniente imprevisto, los tomará con toda prudencia, dando el correspondiente recibo al interesado.

5.º Deberá fijar por punto principal el destruir al enemigo según i como lo permitan sus fuerzas, persiguiéndolo siempre que pueda hasta su total extermación, i lo mismo con todo aquel que se le justifique ser adicto i defensor de sus ideas.

6.º Siempre que alguno de los comandantes de partida necesitasen pronto auxilio por hallarse próximo a ser atacado, i conviniese para la destrucción del enemigo reunir una o dos partidas mas, oficiará a los comandantes inmediatos esponiendo su situación i fuerzas de ellos, presentándolas inmediatamente para que no se malogre la empresa.

7.º Deberán fijar su atención en destacar partidas volantes a los caminos reales con el fin de tomar toda correspondencia, auxilios, víveres i pertrechos de guerra, u otro que los enemigos trasporten de un lugar a otro, i especialmente los que se hallan próximos a los caminos de la capital, que conseguida esta empresa, e interceptada la correspondencia, resultan grandes ventajas al servicio del R. E. I., i acierto de toda empresa, así ofensiva como defensiva.

8.º Siempre que se aproxime algún convoi, bien sea de metálico, efectos, pertrechos de guerra, caballada, o vacada u otra cualquiera especie, el comandante de la partida hará un inventario ante testigos, i con él remitirá todo lo apresado, a donde yo estuviere o a otro punto seguro, bajo la custodia competente para conducirlo a salvamento.

9.º Si en el punto de su residencia hubiese habido algun vecino o comerciante insurjente declarado i éste por adicto a la causa del enemigo haya hecho fuga, se embarcarán todos los intereses que hubiese dejado, procediendo un formal inventario ante testigos, remitiendo los intereses i ganados bajo segura custodia a disposición del señor intendente interino de esta división don Juan Antonio Sans, quien deberá acusar haberlo recibido.

10. Todos los desvelos deberán ser dirigidos a revolucionar los partidos, atraer los ánimos de los habitantes, aumentar las fuerzas i tener en continuo movimiento al enemigo, tratando con la mayor asabilidad a toda la pobreza i jente de campaña de quienes podemos conseguir grandes ventajas.

11. Si en el partido i sus inmediaciones que debe ocupar, se hallase sin juez i sin diputados, ya sea por fuga de los que haya habido, o los que existiesen no le sean de una total confianza i adhesión decidida a la causa del soberano, me dará pronto aviso, informando el sujeto en que pueda recaer, i se haya revestido de todas las cualidades que se requieren para su desempeño.

12. No omitiendo fatiga ni sacrificio que sea conducente a hostilizar al enemigo, teniendo cortas partidas volantes de observación por sus inme-

diaciones, espías i sujetos fieles para evitar toda sorpresa, i ver si se puede verificar en el enemigo. No debiendo tener punto fijo de residencia, ni pasar la noche donde hubiese estado acampado de dia.

13. El comandante de partida que en accion de guerra o fuera de ella hiciese prisioneros, i no los pueda conducir a donde se consideren seguros, *los pasará por las armas* prestándoles los divinos auxilios que se puedan proporcionarles. Pero de *ningun modo* otorgará la vida a *ningun paisano* que se encuentre en guerrilla o con las armas en las manos i se les justifique ser insurjente.

14. Tanto sus movimientos como los del enemigo, su situacion i otras noticias que merezcan atencion me darán pronto i circunstanciado aviso, dirigiendo si pudiere directamente los partes, i de no de una en otra partida, i lo mismo hará con las que hubiese inmediatas para su conocimiento.

15. Si se apresase algun jefe enemigo, oficial o persona de circunstancias que por su situacion no pudiese ser conducido a alguno de los puntos de seguridad, o que no se considerase seguro con la division, o de su presencia pueda resultar algun perjuicio al real servicio, será pasado por las armas, tomándole primero declaracion de cuanto se deseé saber como es el estado de su gobierno, planes i proyectos interiores, sus fuerzas, etc. así de los de Santiago como de los de Buenos-Aires i el Perú para mi conocimiento i medidas, i poder dar cuenta al señor jeneral don Juan Francisco Sánchez, de estas ideas: si se pasase alguno se tomará la misma declaracion aunque sea soldado i si se agregase a las armas, deberá el comandante velar sobre sus operaciones.

16. Observará por punto jeneral todo lo contenido en los artículos anteriores bajo la mas severa responsabilidad con su empleo i persona, al que contraviniere alguno de ellos. Pero si las circunstancias exijiesen otras medidas que no vayan expresadas, lo hará como responsable de sus operaciones, pero nunca se separará de la sagacidad, política i armonía en el trato de los habitantes.

El señor capitán de la segunda compañía del rejimiento de infantería montada don Francisco Mendoza, emprenderá la marcha para el otro lado a cubrir todo los puntos del partido de Puchacai, i todos los demás inmediatos i anexos a él; i que mediante a sus vastos conocimientos por aquellos puntos no rezan con él los artículos que tratan de los sujetos prácticos que a cada comandante deben acompañar.

Es dado en el cuartel jeneral de Arauco a 27 de agosto de 1819.— *Vicente Benavides.*

Número 2.

Oficio de Benavides al virrey del Perú, dando cuenta de la matanza de Tarpellanca.

Excelentísimo señor:—Despues de la accion de Tarpellanca i de haber hecho prisionero de guerra al *rejimiento* número 1 de Coquimbo con todos

us oficiales, seguntengo a V. E. comunicado en el parte de ocurrencias, me ví precisado a mandar pasar por las armas dichos oficiales, por no tener un punto en que asegurarlos, i hallarse a la vista de su misma tropa, de quien temía con fundamento una sublevacion que trastornase mis proyectos, estando todavía en un movimiento continuo para atacar las partidas enemigas que se iban reuniendo en varios puntos: agregándose a todas estas circunstancias, el que entre los oficiales prisioneros se hallaban los coronelos Andres Alcázar i Gaspar Ruiz, quienes habían sido capitanes por el rei, i habían tomado partido con los enemigos; i eran los principales revolucionarios de la provincia, teniendo en ella el mayor influjo i conexiones, i habían levantado en mi contra toda la tierra de indios hasta Valdivia; los fieles naturales que llevaba en mi compañía pedían fuertemente la cabeza de aquellos obstinados insurjentes, que les habían inferido tantos perjuicios, para escarmientos de las reducciones que los seguian i a quienes no convenia disgustar: sobre todo el que la guerra que me tienen declarada es sin cuartel, como se lo tengo comunicado anteriormente a V. E., como se ha visto en los oficiales i soldados que hacen prisioneros, que en el momento los fusilan, cuando no los matan a sable: i espero que V. E. en vista de estos antecedentes, se servirá aprobar la ejecucion que he mandado en dichos criminales.—Dios guarde a V. E. muchos años, cuartel jeneral en Concepcion, noviembre 12 de 1820.—Excelentísimo señor.—*Vicente Benavides.*—Excelentísimo señor virrey del Perú don Joaquin de la Pezuela

Número 3.

Piezas relativas al asesinato del doctor don Prudencio Lazcano.

I.

Solicitudes que aquel funcionario dirigió al gobernador de Mendoza desde el fuerte de San Carlos, donde se encontraba preso en 1818.

Señor gobernador-intendente don Toribio de Luzuriaga.—No es mi ánimo interrumpir la fuerza de los decretos superiores que quizá ligan los de US. sobre mí, cuando quiero inclinar su bondad a mi favor. Treinta i seis días cuenta hoy mi existencia en este fuerte de San Carlos, sin haber tocado sus umbrales. Mi comportación juzgo no ha avisado los cuidados que al recelo hayan provocado para esta medida de seguridad, si análoga a aquel principio, contraria a mis sentimientos: crecen éstos a virtud de mi situación que exige un pequeño desahogo; si está en el arbitrio de US. concederle, yo lo interpelo. La casa de algun ve-

cino de esta villa de conocido civismo puede servir de igual seguridad que la mansion en que habito; i si esta gracia no es aequible, permítaseme al ménos salir algunos ratos sobre el estero que rodea este edificio para tomar el baño que restableza mi salud quebrantada.—Dios guarde a US. etc.—Fortaleza de San Carlos, 24 de noviembre de 1818.—*Doctor, Prudencio de Lazcano.*

Señor coronel mayor, gobernador intendente don Toribio de Luxuriaga.—Las justas causas que demoran en esa al comandante jeneral de frontera, suspenden tambien el ver realizados mis deseos manifestados a US. en 24 del pasado en oficio de su fecha, i si US. por entonces no dió la orden pedida, no fué por haber recibido con desagrado aquellos, sino por esperar el regreso de aquel, segun me lo advirtió en 12 del corriente: con este justo motivo i al vencimiento de cerca de un mes vuelvo a elevar mi suplica para que, o por el mismo conducto recibo de ésta, o del comandante jeneral se sirva US. poner en ejercicio una gracia allanada, valiéndome para su ejecucion no ya de las órdenes libradas en mi favor por Buenos-Aires i Chile, segun en cartas se me anuncia, sino de la jenerosidad con que US. sin esos antecedentes lo había prometido, sirviendo de nuevo estímulo, la dichosa prole con que el cielo premia sus desvelos en favor del estado i la humanidad por cuyo nacimiento felicito a US.—Dios etc.—Fuerte de San Carlos, diciembre 22 de 1818.—*Doctor Prudencio de Lazcano.*

II.

Vista fiscal en el proceso seguido con motivo del asesinato del doctor Lazcano

Señor comandante jeneral.—Un asesinato de la crudeldad i alevosía que presenta este proceso exijia que el proditor pagase en el momento la muerte en que desahogó su ferocidad. El ha sobrevivido a su crimen once dias, cuando no merecía haber visto la luz de uno solo. Concluida la causa el auditor de guerra opinó por su escarmiento con la pena del último suplicio.—Pero US. a virtud del supreme decreto del 1.^o del corriente ha enjuiciado el proceso esta comision militar. Este jeneral acaba de sentenciar al reo condenándolo a la horca. Por ordenanza (si US. se conforma) debe procederse a la ejecucion i ella es tanto mas urgente cuanto que el pueblo mira con una asombrosa especetacion la osadía del delito i el ánsla de su castigo. Cualquiera otros trámites sobre ser extraordinarios i ajenos de la lei, darian ocasion a los enemigos de la causa a exitar por una parte el escándalo, i fundar por otra la sospecha de temor e de intriga de que sordamente nos acusan. Así juzgo que US. por el honor nacional, por el decoro de su autoridad, por la vindicta pública, por la seguridad del depósito i por el exacto cumplimiento de la ordenanza debe resolver que el reo Manuel Romero dentro de dos horas sea pasado por las armas, su cabeza elevada en una pica en la plaza del suplicio (que da frente al mismo depósito de prisioneros) i la tentativa publi-

ñada con una breve idea del horrendo crimen en la *Gaceta ministerial*.—
Santiago, 8 de agosto de 1820.—Doctor Vera.

Número 4.

Instrucciones dadas al coronel Prieto al marchar al sur con la segunda división en octubre de 1820.

Instrucciones que deben reglar la conducta del comandante en jefe de la segunda división del ejército, coroado de artillería don Joaquín Prieto:

Compónese por ahora la división de una compañía de infantes de la patria, otra de nacionales de esta capital, del 4.^º escuadrón del regimiento de la escolta directorial, del 2.^º de dragones, cuatro piezas de artillería volante con su competente dotación, un pequeño parque, un escuadrón del regimiento de milicias de caballería de San Fernando i el batallón de milicias de infantería de Talca.

Como los desgraciados sucesos que recientemente han sufrido nuestras armas en la provincia de Concepción nos hayan sorprendido en el momento en que la expedición libertadora del Perú hubo dejado el país desguarnecido i poco menos que exahusto de casi todos los elementos de guerra, debe sostener la que hagamos un carácter *puramente defensivo*, mientras que engrosado el ejército por las activas providencias que se adoptan se halle en aptitud de tomar la ofensiva i deshacer de un golpe el impetuoso vandalaje que insolente con sus pasajeras ventajas inunda aquella provincia, amagando envolver la de Santiago, cuya defensa es el primer carácter i empeño de la segunda división. En esta virtud, el comandante en jefe marchará con ella a situar sobre la banda derecha del Maule una línea defensiva que impida a todo trance las invasiones o incursiones que traten de hacer los enemigos, situando su cuartel general en el paraje o punto qué creyere más conveniente.

Aunque la fuerza veterana i de milicia que obra en los partidos de ultra-Maule al mando del comandante don Benjamín Viel depende naturalmente de la primera división que comanda el jeneral don Ramón Freire, sin embargo, quedará dicha fuerza sujeta a las órdenes del comandante en jefe de la segunda división por todo el tiempo que estuviese interceptada la comunicación entre ella i el jeneral Freire.

Será uno de los principales objetos del comandante en jefe tener en incessante inquietud al enemigo, haciéndole la guerra en los partidos de ultra-Maule con las fuerzas que hoy existen en ellos i con todas las demás que puedan aumentarse, estriadas de las milicias de la misma provincia, procurando que el modo de hacerla sea análogo al que practica el enemigo: es decir, que contra la guerra de desorden o de montonera que sostiene,

trate de oponerle otra de igual carácter, pues entonces siendo atacados con iguales armas, sin perjuicio de las fuerzas que deben cubrir la línea defensiva del Maule, se conseguirá deshacerlo por la propia falta de recursos a que insensiblemente debe irsele reduciendo.

Escusará por todos medios que el grueso de su division pase a la margen izquierda del Maule, a mímos que una probabilidad demostrada no le convenza la necesidad de este movimiento para lograr una gran ventaja sobre los enemigos. I aun en este caso se le previene que, si el tiempo le permite, consulte al gobierno la práctica de semejante operación, informando prolifa i detalladamente sobre los motivos de conveniencia que hubieren para ello.

Queda autorizado el comandante en jefe para llamar en auxilio de su division en caso necesario, todas las fuerzas de milicias de los partidos de San Fernando, Curicó i Talca.

Procurará por todas vias ponerse en comunicacion con el jeneral Freire, para combinar con él sus movimientos.

No perderá de vista un momento en reanimar el espíritu de los pueblos, inspirarles confianza en el gobierno i nuestras fuerzas i hacerles detestar la horrorosa conducta de los malvados, que como hordas de asesinos i de bárbaros todo lo devoran i aniquilan.

El incessante espionaje del enemigo es otro principal objeto a que debe contraerse, procurando, si es posible, introducir, celos, rivalidad i desconfianza entre los enemigos, valiéndose de los datos del papel adjunto i de los demás que adquiera, tratará así mismo de sacar todas las ventajas que se puedan de la desafección natural, que respecto de los enemigos se supone en las desgraciadas tropas del batallón número 1 de cazadores, que a la fuerza les han obligado a tomar partido.

Sabe mui bien el comandante en jefe que si en la grande escasez de tropa de linea, no ha podido dársele una division completamente veterana, a lo míenos la parte de milicias que hai en ella es escogida entre lo mejor i capaz de perfeccionarse pronto en el arte de la guerra, si se le disciplina con incnsancia, por tanto será uno de los primeros empeños, doctrinar su division sin perder instante, especialmente en la parte táctica.

Se recomienda al comandante en jefe aumentar con toda la recluta que pudiere los cuerpos i piquetes veteranos de que consta su division, trayéndolo por todos medios de los partidos inmediatos al Maule.

La horrorosa guerra de sangre i de esternamiento que hacen los enemigos, solo puede contenerse con la *retaliacion* por amor a la humanidad que destrozan aquellos malvados, por tanto se le autoriza para toda especie de represalias.

Hará entender i prometerá a nombre del gobierno a toda su division i especialmente a las fuerzas que obran ultra-Maule, que todos los terrenos pertenecientes a los indios, todos los dineros, alhajas, animales i demás bienes, muebles i semovientes de los enemigos de ésta i la otra banda de Biobio, quedan desde luego cedidos en posesión i propiedad a los valerosos que a costa de sus esfuerzos los gauaren.

Formará una partida con el nombre de *guías*, compuesta de hombres prácticos de la provincia, valientes, de secreto i a toda prueba, comprometidos por la causa del país, cuyo principal instituto será el de espiar

incessantemente al enemigo i hacerle la guerra de zapa hasta tocar el recurso de quitar del medio a los primeros vandidos.

Esta campaña será mandada por un oficial de milicias de toda confianza i desempeño, tendrán sus individuos sueldo fijo, proporcionado a la especie de servicio a que se les destina i capaz de lisonjear sus aspiraciones.

Las familias de los partidos de ultra-Maule evidentemente enemigas de la libertad americana, adictas a los españoles, a Benavides i a los bárbaros serán arrancadas de aquellos pueblos i remitidas con escolta de milicias a esta capital; donde se les dará el destino conveniente. Se encarga mucho la ejecución de este artículo al comandante en jefe, quien cuidará que ni una mujer, ni un solo niño pertenecientes a familias enemigas quede en aquellos lugares.

Del honor, actividad, i conocimientos del comandante en jefe, espera el gobierno un resultado glorioso para nuestras armas, en la seguridad que esta supremacía coadyuvará con todos sus esfuerzos.

Palacio directorial de Santiago, a 18 de octubre de 1820.—Dios guarde a U.S.—José Ignacio Zenteno.

Número 5.

Instrucciones al comandante don Pedro R. de Arriagada, nombrado jefe de bandas para hacer la guerra de vandalaje en 1820.

Habiendo hecho conocer la experiencia de un modo concluyente, que las tropas de línea se emplean vanamente en extinguir las partidas de guerrilla de los enemigos cuando a éstas no les faltan los recursos para su subsistencia, i les provoca el interés del pillaje, i creyendo el excelentísimo señor Director supremo que solamente la oposición de una guerra de igual naturaleza a la que el perfido Benavides anima en la provincia de Concepción, puede hacer cesar los males de aquel desgraciado país, ha venido S. E. en nombrar a Ud. comandante de todas las milicias de caballería i partidas de guerrilla que deben formarse para hostilizar al enemigo en ese otro lado del Maule. Esta determinación se comunica hoy mismo al comandante en jefe de la segunda división coronel don Joaquín Prieto i por efecto de ella Ud. deberá observar inviolablemente las instrucciones siguientes:

1.º Dependerá Ud. inmediatamente de las órdenes de dicho comandante en jefe, i cumplirá con la mayor exactitud todas las que le comunique concernientes al servicio.

2.º Con él deberá Ud. entenderse en todas las solicitudes que estable para alcanzar armas, municiones, pertrechos, etc. i lo mismo respecto de cualquiera otra que tenga conexión con las funciones militares.

3.º Ud. propondrá a dicho jefe los sujetos que por su valor i patriotis-

mo crea capaz de ponerse a la cabeza de las guerrillas que se erijan i admitirá los que sean mas nombrados por aquel conducto. Las circunstancias a que Ud. debe atender para la elección de comandantes de guerrilla serán, como queda dicho, los de conocido valor i patriotismo, i hará inui al caso de que sus calidades morales tengan una perfecta conformidad con las de los apellidos Pincheira, Zapata, etc. i demás caudillos enemigos, pues debiéndoseles introducir la misma guerra que ellos hacen, es necesario buscar todos los medios de conseguirlo, afrontándoles hombres que atraídos tambien del pillaje abandonen sus hogares con esperanza de medrar a costa del enemigo o del país que ocupa.

4.^a Al gobierno es sumamente sensible tener que adoptar unos estremos tan ajenos de la nobloza de sus intenciones i sentimientos; pero siendo los mismos de que se valen los enemigos para perjudicar los intereses de la patria, creo tambien un deber suyo vindicar la nación observando una linea igual de conducta i poniendo en ejercicio cuantos resortes sean necesarios a alargar las pasiones de nuestros milicianos.

5.^a Ud., de acuerdo con lo indicado en los anteriores artículos, procederá inmediatamente a crear cuantas guerrillas estén al alcance de su posibilidad, sometiéndolas al mando de personas del carácter que se deja establecido i que teniendo mas que esperar que temer de la guerra, puedan arriesgarse a cuantas empresas se les dirija.

6.^a Todo aquel jénero de licencia que el enemigo permite a sus rapiaces cuadrillas, dispensará Ud. a las partidas que estén bajo sus órdenes, siempre que se encuentren en país próximo al enemigo o invadido por él. Las circunstancias son las que han de señalar a Ud. el tiempo en que conviene estimular a su tropa con los alicientes del saqueo i demás libertades de que el enemigo usa con tanta ventaja i desempeño.

7.^a Ud. queda exento de toda responsabilidad cuando obre del modo preventivo en los anteriores artículos, pero será mui del agrado del gobierno que se cause siempre el ménos mal que se pueda, en caso de que los incidentes de la guerra i nuestra utilidad lo permitan.

8.^a Deberá Ud. internar sus partidas hasta el mismo centro de los enemigos si es posible. El atractivo del robo hará atrevidos a nuestros guerrilleros, i serán en gran número los que se reunan luego que sepan los arbitrios que se les vincula para indemnizarse de sus fatigas i pérdidas. Ud. hará entender a sus tropas todas estas circunstancias para que inflamados por el deseo del botín trabajen con tanto provecho como es necesario.

9.^a Por ultimo cree el gobierno que alimentadas todas las partidas de guérilla con ideas que tanto halagan su codicia o ambición, podrá Ud. maniobrar con ventaja sobre el enemigo, porque careciendo éste de armas i municiones para reemplazar las faltas que a cada paso deben ocurrirle en este ramo, ha de desmayar tarde o temprano, entregándose el país a discrecion. Ud. está en distinta aptitud, pues la segunda división de Prieto, que se halla inmediata a su retaguardia es el centro i fuente de recursos en pertrechos de guerra, que se puede obtener a medida que los del enemigo se disminuyen o aniquilan.

Todo lo que tengo el honor de comunicar a Ud. de suprema orden para su inteligencia i que se sirva inmediatamente proceder segun se determina, dando cuenta al gobierno de su ejecucion i de los primeros resultados que

se note en el establecimiento del antecedente plan de operaciones.—Dios
guarde, etc.—Santiago, 4 de noviembre de 1820.—*José Ignacio Zenteno.*
—Señor teniente coronel don Pedro Ramón de Arriagada.

Número 6.

Notas cambiadas entre el coronel Prieto i el ministerio de la guerra con motivo de las órdenes de éste para hacer una guerra de vandalaje contra Benavides.

I.

Nota del ministro Zenteno autorizando la guerra de vandalaje.

He recibido i puesto en consideracion del Excelentísimo señor Director supremo los dos oficios del comandante Viel que US. se sirve incluir en su recomendable nota del 1.^o del actual, relativos al estado presente de la provincia de Concepción i a las circunstancias en que trata de invadir nuevamente a Quirihue el bandido Zapata.

Si efectivamente es cierta la reunion de mil quinientos nombres enemigos en el Roble, como Viel asegura, no puede ser extraña la retirada de este jefe desde San Carlos al Parral, porque el número de aquellos es considerable i sería esponerse a que lo envolviesen si pensase en permanecer en el primer punto; pero si en esta parte es exacto su modo de ver, no así sucede respecto del sistema que juzga mejor para batir a las cuadrillas enemigas.

Pretende que para hacer la guerra con ventaja por parte nuestra conviene emplear tropas de línea como mas propias para contener los progresos del enemigo i para escarmentarlo en cuantas ocasiones se presenten. Esto es cabalmente lo contrario de lo que debe hacerse i lo que el enemigo desearía para consumir nuestras fuerzas, por términos lentos, pero muy seguros i sin riesgo. La experiencia que ministra la guerra de Buenos-Aires contra las montañeras i la que nuestras tropas de línea han llevado a Concepcion en esta última época contra las partidas de Benavides, está en contradicción con el parecer del señor Viel. Una campaña abierta por infinitas guerrillas que solo hagan la guerra de recursos, es imposible terminarla favorablemente, a menos que no se le concluyan o que no sean atacados bajo el mismo plan que ellos adopten. Querer que las tropas regladas esterminen a un enemigo dispuesto a obrar ofensiva o defensivamente solo cuando le conviene, es un dilate de tanto bulto, que de sus consecuencias se resiente aun en el dia aquella capital de las provincias unidas. Un adversario tan dispuesto para atacar como pronto para huir, no es el que conviene a las tropas disciplinadas. Los Partos en la antigüedad

dad i los Cosacos en nuestros dias han sido siempre terribles a los ejércitos mejor organizados, por la demasiada movilidad de las bandas en que se presentan a la refriega. Nosotros tenemos pruebas irrefragables de esta triste verdad en casi todas las operaciones que se emprendieron por nuestro ejército del sur; pues aunque se conseguian ventajas a cada paso, siempre los bandidos, las hacian en parte nulas, por el conocimiento del terreno que a estos les asistia i su indeciso modo de pelear. Estas dos circunstancias, no solamente ponen siempre en sus manos la seguridad de salvarse, sino que tambien los hacen audaces i proporcionan su reunion inmediatamente i sin embarazos.

Si a estas reflexiones se agrega la facilidad que tienen los enemigos de desaparecer precipitadamente cuando desesperan de obtener suceso sobre las fuerzas regladas i de dispersarse hasta el extremo de hacer una retirada individual, señalando punto de reunion para rehacerse despues i volver a intentar nuevas hostilidades, vendremos a confesar sin violencia, que las tropas de linea no se han formado mas que para batir a otras de la misma especie i que las partidas de vandalaje estan en la misma razon: esto es, que para destruirlas es indispensable introducirle guerrillas que en nada se diferencien de ellas en cuanto a los resortes que deben estimularles a obrar tan alternativamente como se apetezca, variando solamente en las armas que manejen para lograr un vencimiento positivo sobre el enemigo.

Viel se queja de la falta de disciplina en que se encuentran algunas de las partidas quo estan a sus órdenes, i aunque en ésto discurre militarmente, es mui fuera de propósito su doctrina en las circunstancias que nos rodean. Para exhibir un estímulo capaz de hacer entrar en todo tranche a nuestros milicianos es indispensable permitirles la misma licencia con que proceden los enemigos, es decir, presentarles alicientes que halzguen su ambicion o codicia para instigarlos hasta arriesgar su vida por la esperanza del botin que puedan alcanzar con el triunfo.

Todo lo dicho puede reducirse a esta conclusion: que teniendo nosotros mas hombres que el enemigo, para que atraidos como él del pillaje le hagan una guerra de igual naturaleza a la que sustenta en la actualidad, debemos ponerla por práctica sin la menor tardanza, i si a ésto se añado el mayor número de tropas de linea con que contamos i las armas que podemos facilitar a nuestras guerrillas, es necesario creer que el triunfo por nuestra parte será cierto.

En virtud de lo expuesto, es la voluntad del Excelentísimo señor Director supremo que U.S. se sirva proteger la formacion de cuantas partidas de guerrilla puedan erijirse para invadir la otra parte del Maule, haciendo saber a los caudillos que se pongan a su cabeza que usarán de *toda la licencia* que el enemigo tolera o fomenta entre sus bandidos. Para esto sera conveniente que U.S. elija por medio de los mas esquisitos informes las personas mas adecuadas a esta clase de mando, haciendo que recaiga la eleccion sobre hombres que siendo patriotas conocidos tengan, si es posible, *las mismas calidades que Zapata, Pincheira i demas detestables corifeos que dirigen las atrocias hordas de Benavides*. Por este modo únicamente espera S. E. cesaran los males que aslijen la provincia de Concepcion i U.S. desde luego puede dar principio a ejecutar cuanto se previene con la rapidez que exige nuestra situacion.

S. E. admite la renuncia que hace el comandante Viel, en virtud de la cual puede US. proceder a estenderle su pasaporte, haciendo entregue el mando de su escuadrón al oficial de mas graduación que exista en él con órden de que venga a presentarse a S. E.

El teniente coronel Arriagada debe encargarse de toda la caballería de milicias i con esta fecha se le dirijen instrucciones reservadas para que proceda de conformidad con lo que dejo indicado, respecto de la conducta que han de observar sus guerrillas. El sargento mayor Boyl mandará toda la caballería de línea de ultra-Maule i al mismo tiempo segundará todos los movimientos de Arriagada sin comprometer su fuerza, pero obrará si es conveniente, con lo que respecta a la moral del soldado por los mismos principios que debe rejirse Arriagada para lo que US. le impartirá los suficientes conocimientos en el particular.

Por último, es indubitable que manteniéndose US. de este otro lado del Maule con su fuerza respetable de línea, fortificando los pueblos como anteriormente le tengo manifestado i protegiendo con armas las guerrillas que en gran número deben formarse atraídas del saqueo, se conseguirá vencer al enemigo, pues éste carece de armas i municiones i se deterioran las que tiene, al paso que nosotros podemos auxiliar con estos indispensables artículos a nuestras partidas avanzadas.

S. E. no duda que US., convencido de la utilidad de este plan, lo ponga por obra sin pérdida de instantes, dando cuenta al gobierno con toda prontitud de los efectos que produzca i de haberlo así verificado.—Dios guarde etc.—Santiago, noviembre 4 de 1820.—*José Ignacio Zenteno.*

II.

Contestacion del coronel Prieto.

He recibido la honorable comunicacion de US. fecha 4 del corriente i al momento he dispuesto la venida de el comandante Viel encargando el mando interino de la division de ultra-Maule al teniente coronel don Pedro Arriagada.

Las poderosas razones con que US. funda la necesidad de hacer la guerra a las montoneras del mismo modo que ellas, son indudablemente muy poderosas i hacen decidir en su favor el ánimo menos reflexivo. Sin embargo de que es preciso tener presente que cuando las partidas volantes son sostenidas por tropas de línea se inclina siempre a éstas la balanza. Este convencimiento me había ya impelido a tratar de formar escuadrones de caballería en los partidos de ultra-Maule bajo la dirección de hombres de concepto i opinión que obrando bajo mis inmediatas órdenes, fuesen unos centinelas continuados de los movimientos de los bandidos. Veo que US. coincide en el mismo proyecto; pero que los medios son distintos. He comunicado a fondo con los patriotas mas honrados de aquellos partidos. He visto su decisión por contener los desastres de sus territorios. He observado jeneralmente un entonamiento admirable, apena llegué

con mi division e hice pasar el Maule el 4.^o escuadron de cazadores, i me prometo que mui en breve producirán los mejores resultados mis tentativas e incitaciones. Los enemigos que se hallaban en esta parte del Itata, cuyo número es solo de trescientos a cuatrocientos hombres, no se avahzan sino que han retrogradado por vias o caminos escusados, como he dicho a US., de suerte que todo por ahora presenta el mejor aspecto. Por lo mismo me ha parecido de necesidad consultar a US: si aun en esta circunstancia debo proceder a la pronta ejecucion de lo que allí se me previene. Me determino a este paso porque en hacerlo nada se aventura cuando no hai que temer por ahora, i al contrario podría no convenir en la actualidad una medida que talvez la exijió la idea de una situacion mas apurada. Pero entretanto permítame US: le manifestar los inconvenientes que sin duda vamos a tocar con llevar adelante este proyecto. .

Los pueblos donde van a ensayarse nuestros nuevos bandidos se componen de patriotas i amigos. Sus ganados i haciendas van a ser el botin de aquellos, cuando los enemigos no tienen sino fondos limpios i pelados. Exijiran como es justo por el remedio; verán una completa indiferencia, se persuadirán de la autorizacion de los robos i huirán sin duda a donde puedan ocultarse con el robo de sus animales. Las milicias que componen la mayor parte de casi toda nuestra fuerza de ultra-Maule van a participar de éstos robos i saleteos: sabrán sus perjuicios i volverán a remediarlos concluyendo así el único respeto que pára las marchas del enemigo; se exasperaran i talvez canzados de padecer darán auxilios a Zapata u otro caudillo, a fin de que concluya una guerra que de todos modos no les produce sino desgracias. Estas son consecuencias precisas, pero no son solas. Pasemos adelante.

Embebidos por las partidas en el robo, no se ocuparan del enemigo: éste seguirá sus marchas i aquellos, como recientes, no podrán resistirle; si es que se les presentan, se verán perseguidos i como entonces aquellas campañas enteramente desoladas no les presentan el pasto preciso a su rapacidad, volverán a esta banda trayendo consigo el desorden que tanto lamentan los pueblos de arriba. La tropa de línea con este ejemplo i el permiso tácito que US. me indica, perderá su moralidad, rompiendo los diques de la subordinacion, se agavillaran bajo el primero que los recibiese; esta division quedaría sin ningun hombre, i la capital misma tendría en sus partidos un refugio jeneral de desertores i bandidos. No podría ciertamente contarse con un soldado, quedando de este modo espuerto al capricho del mas emprendedor. Dígnese, pues US., calcular sobre estos males i tener en consideracion las ventajas que podrían sacar los anarquistas de este desorden.

Por último, el deseo solo de evitar al pais de un mal que a mi juicio es el mayor, me ha determinado a importunar a US. Todo está preparado para cumplir las órdenes supremas. Si US. cree que aun en esta circunstancia debe adoptarse este nuevo plan de guerra, dígnese US. prevenirme i al instante principiaré a ponerlo en ejecucion, en el concepto que espero la determinacion de US. para dar curso al pliego dirigido al comandante Arriagada de que US. me habla en su citada nota, que lo he demorado por las mismas razones que hago en esta consulta.—Dios guarde cte.—Tales, noviembre 8 de 1820.—Joaquin Prieto.

Número 7

Bandos de Benavides durante su ocupacion de Concepcion en 1820.

I.

Don Vicente Benavides, teniente coronel de los reales ejércitos de S. M., comandante jeneral de la provincia de Concepcion de Chile i del ejército real expedicionario de este reino.

Exijiendo imperiosamente las actuales circunstancias de la guerra i el estado de esta provincia para organizar el órden i tranquilidad que han alterado en esta ciudad los enemigos de la causa del rei, po' el ingreso a ella del ejército de mi mando, el manifestar a todos sus habitantes, los deseos que tengo de protegerlos, tratándoles con la mayor benignidad propia de mi carácter, e inseparable del esplendor de las reales armas. Por el tanto, ordeno i mando se publiquen con la solemnidad debida los artículos siguientes:

1.º Concedo a nombre de mi augusto soberano, cuya suprema autoridad represento, indulto jeneral a toda persona de cualquiera sexo, estado o condicion que sea, con tal que se presente en el término de tres dias, aun cuando hubiese cometido los mas graves crímenes, incluyendo en esta gracia a todo desertor del ejército real, como de los enemigos que serán incorporados en los cuerpos militares.

2.º Toda persona que tenga en su poder bienes pertenecientes a insurrectos o tenga noticia de quien los tenga ocultos, estará obligado a presentarlos a la intendencia del ejército dentro del mismo término, i el que supiese que los oculta i lo delatare se les entregará la tercera parte de dichos bienes, i si fuese esclavo o doméstico, se les concederá por el gobierno su libertad con el competente resguardo que convenga a su seguridad personal, quedando sujeto el que no lo verifique a la pena de muerte.

3.º Del mismo modo deberá toda persona que no se halla empleada en el ejército con servicio activo entregar en el parque de artillería todas cuantas armas tengan de fuego o blancas, *bajo la pena de ser pasado por las armas* el que no lo verifique dentro del propio término de tercer dia i el que teniendo noticia del que las oculta lo delatare será gratificado acosta del criminal.

4.º Todo habitante, así de esta ciudad como de los demas pueblos de esta provincia, podrá volver a sus hogares sin que se les siga perjuicio alguno del modo que expresa el art. 1.º de este bando, continuando en sus labores i en union de sus familias a que se dirige el principal objeto del ejército de mi mando, sin dejarse reducir a los autores de la revolucion, que procurau aluzinarlos con falsos temores, i para que se hagan patentes

tes mis benéficas intenciones i ninguno pueda alegar ignorancia, publíquese por bando con la solemnidad correspondiente en los parajes públicos i acostumbrados i sacando ejemplar, hágase notorio a los demás partidos de la provincia i fíjese que es fechado en el cuartel general de Concepcion a 4 de octubre de 1820.— Vicente Benavides

II.

Vicente Benavides, teniente coronel de los reales ejércitos i comandante general del de S. M. expedicionario en el reino de Chile, etc.

Por cuanto habiendo llegado a mi noticia los muchos i detestables desórdenes que se cometan tanto en esta ciudad como en los demás partidos de la provincia, con motivo i a pretexto de comisiones finjidas i vejámenes que han experimentado algunos habitantes por individuos sin autoridad lejítima ni facultades para ello, cuyos criminales excesos me han sido del mayor dolor i opuestas a las oportunas providencias que había dictado para evitar semejantes crímenes, tan contrarios a las benéficas ideas de las reales armas, que solo se dirigen a proporcionar la paz i pública tranquilidad a los habitantes de esta desgraciada provincia, como tambien a facilitar los medios de subsistencia, para cuyo fin no omitiré desvelo ni sacrificio hasta conseguirlo, i para remedio de estos males ordeno i mando que se observen inviolablemente los artículos siguientes:

1.º Que cualquiera persona que insultare de palabra o de obra a los que hayan estado bajo del gobierno de los enemigos, aun cuando éstos les hayan prestado los mayores servicios o hubiesen seguido el sistema revolucionario, será castigado con graves penas que les impondré a mí arbitrio para su escarmiento, pues todos aquellos que se hayan presentado a las autoridades lejítimas, sean de cualquiera opinión, se concepután indultadas en virtud del bando que últimamente he mandado publicar en esta ciudad i su provincia i solo en el caso de cometer algun crimen en lo sucesivo podrán denunciar con prontitud a los jefes para su remedio i severa corrección.

2.º Del mismo modo prohíbo que ningún individuo pueda entrar en hacienda ni casa alguna de campo a menos que no lleve espresa órden mia, del gobernador de la provincia o del intendente del ejército firmada como corresponde para que pueda ser obedecida, pues sin este preciso requisito ordeno i mando que cualquiera comisionado que comparezca sin él en alguna de las expresadas casas o haciendas a exijir *porratas* de cualquiera clase, embargos etc, será inmediatamente preso por los dueños o encargados de las haciendas i conducidos bien asegurados ante el gobernador de la provincia, con obligación de ser auxiliados por los jueces a fin de contener i poner término a las exacciones i robos que se hacen i castigar a los infiegos agresores.

3.º Teniendo noticia que en esta ciudad i partidos de la provincia residen varias familias que tienen conexiones, enlaces i parentescos con

los enemigos que se han refugiado a Talcahuano i aun con los que ocupan la de Santiago, por esta razon he tenido a bien concederles, como les concedo desde luego, salvo conducto i libre pasaporte para que puedan pasar a los indicados destinos que mejor les acomode, siendo protejidas por las avanzadas i partidas hasta salir fuera de la linea del ejercito i entrar en la de los que elijan a Talcahuano i a los que a Chile (Santiago), serán conducidas del mismo modo hasta fuera de los limitrofes de la provincia i a fin que ninguno se persuada que esta medida se ha tomado con el objeto de descubrir a los que quieran separarse de la proteccion de las reales armas, he facultado al gobernador politico de la provincia i subdelegados de los partidos para que concedan por sí dichos pasaportes a las personas contenidas en esta gracia, sin que jamas puedan serles do nota en su estimacion, la separacion que hagan de dichos pueblos, pues es mi ánimo manifestar a todos la libertad que tienen de adoptar el partido que les convenga. I para que llegue a noticia de todos, publíquese por bando, sáquense testimonios i remítanse a los subdelegados de la provincia i fíjese, que es fecho en el cuartel jeneral de Concepcion, a 12 de octubre de 1820.

— Vicente Benavides.

Número 8.

Correspondencia entre el jeneral Freire i Benavides coi motivo de armisticio propuesto por el último a fines de 1820.

I.

Habiendo variado por la suerte de las armas el proyecto que me había propuesto de evacuar la provincia por medio de una guerra lejítima, he tenido que valermee de convocar en mi socorro todas las naciones aliadas de los cuatro principales Butalmapus. Estas se hallan espeditas i en reunion para salir conmigo a devorar i hostilizar con la ferocidad que acostumbran todas las posesiones de este hermoso pais que sin duda alguna lo verificarán dentro de un breve término, pues es jeneral entre ellos el entusiasmo i ardor con que están empeñados en esta empresa. Yo, por un efecto de humanidad, descando con toda la efusion de mi corazon evitar el derramamiento de la sangre inocente que ha de inundar precisamente este suelo, si me veo en precision de introducir en él millares de indios que claman por su pronta exterminacion i considerando tambien que ésta es una guerra desproporcionalada i desoladora que no resulta ventaja alguna a la nacion, prevengo a U.S. que si gusta celebrar conmigo un armisticio o suspension de armas durante el cual cesen las hostilidades, estoí mui pronto a retirar las fuerzas que existen en la provincia i situarlas desde el rio la Laja hasta las márgenes del Biobio, i en fin, si

US. accede a mi propuesta, estenderé los puntos a que ha de ceñirse dichas capitulaciones, en la intelijencia de que miéutras tanto se realizan estos preliminares de paz debe suspenderse la remision de prisioneros a Santiago, i aunque por ahora no puede conducir esta correspondencia un oficial por hacerse la guerra sin cuartel, no obstante, luego que US. me avise su resolucion, pasará un oficial, de carácter en calidad de parlamentario, a quien autorizaré concediéndole amplias facultades i para poner en efecto dichas capitulaciones, persuadiéndose US. que no me mueve ningun temor, paes tengo tropas i formidables aliados con que hacer la guerra, sosteniéndola el tiempo que quiera como lo verá sino se aviene con mis deseos, esperando por momentos la contestacion para determinar lo mas conveniente.—Dios guarde, etc.—Cuartel general, Arancó diciembre 1.^o de 1820.—*Vicente Benavides.*—Señor gobernador intendente de la provincia de Concepcion, coronel don Ramon Freire.

Contestación.

El funesto resultado quo han tenido mis anteriores comunicaciones con Ud. me habria obligado a escusar la contestacion de su nota del 1.^o del actual, pero considerando que los repetidos sucesos de la infructuosa guerra que se ha propuesto sostener lo habrán desengañado al fin, cansado de ver tantas desgracias en el espacio de dos años, admito desde luego la invitacion que Ud. me hace para quo cesen las hostilidades por medio de una avenencia razonable i justa. Al efecto pudee Ud. enviar a esta ciudad al oficial de carácter que me anuncia, autorizado competentemente para terminar esta guerra destructora.—Dios guarda, cte.—Concepcion, diciembre 8 de 1820.—*Ramon Freire.*—Señor don Vicente Benavides, comandante de las tropas del rei.

H.

Tratados celebrados por los señores coronellos don Vicente Benavides, jeneral de las tropas del rei i don Ramon Freire, gobernador intendente de la provincia de Concepcion de Chile.

Con el objeto de establecer un armisticio o suspension de armas, bajo el contenido de los artículos que se detallan a continuacion, los que deberán observarse indubitablemente por ambos jefes, hasta la superior aprobacion del Excmo. señor virei del Perú, a cuyo efecto debe pasar en rehenes a Concepcion el segundo comandante del regimiento de infantería montada, teniente coronel don Vicente Elixondo i venir de aquella ciudad otro de igual carácter, debiendo subsistir ambos oficiales durante el presente armisticio.—Artículo 1.^o Las tropas del ejército real se acantonarán desde el río Laja cubriendo toda

La linea del Biobio desde la plaza de San Pedro hasta la de Santa Bárbara. 2.^o Desde el dia de la publicacion de este armisticio han de cesar las hostilidades de una i otra parte, prohibiéndose absolutamente pasar el Biobio las divisiones de naturales i demas partidas que invadian la provincia con el fin de hostilizarla, i permitiéndose libre comercio entre sus habitantes, en la inteligencia que los que de esta banda pasen a la otra han de pagar a aquel gobierno los pasajes del río, sucediendo lo mismo con los que de la otra vengan a ésta, prohibiéndose a los espresados comerciantes la introducción de papeles subversivos bajo las penas que imponen las leyes a los que se justificare ser agresores de este crimen. 3.^o Todos los prisioneros de cualquiera clase que se hayan hecho en el tiempo de mi mando en estas fronteras, contándose en este número las familias, deberán ponerse inmediatamente en plena libertad, permitiéndoles vuelvan a sus hogares lo mismo que se practicará en los del ejército de la patria. 4.^o Siendo indispensable dar cuenta de esta convención al Excmo. señor virrey del Perú para su debida aprobación, deberá franquear el referido señor coronel don Ramon Freire un formal pasaporte para que pueda pasar a la capital de Lima, un oficial comisionado a conducirla, expresándose en él no se le ponga embarazo alguno por la escuadra de Chile a la embarcación que a este objeto se destine. 5.^o Mientras tanto se verifica la aprobación indicada del señor virrey no se podrá innovar ninguno de los presentes artículos que han de quedar en su fuerza i vigor i debido cumplimiento en todas sus partes. Bajo la garantía del derecho de jentes i si por algun evento quisiere alterarse por los citados jefes, deberá precisamente comunicarse esta novedad con la anticipación de quince días ántes del rompimiento de la espesada convención.—Cuartel jeneral en Santa Juana 10 de diciembre de 1820.—*Vicente Benavides.*

III.

Pasa a esa ciudad el cura de la villa de Rerc capellan del rejimiento de dragones don Juan Antonio Ferrebú con el fin de satisfacer a los del atentado cometido por el comandante de San Pedro, quien contraviniendo mis órdenes, tuvo la libertad de poner los pliegos de correspondencia en un palo dentro del río Biobio, cuya criminal torpeza castigaré como corresponde. Lleva igualmente los tratados que tengo insinuando a US., en mi anterior oficio de diez del corriente, i aunque no marcha en esta proporcion el segundo comandante don Vicente Elizondo, que debo quedar en rehenes, por estar separado de mi lado, lo verificaré luego que US. me avise de su resolución, esperando tenga la bondad de no detener mas tiempo que el de veinticuatro horas al espresado capellan Ferrebú.—Dios guarde, etc.—Cuartel jeneral en Santa Juana diciembre 14 de 1820.—*Vicente Benavides.*—Señor coronel don Ramon Freire, gobernador intendente de la provincia de Concepcion.

Contestacion.

Regresa el presbítero don Juan Antonio Ferrebú conductor de la comunicación que Ud. me ha dirigido con fecha de ayer i sobre cuyo contenido me contraigo solo a decir a Ud. que en obsequio de la humanidad daré un salvo conducto a todos los que quieran pasar a Lima i los que prefieran quedarse en esta provincia volvrán al seno de sus familias i posesión de sus bienes para vivir tranquilamente, terminando por consiguiente la infructuosa guerra que se intenta sostener: que es cuanto pueden apetecer i la benignidad del gobierno de la patria concederles, considerando que al fin son americanos i que se les prepara una futura desgraciada suerte sino saben aprovechar estas favorables circunstancias. Así espero que Ud. se lo haga entender a todos para que arreglen su conducta i elijan el partido que mas les convenga.—Dios guarde, etc.— Concepcion, 15 de diciembre de 1820.—Ramon Freire.—Señor comandante de las tropas del rei don Vicente Benavides.

Número 9.

Carta de Benavides al jeneral don José Miguel Carrera proponiéndole su alianza ántes de emprender su campaña de 1820.

Habiéndose retirado el ejército real del mando del coronel don Juan Francisco Sánchez para la plaza de Valdivia en el mes de febrero de 1819, con motivo de la invasion que en aquella época hicieron los enemigos en esta provincia de Concepcion, se me confirió el mando superior de las fronteras, dejándome para sostenerlas una corta division. En efecto, apenas se verificó la salida de las tropas para la indicada plaza de Valdivia, cuando traté a costa de infinitos desvelos, la creacion de cuerpos militares, i organinación de unas respetables fuerzas, capaces de evacuar la provincia de enemigos. Con ellas he sostenido por el espacio de tres años una sangrienta guerra, a pesar de los grandes esfuerzos de todo el reino que he tenido que superar en la larga serie de multitud de acciones en que he destrozado sus tropas; las únicas disponibles que éstas tienen existentes en esta provincia, acontonadas en algunos puntos, sostenidas i resguardadas de atrincheramientos, pues de otro modo no susistirían ni un momento.

Las fuerzas de mi mando constan de dos regimientos de caballería, del número de ochocientos hombres, compuesto de un regimiento de infantería, de piezas de campaña; muchos cuerpos voluntarios, milicias amigas, i naturales; i sin incluir estos últimos cuento con tres mil hombres de línea,

los que tengo perfectamente disciplinados i armados, con el excelente armamento que tomé últimamente en un buque apresado en la costa de Arauco, el cual conducía trece mil fusiles, igual número de pistolas i sables. De la capital de Lima he recibido los auxilios necesarios para sostener la guerra; i aunque por el bloqueo que actualmente experimenta el Callao por la escuadra de Chile, no ha permitido la salida de buques para estos mares, no obstante no carecemos por ahora de aquellos articulos de primera necesidad, ni tampoco de metálico para el pago de tropas.

Este cuadro lisonjero es el que presenta la provincia de Concepcion, muy diferente del infeliz estado en que se halla Chile, en donde no se respira otra influencia, que la dura i bárbara oposición de los hinchados porteños, i partidarios del infierno O'Higgins, quienes abiertamente han perseguido i persiguen a los adictos a US., poblando las cárceles i presidios de multitud de víctimas que han sacrificado a su bárbaro capricho. Esta lamentable catástrofe de Santiago i las convulsiones políticas que experimenta aquél despótico i arbitrario gobierno, proporciona en el dia el mas fácil modo de subyugar i reducir a la razon a sus habitantes, convenciéndolos a sus verdaderos intereses. Todos los hombres sensatos i que adoran la memoria de US. suspiran por este ventajoso dia, yo con ellos anhelo sin cesar a lo mismo, recordando en mi memoria la inocente sangre de mis tres hermanos que la crudeldad inaudita de aquellos derramó injustamente para saciar los infames deseos de la venganza. US. sin duda, i con mayor razon se halla penetrado de iguales sentimientos, i me persuadido que sus conatos serán infatigables i diligentes en perseguir a los sanguinarios i viles porteños i secuaces de O'Higgins, pues le acompaña el gran dolor de que éstos sacrificaron sus virtuosos hermanos de US., sin mas causa que dar pábulo a sus negras pasiones. Penetrado, pues, de estas justas consideraciones, he tenido a bien invitar a US. por medio del capitán del escuadrón de húsares don Pedro Garreton, quien va comisionado para conducir esta comunicación, i autorizado con amplios poderes para acordar i firmar los armisticios de combinación i alianza que solicito con el ejército de su mando para obrar unidos en la grande obra que le propongo. Si US. tiene la bondad de admitir mis proposiciones, podrá dictar ampliamente los puntos i artículos que crea necesarios para consolidarla, en el concepto que el comisionado que va, suscribirá los partes a mi nombre; los cuales firmo i protesto bajo mi palabra de honor de cumplir en todas sus partes; pues mis deseos no son otros que alcanzar la tranquilidad de este hermoso reino, i la satisfacción de ver a US. con los laureles de la victoria, i remunerados de algún modo los grandes servicios que a costa de tantas fatigas i sacrificios tiene hechos en favor de estos habitantes; i para que US. pueda estar mas seguro de la empresa, puede contar para ella con un número de indios que tengo a mi favor i prontos para acompañarme desde la provincia de Chiloé, Valdivia, i Fronteras; cuya feroz barbarie he contenido hasta esta fecha por no asolar enteramente el reino.

En vista, pues, de mi propuesta, espero que US. no pierda un momento de tiempo i accediendo a ella se sirva despacharme prontamente al comisionado Garreton con ejemplares de las capitulaciones de alianza para dar principio a la marcha de mis tropas que suspiran por unirse con las de US.

El sostener a toda costa el continente de Arauco, hasta Valdivia, ha sido uno de los objetos de mi cuidado; así es que he logrado el apresar i armar tres embarcaciones, compuestas de una fragata de veinte i dos cañones i dos bergantines, i muchas lanchas cañoneras que he mandado construir. Estas fuerzas marítimas me han producido grandes ventajas, i por lo mismo no omito medio alguno para adelantarlas, i puode US. contar con ellas en cualquier evento i circunstancias, respecto a que nuestra alianza, ha de ser indisoluble i efectiva, aun cuando US. siga la opinion que guste, pues ningun obstáculo habrá de mi parte que pueda impedir nuestra union i en prueba de ello va autorizado el citado comisionado para tranzar i firmar las capitulaciones que US. dicte, bajo el mas solemne i sagrado cumplimiento de todo lo pactado; en la inteligencia que no puede presentarse un motivo que entorpezca nuestra alianza, pues, cuando el número de las tropas de US. fuere tan diminuto que lo considerase corto para la empresa anunciada, le aseguro con toda verdad que las únicas fuerzas enemigas subsisten encerradas al resguardo de trincheras en esta provincia, hallándose Chile indefenso, i experimentando frecuentes convulsiones, siendo dolorosa la persecucion que toleran los parientes i amigos de US. los cuales tienen mucho partido secreto en las tropas i me aseguran que apénas US. se presente o les dirija proclamas en que anuncie su venida, cuando puede contar con el mayor numero de ellos, i de este modo engrosará insensiblemente su ejército, i por ultimo recaerá en US. la mayor responsabilidad, si se escusase en restaurar a Santiago, pues en tal caso, dejaría perecer tanta infeliz víctima a quienes O'Higgins ha jurado exterminar. En US., pues, tienen puestas sus esperanzas i yo estoy pronto a sacrificarme en obsequio de la expresada combinacion de ideas que tanto interesan al honor de US. i restauracion de los intercesos de este hemisferio.— *Vicente Benavides.*

Número 10.

Instrucciones al teniente Mayncri para hacer el corso en 1821.

Don Vicente Benavides, coronel de los reales ejércitos de su S. M. i comandante jeneral del ejército del rei, expedicionario en el reino de Chile etc., etc.

Por quanto, conviniendo al real servicio, i destrucción de los buques insurjentes que infestan estos mares, el armar en corso el bergantín goleta *Arsellu*, para que persiga, destruya i aprase a cuantas embarcaciones enemigas, i contravandistas encuentre en las costas, puertos u otros destinos, se autoriza i faculta a su comandante el primer teniente de

marina don Mateo Mayneri para que con arreglo a los artículos que se detallan proceda a entablar el indicado corso.

1.^o Siendo su objeto principal el hostilizar del modo posible las fuerzas marítimas del enemigo, se le ordena no perdone esfuerzo ni fatiga que se dirija a este fin, reconociendo i apresando todo buque insurjente, con facultad de castigar con pena de muerte a su tripulación, siempre que no convenga su existencia a bordo, o le sea gravosa para su pronta navegación, i estar expedito a batirse, usando en este asunto de la prudencia i precaución que correspondan, según las circunstancias, como responsables de ellas.

2.^o Podrá entrar i salir en todo puerto perteneciente i ocupado por las tropas de la nación española, deteniéndose solamente ellos el preciso tiempo que necesite para remediar alguna urgencia, o proveerse de víveres en el caso de faltarle éstos, i siempre que se halle anclado el bergantín tomará todas las medidas de precaución para no ser sorprendido.

3.^o Del mismo modo que se previene en el artículo 1.^o procederá también contra todo buque contrabandista o sospechoso, preediendo un exacto reconocimiento de su cargamento; i si en él se encontraren armas, municiones i pertrechos de guerra en auxilio de los enemigos o procedentes de ellos, se halla igualmente facultado para imponerles pena capital, trayendo solamente aquellos sujetos que convenga interrogarlos para el mejor esclarecimiento.

4.^o Siempre que entre a algunos de los puertos indicados en el artículo 2.^o pido i encargo a los señores gobernadores o comandantes militares le franqueme, i faciliten al expresado comandante Mayneri todos cuantos auxilios necesitaré para el interesante jiro de su expedición corsaria; para que ésta no se entorpezca ni demore, lo que espero cumplirán en obsequio del mejor servicio del rei.

5.^o Siendo difícil poder prevenir los distintos casos que pueden ocurrir durante su navegación por las vicisitudes de la mar, ni tampoco dictar reglas fijas que no estén sujetos a alterarse según sus circunstancias, podrá como responsable de sus operaciones, tomar todas aquellas disposiciones más adecuadas a su desempeño i evitar cualquiera desgracia, ciñéndose siempre en la parte posible, a lo prevenido en las presentes instrucciones.

—Cuartel general de Arauco, 12 de junio de 1821.—*Vicente Benavides.*

Número 11.

Correspondencia de Pico, Bocardo i Jil Calvo con el jeneral Freire i el coronel Lanlaño negándose a capitular en Quilapalo.

SEÑOR DON RAMON FREIRE.—Quilapalo, 14 de enero de 1822.—Muy señor mío:—Tengo el gusto de haber recibido la apreciable de Ud. datada en

Concepcion i fecha 1.^o del actual. Por ella a primera vista advierto la invitacion que se me hace a que desista de una opinion i sistema que nunca la he mirado como propia a mi conveniencia, i aunque en el caso raro que lo pronunciase seria faltar diametralmente al juramento de fidelidad que hecho tengo; el ejercito de mi mando, vecindarios i confederados, conspirarian i con razon en contra de mi honor i de mi esterminio. Las victorias lisonjeras a favor de sus armas quo me supone en su apreciable i otras tantas mas que fuesen, no deben acobardar unos corazones bien formados, i que somos por nuestro instituto profesores del *gladium*; de manera que si se nos contempla con menos fuerza a la de su ejercito, el sosten que hago, se me debe tener, no por un jefe tenaz, sino por un jefe constante de honor i virtud. A mas que me hallo vigorizado para continuar una guerra activa. Aquellos hombres grandes que pensaron como Ud. que batirse con Caupolicán, Lautaro, Colocolo, Rengo, etc., etc. era disputar como Ud. se expresa con unos miserables como nuestro Mariluan ¿qué le costaron su desprecio infundado? Hoi hai muchos i muchísimos Mariluan, Caupolicán, Lautaro, Colocolo i Rengo i que cada uno de éstos traen sus satélites, que los antiguos no los tenian i otros artículos i conocimientos que Ud. ni nadie me los negará. Ud. i su gobierno siempre ha hecho mofa de nuestros aliados. Bien que han tenido algun fundamento no por haber sido gobernadas sus maniobras campales por mano diestra, pero hoi dia podrán decir los jefes, como será el caballero don Joaquin Prieto, cuál ha sido la resistencia que observó en la costa de Arauco i por qué contramarcó siendo sus miras el haber llegado a Tucapel? Búlnes diga lo que le sucedió en Gualeguaique i le está sucediendo hoi dia, por todo lo que deseo que sucesivamente haga internar Ud. tropas a la tierra, para que los escarmientos le sirvan de experiencia como a otras fanáticas e idénticas circunstancias para que vencidos i convencidos nos diesen aquel lado i tratamiento que es debido a todo guerrero que a costa de su sangre i desvelos sabe sostener los derechos de su nación. El ejercito que tengo el honor de mandar a nombre del soberano i demás aliados no hacen otra cosa que cumplir con lo que manda la loi; *que a la fuerza del injusto invasor se le debe repeler con la fuerza*. Que si podrá conseguirlo o no, mas son disputas de escuela, i será lo mas acertado i conveniente dejar esta cuestión i ocurrir al tiempo que nos desengañará. Ud. i demás jefes de su ejercito nos han tratado en todos sus papeles i conversaciones con cuanto vituperio denigrativo puede traer el diccionario acriminándonos todo género de delitos. Ahora nos escribe Ud. bajo de mil promesas, significándonos un cariño inesperado que no podemos creer. O bien lo primero es falso o lo segundo, pues solo unos hombres sin sentimientos de racionalidad podrían a primera vista formar un concepto cual Ud. se ha propuesto. Nuestro honor no queremos sea manchado con el negro borrou de infiel, inconsiguiente e intrigante. Lo que le hemos de estimar a Ud. es, en caso que guste que trate con este gobierno con franqueza i sin el menor recelo, de que sea sorprendido su embajador. Si a mí se me abre esta senda, lo mismo tambien haré, pues de este modo tranzaremos i solucionaremos las dificultades que suele acarrear una guerra, máxime en la que nos hallamos, asegurándole desde hoi respetar los derechos de ella en lo posible, a excepción cuando ande con mis naturales, aunque tambien procuraré evitar los males que estén a mis alcances, pues Ud. no ignora el carácter de ellos. Tambien noticio

como esta correspondencia que he dicho arriba podrá Ud. tenerla con mí go i mi socio don Vicente Bocardo como coronel i el segundo jefe de este ejército, pues el señor coronel don Vicente Benavides por aclamacion de este ejército, vecindario i tres Butalmapus, por conveniencia, ha sido depuesto del mando que obtenia i se nos ha reencargado el desempeño de él. Puede Ud., como he referido, francamente comunicarnos pero no sobre que desistamos de nuestro sistema atemorizándonos con referirnos historias del Perú i Península, pues en esto nos hace mui poco favor i mas cuando Ud. i su ejército sabe mui bien que ni a la misma muerte le tememos. ¡I cómo le temeríamos a sus amonazas i mas cuando sabemos lo que tenemos entre manos? La firmeza i solidez de las bases en que estriba nuestro gobierno peninsular i demás testas confederadas, no son tan débiles como los del gobierno de Ud., pues éste por estar en embrion es el blanco i la crítica de todas las naciones i que por eso mismo todos, todos han recelado el aliarse por mas que los han solicitado, i que cuando llegase el caso (que no lo espero) de declararla en esclavitud bajo el velo de independencia jécomo disputaría en contraposision el vasallaje de Uds.? Vería hasta la nación araucana todos a rienda tendida e imponerles la lei i otros por este estilo. Oh! qué ventaja les había proporcionado el gobierno patrio al bien comun i a la religión! Ya, ya lo han pagado i lo están pagando los primeros i sus familias de los que dieron en contra de su lejítimo soberano sembrando la discordia, causa de todo lo causado i de lo que Ud. dice en su apreciable se horroriza.

A don Clemente Lantaño se le han contestado todas sus cartas a excepción de don Rafael Burgos que lo verificará en primera oportunidad.—Deseo todo género, etc.—Juan M. de Pico.

SEÑOR DON CLEMENTE LANTAÑO.—Quilapalo, 14 de enero de 1822.—Recibí su carta, fecha en el tintero, i por lo que respecta lo sustancial de ella, debo decirle: que si no tuviera conocimiento de ese gobierno, a su primera vista creería no tuviera la menor ilustración. Toda nación culta no aprecia ni forma concepto del hombre de bajos sentimientos, bien que el hombre débil e intrigante siempre ha sido bien recibido, mas despues mal admitido, pues quien vendió a los suyos a precio ínfimo i bajo en encontrando ocasión ja cómo venderá a los ajenos? Para inferir esta consecuencia no es preciso principios. ¡Ai! mi amigo don Clemente! si cosas raras presenta el universo, nunca con mas abundancia que en tiempo de revolución. ¡Quién creería que Ud. causó en la provincia de Concepcion todo género de males a fin de exterminar a esos a quiénes hoy dia llama compatriotas? Qué infinidad de huérfanos lloran la pérdida de sus padres acuchillados por Ud.? Cuántos mendigos, porque Ud. les echó a la rapacidad sus bienes, i otros infelices a quiénes Ud. mandaba en esos tiempos i que no hacían mas que cumplir sus órdenes, han sido víctimas por ese gobierno? Solo en vista de estas ideas, si en Ud. hubiera igual pudor de hombre sensato no debía de aparecer ni frisarse con los injuriados. Ese gobierno a su tiempo tomará venganza para cubrirse con el mundo, i Dios es justo! Así lo han hecho i practicado con sujetos como Ud. Me dice que me vaya a esa i vuelva el filo de mi espada para los míos; en una palabra que ahí se premia la traición, convite propio de Lantaño, pues solo los irracionales

que su Dios lo tienen en el buen pasto, buscan las rejones donde puedan estar opíparos. El bienestar del hombre es donde rige la lei i se le guardan a cada uno sus derechos, honores i virtudes. Por otra parte, me ofrecio salir garante de mi conducta. Yo no me contemplo criminal ante ese gobierno, i aun cuando lo fuese, nunca, nunca me fiaaria de un hombre que no le fué fiel ni a su Dios ni a su R. E. I. A dónde, a dónde está aquel juramento de fidelidad que tiene Ud. hecho? Dígame quién se lo ha relajado, i quo todavía tenga la osadía de querernos deslumbrar i hacernos partícipe de su fealdad! Harto le pesa al señor gobernador de Chiloé don Antonio Quintanilla el no haberle premiado su hecho escandaloso de haber ido de embajador. Todo individuo de un ejército compone una familia i de consiguiente un cuerpo. La separacion o fuga, como Ud. lo hizo, no arguye pérdida de derecho, i estamos en el caso que siempre el cuerpo exige por sus partes, está donde estuviese, como dependientes de él. En fin sea de ésto lo que fuese; pero si, viva Ud. en la inteligencia que el hombre no subsiste de por sí i sí por la suerte. Esta se ignora i de consiguiente no sabemos lo que le sucederá. He estrañado mucho que asegurándome ser todo patria, esté Ud. tan afanado, cual otro raton de Osorno, acomodando su ratonera.

Los desafios son buenos i santos cuando miran al bien comun, en este supuesto le invito a Ud. a cara descubierta, para el dia que guste, promediemos el camino, designemos el campo i dia, venga Ud. con su fuerza que ahí tiene; yo iré con la que aquí tengo, que ya debe Ud. saber es mezquina, tendremos la entrevista i la suerte de las armas será el mejor testimonio si estamos o no con la suerte adversa, como Ud. me lo supone en su apreciable. Los cuentos tártaros del Perú i ultra-marinos ni a Ud. ni a mí nos han de favorecer ni auxiliar, i solo sí nuestras fuerzas, valor i suerte.

El coronel don Vicente Benavides ya no tiene parte en este ejército. A mí se me ha confiado este cargo i deseo dar al bien comun algo, cual en otras ocasiones. La carta para don Rafael Burgos se la mandé, i creo luego la contestaré, i viva Ud. tranquilo que él hará cuanto esté de su parte a fin de conseguir la paz; i si Ud. con el partido que tiene aquí se toma la pension de venir, como fué Prieto a la costa de Arauco; se abrirá iaria esta negociación, pues ya Búlnes va concluyendo con su misión, como tambien con los soldados que trajo, pues a éstos no sé que epidemia brinda de mis intereses. Estos los miro como bienes de fortuna, i solo trato de conservar a costa de sangre el honor como distintivo de hombre cuerdo i sensato.

Bocardo a Lantaffo.

Quilapalo, 13 de enero de 1822.—En las historias venideras tendrá siempre que rolar su nombre. Ud. que cometió el pecado de dudas de religiosidad, pues violó el solemne juramento de sostener a toda costa las banderas donde militaba, de suerte que Ud. morirá, pero su reprobable conducta i pésima comportacion siempre quedará viva: quisiera por ahora su clocuencia i ciencia para penetrarle de lo que Ud. tanto carece, que es

hacer alarde del gran defecto que arrasta, pues si le conociera, no por cierto se atreviera a proferirlo en los términos que lo ha hecho; Ud. cometió su fea culpa i por esto jcs de precisa necesidad que le sigamos? Brindándonos con el apoyo de su gobierno i alentándonos con que don Elias Guerrero se halla en Chile i que por intrigante ha sido ascendido. Yo no quiero, no quiero vivir bajo un gobierno que no distingue el mérito i premia la iniquidad. Si Ud. me invitara diciéndome que ese gobierno castiga la maldad i premia al hombre firme i constante que ha sabido sostener los derechos de su nación, cuando ya no tuviera recursos, capitularia, pero si tengo de ser castigado por un hecho que todas las naciones lo respetan como virtud i que la intriga es la que allí tiene lugar, mejor me conformo con mi suerte i no con las glorias que Ud. me anuncia siempre que tenga que adquirirlas por el orden que Ud. lo ha hecho."

Frai Jil Culvo a Clemente Lantuño.

Quilapalo 12 de enero de 1822.—Los señores coroneles Pico i Bocardo, que tienen en su mano las riendas de nuestro gobierno i que son los sabios i diestros pilotos que dirigen nuestra nacional nave en este reino, acomodarán las cosas actuales, segun les parezca convenir i trazarán los asuntos de nuestras diferencias segun oportunamente estimen ser necesarios, pues a los súbditos, máxime en tiempos tempestuosos i turbulentos, no les pertenece mas que obedecer con sumisión a sus superiores i majistrados i recibir sus órdenes i preceptos. Los dos referidos nuestros dignos jefes, son circunspectos, prudentes i reflexivos. I como que a ellos les incumbe el gobierno i custodia de esta grei, ellos procurarán conducirla a los destinos que se han prefijado. Cuando a ellos les parezca necesario tratarán de la union i paz en términos de guerra, segun el derecho de jentes. Miéntras nuestra contienda está pendiente yo no haré mas que ser un mediador entre el cielo i la tierra para que calme el rigor de la divina justicia i se aplique la ira del dios de las venganzas, franqueándonos el sosiego i reposo, segun su beneplácito".

Número 12.

Piezas relativas al motín de Osorno en noviembre de 1823.

I.

Poder del cabildo de Valdivia al comisionado que envia a Santiago con la noticia de aquél suceso.

Sea notorio como los señores del ilustre cabildo municipal de esta ciudad, conoeden, otorgan, i dan por la presente todo su poder, acción, voz, repre-

sentacion i demás que en derecho se requiere al ciudadano don Vicente de la Guarda, vecino de esta plaza para que a nombre del cuerpo otorgase pa-se a la capital de Santiago de Chile a representar ante aquellas autoridades de la República, el mérito de su comision, segun los instrumentos i res-guardos que le autorizan, en quien como tal representante refundimos a nombre de toda la provincia las facultades correspondientes, para que dicho comisionado pueda imponer al supremo jefe de la nación i demás au-toridades a quienes correspondan de los motivos que dieron principio al acontecimiento del suceso del 15 del próximo pasado como igualmente del estado i circunstancias en que se halla esta provincia, usando para ello de los documentos, instrucciones i demás que se hallan anexos i condu-centes a su desempeño, en virtud de este poder ámplio, cumplido i bas-tante en cuanto a lo referido i sus incidencias i al cumplimiento i firmesa de lo que ejecute sobre esta materia, obligan dichos señores su represen-tacion, empleos i demás que segun derechos se requieran i al efecto con-vengan; así lo dijeron i firmaron conmigo el presente escribano en Val-divia, a 18 dias del mes de diciembre de 1821.—Alcalde ordinario.—Al-calde provisional.—Alguacil mayor.—*Gregorio Henríquez.*—*Manuel de Sierra.*—*Juan de Dios Cucavas.*—Reyidor decano.—Reyidor subdecano—Fiel ejecutor.—*Manuel Narciso de Echeñique.*—*Manuel Carvallo.*—*Víctor Jaramillo.*—*Juan N. López,* escribano público i de cabildo.

II.

Excmo. SEÑOR.—Un suceso desgraciado, me proporciona el honor de elevar a V. E. esta mi comunicacion. Mi corazon se estremece al verme precisado a dar a V. E. un momento tan amargo, que debe ser numera-do con preferencia entre los mas tristes i aciagos de la historia de la re-volucion de América.

En la madrugada del 15 de noviembre pasado fueron muertos, fusila-dos al furor de la tropa de la division acantonada en Osorno, para repeler las invasiones del enemigo situado en Chiloé, el señor gobernador don Ca-yetano Letelier, los capitanes don Manuel Baldovinos i don Miguel Cor-tés, los tenientes don Domingo Anguita, don Juan de Dios Vial i don José María Carvallo i el subteniente don Miguel Alfaro, escapando el resto de oficiales presos i fugados. Esta catástrofe la orijinó la tiranía, hambre i desnudez en que se hallaban los que lo ejecutaron, quienes des-perados se arrojaron a cometerlo instigados de la opresion indicada, se-gun estoí informado. A continuacion de un tan grande suceso, no era de esperar favorables resultados, pero la Divina Providencia quiso no sigui-se adelante la desolacion i la muerte. En dicho destino de Osorno se ha-llaba de tesorero comisario don Rafael Pérez de Arce, oficial mayor de esta tesorería, quien en aquel instante terrible, se avocó a la tropa, la arengó aconsejándole lo conveniente i logró su serenidad. Luego el tenien-te don José Meza, pasado a nuestras filas, cuando vino de Chiloé con la comision de parlamentario, se hizo cargo de su direcccion, trabajando sin cesar con tan buen fruto que el 28 del mismo noviembre consiguió se-pusiesc un gobernador militar i político para cimentar el órden i llevar

adelante el sistema de nuestra libertad. En aquel dia, reunidas las corporaciones de esta ciudad i la de Osorno a las márgenes del río Trumao, en que terminan ambas jurisdicciones, se procedió a pluralidad a la elección que recayó en don Pedro de la Fuente i aunque este sujeto hizo su repulsa por la calidad de confinado, fué siempre admitido, atendiendo a las circunstancias críticas; pues la primera atención por entonces solo debía fijarse a nombrar un gobernador que con sentimientos liberales se presentase al frente de la tropa e impusiese subordinación i respeto. Pasados algunos días i sintiéndose algún rumor entre las jentes i oficiales nuevamente creados acerca de esta elección por aquella calidad, hizo renuncia Fuentes: la oficialidad se reunió el 22 del corriente i pasó oficio al cabildo de esta ciudad, cediendo los votos que tenían prestados en favor del mismo i esponiendo que depositaban toda su confianza en el citado cabildo, para que sin miedo de fuerza i con toda libertad se procediese a nueva elección. En efecto así se verificó i en el propio día 22 fuí nombrado gobernador político i militar cuyo cargo obtengo gustoso por servir a la patria i contribuir hasta donde alcancen mis fuerzas i conocimientos al sociego de esta provincia.

V. E. puede considerar nuestro estado lamentable, ya sin recurso alguno de subsistencia. Yo estiendo la vista i por todas partes no encuentro otra cosa que calamidad i miseria, solo estamos sostenidos por el entusiasmo i bajo la firme esperanza de ser socorridos por V. E. De un día a otro hemos creído llegaría buque, pero ya habiéndose sospechosa su demora, se determinó por mi antecesor la salida con destino a Talcahuano o Valparaíso de una lancha pequeña que yo estoi ajitando i zarpará el día de mañana.

El comandante accidental del batallón, dará a V. E. el parte circunstanciado i documentado, por el que se impondrá V. E. del pormenor de cosas acontecidas para calmar estas turbulencias.

Yo espero que V. E. tendrá la dignación de dirigirme con la mayor velocidad sus determinaciones i auxilios, pues de lo contrario miro irremediable la destrucción de esta provincia. Creo que si en Chiloé tienen noticia de nuestro estado, no dejarán de invadirnos, pero me prometo el mejor éxito mediante el entusiasmo de la oficialidad i tropa militar que siempre rinde a V. E. toda su obediencia, i de las milicias e indios.

Tengo el honor de ofrecer a V. E. mi mayor respeto i consideración, asegurándole que con grande empeño sostendré los derechos de la libertad de la patria en esta provincia.—Dios guarde, etc.—Valdivia, 28 de diciembre de 1821.—Jaime de la Guarda.

Número 13.

Instrucciones dadas al coronel Beauchef para la pacificación de Valdivia en 1822.

Instrucciones reservadas que se dan al coronel graduado don Jorje Beauchef en el mando de las fuerzas libertadoras del archipiélago de Chiloé i en el gobierno militar i político de Valdivia a que va destinado.

Art. 1.^o Llegado a Valdivia i reconocido como jefe superior de aquella provincia, se impondrá de su estado político i en el primer buque hará vengan los oficiales que sean odiosos a la tropa para no causar sospecha en ésta. Hará tambien que vengan el tesorero don Jaime de la Guarda, a quien se remite la licencia que ha pedido i todos aquellos vecinos que hayan influido en la sedicion de la tropa i puedan allí ser perjudiciales.

Art. 2.^o Si por la premura del tiempo no pudiere cumplir con el antecedente artículo o porque no hubiere buque de próxima salida lo dejará prevenido al gobernador teniente coronel don Agustín López i que además remita el confinado Montaner.

Art. 3.^o Formará un sumario secreto cuando lo hallare por conveniente para indagar los que hayan tenido parte en el tumultuoso movimiento del 15 de noviembre del año pasado i procurará irse deshaciendo de los cómplices principales, ejecutando a los cabezas. La ejecucion de este artículo pide la mayor prudencia i disimulo i esperar oportunidad para desarmarlos de grado o por fuerza i será mejor esperar a que Chiloé todo esté libertado para servirse de aquellos criminales en los ataques riesgosos.

Art. 4.^o Llegado a Chiloé nombrará de asesor i secretario al oficial don José María Artigas, que siempre fué un patriota i ahora es confidencial nuestro, para que sucumban los enemigos.

Art. 5.^o Todas sus comunicaciones vendrán directamente a esta supremacía por el órgano de los ministros de estado sin entenderse con otra autoridad, a menos que no sea para pedir auxilio.

Art. 6.^o Habiendo probabilidad que vengan de España a estos mares buques de guerra o mercantes armados en corso, cuidará con toda diligencia tomar el plan reservado de señales que tengan los castillos para lograr por este arbitrio una sorpresa en caso que avisten a esos puertos, usando en esta parte de cuantos ardides le permitan las circunstancias.

Art. 7.^o Como por desgracia son los religiosos los que mas poderosamente han influido en contra de la causa de la América, procurará luego que se apodere de aquella provincia, separar a todos los frailes i al cura Valle, remitiéndolos sin atropellamiento en el primer buque que salga para Valparaíso.

Art. 8.^o No se comprende en el artículo anterior frai Juan Almirall por su talento i sentimientos liberales, ni tampoco frai Juan Alcalde, a

quien, aunque de opinion contraria, conviene dejar en sosiego, procurando atraerlo con sagacidad.—Santiago, marzo 18 de 1822.—BERNARDO O'HIGGINS.—*José Antonio Rodríguez.*

Número 14.

Bando del jefe del motín de Osorno explicando las causas de éste.

Don Juan Garcia, comandante jeneral de la division nacional de observaciones en Osorno, etc.—Por cuanto a que las circunstancias exijen se satisfaga al público de un hecho que seguramente debe tener en espectacion a toda la provincia i debiendo en cumplimiento de mis deberes manifestar al mundo los justos e irrevocables motivos que me han impelido a proceder directamente contra la persona del gobernador don Cayetano Letelier i otros oficiales, cuyas conductas relajadas i separadas del regular órden han maquinado que les haya cabido la suerte de ser decapitados en la mañana de este dia. Mi primera atencion cuando emprendí mi carrera militar en los libres estandartes de la patria fué sacudir el yugo en que yaciamos ofreciéndome al sacrificio voluntariamente por ver mi país en el honroso rango de nacion i demás que constituyen a un hombre libre protejido por las leyes. Don Cayetano Letelier en el momento que se recibió del mando olvidó estos deberes, su conducta política es la primera base que sostiene la fuerza no ha sido otra que la de la opresion. El soldado ha carecido hasta de lo mas preciso para sostener la vida, los alimentos suministrados eran suscintos, cual es público, los sueldos no completos cuya escasez no la motivaba la falta de numerario, sino los monopolios conocidos. La provincia i testigo, i las contribuciones i otros sacrificios hechos por el sosten de la tropa, no me queda duda que la conducta de Letelier mas ha aspirado a la destrucción de la fuerza que a asegurar los derechos de América, tratando de entorpecer la majestuosa marcha con que caminan nuestros negocios públicos. En los meses que anteceden se suministró a la tropa dos pesos, suscinta cantidad con que gratos sufrian la fatiga i penalidades de un caro país, faltó de los recursos de primera órden, en el presente solo hemos recibido un peso despues de los gastos que origina una marcha. Los trabajos de fortificación en las avenidas de Chiloé se han construido sin librarse a los empleados en esta fatiga la mas pequeña gratificación. El trato de los oficiales en los continuos ejercicios es bien público, de su orgullo e insolencia no se exceptuaban ni aun los sargentos hasta el extremo de recibir palos i otros impropios tan notorios, la falta de una leve lista, se castigaba con un exorbitante número de palos: por ultimo, a pesar de haber salido la guarnicion a campaña, el cirujano quedó en Valdivia cotejando la condición de aquél, i no el de los infelices enfermos. Mis miras i la de la valiente tropa de mi mando no aspiran destrucción ni a turbar el órden, el sosiego, la tranquilidad del vecindario, protegerlos i asegurar sus intereses derra-

mando hasta la últimagota de sangre en defensa de la patria, es el norte que nos dirige: en cuya virtud toda autoridad política i militar se sostendrán en sus destinos ejerciendo las funciones que el gobierno de que dependemos les haya confiado. Si las tropelias inevitables en la tropa hubiere causado algun saqueo u operacion diversa a mis ideas reclamará el dueño de las prendas a quien se entregará, dado el debido parte. Publíquese por bando en los sitios acostumbrados de esta ciudad, trascríbase al superior gobernador accidental de Valdivia como tambien a las demás autoridades del distrito. Es dado en el cuartel jeneral de Osorno, a 15 de noviembre de 1821.

Número 15.

Correspondencia del jefe del molin de Osorno con el cabildo de Valdivia i ceremonial por el que se nombró nuevo gobernador i se firmó la acta de perdón de los sublevados.

Un trastorno meditado i de comun parecer marjinó me dirijiese a UUSS. con fecha 15 del actual por conducto de don Rafael Pérez de Arce; mi co razón se reciente al contemplar lo preciso que es dirijirse por la fuerza cuando dista la moderación de la consideración de hombres imprudentes que vienen al mundo para oprimir a sus semejantes; en fin los males calmaron i un trastorno de tan abultada consideración exige un pronto remedio a reparar el sosten de la libertad que hemos comprado con nuestra sangre. Despues del preciso e inevitable catástrofe, mi primera mira ha sido reparar las calamidades interiores del pueblo preavviendo un golpe de mano por parte de Chiloé; todo está asegurado por lo que aquí respeta. Ahora resta tomen UUSS. la parte que les compete como padres de la patria, tomándose la pension de venir al Trumao el 27 del que rige, para el 28 sancionar i a pluralidad de votos, elejir un gobernador que supla las faltas del desgraciado Letelier, arreglándonos en todo a lo preventido en la constitución provisoria sobre elección de gobernadores. Acompañó a UUSS. las dos copias de bando i proclama a las tropas lisonjeándome tener la satisfacción de dirijirme a UUSS. por esta vez, como sintiendo sea por un acaso que tan sensible i triste como el presente. Debiendo estar persuadidos que mi mayor placer será en ocupar la espalda en el sosten de la justa causa de la América, cuyo deber implora a los demás compañeros. Yo me prometo se tomarán UUSS. un interés el mas grande a consolidar los asuntos promediando el beneficio comun sin faltar a la junta anunciada en el citado dia.—Dios guarde etc.—Osorno, 17 de noviembre de 1821.—Juan García.—M. I. cabildo i ayuntamiento de Valdivia.

Cuando lleno de gozo observo en UUSS. el espíritu inequívoco de libertad que respiran, i vehementes deseos de coadyuvar al mayor de los sacri-

ficios, no puede mi corazon desentenderse del reconocimiento que debe a ese cuerpo municipal por la bien dictada del 17 que recibí el 18. Por ella doña UUSS. las mas rendidas gracias, esperando tengan la bondad de sacrificiar algunos dias en obsequio de la patria, condesciendan con lo que les prevengo en igual fecha. Mis comunicaciones creo les asegurarán del orden establecido despues de una grande e inevitable mutacion, con cuyo paralizamiento concluyeron los males que UUSS. tienen a bien prevenirme evitar.—Dios guarde, etc.—Osorno, 19 de 1821.—Juan Garcia.

Mi gratitud jamas se olvidará de reconocer los beneficios que UUSS. me dispensan en no alejarme en nada de cuanto he proyectado. Vivo seguro que la gran reunion de Trumao será memorable, la posteridad bendecirá la sana política i buenos sentimientos que en este caso manifiesta ese digno cuerpo municipal. Descansen UUSS. con tranquilidad. Deseamos que el enemigo sepa nuestro trastorno, si bien, ante todo, todos nos consumiremos que retroceder del punto en que traten deollar la libertad de los americanos que hemos sabido comprar con nuestra sangre. El 20 comenzó la instruccion militar desde cuyo dia la mayor falta que se ha notado en lista solo ha consistido en alguno que otro individuo.—Dios guarde, etc.—Osorno, 23 de noviembre de 1821.—Juan Garcia.

Fórmula o reglamento de la ceremonia de perdon que debe practicarse en la elección de gobernador, cuya fiesta se celebra el 28 del que rige a las inmediaciones del río Trumao.

- 1.º El 26 a las cuatro de la tarde, se reunirán los señores jefes, oficiales, sargentos i cabos de esta division que estén frances para hacer la elección de los que deben concurrir el 28: el número de señores oficiales serán elegidos en dicha junta. 2.º Los electos a tan grande objeto marcharán el 27 a las cuatro de la tarde, unidos con la municipalidad de este pueblo a la misión de Cuyenoo, i tendrán el comandante de caballería prevenidos con antelacion un oficial, un sargento, dos cabos i doce soldados a caballo los que seguirán con el orden i método que constituye la obligación militar acompañando los señores oficiales i demás expresados. 3.º Toda la reunion se alojará a las citadas inmediaciones en la casa que designe el teniente gobernador del partido. 4.º En la mañana del 28 se dirigirán al sitio donde se halla establecida la capilla para celebrar misa, a la que se dará principio tomando cada cuerpo municipal o ayuntamiento i señores oficiales el orden o lugar que les corresponda. 5.º Al mismo tiempo de celebrarse se tendrá a prevención estendida una acta por los escribanos públicos de Valdivia i Osorno en la que se espresen el objeto que ha marginado esta reunion, implorando del ilustre cabildo el perdón a nombre de la República chilena i comprometimiento a franquear las firmas que justamente se les pida sobre la conducta de los oficiales que han fenecido por el furor de estas tropas. Dicha acta será firmada por las municipalidades segun i como por su orden les corresponda, precedido del solemne juramento que recibirá sobre los santos evangeliros el sacerdote que

eclebre la misa. 6.^o Concluido este acto i misa, se procederá a la elección de nuevo gobernador formándose para la votación una diputación de cuatro sujetos que se conozcan de mas probidad los que unidos con los secretarios recibirán las votaciones. En éstos deberán tener firma el cabildo municipal de Valdivia, el de Osorno, los tenientes gobernadores de los Llanos i Osorno, i los oficiales del ejército i milicia que concurren. 7.^o Vista la pluralidad de votos a favor del que resultase, se procederá a recibirlle el júramento que previene la constitución provisoria de defender esta provincia del enemigo comun hasta derramar la última gota de sangre por la libertad de los americanos. 8.^o Los señores oficiales de la división de observación que tengo a mi cargo firmarán conmigo un oficio por el cual se comprometan a la subordinación, órden i demás principios que constituyen un virtuoso militar, amante de la patria, cuyo documento de felicitación i respeto tienen en sí la idea, por si alegue el nuevo gobernador algunos temores. Acompañado se incluirá otro que manifieste el empeño que en estos negocios se ha tomado el teniente don José de Meza. 9.^o Concluida esta ceremonia vendrá el nuevo gobernador a la ciudad de Osorno a tomar las tareas de su cargo, i cuando él lo dispusiere, se formarán las tropas a las que en alta voz se les leerá este ceremonial como el acta i firmas recojidas, en ella del perdón para que poseídos de él presten la obediencia i en señal de ello harán una descarga: después marcharán en columna al paraje que el nuevo gobernador dispusiere. 10.^o También tienen firma i voto los curas, ex-curas párrocos i reverendos padres misioneros. Se pasarán ejemplares de este formulario a las justicias i demás autoridades de la provincia para su conocimiento.—Osorno, 22 de noviembre de 1821.—
Juan García.

Número 16.

Instrucciones para perseguir el bandalaje en el camino de Santiago a Valparaíso en abril de 1822.

Instrucciones a que deberá sujetarse el comandante de la partida destinada a perseguir los desertores i salteadores que divagan por el camino de Valparaíso.

1.^o Situará su fuerza en las casas de don Javier Bustamante, desde donde hará sus correrías estendiéndose desde la laguna de Pudahuel hasta la otra parte de la cuesta de Zapata.

2.^o Así de los pasajeros como de los vecinos de aquellas inmediaciones tomará noticias si han encontrado en el camino jentes sospechosa, si saben dónde se ocultan estos facinerosos i quién les auxilia.

3.^o En las horas que por la experiencia son mas peligrosas como es la de siesta i también la noche, apostará gruesas partidas sobre una i otra

Encuesta con órden de reconocer a todo pasajero i acudir a cualquier ruido que sientan, aprehendiendo al que resulte sospechoso i en caso de resistirse hacerle fuego.

4.º Pedirá en un caso preciso auxilio a los jueces de aquel distrito asociándose con ellos i combinando el mejor modo de lograr el éxito de esta comision.

5.º Hará entender a los hacendados vecinos que encaminándose esta medida a la seguridad de sus vidas e intereses, deben franquear a la division los víveres que necesite a precios equitativos que cubrirá inmediatamente el comandante.

6.º Evitará cuidadosamente que la tropa cometa ningun desorden ni atropellamiento con los habitantes.—(*De libro copiador de instrucciones del Ministerio de la Guerra.*)



ERRATAS NOTABLES (1).

PÁJ.	LÍN.	DICE.	LÉASE:
3	13	Pablo Pincheira	Pablo i José Antonio Pincheira
16	5	otra arma	única arma
17	3	cuatro piezas	veinticuatro piezas
17	22	todas	todos
17	38	Tarpellarea (repetido)	Tarpellanca
19	32	entregar	remitir
22	19	(junio 14)	(abril 14)
28	90	Palanquin	Pulauquen
30	5	España	Guayaquil
43	34	1821	1822
71	17	Valdivia	Santiago
76	21	maloces	malones
78	36	famonas	famosas
80	9	hacerse	a hacerse
81	16	última	la última
83	13	obispo,	obispo, ambos patriotas
128	34	las jenerales	los jenerales
136	16	perderse	perecer
156	38	propios	propias
171	10	del Ríos	del Rio
180	36	Tola	Gola
189	11	correra	carrera
199	12	profundo	rápido
202	6	llevó	llevaron
203	15	ellos que	que allí
205	48	de Coquimbo	a Coquimbo
299	46	honrosa	horrorosa

(1) Prescindiendo de muchos errores de ortografía, se ha cometido algunos de mayor entidad en la impresión de la presente Memoria, por haberse encontrado el autor ausente o apremiado por ocupaciones públicas urgentes. Los mas notables aparecen corregidos en esta fér de erratas.

PÁJS.	LÍNEA.	DICE	LÉASE.
210	26	sal	salvo
211	28	noviembre	setiembre
220	4	encerrado	encerrada
224	3	de	que
226	12	días	rios
232	2	donde	en el que
236	8	carecía	carecian
239	42	la fragata inglesa <i>Luisa</i>	el bergantín <i>San Pedrito</i> ,
245	29	suministrarle	suministrarles
246	11	muriesen	muriiese
248	23	grupo	grueso
251	15	iba	iban
257	4	amnistio	armisticio
259	8	la calle	las calles
260	22	jeneroso	i jeneroso
275	16	framento	fragmentos
278	2	o patriota	a patriota
282	36	Rodríguez	Ramírez
287	51	apócrifa	calumiosa
290	25	Lencapí (repetido)	Quilapí
293	8	malche	malalche
293	9	había	habrá
308	12	si	se
315	10	moneda	Casa Moneda
347	11	rondaba	rondaban
351	8	otra vez	esta vez
354	23	guardadas	guardadas, Antonio Pincheira
356	28	cajas	cajones
356	30	que mató	mató
361	50	ya contadas	que luego serán contadas,
367	33	Benavente	Alemparte
374	9	en la capital	a la capital
376	16	dueña	dueño
385	8	Niblinto (repetido)	Nininço
396	13	impenetrable	impenetrables
403	18	carballería	caballería
404	7	intacto	intacta
405	18	roido	raido
407	32	reclutamiento	reclutamiento i almacen,
422	17	su súplica	sus súplicas
486	9	famoso	famoso
487	18	murieron	murieran
487	41	Guaura	Huaura
489	17	1823	1824
490	34	capitanes	capitanejos
495	20	año	tiempo
495	37	artillería	infantería
497	5	1824	1823

ÍNDICE.

La guerra a muerte.

	Pája.
Dedicatoria	V
Preliminar	VII
Introducción	XIII
CAPÍTULO I.—Error del gobierno de Chile en no perseguir activamente a los realistas después de la batalla de Maipo.—El coronel Zapiola en Talca.—Los realistas toman la iniciativa de las hostilidades ocupando el Parral.—Nombramiento desacertado del general Balcarce para jeneral en jefe del ejército de operaciones.—Estraña organización de la oficialidad de éste.—Retirada de Sánchez a Valdivia.—Oficiales españoles que lo abandonan.—Simulacro de campaña hecho por Balcarce.—Notable carta del general Freire al director O'Higgins sobre el verdadero estado de las fronteras i sobre el plan de campaña que debió ejecutarse.....	1
CAPÍTULO II.—Levantamiento en masa de la provincia de Concepción.—Se rompen las hostilidades en toda la línea del Biobio.—José María Zapata aparece en Chillán i curiosa carta que escribe sobre sus propósitos.—Apuros del general Freire i comunicaciones privadas que dirige al director O'Higgins sobre su situación.—Vicente Benavides.—Sus antecedentes i carácter.—Notable comunicación del virei Pezuela al gobierno español sobre las primeras operaciones de este caudillo e importancia capital que les atribuye.—Estado indefenso de las plazas fronterizas.—Sítio de los Anjales.—Irritación del general Freire i sus planes de esterminio.—Benavides asesina al parlamentario Torres i a quince de sus compañeros.—Comienza la guerra a muerte.—Alarma en la capital.—Consejo de Balcarce.—Excusión de Benavides al norte del Biobio i grotesca intimación que dirige al gobernador de los Anjales. Alcázar.—Resposta característica de éste.—Persigue Freire a aquel i lo dispersa en Curalí.—Freire en Arauco i grave error que padece permitiendo a Benavides retirarse a Tubul.—Comunicaciones privadas i partes oficiales de Freire sobre su campaña.....	9

CAPITULO III.—Los capitanejos de la guerra a muerte.—Los dos Seguel i los cuatro Pincheiras.—Don Miguel Soto i Leandro Parada.—Guerrilleros realistas en la Montaña.—Indefension de las plazas fronterizas.—Don Pedro Nolasco de Victoriano.—José María Zapata ataca a Chillan.—La motonera de Cumpeu.—El coronel Merino i el gobernador González destrozan las motoneras del Itata.—Excursion de Victoriano a la Montaña.—Asesinatos, incendios i pillaje.—Trescientos ajusticiados en cuatro meses.—Episodio de Gualqui.—Matanzas en el mar.—Conspiracion a bordo del navío *Lautaro*.—Los curas, los frailes i las monjas en el campamento realista.—Horrores de la guerra a muerte.—Severidad del gobierno de Santiago.....

27

CAPITULO IV.—Los prisioneros de Maipo en San Luis.—El depósito de Santiago.—Don Vicente i Dupuy.—Instrucciones de San Martín sobre el tratamiento de los prisioneros.—Llega Monteagudo a San Luis.—Feocidad de su carácter i sus cruidades posteriores en Lima.—Rivalidades amorosas con los prisioneros.—Bando de Dupuy prohibiendo a éstos el salir de noche.—El capitán Carretero.—Conspiracion de los prisioneros para obtener su libertad.—Plan de aquellos i sus errores.—Reunión en casa de Carretero.—Nombramiento de las partidas.—Carretero, Ordóñez i otros se apoderan de Dupuy.—Frústrase la captura de Monteagudo i de la cárcel.—Sangriento combate en el cuartel.—Muerte de La Madrid i otros oficiales.—Facundo Quiroga.—Matanza en las calles.—Muerte de Ordóñez, Carretero, Primo de Rivera, Morgado i otros.—Monteagudo forma el proceso de los que sobreviven.—Su extraordinaria actividad.—Fusilamientos en masa.—Perdon de Ruiz Ordóñez.—Muere Marcó i Bernedo pierde la razon.—Impresion que produce en Sur-América esta tragedia.—Palabras del gobernador de Valdivia don Manuel Montoya.—Declaracion de la guerra a muerte en las fronteras.....

39

CAPITULO V.—Benavides en Arauco.—Detalles sobre la retirada de Sánchez.—Curioso bando en que anuncia su llegada.—Cartas que escribe a Benavides desde Valdivia.—Cortos auxilios i felicitaciones que le envia.—Separacion de Sánchez.—Intrigas contra Benavides en Valdivia i en Lima.—Lo sostienen el gobernador Montoya i el virrey Pezuela.—Apresamiento de la fragata *Dolores* i horribles asesinatos que comete Benavides.—Situacion militar de éste en el mes de julio de 1819.—Inaccion del jeneral Freire.—Solicita en vano auxilios de la capital.—Estraordinaria carencia de recursos en ésta.—Funesta confianza de aquel jefe.....

55

CAPITULO VI.—Topografia del teatro de la guerra.—Líneas estratégicas del Biobio i la Montaña.—Tucapel nuevo.—Distritos de Cato i Trilaleu.—Sendas militares.—Distribucion de las guarniciones patriotas.—Pobreza sumi i heroísmo del ejército del sur.—Palabras de San Martín.—La Araucanía en 1819.—Los caciques de la Costa.—Los Llanistas i Mariluan.—Colipí i Venancio Coihuepan.—Mañí i los Huilches.—Los Pehuenches i el coronel Bocardo.—Benavides se apronta para abrir la campaña.—Declara la guerra a muerte.—Instrucciones a sus jefes de partida.—Instrucciones análogas del gobierno de Santiago.—El gobernador Victoriano sale a castigar un alzamiento en Tucapel.—Entrase a Chillan el guerrillero Elizondo.—Heroico combate de Quilmo.—Correría de Elizondo, Bocardo i Zapata hasta Chillan.—Derrotan a Victoriano en Trilaleu i ocupan nuevamente a Chillan.—Inútiles preparativos de Freire i Alcázar para cortar la retirada a los invasores.—Graves resultados de esta excursion.....

67

CAPITULO VII.—Auxilios de oficiales i municiones que recibe Benavides de Valdivia.—Ataque de Gualqui i fusilamiento de prisioneros realistas en Concepcion.—Hambre en la plaza.—Espedicion del capitán Kursky en busca de ganado.—Su heroica muerte.—Combate de Talcamávida.—Noble defensa del capitán Quintana en Yumbel.

—Combate del Avellano i fusilamiento del lenguaraz Pedro López por Alcázar.—Ataque de San Pedro por Benavides i muerte de su hermano.—Inútiles clamores para obtener socorros de la capital.—El comandante O'Carrol i el mayor Acosta.—Los dragones de la patria avanzan hasta Chillan.—Sorpresa i saqueo de San Carlos por los Pincheiras.—Los persiguen O'Carrol i Victoriano i los derrotan en Monte blanco.—Escenas peculiares de aquellos combates.—Entradas de Victoriano en la Montaña.—Derrota de los montoneros Espinosa i Hermosilla.—Victoriano fusila al capitán Palma i capture su familia.—Terrible severidad de aquel jefe i su deposicion del mando de Chillan por influjo del cabildo.—Muerte del guerrillero San Martín i órden sangrienta que se le encuentra.—Los hermanos Roa asesinan al guerrillero Contreras en cambio de su libertad i la de su padre.—Horribles asesinatos i otros crímenes en las vecindades de Concepcion.

89

CAPITULO VIII.—El brigadier Alcázar.—La isla de la Laja.—Invasion de los indios pehuences i huiliches en abril de 1819.—Ataque de los Seguel contra el capitán Luis Ríos en Montereí.—Acción de Curamilahue i muerte singular de los dos Seguel.—Benavides se pone en emboscada delante de los Anjeles.—Gazpar Ruiz.—Los araucanos en 1819.—Los lenguaraces.—Maniobras de Alcázar i Gazpar Ruiz para revolver los indios.—Alianza con Colipí i Coihuepan contra Marijuán.—Embajadores pehuences en los Anjeles.—Alcázar resuelve hacer una entrada a la tierra de acuerdo con Colipí.—Se le reune O'Carrol con los dragones.—Penetran ambos hasta Angol, quedando Thompson con la infantería en San Carlos de Puren.—Mal éxito de la expedición de Alcázar i su retirada.—Vuelve a emprenderla desde San Carlos, i es obligado a repasar el Biobio con grandes pérdidas.—Honrosa nota del ministro de la guerra al comandante O'Carrol sobre la conducta de su cuerpo en aquella campaña.—El general Freire opera por el lado de Arauco, de acuerdo con Alcázar, i se dirige a Santa Juana al saber la retirada del último.—Captura de Valdivia por las tropas de Concepcion.

106

CAPITULO IX.—La captura de la plaza de Valdivia fué la obra del je-
nio, no de la fuerza.—Resolución de lord Cochrane en alta mar.—Su entrevista con Freire i amistad estrecha que nace entre ellos.—Freire lo auxilia con doscientos cincuenta hombres.—Inexactitud de las Memorias de lord Cochrane.—Este i O'Higgins dan aviso al gobierno de la expedición ántos de emprenderla.—Cartas de ambos a O'Higgins.—El mayor Beauchef.—Relación de la captura de Valdivia según las Memorias del último.—Carta de Cochrane a O'Higgins sobre el resultado de su empresa.—Celos del general Miller.—Influencia de aquel hecho de armas en las campañas de las fronteras.

127

CAPITULO X.—El general Freire se retira a Concepcion, i funestas consecuencias de este paso.—Distribuye sus tropas en cuarteles de invierno i se dirige a Santiago en demanda de auxilios.—Aparición de don Juan Manuel de Pico en la guerra de la frontera.—Sus antecedentes, su verdadero carácter i su superioridad bajo todos conceptos sobre Benavides.—Su misión al Perú.—Error de algunos historiadores.—Brillante acogida que le hace Pezuela i auxilios que envía con él.—Operaciones de Benavides en su ausencia.—Partido que saca del viaje del general Freire para ganarse proscritos.—Los guerrilleros Peña i Barriga quitan la caballada de los dragones en Tucapel.—El cura Ferrebú ataca a Rere.—Benavides sorprende a Talcahuano i se lleva prisionera su guarnición.—El marinero Mateo Mainery i don Rafael Saltarello.—Encuentro del Littrinal.—Clamores del intendente sustituto Rivera por auxilios.—Miserable envío de víveres que recibe el ejército del Sur.—Regresa Pico a Arauco i vigor que toman las operaciones.—Jervasio Alarcón se dirige a Chillan i es derrotado por Victoriano en Quil-

70

mo.—El coronel Merino dispersa en Puñaral la guerrilla de Santos Alarcón i mata a éste.—Destitucion de Victoriano i su subsecuente carrera.—Inútil cambio de personas.—El comandante Viel llega a Chillan con un escuadrón de granaderos a caballo i sostiene varios encuentros en la Montaña.—El coronel Arriagada, sucesor de Victoriano, quema las tolderías de los Pincheiras i continúan los fusilamientos en la plaza de Chillan.—Heroica defensa del teniente Porras en Gualqui.—Encuentro desgraciado en la vecindad de los Anjeles.—Pico se resuelve a emprender en grande escala contra Freire.....
159.

CAPITULO XI.—El regreso de Pico coincide con la partida de la Expedicion libertadora del Perú.—Plan de reconquistar a Chile que fragua de acuerdo con Benavides.—Ojeada retrospectiva sobre la situación política de la provincia de Concepcion.—Dotes de Benavides como instructor de tropas, i rasgos de ferocidad con sus subalternos.—Organización del regimiento de dragones de nueva creación.—Sus principales jefes.—Plan de operaciones contra Freire.—Regresa éste de Santiago, a virtud de los ruegos de su sustituto.—Kesfuerzo del cuarto escuadrón de granaderos a caballo.—Anuncios de las operaciones del enemigo.—Vaciaciones del general Freire.—Medidas militares para resistir a Pico.—Pasa éste el Biobio con su regimiento.—Encuentro de Yumbel.—Crueldades de Pico i lances en que estuvo al perecer.—José María Siniago.—Alarma de Freire por la suerte de Viel i de O'Carrol.—Envía en su socorro al comandante Cruz con ochenta cazadores.—Reunión de todas las fuerzas.—Necesidad de marchar sobre los Anjeles.—Desgraciada disputa sobre el mando en jefe que sobreviene entre Viel i O'Carrol i sus funestas consecuencias.—El comandante don Benjamin Viel.—Decision de una junta de guerra.—O'Carrol marcha sobre Pico.—Campamento del Manzano.—Bocardo se reune a Pico con un grupo de indios.—Persiguelos O'Carrol con extraña fijeza.—Combate desastroso del Pangal.—Muerte de O'Carrol.—Fuga de sus principales jefes con los restos de sus fuerzas.—El capitán Zorondo i el ayudandante Búlnes.—El alférez Uriarte.—Lances del dragón Verdugo i su cautiva.—Pico fusila todos los prisioneros i se dirige a la confluencia del Laja.—Causas del desastre del Pangal.—Reflexiones.....
164.

CAPITULO XII.—El comandante Cruz comunica al general Alcázar el desastre del Pangal.—Estrajemas de Pico.—Alcázar se retira a Concepcion con trescientas familias de los Anjeles i la guarnición.—Benavides se reune a Pico i detienen a aquél en el Laja.—Combate heroico de Tarpellanca.—Fuga del comandante Thompson.—Episodios.—Maguill se apodera de los Anjeles, lo saquea e incendia.—Alcázar capitula.—Matanza de mujeres i de los enfermos por los indios.—Inhumano asesinato de los oficiales del n.º 1 de Coquimbo.—Desesperación del capitán Aros.—Horrible muerte de Alcázar i de Ruiz.—Reflexiones.—Despacho de Benavides al virrey declarando que ha ejecutado aquellas atrocidades en estricta represalia.—Torrente i Gay las atribuyen a la matanza de San Luis.—Asesinato del fiscal realista Lazcano en la capital.—Asarozza situación de Freire en Concepcion.—Intenta socorrer a Alcázar, detiene a Cruz en Gualqui i manda a Viel al Itata.—Vacila i llama confidencialmente a O'Higgins para que venga en persona a socorrerlo.—Resuelve evacuar la provincia i dirigirse al Maule.—Intenta de nuevo proteger a Alcázar, pero desiste al saber su capitulación.—Se encierra en Talcahuano.—Benavides ocupa a Concepcion.—Estado de la campaña i perspectivas de los realistas en octubre de 1820.....
195

CAPITULO XIII.—El comandante Viel en Chillan.—Se retira a San Carlos.—Deserción en masa de sus fuerzas.—Retrocede hasta el Parral.—Antonio Pincheira ocupa a San Carlos i Hermosilla a Chillan con graves excesos.—Viel se resuelve a retirarse sobre el Maule.

—Vienen doscientos milicianos de Talca en su auxilio i se disper-
san.—Terror que inspira el nombre de Benavides.—Pincheira aban-
dona a San Carlos i lo ocupa Arriagada.—Viel se posesiona mo-
mentáneamente de Chillan i retrocede de nuevo a San Carlos.—
Renuncia del comandante Viel.—Primera impresion que causa en
el gobierno el desastre del Pangal.—El ministro Zenteno se niega
a enviar tropas veteranas a Freire.—Agotamiento completo de re-
cursos, i atenciones en Mendoza, Valdivia, el Peru, Talcahuano,
el Maule i en la capital.—Reaccion que produce la noticia de la
muerte de Alcázar i captura del númer. 1.—El Senado confiere
facultades extraordinarias al Director.—Se manda aportar una di-
vision veterana para contener a Benavides en el Maule al mando
del coronel don Joaquín Prieto.—Carácter i antecedentes de este
jefe.—Sus instrucciones.—El comandante Pérez García.—Prieto en
Talca.—Grave error de Benavides que salva la situación.—Envia
a Zapata al Itata i este caudillo se entrega a la liviandad.—Viel
i es llamado a la capital i reemplazado por Arriagada.—El gobierno
acuerda que se haga puramente la guerra de vandalaje.—Instruc-
ciones Prieto i a Arriagada en este sentido.—Notables i juicio-
sas comunicaciones de aquel oponiéndose a tal medida.—La re-
voca el gobierno.—Arriagada avanza contra Zapata.—Acción de
Cocharcas.—El Salto de Arauco.—Importancia de aquel encuentro.
—Freire en Talcahuano.....

215

CAPITULO XIV.—Fuerzas que componian el ejército de Freire encerrado
en Talcahuano.—Escasez absoluta de recursos i especialmente de
municiones.—Infamia de los proyeedores.—El mayor Picart i su
importancia en la defensa de la plaza.—Aprestos para el asedio.
—Freire envia una comisión por mar en solicitud de auxilios.—
Benavides en Concepción.—Sus bandos sangrientos.—Pide al virei
un rejimiento de infantería para conquistar a Chile, i ofrece su
pescuezo en garantía.—Goseo i abultamiento de sus fuerzas.—
Inacción en el campo realista.—Medidas militares i de hacienda
de Benavides.—Pico arma una emboscada en San Vicente i es com-
pletamente batido por el capitán Kios.—Antecedentes de este jefe.
—Benavides despiade a los indios i envia a Pico a Santa Juana.
—Vanadas expectativas de los sitiados.—Freire solicita en vano que
ayance la segunda división desde el Maule.—Indignación que reina
en la plaza por el abandono en que se les mantiene.—Intimacion
perentoria que hace Freire para que se le auxilie.—Desafíos en
la Vega.—Muerte del catalán Molina.—El cabo Montero.—Junta
de guerra.—El mayor Acosta.—Combate del 25 de noviembre.—
Rasgos de la guerra a muerte.—Muerte del gobernador Larenas.
—Gloriosa batalla de la Alameda de Concepción.—Fuga de Benavides
i captura de su mujer.—Sus brillantes i decisivos resulta-
dos.—Premio oficial a los vencedores.....

235

CAPITULO XV.—El general Freire renuncia el mando del ejército del
sur el mismo día de su victoria de Concepción.—Tresibles castigos
que ejecuta entre los vencidos.—Miseria, en Concepción.—Su gra-
ve error al no apoderarse de Arauco.—Benavides lo engaña con
un fingido armisticio.—Condiciones para la paz que aquel propone.
Envia de parlamentario al cura Ferrebú.—El comandante de San
Pedro arroja al río atada a un palo la contestación de Freire.—Do-
cumentos inéditos de esta negociación.—Benavides viene a Santa
Juana, i despacha a Pico con mas de dos mil indios a quemar to-
dos los pueblos de la provincia hasta Chillan.—El coronel Prieto
avanza desde Talca i ocupa la última plaza.—Correría del coman-
dante Torres por la Montana.—Aparición de Pico, Bocardo i Zapata
con los indios.—Zapata i el padre Waddington se oponen al incen-
dio de Chillan.—Preparativos de defensa que hace Prieto.—Batalla
del río Chillan.—Muerte singular de Zapata i sus episodios.—Ju-
icio de este caudillo.—Resultado del combate.—Nuestra enorme
pérdida.—Detalles sobre la retirada de los indios i crímenes que
cometen.....

257

CAPITULO XVI.—Verdadera misión del coronel Prieto en el sur.—Los emigrados de la Montaña.—Indulto jeneral.—Don Pablo San-Martin i el Macheteado.—Don Camilo Lernanda e intrigas que se fragua por su conducto.—Carácter terrible de aquellas negociaciones.—Celada que se tiende a Pico i degüello de Lernanda.—Comienza la pacificación de los llanos.—Aventuras de Alejo Lagos i su rendicion.—Comunicaciones privadas del coronel Prieto en que detalla su plan de pacificación i sus resultados.—Escasez de recursos en Chillán.—Pacificación de la Montaña i entrada de San-Martin en Chillán.—Fiestas públicas.—Juicio del comisario Castellon sobre el plan de Prieto.—Actos de barbarie sancionados.—Hambre i desmadre de la segunda division.—Falso favoritismo que se ha atribuido al director O'Higgins en favor de Prieto.—Aparecen los primeros síntomas de rivalidad entre los dos jefes del sur.—Prieto se niega a entregar su caballería veterana al jeneral Freire.—Comunicaciones de aquel en que manifiesta su disgusto por servir bajo sus órdenes.—Estalla su desavenencia.—Prieto insinúa vagamente la adhesión de Freire al bando de los Carreras i su ambición de sustituir a O'Higgins en el poder.—Fragmento de la correspondencia de aquellos dos jefes sobre las operaciones de Carrera i juicio sobre la supuesta alianza del último con Benavides.—Carta que éste le envia cuando ya aquel había muerto, proponiéndole su alianza.—Noble silencio de Freire.—Resuelve éste una entrada a la tierra.—El mayor Ibáñez.—Su campaña i retirada.—Sangriento combate de Lumaco.—El malalche de Venancio.—Guaydú.—Malones.—El sajento González.—Coihuepan viene a Nacimiento.—El jeneral Freire sale a campaña con toda su division.—Se pasa el guerrillero Canario i mas de doscientos parciales de Benavides.—Parla de Freire i Venancio en Nacimiento.—Marcha aquel sobre Arauco i se detiene a orillas del Carampangue.—Insensatez de esta resolución.—Juicio certero del coronel Prieto.—Presajios.....

CAPITULO XVII.—Benavides en Arauco.—Resuelve hacerse pirata.—El jenovés Mayneri.—Equipa un bergantín i manda en él a Lima al comisario La Fuente.—La isla de Santa-Maria.—Pico apresa en ella la fragata ballenera *Perseverance*.—Benavides fusila a su capitán, el piloto i tres marineros.—Apresa en seguida al bergantín *Hercalid*, matando a traición una parte de su marinería.—Captura el bergantín *Hero*, cargado de provisiones, i fusila a su capitán junto con su hijo.—Salvaje jactancia de Benavides por sus compromisos internacionales.—Arma en corso el *Hercalid* i bárbaras instrucciones que da a Mayneri.—Manda aquel buque a Chiloé con Carrero i éste regresa con un considerable auxilio.—Senosiaín i otros oficiales.—El cura Valle.—Admirable laboriosidad de Benavides i partido que saca de sus recursos.—Organiza una escuadrilla, i Pico intenta sorprender con ella un buque en el Tomé.—Temores fundados de un golpe de mano sobre Valparaíso.—Método de vida de Benavides en Arauco.—Su familia.—Teresa Ferrer.—Retrato físico de Benavides.—Muerte de su hijo.—Crueldades horribles que comete en Arauco.—Fusila su propia guardia i a su compadre el coronel Lavanderos.—Misteriosa acusación contra éste por intento de envenenamiento.—Curiosa elección de provisor en Arauco i pretensiones canónicas de Benavides.—Los curas de su corte.—Emite cincuenta mil pesos en papel moneda i los declara de curso forzoso, bajo pena de la vida.—Azota mujeres porque usan numerario.—Apresa el bergantín *Ocean* cargado de armas.—Organiza sus fuerzas i se prepara a entrar de nuevo en campaña.....

CAPITULO XVIII.—Posiciones de las fuerzas patriotas en el invierno de 1821.—Disolución del númer. 1 de Coquimbo.—Puestos del enemigo.—Operaciones militares durante el invierno.—La cordillera de Chillán.—Julian Hermosilla.—Nuevas correrías del comandante Torres en la Montaña.—Maniobras parastraerse a los Pincheiras.—El correo de a pie Manuel Turra. —Revela éste el secreto de

la entrada al mal de los Pincheiras.—Arriagada se dirige a sorprenderlos, pero sin éxito.—Destrucción de las guerrillas de Peña, Contreras, Cháves i Espinosa i su castigo.—Bocardo sorprende al capitán F. Búlnes.—Otros encuentros.—Confianza i negligencia en Concepción.—Prodigalidad de licencias a los jefes.—Justas censuras, del coronel Prieto.—Notables comunicaciones que descubren la prevision i suspicacia políticas de este jefe.—Indiferencia comparativa del jeneral Freire.—Su absoluta falta de recursos.—Se resuelve a ir en persona a Santiago para procurárselos.....

CAPITULO XIX.—El coronel Prieto en Concepción.—Su actividad i terribles castigos que ejecuta.—Sus comunicaciones sobre el estado de última postración en que se hallaba el ejército i la provincia.—Reacción que opera en los ánimos.—Pone en conocimiento de Benavides la ocupación de Lima i contestación del último.—Su alarma por la situación de Chillán.—Espantosa miseria de este pueblo.—Estado de nuestra hacienda pública en setiembre de 1821.—Jenerosidad personal del director O'Higgins.—Su enérgica representación al Senado sobre arbitrios, i confiscación del monasterio de la Victoria.—Benavides pasa el Biobío.—Composición de su ejército i su debilidad moral.—Entusiasmo de las escasas fuerzas de los patriotas.—Bocardo i Pincheira se reunen a Benavides.—El coronel Rivera celebra junta de guerra en Concepción i se resuelve evacuar la ciudad.—Desesperación del vecindario.—Envian un espresso al jeneral Freire.—A prestos que hace el coronel Prieto para defenderse en Chillán.—Atrevida captura del capitán Neira.—Benavides se presenta delante de Chillán i escaramuzas que tienen lugar el 2 de octubre.—Grotesco desafío de Benavides i sus jefes al coronel Prieto.—Se retira aquél a Cato, pasa el Nuble i ocupa sin resistencia a San Carlos.—Se incorpora al coronel Prieto la mayor parte de la división de Concepción i sale al encuentro de Benavides.—El coronel Diaz.—Fuga de Benavides i su persecución.—Pincheira huye a la Montaña.—Batalla de las Vegas de Saldías.—Muerte del comandante Rojas i otros oficiales del enemigo.—Asesinato del prior Waddington.—Verdadero carácter militar de aquel hecho de armas i sus resultados.....

CAPITULO XX.—El coronel Prieto persigue a los dispersos de las Vegas de Saldías i se le entregan en gran número.—El intendente sustituto Rivera hace ocupar a Arauco, i esta plaza es incendiada por el enemigo al retirarse.—Misión del capitán Hall en Arauco en la fragata Conuog i sus aventuras con el cacique Penoleo.—Prieto en Concepción.—Horrible estado de esta ciudad i de sus campañas.—Despacha al capitán Búlnes con una fuerte división i los indios-asiliares para operar en la alta frontera.—Se preara él mismo para entrar en la baja frontera en combinación con aquél.—Los jefes de Benavides se amotinan contra él i lo deponen.—El coronel Pico asume el mando superior en Quilapalo.—Carrero se acerca a Arauco, i se pasan varios de sus capitanes.—Muerte del capitán don Pedro Alemparte.—Rinden algunos de los sayones de Benavides i asaltan a éste en el Rosal, con muerte de varios de sus oficiales.—Benavides se retira a Lebu.—Comunicaciones que dirige al coronel Prieto ofreciéndole pacificar la Araucanía i entregarle a los jefes españoles.—Al propio tiempo se alista para fugar al Perú i se embarca en una lancha con su mujer i siete de sus secuaces.—Es traicionado por éstos i obligado a recalcar a la costa de Topocalma.—Su captura i curiosa rivalidad que ésta despierta.—Su viaje a Santiago i oficio que dirige al jeneral O'Higgins, tratándolo de igual a igual.—Su entrada irrisoria en Santiago.—La madre del abanderado Romero.—Proceso de Benavides.—Ofrece rescatar su vida por dinero.—Su ejecución i juicio de su memoria.—Regocijo que su castigo causa en todo el país.—Destino de sus compañeros.—Cruéles, pero características notas de Freire i de

319

835

Prieto solicitando la entrega de Benavides para ajusticiarlo en la provincia de Concepcion.—Comienza el rol histórico del coronel Pico.

359

CAPITULO XXI.—Plan que se propone el coronel Prieto para terminar la guerra.—La Araucania considerada estratégicamente.—Zona de la costa desde Arauco hasta Valdivia.—Boroa.—Zona de los llanos.—Sistema actual de colonización con relación a la pasada guerra.—El coronel Prieto expedita desde Arauco sobre Tucapel.—Encuentro de los Lobos i peligro en que se hallan los comandantes Viel i Beauchef.—Combate de Cupán.—Prieto se retira sin obtener ventajas.—Explicación que da el general Freire de su infructuosa campaña.—Se retira a Chillán con los restos de su división i de ahí a Santiago, donde es ascendido a mariscal de campo.—Operaciones del capitán Búlnes en la alta frontera.—Heroicos combates de Gualeguaique i de Nininco.—Búlnes avanza hasta el río Imperial.—Sangriento combate del Cautén.—Episodios personales del capitán Búlnes.—Eusebio Ruiz.—Desastrosa retirada de Búlnes sobre Nacimiento.—Llega la noticia del motín ocurrido en Osorno i de la muerte del gobernador Letelier.—Gravedad de este suceso en aquellas circunstancias.

385

CAPITULO XXII.—Operaciones en Valdivia después de la captura de los castillos.—Santalla i Bovadilla se retiran al Maullin i los persigue el guerrillero Agüero.—Lord Cochrane, arrastrado de su desenfrenada codicia, despoja los almacenes de Valdivia de todas sus municiones de boca i guerra i deja abandonado a Beauchef.—Diríjese éste a Osorno para mantener su división.—Patriotismo de los Llanos en oposición al espíritu realista de Valdivia.—Rehusa Quintanilla recibir en Chiloé las tropas de Santalla i Bovadilla i vuelven éstos a reconquistar a Valdivia.—Resuelve Beauchef salirles al encuentro a pesar de la inmensa inferioridad de sus fuerzas.—El capitán Labbé.—Heroico combate del Toro i espléndida victoria que corona las armas de Chile.—El granadero Ferrer.—Guerrilleros realistas al norte de Valdivia.—El fraile Razela i el sargento Palacio.—El lenguaraz Calcufo i el cacique Calcuatura.—El teniente Alemparte se apodera de Razela i de su correspondencia.—Conspiración que ésta descubre i fusilamiento del padre de Palacio's.—Llega de gobernador a Valdivia el oficial de ingenieros Letelier i su carácter.—Beauchef se pone a sus órdenes con noble abnegación.—El oficial Sayago capture a un espreso de Benavides a Quintanilla, anunciándole su ocupación de Concepcion i pidiéndole que invada la Araucanía por el sur.—Medidas militares que toman en consecuencia Letelier i Beauchef.—Pasado el verano resuelve el último trasladarse a Santiago i se amotina su tropa.—Presidiarios incorporados en la división que conquistó a Valdivia.—Aparece en la primavera de 1821 una partida enemiga en el Cañal.—Letelier se traslada en consecuencia con la guarnición de Valdivia a Osorno.—Terrible miseria de los soldados i dureza de Letelier i algunos oficiales.—Los amores del sargento García.—Una novela histórica escrita por el escribano de Osorno.—Conspiración de los sargentos del batallón Valdivia i muerte desastrosa del comandante Letelier i de los oficiales Valdovinos, Cortez, Anguita, Alfaro, Vial, Carvallo i el guarda-almacenes Lagos.—Fuga de Vicenti i otros oficiales.—Alarma que estos sucesos producen en la frontera.—Resuélvese adoptar el camino de la diplomacia para conjurarlos.

407

CAPITULO XXIII.—Gravedad que atribuye el general Freire a los acontecimientos de Osorno.—Negociaciones que en consecuencia entabla por medio del coronel Lantaño con Pico i Bocardo.—Inflexible actitud del primero i notable carta que escribe a Ferrebú después de la deposición de Benavides.—Noble respuesta de Pico a Freire.—Sarcasmos sangrientos que dirige a Lantaño, a quien desafía.—Intrigas de Bocardo.—Capitula entregando cuatro mil emigrados en

Quilapalo.—Pico se niega a tratar i ataca a Bulnes en Mulchen, antes de la capitulacion i en Pile despues de ella.—Reto del capitán Neira.—Pico se retira a Bureo i lo persiguen Búlnes i Lantano.—Parte de éste sobre sus operaciones.—El capitán Búlnes en 1822.—Aliados principales de Pico.—El jeneral don Francisco Marillan i el toqui don Juan Maguil Huenu.—Singularidades de este indio notable.—Campañas ignotas de 1822 en el corazon de la Araucania.—Operaciones militares al sur del Imperial.—Expedicion que se organiza en Santiago para pacificar a Valdivia al mando de Beauchef e instrucciones de éste.—Sucesos que habian tenido lugar ántes de su llegada en Osorno i en Valdivia.—Los sargentos sublevados se proclaman jefes i oficiales de la tropa i juran fidelidad a la patria.—Nombran gobernador político a don Pedro Fuentes.—Curiosa ceremonia que celebran en el paso del Trumao para obtener el perdón.—La presencia de Beauchef por sí sola restituye el órden.—Nueva conspiración de los sargentos i su castigo.—El sargento Palacios sorprende el castillo de Cruces, degollando al comisario de naciones Uribe.—Beauchef resuelve expedicionar contra Palacios i sus aliados internándose hasta Boroa.—Los indios del Tolten, segun el cirujano Leyghton i el alemán Treutler.—Beauchef en el malal de Culcufura.—Combate de Pistrullen.—El capitán Arrengoen.—Castigo del lenguaz Calcufo.—El diario del cirujano Leyghton.—Beauchef cruza el Tolten i se le incorpora el sargento Montero con los indios de Venancio.—Datos inéditos sobre aquel soldado.—La division patriota penetra en el malal del cacique de Boroa Melillan i lo captura.—Entrega éste a Palacios i regresa Beauchef a Valdivia.—Suplicio de Palacios.....

429

CAPITULO XXIV.—Doble carácter de la revolucion que depuso al director O'Higgins.—En Concepcion es solo el grito de la desesperacion i del hambre en el ejército i en las poblaciones.—Cuadro de espantosa miseria en todas las comarcas de ultra-Maule.—La Junta revolucionaria de Concepcion i el jeneral Freire en su proclama a los pueblos, declaran que el hambre es la causa motriz de su levantamiento.—Operaciones de 1822 en la baja frontera.—El cura Ferrebú asedia a Arauco con numerosas indias.—El intendente Freire envia al mayor Picarte a levantar el sitio i avisa al gobierno de Santiago que no responde de la provincia.—Picarte derrota a Ferrebú en Chibilinco.—Levanta el sitio de Arauco i entabla negociaciones con Carrero que ofrece incorporarse a nuestras filas.—Ambos jefes combinan sacar las monjas Trinitarias de Tucapel, i suerte que éstas habian corrido desde su salida de Concepcion en 1818.—Situacion general de las fronteras en el verano de 1822.—Combates en la alta frontera en 1823.—Excursiones de los Pincheiras entre el Nuble i el Maule i considerable prepotencia que adquieren en aquel año.—La motonera del Colliguay i sus excusiones en las provincias limítrofes de Santiago, Aconcagua i Valparaiso.—Viaje de la fragata *Monteagudo* del Callao a Valparaiso con quinientos prisioneros españoles i horribles crueidades que comete con ellos el oficial Palacios.—Muerte desastrosa de este asesino i sus principales cómplices.....

433

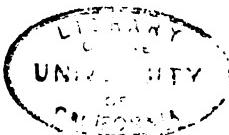
CAPITULO XXV.—Ultimas operaciones del cura Ferrebú en la baja frontera.—El mayor Gaspar en Colcura.—El último sorprende las hordas de Ferrebú en el Laraquete i las destroza.—Negociaciones con Ferrebú i falacias de éste.—Lo traiciona uno de sus capitanejos i es fusilado.—Juicio sobre Ferrebú.—Con su muerte queda completamente pacificada la costa.—Terrible parlamento del capitán Ríos.—Los indios costinos desde aquel dia segun el coronel Zafartu.—Operaciones de Pico en la alta frontera.—Sublevacion de los dragones en Tucapel i muerte del teniente Navarro.—Los Pincheiras atacan a Lináres i matan al gobernador Sotomayor.—Suerte póstuma de aquellos bandidos.—El jeneral Rivera abandona la cartera de la guerra i se dirige a pacificar a Concepcion.—Su opinion sobre

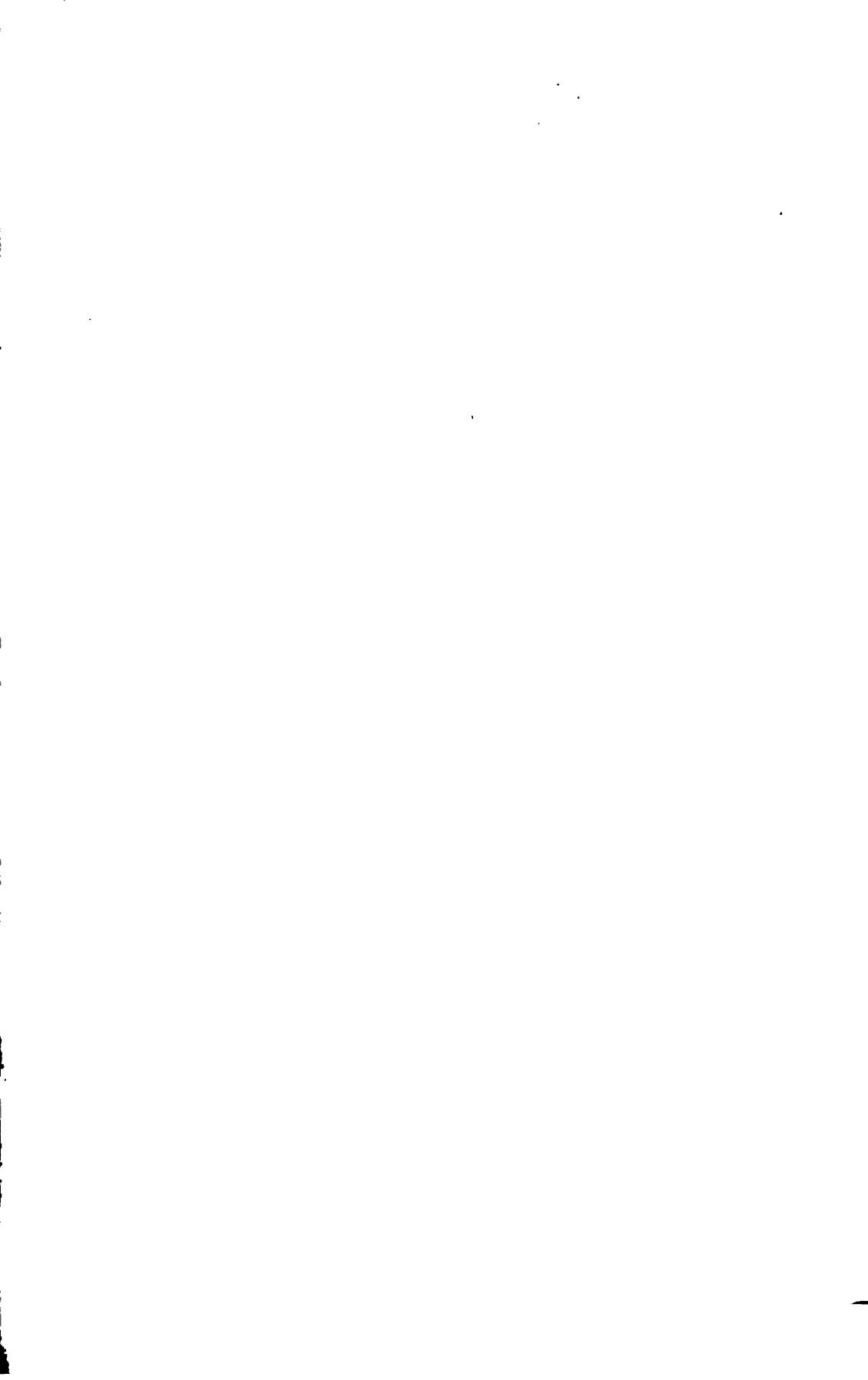
el estado de la guerra miéntras existiese Pico.—A consecuencia de la salida de la expedición auxiliar del Perú en 1823, Pico resuelve dar un golpe de mano sobre Santiago, dirigiéndose por los valles centrales de la cordillera.—Desciende sobre Longaví i se sublevan los cazadores en Talca.—Intento de conspiración en Santiago.—El comandante delegado de fronteras Barnasache se aprovecha de su ausencia i negocia la paz con Marijuan.—Carácter de aquel jefe.—Regresa Pico a las fronteras en el invierno de 1823 i Marijuan rehúsa pasar el Duqueco con sus indios.—Vanos esfuerzos de Pico para continuar la guerra.—Su retiro a Bureo.—Mariano i Pedro Verdugo, desertores de Pico, ofrecen al comandante de la guarnición de Nacimiento descubrir la guarda de su jefe.—El teniente Lorenzo Coronado se ofrece a traer la cabeza de Pico.—Dramático fin del último jefe español en Arauco.—Concluye la guerra a muerte i en el parlamento de Tapihue se hacen las primeras *paces generales* con los araucanos, bajo el dominio de la República.....

489

Apéndice.

Piezas justificativas	515
Número 1.—Instrucción estableciendo la guerra a muerte en 1819.	516
Número 2.—Oficio de Benavides al virrey del Perú, dando cuenta de la matanza de Tarpellanca.....	518
Número 3.—Piezas relativas al asesinato del doctor don Prudencio con Lazcano.....	519
Número 4.—Instrucciones dadas al coronel Prieto al marchar al sur la segunda división en octubre de 1820.....	521
Número 5.—Instrucciones al comandante don Pedro R. de Arriagada, nombrado jefe de bandas para hacer la guerra de vandalaje en 1820.	523
Número 6.—Notas cambiadas entre el coronel Prieto i el ministro de la guerra con motivo de las órdenes de éste para hacer una guerra de vandalaje contra Benavides.....	525
Número 7.—Banderas de Benavides durante su ocupación de Concepción en 1820.....	529
Número 8.—Correspondencia entre el general Freire i Benavides con motivo del armisticio propuesto por el último a fines de 1820....	531
Número 9.—Carta de Benavides al general don José Miguel Carrera proponiéndole su alianza antes de emprender su campaña de 1820.	534
Número 10.—Instrucciones al teniente Mayneri para hacer el corso en 1821	536
Número 11.—Correspondencia de Pico, Bocardo i Jil Calvo con el general Freire i el coronel Lantán, negándose a capitular en Quilapaló.	537
Número 12.—Piezas relativas al motín de Osorno en noviembre de 1823.	541
Número 13.—Instrucciones dadas al coronel Beauchef para la pacificación de Valdivia en 1822.....	544
Número 14.—Bando del jefe del motín de Osorno explicando las causas de éste.....	545
Número 15.—Correspondencia del jefe del motín de Osorno con el cabildo de Valdivia i ceremonial por el que se nombró nuevo gobernador i se firmó la acta de perdón de los sublevados.....	546
Número 16.—Instrucciones para perseguir el vandalaje en el camino de Santiago a Valparaíso en abril de 1822.....	548





**HOME USE
CIRCULATION DEPARTMENT
MAIN LIBRARY**

This book is due on the last date stamped below.
1-month loans may be renewed by calling 642-3405.
6-month loans may be recharged by bringing books
to Circulation Desk.

Renewals and recharges may be made 4 days prior
to due date.

**ALL BOOKS ARE SUBJECT TO RECALL 7 DAYS
AFTER DATE CHECKED OUT.**

REC. CIR. MAR 1 2 '78

LD21—A-40m-8-'75
(S7737L)

General Library
University of California
Berkeley

U.C. BERKELEY LIBRARIES



CO38944018

F3094

X5

10/11/93